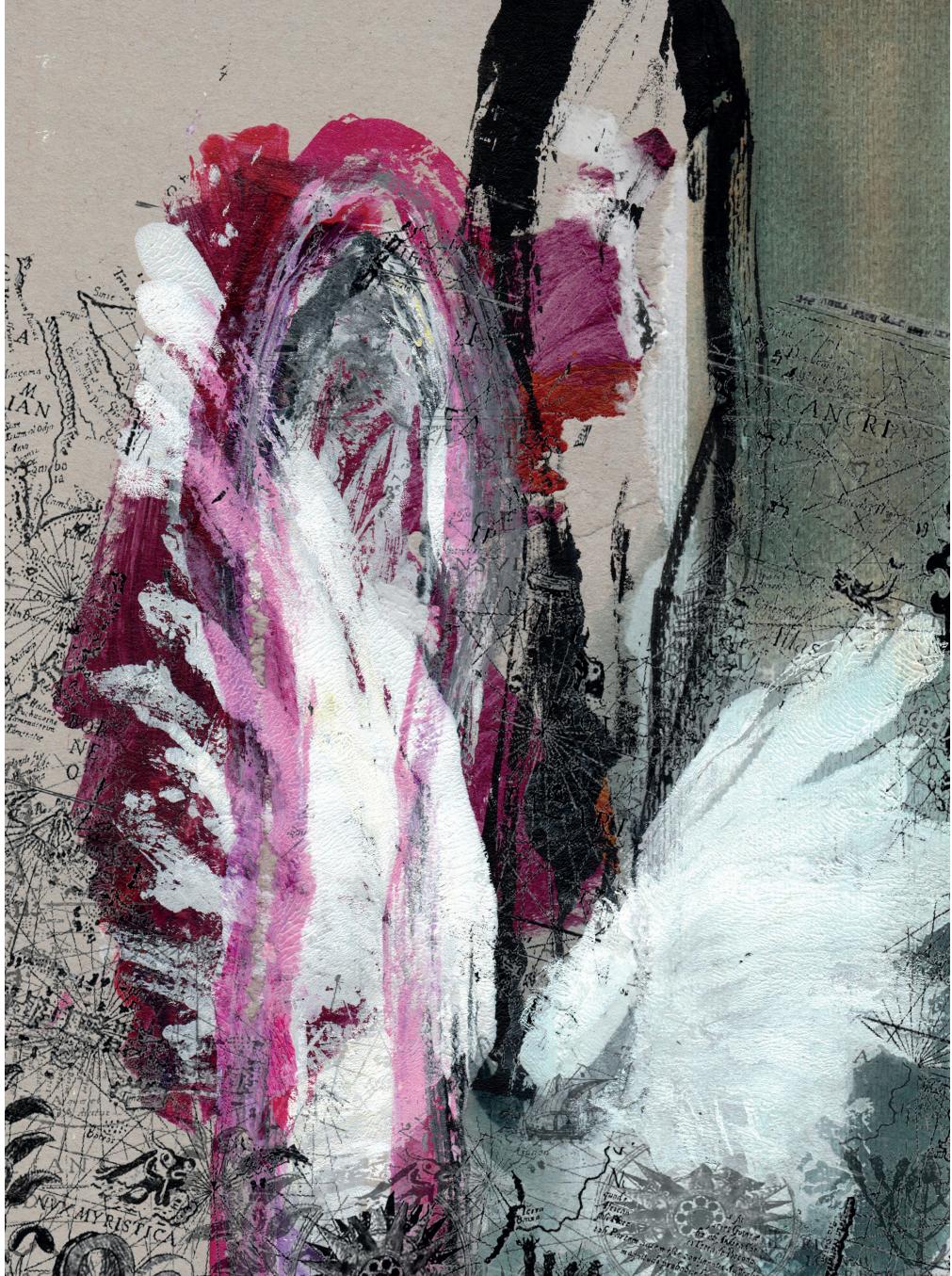




Las sandalias aladas de Hermes (libros para viajar, lecturas para mundar)

Parte II: Nuestro tiempo

José González Núñez



Las sandalias aladas de Hermes (libros para viajar, lecturas para mundar)

Parte II: Nuestro tiempo

José González Núñez

Edita:

hoyesarte.com

Damon Business, S.L.
C/ Adela Balboa, 3 - 28039 Madrid
E-mail: redaccion@hoyesarte.com
Tel.: 91 787 03 22



Las Alparatas, s/n - 04638 Mojácar (Almería)
E-mail: editorial@arraezedidores.com
Tel.: 950 479 428

© de los textos: José González Núñez.
© de las imágenes: Paloma Capuz (portada).
Domingo Leiva (fotografías).

ISBN obra completa: 978-84-17578-25-1
ISBN Parte II: 978-84-17578-24-4
Depósito legal: AL-2687-2019

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, transmitida en ninguna forma o medio alguno, electrónico o mecánico, incluyendo las fotocopias, grabaciones o cualquier sistema de recuperación de almacenaje de información, sin permiso escrito del titular del copyright.

Diseño y maquetación: José Francisco Fernández
E-mail: josefranfg07@gmail.com

*Empieza, pues, nueva tarea. ¡Al mar otra vez, naveccilla!
¡Comienza lo que Platón llama 'la segunda navegación'!*

José Ortega y Gasset





Introducción a nuestro tiempo.....	3
- Literatura de viajes contemporánea.....	5
Bosquejo histórico (Nuestro tiempo)	9
- Literatura de Viajes en la primera mitad del siglo XX.....	11
• Las tres grandes generaciones españolas	11
• Literatura de viajes latinoamericana en la primera mitad del siglo XX.....	30
• Literatura de viajes extranjera hasta la Segunda Guerra Mundial.....	49
• Las figuras del <i>flâneur</i> , el paseante y el aventurero.....	98
• Los viajes de exploración.....	103
• Mujeres viajeras y escritoras	106
- Literatura de Viajes en la segunda mitad del siglo XX.....	111
• Literatura de viajes española durante el franquismo.....	111
• Literatura de viajes española durante el período democrático..	134
• Literatura de viajes latinoamericana en la segunda mitad del siglo XX.....	180
• Literatura de viajes extranjera desde la Segunda Guerra Mundial.....	224
• Guías de Viaje	321
- Literatura de viajes, hoy	324
• Consideraciones generales	324
• Literatura de viajes española actual.....	326
• Literatura de viajes latinoamericana actual.....	340
• Literatura de viajes extranjera actual.....	348
• Pasear en el siglo XXI: el <i>flâneur</i> y la <i>flâneuse</i>	373
- Epílogo.....	379



Nuestras maltratadas maletas se amontonaban
sobre la acera de nuevo;
nos quedaban largos caminos por recorrer.
Pero no importa, el camino es vida.

Jack Kerouac

Introducción a nuestro tiempo



Literatura de viajes contemporánea

En un pasaje del diálogo platónico de *Fedón*, este refiere otro diálogo de Sócrates que hace alusión a las dos navegaciones en la vida humana, la primera y la segunda. Valiéndonos de la metáfora del sabio griego, nos volvemos a calzar las sandalias de Hermes para dar principio a esta segunda travesía por los "libros para viajar, lecturas para mundar", que ha de llevarnos por los senderos de "nuestro tiempo", un tiempo en el que la literatura de viajes ha sufrido importantes transformaciones en paralelo al desarrollo de los medios de transporte y el nacimiento de la "aldea global".

El ejemplo más paradigmático de que, desde el punto de vista histórico, un siglo no siempre se corresponde con el "periodo de cien años" con el que lo definen los diccionarios es el del siglo XX. Para muchos estudiosos, se trata de la centuria más corta en la historia del hombre. Desde una perspectiva general, comienza con la Primera Guerra Mundial (1914-1918) y concluye con el derrumbamiento del Muro de Berlín y el desmembramiento del régimen soviético (1989-1991). Todo lo anterior a esas fechas pertenece al siglo XIX. Todo lo posterior, a la singular etapa con la que se ha iniciado el siglo XXI, un período marcado por los atentados terroristas de Nueva York y Madrid en lo político, una profunda crisis financiera en lo económico, las posibilidades abiertas por la secuenciación del genoma humano en lo científico y el nuevo mundo al que nos lleva "el cerebro planetario digital" en lo social. Un mundo nuevo, globalizado, que ya se ha echado a la mar del futuro con más ansias que nunca por concluir una aventura humana de dimensiones épicas, pero en la que el riesgo de naufragio y hundimiento definitivo es también mayor que en ninguna otra etapa histórica.

5

En las primeras décadas del siglo XX, no solo se clausuró una forma de vida, sino también una manera de entender los viajes, tanto en lo relativo a su finalidad como al modo de llevarlos a cabo, lo que dio lugar a un nuevo planteamiento de la literatura de viajes y a un cambio en su tono narrativo. Aunque perdió la épica de otras épocas, el viaje continuó siendo para muchos una aventura, de menor riesgo, sí, pero aventura, al fin y al cabo. Las posibilidades de implicarse en gestas como las de las centurias anteriores para descubrir nuevos territorios y desentrañar el misterio de lo desconocido, para impulsar determinadas disciplinas científicas o para desarrollar el comercio, se redujeron en una proporción similar a la experimentada por el aumento del número de viajeros a todas las partes del mundo que trajo consigo la proliferación del turismo, sobre todo en la segunda parte del si-

glo. En nuestro tiempo, quienes viajan lo hacen movidos por otras razones diferentes, entre las que se encuentra el mero gusto de viajar. Las travesías marítimas de varias semanas o los viajes terrestres de varios meses ya son innecesarias, puesto que basta con unas pocas horas de vuelo para viajar de un continente a otro, pero en cualquier momento puede surgir la chispa de lo inesperado. El viaje se ha seguido sosteniendo a lo largo del siglo XX en lo que es su esencia verdadera: la curiosidad del hombre, ese impulso que lo convierte en *Homo habilis*, tal y como sostenía el conocido oceanógrafo francés Jacques-Yves Cousteau.

Con el desarrollo de la "sociedad del bienestar", el turismo se ha convertido en una necesidad, casi en un derecho social, para una buena parte de la población de Occidente. Por su parte, los escritores han podido viajar a cualquier rincón del mundo por diferentes motivos y han escrito para contar lo que han visto y reflexionar sobre lo que han experimentado, pero también como una interesante fuente de ingresos económicos. La diversidad de los medios de transporte, las mejoras técnicas, el desarrollo económico, la variada oferta de paquetes turísticos para todo tipo de bolsillo, el más fácil acceso a la cultura y al ocio, etc. han posibilitado experiencias viajeras de lo más variopintas, aunque a costa de perder una buena parte del carácter aventurero y del espíritu épico de etapas anteriores. Como señala Vicente Molina Foix, "la agencia de viajes nos hace a todos prácticamente iguales" en nuestra permuto de "una realidad agobiada y parecida todos los días a sí misma por otra nueva e inesperada, abierta al azar de un itinerario donde no haya muebles ni vecinos sabidos".

En este contexto, el objetivo y la función de los relatos de viaje se han transformado profundamente al liberarse de su necesaria labor informativa de otras épocas para concentrarse en su objetivo literario. La narración de viajes ha ido derivando hacia la novelería: lo subjetivo se ha ido apropiando de lo objetivo y el interés de la narración está puesto no tanto en la veracidad de lo que se cuenta, sino en cómo se cuenta o cómo se recrea la experiencia del viaje. Al mismo tiempo, el lector se ha acercado a los libros de viaje por motivos similares a los que le mueven a leer una novela o un cuento: por disfrutar del goce estético de la narración o por puro entretenimiento.

No obstante, también ha aflorado un nuevo acercamiento a la lectura de viajes: si hasta el siglo XIX los relatos de viaje sustituyeron a los mismos viajes para muchas personas que no podían viajar, a partir de mediados del siglo pasado no pocos turistas y viajeros preparan sus itinerarios con la

lectura previa de textos de escritores reconocidos acerca de los lugares a recorrer. Lawrence G. Durrell, Ryszard Kapuściński y otros muchos narradores nos han hecho ver que todo gran viaje empieza en una librería y puede acabar en un buen relato. Escribir el viaje es prolongarlo por tiempo indefinido, contando que lo que fue es lo que pudo haber sido o lo que podría ser. Por otra parte, si Julio Verne nos hizo ver la posibilidad de dar la vuelta al mundo en 80 días, otro Julio, Cortázar, nos dio las claves para dar la vuelta al día en 80 mundos.

Además, la literatura de viajes se ha visto impulsada en el siglo XX y las primeras décadas del XXI por otras corrientes: la del periodismo realizado por intrépidos reporteros que luego han plasmado sus experiencias en excelentes obras literarias, la de la autobiografía y la autoficción como formas para buscar el sentido de orientación en el viaje interior que conlleva todo "éxodo del yo", y la que, siguiendo la estela de la ciencia-ficción, ha planteado correrías cada vez más verosímiles por el espacio interestelar hasta los límites del sistema solar, como las que muestra Arthur C. Clarke en *2001: una odisea en el espacio*, aunque todavía esperamos la llegada de ese astronauta capaz de transmitir su experiencia mediante la escritura, al que se refería Paul Theroux, y a ese alguien que caminará por Marte en un año de nuestra ausencia infinita, por el que se preguntaba Cees Nooteboom.

Todo ello ha traído consigo una profundización en el carácter híbrido del relato de viajes propiamente dicho, una mayor capacidad de metamorfosis y una más amplia oferta de la literatura viajera, a la búsqueda de lectores cada vez más variados que, como los propios viajeros, tienen necesidad de cambiar de vida, aunque solo sea por un rato. Es ese paraíso buscado o soñado el que se convierte en objeto inconsciente de nuestros deseos, en lo que el filósofo Emil Cioran señala como la "esencia no formulada de nuestra memoria y de nuestra espera".



*En el agua hay un reflejo
es alguien que va de viaje
un hombre con sombras en su pasado.*

Taneda Santôka

Bosquejo histórico (Nuestro tiempo)



Literatura de Viajes en la primera mitad del siglo XX

En las décadas finales del siglo XIX y las primeras del XX el Simbolismo, con el corolario del Modernismo hispanoamericano, vuelve su mirada al Romanticismo en su búsqueda por "expresar el ideal". El movimiento simbolista hunde sus raíces en el emblemático poemario *Las flores del mal*, de Charles Baudelaire, el cual se cierra precisamente con los versos de *El Viaje*: "Pero los verdaderos viajeros sólo parten/por partir; corazones livianos, como globos,/jamás escapan de su fatalidad,/y, sin saber por qué, siempre dicen: ¡Vamos! (...)// ¡Deseamos viajar sin vapor y sin velas!// para ahuyentar el tedio de nuestras prisiones;/traigan a nuestro espíritu tenso como una tela/los recuerdos rodeados de horizontes". El Simbolismo plantea que el mundo es un misterio por descubrir y, por tanto, el escritor no puede reducir su relato a una mera descripción objetiva, sino que ha de valerse de las metáforas, transmitir la impresión que producen los lugares, los paisajes y las cosas en quien los observa, captar los símbolos que las palabras evocan utilizando la sinestesia e, incluso, como en el caso de Arthur Rimbaud, "el razonado desarreglo de los sentidos".

El deseo de viajar para buscar algo distinto no solo se percibe en los escritores simbolistas (Paul Verlaine, Jean Moréas, Stéphane Mallarmé, Arthur Rimbaud, Auguste Villiers de L'Isle, Oscar Wilde, etc.), sino también en los modernistas (Rubén Darío, Amado Nervo, Enrique Gómez Carrillo, Leopoldo Lugones, etc.), quienes trajeron una verdadera renovación estética, en la que la riqueza verbal, la capacidad de sugestión y las referencias sensoriales cobran un protagonismo hasta ese momento inédito y se ponen al servicio de la "búsqueda de la belleza". Para los modernistas, viajar es soñar y el viajero, un auténtico creador de sueños. Las transformaciones del Modernismo van generando progresivamente la visión contemporánea del mundo y de la cultura, aunque para Juan Ramón Jiménez en el Modernismo todavía cabe el Naturalismo, junto con el Simbolismo y el Impresionismo.

11

Las tres grandes generaciones españolas

El Simbolismo y el Modernismo dieron lugar al desarrollo de las Vanguardias en las primeras décadas del siglo XX y se adentraron en la literatura española a través de las tres grandes generaciones que marcaron la narrativa española de la pasada centuria: la del 98, la del 14 y la del 27.

Antes, el almeriense Francisco Villaespesa, el más genuino continuador en España del estilo modernista iniciado por Rubén Darío (*La copa del rey de*

Thule), se mostró como un viajero pertinaz ya en su etapa de madurez, recorriendo los caminos tanto de la Europa latina (España, Portugal, Italia y Francia) como de Latinoamérica, a la cual viajaría varias veces, con algunas largas estancias: "Buscando en la inquietud de los viajes/ consuelo a este dolor que me domina/ crucé ciudades y admiré paisajes/ en un vuelo fugaz de golondrina" (*Por tierras de sol y sangre*).

Por su parte, el polígrafo Rafael Altamira y Crevea viajó por varios países americanos (1909-1910) con el objetivo de recuperar los lazos de fraternidad entre España y América, establecer vínculos de cooperación en materia cultural y científica y, al mismo tiempo, reivindicar el hispanismo como una comunidad cultural sostenida en una lengua común. El periplo, documentado en *Mi viaje a América*, tuvo un éxito inesperado y constituyó el punto de partida para superar el "desconocimiento progresivo de España en América y viceversa". Aunque por el título pudiera parecer un relato perteneciente al género de la literatura de viajes, es una obra histórica de carácter compilatorio.

La Generación del 98: paisajes y paisanajes

Uno de los elementos que permite agrupar a los miembros de la Generación del 98 es su vocación viajera y la capacidad de transformar la naturaleza en paisaje, el cual adquiere una nueva dimensión: el paisaje no es ya solo un marco de referencia como naturaleza, sino que también es percepción, mientras que, en lo literario, la innovación consiste en que el paisaje pasa de lo meramente descriptivo a ser protagonista del relato, del cuento, de la novela o del poema. Además del territorio físico, el paisaje implica el medio natural transformado en mayor o en menor medida por la acción del hombre a lo largo del tiempo y, un poco más allá, su historia, es decir, el depósito de miradas acumuladas en el espejo de la memoria colectiva, la suma de vivencias y significados adquiridos y, cómo no, los sentimientos que todo ello provoca en cada persona ("la belleza del paisaje está en los ojos de quien lo mira"). Esta "construcción cultural" del paisaje, que había comenzado ya con el incansable Francisco Giner de los Ríos, queda definitivamente finalizada con los autores del 98: "el paisaje somos nosotros; el paisaje es nuestro espíritu, sus melancolías, sus placideces, sus anhelos, sus tártagos", apostillaría José Martínez Ruiz, Azorín.

Pedro Laín Entralgo, al abordar el estudio de la Generación del 98, nos hace ver la transformación de la naturaleza en paisaje: "Un trozo de naturaleza se ha hecho paisaje por la virtud de una mirada humana, la nuestra, que le da orden, figura y sentido. Sin ojos contemplativos, no hay paisaje. Mira el

hombre a la tierra, y lo que era muda geología, adición espacial de piedras, agua y verdura, hácese de golpe marco de su existencia: marco escenográfico, como en los paisajes que pintan o describen los artistas del Renacimiento, o marco sentimental, como en todos los paisajes que, con una secreta sed de reposo y evasión, vamos viendo los hombres posteriores al siglo XVIII. Este fugitivo y leve momento en que la naturaleza se transmuta en orla de la vida humana –intimidad e historia– es el decisivo en el nacimiento del paisaje. Aunque el hombre, por torpeza ingénita o por falta de recursos expresivos, no acierte a manifestar articuladamente su personal modo de vivir la parcela cósmica que le circunda y soporta".

La mayoría de los escritores noventayochistas se echó a los caminos buscando el descubrimiento de paisajes y paisanajes, la interpretación de un paisaje exterior, a veces como pretexto para ahondar en el paisaje interior (*los adentros*), aunque este descubrir campos y montañas, mares y mores, gentes y palabras, es interpretado personalmente de diferentes maneras y tiene en cada autor características diferentes, producto de las experiencias vividas o del sentimiento histórico de cada cual: relatos próximos al ensayo en los que se muestran las andanzas, las visiones personificadas del paisaje ("árbol de carne y hueso") y las intrahistorias unamunianas, descripciones minuciosas que componen las sugestivas y personalísimas crónicas de Azorín, paisajes sentidos o "geografía emotiva" de Antonio Machado, historias viajeras intercaladas en textos más extensos e impregnadas de un sentimiento aventurero, como en el caso de Pío Baroja, etc.

Los principales textos unamunianos acerca del paisaje están contenidos principalmente en su obra prosaica: *Apuntes de un viaje por Francia, Italia y Suiza*, *Paisajes, Andanzas y visiones de España*, *Por tierras de España y Portugal...*, pero también en algunos poemas, como los recogidos en *De Fuerteventura a París. Diario íntimo de confinamiento y destierro vertido en sonetos*, donde nos muestra los días "entrañados y fecundos" vividos en los cuatro meses de destierro en la "tierra acamellada" de la isla canaria y algunas vivencias de los años de exilio en Francia impuestos por la dictadura de Miguel Primo de Rivera. No obstante, no conviene olvidar párrafos diseminados en obras de muy distinta naturaleza que abordan y refieren la experiencia del viaje y van forjando, cada vez con mayor hondura, una imagen del viajero como peregrino de la belleza sin etiquetas y del conocimiento sin dualidades, como vagabundo "para recreo de los ojos y sugerión del corazón", como escritor-viajero que siente las sacudidas del cuerpo y las sacudidas del alma: "vivir para ver, pero también ver para vivir". *Paisajes del alma* es una recopilación de artículos acerca del viaje interior, de la profundiza-

ción del yo al que conduce el viaje externo, cuyo último capítulo, *País, paisaje y paisanaje*, está dedicado a "esta mano tendida al mar poniente que es la tierra de España", en cuyas rayas ha tratado de leer "a la gitana" la geografía de su historia.

Andanzas y visiones de España recoge una extensa colección de artículos publicados en el diario argentino *La Nación* y en *El Imparcial*, de Madrid, casi todos ellos referidos a viajes por la Península Ibérica, caminatas y paseos por los más diversos parajes y estancias en distintas ciudades. Entre ellos se encuentra un texto relativo a unas tierras y a unas gentes perdidas en el corazón de España: la comarca de Las Hurdes, cuyo mar de sierras recorrió por trochas de ganado y angostos caminos en 1914 acompañado de sus amigos Jacques Chevalier y Maurice Legendre, quien años antes había realizado el primer estudio riguroso de una región que parecía situada al otro lado del tiempo. Desde su llegada a El Casar, Unamuno se sintió deslumbrado por la belleza salvaje de aquellos parajes donde sobraba agua y faltaba tierra de cultivo, donde sobraban hambre y enfermedades y faltaban escuelas y dispensarios, y tiene una mirada compasiva hacia sus gentes, derribando la leyenda negra que les hacía aparecer como salvajes: "¡Pobres hurdanos! Pero... ¿salvajes? Todo menos salvajes. (...) Son, sí, uno de los honores de nuestra patria".

En muchas de sus obras Unamuno muestra su preferencia por las cumbres, allí donde el sol "nos ilumina los más escondidos repliegues del corazón", y de una de ellas, la riscosa cumbre de Gredos, "junto a las crestas que aserra el cielo", nos dejará este testimonio en el que se aúnan paisaje e historia: "He estado hace pocos días en los altos de la sierra de Gredos, espinazo de Castilla; he acampado dos noches a dos mil quinientos metros de altura, sobre la tierra y bajo el cielo; he trepado al montón de piedras que sustenta al risco de Almanzor; he descansado al pie de un ventisquero contemplando el imponente espectáculo del anfiteatro que ciñe a la laguna grande de Gredos, y viendo el Ameal de Pablo levantarse como el lara gigante de Castilla, he convivido un momento con el pastor de las cimas y he recorrido, al bajar, las tierras teresianas, pasando mi fatiga del viaje por entre los nogales de Beceda, donde durante unos meses trató a la Santa –a Santa Teresa de Jesús ¡claro está!– una curandera. Traigo el alma llena de la visión de las cimas del silencio y de paz y de olvido, y, sin embargo, nada se me ocurre, lector, decirte de ello".

Esta manera de entender el paisaje ligado a la historia también será una constante en la obra de Azorín: "Hemos contemplado durante el día el pa-

saje de Castilla, el cielo, las ringleras de gráciles álamos, el río y los oteros, la llanura amarillenta, las humaredas que se disuelven lentamente en el aire, las remotas montañas. ¡Cuántas alegrías, cuántos dolores, cuántas esperanzas, cuántas decepciones han pasado por esta tierra durante siglos, a través de los años y de los años, a lo largo de las generaciones! Y todas estas exaltaciones y estas angustias de la larga cadena de nuestros antecesores han venido a crear en nosotros, artistas, esta sensibilidad que hace que nos conmovamos ante el paisaje y que sintamos—ligada a él—esta página de Cervantes o esta rima de Fray Luis".

Azorín pasó una buena parte de su vida recorriendo los pueblos y las ciudades de España y conociendo de primera mano la realidad de sus gentes, realidad que él interpreta a la luz de cuanto percibe por sus cinco sentidos y de sus criterios estéticos y literarios, realidad que absorbe con deseo e intensidad y va depositando en su alma. Según Ramón Gómez de la Serna, en Azorín coexisten tres tipos de viajero: el libresco, el teórico y el que pone en práctica su teoría. De esta manera, Azorín "recorrió España entera, se detuvo, la reposó, la dejó remansarse, la leyó, la recordó, la evocó, la soñó" (Julián Marías). Y nos la transmitió con su técnica impresionista, con su impecable uso de los sustantivos.

Los artículos periodísticos, recopilados luego en libros antológicos, constituyen el grueso de la literatura viajera del escritor alicantino, en la que destacan títulos como *La ruta del Quijote*, un recorrido personal por los pueblos de La Mancha para redescubrir los caminos, las ventas, los molinos, los pueblos y las gentes que retrató Cervantes en *El Quijote* (planteados en un principio como una serie de crónicas para el diario *El Imparcial*), *Un extranjero por España, Andando y paseando (Notas de un transeúnte)* y los dedicados a ciudades y regiones, como *París, Valencia, Madrid o Castilla*. A ellos habría que añadir los ensayos *Pueblos, España, hombres y paisajes* y *El paisaje de España visto por los españoles*, y no pocas páginas de novelas como *La voluntad*, *Antonio Azorín* o *Las confesiones de un pequeño filósofo*. Y, como muestra de su prosa, esta visión del Pulpillo, a la vera de la Yecla, donde pasó sus años escolares: "A lo lejos, en lo hondo, la llanura –amarillenta en los barbechos, verde en los sembrados, negra en las piezas labradas recientemente– se extiende adusta, desolada, sombría. En perfiles negruzcos, los atochares cortan y recortan a cuadros desiguales el alcacel temprano. Los olivares se alejan en menudas manchas simétricas, hasta esfumarse en las estribaciones de los terreros grises. Y acá y allá, desparramadas en la llanura, resaltantes en la tierra uniforme, lucen blanquecinas las paredes de las casas diminutas...".

Dice Azorín que la prosa de Pío Baroja es clara, sencilla y sobria, y que la pureza no tiene nada que hacer en ella. De acuerdo con el escritor de Monóvar, "Baroja vive, está cerca de las cosas. Su fuerza reside en ese contexto con lo concreto". Aunque apenas escribió relatos de viaje propiamente dichos, Baroja fue el más viajero (él mismo se define como un viajero "humilde y errante") de los escritores del 98 y en sus novelas el viaje adquiere un considerable protagonismo. Probablemente esa vocación viajera se despertó ya durante el tiempo de su infancia y mocedad como consecuencia del trasiego profesional de su padre, que llevó a la familia a vivir en una continua mudanza: San Sebastián, Bilbao, Pamplona, Madrid (distintas residencias), Valencia. Luego, para que "no le quedaran el carácter y los gustos provincianos toda la vida", fijó su residencia en Madrid, y desde la capital se dedicó a realizar viajes por toda la geografía española, a veces acompañado por otros escritores (Azorín, Ramiro de Maeztu, Ciro Bayo, José Ortega y Gasset), y por una buena parte de Europa occidental: Francia, Inglaterra, Italia, Bélgica, Suiza, Alemania, Holanda, Noruega y Dinamarca. A principios del siglo XX también estuvo en Tánger como corresponsal de prensa de *El Globo*. No obstante, serán París, el País Vasco y Madrid las referencias geográficas y literarias más significativas en la vida de Baroja. A la capital parisina, la ciudad más cosmopolita de Europa, viajó en más de una veintena de ocasiones para vagabundear por el Barrio Latino o las orillas del Sena, para tomar conciencia del mundo europeo y para ambientar de forma total o parcial no pocas de sus novelas. El País Vasco fue una constante en su vida (primera infancia, veraneos en San Sebastián, ejercicio de la medicina rural –"médico de espuela"– en Cestona), y a todo ello se unieron las escapadas a Itzea, el caserón situado en las afueras del pueblo navarro de Vera de Bidasoa que adquirió a los 40 años y convirtió en la casa familiar de los Baroja. La tetralogía dedicada a la Tierra Vasca contiene múltiples referencias al paisaje del norte, mientras que *País Vasco* es un recorrido por los pueblos y ciudades de la tierra que lo vio nacer, así como un profundo retrato sociológico de sus gentes. El periplo de Baroja por Madrid refleja la doble condición de *desgastaceras* por las calles y jardines de la capital y de *correcaminos* por sus alrededores (Guadarrama, El Paular, Guadalajara, Toledo...); de sus impresiones quedan abundantes muestras en toda su obra, pero sobre todo en la trilogía *La lucha por la vida*, un ancho fresco de los ambientes humildes y marginales de la capital, *El árbol de la ciencia* y *Camino de perfección*, que es, entre otras cosas, una magnífica colección de paisajes, de la que hemos entresacado el siguiente texto: "El cielo estaba puro, limpio, azul, transparente. A lo lejos, por detrás de una fila de altos chopos del Hipódromo, se ocultaba el sol, echando sus últimos resplandores anaranjados sobre las copas verdes de los árboles, sobre los cerros próximos, desnudos, arenosos, a los que daba un color cobrizo y de oro

pálido.// La sierra se destacaba como una mancha azul violácea suave, en la faja de horizonte cercana al suelo, que era de una amarillez de ópalo, y sobre aquella, ancha, lista opalina, en aquel fondo de místico retablo, se perfilaban claramente, como en los cuadros de los viejos y concienzudos maestros, la silueta recortada de una torre, de una chimenea, de un árbol. Hacia la ciudad, el humo de unas fábricas manchaba el cielo azul, infinito, inmaculado...".

Pío Baroja coincidió con Antonio Machado en París, donde en más de una ocasión batieron juntos sus gastadas suelas, y también en Madrid, ese "lugarón" manchego surcado de corrientes de agua y obras de arte, a la que el poeta sevillano definiría como "remolino de España, rompeolas de las provincias españolas". Eran los tiempos en que España acababa de perder las colonias, los tranvías de Madrid los tiraban las mulas y el creador de Juan de Mairena iba soñando caminos.

La poesía de Antonio Machado hace continuas referencias al camino, casi siempre con uno de los dos significados siguientes. Por un lado, está el camino entendido de forma literal, ya que Machado fue un buen andariego y supo captar como nadie la sensación de caminar: "Los caminitos blancos/ se cruzan y se alejan,/ buscando los dispersos caseríos/ del valle y de la sierra". Por otro, el camino supone el tránsito de la vida misma, entendida esta como viaje: "Caminante, son tus huellas/ el camino, y nada más;/ caminante, no hay camino:/ se hace camino al andar.// Al andar se hace camino,/ y al volver la vista atrás/ se ve la senda que nunca/ se ha de volver a pisar.// Caminante, no hay camino,/ sino estelas en la mar". A veces, estos dos significados aparecen juntos, como en estos no menos conocidos versos: "He andado muchos caminos,/ he abierto muchas veredas;/ he navegado en cien mares,/ y atracado en cien riberas". Así pues, para el poeta andaluz, vivir es caminar, estar siempre en viaje. Y para viajar por la vida hay que ir ligero de equipaje: "Yo, para todo viaje/ –siempre sobre la madera/ de mi vagón de tercera—, voy ligero de equipaje". Incluso cuando se haya de emprender el viaje postrero, lo mejor es desprenderse de todo: "Y cuando llegue el día del último viaje,/ y esté al partir la nave que nunca ha de tornar,/ me encontraré a bordo ligero de equipaje,/ casi desnudo, como los hijos de la mar".

Antonio Machado dice amar a la naturaleza, y al arte solo cuando la representa y la evoca. Si en *Soledades* va forjando un paisaje cargado de emoción y sentimiento ("el elemento poético es una honda palpitación del espíritu"), en *Campos de Castilla* plantea la realidad objetiva que le presenta la naturaleza y toma una cierta distancia con los "paisajes del alma". Las *Nuevas canciones* tienen un aire más sentencioso, acaso ya imbuidas del ca-

rácter *mairense*. En cualquier caso, es un paisaje cambiante, porque cambiante es la mirada del observador: "Todo se mueve, discurre, corre o gira,/ cambian la mar y el monte y el ojo que los mira", y Machado lo expresa con un lenguaje y un estilo que él mismo define: "Soy poco sensible a los primores de la forma, a la pulcritud y pulidez del lenguaje, y a todo cuanto en literatura no se recomienda por su contenido (...), la palabra escrita me fatiga cuando no me recuerda la espontaneidad de la palabra hablada".

A otro tipo de registro pertenece la obra de Ciro Bayo, definido por la crítica como "el último cronista de Indias", y por él mismo como "un español rezagado del siglo XVII"; auténtico trotamundos y escritor de elevada calidad literaria, Ciro Bayo (*Lazarillo español. Guía de vagos en tierras de España por un peregrino industrioso* quizás sea lo mejor de su producción viajera) ensancha los límites del género y lo acerca al cuadro de costumbres y la novela, es decir, se vale de lo ficcional para embellecer la realidad observada, lo factual, y adaptarla a sus ideales.

El granadino Ángel Ganivet aprovechó su estancia de cónsul en Helsinki para escribir sus *Cartas finlandesas*, en las que, por una parte, cuenta por medio de cartas dirigidas en particular a sus amigos noticias frescas y curiosas, así como las diferencias geográficas y culturales y tradicionales del país nórdico y, por otra parte, analiza la agonizante situación de la España de finales del siglo XIX.

Del bilbaíno Tomás Meabe decía Unamuno que era "un perseguidor de sueños". Sufrió el destierro y murió prematuramente, habiendo dejado escrito *Las fábulas del errabundo* y la duda de hasta dónde podía haber llegado como escritor.

Enrique de Mesa es el poeta caminante, sobre todo por la sierra de Guadarrama, sus puertos y aldehuelas: "Corazón, vete a la sierra/ y acompaña tu sentir/ con el tranquilo latir/ del corazón de la tierra". Alcanzó su plena madurez poética con *La posada y el camino*.

Por último, no puede dejarse en el olvido a Santiago Rusiñol, representante del Modernismo catalán e incansable viajero por España y más allá de nuestras fronteras, para quien la realidad no es sino una construcción de lenguajes: literarios, pictóricos y musicales. En una serie de artículos para un semanario catalán titulados *Del Born al Plata*, recogida luego en forma de libro, da cuenta del viaje realizado en 1910 a la Argentina, en compañía de Enric Borrás, durante los días en que los argentinos celebraban el centenario de su independencia. Para entonces, otros escritores catalanes como

Jacinto Verdaguer, Josep Pin i Soler (sus crónicas viajeras están recopiladas en los tres volúmenes de *Varia*) y Joan Maragall ya habían salido a descubrir no solo el propio territorio de Cataluña, sino el del resto de la Península Ibérica y otras tierras más allá de nuestras fronteras, mostrando su gusto por la descripción del paisaje. Algunas décadas después, Josep Maria de Sagarra relataría en *La ruta brava* su viaje a los mares del Sur, realizado en los primeros meses del año 37 en compañía de su esposa.

No obstante, en todos ellos existe una necesidad común de convertir en emociones los elementos mudos y la huella humana del territorio (un escritor será tanto más artista cuanto mejor sepa interpretar la emoción del paisaje), así como de entablar un verdadero diálogo con el paisaje a partir de tres hechos concretos: la realidad geográfica y el afán de superarla por el camino del ensueño, la evocación de unas vidas vividas (pasado individual y colectivo) y la circunstancia histórica y cultural del momento. Con los autores del 98, el relato de viajes, como la pintura de los impresionistas, trata de sacar a la luz lo invisible, mientras que el paisaje se convierte en un tema principal de la obra literaria y adquiere una imagen cultural (literaria, estética, filosófica) que todavía perdura y condiciona nuestra mirada. En definitiva, "el 98 enseñó a mirar y a ver, enseñó a entender y otorgó un valor al yermo, al río, al peñasco, a la mata y a la montaña" (Eduardo Martínez de Pisón). O, dicho de otra manera, el 98 llevó hasta las páginas de las obras viajeras los paisajes del alma y el alma de los paisajes.

La filosofía del viaje

Paralela a la de los escritores de la Generación del 98 transcurre la obra de George Santayana, poeta, novelista, ensayista y filósofo, representante del realismo crítico, que nació en Madrid, pero creció y se formó en Estados Unidos y publicó sus obras en inglés, aunque siempre conservó su nacionalidad española. Durante su estancia americana cruzó unas treinta veces el Atlántico, aunque él mismo confiesa no saber cómo ha desarrollado esa pasión viajera, dada su natural predisposición a la pereza. De acuerdo con José Beltrán, la noción de viaje adquiere en Santayana al menos dos dimensiones: la del paisaje y la del pasaje, y ambas están presentes en estos viajes oceánicos como un desplazamiento de doble dirección, que se proyecta en el propio planteamiento personal del escritor (escepticismo/fe, ilusión/realidad, siglo XIX/siglo XX) para discernir, comprender y superar las diferencias. El océano es ciertamente un lugar de frontera, pero también es un puente que permite salvar distancias, acercar espacios y tiempos. El viaje oceánico se convierte en una metáfora de la vida misma, que no es sino un "primer y único viaje de descubrimiento".

En 1912 decidió abandonar su cátedra de Filosofía en la Universidad de Harvard y lanzarse a un viaje de peregrinación en busca de sus orígenes espirituales: España, Italia, Francia, Grecia, Turquía, Egipto, Palestina, Gran Bretaña... Nunca más volvió a Estados Unidos. En los últimos cuarenta años de su vida vivió más sosegadamente en Roma, habitando un presente en el que disfrutar de cada momento, ya sea de lectura, de conversación o de soledad, y renunciando a viajar, porque "(aquí) puedo viajar continuamente con el pensamiento a todas las edades y a todos los países y puedo disfrutar el divino privilegio de la ubicuidad sin alejarme del centro de gravedad y de equilibrio que me ha sido concedido". Superado ya el ecuador de su vida, dejó que fueran otros, o el propio mundo, los que viajaran hasta él y se dedicó a reflexionar, entre otras muchas cosas, acerca de los beneficios de la locomoción, privilegio de los animales: habrían sido los pies, y no las manos, los que habrían dado lugar al desarrollo de la inteligencia, esa "aventura inconcebiblemente audaz", ese "ensayo feliz, que permite al hombre encontrarse en dos lugares simultáneamente".

Aunque las referencias al viaje son continuas a lo largo de sus textos, es en *Filosofía del viaje*, un ensayo escrito "para publicar después de mi muerte", donde queda trazada de forma más completa su teoría del viaje. Santayana distingue distintos tipos de viaje, que, a su vez, determinan diversos modos de distinguir el paisaje y las geografías de la realidad. La forma más radical, y también la más trágica, es la *migración*, a la que califica de "acto heroico" y de la que el *exilio* supone el extremo más alejado; la siguiente categoría es la del *explorador*, cuyas aventuras son menos impactantes, pero más brillantes, que las del emigrante y cuyo corazón jamás está desarraigado: se trataría de un tipo de conquistador entre el aventurero desinteresado y el observador científico o naturalista; una variedad degenerada del explorador es el *vagabundo*, que camina al azar para escapar de sí mismo o para aguzarle el filo a la vida; a la zaga del explorador viene el comerciante viajero, pero no uno cualquiera, sino el heredero del *mercader*, el prototipo de viajero infatigable y conocedor de la Tierra, acaso el más legítimo de todos los viajeros; el último tipo de viajero, y el más notorio, es el *turista*, figura en la que él mismo se reconoce y decide no arrojarle piedras, sino todo lo contrario: "Desde el excursionista en vacaciones hasta el peregrino sediento de hechos o bellezas, todos los turistas son amados de Hermes, el dios de los viajes, que es también patrón de la curiosidad amable y de la mente abierta". Y es que, asegura el filósofo, "es sabio trasladarse lo más frecuente posible desde lo acostumbrado a lo extraño: conserva ágil la mente, destruye los prejuicios y fomenta la jocundia", para acabar apostillando que "cuantas más costumbres y artes haya asimilado el viaje-

ro, más profundidad y deleite hallará en las costumbres y las artes de su propia tierra".

Personas y lugares es un texto autobiográfico, dividido en cinco partes y elaborado durante casi medio siglo, que narra las peripecias que contribuyen a la formación de un *alter ego* del autor, de nombre Oliver Alden, quien, a pesar de haber cruzado varias veces el Atlántico y haber dado una vez la vuelta al mundo, siempre se daba cuenta de "lo inevitablemente concentrado y encerrado que estaba en sí mismo", un yo recóndito, agazapado, compuesto de múltiples yoes, que no le impidieron pensar con nítida lucidez. Su única novela, *El último puritano*, es uno de los títulos clásicos de la literatura americana del siglo XX.

Santayana concibe al viajero como una especie de filósofo que primero ve, luego recompone lo que ve y, finalmente, lo añade a su zurrón de conocimiento: "El viajero debe ser alguien y venir de alguna parte, de modo que su carácter definido y sus tradiciones proporcionen un órgano y un punto de comparación para sus observaciones". Escribe con humor fino y un cierto escepticismo irónico, convencido de que la razón humana está "mejor exemplificada en la comedia que en la tragedia". Amante declarado de la diversidad de las culturas, se revuelve contra las profesiones de fe nacionalistas: "El nacionalismo es la indignidad de tener un alma controlada por la geografía". En definitiva, el poeta y pensador nómada Santayana reivindica la posibilidad gozosa de viajar por el simple placer de viajar, pero es un claro defensor del regreso: "Ulises recordaba Ítaca. Hubiera admitido de buen talante y con la mente clara que ni la grandeza de Troya, ni el encanto de Focea, ni las delicias de Calipso, tenían rival; mas eso no podría hacer menos delicioso para sus oídos el ruido de las olas rompiendo sobre las costas de su tierra natal. Solo pudiera aumentar la sabiduría y la premura de su preferencia de lo que era naturalmente suyo". En esta última confesión quizás el lector puede encontrar la razón por la que Jorge Luis Borges anteponía la condición de poeta a la de filósofo de Santayana: "Le devuelvo a la tierra lo que la tierra me dio,/ todo va para el surco, nada para la tumba. Se ha consumido el pábilo y la vela del espíritu;/ la vista no podrá ir adonde fue la visión./ Solo dejo el sonido de muchas palabras/ oídas al azar con ecos burlones./ Canté al cielo. El exilio me hizo libre,/ llevándome de mundo en mundo, desde todos los mundos...".

La Generación del 14

El paisaje como experiencia vital, como medio idóneo para el conocimiento del país y el conocimiento de uno mismo, continúa en los representantes

más significativos de la Generación del 14 (Novecentismo), y no resulta extraño que, desde la perspectiva más filosófica, José Ortega y Gasset afirme: "El paisaje es aquello del mundo que existe realmente para cada individuo, es su realidad, es su vida misma". *Las notas de andar y ver. Viajes, gentes y países* es una recopilación póstuma de varios de sus libros y está dedicada a diversos temas y comentarios de viajes: *Tierras de Castilla. Notas de andar y ver*, *De Madrid a Asturias o los dos paisajes*, *Temas de viaje*, *Notas del vago estío*. Para Ortega, la unión de hombre y naturaleza a través del paisaje conforma una manera de ver la realidad en la que ambas instancias, el hombre y el medio, actúan de forma metonímica: hablar del hombre implica referirse necesariamente al medio y viceversa. San Lorenzo de El Escorial y la Sierra de Guadarrama ocuparon muchas de las excursiones del filósofo español, y a algunos de sus rincones, como el del bosque de La Herrería, dedicará su prosa tersa y brillante: "El valle verde y amarillo se alongaba a nuestros pies: la sierra levantaba poderosamente su vieja espalda sobre el cielo puro. En el camino real comenzaba el polvo yesoso a fosforecer. Recios aromas se alzaban del pinar, y sobre nuestras cabezas unos grandes pájaros grises volaron con lentos aletazos que arrancaban al aire suspiros". Si en esta descripción sobresale la fuerza expresiva del lenguaje, en la siguiente se puede observar la reflexión filosófica que subyace incluso en sus textos más literarios: "Mira que ahora, en tanto dejó galopar la vista sobre esa línea quebrada de la sierra, se yerguen en mi memoria las imágenes de los hombres cárdenos pintados por El Greco. En estos montes hay, como en las pupilas de aquellos hombres, una voluntad suprema de perdurar sobre toda mudanza". Si Unamuno representaba un modo de sentir, Ortega representa un modo de pensar el paisaje. Las "notas de andar y ver", el "yo y la circunstancia" orteguiana tuvieron un enorme calado en una buena parte de la escritura viajera de la primera mitad del siglo XX español.

Con el paso del tiempo, en la poética se produce un cierto rechazo del subjetivismo anterior y aparece de nuevo la búsqueda del racionalismo, aunque, ahora, con una gran preocupación por la forma (la obra "bien hecha"), la constante depuración del lenguaje y el frecuente recurso a la metáfora para mostrar la realidad, al tiempo que va adquiriendo cada vez más protagonismo el paisaje urbano en detrimento de lo rural. Los novecentistas miran a la naturaleza desde el prisma del arte y aspiran a una síntesis total entre vida y arte. Por eso, no es de extrañar que sus descripciones se vayan cargando de lirismo hasta alcanzar con Juan Ramón Jiménez cotas inigualables.

El paisaje es, a nivel colectivo, una referencia histórica fundamental ("un signo visible de la identidad colectiva y de los pueblos", dice Ortega) y, a ni-

vel personal, una experiencia vital en la que participan todos los sentidos transmitiéndose sensaciones entre ellos ("Toda la noche,/ los pájaros han estado/ cantándome sus colores", asegura Juan Ramón). Pero el paisaje es también su interpretación. El paisaje está vivo, pero además es vivido de manera personal por el viajero escritor. Por tanto, este no debe transmitir lo que las cosas son en realidad, como habían hecho los realistas y los naturalistas, sino lo que le dicen, lo que siente su espíritu en el momento en que las ve y las mira, debe hacer ver lo que se oye y hacer oír lo que se ve, de modo claro y conciso, valiéndose de un lenguaje rico en metáforas ("¡Oh mar, cielo rebelde/ caído de los cielos!"). Por este camino el paisaje se convierte en uno de los más altos grados del arte de escribir: "Ninguna música, ningún verso, pocos ojos de mujer me han hecho llorar tan dulcemente como el humo azul de los hogares, en la paz silenciosa del crepúsculo...", afirma Juan Ramón Jiménez, el primer poeta español en recibir el Premio Nobel de Literatura.

El paisaje, ese "amigo" que le ha descubierto su propio corazón, también le sirve al poeta de Moguer para reflexionar y tomar conciencia del *viaje definitivo*: "... Y yo me iré. Y se quedarán los pájaros/ cantando;/ y se quedará mi huerto, con su verde árbol,/ y con su pozo blanco". A lomos de *Platero*, el paisaje va pasando del impresionismo a la abstracción en un proceso de renovación constante del lenguaje, que permite ir de la realidad aparente a la realidad verdadera (el paisaje auténticamente real es el soñado, el perfeccionado por el autor) y, después, de la realidad verdadera a la verdadera realidad (trabajar lo real hasta que la potencia explosiva de la imaginación permita poner de relieve la esencia que se oculta tras la apariencia y que no consiste en algo concreto, sino en algo abstracto). En cierto modo, es el camino que en la pintura va recorriendo con su *Jinete azul* el ruso Vasili Kandinsky y que hace de la creación artística una necesidad interior no solo ya de transmitir, sino de persuadir.

Entre el ensayo de Ortega y el lirismo de Juan Ramón ("Andando, andando./ Que quiero oír cada grano/ de la arena que voy pisando"), no podemos olvidar la referencia a otros autores tan interesantes como diversas son sus formas de abordar el tema del viaje en la literatura: Gabriel Miró, Julio Camba, Wenceslao Fernández Flórez y Ramón Gómez de la Serna.

En el escritor alicantino Gabriel Miró convergen el novelista lírico y el paisajista prodigioso. El mundo por el que transita su singular obra es el entorno mediterráneo, las tierras y las costas de Levante, pero desde este rincón el autor evoca lo infinito y transforma en algo trascendente lo cotidiano

(como "escritor de profundo aiento, regional y al mismo tiempo hinchido de valor universal", lo califica Pedro Salinas). Para llevar a cabo esta transformación, Miró utiliza una escritura muy elaborada, cargada de referencias sensoriales, tratando de que "la palabra no ha de decirlo todo, sino contenerlo todo". Tanto en sus textos más narrativos (novelas y cuentos) como en los más descriptivos (estampas), aborda el paisaje como el punto de encuentro entre la razón y los sentidos, acaso intuyendo las razones que tiene el corazón y la razón no comprende, y también las emociones que hacen brincar al ciervo que todos llevamos dentro. A decir verdad, lo que pretende no es transcribir la realidad de un paisaje que desaparece con cada cambio de luz, sino crear una nueva realidad cargada de simbolismo, en la que se aúnan el estado anímico, los recuerdos y las impresiones sensoriales, hacer del paisaje una forma de expresión. He aquí algunos breves ejemplos del modo de hacer mironiano. El primero de ellos pertenece a las andanzas de Sigüenza por los campos alicantinos arrugados por la labranza: "Los rastrojos inmensos, tejían, ensamblándose, la parda solana, tendida y muda bajo el cielo glorioso de la tarde" (las andanzas andariegas de Sigüenza quedarán reflejadas en distintas obras, como el *Libro de Sigüenza, Años y Leguas o Del vivir*). El segundo corresponde a una de las *Estampas del faro*: "Bajo (el faro), truena la mar, quebrándose en los filos y socavones de la costa, y se canta y se duerme ella misma, madre y niña, acostándose en la inocencia de las calas". El tercero lo entresacamos de *Las cerezas del cementerio*: "¿Verdad que parece que respiremos y que comamos pino y espliego y de ese trigo aún verde, revuelto de tan vicioso, y que bebamos con los ojos, azul, inmensidad, silencio?". El cuarto responde a la descripción general de la Judea por la que transcurrió la vida de Jesucristo (*Figuras de la pasión del Señor*): "Y la Judea..., montañas rotas, frágiles, desolladas; montañas encendidas, montañas como osarios de mundos ya remotos. Mesetas de colinas lisas, cónicas como tiendas de guerreros. Tierras indomables; cárcavas y llagas de *wadis* y torrentes enjutos. En su silencio infinito, las hordas bravías de los chumbos, del cactus y cardízal, crepitán de lagartos y escorpiones, y se retuercen y van estilizándose sobre un cielo calcinado. País de cenizas y escorias, de aljezares, de pedregal bueno para la vid y la higuera. El desierto duro, rígido, de peña baja con palmito y cañar; y el desierto cegado de torbellinos y olas de arenas humeantes. Y después, cerros calcáreos, cerros velludos de oro de bojas; soberquieras umbrías; márgenes de basalto, tajadas, profundas; y márgenes de henar, de zízifos, de juncos y papiros; y el Jordán, ancho, límoso, espeso, que se para cuajándose entre islillas de ovas y médanos...". En definitiva, como apunta Pedro Salinas: "El paisaje de Gabriel Miró es ante todo un paisaje profundamente humano. En sus libros, las tierras, los caminos, el

cielo, sangran, lloran, sonríen, se dilatan, se sobrecogen, cambian de tono y de color, se alegran o se entristecen. Es decir, dejan de ser cosas inanimadas y viven con un alma, no de la naturaleza, sino del hombre. De este modo el paisaje cobra un nuevo valor, también muy moderno: el valor dinámico".

A diferencia de Miró, el escritor gallego Julio Camba abandonó pronto su terruño natal para convertirse en un auténtico trotamundos urbanita. En sus *Crónicas de viajes*, enviadas desde las ciudades en donde vivió como corresponsal de diferentes periódicos (Constantinopla, París, Londres, Roma, Berlín, Nueva York...), supo unir literatura y periodismo como nadie lo había hecho antes. Julio Camba recorre las ciudades como si estuviera –de hecho, lo está– siempre de paso. Anda, callejea, se sienta en el rincón de un café, afina la mirada, el oído, el olfato y la imaginación, se deja llevar por el rumor de la ciudad, toma notas al vuelo y, luego, se sienta y escribe un artículo desprovisto de florituras, carente de datos y demostraciones, apoyado solo en la efectividad de su prosa, en el ingenio de sus observaciones y en la original manera de exponer su experiencia personal: "En Londres, la calle es algo así como una vía ferroviaria por donde las gentes se trasladan de un sitio a otro. En París, con sus anchas aceras y sus vistosos escaparates, constituyen más bien un paseo. En Nápoles es una prolongación de la casa. La calle inglesa es para andar; la francesa, para pasear; la napolitana, para estar". El resultado de todo ello es una descarga de neurotransmisores estimulantes del sueño y del ansia de viajar para conocer esa realidad, antes inexistente, que sus lectores experimentan mientras esperan impacientes el siguiente artículo: "No hay nada como los lugares imaginarios para vivir". *Playas, ciudades y montañas, Un año en otro mundo, La rana viajera, Aventuras de una peseta, La ciudad automática, Crónicas de viaje. Impresiones de un corresponsal español...* son títulos emblemáticos de la prolífica escritura viajera de Camba.

A otro registro pertenece la interesante producción literaria de otro gallego, Wenceslao Fernández Flórez, quien en *La conquista del horizonte* nos dejó el relato de sus correrías viajeras por algunos lugares de España y Europa, entre las que podemos encontrar algunos textos exquisitos, como el referido a su Galicia natal: "Los paisajes son indescriptibles. Exportamos crías de fiordos a Escandinavia; verdor, a Suiza; agua, a Holanda; montañitas floridas, al Japón; las nubes más hermosas que recorren España se forjan allí, y las lanzamos al aire como en otros sitios se lanzan pompas de jabón".

Impregnada de un profundo espíritu nacionalista, la obra del geógrafo y humanista gallego Ramón Otero Pedrayo, uno de los miembros más desta-

cados de la llamada "Generación Nos", está orientada en una buena parte al estudio de su tierra natal. Interrelacionando geografía, historia, arte y cultura, ofrece una visión integradora del paisaje, sobre todo en *Guía de Galicia*: "El paisaje ostenta la huella de la historia desde las manifestaciones primitivas de los castros a las hondas composiciones de los grandes siglos". Sin embargo, junto al detallado conocimiento de Galicia, el autor de *Los caminos de vida* también era un buen conocedor del resto de las tierras de España y visitó numerosos países de Europa y de Hispanoamérica.

El periodista catalán Agustí Calvet, Gaziel, compartió con Julio Camba una manera de hacer un periodismo diferente y con Otero Pedrayo un nacionalismo nada excluyente. Excelente prosista tanto en catalán como en castellano, el socrático Gaziel es autor, entre otras, de obras tan interesantes como *El expreso de Francia*, *Todos los caminos llevan a Roma*, *Meditaciones en el desierto*, *Castilla adentro* y *La Península inacabada*, títulos que dan nombre a sus textos más significativos, hechos generalmente con "un entramado de hilos que, partiendo de una visión material directa, se entrecruzan con hechos y personajes que yacen bajo el manto de la historia, con realidades del presente y borrosos retazos del futuro".

Ramón Gómez de la Serna fue un gran "callejeador de ciudades": Madrid, París, Lisboa-Estoril, Nápoles, Londres, Buenos Aires, Montevideo..., algunas de las cuales visitó en compañía de Carmen Burgos, la escritora y periodista que decía haber formado su espíritu libre en el "inolvidable valle de Rodalquilar". La ciudad ocupa en la obra de Gómez de la Serna un espacio central y llega a adquirir la categoría de personaje protagonista de sus relatos. El inventor de la greguería (ese "atrevimiento a definir lo que no puede definirse") dejó escritas cartas, notas de diario y artículos de viaje en las que, por una parte, nos sorprende con la acrobacia de sus frases y palabras, con su facilidad para convertir lo cotidiano en algo insólito ("el alba convierte en una estación de entrada a toda la ciudad") y, por otra parte, nos acerca a la condición del viajero como un ente siempre en movimiento: de rotación (hacia adentro) y de traslación (hacia afuera). Ramón Gómez de la Serna es el más vanguardista de los escritores españoles de su generación y, como los surrealistas, considera la superación de la realidad aparente y el descubrimiento de la constitución orgánica de la realidad urbana como una absoluta necesidad: "¿Por qué me he de negar yo mismo la evidencia de lo que no he visto?".

Otro vuelo tiene la literatura de viajes del sevillano Manuel Chaves Nogales, poseedor de una prosa vibrante y alejada de todo artificio, un auténtico

maestro de la llamada "novela de no ficción". Chaves Nogales desmitifica el paisaje, confiesa ser más bien rebelde a las emociones del mismo y afirma que, si antes de la aviación la Tierra era demasiado grande para el hombre, con el desarrollo de la misma el ser humano había dejado de ser un "ratoncito perdido en alguna sala de un inmenso palacio" y había tomado posesión de ella. Centra su atención en las ciudades: Sevilla, Madrid, París, Berlín, Londres, Moscú, San Petersburgo, Praga... Si *La vuelta a Europa en avión* constituye una síntesis excepcional de la crónica periodística y el libro de viajes, *El maestro Juan Martínez, que estaba allí* es una obra genial, que narra las peripecias por la Europa de la Primera Guerra Mundial y la Revolución soviética de un personaje magnético, el bailaor Juan Martínez, a la altura de los más grandes héroes ficticios.

Precursor de la idea una Europa amplia e inclusiva, el político y escritor Salvador de Madariaga es autor de numerosos ensayos sobre España e Hispanoamérica y acerca de personajes clave de la historia y de la literatura, como Cristóbal Colón y Don Quijote. *El corazón de piedra verde* es de lo más destacado de su novelística y en ella narra los amores de un español y una princesa azteca en el México del siglo XVI, al tiempo que ofrece un gran fresco de las condiciones sociales, culturales, políticas y económicas de uno y otro mundo en las dos orillas del Atlántico.

Dice Gregorio Marañón, en clara alusión a la Generación del 98, que: "El amor a la llanura castellana lo aprendí de los hombres beneméritos que en el último tercio del pasado siglo enseñaron a los españoles, y más tarde al mundo, que hay una belleza maravillosa en los horizontes sin fin de la gran meseta, bajo el cielo de un azul de infinita transparencia y lucidez". Y comparte la gran obra de aquellos pedagogos que "sacaron a los jóvenes españoles de las casas de huéspedes mugrientas, para enseñarles a amar el sol de la sierra y las viejas ciudades y la pulcritud de los cuartos encalados...".

Si hay un viaje clave que marcará como ningún otro la vida del médico-escritor es el que realizó a Las Hurdes en abril de 1922 a instancias del Ministerio de la Gobernación, cuyos responsables estaban alarmados por las denuncias de miseria y pobreza extrema que llegaban de la región: solo en algunos lugares existía una precaria agricultura de supervivencia, mientras que en otros la vida quedaba a expensas de cuánto se llenaban los zurrones de los "panaeros limosneros" de la caridad, en forma de mendrugos de pan, de los habitantes de las aldeas vecinas. En el informe elaborado insiste, como antes hiciera Unamuno, en desterrar los negros tópicos que se habían venido construyendo durante siglos sobre la comarca, pero alerta

de la necesidad de una acción inmediata para revertir el hambre y la insalubridad de sus gentes: "Nosotros por el contrario hemos confesado que no hallamos en Las Hurdes ninguno de los elementos legendarios que sirvieron de tema a los cronistas, ni razas distintas, ni seres salvajes y de costumbres extrañas, ni pueblos de liliputienses, sino solo alquerías habitadas por pobres gentes, inteligentes y dulces pero asoladas, ignorantes y sobre todo, temiblemente hambrientas y enfermas de gravedad". La advertencia de Marañón sobre la profunda raíz de los males sociales de los hurdanos movió al propio rey Alfonso XIII a conocer de primera mano la realidad de Las Hurdes, organizando el famoso viaje real a la comarca en junio de ese mismo año. Una década después, sería el cineasta Luis Buñuel quien viajaría hasta allí para ofrecer su particular visión del tema en el documental *Tierra sin pan*.

La Generación del 27

La generación del 27 está dominada por los poetas, si bien la mayoría de ellos realizaron incursiones a otros géneros, como la novela, el cuento, el relato, el teatro o el ensayo. Se trata de Federico García Lorca, Jorge Guillén, Pedro Salinas, Luis Cernuda, Manuel Altolaguirre, Emilio Prados, León Felipe, Juan Larrea, Dámaso Alonso, Gerardo Diego, Vicente Aleixandre, José Bergamín, Rafael Alberti, Concha Méndez, Cristina de Champourcín, Josefina de la Torre y, para algunos estudiosos, también Miguel Hernández. Una derivada son los grandes escritores del humor español, unos más próximos a la vanguardia europea (a diferencia del surrealismo, es alegre), como el viajado Enrique Jardiel Poncela, y otros, más costumbristas, como Miguel Mihura, el impagable creador de *La Codorniz*; entre ellos, Edgar Neville y algún humorista gráfico que habla por sus dibujos, como Tono.

Antes de esa gran "fiesta de Caín" que fue la Guerra Civil española, el viaje supuso para muchos de los miembros de la Generación del 27 el escape, la apertura, el encuentro con otros mundos y otras formas de ver y sentir, con otros modos de crear; después no hubo viaje, tan solo exilio: en unos casos, interior, y en otros, exterior: "Carretera en huida./ ¡Cómo lloran los niños/ junto a ese baúl mundo/ abierto en la cuneta!" (Agustina de Champourcin). Aunque ninguno de ellos escribió relatos de viaje, el paisaje es una constante en todos ellos, seguramente en la convicción de que "no basta la geografía" (Jorge Guillén) y es necesario "beberse el paisaje" (Miguel Hernández), un paisaje cargado de historia, pero también cincelado de metáforas (Federico García Lorca, *Impresiones y paisajes*). El 27 no solo es una generación literaria, sino una nueva forma de sentir y entender el mundo, desde el surrealismo hasta lo popular, y su influencia en la literatura y la cultura

española de la segunda mitad del siglo XX y lo que va de siglo XXI es indudable.

Dos son las corrientes que podemos encontrar en la Generación del 27 en relación al paisaje: los fundamentalmente ruralistas, como Gerardo Diego, Jorge Guillén, Federico García Lorca o Manuel Terán –el representante de la corriente científica de la generación no exento de elevada calidad literaria–, y los que prestan mayor atención al paisaje urbano, como es el caso de Vicente Aleixandre, a quien corresponde esta descripción de la *Ciudad del Paraíso*, la Málaga en la que pasó su infancia: "Siempre te ven mis ojos, ciudad de mis días marinos./ Colgada del imponente monte, apenas detenida/ en tu vertical caída a las ondas azules,/ pareces reinar bajo el cielo, sobre las aguas,/ intermedia en los aires, como si una mano dichosa/ te hubiera retido, un momento de gloria, antes de hundirte para siempre en las olas amantes".

Quienes sí escribieron relatos de viaje fueron dos escritores de formación periodística. El primero de ellos fue el bilbaíno Jacinto Miquelarena, pionero de la crónica deportiva, que dota a su escritura de aires vanguardistas y un notable sentido del humor, que va desparramando por las cuartillas con distinto grado de ternura o causticidad, según la ocasión. Tras asistir a los Juegos Olímpicos de Ámsterdam de 1928, publicó la crónica *El gusto de Holanda*, un país en el que "todo es limpio, nuevo, flamante", y después de una estancia de dos meses en Nueva York, *Pero ellos no tienen bananas*, un retrato caleidoscópico de la gran metrópoli neoyorquina. Veintitrés es la estampa de otras tantas ciudades realizada con pinceladas breves, casi aforísticas. Tras los avatares del 36, que le llevaron hasta Argentina huyendo de un Madrid a la deriva de la pólvora, vivió en Buenos Aires al frente de la delegación de la agencia EFE y fue corresponsal de ABC en Berlín, Londres y París, ciudad en la que pondría fin a sus días arrojándose a las vías del metro.

El segundo es Luis de Oteyza, cuyas ideas políticas estaban en las antípodas de las de Miquelarena, aunque no compartió la radicalidad en la que desembocaría la Segunda República. Se trata de uno de los creadores del periodismo de investigación en España (tras el desastre de Annual, cruzó las líneas enemigas y logró entrevistar en Marruecos al líder de los rifeños, Mohamed Abdelkrim), exiliado forzoso tanto con la dictadura de Primo de Rivera como con la de Franco, viajero incansable y poeta. Escribió un buen número de novelas de aventuras, ambientadas en los lugares exóticos que había visitado. *De España a Japón. Itinerario impresionista*, *El diablo blanco*,

Al Senegal en avión: reportaje aéreo y *El pícaro mundo. Cuentos de diversos países*, son algunos de sus títulos más representativos.

Por su parte, el también pintor destacado, José Gutiérrez Solana, presenta una escritura vigorosa y energética, apropiada para la estampa costumbrista. La mayoría de sus obras son libros de viajes que pretenden introducirse en la España verdadera, alejada de la imagen propugnada por el creciente turismo. Sus escritos más importantes son *Madrid: Escenas y costumbres*, *La España negra*, *Madrid callejero* y *Dos pueblos de Castilla*.

Para finalizar este recorrido por la literatura viajera española anterior a la Guerra Civil, parece oportuno comentar la singular experiencia llevada a cabo durante el verano de 1933 en el marco de las reformas educativas puestas en marcha por el Gobierno de la Segunda República: la realización de un crucero universitario, organizado a instancias de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid, que permitió recorrer a casi dos centenares de estudiantes y profesores diversos lugares del Mediterráneo relacionados con las raíces de la cultura española. En dicho crucero participaría un joven Julián Marías, que daría cuenta del periplo en *Notas de un viaje a Oriente*, escritas a modo de un diario de viaje.

Literatura de viajes latinoamericana en la primera mitad del s. XX

La eclosión del género viajero en América Latina tuvo lugar con los modernistas ("el Modernismo hispanoamericano es en realidad nuestro Romanticismo", asegura Octavio Paz), que fueron quienes más viajaron y quienes más y mejor escribieron sobre sus andanzas, utilizando fundamentalmente las posibilidades que ofrecía la crónica de viajes, formato que utilizaron, adaptándolo cada uno a su propio estilo, la mayoría de los miembros más destacados del movimiento, desde los precursores, como Manuel Gutiérrez Nájera y José Martí, a los últimos, como José Juan Tablada o José Enrique Rodó, pasando por Rubén Darío, Enrique Gómez Carrillo, Manuel Ugarte y Amado Nervo, autores que no solo describen el viaje, sino que también reflexionan sobre él, como sucede con Amado Nervo en *¿Por qué va uno a París?* y Enrique Gómez Carrillo en *La psicología del viaje*.

Tras el vendaval modernista, llegó a Europa, y en particular a España, otra oleada de viajeros, menos entusiastas y más nostálgicos de su tierra. Se trata de los exiliados de la Revolución mexicana que encontraron asilo en nuestro país hasta que pudieron emprender el regreso al suyo, lo que para algunos se prolongaría durante bastantes años. A ellos se sumaron los escritores vanguardistas que, siguiendo las huellas de los modernistas, tam-

bién quisieron conquistar Europa y revolucionar el arte, con Jorge Luis Borges, Oliverio Girondo, César Vallejo y Vicente Huidobro a la cabeza.

Comenzaremos este repaso de la literatura latinoamericana en la primera mitad del siglo XX por el nicaragüense Rubén Darío, máximo representante del Modernismo literario en lengua española, cuya obra influyó de manera decisiva en los poetas españoles de la primera mitad del siglo XX. Viajero desde niño, publicó en vida tres volúmenes de crónicas de viajes, aunque esta no sea su faceta más conocida. Entre sus libros viajeros merecen destacarse: *España contemporánea*, que recoge sus impresiones de la España inmediatamente posterior al desastre de 1898; las crónicas de viajes a Francia e Italia recogidas en *Peregrinaciones*, y *El viaje a Nicaragua e Intermezzo tropical*, en el que el lector puede encontrar las impresiones que le produjo su breve retorno a Nicaragua en 1907. En *Tierras solares* nos ofrece un variado mosaico de ciudades mediterráneas.

Entre las ciudades españolas a las que dedicó sus comentarios el autor de *Azul*, destacamos este pasaje de la capital malagueña: "Escribo a la orilla del mar, sobre una terraza a donde llega el ruido de la espuma. A pesar de la estación, está alegre y claro el día, y el cielo limpio, de limpidez mineral, y el aire acariciador. Esta es la dulce Málaga, llamada la Bella, de donde son las famosas pasas, las famosas mujeres y el vino preferido para la consagración". Asimismo, en *El oro de Mallorca*, puede encontrarse este otro pasaje de la capital balear: "... y entraba el barco blanco en la bahía de milagro de la dulce Palma, cuya catedral, en los crepúsculos, sobre la ciudad violeta, como sobre un altar, arde de sol como una llama".

Sin embargo, como él mismo refiere en *La vida de Rubén Darío contada por él mismo*, su ciudad preferida es París, que representaba más que la capital europea por excelencia, el centro de una estética, el centro de la luz: "Yo soñaba con París desde niño, al punto de que cuando hacía mis oraciones, rogaba a Dios que no me dejase morir sin conocer París. París era para mí como un paraíso en donde se respirase la esencia de la felicidad sobre la tierra. Era la Ciudad del Arte, de la Belleza y de la Gloria; y, sobre todo, era la capital del Amor, el reino del Ensueño. E iba yo a conocer París, a realizar la mayor ansia de mi vida. Y cuando en la estación de Saint-Lazare pisé tierra parisienne, creí hollar suelo sagrado".

Darío rechaza el turismo de masas, que ya empezaba a adquirir importantes proporciones a principios del siglo XX, y, así, en el comentario que hace de su estancia en Granada, recoge esta dura crítica: "He tenido, por llegar en

este frío febrero, un singular gozo; estar solo en la Alhambra y en el Generalife. En otra estación, la afluencia de viajeros abruma y perturba, como en todos los lugares a donde puede guiar el rojo Baedeker. Pues es esta una de las ciudades más frecuentadas por los rebaños de la agencia Cook".

Del mexicano Alfonso Reyes afirma César Antonio Molina que su literatura está "recorrida por la multiplicidad expresiva, por el afán de expandirse en los registros del poema, el ensayo, la narrativa, la biografía, el teatro y la crítica literaria y artística", y que su obra es "la conjunción de la inteligencia con la sonoridad más honda del lenguaje". No encontramos una descripción más breve y precisa de quien estuvo agraciado por los dones de Mnemósine y los utilizó para escribir una obra oceánica ("toda una literatura", en palabras de Octavio Paz), alimentar una curiosidad insaciable y llevar a cabo una ingente labor de investigación literaria en una y otra orilla del Atlántico.

Desde principios de los años 20 hasta poco antes de los años 40, cuando regresó definitivamente a México, Reyes vivió primero en España como exiliado "en pobreza y libertad" y, más tarde, calmados los vientos de la llamada "decena trágica", ocupó distintos cargos diplomáticos en nuestro país y también en Francia, Argentina y Brasil, actividad que le llevó a realizar numerosos viajes y estancias por el extranjero, lo que le brindó la oportunidad de difundir la cultura mexicana y, al mismo tiempo, empaparse de otras expresiones culturales (*El Brasil y su cultura*, *Crónicas de Francia, Norte y Sur*, *Las vísperas de España...*).

Vísperas recoge más o menos las estampas, memorias y viajes del periplo vital del autor regiomontano entre 1914 y 1924. Reyes y su familia llegaron a España procedentes de Francia, donde habían vivido una primera etapa de exilio político, previa parada en la ciudad de Burdeos, donde hubieron de habitar doce horas cabales metidos en un coche, recordando que "en la primitiva carreta –origen de la ciudad– cabe una tribu". Su encuentro con el paisaje de España lo relata de la siguiente manera: "La dulzura del País Vasco entró por mis ojos como un cordial. Esa sangre nuestra que es el mar se hinchaba a lo lejos, con volubilidades de espacio y de luz clara. Una honda de fuerza subió hasta mi corazón, un ímpetu de fuerte esperanza".

Visión de Anáhuac es un verdadero poema en prosa escrito también durante el exilio madrileño y que comienza con esta advertencia: "Viajero: has llegado a la región más transparente del aire". Se trata uno de los ejemplos más altos de la narrativa de quien fue considerado por Jorge Luis Borges como "el mejor prosista del idioma español del siglo XX".

Cartones de Madrid es un libro de estampas más que de viajes, aunque para su autor solo se trata de "un cuaderno de notas y rápidos trazos" de la ciudad en la que "todo sitio público tiende a convertirse en casino y tertulia, en centro de curiosos parlantes", un efervescente Madrid cuya importancia cultural y sus intimidades pondría de manifiesto Reyes con las siguientes líneas: "¡Y qué Madrid de aquel entonces, qué Atenas a los pies de la sierra carpetovetónica! Mi época madrileña correspondió, con rara y providencial exactitud, a mis anhelos de emancipación. Quise ser quien era, y no remolque de voluntades ajenas. Gracias a Madrid lo logré. Cuando emprendí el viaje de San Sebastián a Madrid, pude sentir lo que sintió Goethe al tomar el coche para Weimar". En el capítulo de "Voces de la ciudad", Reyes afirma que lo mismo que la pipa de Mallarmé genera un viaje y los olores de Kipling evocan lugares, a él lo resucitan las ciudades en un ruido, en una tonada callejera: "Los gritos de la calle contienen en potencia una ciudad". Nosotros no nos resistimos a dejar de escuchar esta "canción de amanecer", cuyo comienzo bien podría ser un buen punto de partida para un posible relato de ficción: "Me despierta el luminazo de la ventana: un cielo resueltamente azul: un ángulo de muro encalado que se tuesta en oro. Es tan temprano, que el cuerpo se resiste aún y, durante algún tiempo, el sueño entra y sale por los ojos, antes de abandonarnos...".

En *Geógrafos del mundo antiguo*, Reyes hace un amplio recorrido por los personajes que proporcionaron los principales conocimientos geográficos del mundo clásico, ofreciendo un resumen que comienza del siguiente modo: "La geografía griega aparece con la antigua epopeya. Pronto es sometida al razonamiento filosófico y a las embrionarias explicaciones científicas que los griegos logran audazmente desprender de la magia astronómica asiria y de la geodesia egipcia. Las exploraciones son impulsadas por la colonización comercial y por las invasiones persas, que obligan a buscar nuevas patrias. Hay también viajes de mera curiosidad científica y, excepcionalmente (a diferencia de lo que sucederá en Roma), viajes de conquista militar. El descubrimiento de nuevas tierras como empresa nacional no puede darse en Grecia, por la falta de unidad política, hasta los días de Alejandro". Otra de sus importantes contribuciones al mejor conocimiento de Grecia es *Homero en Cuernavaca*. Reyes "descubre" Cuernavaca en 1947 a la "breve distancia de un suspiro" de la ciudad de México, buscando un lugar aislado para trabajar, y un clima y altura más adecuados para la dolencia cardiaca que padecía desde algunos años atrás. Encuentra en Cuernavaca "la tibieza vegetal donde se hamaca el ser en filosófica medida". Y estas pausas de libertad y espaciamiento creador le permiten tomar distancia de los ajetreos diarios y ocuparse de plantear la *Ilíada* de Ho-

mero, trasladando el modelo original griego escrito en hexámetros al español en versos alejandrinos, aunque desprovistos de toda erudición para una más fácil lectura.

En *Golfo de México* nos ofrece el contraste entre Veracruz, donde "la tierra triunfa y manda", y La Habana, cuyo mar es transparente "para que no se pierdan los despojos del Maine", pero cuyo efecto es disolver el alma. En no pocas ocasiones Reyes compara la hazaña griega con la del descubrimiento de América.

En *Última Tule*, Reyes hace un recorrido de leyendas y realidades que antecedieron a lo que, finalmente, fue la hazaña colombina, y define el descubrimiento como "el resultado de algunos errores científicos y algunos aciertos poéticos", la posibilidad de llevar a cabo "una soñada república, una Utopía".

El poeta y diplomático mexicano Manuel Maples Arce recorrió prácticamente todos los rincones del planeta, haciendo del viaje una gran experiencia vital, que plasmó en sus tres volúmenes de memorias, especialmente en *Mi vida por el mundo*: "Mientras volaba el tren por las llanuras heladas de la Europa oriental sentía que un viaje tiene la virtud de intensificar nuestra vida interior porque, además de que repasamos las cosas vistas, éstas mismas nos fuerzan a observar, deliberar y depurar nuestros juicios, y en ocasiones a sentir más intensamente aún". Más que por las personas y los lugares, Maples parece interesarse por la cultura, el arte, las costumbres y la realidad nacional de los países que visita. Al margen de esta manifestación de su vida por el mundo exterior, es autor de varios poemarios, entre ellos los rupturistas *Andamios interiores*, *Poemas interdictos* y *Metrópolis*, así como del ensayo *El paisaje en la literatura mexicana*.

La obra viajera del tan poco aventurero como renovador Salvador Novo abarca: *Return Ticket*, que cuenta un viaje a Hawái para asistir a una asamblea de carácter educativo ("Tengo veintitrés años y no conozco el mar"); *Jalisco-Michoacán*, relato de una gira oficial por ambos estados con el propósito de visitar el mayor número de escuelas rurales posibles; *Continente vacío (Viaje a Sudamérica)*, donde cuenta sus experiencias con ocasión de un congreso sobre educación celebrado en Uruguay y sus encuentros con un buen número de escritores hispanoamericanos en Montevideo y Buenos Aires, y *Este y otros viajes*, que recoge las "impresiones rápidas y directas" de sus viajes por la república mexicana. Novo hace de sus crónicas un género flexible, entre el ensayo, la autobiografía y la narrativa y, en la mayoría de ellas, predomina un "deambular por los corredores del alma" sobre cual-

quier otro elemento, acercándose irónicamente a la realidad que va encontrando en cada uno de sus viajes: "El alma tiene prisa de viajero".

El polifacético Martín Luis Guzmán fue un político con ideas revolucionarias que luego fue destilando hacia planteamientos más liberales, un periodista de raza (fue colaborador de periódicos fuera y dentro de México, como *El Sol* y *El Universal*, y fundador de publicaciones, como la revista *Tiempo*, de gran difusión en América) y un escritor realista, fundamentalmente de novelas con trasfondo histórico, como *El águila y la serpiente* o *La sombra del caudillo*, el libro en el que recorre los entresijos de la Revolución mexicana. Durante más de veinte años, entre 1915 y 1936, Guzmán vivió prácticamente en un doble exilio madrileño, entre los que intercaló otro en Nueva York y un regreso a la patria a principios de los años 20. Sus crónicas madrileñas, de temática variada, están recopiladas en una antología realizada por el propio autor mucho tiempo después: *Crónicas de mi destierro*. Las neoyorquinas están contenidas en *A orillas del Hudson*.

El Madrid del primer tercio del siglo XX también está descrito en *Madrid de los años veinte*, libro de otro exiliado, aunque ideológicamente alejado de las ideas de Guzmán: Francisco Urquiza. El relato se abre con la expectación del autor ante la inminente llegada a su destino, más propia de un turista que de un exiliado: "¡Madrid! ¡Por fin lo voy a conocer! Más claro: voy a cerciorarme de que existe, pues lo conozco desde hace años, por tantísimos libros que he leído referentes a la capital de España; por las novelas de los autores contemporáneos españoles cuyas escenas se desarrollan todas en Madrid; por los antiguos sainetes y zarzuelas del género chico, de ambiente madrileño; por las piezas musicales, chotises y habaneras; por lo que me han contado los amigos que han tenido la dicha de conocerla". El libro se cierra con un aire de cierta nostalgia, tratando de extraer la amargura que lleva consigo no solo el hecho de sentirse extranjero, sino la propia palabra extranjero, aunque en su caso esté dulcificada por la hospitalidad española: "Aquí es donde menos extranjero me sentí que en otras partes; aquí eché raíces, que al arrancarlas salen sangrantes, dejando allá en lo hondo algo que no saldrá, que no puede salir porque está en el corazón y forma parte de él (...). Nunca salgas de tu tierra; es muy triste ser extranjero. Yo aquí he sido menos quizás y por eso mi afecto es muy grande para esta bella y hospitalaria tierra". De tono muy diferente es el libro *Europa Central en 1922: Impresiones de viaje por Francia, Bélgica, Alemania, Checoslovaquia, Austria e Italia*.

Cruzando la frontera de México a Guatemala nos encontramos, en primer lugar, con la figura de Enrique Gómez Carrillo, uno de los grandes impulso-

res del Modernismo y uno de los más inagotables viajeros y bohemios latinoamericanos de principios del siglo XX. Es autor de crónicas viajeras de los más variados rincones del globo terráqueo, en las que suele tomar como referente a Pierre Loti. Entre ellas cabe destacar: *El alma encantadora de París*, *La Rusia actual*, *La atmósfera de Holanda*, *El Japón heroico y galante*, *La Grecia eterna y Jerusalén y tierra santa*, libros que le permiten aunar vida y literatura, experiencia y escritura, búsqueda y transmisión de sensaciones: "Por mi parte, yo nunca busco en los libros de viaje el alma de los países que me interesan. Lo que busco es algo más sutil, más frívolo, más positivo: la sensación. Todo viajero artista, en efecto, podría titular su libro: *Sensaciones*" (*Psicología del viajero*).

El premio Nobel de Literatura Miguel Ángel Asturias pasó la mayor parte de su vida fuera de su país, bien en otros países de América, como México, Argentina, Chile y El Salvador, o bien en Europa, fundamentalmente Inglaterra, Francia y España, desde donde viajó a distintos lugares del Viejo Continente, el norte de África y el Oriente Próximo. Muchos de estos lugares alimentaron sus narraciones y poemas, como es el caso de Venecia, a la que describe de esta manera: "Hecha una góndola de ensueños, nos circula en la sangre, no sabemos si como glóbulo blanco o glóbulo rojo". No obstante, donde Asturias se recrea más es en mostrar al lector la maravilla del mundo centroamericano, el esplendor de una naturaleza paradisíaca: "Andar de luces. Desandar de sombras. Arboledas. Troncos elásticos. Eucaliptos. Árboles de pimienta más altos, más altos, más en las nubes. Y sube y baja de lianas serpentinas de los ramajes de árboles añosos, entre caer de hojas, volar de pájaros azules, ir y venir de lagartijas, ardillas, monos, mapaches, que saltaban a la par suya". Su primer libro fue *Leyendas de Guatemala* (1930), una colección de nueve historias que exploran los mitos mayas de la época precolonial, así como diversos temas referidos al desarrollo de la identidad guatemalteca. Se trata de la primera gran contribución antropológica a la literatura española de América y un texto precursor del "realismo mágico", movimiento con numerosos rasgos comunes con el surrealismo y lo "real-maravilloso". Después, vendrían sus grandes obras, entre las que destacan *Señor presidente* y *Hombres de maíz*, escritas en la década de los años 40. Sus vivencias viajeras están recopiladas, junto a divagaciones sobre múltiples y variados temas, en *Viajes, ensayos y fantasías*.

Si damos un salto a la República Dominicana, hallaremos a Pedro Henríquez Ureña, otro de los representantes del movimiento modernista, aunque no se puede decir que tuviera demasiado sujetos los pies a su tierra, ya que, tras acabar sus estudios secundarios, vivió en Estados Unidos, Cuba,

Méjico, España y Argentina, completando su formación humanista e investigando y trabajando como profesor y conferenciente sobre temas relacionados con la lengua y la filosofía. Tuvo la máxima consideración de escritores como Jorge Luis Borges o Ernesto Sábato, para quien su vida y su obra se desarrollaron en busca de la utopía latinoamericana de la patria única y la justicia social (*Seis ensayos en busca de nuestra expresión*). Los relatos de viaje de Henríquez Ureña comprenden memorias, diarios y notas de viaje, los cuales corresponden a otros tantos títulos publicados de manera póstuma. Según la opinión de Federico Guzmán, los viajes de Henríquez Ureña forman parte de un proceso de formación intelectual permanente en el que las lecturas que se hacen durante el camino ocupan un lugar tan destacado o más que lo que se observa.

De regreso al continente, esta vez al sur, nos encontramos en Venezuela con *Diario de una caraqueña por el Lejano Oriente*, de Teresa de la Parra, que supone uno de los más claros ejemplos de la transgresión y ruptura en la narrativa vanguardista. En dicho texto, la autora de *Ifigenia*, la primera gran novela venezolana, tensiona la relación existente entre los hechos y la ficción, situando su supuesto diario en los límites de la ficcionalidad. En realidad, no es la escritora quien realiza el viaje a Extremo Oriente, sino su hermana María, quien consignó los detalles de su travesía mediante cartas que enviaba a su familia. Es a partir de este material epistolar con lo que Teresa escribe su diario, mitad verdad y mitad mentira.

A Rómulo Gallegos se le recuerda en tres grandes aspectos de su vida: como educador, escritor (su novela *Doña Bárbara* es uno de los clásicos de la literatura costumbrista hispanoamericana del siglo XX y su estilo influyó en muchos escritores de su tiempo en todo el continente americano) y político (fue el primer presidente venezolano electo por sufragio universal y directo, aunque su presidencia apenas duró unos meses a causa de un golpe militar). Pero Rómulo Gallegos fue también un viajero, a veces forzado por el exilio, tanto en América (Nueva York, Cuba, México) como en España (Madrid, Barcelona, Galicia) y, a veces, por voluntad propia, dentro de Venezuela. Sobre todo, para documentar de forma minuciosa, a la manera de un etnógrafo, sus narraciones y poder hablarnos de los llanos inmensos, la selva tupida, la lluvia recia, el "agua de mil y tantos ríos y caños por donde una inmensa tierra se exprime para que sea grande el Orinoco", así como de la identidad venezolana, la patria bella y terrible a la vez, en la que "caben, holgadamente, hermosa vida y muerte atroz". Hay ocasiones, como ocurre en *Doña Bárbara* o *Canaima*, en las que utiliza sus observaciones, a modo de relatos de viaje en donde se mezclan realidad y ficción, como recurso literario para componer sus narraciones.

El poeta, ensayista y diplomático Jorge Carrera Andrade abrió las puertas de la vanguardia desde el paisaje de la tierra ecuatoriana y el espíritu indígena. Sin embargo, no es fácil encontrarlo en su país durante las décadas de su juventud y madurez, salvo en los "paréntesis verdes en los cuales he vuelto a sentir el gran abrazo de la tierra materna". Tras sus estudios en España y Francia, recorrió una buena parte del mundo tanto por sus actividades diplomáticas como literarias, alimentando su alma cosmopolita y su escritura, como puede observarse en Boletines de mar y tierra y en Latitudes. En el poema *Viaje de regreso* dice el poeta: "Mi vida fue una geografía/ que repasé una y otra vez/ libro de mapas y de sueños./ En América desperté". En efecto, después de la Segunda Guerra Mundial volvió a su paraíso ecuatoriano ("Ecuador, mi país, esmeralda del mundo/ incrustada en el aro equinoccial..."), el que tantas noches se le había presentado en sueños durante las noches en el extranjero: *Lugar de origen, Registro del mundo, Hombre planetario...* se sucedieron. Para entonces, ya había inventado el *micrograma*, esa ráfaga de luz a mitad de camino entre el haiku de Matsuo Bashō y la greguería de Ramón Gómez de la Serna.

Cada detalle del paisaje que Andrade describe se agranda, se devuelve a la naturaleza aún más vivo y presente, haciendo exclamar al poeta Pedro Salinas: "Ahora, con su metáfora, un halcón agudo siempre en la mano, va de cetrería y avizora aladas visiones por todos los meridianos del mundo". Nada se sustraer a su ojo de poeta, cuya mirada se detiene en la mineralidad (roca), en la vegetalidad (flor), en la animalidad (colibrí, tortuga), antes de llegar a la personalidad. El poeta parece haber encontrado el sentido último del Cosmos, y el lugar del hombre en el Cosmos, en el *Viaje infinito*: "Todos los seres viajan/ de distinta manera hacia Su Dios:/ La raíz baja a pie por peldaños de agua./ Las hojas con suspiros aparejan la nube./ Los pájaros se sirven de sus alas/ para alcanzar la zona de las eternas luces.// El lento mineral con invisibles pasos/ recorre las etapas de un círculo infinito/ que en el polvo comienza y termina en el astro/ y al polvo otra vez vuelve/ recordando al pasar, más bien soñando/ sus vidas sucesivas y sus muertes.// El pez habla a su Dios en la burbuja/ que es un trino en el agua,/ grito de ángel caído, privado de sus plumas./ El hombre sólo tiene la palabra/ para buscar la luz/ o viajar al país sin ecos de la nada". Y en su obra lírica más importante, *Hombre planetario*, plantea la búsqueda de la eternidad en cada cosa y del hombre imperecedero como miembro de la raza humana. El viajero, que tan bien conoce el planeta, se identifica con todos y cada uno de los habitantes del mundo: "Yo soy el habitante de las piedras/ sin memoria, con sed de sombra verde;/ yo soy el ciudadano de cien pueblos/ y de las prodigiosas capitales,/ el Hombre Planetario...". Reunió sus recuerdos via-

jeros en dos libros: *Rostros y climas y Viajes por países y libros*, a los que él califica como "paseos literarios", breves ensayos que tienen algo de apunte de viaje y de nota bibliográfica, o sea, "una combinación sugerente y amena de la descripción de paisaje con la alusión a lecturas útiles o deleitosas".

De la mano de José Gálvez Barrenechea nos adentramos por tierras peruanas. Escritor, intelectual y político, Gálvez Barrenechea muestra en sus descripciones de los territorios peruanos el arraigo del espíritu español: "Yo de mí sé decir que en los lindos y quietos lugares serranos que conozco, en mi tierra y en la de mis mayores, he sentido un penetrante aroma ibérico. Y hasta en la dolorida música de los yaravíes y de las mulizas, he creído percibir en las noches de las románticas serenatas, la castiza evocación de una España muy joven, muy lírica y muy fuerte...". Una de sus obras más representativas es *Estampas limeñas*, a caballo entre la crónica histórica, el cuadro de costumbres y el libro de memorias.

Otro gran intelectual y político peruano de la primera mitad del siglo XX es Víctor Andrés Belaúnde, cuya fecunda obra viene marcada por la búsqueda de la esencia que define el territorio geográfico e histórico del Perú: la peruanidad ("síntesis comenzada, pero no concluida"), en la que la herencia prehispánica y el mestizaje tienen un papel fundamental. En sus memorias, publicadas como *Trayectoria y destino*, narra muchas de sus experiencias viajeras por Europa y América, mirando el mundo desde la nostalgia sentida por la "Arequipa de mi infancia" y contemplando la Arequipa de sus amores desde su perspectiva cosmopolita.

El escritor, periodista y pensador marxista José Carlos Mariátegui, muerto prematuramente a los 35 años de edad, habla de su estancia de varios años en Europa (residió fundamentalmente en Francia, Italia y Alemania), durante la cual asistió al avance de las dos corrientes políticas extremas y enfrentadas, el fascismo y el comunismo. Creador de la revista *Amauta* ("sabio" o "maestro" en quechua), que trajo una nueva voz en la renovación vanguardista, comenta en relación a su experiencia viajera: "Yo no he sabido nunca lo que es la nostalgia, siempre, siempre siento una extraña alegría cada vez que tomo un barco, un tren para marcharme a otra ciudad. Eso me pasó al embarcarme en el Callao, eso me pasó al marcharme de París, donde encontré los signos de mi destino, y al marcharme de Roma, donde he vivido una de las épocas más felices de mi vida. Me parece que voy a volver muy pronto, y luego me entrego al paisaje que tengo delante y el paisaje me atrapa, me absorbe enteramente. Eso de que en 'cada viaje se muere un poco', según dicen los poetas, no es cierto para mí. Yo no he teni-

do la menor idea de la muerte hasta el día en que estuve enfermo, hace meses, en el hospital. En los viajes no me ha sido dado escuchar más que las voces de la vida. Mi emoción en un viaje es la emoción diáfana del alba". Sus notas publicadas en *El Tiempo*, bajo el título general de *Cartas de Italia*, dieron lugar a un libro del mismo título.

Clorinda Matto de Turner formó parte de la conocida como "la primera generación de mujeres ilustradas en el Perú". Periodista y escritora, feminista y defensora de los indígenas y la cultura inca, en la recta final de su vida viajó a Europa, recorriendo España, Francia, Italia, Inglaterra, Suiza, Alemania... *Viaje de recreo* es el relato de sus vívidas impresiones y del descubrimiento de las diferencias culturales entre los países de Europa occidental.

Jorge Puccinelli ha recogido las crónicas periodísticas que César Vallejo envió desde Europa a diferentes medios periodísticos a partir de 1923, fecha en la que abandonó Perú para instalarse en París, hasta 1938: *Desde Europa*, *Desde París*, *Crónica de París*, *Cartas de París* y *Un reportaje en Rusia*. Vallejo se sintió muy identificado con España, como se puede observar en esta breve descripción de una de sus escapadas desde Francia: "Desde la costa cantábrica, donde escribo estas palabras, vislumbro los horizontes españoles, poseído de no sé qué emoción inédita y entrañable. Voy a mi tierra, sin duda. Vuelvo a mi América Hispana, reencarnada, por el amor del verbo que salva las distancias, en el suelo castellano, siete veces clavado por los clavos de todas las aventuras colónidas". Si en el plano literario ahondó en el Romanticismo español, en lo político fue un claro defensor de la República. Sus últimos poemarios, publicados después de su muerte, fueron *Poemas humanos*, uno de los libros más impresionantes jamás escritos sobre el dolor humano y el sentimiento de solidaridad, y la conmovedora *España, aparta de mí este cáliz*. Ambos son poemas fuertemente innovadores, en los que ya se han perdido las huellas modernistas de *Los heraldos negros* y la experimentación vanguardista de *Trilce*, avanzando hacia una poesía más humana y comprometida, tratando de decir mejor diciendo menos. Aunque no siempre se entiendan, sus poemas nunca dejan de llegar al alma.

La poesía de calidad viaja del territorio peruano al chileno. Gabriela Mistral es el seudónimo literario de Lucila Godoy Alcayaga. Poetisa, pedagoga y diplomática, fue la primera mujer latinoamericana en recibir el Premio Nobel de Literatura (1945). Escritora errante, pasó una buena parte de su vida en distintos países de América y de Europa: "Hay países que yo recuerdo/ como recuerdo mis infancias./ Son países de mar o río,/ de postales de

vegas y aguas". Defensora de los derechos de la mujer y de los niños, del respeto a la naturaleza y de la importancia de la educación, la poesía de Mistral, surgida del Modernismo, no se entiende sin las poderosas fuerzas internas que la motivan y que la alejan de las Vanguardias para desarrollar un estilo propio, sencillo, pero cargado de expresividad, una poesía que es "más de la tierra que del aire".

Los poemarios *Desolación*, *Tala* y *Lagar* constituyen una guía imprescindible para seguir su obra. *Poema de Chile*, escrito durante los últimos años de su vida y aparecido después de su muerte, es un recorrido por la geografía, la naturaleza, los elementos atmosféricos y las gentes de Chile. El libro está estructurado a la manera de un viaje en el que ella es la maestra y guía que va contestando las preguntas de un niño que simboliza al pueblo chileno, en compañía de un huemul, animal característico de la fauna chilena y que simboliza la fuerza espiritual frente a la fuerza física del cóndor. Comienza con estos versos: "Bajé por espacio y aires/ y más aires, descendiendo./ sin llamado y con llamada/ por la fuerza del deseo". Y acaba con esta despedida: "Ya me voy porque me llama/ un silbo que es de mi Dueño/ (...) Yo bajé para salvar/ a mi niño atacameño/ y por andarme la Gea/ que me crió contra el pecho/ (...) Sentí el aire, palpé el agua/ y la Tierra./ Y ya regreso". Entre su obra prosística cabe destacar su epistolario y la creación de los *recados*, una variante personal del artículo periodístico, en algunos de los cuales da cuenta de sus experiencias mundanas.

Poeta torrencial y acérximo seguidor del marxismo-leninismo, Pablo de Rokha, seudónimo de Carlos Díaz Loyola, mantuvo un largo antagonismo personal y literario con Pablo Neruda. La poesía de Rokha va adquiriendo con el tiempo un tono desgarrado y anticipa, de alguna manera, la poesía de los *beatniks*: "He mirado niños de frío arañar las mañanas de Nueva York,/ en Brooklyn, escarbando con los zapatos desesperados el barrio imperial de la ciudad/ sangrienta con los cementerios clamando por debajo de la nevazón,/ y he mirado bajar a patadas al capitán negro, con sus condecoraciones de héroe nacional/ todo de luto/ desde los tranvías del ajedrez del Washington invernal y asesinarlo entre los oros pálidos/ de P. Street, en Dupont–Cercle". Durante años recorrió Chile de extremo a extremo, vendiendo él mismo sus libros y obras de arte, mercadeo con el que trataba de paliar la precaria situación económica de su familia. Nombrado embajador cultural de Chile en América, De Rokha tuvo la oportunidad de realizar un extenso viaje por la gran mayoría de los países del continente americano durante la primera mitad de los años 40. También anduvo por Europa y China. *Mundo a mundo: Francia* fue la última obra publicada por Pablo de

Rokha. Se trata de un homenaje a Francia que formaba parte de un tríptico, junto a la URSS y a China, que el poeta no alcanzó a terminar (el proyecto inicial se titulaba *Mundo a mundo, París, Moscú, Pekín*). La *Epopeya de las Comidas y Bebidas de Chile*, publicada anteriormente con otros títulos, es una guía poética y gastronómica sin par del país andino.

Vicente Huidobro, nacido en el Equinoccio como Vicente García-Huidobro Fernández, fue el impulsor de la corriente vanguardista conocida como "Creacionismo". Ególatra como pocos y buceador en los más profundos enigmas humanos ("toda poesía es un desafío a la razón"), también Huidobro vivió durante mucho tiempo enfrentado a Pablo Neruda. Comenzó a forjar su teoría estética ("Crear, crear, crear, como la Naturaleza crea al árbol. ¿Por qué cantáis la rosa?, hacedla florecer en vuestros versos") a partir de su viaje a Europa cuando contaba 23 años de edad y la cristalizó algunos años después en su poema *Altazor o El viaje en paracaídas* ("La vida es un viaje en paracaídas y no lo que tú quieras creer") y en *Tremblor del cielo*, libro escrito en prosa. En su estancia europea su residencia habitual fue París, desde donde realizó frecuentes viajes a Madrid, ciudad en la que se publicó por primera vez en libro y completo *Altazor*, un poema en VII cantos, que previamente había sido publicado en diferentes diarios y revistas en fragmentos dispersos y sin orden: "Ah, ah, soy Altazor, el gran poeta (...). Aquel que todo lo ha visto, que conoce todos los secretos sin ser Walt Whitman (...). Soy yo Altazor el doble de mí mismo/ El que se mira obrar y se ríe del otro frente a frente/ El que cayó de las alturas de su estrella/ Y viajó veinticinco años/ Colgado al paracaídas de sus propios prejuicios/ Soy yo Altazor el del ansia infinita/ Del hambre eterno y descorazonado/ Carne labrada por arados de angustia/ ¿Cómo podré dormir mientras haya adentro tierras desconocidas?/ Problemas/ Misterios que se cuelgan a mi pecho/ Estoy solo/ La distancia que va de cuerpo a cuerpo/ Es tan grande como la que hay de alma a alma".

El magisterio de Macedonio Fernández, uno de los personajes más peculiares de la literatura argentina y un auténtico renovador de la palabra, fue ampliamente reconocido por Jorge Luis Borges. Su escritura carecía de solemnidad, pero no de una profunda agudeza, una elevada imaginación y un cierto sentido del humor para expresar su particular percepción de la realidad. Filósofo, poeta y novelista, sus infinitivos favoritos eran saber, dudar y variar, y conjugaba como pocos saben hacerlo el verbo escuchar. En sus andanzas por el "bosque de la vida" pretendió vivir plenamente la naturaleza, hasta el punto de que durante su juventud llegó a crear con unos amigos una especie de comuna en el campo. Después fue un caminante solita-

rio e incorrecto que anduvo por las veredas del presente como un "pez en el aire", un insomne para el que "no toda es vigilia la de los ojos abiertos".

Otro de los escritores innovadores fue Leopoldo Lugones, puente entre el Modernismo y las Vanguardias (*Lunario sentimental*), precursor de la literatura fantástica (*Fuerzas extrañas*, *Cuentos fatales*) y uno de los pioneros del microrrelato (*Filosofícula*) en Hispanoamérica: "Yo sólo soy un tardío discípulo de Lugones, en mi país, que fue, a su vez, un tardío discípulo de Poe". Su mirada sobre la naturaleza, los días y las estaciones está recogida en *El libro de los paisajes*. Lugones llegó a idear una reconstrucción utópica de la ciudad de Buenos Aires, cercana al sueño de conseguir un espacio armónico en el que se pudiera desarrollar plenamente el humano vivir y, por tanto, muy alejada del canallesco París por el que vagabundea el *flâneur* de Baudelaire.

En una expedición financiada por el Ministerio de Educación argentino, que tenía por objetivo visitar las ruinas de las misiones jesuíticas guaraníes, Leopoldo Lugones se hizo acompañar, en calidad de fotógrafo, del escritor uruguayo Horacio Quiroga, uno de los más singulares escritores hispanoamericanos de la primera mitad del siglo XX. Fue tanta la impresión que aquellos parajes vírgenes causaron en Quiroga, que el escritor-fotógrafo decidió permanecer en ellos como colono. Esta experiencia no solo marcó un cambio radical en su vida, sino también en su obra, iniciando el camino que lo convertiría en un auténtico maestro del cuento breve.

Alejado de los anteriores, la obra de Manuel Gálvez plantea el tema del viaje como búsqueda personal o colectiva, que transciende el propio relato para adentrarse en territorios del ensayo filosófico o metafísico y convertirse en una reflexión acerca de la conciencia y la identidad nacional. *El solar de la raza*, resultado de una de sus visitas a España, es un "viaje espiritual" en el que expone su admiración por Barcelona, a la que considera "la ciudad latina por excelencia", una urbe "esencialmente mediterránea", al tiempo que se apropiaba del paisaje hispano para proyectarlo en la "nueva tierra prometida" de la Argentina de su tiempo, expresando su convencimiento de que "dentro de la vasta alma española cabe el alma argentina con tanta razón como el alma castellana o el alma andaluza".

A pesar de su muerte prematura con poco más de 40 años, Ricardo Güiraldes fue un viajero pertinaz por Oriente Próximo, Asia y, sobre todo, Europa: Rusia, Francia, España..., además de un autor prolífico. Sus escritos de viaje contienen una teoría fragmentaria y no sistematizada del viaje dispersa por

sus cartas, ensayos, artículos y poemas. En *Viajar*, poema situado al comienzo de *El viaje*, y en otros títulos diversos, Güiraldes plantea el viaje como un "constante andar", un vagabundear, no exento de nostalgia ("uno debe ser un árbol de la tierra en que nació", reflexiona tras dar la vuelta al mundo), en busca de un ideal utópico, al mismo tiempo que muestra al lector su ansia por conocer, su anhelo de ver mundo, sin guías que confundan el rumbo: "Asimilar horizontes. ¿Qué importa si el mundo es plano o redondo?/ Imaginarse como disgrgado en la atmósfera que lo abraza todo. Crear visiones de lugares venideros y saber que siempre serán lejanos, inalcanzables, como todo ideal./ Huir lo viejo./ Mirar el filo que corta un agua espumosa y pesada./ Arrancarse de lo conocido./ Beber lo que viene./ Tener alma de proa". Para Güiraldes, llegar no es más que un pretexto para partir de nuevo, y viajar es renovarse, una experiencia transformadora que amplía la capacidad de percibir y sentir del viajero. Acaso interpretó el viajar como interpretaba el tango: sin restricciones.

Amigo de Güiraldes fue el modernista Ángel Estrada, viajero empedernido y autor de distintos libros de artículos y notas de viaje, como *El color y la piedra*, *La voz del Nilo*, *Visión de paz* y *Caleidoscopio*, así como de varias novelas en las que el viaje resulta un importante elemento estructurador de la narración: *Redención* nos lleva a través de un complejo itinerario del París de la Exposición Universal de 1900 a Jerusalén; *La ilusión* contiene un reportaje de la vida a bordo de un transatlántico que viaja de América a Europa; en *El triunfo de las rosas* se puede leer: "Ninguna ciudad hace amar la vida como Roma; ninguna ciudad, como Roma, hace amar la muerte"; en fin, *Cadoreto*, que, lo mismo que *Las tres gracias*, también se ubica en la Europa donde Estrada pasó una buena parte de su vida. En todos ellos muestra su detallismo en la descripción de paisajes y ambientes y una cierta mirada poética, pues no en vano su obra se inicia con el libro de poemas *Alma nómada*, título que bien podría definir al propio escritor.

Por su parte, Ricardo Rojas fue el primer gran historiador de la literatura argentina, aparte de tener en su haber una variada producción literaria, entre las que se encuentran *Cartas de Europa*, *El alma española* y *Cosmópolis*, todas ellas publicadas en la primera década del siglo XX, obras a las que se sumaría más tarde *Retablo español*, basado en las imágenes de la España policromática y diversa que había recorrido en 1908: "un retablo barroco en sus figuras y una sinfonía ibérica en sus interpretaciones". Rojas fue uno de esos escritores que realizaron el viaje transoceánico entre el Nuevo y el Viejo Mundo para "verificar lo que habían leído". La lectura pone en marcha su viaje y, una vez realizado, es el viaje quien activa su escritura.

A la misma generación pertenecen Manuel Baldomero Ugarte, quien a principios de siglo publicaría *Paisajes parisienses*, *Crónicas del boulevard* y *Visiones de España*, y José Ingenieros, autor de *Crónicas de viaje*. Y, por el mismo tiempo, vio la luz el médico y poeta Baldomero Fernández Moreno, de quien dijo Borges que miraba a su alrededor como nadie había mirado antes y eso le permitía tener una "percepción genial del mundo exterior", como en estos versos en los que resume el paisaje de la Pampa: "Ocre y abierto en huellas, el camino/ separa opacamente los sembrados./ Lejos, la margarita de un molino". No obstante, se trata fundamentalmente de un poeta urbano que proyecta en sus textos el *flâneur* parisino de Baudelaire, transmutándolo en el caminante que pasea sin rumbo por la ciudad de Buenos Aires, cuya fisonomía estaba cambiando a pasos agigantados a causa del aluvión de inmigrantes que llegaban a sus barrios y calles en las primeras décadas del siglo XX. Así lo recoge en *Guía caprichosa de Buenos Aires*: "El verdadero caminante es el de un solo camino. El otro será un explorador, un turista, uno que hace la digestión. Yo soy caminante (...). No me detengo nunca. Para eso soy caminante. Si me detuviera, se me acabaría el aliento, la vida (...). Vagando por las calles uno olvida su pena, busca horizontes de oro más allá de las bocacalles, ve las cosas como soñando". Sin embargo, hay ocasiones en las que "pesa de nuevo la ciudad enorme/ sobre la débil tabla de mi pecho" o en las que se siente uno como otra cosa más del "torbellino que pasa como rodando". El poeta necesita volver del extravío callejero, que lo sume en la muchedumbre, en el no-yo, a la intimidad de la casa para recuperar su identidad, el yo, aunque sea a través del recuerdo de su itinerancia por las calles de la ciudad: "Toda mi arte poética se reduce a salir:/ cuando regreso a casa tengo algo que escribir".

A diferencia de Fernández Moreno, la obra poética de Oliverio Girondo giró hacia la vanguardia y la experimentación, a lo que contribuyó esa constante inquietud viajera suya que le llevaría a conocer los movimientos artísticos que se desarrollaron en Europa en el período de entreguerras. Su proyecto estético quedaría resumido a principios de los años 20, en *Veinte poemas para ser leídos en el tranvía*. Tanto este poemario como *Calcomanías*, fruto de su peregrinar por la España de 1923, se insertan dentro de la poesía de viajes vanguardista en la que el desplazamiento no se asume como una huida de la realidad, sino como búsqueda de la belleza a través del paisaje. Girondo anota en su cuaderno las emociones imprevistas, las sensaciones de su "desenvainado mirar" a ciudades como Mar del Plata, Buenos Aires, Río de Janeiro, Venecia, Verona, Biarritz, París, Sevilla, Granada, Tánger..., pero también a ese campo que fue "mar de sal y espuma" y hoy es "oleaje de ovejas, voz de avena (...), puro cielo" de la Pampa (*Campo*

nuestro), y las va cargando de metáforas. A partir de estos viajes al exterior, Girondo inicia otro viaje en su continuo proceso de experimentación que, pasando por *Espantapájaros*, culminaría con la intrépida aventura literaria de *En la masmédula* y le llevaría al interior del ser y de la poesía, que siempre es lo otro, "aquello que todos ignoran hasta que lo descubre un verdadero poeta". Según Ramón Gómez de la Serna, Girondo "traza imágenes rotundas y greguerías que le pertenecen", fecunda el porvenir, inventando lo que "no tiene aún nombre".

Roberto Arlt fue otro de los escritores argentinos de la primera mitad del siglo XX muerto de forma prematura, aunque no sin habernos dejado antes toda una declaración de principios acerca de la aventura de viajar: "... y a medida que se viaja se experimenta la desesperación de no poder vivir simultáneamente en cincuenta partes distintas, con cincuenta cuerpos y un solo cerebro". Más, más: "El hábito de viajar despierta una insaciabilidad de paisaje, necesidad compuesta de llegar y partir, y un solo miedo: quedarse". Arlt cuenta que, de niño, soñaba con ser pirata e inventor, pero el tiempo lo convirtió en un inconformista y lo llevó por los caminos del periodismo y la narrativa, aspirando a escribir con "la violencia de un cross a la mandíbula". En las colaboraciones periodísticas realizadas durante años en *El Mundo* es donde se encuentran la mayor parte de sus crónicas de viajes, escritas como " impresiones" de un gran observador: "Irse... Irse (...). Veré con mis ojos. Meteré la nariz y la cabeza y los pies y las manos y todo el cuerpo dentro de aquello".

De sus giras por el norte y el sur del país, por Uruguay, Brasil y luego por España y África, quedarán sus *Aguafuertes* (*porteñas, patagónicas, uruguayas, cariocas, españolas, africanas...*). En la primera de ellas, *Aguafuertes porteñas*, Arlt recorre los rincones de la ciudad de Buenos Aires y narra su historia íntima, mientras que, en *Aguafuertes españolas*, donde se reconocen algunos de los relatos de su viaje por España y el norte de Marruecos poco antes de la guerra española, derriba los paradigmas románticos, "las tarjetas postales bonitamente iluminadas" y todo aquello que se pueda encontrar en las páginas de la Enciclopedia Espasa, llevando a cabo un enfoque crítico de la vida social, de las condiciones laborales de los trabajadores y de la pobreza en la que vive la mayoría de la población: "Pienso que es necesario hablar de la brutalísima vida de estos hombres de la mar. Sólo otros hombres trabajan más ferozmente arriesgados que éstos: los mineros. Pero los mineros, campesinos y pescadores son la gloria proletaria de España, la violencia inextinguible que no puede ahogar el homicida fusil de la Guardia Civil". Sin embargo, el viajero aventurero, testigo de lo que pasa,

también siente una cierta fascinación por lo exótico y lo pintoresco: "España es ante todo: color", y hay veces en las que no puede o no quiere dejar de enviar al periódico crónicas como postales, en contradicción con sus propias afirmaciones: Semana Santa de Sevilla, visión de Toledo a través de la mirada de El Greco, tarde de corrida de toros, imagen de Madrid como sinfonía de colores envejecidos, etc. En ocasiones, también experimenta sensaciones contrapuestas. Así, por ejemplo, su parada en Granada le decepciona, pero, en sus conversaciones con las gitanas del Sacromonte, reconoce sentirse atraído por "la salvaje existencia de esta gente en un paisaje ríspido y caliente". De su corto recorrido africano, convertido –según nos confiesa– en un "camino de sueño en sueño", nos quedamos con este retazo del pasado de la ciudad de Tetuán: "Me interno en el Tetuán antiguo (...). Vagabundeo por las catacumbas celestes del arrabal moruno. Mi sensibilidad de occidental se descentra como en el panorama de un sueño de opio con estos laberintos encalados de lejía azul (...), me quedo allí, sentado en el suelo, reposando de esa multitud de visiones estampadas en mi memoria, y que cuando esté lejos de África las recordaré como se recuerda la tenencia de un precioso tesoro que ahora paladeo con lentitud gozosa".

Antes de que sus viajes marcaran un nuevo rumbo narrativo, Arlt había publicado *El juguete rabioso*, *Los lanzallamas* y *Los siete locos*, novelas que tienen por escenario el ámbito urbano y suburbano de Buenos Aires. Después, poco antes de su muerte, dio a la imprenta *Viaje terrible*, la vertiginosa navegación a bordo del *Blue Star*, una "nave de los locos" en la que habitan todas las manifestaciones del alma humana, desde las más superficiales a las más profundas, un cuento que constituye una llamada de atención sobre el trágico futuro que se viene encima de la humanidad tras el ascenso del nazismo.

"Allá en el Buenos Aires de los años cuarenta, los jóvenes de mi generación y de mis gustos descubrieron pronto a Ezequiel Martínez Estrada. (...) A los ensayos siguió nuestro descubrimiento de Martínez Estrada como narrador (...), nos colmaba en un plano muy especial, el de ese rigor exploratorio con que el poeta y el filósofo andaban de la mano como alguna vez los presocráticos..."; quien esto afirma es Julio Cortázar a la hora de enjuiciar la obra de Ezequiel Martínez Estrada, una de las más variadas de la literatura argentina, una obra que, además de sus poemarios y de títulos tan emblemáticos como *Radiografía de la Pampa*, *Sarmiento*, *Muerte y transfiguración de Martín Fierro*, contiene también una biografía de Guillermo Enrique Hudson y apuntes de viaje, no solo referidos al viaje físico, sino también al viaje personal. El ensayo *Radiografía de la Pampa* analiza la encrucijada sociopolítica

ca argentina desde principios del siglo XIX hasta el primer tercio del siglo XX. Para Martínez Estrada, la naturaleza presenta cualidades humanas y los hombres se asemejan al paisaje, en su carácter, en su aspecto físico. Quizás, la única diferencia sea que "hombre y mundo están construidos a escalas distintas". La comparación entre hombre y naturaleza se concreta en el ombú, símbolo de la llanura, forma corporal y espiritual de la Pampa: "Ha venido marchando desde el norte, como un viajero solitario; y por eso es soledad en soledad (...). No tiene madera, y más que árbol es sombra: el cuerpo de la sombra". Martínez Estrada hace suya la tesis de Montaigne, el padre del ensayismo, de que para viajar es mejor quedarse en casa: "Sólo en la rada el navegante realiza sus periplos en tierras fabulosas. Lanzado a la mar todo viaje se malogra o se convierte en negación de sí mismo".

Uno de los autores latinoamericanos más peculiares de las primeras décadas del siglo pasado es el ya mencionado Horacio Quiroga, autor de *Cuentos de amor de locura y de muerte*, una colección de relatos que mantienen en buena parte su vigencia. Se trata de un personaje polifacético obsesionado con la utopía de vivir en comunión con las "leyes y armonías oscurísimas" de la naturaleza salvaje y fundirse con el paisaje, lo que trató de llevar a cabo en la selva de Misiones, región argentina en la frontera de Paraguay (*Cuentos de la selva*, *El salvaje*, *Anaconda...*). En *La patria* escribe el escritor uruguayo: "La normalidad de la vida en la selva es bien conocida. Las generaciones de animales salvajes se suceden unas a otras y unas en contra de las otras en constante paz, pues a despecho de las luchas y los regueros de sangre, hay un algo que rige el trabajo constante de la selva, y ese algo es la libertad. Cuando las especies son libres, en la selva ensangrentada reina la paz". A pesar de no haber sido reconocido nunca por Borges, Quiroga es un indudable maestro del cuento, que, en su batallar contra la retórica, la cursilería y la mala fe artísticas, nos dejó el *Décálogo del perfecto cuentista*, cuyo quinto mandamiento dice así: "No empieces a escribir sin saber desde la primera palabra adónde vas. En un cuento bien logrado, las tres primeras líneas tienen casi la importancia de las tres últimas".

En cuanto a la literatura brasileña, conviene destacar en primer lugar a "los Andrade". El poeta, novelista, ensayista y musicólogo Mario de Andrade es considerado como el padre del Modernismo brasileño. Aunque residió la mayor parte de su vida en São Paulo, durante los años 20 realizó un largo viaje por el interior del país recopilando meticulosamente la cultura, especialmente la música, de los pueblos brasileños. De ideas nacionalistas, reivindicaba el distanciamiento de la tradición portuguesa, incluso en lo lingüístico, llegando a afirmar que él escribía "en brasileño". Así lo expresa en

estos versos del poema *El poeta come maní*: "Brasil.../ Masticado en la calidez sabrosa del maní.../ Hablado en una lengua niña/ de palabras inciertas, de remelada dulzura melancólica...// Brasil que yo amo porque es el gesto de mi brazo aventurero,/ el grito de mis descansos,/ el balanceo de mis cánticos, de mis amores y de mis danzas". Su principal obra en prosa es *Macunaíma*, una "rapsodia" a mitad de camino entre la novela picaresca y el "realismo mágico", en la que el autor relata el viaje de un indio amazónico a la ciudad para recuperar un amuleto de la felicidad que le ha sido robado por un traficante, y muestra el choque cultural entre el héroe indígena y la civilización occidental.

Paulista como el anterior, pero asiduo viajero a Europa, es el escritor y periodista Oswaldo de Andrade. En su caso, es en París, ombligo del mundo y centro de las Vanguardias, donde descubriría su propia tierra y sus habitantes, promoviendo un proceso de asimilación "antropofágica" de la cultura extranjera por la autóctona y reivindicando el primitivismo expresivo de los indígenas.

Por su parte, Carlos Drummond de Andrade se dedicó al periodismo y a la política, aparte de a su vocación poética. Se trata de un poeta de la desesperanza, apenas encuentra consuelo en un respiro de humor. Creador de una nueva forma de decir, directa, sin concesiones, ya confesaba en sus primeros versos que: "Nunca olvidaré que en la mitad del camino/ había una piedra/ había una piedra en la mitad del camino/ en la mitad del camino había una piedra". No tuvo Drummond de Andrade un espíritu demasiado viajero, acaso porque sabía que: "El mundo es grande y cabe/ en esta ventana sobre el mar".

João Guimarães Rosa fue médico, escritor y diplomático. Siendo cónsul en Hamburgo consiguió salvar la vida a muchas personas perseguidas por el régimen nazi. En su narrativa se conjugan los relatos populares, los logros a los que había llegado la narrativa europea y norteamericana y la riqueza lexicográfica aportada por su conocimiento de una decena de idiomas. Su principal libro es *Gran Sertón: Veredas*. Publicado a mediados del siglo pasado, se trata de una obra indefinible ("es tanto una novela como un largo poema", una "autobiografía irracional", según su autor), que resulta imprescindible para conocer las esencias de un país tan desmesurado como Brasil.

Literatura de viajes extranjera hasta la II Guerra Mundial

Las Vanguardias constituyen una serie de movimientos que, desde planteamientos diversos, abordaron la renovación del arte durante las prime-

ras décadas del siglo XX. En el terreno literario, se produjo un rechazo de las normas estéticas establecidas y se apostó sin ambages por la experimentación y la innovación. El Expresionismo (Alemania), el Cubismo (Francia), el Futurismo (Italia y Rusia), el Dadaísmo, el Surrealismo y el Ultraísmo pretendieron, cada uno a su manera, desentrañar el sentido último de la realidad y sobrepasarla, rompiendo con las reglas, liberando de sus corsés a las frases, haciendo jugar a las palabras. El vanguardismo literario se desarrolló especialmente en el período de entreguerras, una etapa de grandes oscilaciones políticas y sociales, en la que los nuevos avances técnicos y las mejoras en los medios de transporte (vuelos transoceánicos, producción automovilística en cadena, apertura constante de nuevas vías ferroviarias y desarrollo de grandes barcos, más confortables y seguros) propició un gran auge de los viajes y un deseo de conocimiento de las novedades científicas y culturales.

Independientemente de los brincos que fueron dando los *ismos*, conforme fueron quedando atrás los destrozos causados por la Primera Guerra Mundial, la literatura de viajes, con sus diferentes modalidades, se fue consolidando hasta quedar plenamente arraigada. El interés por el género fue cada vez mayor y la lista de autores y obras comenzó a adquirir proporciones desbordantes, por lo que solo mencionaremos aquí aquellos autores que destacaron por la calidad de una prosa alimentada de viajes o que proporcionaron alguna obra maestra entre los libros de viajes.

La Generación Perdida americana

De los miembros de la llamada Generación Perdida americana (Francis Scott Fitzgerald, John Dos Passos, Ernest Hemingway, William Faulkner, John Steinbeck, Gertrude Stein, E. E. Cummings, T. S. Eliot, Ezra Pound...), próxima al Cubismo, es Hemingway quien saca mejor fruto de sus experiencias viajeras intensas y arriesgadas para convertirlas en literatura de viajes, la cual adquiere en su lápiz y en sus cuadernos rayados de escolar las formas más variadas: cuentos, novelas, relatos, cartas, artículos, reportajes. Hemingway trazó la epopeya de los expatriados americanos, primero en Fiesta, y luego, ya casi al final de su vida, volcó los recuerdos de aquel París de los "felices años 20" en el libro póstumo *París era una fiesta*.

Con un lenguaje aparentemente sencillo, directo y carente de artificios ("la prosa es arquitectura y no decoración"), el autor de *El viejo y el mar* nos descubre paisajes africanos, europeos o americanos, utilizando en sus relatos el famoso "Principio del iceberg literario": un texto no debe dejar ver más que una pequeña parte de su cuerpo y el resto debe contar con la ima-

ginación del lector para hacerse visible. De esta manera, la realidad se manifiesta desde todos sus ángulos, y lo hace con tanta vocación de hacerse perdurable en el tiempo como la de la naturaleza por ofrecerse como refugio y redención del hombre. Y ello es especialmente intenso en el continente africano: "África transforma a todos los hombres en niños. Y tener un corazón de niño no es una desgracia, es un honor".

Al comienzo de *Las nieves del Kilimanjaro*, considerado por los críticos como uno de sus relatos más redondos, se puede encontrar una prueba del poder de seducción de la escritura de Hemingway: "El Kilimanjaro es una montaña cubierta de nieve de 5.895 metros de altura, y dicen que es la más alta de África. Su nombre es, en masai, Ngáje Ngái, 'la Casa de Dios'. Cerca de la cima se encuentra el esqueleto seco y helado de un leopardo, y nadie ha podido explicarse nunca qué estaba buscando el leopardo por aquellas alturas". Tampoco tienen desperdicio algunas de sus páginas acerca de la guerra, en cierto modo otro tipo de viaje. Su esposa Martha Gellhorn, también reportera de guerra, no quiso ser "una nota a pie de página en la vida de otro" y, por eso, se divorció de él tras cinco años de matrimonio. *Cinco viajes al infierno* recoge sus salidas con peores experiencias y una conclusión: "Por muy horrible que haya sido el último viaje, nunca perdemos la esperanza con el próximo, a saber, por qué".

Tras la Primera Gran Guerra, la Generación Perdida americana se encontró con "todos los dioses muertos" y creyó hallar en el París de los "felices años veinte" el lugar en el que uno podía beberse la vida en todos los sentidos. Nadie como Francis Scott Fitzgerald representa mejor la fusión entre literatura y vida: "Nunca he vuelto a ser como durante aquel periodo tan breve en el que él y yo fuimos la misma persona, en que el futuro realizado y el pasado anhelante se fundían en un solo momento esplendoroso: en que la vida era literalmente un sueño". En compañía de su esposa, Zelda Sayre, con quien mantuvo una tormentosa relación, viajó numerosas veces a Francia (sobre todo a la capital y a la Costa Azul), sosteniendo una estrecha amistad con Ernest Hemingway, quien no ocultó su admiración por el talento natural del autor de *El Gran Gatsby*, todo un clásico de las letras americanas. París era una fiesta, pero el hundimiento del sistema financiero del año 29 y el auge del nazismo transformaron la "alegría de vivir" de las gentes en "sangre, sudor, lágrimas y fatiga", mientras el agradable sonido del jazz se convertía en una mortificante marcha militar.

Literatura y vida también andan muy cercanas una de la otra en el caso de John Dos Passos, el autor de *Manhattan Transfer* (1925), una novela expe-

rimental en la que el escritor norteamericano encontró un procedimiento narrativo para describir el "alma neoyorquina" que después se iba a desarrollar no solo en otras obras suyas, sino también en las de otros autores de la segunda mitad del siglo XX: la exposición de diferentes vidas simultáneas cuyos destinos se entrecruzan entre sí, como una estación de empalme, de cruce de trenes. A esta primera etapa creativa de John Dos Passos pertenecen asimismo los libros que componen la trilogía *USA* y algunas obras en las que recoge sus experiencias de trotamundos infatigable, en las cuales puede apreciarse una mirada impresionista, a veces alterada por visiones más difuminadas.

En su juventud, John viajó, junto a sus padres, por México y algunos países de Europa, en especial el Reino Unido, Bélgica, España y Portugal. Sin más compañía que su propia sombra volverá varias veces con diferentes propósitos a España entre 1916 y 1919. De ese periodo es su libro *Rocinante vuelve al camino*, a caballo entre el reportaje periodístico, el libro de viajes y la ficción metaliteraria. A principios de los años 20 vivió en París en contacto con las corrientes artísticas innovadoras. Tras su vuelta a Nueva York y desechada la posibilidad de dedicarse al teatro, en 1921 se embarcó de nuevo hacia Europa dispuesto a llegar hasta Persia, iniciando la travesía en el mítico Orient Express y viviendo un viaje increíble hasta Bagdad y Damasco. Sus escritos referidos a este viaje están recogidos en *Orient Express*. Dos Passos decidió visitar la Unión Soviética en la primavera de 1928, con el fin de ver de primera mano cómo se estaba llevando a cabo la Revolución marxista-leninista. Viajó hasta Helsinki, vía París y Londres, trasladándose desde allí a Leningrado, en donde pasó una corta temporada antes de llegar a Moscú. Las autoridades soviéticas le permitieron unirse a una expedición al Cáucaso, una exploración en la que estuvo a punto de perder la vida. Tras regresar a Moscú, estuvo retenido algún tiempo por "gestiones burocráticas", pudiendo salir finalmente de la Unión Soviética: "... admiraba al pueblo ruso. Me había fascinado su país, enorme y variado, pero cuando a la mañana siguiente crucé la frontera polaca me sentí como si saliera de la cárcel". Todo ello se recoge en el libro *En todos los países*.

En 1932, John vuelve a visitar España, esta vez en compañía de su esposa Kate Smith, recorriendo en automóvil una buena parte del país. Episodios como el mitin de Francisco Giner de los Ríos en la plaza de toros de Santander o los trágicos sucesos de Casas Viejas son recogidos, junto con otras observaciones, reflexiones y aciagos presentimientos del autor, en el relato de sus *Memorias*. Tras una breve estancia en París, en 1937 regresó a España, pasando por Cataluña, Valencia y Madrid, y comprobando que la espiral

bética se había convertido ya en un tornado de odio y sinrazón capaz de arrasar todo. Colaboró con Ernest Hemingway en el guion del documental *La tierra española*, pero el asesinato de su amigo y traductor José Robles Pazos, presumiblemente a manos de los servicios secretos soviéticos, fue el detonante que hizo saltar por los aires su activismo izquierdista (la ruptura con la ideología comunista ya había comenzado después de su viaje a la Unión Soviética), su relación amistosa con Hemingway y su sentimiento de viajero enamorado de España, una tierra que él consideraba parte de su corazón y que había representado una inigualable fuente de inspiración. El viaje a la España en guerra supondría su camino de Damasco y las fuertes contusiones espirituales provocadas por la "caída del caballo" se dejarían sentir en su posterior producción literaria, que solo excepcionalmente volvería a alcanzar las cimas de calidad anteriores. Es el caso de *Viajes de entreguerras*, una selección de los relatos viajeros antes comentados mezclados con otros nuevos, y de *Años inolvidables*, la última obra que publicaría en vida y que supone, en realidad, su manera de luchar contra la penumbra del olvido, su modo de revivir lo vivido en los viejos días ya perdidos y de volver a escribir como en sus "mejores tiempos".

Escritor de mirada poliédrica y prosa caudalosa, como si las palabras surgieran a borbotones, la influencia de William Faulkner en la literatura contemporánea radica en su estilo, que implica tanto innovaciones técnicas (desarrollo del monólogo interior, narración polifónica, juegos de palabras, desorden fragmentario, "saltos" de tiempo...) como aspectos temáticos (continua metamorfosis entre lo local y lo universal, creación de un territorio de ficción propio en donde radicar todo un ciclo narrativo, enfrentamiento entre la contradicción y la supuesta realidad transparente, sentido de la historia, decadencia familiar...). Pero, seguramente, lo que mueve al lector a beberse los largos tragos de Faulkner, aunque a veces pueda resultar "demasiado intenso, demasiado tiempo", es porque nadie ha conseguido como él explorar las regiones oscuras y sin cartografiar del ser humano, por su valentía: "No es que pueda vivir, es que quiero (...). Entre el dolor y la nada elijo el dolor".

Después de vivir y trabajar en Nueva York y Nueva Orleans, en 1925, en compañía de un amigo, Faulkner realizó el soñado viaje a Europa, visitando Francia, Suiza, Italia, y acabando con una estancia en Inglaterra. Tras su vuelta a Estados Unidos, se instaló de forma definitiva en Oxford (Misisipi), escribiendo en apenas tres años (1929-1932) el meollo de su creación novelesca: *El ruido y la furia*, *Mientras agonizo*, *Santuario* y *Luz de agosto*, completada poco después con *Absalón, Absalón!* y *Las palmeras salvajes*.

La trama de la mayoría de ellas se desarrolla en el territorio ficticio de Yoknapatawpha, trasunto imaginario del condado de Lafayette, lo que convierte la lectura faulkneriana en un viaje al sur profundo de los Estados Unidos de los años 30, además de una invitación a realizar el propio viaje interior.

Por otra parte, Faulkner reunió sus cuentos y relatos (*Cuentos reunidos*), dividiéndolos según los espacios donde transcurren: el campo, el pueblo, la tierra inexplorada, la tierra baldía, la tierra intermedia y el allende; es en este último apartado del más allá donde se insertan distintas narraciones cuya trama transcurre en Europa, como es el ejemplo de *Mistral, Divorcio en Nápoles* o *Carcasona*. Finalmente, *Cartas recogidas* reúne parte de la correspondencia personal de Faulkner, en la que se pueden encontrar interesantes descripciones del mundo europeo.

Otro de los escritores de "largo aliento" fue Thomas Clayton Wolfe, Tom Wolfe en el mundo literario. Antes de su prematura muerte a los 38 años de edad, Tom Wolfe tuvo la oportunidad de realizar seis viajes a Europa, a lo largo de los cuales descubrió interesantes aspectos de Inglaterra, Francia y Alemania que pasaban desapercibidos para los europeos, pero, sobre todo, descubrió su tierra, lo que le permitió construir el escenario de sus obras con el telón de fondo de la vida americana: "He averiguado durante estos años que el camino para descubrir el país de uno es la ausencia: que el camino para encontrar América es buscarla en el corazón, en el espíritu y en la memoria de uno mismo y en tierra extraña. Puedo decir, creo, que yo descubrí América durante los años de mi ausencia y por la urgente necesidad que de ella sentía". Toda su obra tiene una base autobiográfica y está escrita de manera torrencial. El torrente de su novela más representativa, *El tiempo y el río*, es la imagen metafórica del fluir permanente: "Profundo como las mareas del recuerdo y del tiempo, profundo como las mareas del sueño, el río corre".

La lectura de John Steinbeck hace ver claramente al lector que los "alegres años veinte" no lo fueron tanto para una buena parte de la población norteamericana que vivía en el umbral de la pobreza o en la pobreza misma. La tasa de desempleo al final de la década afectaba a la cuarta parte de la población activa y el nivel de "pleno empleo" no se volvería a recuperar hasta después de la entrada de Estados Unidos en la Segunda Guerra Mundial. Steinbeck toma partido inequívoco por los desheredados de la tierra y, aunque también en su alma hicieron asiento las tristezas, no por eso ahuyentó su compasión por las desdichas ajenas. Al contrario, denunció con coraje la situación social de los jornaleros emigrantes, el desamparo de los vaga-

bundos de un lado a otro del país en busca de mejores condiciones de vida, los abusos del poder y el despiadado comportamiento de las élites adineradas en relación a los más desventurados. Y alrededor de esos tres ejes: defensa de los desfavorecidos, indignación ética y denuncia social construye una obra literaria en la que destaca, entre otras novelas de texto largo o corto, *Las uvas de la ira*, el desdichado viaje desde el polvoriento Oklahoma al supuesto vergel californiano de la familia Joad, a través de la mítica ruta 66 en una destortalada furgoneta que les sirve de casa, a modo del caparazón de una tortuga.

En su faceta de escritor viajero, Steinbeck es conocido fundamentalmente por una obra de madurez: *Viajes con Charlie. En busca de América*, en la que cuenta el largo recorrido que a principios de los años 60 había hecho por cuarenta Estados de la Unión en una caravana, a la que puso el nombre de Rocinante, con la única compañía de su perro Charley. Steinbeck ofrece todo un caudal de información, describiendo con agudeza e ironía lo que ve, lo que oye y lo que siente. Al comienzo de la narración, Steinbeck cuenta cómo los vecinos se juntaban a la puerta de su casa para observar a Rocinante: "Vi en sus ojos algo que había de ver una y otra vez en todas las partes del país: un deseo ardiente de irse, de marchar, de ponerse en camino, hacia cualquier parte, lejos de cualquier Aquí".

Steinbeck era desde mucho tiempo atrás un narrador consumado y un infatigable viajero, primero por Norteamérica (incluso llegó a trabajar temporalmente de guía turístico) y luego, por Europa. Consideraba que "son los viajes los que hacen a la gente", que todo viaje empieza antes de empezar y que sus frutos se prolongan mucho más allá de su final. A principios de los años 40, se embarcó en un pequeño barco sardinero con su amigo el biólogo Ed Ricketts y recorrió más de cuatro mil millas, desde la Bahía de Monterrey hacia el sur, bordeando la península de Baja California, hasta adentrarse en el mar de Cortés. Las experiencias vividas durante esta expedición, las recolecciones de las muestras biológicas obtenidas, sus reflexiones sobre la condición humana, sus comentarios acerca de las relaciones del hombre con los demás animales y sus observaciones sobre el océano las recoge Steinbeck, a manera de diario retrospectivo, en su obra *Por el mar de Cortés*.

Algún tiempo después, recién corrido el "Telón de acero" que separaría a Occidente y el bloque soviético durante cuatro décadas, Steinbeck se aventuró, junto al fotógrafo Robert Capa, en un viaje a la URSS con el compromiso de narrar "lo que veamos y oigamos sin interpretar ni opinar". *Viaje a*

Rusia (1948) es un ejemplo excelente de escritura sobria, poco afectada y con ciertos toques de humor del escritor de Salinas, de su capacidad para contar la Historia a partir de las historias personales, como esa impresionante descripción de la niña moviéndose entre los escombros de Stalingrado, que, más allá de cualquier metáfora, representa un auténtico resumen de lo que había sido la primera mitad del siglo XX.

A la Unión Soviética también viajó, en 1931, el poeta Edward Estlin Cummings, que dejaría en *Eimi*, el diario de su viaje, párrafos tan deliciosos como el siguiente: "El zorro rojo se inclina hacia mí. ¿Por qué quiere Vd. ir a Rusia?/ porque no he estado nunca allí (...)./ Entonces quiere Vd. ir a Rusia como escritor y pintor, ¿no es eso?/ no; quiero ir como yo mismo". Cummings vivió alternativamente en Francia y en Estados Unidos durante los años 20 y 30 hasta su definitivo establecimiento en Nueva York. Su estilo literario se caracteriza por su inconformismo narrativo: distorsiones sintácticas, puntuación inusual, creación de neologismos, uso de la jerga popular, imitación de los ritmos del jazz y alteraciones tipográficas, de las que no se salva ni su propio nombre literario: e. e. cummings. Por eso, no es de extrañar que sus poemas traten de romper con toda estructura: "puesto que sentir es lo primero/ quien preste alguna atención/ a la sintaxis de las cosas/ nunca te besará del todo".

Otro de los poetas en clara rebeldía contra las formas tradicionales fue Ezra Pound, un nómada que pasó la mayor parte de su vida entre Inglaterra, a la que llegó con 20 años con la intención de conocer a Yeats; Francia, país en el que vivió los años de entreguerras, especialmente en el París de los expatriados literarios y los pintores de Montparnasse, e Italia, primero en Rapallo y después en Venecia. Y, en medio de todo ello, tuvo tiempo de seguir los caminos del Cid por las tierras de España. Dedicó casi medio siglo de su existencia a la elaboración de *Cantos*, su gran poema, y a quitar la hojarasca hasta dejar únicamente los pétalos sobre las ramas de los versos de otros poetas. Pero sus grandes viajes personales fueron dos: uno, en lo artístico, al fondo de las Vanguardias; otro, en lo político, al pozo del fascismo, motivo por el cual fue acusado de alta traición al término de la Segunda Guerra Mundial. Este hecho contrastaba con su carácter generoso y abierto, tal y como dejó constancia Hemingway: "Pound dedica una quinta parte de su tiempo a su poesía y emplea el resto en tratar de mejorar la suerte de sus amigos".

El último "perdido" es Thomas Stearns Eliot, más conocido como T. S. Eliot. A los 25 años se trasladó a vivir a Inglaterra, nacionalizándose británico

algunos años después: "Mi poesía no hubiese sido la misma si hubiese nacido en Inglaterra, y tampoco si hubiese permanecido en Estados Unidos". Antes ya había visitado Francia, Alemania, Suiza y la propia Inglaterra. Desde su primer gran poema, *La canción de amor de J. Alfred Prufrock*, muestra una fuerte vocación experimental: "Vamos entonces, tú y yo,/ cuando el atardecer se extiende contra el cielo/ como un paciente anestesiado sobre una mesa...". En 1922, Eliot publicó su poema *La tierra baldía*, que provocó una auténtica convulsión en la literatura anglosajona e influyó decisivamente en el desarrollo de toda la literatura occidental posterior a su publicación. En opinión del periodista y poeta Antonio Lucas, Eliot fue quien "mejor entendió el mundo como un poema roto", y su libro es "un mapa del mundo contemporáneo donde el poeta no es sólo un asistente más, sino un agente provocador que desmiente cualquier idea de destino o de azar para hacer del idioma un acontecimiento, una revancha que impugna las convenciones literarias, políticas, sociales y culturales de un tiempo en derrumbe".

No obstante, hay quien prefiere señalar como su obra maestra a *Cuatro cuartetos*, cada uno de los cuales constituye un ensayo-poema asociado a uno de los elementos clásicos de la naturaleza: el aire, la tierra, el agua y el fuego, pero cuyo conjunto es un viaje alrededor del tiempo: "Tiempo presente y tiempo pasado/ se hallan quizá presentes en el tiempo futuro/ y el tiempo futuro dentro del tiempo pasado./ Si todo tiempo es eternamente presente/ todo tiempo es irredimible". De alguna manera, *Cuatro cuartetos* es la trayectoria del peregrino en busca de su camino de perfección. En su recorrido se encuentra con Heráclito: "el camino que sube y que baja es el mismo", y con la circularidad del tiempo: "en mi principio está mi fin (...), en mi fin está mi principio". Eliot no fue solo uno de los mayores poetas de su generación, sino un crítico excepcional, desarrollando en sus ensayos la idea de que el arte no debe ser una expresión personal, sino que debe funcionar a través de símbolos universales.

El epicentro de la Generación Perdida fue Gertrude Stein, que fue quien acuñó tal denominación. Llegó a París en 1903 con su hermano Leo y no volvió a Estados Unidos hasta treinta años después. Durante más de una década compartieron casa en la Rue de Fleurus del Barrio Latino parisino y montaron en ella una exitosa galería de arte, reuniendo una impresionante colección con los más importantes artistas de la vanguardia europea, no faltando en las paredes de su salón-exposición telas de Paul Cézanne, Henri Matisse y Pablo Picasso. Desde que en 1906 el pintor malagueño pintara su retrato y colgara en su casa-galería *Las señoritas de Avignon*, Gertrude in-

tentó trasladar el Cubismo a la literatura, estructurando la realidad en planos superpuestos, dislocando frases, repitiendo palabras hasta llegar al fondo de la materia, proponiendo formas nuevas que dieran lugar a una gran revolución verbal: "Los versos y la prosa deben ser una exacta reproducción de la realidad exterior o interior". Siguiendo el consejo de Picasso, no paró hasta conseguir parecerse a su retrato.

Al estallar la Primera Guerra Mundial, Gertrude se marchó a España, país donde pasó una buena parte del tiempo que duró el conflicto bélico y en el que creyó encontrar "el material del que está hecho el mundo occidental" y el origen de la abstracción. Tras la vuelta a París, pasó de ser la gran consejera de los artistas modernistas a convertirse en la figura aglutinante de los expatriados americanos que trataban de hallar nuevas experiencias en la vida parisina, de encontrar la manera para saciar su sed de cultura en nuevas fuentes literarias, artísticas y de relaciones sociales. El salón de su casa se convirtió en una gran tertulia literaria. Un buen retrato de aquel París bohemio, en el que todo estaba permitido, es la *Autobiografía de Alice B. Toklas*, en la que, además de socavar las formas tradicionales del género autobiográfico, Stein construye su propio personaje a través de una narradora interpuesta en tercera persona: su compañera Alice B. Toklas. Buena amiga de Stein y Toklas fue Sylvia Beach, otra expatriada en París, que fundó en 1919 la legendaria librería *Shakespeare and Company*, en la que, además de vender y prestar obras en inglés, se dedicó a publicar obras inéditas de autores jóvenes y desconocidos, al mismo tiempo que establecía un punto de encuentro entre los escritores ingleses y norteamericanos que visitaban o vivían en el París de los "felices años veinte", sobre todo a partir de que la librera de la calle Odeón editara el *Ulises* de James Joyce (1921).

El viaje en otros escritores en lengua inglesa antes de la II Guerra Mundial

La pasión africana de Hemingway ("África transforma a todos los hombres en niños. Y tener un corazón de niño no es una desgracia, es un honor") es compartida por otros autores de la primera mitad del siglo XX, como: Cecil Scott Forester, novelista británico nacido en Egipto, a quien se deben las páginas de *La reina de África*, novela que daría pie a la famosa película de John Houston, protagonizada por Katharine Hepburn y Humphrey Bogart; el aventurero, nacido también fuera del Reino Unido (en este caso, Abisinia), Wilfred P. Thesiger, autor de *Arenas de Arabia*, quien cruzó dos veces el llamado "Territorio Vacío", seguramente el desierto más inhóspito del mundo, un inmenso mar de dunas y silencio; Beryl Markham, criada en Kenia y autora de *Al oeste con la noche*, un libro "condenadamente maravilloso", escrito a ras de cielo, con la sensibilidad de un poeta y la excitación que en

cada vuelo siente el aviador, pero también a ras de suelo, con la reflexión de una "filósofa de la vida" y la paciencia de una experimentada domadora de caballos; la danesa Isak Dinesen (Karen Blixen), quien echaría raíces en el "continente negro" y nos regalaría su célebre *Memorias de África*, escrita en inglés (quizás a su autora le hubiera gustado escribirlo en suajili) y convertida luego en un éxito cinematográfico por Sydney Pollack; el soldado, aventurero, ornitólogo, cazador y espía Richard Meinertzhagen, autor de *Diario de Kenia*, y T. H. Lawrence, más conocido por Lawrence de Arabia (*Los siete pilares de la sabiduría*), personaje de personalidad arrolladora y a quien se refiere André Malraux en los siguientes términos: "Lo que me interesa de él es que era un hombre que se cuestionaba el sentido de la vida, pero sin saber en nombre de qué". También hubo "viajeros sin mapa", como Graham Greene, quien nos dejó el relato de una Liberia en lucha por sus señas de identidad (*Viaje sin mapa: una aventura por el corazón de Liberia*), un conflicto repetido en otros países africanos a lo largo del siglo XX, y escritores en misiones diplomáticas, como Winston Churchill (*Mi viaje por África*).

Un carácter más abierto tiene la obra de Evelyn Waugh, autor de novelas tan interesantes como *¡Noticia bomba!*, una deliciosa sátira acerca de las informaciones periodísticas, *Un puñado de polvo*, *Merienda de negros* y, sobre todo, *Regreso a Brideshead*, escrita tras su participación como oficial del ejército británico en la Segunda Guerra Mundial como rememoración de un tiempo de gloria ya perdido. Asimismo, Waugh fue un consumado maestro del relato corto, del que supo extraer, como pocos autores antes que él, las múltiples posibilidades que ofrece este género. Un ejemplo de ellos es *La Europa moderna de Scott-King*, un retrato satírico de Neutralia, geografía sobre la que se asienta un Estado totalitario.

Además, cargado con su mochila de humor y mordacidad, en contraste con su carácter agrio y sus ideas contradictorias en la vida real (quizás la risa fue su máscara), Waugh se adentró en el género biográfico y en los libros de viaje, a los cuales alimentó con una visión diferente, ingeniosa, que huye de lo "perfectamente etiquetado". Son especialmente destacables: *Etiquetas. Viaje por el Mediterráneo*, resultado de su largo y ancho viaje por todo el Mediterráneo: de Montecarlo a Port Said, de El Cairo a Sevilla, pasando por ciudades como Nápoles, Constantinopla, Argel o Barcelona; *Gente remota*, que narra la aventura periodística africana en la que se embarcó con objeto de cubrir para el periódico *The Times* los acontecimientos de los fastos de coronación del emperador de Etiopía, Haile Selassie, el "rey de reyes", y el extravagante posterior viaje africano que lo llevaría hasta Ciudad del

Cabo; *Noventa y dos días* describe el recorrido por tierras de la Amazonia, a pie y a caballo, atravesando ríos, cruzando sabanas y selvas, subiendo y bajando montañas, visitando misioneros y negociando provisiones con las tribus indígenas; *Jerusalén. Viaje a los Santos Lugares*, crónica de su segunda visita a la ciudad de peregrinación cristiana, y el postrero *Un turista en África*, revelación de su periplo de tres meses por distintos países africanos (Kenia, Tanzania, Zambia, Zimbaue) durante el invierno de 1959. Para otro de los grandes nombres del humor inglés, Tom Sharpe, "Waugh escribe con la misma precisión y finura con la que los cirujanos manejan un bisturí".

El intrépido Peter Fleming viajó varias veces al continente asiático por encargo del *Times* durante la década de los años 30. Primero, recorrió la ruta entre Moscú y Pekín, periplo que dio lugar a *Viaje a China*, y luego, en compañía de Ella Maillart, atravesó el interior del dragón, desde Pekín a Cachemira, en un recorrido de casi 6.000 kilómetros, del que da su visión en *Noticias de Tartaria*. Y aún tuvo tiempo de incorporarse a la expedición que trataba de seguir los pasos del aventurero Percy Fawcett –desaparecido misteriosamente en la selva amazónica– y relatar las peripecias de la misma en *Aventura brasileña*, así como de alistarse voluntariamente en el ejército aliado y participar activamente en la Segunda Guerra Mundial, bien formando parte de comandos operativos o integrado en los servicios de inteligencia.

Agatha Christie sigue siendo, más de cuarenta años después de su muerte, una de las mayores referencias de la novela negra. Maestra de la intriga, es autora de títulos tan emblemáticos como *El asesinato de Roger Ackroyd*, *Asesinato en el Orient Express*, *Diez negritos* o *Muerte en el Nilo*, y creadora de personajes tan populares como el detective Hércules Poirot o Miss Marple. En relación a la literatura de viajes, tres son las claves de Agatha Christie: el viaje de diez meses alrededor del mundo realizado en 1922 acompañando a su primer marido, Archibald Christie, que dio lugar a una colección de cartas recogidas en *El Gran Tour*; el descubrimiento en 1928 de Siria, cuna de las grandes civilizaciones del pasado ("amo ese generoso y fértil país que es Siria y a sus gentes sencillas, que saben reír y gozar de la vida ..."), y las expediciones realizadas en la década de los años 30 junto a su segundo marido, el arqueólogo Max Malowan, a Mesopotamia, Egipto y Siria, cuyas memorias se publicarían en 1946: *Ven y dime cómo vives*. Durante estos últimos viajes, la escritora tuvo un papel bastante activo, dando rienda suelta a su pasión por la arqueología, involucrándose en las excavaciones, catalogando hallazgos y tomando fotografías, aparte de recabar una buena cantidad de documentación para sus novelas policíacas, aunque ella misma aseguraba que "jamás" había escrito un libro que tuviese de

fondo sus viajes como turista. Entre las ruinas arqueológicas, como las de Palmira, Agatha pudo vivir los años más felices e intensos de su existencia: "Tras siete horas de calor y monotonía en un mundo solitario, ¡Palmira! Creo que ese es el encanto de Palmira, su esbelta y cremosa belleza elevándose de forma fantástica entre la arena ardiente". Y, ante las pirámides de Egipto, parece que hiciera suya la sensación descrita por Amelia Edwards, considerada como la primera exploradora egipióloga, en su obra *Dioses, faraones y exploradores*: "Cuando al final se llega al filo del desierto, se sube la gran pendiente arenosa, se llega a la meseta rocosa, y la Gran Pirámide con toda su inesperada mole y majestuosidad se alza enorme ante la cabeza de una, entonces el efecto es tan repentino como abrumador. Eclipsa al cielo y al horizonte, a las demás pirámides. Lo eclipsa todo menos la sensación de sobrecogimiento y asombro".

La perspicaz e ingeniosa Vita Sackville-West relata en *Pasajera a Teherán* el viaje que emprendió a comienzos de 1926, en tren y en barco, por gran parte de Europa y de Oriente para reunirse con su marido, un diplomático británico destinado en la capital de la antigua Persia. Un año después regresó a Irán y cruzó a pie con una pequeña caravana de mulas la cordillera Bajtari, uno de los territorios más agrestes del país. De esta expedición surgieron las páginas de *Doce días*. Ambos textos recibieron las alabanzas de su amiga Virginia Woolf, quien, en una de las partes de *Orlando*, noveló el viaje que Vita había realizado a Francia junto a otra amiga, Violeta Trefussis. En la pequeña introducción que acompaña su edición conjunta, el lector puede encontrarse estos párrafos de la autora: "Viajar es el placer más íntimo que existe. (...) Viajar es sencillamente cuestión de gustos y no ha de defenderse a base de lógica (...). Nada es aventura hasta haber sido aventura en la mente y, si llega a ser esto último, no habrá circunstancia, por muy nimia que sea, que resulte indigna de tan alto nombre".

Otra viajera singular por casi todo el planeta fue Rosita Forbes, cuya experiencia aventureña produjo un buen ramillete de obras, entre las que destacan sus historias de viajes y biografías. Durante la Primera Guerra Mundial estuvo en Francia como conductora de una ambulancia. De 1917 a 1918 viajó a Asia con Morel Meinertzhangen, consiguiendo visitar 30 países. Después de la guerra, ambas amigas extendieron su periplo viajero a África, "cargadas con poco dinero, pero con mucho ingenio". El resultado fue el libro *Trotamundos sin guía*. En los años siguientes, Rosita alcanzó gran fama como la primera mujer europea que llegó a los sagrados oasis de Kufara, a través de los casi mil kilómetros del desierto de Libia, hecho que explica en *El secreto del Sáhara: Kufara*; su compañero en este azaroso viaje fue otro

personaje que se haría famoso por sus hazañas: Ahmed Bey Hassanein, un funcionario egipcio educado en Oxford. A principios de los años 30, Forbes recorrió buena parte de Sudamérica junto a su marido Arthur McGrath (Brasil, Uruguay, Paraguay, Argentina, Chile, Bolivia, Perú y Ecuador) y, al término del viaje, publicó *Ocho repúblicas en busca de futuro*. Poco tiempo después no pudo resistir el atractivo exotismo de la Ruta de la Seda y se dirigió a Kabul para recorrerla hasta la mítica Samarkanda. *La ruta prohibida. De Kabul a Samarkanda* es la narración del viaje, uno de los más increíbles realizados hasta esa fecha por una mujer. Tras la Segunda Guerra Mundial y un periplo por tierras norteamericanas, terminó estableciéndose en una isla casi deshabitada de las Bahamas.

William Somerset Maugham escribió dos obras maestras con una gran distancia en el tiempo. *Servidumbre humana* (1915) y *El filo de la navaja* (1944) siguen hoy tan vivas como el día en que fueron escritas, quizás por esa carga de realismo que no solo permitió a su autor vivir en medio de la corriente experimental de las Vanguardias, sino también sobrevivirla. Entre la publicación de una y otra obra, el escritor británico, curiosamente nacido y muerto en Francia, se convirtió en uno de los escritores de viajes más destacados de los años de entreguerras, por su modo de ver el paisaje físico y observar el humano, su destreza a la hora de describir y la fluidez de su texto.

Entre sus mejores libros viajeros cabe destacar: *El caballero del salón*, relato de los viajes de Maugham por Birmania, los Estados de Shan, Siam e Indochina, en el que la mirada y la sencillez de las descripciones prima sobre la aventura, mientras que los pellizcos de humor acrecientan la agudeza del texto sin hacerle perder una pizca de precisión: "Los días se sucedían los unos a los otros sin incidentes notables, como los pareados de un poema didáctico"; *En un biombo chino*, una selección de las múltiples anotaciones que hizo a lo largo de sus viajes por la cuenca del río Yangzi durante los inviernos de 1919 y 1920, en el que trata de subrayar el contraste entre los colonialistas occidentales ("Habitan un mundo en el que Copérnico jamás existió: para ellos el sol y las estrellas giraban obsequiosos en torno a la Tierra misma, en cuyo centro estaban ellos") y los orientales, que tampoco escapan al trazo durísimo de su retrato, aunque siempre saque a relucir la paleta de la ironía, de la que haría gala durante toda su vida: "Logré cierta fama de humorista por el sencillo procedimiento de decir la verdad", afirma en *El filo de la navaja*.

Maugham fue un personaje atormentado por la búsqueda del sentido de la vida (una existencia que era para él como el "alba gris y oscura" con la que

se abre *Servidumbre humana*) y la sinrazón de la muerte ("Su muerte había resultado tan inútil como su vida"), obsesionado por la gloria y el fracaso ("La lluvia caía en la misma forma sobre el justo que sobre el malvado. Para nada existía una razón"). Sin embargo, Maugham sabía que el absurdo de vivir se lleva mejor con creatividad y con unos toques de belleza, esa belleza que encontró en los pintores y escritores del Siglo de Oro español, así como en algunos de los mágicos rincones de Andalucía, a la cual dedicó otro interesante libro de viajes.

Robert Byron fue un incansable viajero, amante de la arquitectura y de la pintura. Murió prematuramente a los 36 años durante la Segunda Guerra Mundial, cuando el barco en el que viajaba a El Cairo fue torpeado por los nazis. Cuando todavía era un jovenzuelo, realizó un viaje en coche con dos amigos por la Europa de los años 20, llegando hasta Italia y Grecia. Ese viaje es el que cuenta en su primer libro, *Europa en el parabrisas* (1926). A finales de la misma década, realizó otro viaje, esta vez desde Londres a la ciudad de Gyantsé (Tíbet), describiendo sus andanzas y observaciones en amenas crónicas que recogió bajo el título de *Viaje al Tíbet*. En la década de los años 30 viajó a Rusia y Oriente Próximo. Consecuencia de ambos viajes son sendos libros: *Rusia*, en el que denuncia las prácticas estalinistas y describe el "ambiente lúgubre" de la Revolución soviética, y *El camino a Oxiana*, escrito en forma de diario, en el que cuenta su viaje por Beirut, Jerusalén, Bagdad y Teherán hasta llegar a Oxiana, la ciudad supuestamente fundada por Alejandro Magno en su marcha hacia el río Indo.

Joseph Rudyard Kipling fue un maestro del relato breve en lengua inglesa, si bien su formación occidental se ve claramente influida por su nacimiento en Bombay (India), la ciudad en la que, según sus propias palabras, "el mundo termina y el barco de vapor espera", la ciudad de su primer recuerdo: "Mi primer recuerdo es el de un amanecer, su luz y su color y el dorado y rojo de unas frutas a la altura de mi hombro. Debe ser la memoria de los paseos por la mañana por el mercado de frutas de Bombay con mi aya...". Con un estilo muy vivo y fresco, Kipling da constantes muestras de un agudo espíritu de observación y capacidad inventiva, así como una habilidad especial en la descripción de tipos característicos, sobre todo en lo relativo a la soldadesca del Imperio británico y a los "niños salvajes", que, aunque contaban con una antigua tradición, estuvieron muy en boga en la segunda mitad del siglo XIX.

Además de poeta, cuentista y novelista, Kipling fue un incansable viajero, yendo y viniendo de un mar a otro. Durante su primera etapa profesional,

en la que trabajó como periodista en distintas regiones del antiguo Imperio Británico en Asia, tuvo tiempo de escribir una cuarentena de relatos, que fueron publicados inicialmente por la Biblioteca del ferrocarril de la India. A principios de 1889 comenzó su intensa vida viajera. Desde Calcuta marchó, por el este, a Rangún, y de ahí a Singapur, Hong Kong, Cantón y Yokohama, llegando a San Francisco en junio de ese mismo año. A lo largo del viaje escribió una serie de cartas viajeras publicadas en periódicos, que posteriormente se recopilarían en los dos volúmenes que componen *De mar a mar*. Recorrió todo Estados Unidos y Canadá y, antes de volverse a Londres, fue a visitar a Mark Twain, que vivía en Elmira (estado de Nueva York), y cuyo encuentro relata en el capítulo final de *América*. Durante 1891 emprendió un viaje a Sudáfrica, Nueva Zelanda, Australia, Ceilán (la actual Sri Lanka) y la India, al tiempo que aparecían reunidas en *Peripecias de la vida* otra serie de narraciones indias. Por su parte, *Viaje al Japón* da cuenta del viaje realizado al país del sol naciente, justo en el momento en el que los nipones vivían una etapa clave en su historia: el proceso de cambio entre el Japón clásico y el país moderno que estaba surgiendo a finales del siglo XIX. Un año después Rudyard se casó con Caroline y los dos se marcharon a vivir a Norteamérica, permaneciendo por un periodo de cuatro años durante los cuales Kipling escribió el racimo de cuentos que componen *El libro de la selva*. De vuelta a Inglaterra, se instalaron primero en Londres y luego en Torquay (Devon), desde donde el matrimonio no paró de viajar por todo el mundo hasta el estallido de la Primera Guerra Mundial, manteniendo posteriormente este afán viajero durante las décadas de los años 20 y 30.

En 1901, vio la luz *Kim*, la historia de "un niño blanco, el más pobre de los pobres" que va madurando a lo largo de un viaje, aunque el autor aprovecha la narración para construir un magnífico retrato de la vida civil, religiosa, política y militar de la India. A lo largo del texto salen a relucir "la magia irresistible de los soles tórridos, de los imperios sometidos, de las religiones salvajes y de las guarniciones inquietas", característica que atribuía Henry James a los libros de quien recibiría el Premio Nobel de Literatura en 1907 y publicaría cuatro años más tarde su famoso poema *Si*.

La obra de Kipling se vio influida por el premio Nobel bengalí Rabindranath Tagore. Aparte de su poesía, cargada de serena espiritualidad y de la que su poemario *Gitánjali* (traducido al español por Zenobia Camprubí como *Ofrenda lírica*) representa su obra cumbre, Tagore es un gran narrador de viajes, producto de sus amplios periplos no solo por el continente asiático, sino también por Europa y América, en los que se mostró como un claro impulsor del acercamiento entre Oriente y Occidente. Si sus versos están llenos

de frescura, sensibilidad y belleza, sus relatos viajeros tampoco dejan indiferente y causan en el lector una sensación de plenitud, como la que experimenta el viajero al beber en una fuente de agua clara tras una buena caminata. Al enjuiciar *Ofrenda lírica*, W. B. Yeats afirmaba: "... no es su extrañeza lo que nos conmueve, sino el encuentro con nuestra propia imagen". Y el mismo Tagore asegura en *El último viaje*: "Para quien lo sabe amar, el mundo se quita su careta de infinito. Se hace tan pequeño como una canción, como un beso de lo eterno". Tanto lo uno como lo otro también se pueden encontrar en sus relatos de viaje y en sus cuentos en los que el viaje aparece como protagonista, como en *Las piedras hambrientas*.

Edward James (Jim) Corbett fue un naturalista, escritor y conservacionista indio de origen irlandés, nacido a los pies del Himalaya y muerto en Kenia, donde había pasado los últimos años de su vida. Famoso por sus cacerías de animales antropófagos (*Los comedores de hombres de Kumaon*), pronto se convirtió en el más famoso proteccionista de la vida salvaje. Entre sus obras destacan *Mi India*, *El leopardo de Rudraprayag* y *La sabiduría de la jungla*.

Al mordaz y elegante E. M. Forster (Edward Morgan Forster) sus viajes por Europa, parte de América, el norte de África y la India le sirvieron para construir sus interesantes obras, más ajustadas al modelo decimonónico que al de las nuevas corrientes del siglo XX: *Donde ni los ángeles se atreven*, *El más largo viaje*, *Una habitación con vistas* y *La mansión* (la dos últimas versionadas cinematográficamente por James Ivory, la primera con su propio nombre y la segunda, como *Regreso a Howards End*). Despues de una de sus estancias en la India, publicó una de sus obras más célebres: *Pasaje a la India* (en este caso, llevada al cine por David Lean), en la que analiza el conflicto entre la cultura occidental y la hindú. Otros libros de viaje suyos son: *Faros y farallones*, *Alejandría: historia y guía*, cargado de reminiscencias de Constantin Cavafis, y *Cartas desde la India: La colina de Devi*.

Aunque inglés de nacimiento, la mayor parte de su vida la pasó Malcolm Lowry por tierras americanas, escribiendo con tinta de alcohol. A los 18 años, Lowry ya había redactado el primer texto de *Ultramarinas* (1933), resultado de un viaje realizado a Shangai y Yokohama a bordo de un carguero y como muestra de rechazo a "una vida regalada", propiciada por la situación económica de su familia. Para entonces, había dejado atrás Cambridge para ser marinero y un perpetuo trashumante. Poco después tropezó con *Viaje azul*, de Conrad Aiken, y tanto la obra como el autor, a quien Lowry consideraba como "el genio satánico y maravilloso", cambiarían su vida y su

forma de escribir, si bien esta última también recibiría el influjo del escritor Nordahl Grieg, "el ángel luminoso", autor de *El navío prosigue su ruta*. Para conocerlo, Lowry se embarcó como fogonero en un barco rumbo a la costa noruega, experiencia que está en el origen de su novela más larga: *En lastre hacia el Mar Blanco*.

Viajero inquieto, Lowry no paró de moverse durante los años 30 entre Estados Unidos (de Nueva York a Hollywood), México y Europa, España incluida, hasta refugiarse en la Columbia Británica (Canadá) durante la Segunda Guerra Mundial. Allí vivió encerrado en una cabaña en la playa de Dollarton, cerca de Vancouver, escribiendo *Bajo el volcán*, obra que representa un auténtico descenso a los infiernos y de la que realizó seis versiones. En contraste con ella, *En lastre hacia el Mar Blanco* trata de ser el imposible viaje al paraíso en la frustrada trilogía que Lowry tenía previsto escribir como evocación del aullido dantesco. La novela, cuya versión más depurada se quemó durante un incendio en la cabaña de Dollarton, ha podido editarse recientemente gracias a la recuperación de una de las primeras copias. Es una especie de viaje de regreso al vientre materno, simbolizado en el mar, ante el que el autor siempre mostró una enorme fascinación. En ella, el autor vuelve a convertirse, una vez más, en personaje de su obra y hacer obra de su persona.

Lowry vivió de forma marginal, al calor de un trago que le resultaba imprescindible para la creación literaria, buscando en el oscuro hueco de su mente aprisionada por la "tiranía del yo" (el contacto con los otros es más confrontación y vaciamiento que comuniún) y tratando de detener el tiempo con la escritura. *El viaje que nunca termina* es el título de la recopilación de la correspondencia de quien ha sido considerado como "el maestro de la amenaza", ya que en sus narraciones lo que podría suceder, o lo que está a punto de suceder, es todavía más determinante que lo que finalmente acaba ocurriendo.

Algo menos profundo, pero tremadamente divertido, resulta el estadounidense Charles Macomb Flandrau, en la actualidad algo arrinconado en el mundo literario y, sin embargo, autor de uno de los libros de viaje más encantadores que han aparecido nunca: *¡Viva Méjico!*.

John Fante, uno de los precursores del llamado "realismo sucio" y de la utilización del *alter ego* para crear una autobiografía ficcional, hizo de la ciudad de Los Ángeles el territorio de sus principales obras, como *Pregúntale al polvo* y *Camino de Los Ángeles*.

En cuanto a los escritores-viajeros por el Viejo Continente, varios son los autores que merecen la atención por su contribución a mejorar o completar el conocimiento de lugares ya conocidos, por la calidad literaria de sus libros de viajes y por la influencia de algunos de los periplos realizados en sus obras narrativas personales. Así, Joseph Roth desarrolló una intensa actividad periodística, dejando entre lo más destacado de su literatura viajera sus crónicas berlinesas, las experiencias de su viaje a Rusia y el relato de su recorrido por las ciudades blancas del sur de Francia, viajes emprendidos para "dibujar el rostro del tiempo", dar cuenta del variopinto mundo en el que le había tocado vivir y porque "de otra forma no me había conocido jamás". En el ensayo *Los judíos errantes* no solo analiza las migraciones de los judíos del este de Europa hacia el Occidente europeo, sino que realiza un dibujo intimista de ciudades como Viena, Berlín y París, dejando entrever su añoranza por una Europa ya perdida. Roth mantuvo una intensa amistad con otro de los escritores que contribuyeron a forjar la imagen de Europa: Stefan Zweig, infatigable escritor y auténtico trotamundos.

El universo literario del irlandés James Joyce se encuentra fuertemente enraizado en su nativa Dublín, la ciudad que provee a sus novelas (*Retrato del artista adolescente*, *Ulises*, *Finnegans Wake*) y cuentos (*Dublineses*) de los escenarios, ambientes, personajes y demás materia narrativa, aunque para ello necesitó tomar distancia y pasar la mayor parte de su vida fuera de Irlanda: Londres, París, Trieste, Pula, Roma, Zurich... De acuerdo con el propio Joyce: "Yo mismo escribo siempre sobre Dublín, porque si logro llegar al corazón de Dublín, puedo llegar al corazón de todas las ciudades del mundo". Según el periodista, crítico y escritor Eduardo Lago, "Joyce sostenía que en esencia todo escritor alberga dentro de sí tan solo una novela, y que las demás son variaciones artísticas sobre ese texto único y esencial. De estar en lo cierto, habría que decir que su novela la publicó en tres entregas claramente diferenciadas, cada una de las cuales corresponde a una de las edades del hombre. *El Retrato*, *Ulises* y *Finnegans Wake* corresponden a tres fases diferentes de la vida de un solo organismo textual, a los tres estadios vitales de una conciencia artística única, a las metamorfosis que experimenta el alma humana en su viaje por el tiempo, desde la génesis y la plenitud hasta el declive y la disolución final".

En *Ulises*, Joyce consigue que el deambular de un grupo de personas corrientes por una ciudad a lo largo de una sola jornada, el día 16 de junio de 1904, adquiera la tensión y el dramatismo de las mejores novelas de aventuras. Simbólicamente estructurada sobre el esquema de *La Odisea*, la proeza de la novela consiste en revelar la condición mítica que puede al-

canzar la lucha contra las pequeñas contrariedades que surgen cada día y el carácter iniciático de cualquier recorrido de aprendizaje y revelación. Los tres personajes principales de la novela son el judío Leopold Bloom, bajo cuya piel habita Joyce, que emprende al amanecer una larga travesía por las calles de Dublín, su esposa Molly, que acabará esperándolo en casa hasta la madrugada del siguiente día, y el joven poeta Stephan Dedalus, que no es otro que el protagonista del *Retrato del artista adolescente*. Con una buena dosis de humor, otra de sensibilidad y una tercera de narrativa laberíntica, en la que cada capítulo está escrito en un estilo distinto, la novela detalla las andanzas y sueños de Bloom, una persona común, que constituyen una parábola de la anónima existencia del hombre contemporáneo. Se trata de una obra compleja, en cuyas páginas no es difícil extraviarse. La técnica narrativa más notable es la del monólogo interior o "flujo de conciencia", pero, como señala Enrique Vila-Matas, es imposible descifrar con precisión la espectacular exploración que hizo Joyce de los límites de la literatura. Su lectura conduce en la mayoría de los casos al disfrute, aunque no son pocos los testimonios de aburrimiento. Para T. S. Eliot, el *Ulises* es "un libro con el que todos estamos en deuda, y del que ninguno de nosotros puede escapar".

Otro día de junio, casi veinte años después de que se echara a las calles de Dublín Leopold Bloom, una mujer de la clase alta londinense, la señora Dallowy, recorría Londres de la mano de su creadora, Virginia Woolf (Adeline Virginia Stephen de nacimiento), otra de las figuras literarias más significativas del período de entreguerras y caracterizada, como Joyce, por su afán de experimentación y apertura de nuevos caminos: análisis de la conciencia, monólogo interior, deformación del tiempo narrativo... Su obra, que es tanto como decir su vida, fue redescubierta con entusiasmo en las últimas décadas del siglo pasado gracias a novelas como *La señora Dalloway*, *Al faro*, *Orlando* y *Las Olas*, así como al ensayo *Una habitación propia*, uno de los textos precursores del feminismo. Tanto sus años de infancia en Hyde Park Gate y su residencia en los años de juventud en el barrio de Bloomsbury (en donde surgió el famoso grupo de intelectuales con ese nombre, al que ella perteneció) como sus vacaciones infantiles en St Ives (Cornualles) tienen un gran protagonismo a lo largo de su obra.

La señora Dalloway relata un día (12 horas) en la vida de Clarissa Dalloway, desde el punto de vista de una conciencia que experimenta con plena intensidad cada instante vivido, en el que se condensan el pasado y el presente, el yo y el entorno. En *Al faro*, Virginia aborda la complejidad de las relaciones familiares en una trama de sentimientos cruzados y contradic-

torios que salen a relucir durante la excursión a un faro. *Londres*, editado también como *Paseos por Londres*, es una recopilación de seis artículos o ensayos breves acerca de su ciudad natal. Como ocurre también con sus *Diarios*, Woolf recoge descripciones de su deambular arriba y abajo por las bulliciosas calles de su ciudad, entre la gente, atenta siempre al latido directo del alma callejera, bajo la apariencia de su aire distraído. *Londres* aparece a los ojos de Virginia Woolf como el centro del mundo, en continua renovación ("Es difícil hallar una nave que, en su día, no haya echado el ancla en el puerto de Londres") y como una especie de resumen de su visión del mundo y de la vida.

En 1919, un treintañero David Herbert Lawrence abandonó el Reino Unido para iniciar lo que él mismo llamó su "peregrinación salvaje". Puso rumbo a Italia y, tras cruzarla, acabó recalando en Capri y Taormina (Sicilia), desde donde realizó breves excusiones a Cerdeña, Montecassino, Malta, la Italia peninsular, Austria y Alemania. Muchos de estos lugares aparecen en sus obras de ficción. D. H. Lawrence es reconocido como uno de los escritores de viaje más prolíficos en lengua inglesa, siendo uno de sus títulos más emblemáticos *El mar y Cerdeña*, un libro que describe el breve viaje realizado por su autor entre las dos grandes islas italianas del Mediterráneo. Con una prosa seductora, tanto por el ritmo como por la fuerza de sus descripciones, Lawrence retrata el paisaje físico y espiritual de los pueblos de este territorio rodeado del azul del mar y completamente ajeno a los devaneos de una Europa todavía no repuesta de los traumas de la guerra. Para Lawrence, Cerdeña es un espacio de libertad, donde "nada está acabado, nada es definitivo", muy distinto del "romanticismo invariable" de Italia, gracias al cual "todo resulta bastante maravilloso y en el fondo muy tópico", y reclama para sí mismo un trozo de ese territorio de libertad sardo: "Espacio, que me den espacio, espacio para mi espíritu: que se queden si quieren con todos los riscos y barrancos del romanticismo".

Tres años después de abandonar Gran Bretaña, Lawrence y su esposa dejaron Europa con la intención de emigrar a los Estados Unidos. Zarparon en dirección este, primero a Ceilán y después a Australia, desde donde arribaron al continente americano. Durante su permanencia en los Estados Unidos, Lawrence publicó ensayos literarios, varias obras de ficción y aún tuvo tiempo de escribir sobre viajes en diferentes formatos, sobre todo en relación a los realizados a México, país en el que buscaría realizar su sueño, como confiesa en esta carta dirigida a Catherine Carswell en el otoño de 1923: "México tiene un cierto misterio de belleza para mí, como si los dioses estuvieran aquí. Ahora, en octubre, los días son tan puros y bellos que pro-

ducen una especie de encantamiento. Como si alguno de los dioses oscuros fuera aún joven. Desearía poder construir un pequeño rancho, donde pudiéramos tener nuestras pequeñas casas de *adobe* y comenzar una nueva vida". Este proyecto utópico solo podría llevarlo a cabo finalmente en una novela: *La serpiente emplumada*. Tras su estancia en América, Lawrence y su familia se afincaron en una villa del norte de Italia, en las proximidades de Florencia. Durante este tiempo, Lawrence escribió *El amante de Lady Chatterley*, quizás su obra más conocida.

Por su parte, el dramaturgo irlandés George Bernard Shaw aconsejaba a todos los que trataran de buscar el paraíso terrenal en la Tierra que visitaran Dubrovnik y dejó esta perla para viajeros: "Me disgusta sentirme como en casa en el extranjero".

Un carácter más universal adquiere la literatura de viajes de Aldous Huxley, uno de los más importantes pensadores modernos. Provisto de una formación enciclopédica, pero con la imaginación siempre en vuelo, Huxley confiesa "estar interesado en todo, excepto nada" y ese interés le hace ser un agudo observador de lugares, pueblos y gentes, así como de lo que transciende de todos ellos. Silencia las grandes ciudades y, en cambio, no puede ocultar su curiosidad por los campos, los desiertos, las serranías, los valles, las playas solitarias, lugares en los que percibe una interioridad singular y sobre los que proyecta su propia personalidad.

Consecuencia de sus salidas a otros países desde sus distintos lugares de residencia (Inglaterra, Italia, Francia) durante las décadas de los años 20 y 30 serán sus libros de viajes: *A lo largo del camino: notas y ensayos de un turista*, *Justing Pilate* (no traducido al español) y *Más allá del Golfo de México*. A partir de los años 40 se establecerá en Estados Unidos, desde donde viajaría a Europa y al resto de continentes. Huxley sintió un especial interés por España, a la que visitó varias veces, llegando hasta el desierto almeriense. Tras realizar el viaje exterior, el geográfico, Huxley se adentró por el camino interior, mediante la experimentación psicodélica.

Otras muy distintas fueron las circunstancias y los motivos que trajeron a España en las navidades de 1936 a George Orwell, periodista, ensayista y autor de dos fábulas políticas más que notables en la historia de la literatura: *Rebelión en la granja* y *1984*. Orwell, que fue un luchador incansable contra los nacionalismos y totalitarismos, denunciando las miserias asentadas en la corrupción del lenguaje, así como un visionario de lo que ocurriría tras la Segunda Guerra Mundial, había recorrido miles de kilómetros

dentro y fuera de Europa antes de venir a España a combatir como soldado del Frente Popular. Fruto de ello fueron sus libros *Sin blanca en París* y *Londres y Los días de Birmania*.

El escritor e hispanista Gerald Brenan vivió en Malta, Irlanda, Sudáfrica, India, Irlanda e Inglaterra, antes de luchar en la Primera Guerra Mundial, sobrevivir a las trincheras y establecerse en España, encontrando en la Alpujarra granadina primero y en la provincia de Málaga después la paz y el silencio buscado. Con 18 años se había fugado de la casa familiar con la intención de llegar hasta Asia; consiguió atravesar a pie Francia, Italia y la costa dálmata, pero el abandono de su compañero de escapada John Hope-Johnstone y una fuerte nevada sufrida en los Balcanes le hicieron desistir de su aventura. Se pateó España con la pasión de un peregrino y la mentalidad del viajero romántico anglosajón y la supo contar, como pocos lo han hecho, destruyendo tópicos, con una prosa clara y moderna en sus dos obras más conocidas: *El laberinto español*, uno de los estudios más brillantes no solo acerca de los antecedentes sociales y políticos de la Guerra Civil, sino también sobre la singularidad del ser español, y en *Al Sur de Granada*, un libro mezcla de estudio antropológico, etnológico e histórico con inequívoca intención de hacer un libro de viajes: "Todo lo que pretendo es entretener a quienes les gusta viajar sentados en su sillón preferido y se divierten, en las veladas lluviosas, con lecturas sobre el modo de vivir de las gentes remotas de las aldeas montañosas, en el clima sereno de la zona sur del Mediterráneo". Brenan confiesa sentirse asombrado por un lugar donde se cultivaba al tiempo el sentido poético y el de la realidad, por un país que "ha insistido en conservar cierta dosis de anarquía y rebeldía".

Además de estos dos ensayos, la obra de Brenan contiene libros como *La faz de España*, narración del periplo de Brenan por el centro y sur de España cuando regresó en 1949 tras su precipitada huida en plena Guerra Civil, que ofrece una visión lúcida, desgarradora y entrañable de la España de posguerra, y *Autobiografía: Una vida propia, memoria personal*, donde el tema viajero se vuelve a hacer bien patente: "Quiero dejar claro que cuando me instalé en Yegen por primera vez, no había pensado en llegar a ser escritor. Todos mis planes para el futuro estaban relacionados con viajes: cruzar el Sahara, vivir entre los Tuareg o los Bakhtiari de Persia, explorar Guatemala y Ecuador". De formación autodidacta, "su mejor bibliografía fueron los caminos", tal y como concluye Jesús Ruiz Mantilla.

Un representante tardío de la Generación Perdida norteamericana es el neoyorkino Henry Miller, cuya narrativa se caracteriza por una fuerte carga

autobiográfica y vivencial. Durante su juventud Miller realizó una serie de viajes por el sur de Estados Unidos como un auténtico vagamundo. Ya, en la época de los años 20, hizo su primer viaje a Europa, aunque sería a comienzos de los años 30 cuando se marcharía, con intención de permanecer un largo tiempo, a París, ciudad en la que vivió como un "sin techo" durante los primeros meses, antes de conseguir un empleo como corrector de estilo en las oficinas locales del periódico *Chicago Tribune*. Una vez instalado entre la comunidad artística parisina, permaneció en la capital francesa hasta el comienzo de la Gran Guerra europea. Fue en este periodo de tiempo cuando compuso con un estilo narrativo verdaderamente rupturista *Trópico de Cáncer* ("No tengo dinero, ni recursos, ni esperanzas. Soy el hombre más feliz del mundo. Hace un año, hace seis meses, creía que era un artista. Ya no lo pienso, lo soy"), *Primavera negra* y *Trópico de Capricornio*. La estancia en París se vio interrumpida por un viaje a Nueva York ("la ciudad más poblada y vacía del mundo"), siguiendo los pasos de Anaïs Nin, su amante en aquel tiempo, que dio lugar a *Nueva York, ida y vuelta*, obra en forma de una larga y divertida carta-diario que Miller dirige a su amigo Alfred Perlès.

Después de dejar París, Miller viajó durante un año por la Grecia continental y las islas del Egeo, visitando a Lawrence Durrell en Corfú. Allí encontró el material necesario para su magnífico *Coloso de Marusi*, exaltación de la vida sencilla, en armonía con la naturaleza, y diatriba contra el desarrollismo y la industrialización. De regreso a Estados Unidos, emprendió un largo viaje en coche que le permitió entrar en contacto con las diferentes realidades de su país de nacimiento y cuyo resultado literario fue *La pesadilla del aire acondicionado*. Tras residir en varios lugares de California, a mediados de los años 40 se instaló en Big Sur, por aquel entonces un poblacho de destaladas cabañas al borde de un acantilado, habitado por artistas, vagabundos y toda suerte de personajes estraflarios, cuya vida quedaría reflejada en *Big Sur y las naranjas del Bosco*. Las obras de Miller tuvieron una notable influencia en la llamada "generación beat" y en el movimiento *hippy*.

Quien no parece haber encontrado tanta "luz" en la capital parisina es el crítico literario y escritor británico Victor Sawdon Pritchett (alias VSP), más conocido por sus cuentos cortos –compilados en varios volúmenes– que por el interés de sus libros de viaje, aunque tiene varios, como los dedicados a Londres y a Dublín, o por sus crónicas latinoamericanas. Amigo de Gerald Brenan, se interesó mucho por nuestro país, al que dedicó *Marching Spain*, una crónica de viaje escrita antes de la Guerra del 36, y *The Spanish Temper*.

En cuanto a la literatura que pone su punto de mira más en la naturaleza, partiendo de Susan Fenimore Cooper (*Diario rural*) y del legado ideológico de Walt Whitman, Rudolph Waldo Emerson y David Henry Thoreau, hay que significar las obras de dos figuras de la literatura norteamericana: Willa Cather y Henry Beston.

El reconocimiento le llegó a Willa Cather, viajera y reivindicadora de la igualdad de género durante toda su vida, periodista y maestra antes de dedicarse por entero a la escritura, con su *Trilogía de la Pradera*, compuesta por *Pioneros*, *El canto de la alondra* y *Mi Ántonia*. Con reminiscencias de Henry James e influenciada por la obra de Sarah Orne Jewett (*La tierra de los abetos puntiagudos*), hizo de Nebraska su territorio literario y fue alabada por su capacidad de hablar de la gente humilde con su mismo lenguaje. No obstante, su obra más conocida es *Uno de los nuestros*.

Henry Beston fue un escritor de la naturaleza en una era de máquinas. Pionero del ecologismo moderno ("la naturaleza es parte de nuestra humanidad, y sin cierta conciencia de ese misterio divino, el hombre deja de ser hombre"), es autor de *La casa más alejada*, escrita después de pasar "un año de vida" a solas con el mar, el cielo, la playa y las marismas en la Gran Playa de Cape Cod, "el último fragmento de una tierra antigua y desaparecida". Más tarde, en los campos de Maine, encontraría una vida rural armónica y autosuficiente, gobernada por los ritmos estacionales y conectada con todas las generaciones que habían cultivado la tierra antes, como ponen de manifiesto *La granja del norte* y algunos otros libros. *El río San Lorenzo* es una narración a través de la América del bosque, la catarata y la sombra de los árboles.

El viaje en la literatura en lengua francesa antes de la II Guerra Mundial

El desierto africano, ese territorio que contiene "el paisaje más hermoso y, a la vez, más triste del mundo", allí donde una noche, bajo un manto de estrellas, dijo "haber sentido el golpe del viaje", es el elegido por Antoine de Saint-Exupéry para situar el encuentro entre el aviador y el pequeño príncipe llegado de otro planeta en el que se fundamenta *El Principito*, obra inspirada en los cuatro interminables días pasados por el autor junto con André Prévot, su compañero de vuelo, en la parte libia del desierto del Sáhara, tras el aterrizaje forzoso que tuvo que realizar camino de Saigón, episodio que el propio aviador y escritor francés cuenta en *Tierra de hombres*. En sus relatos más viajeros (Europa, África, Asia, Sudamérica) el escritor francés hace una interpretación del paisaje no como espectáculo, sino como resultado del esfuerzo, del valor y de la aventura, como momento de aprehen-

sión del mundo; nunca plantea el viaje como huida, lo hace siempre como salida al encuentro de la naturaleza.

Sobre el desierto gira igualmente tanto la obra como la breve, rebelde e intensa vida, propia de una novela, de Isabelle Eberhardt, la joven suiza convertida al Islam. Sus *Diarios de una nómada apasionada* cuentan las correrías por el "desierto innombrado" de una mujer vestida de hombre, bajo la identidad de un muchacho árabe; asimismo, son obras suyas *El País de las arenas* y *Viaje oriental*.

La odisea de Michel Vieuchange por hacer realidad el sueño de llegar hasta la ciudad santa de Samara, la capital de los "hombres azules de Río de Oro", en el Sáhara occidental, constituye una proeza singular, tanto o más que su relato *Ver Samara y morir*.

El etnógrafo y escritor surrealista francés Michel Leiris es considerado una de las cumbres de la denominada "escritura del yo" desde que escribiera *Edad de hombre*. Participó en la misión etnográfica conocida como Dakar-Djibuti (1931-1933), experiencia que quedó reflejada en *El África fantasma*, libro elaborado a partir de las abundantes notas tomadas en su diario con una escritura poetizada, en la que combinaba el estudio etnográfico con la autobiografía. Tratando de huir del permanente narcisismo europeo, Leiris penetra en el África misteriosa para mirarse en los ojos de los otros e interiorizar su paisaje, haciendo que, junto a los enigmas africanos, aparezcan en el texto sus propios fantasmas. No sería su último viaje al continente del origen humano, en cuyo arte primitivo acabaría siendo un experto.

Otros y variados intereses fueron los que llevaron al continente africano a escritores de distinto calado. Hubo científicos eruditos, como el naturalista y explorador Théodore Monod, que recorrió el desierto del Sáhara a pie y a lomos de camello durante más de medio siglo (*Camelladas, El peregrino del desierto*): "Tuve la suerte de encontrar el desierto, ese filtro, ese revelador. Me ha moldeado, me ha enseñado la existencia. Es hermoso, no miente, es limpio. Por eso debe abordarse con respeto". Y hubo filósofos, como Paul Nizan, que viajó hasta Adén, en el actual Yemen, como instructor de los hijos de un hombre de negocios británico.

La obra literaria del controvertido André Gide es un viaje al fondo de los sentidos y de la conciencia, como ya se deja vislumbrar en su novela iniciática *El viaje de Urien*, que narra las peripecias de un grupo de amigos que quieren descubrir el mundo a través de la aventura. Siempre dispuesto a

coger la maleta ante una buena propuesta viajera, a finales del siglo XIX viajó por Alemania, Italia, Suiza y, sobre todo, África del Norte, algunos de cuyos lugares están muy presentes en *El inmoralista*, una de sus novelas más notables, publicada a principios del siglo XX. En 1925, el mismo año en el que vio la luz *Los monederos falsos*, André Gide emprendió un viaje a las posesiones francesas de África ecuatorial como comisionado especial del Ministerio para las Colonias. De aquella estancia surgió *Viaje al Congo*, que provocó una verdadera convulsión política en Francia por sus críticas demolidoras contra el método colonialista practicado por el Gobierno francés. Pero, independientemente de su vertiente política, el libro es uno de los grandes exponentes de la literatura de viajes de todos los tiempos.

En 1936, Gide viajó a la URSS, y lo que se presumía iba a ser un viaje feliz, en el que tendría la oportunidad de constatar los supuestos logros del socialismo soviético, se convirtió en la mayor de las decepciones, ante el descubrimiento de la falsedad, las caretas de los funcionarios al servicio del régimen político y la uniformidad generalizada. A su vuelta abandonó su militancia comunista y escribió un libro de denuncia contra el estalinismo: *Regreso de la URSS*.

Su larga travesía interior está en su *Diario*, que recoge su periplo vital entre los 18 y los 81 años de edad, su carácter eminentemente contradictorio (no es descartable que en algún momento de su vida o en cualquier página de su obra hubiera afirmado: "Me contradigo, luego existo") y su compromiso con la estética. Esta lucha interior constituye la esencia de su literatura. Cuando se produjo la invasión alemana durante la Segunda Guerra Mundial, Gide abandonó París y se refugió nuevamente al abrigo del sol mediterráneo (Marruecos, Argelia, Túnez y Sicilia) hasta la liberación de la capital francesa. En 1947 recibió el Premio Nobel de Literatura.

El interés por Asia está presente en la obra de un buen número de escritores cuya vida transcurrió a caballo de los siglos XIX y XX y que plantean diferentes abordajes literarios. El primero de ellos es Pierre Loti, seudónimo literario del oficial de la Marina francesa y viajero por todo el mundo Julien Viaud, quien decía levantarse cada mañana para "emborracharse de vivir, solo vivir; de respirar, solo respirar", quien pretendía "caminar soñando", "ver las soledades..., escuchar el silencio". Autor de estilo impresionista, Loti describe con cierto espíritu romántico los distintos países y territorios por los que viajó, no solo por Asia (*La India, Constantinopla, fin de siglo, Visiones de Oriente, El Peregrino de Angkor*), sino por el mundo entero (*El desierto*, cuya lectura avivó las fantasías de Isabelle Eberhardt, *Egipto: el fin*

de una época, Isla de Pascua), y lo hace tanto en los citados libros de viaje como en muchas de sus novelas. Como muestra del "estilo Loti" valga este botón: "Pero llega la hora de salir la luna. La ciudad, que ya no se veía, comienza a dibujarse a nuestra espalda en negra silueta sobre un informe incendio de cruento color que surge por el horizonte; luego, el incendio se condensa en una masa de fuego rojo, cada vez más redonda, en una bola que asciende y que enseguida palidece como la brasa súbitamente avivada y que nos ilumina cada vez más. Es ahora un disco de fuego plateado que se eleva brillante y ligero inundando los cielos de luz...".

En las décadas finales del siglo XIX y principios del XX, Loti vivió largas temporadas y conoció muy bien el País Vasco, en el que descubrió una sociedad fiel a sus viejas tradiciones, a su lengua, a sus verdes paisajes que "parecen adormecer el altivo sol" y a la singular personalidad de sus entrañables personajes. En Fuenterrabía y en Hendaya, Loti encontró un espacio vital en el que aprendió a escuchar "el repique de las viejas campanas o la lejana vibración de las viejas canciones" y tomó conciencia de "todo lo que de particular y absolutamente distinto ha conservado este país en el fondo de sí mismo". Fruto de todo ello son las interesantes y amenas páginas de *El País Vasco*.

Victor Segalen, médico naval y excelente escritor en sus varias facetas literarias, recorrió la Polinesia en los primeros años del siglo XX tomando conciencia de cómo la civilización maorí tradicional iba siendo aniquilada, por lo que se apresuró a recoger en su diario testimonios y mores, notas de todo cuanto observaba. A partir del material recogido construyó *Los inmemoriales*, obra elogiada por todos, incluidos los antropólogos e historiadores sociales. El *Diario de las Islas* contiene, asimismo, las vivencias y las reflexiones, a veces casi aforísticas, de Segalen en su estancia en Tahití y otras islas del Pacífico, además del relato de su viaje de Francia a Tahití, pasando por los Estados Unidos, y de Tahití a Francia, pasando por Ceilán, Djibuti y Egipto. Esta mirada penetrante y comprensiva ante una cultura exótica le lleva a plantear *Ensayo sobre el exotismo. Una estética de lo diverso*, en el que aborda temas clave, como el sentimiento de lo diverso y el respeto por otros modos de vida y otras creencias, abogando por una relación de horizontalidad en relación a los pueblos indígenas y la preservación de su memoria.

Aparte de sus viajes por la Polinesia, Segalen realizó varios viajes con fines arqueológicos a China, además de su interés por penetrar en esa cultura milenaria que, a principios del siglo XX, todavía era casi un misterio. *Viaje al País de lo Real* es un diario poético de sus viajes por China, un texto altamente sugerente en el que las fronteras entre lo real y lo imaginario apare-

cen difuminadas. René Leys es otra novela interesantísima sobre China, que contiene maravillosas descripciones de Pekín.

A Oriente, pero por otros motivos diferentes, también viajó en 1911 uno de los renovadores de la arquitectura moderna, agitador cultural y gran viajero, Charles-Édouard Jeanneret, más conocido por Le Corbusier. Partiendo de Berlín, visitó Viena y continuó camino por Bohemia, Serbia, Rumania, Bulgaria y Turquía hasta llegar a Estambul, desde donde regresó por Grecia e Italia, después de haber aprendido a "mirar y ver", después de que la arquitectura se le hubiera revelado como el "juego sabio, correcto y magnífico de los volúmenes bajo la luz".

La versatilidad creadora del escritor y pintor franco-belga Henri Michaux se pone de manifiesto en dos diarios de viajes en los que la impresión cuenta tanto como la descripción: *Ecuador* da testimonio de su periplo de un año desde la costa del Pacífico, a través de los Andes y las selvas y los ríos brasileños, hasta la costa atlántica ("Ahora sé lo que me conviene. No lo diré, pero lo sé..."), mientras que *Un bárbaro en Asia* describe el viaje que realizó por varios países de Asia: "Hay que ver el TajMahal en Agra. A su lado, Notre Dame de París es un bloque de materiales inmundos, buenos para echarlos al Sena, o a un pozo cualquiera, como todos los otros monumentos (salvo quizás el Partenón y algunas pagodas)". En la década de los años 40, Michaux pasaría del viaje físico al viaje imaginario en una serie de libros que reunió bajo el título de *En otros lugares (Ailleurs)*. Y del viaje fantástico al viaje interior en otra colección en la que mostró al lector cómo las drogas modifican y amplían la experiencia viajera.

Los viajes son la fuente de inspiración de la poesía y de la prosa del suizo de nacimiento y parisense de vocación Blaise Cendrars, heterónimo de Frédéric Sauser Hall, uno de los iniciadores de la gran aventura literaria en francés del siglo XX. Los erráticos negocios del padre en distintos países europeos y africanos iniciaron muy pronto a Cendrars como un viajero "siempre en camino". Cuando todavía era un adolescente, y "ya no recordaba mi niñez" por la intensidad con la que la había vivido, recorrió en tren Persia, Rusia y Siberia como asistente de un joyero itinerante, experiencias que luego quedarían reflejadas en el largo poema *La prosa del Transiberiano*, en el que el autor brinda al lector una extraordinaria variedad de datos, observaciones e incluso anécdotas bajo una escritura al mismo tiempo lírica y torrencial. Durante la Primera Guerra Mundial perdió parte del brazo derecho luchando en el ejército francés. Tuvo que aprender a escribir con la mano izquierda y firmó algunas de las narraciones más perturbadoras sobre el conflicto.

Su espíritu aventurero le llevó a ejercer los más variados oficios para sobrevivir en los países más diversos y volver siempre a París, el "vientre de su mundo". *Diez poemas elásticos*, *Hojas de ruta*, *En el corazón del mundo...* recogen instantáneas de sus viajes por lugares o ciudades de todo el planeta, aunque el Cendrars más fascinante es el de sus libros en prosa: *Moravagine*, *Las confesiones de Dan Yack*, *Barloventear*, *El hombre fulminado*, *El cielo en lotes*, *Una noche en la selva*, *Vuelo a vela*, *¡Llévame al fin del mundo!*, *A la aventura....*, libros que mezclan el reportaje y la crónica, la biografía propia y la ajena, la novela y el relato..., memorias del fuego de una escritura "madrepórica" capaz de adentrarse en los cinco sentidos. Según José de la Colina, se trata de una prosa que "crece hacia las direcciones menos previstas acogiendo un intrincado torrente de recuerdos, de anécdotas, de datos sensoriales, de imágenes, de reflexiones oportunas e inoportunas (...), que aspira a la infinitud". Y es que, para Cendrars, "escribir es arder vivo, y es renacer entre las cenizas", pero vivir es lo primero, antes que viajar y que escribir.

Junto a Cendrars, Paul Morand es otro de los autores de entreguerras que más se "nicotinan de modernidad y vagabundeo", al decir de Francisco Umbral. Paul Morand mostró una curiosidad inagotable a lo largo de toda su vida, lo que le llevó a recorrer miles de kilómetros por todo el mundo. Antes de la Segunda Guerra Mundial ya había escrito un buen número de diarios de viaje, novelas y relatos que dejan entrever un estilo caracterizado por la vivacidad narrativa y la descripción minuciosa de los países atravesados por el autor o sus personajes: *Nueva York*, *París-Tombuctú*, *Magia negra*, *La Europa galante*, *Buda viviente*, *Campeones del mundo*, *Bucarest*, *Londres*, *París...* Después de la guerra se vio obligado a exiliarse en Suiza a causa de sus desavenencias con el general Charles de Gaulle: "El exilio es un sueño pesado que se asemeja a la muerte". Las distintas visiones a lo largo del tiempo de Venecia, la ciudad de los canales, quedarían reflejadas en la que posiblemente sea su obra capital, *Venecias* ("Venecia se hunde; ¿no será quizás lo más bello que podía ocurrirle?"), volumen publicado a finales de los años 60, década en la que también dedicó un libro a Portugal: *El Portugal que yo amo*, y otro a las Islas Baleares: *Mallorca*. Según Umbral: "Morand había venido al mundo para ver el mundo y no para ninguna otra cosa. Lo contó mejor que nadie y a medida que iba teniendo más curiosidad superturística amenguaba más el laconismo de sus telegramas líricos, pues hay en Morand una urgencia inexplicable por conocer el mundo cuando ni el mundo ni él tenían ninguna prisa (...). De estas necesidades reales o ficticias le nace a Morand un estilo propio, personal, una poesía que avanza a golpe de imágenes".

Viajar (el viaje es "el puro ocio", la libertad) y escribir ("con cada palabra nueva que aprendo limo poco a poco los barrotes de la prisión") fueron las dos grandes pasiones del polifacético Valéry Laubard (A. O. Banabooth), precursor de la poesía de viaje moderna. Viajero empedernido a lo largo y ancho de Europa, sintió una gran admiración por España ("es, ante todo, luz"), en la que pasó largas temporadas. A pesar de su arraigado ideal cosmopolita, nunca perdió el sentimiento hacia lo local: "En el fondo, a pesar del mar/ y de tantos caminos, jamás hemos salido/ de aquí, y toda nuestra vida habrá sido/ un pequeño viaje en círculos y zigzags por París". Poseía una gran fortuna, pero no quiso ser uno de esos "niños perdidos en ferias de vanidades". Tan solo deseaba "alejar las inquietudes y emprender tareas humildes", como las de "ser sabio en medio de la naturaleza severa y hablar lentamente mirando al mar". ¡Nada más y nada menos!

Henri Calet, el "Buster Keaton de los escritores bohemios", el pícaro de la belle époque, vaga sin rumbo por el París de entreguerras, pasea como un singular *flâneur* (sabe que salir a la calle es lo que le hace a uno mantenerse vivo) y, mientras camina, observa, recuerda ("zangoloteo alrededor de mi pasado"), reflexiona (el mundo está en el "aquí y ahora", el mundo "somos nosotros") y se divierte ("viví a la ligera porque el porvenir no me parecía seguro") para luego divertir al lector con el humor irónico y cínico de las páginas de *El todo por el todo. París, calle a calle*: "Conozco esta ciudad a fondo. Podría desmontarla piedra a piedra y reconstruirla en otro lugar. Es lo que he hecho cada vez que he tenido que alejarme de ella. (...). La he reconocido palmo a palmo. Es una intimidad que ya no tiene un solo secreto". Calet, que, al terminar la Segunda Guerra Mundial, soñaba con Suiza (*Soñando Suiza*), también es autor, entre otros libros, del diario de viaje *Italia perezosa*, de la novela *Un gran viaje*, que presenta notables elementos autobiográficos (su protagonista es un prófugo de la justicia francesa, que se embarca para Montevideo, donde gasta la fortuna que ganó en Francia en negocios turbios) y de la recopilación de textos y crónicas viajeras *Polvo de camino* (tres días antes de que se rompiera definitivamente su corazón había dejado escrito: "Morir sin saber qué es la muerte o la vida").

En su prolífica y variada obra, entre cuyos títulos destaca *El húsar sobre el tejado*, el escritor y cineasta Jean Giono supo transmitir al lector su gran curiosidad y amor por la naturaleza, dando testimonio vivo de las sencillas gentes de la Provenza, su terruño natal, y llenando el lenguaje de imágenes y metáforas literarias, como se puede apreciar en *Colina, El canto del mundo, El hombre que cortaba árboles* o *Los grandes caminos*.

Tras recorrer lugares que no figuran en los mapas, andar caminos de evasión y probar el "vino negro que embriaga a la juventud", Jean Cocteau, el surrealista desilusionado con el surrealismo, emprendió, en compañía de su amigo Marcel Khill, un viaje de emulación al que literariamente habían realizado Phileas Fogg y su fiel criado Jean Passepartout. Siguiendo las huellas de los personajes de Julio Verne, tardaron exactamente 80 jornadas en dar la vuelta al mundo, demostrando la imposibilidad de haberlo hecho en ese tiempo por los días en que se publicó *La vuelta al mundo en 80 días*. Estas fueron las razones que expuso Cocteau para iniciar el viaje en marzo de 1936, cuando ya estaba al borde de la cincuentena: "Amar, soñar despierto, confiar en los milagros, tal fue mi única norma de conducta. ¿No es acaso de justicia que me tome un descanso, que recorra la tierra firme y suba, como todo el mundo, en trenes y barcos?". Las aventuras, los episodios y las impresiones de los lugares recorridos ("la primera impresión es la válida" y evita que "la mente se enrede") fueron recogidos luego en *Mi primer viaje (Vuelta al mundo en 80 días)*. Cocteau fue un asiduo visitante y residente durante largas temporadas en España, a la que consideraba como una verdadera despensa en la que encontrar alimentos maravillosos, tanto para el cuerpo como para el alma.

El viaje en la literatura en lengua alemana antes de la II Guerra Mundial

El constante nomadismo de Rainer Marie Rilke está vinculado a un permanente deseo de cambio en lo personal y de obsesión por la fecundidad creadora en lo literario ("viajar para escribir"), la cual llegará a ser paralizante en determinados momentos, como le ocurrió en su viaje por España entre octubre de 1912 y febrero del año siguiente: Madrid, Toledo, Córdoba, Sevilla..., hasta su llegada a Ronda, la ciudad "evocada en sueños", en la que se desatará su vena creativa, mirando el paisaje que le mostraba la ventana de la habitación de su hotel o dando largas caminatas por las calles, el tajo sobre el río Guadalevín o los alrededores de la ciudad ("caminar para pensar, para crear"). Rilke viajó por toda Europa: San Petersburgo, Moscú, Estocolmo, Berlín, París, Ginebra, Roma, Florencia, Capri, Duino..., y a muchas de ellas vinculará su obra poética, aunque sus descripciones viajeras las encontramos fundamentalmente en sus cartas, a pesar de que llegue a confesar: "... cuando estoy de viaje no me gusta escribir cartas, porque para eso necesito algo más que el imprescindible recado: algo de silencio y soledad, y una hora no demasiado poco propicia" (*Cartas a un joven poeta*). De su largo viaje por Rusia, realizado con Lou Andreas-Salomé, sería ella quien dejaría testimonio del mismo en *Rusia con Rainer*.

Comenta el periodista y escritor Manuel Vicent que: "En los años sesenta del siglo pasado, cuando los hippies inauguraron diversas rutas hacia los

lugares iniciáticos de planeta, en su morral de apache, junto al pequeño alijo de marihuana, llevaban alguno de estos tres libros inevitables, *Demian*, *Siddharta* o *El lobo estepario*, muy manoseados por las vistas de aduanas, en los que Hermann Hesse daba las pautas para sobrevolar toda clase de ruinas sin excluir las que cualquiera lleva en el corazón". Y es que el Premio Nobel del año 1946, alemán de origen y nacionalizado suizo, fue un verdadero "abre caminos" a la búsqueda de una nueva espiritualidad que planteaba la renovación del hombre occidental mediante la transmisión de unos valores distintos a los de las religiones y las patrias al uso, acaso aprehendidos de la propia naturaleza ("la vida del hombre es un camino hacia sí mismo"). Autor de una voluminosa obra, que comprende novelas, cuentos, meditaciones, poemarios y otro tipo de narraciones de difícil clasificación, como la singular *Narciso y Goldmundo*, Hermann Hesse dejó esparcidas sus experiencias e impresiones de sus viajes a lugares más o menos lejanos del Oriente por toda su obra y también, cómo no, en sus libros de viajes.

De las notas de su viaje de 1911, inicialmente proyectado para visitar India y finalmente convertido en un periplo que incluyó otros muchos territorios asiáticos: Malasia, Ceilán, Indonesia, Singapur, Sumatra..., nacería *De India*. Sin embargo, *El viaje a Oriente* es un relato fantástico, una increíble odisea colectiva en busca de una experiencia humana más armoniosa, pero que nada tiene que ver con la geografía del continente asiático. Hesse era un paseante solitario y, en este sentido, uno de sus trabajos más representativos lo constituye *El caminante*, un aparente cuaderno de notas, en donde alternan los breves textos en prosa con las observaciones y reflexiones del autor con poemas, estampas y bocetos ilustrativos. Y, al fondo de todo, un viaje físico hacia Italia y un viaje interior al sur de uno mismo, saltando fronteras y prejuicios, aceptando gozosamente lo que va saliendo al paso, porque lo importante no es el destino en sí, sino el propio viaje, el vagabundear por caminos desconocidos. El propio Hesse se confiesa amigo de desconocer a ciencia cierta dónde dormirá la próxima noche y da pistas sobre lo que se sustenta su capacidad de observación: "Por suerte, lo importante y más valioso para la vida ya lo había aprendido antes de empezar los años de escuela: mis sentidos eran despiertos, finos y aguzados, me podía fiar de ellos y obtener mucho disfrute". El sendero literario de Hesse tendría su última parada en *El juego de los abalorios*.

Entre los rompesuelas físicos y literarios por el continente americano tiene un papel destacado el religioso y antropólogo Martin Gusinde, un explorador incansable en busca de pueblos primitivos. En la década de los años 20

realizó diversos viajes a Tierra de Fuego, en los que convivió con poblaciones aborígenes, como los yámanas y los selknam (le pusieron el nombre de "Cazador de sombras" por su afición a la fotografía), y que luego se tradujeron en su obra *Fueguinos*, donde no solo describe el entorno físico, sino también la cultura y el mundo espiritual de estos pueblos. Más tarde viajaría también a Venezuela, Filipinas, Japón, Congo y Nueva Guinea.

Antes de su viaje a Estados Unidos en 1940 y su definitiva llegada a Brasil, donde pondría fin a su vida dos años después, Stefan Zweig viajó incansablemente por ese "mundo de ayer" que representaba el continente europeo y que tan bien supo reproducir en su obra literaria. Su interés por los viajes no estaba motivado únicamente por el deseo de conocer lugares lejanos o de ampliar horizontes, sino también por el impulso nacido de ese "desassosiego tolstiano" a ser nosotros mismos, por la necesidad de transformar el existir por el vivir, con lo que esto conlleva de aventura, azar e improvisación: "Sólo viajando a la manera de los antiguos, que implica sacrificarse a las reglas del azar, uno tiene la oportunidad de descubrir no sólo el mundo exterior, sino aquel que reside en nuestro interior".

Zweig desarrolló un estilo literario muy personal, en el que el ritmo narrativo adquiere un gran protagonismo. En sus libros de viajes (*Viaje a Rusia*, la trilogía *De Viaje: Bélgica e Inglaterra, Europa Central y Francia, España, Argelia e Italia*) recrea no solo la visión de los lugares visitados, sino también la "atmósfera" que los envuelve, utilizando incluso el toque poético para describir la "perplejidad del corazón" ante determinados paisajes. Al último de los países por los que transitó dedicaría *Brasil, país del futuro*.

Pero el espíritu viajero de Zweig no solo está presente en sus libros de viajes, sino en la mayoría de los títulos que componen su amplia gama literaria, siendo interesante señalar en el recorrido que hace por los *Momentos estelares de la humanidad* las páginas dedicadas a tres de esos grandes instantes "preñados de destino": el descubrimiento del océano Pacífico por Vasco Núñez de Balboa, la aventura (o, quizás, desventura) de Juan Augusto Suter en busca de Eldorado californiano y la odisea de Robert F. Scott en su afán por llegar al Polo Sur.

Thomas Mann es uno de los escritores más importantes de su generación para profundizar en el alma alemana y europea en la primera mitad del siglo XX. Premio Nobel de Literatura en 1929, su obra, en la que destacan títulos tan conocidos de la literatura del siglo XX como *Los Buddenbrook*, *La muerte en Venecia*, *La montaña mágica*, *José y sus hermanos* y *Doktor*

Faustus, está visiblemente influenciada por el pensamiento de Nietzsche. Exiliado de Alemania en 1933, país al que ya no volvería (Suiza, Estados Unidos y vuelta a Suiza), Mann fue un viajero por todo el mundo, tanto por razones personales como profesionales, aunque muestra un sentimiento especial por Italia, en la que sitúa la trama de algunas de sus novelas.

La montaña mágica narra el viaje de su protagonista principal, el joven Hans Castorp, desde Hamburgo al sanatorio de Davos, en los Alpes suizos, al que inicialmente llega como visitante y posteriormente se convierte en su estancia definitiva. Analizada desde casi todos los puntos imaginables, sus más de mil páginas suponen uno de los mejores ejemplos de novela filosófica (introduce reflexiones sobre los temas más variados a cargo del narrador y de distintos personajes, especialmente Naphta y Settembrini). Es un impresionante fresco de la Europa de principios del siglo XX, y también una de las más profundas y agudas exploraciones de la condición humana, a la vez que una "novela-viaje del tiempo", desarrollada en las alturas de una montaña verdaderamente mágica en donde suceden todo tipo de prodigios, y en la que parece estrecharse el cerco permanente de la muerte.

La muerte en Venecia ha inspirado tantas o más interpretaciones que *La montaña mágica*. Según Mann, el tema central es "la pasión como desequilibrio", el triunfo de los sentidos sobre la razón al final de un duelo interminable. La belleza del joven Tadzio, buscada en secreto de manera desmedida y sobreexcitada por la inquieta mirada del maduro escritor Gustav von Aschenbach, es también la belleza de Venecia, una ciudad extraña, inverosímil, que parece mostrar una doble naturaleza: es civilizada y perversa a la vez, ilusionante y decadente, románticamente vigorosa y enfermiza, "mitad fábula y mitad trampa de forasteros", una ciudad en la que convergen Oriente y Occidente, el agua y la tierra, la vida transitada por góndolas repletas de turistas y la muerte por barcas de Caronte con su equipaje de bacilos coléricos. Y Venecia es el símbolo de una civilización que oscila entre lo sublime y la crueldad, a punto de darse de bruces con el periodo más oscuro de su historia.

Pero la historia se ha iniciado antes. Mientras está dando un largo paseo a solas por Múnich una tarde primaveral, Aschenbach siente un fuerte "impulso de fuga" hacia el sur de Europa por si "alguna aventura tardía pudiera estarle reservada al ocioso viajero". Aunque en un principio ha escogido Trieste como destino, pronto cambia de idea y piensa que Venecia es el lugar más adecuado para su escapada. Se embarca en un buque italiano,

"anacrónico, herrumbroso, lóbrego", y durante la travesía el viaje empieza a parecerse a un sueño extraño, el cual se agudiza cuando, a su llegada a la ciudad de los canales, un misterioso gondolero le conduce directamente al Lido, haciendo caso omiso a sus instrucciones y a sus resignadas protestas. Pese a todo, Aschenbach parece disfrutar con ese viaje de rumbo incierto hacia un "más allá" indefinido, en el que sentirá apesadumbrado que "la palabra solo puede celebrar la belleza, no reproducirla".

El austriaco Robert Musil es una de las grandes voces literarias de la primera mitad del siglo XX y uno de los escritores con más sólida formación científica. La compleja, inabarcable y misteriosa *El hombre sin atributos* representa para un buen número de estudiosos una de las cumbres de la llamada "novela filosófica". Es un intento inacabado por resumir el pensamiento humano de una época, la del hundimiento de la vieja Europa y de su modelo cultural, aunque, en realidad, se trata de una novela atemporal acerca de la forma de estar y de instalarse en el mundo ("la realidad siente un deseo absurdo de irrealidad"), organizada sobre el trasfondo del reino de Kakania (Imperio austro-húngaro). Según el crítico y escritor José María Guelbenzu, "Musil rompe radicalmente con la tradición, la antigua odisea no existe ya: ésta es la nueva odisea". Y en ella no hay vuelta a casa: el individuo viaja en línea recta hacia el infinito o hacia la nada y se pierde en el camino, acaso porque ya no considera oportuno preguntarse "¿dónde nos encontramos?". Ulrich, el antihéroe protagonista de la novela, no sale a la búsqueda de su identidad, sino que se deshace en un recorrido vital en el que las posibilidades juegan más que los hechos y su desintegración acarrea la disolución del mundo.

La ciudad ocupa un lugar central en la obra del escritor austriaco, no como el lugar paradisíaco que alguien pudiera deseiar, sino como el árido emplazamiento construido por la modernidad: un lugar en el que prima la acción, el movimiento productivo, un entorno propenso a la alienación del individuo: "Hileras de peatones, surcando zigzagueantes la multitud confusa, formaban esteras movedizas de nubes entretejidas. (...) A las ciudades se las conoce, como a las personas, en el andar". Viena, su lugar de residencia habitual, Berlín, donde llevó a cabo sus estudios, y la Ginebra del exilio fueron sus grandes referentes.

Todos los libros del checo Franz Kafka están escritos en alemán. Su obra, en la que se encuentran títulos tan significativos como *La metamorfosis*, *El proceso* o *El castillo*, es una de las más influyentes de la literatura del siglo XX. *La condena*, un breve relato compuesto en una sola noche, probable-

mente sintetiza las inquietudes esenciales y la compleja personalidad de Kafka expuestas a lo largo de sus novelas: la impotencia del individuo ante el poder, el sentimiento de culpabilidad, el miedo al compromiso, los problemas de identidad, la búsqueda de una salida ante la imposibilidad de alcanzar la libertad, sus dificultades para establecer una relación de pareja estable, la desubicación ante un mundo que no parece comprenderle, las tendencias suicidas, la tensión entre la escritura y la vida...

Franz Kafka nació y pasó la mayor parte de su vida en Praga. Era un hombre urbano, pero sentía entusiasmo por la naturaleza y la vida al aire libre. Su paseo favorito era el parque Letenské, que alternaba con sus excursiones a los cercanos lugares de Dobřichovice y Liběchov. Pese a su apego a la ciudad, fue un hombre relativamente viajado, tanto por razones de trabajo y de salud como por el gusto de viajar. Ello le permitió ver una buena parte de la Europa de su tiempo (aparte de conocer muy bien las ciudades y los paisajes de Bohemia, viajó por Austria, Hungría, Suiza, Italia, Francia, Alemania y las costas del mar Báltico y del mar del Norte) y asistir al desarrollo de las innovaciones tecnológicas de su época, entre las que se encontraban el aeroplano y el automóvil. Así como prefería realizar los paseos de modo solitario, en sus excursiones y viajes de placer le gustaba gozar de la compañía de amigos, como Max Brod, su albacea. No obstante, cuando viajaba, siempre lo hacía para regresar a su verdadero hogar y punto de fuga a la vez, la literatura: "Toda escritura no es otra cosa que la bandera de Robinson en el punto más alto de la isla". Fuera de la literatura, nada parece importarle, como corrobora la anotación realizada el 2 de agosto de 1914 en su diario: "Alemania ha declarado la guerra a Rusia. – Por la tarde, Escuela de Natación".

Aparte de sus *Diarios*, entre los que se incluyen los *Diarios de viaje*, quizás merezca la pena reseñar dos deliciosos relatos con el viaje como protagonista. Uno es *Informe para una academia*, en el que Kafka narra el viaje de un mono capturado en la supuesta Costa de Oro africana que adquiere la "condición humana" durante la travesía que lo llevará a Hamburgo, observando, imitando a la tripulación del buque, aprendiendo a escupir, a fumar en pipa, a beber aguardiente, a sonreír, a estrechar la mano, a hablar. Ya en tierra firme, "con un esfuerzo que hasta hoy no se ha repetido sobre la tierra, alcancé la cultura media de un europeo" y, lejos de terminar en el zoo, el destino previsto, se convertirá en una figura del *music-hall*, una estrella del espectáculo, que asiste a banquetes, reuniones de sociedades científicas y pronuncia conferencias en academias. El otro texto, mucho más extenso, es *El desaparecido (América)*, donde se narra el viaje de un adolescente europeo a Nueva York en su intento de huir de las consecuencias de un es-

carceo amoroso con una criada de la casa familiar y con la voluntad de hacer fortuna y labrarse un futuro mejor, de encontrar una salida.

Poco antes de los años 20, Hermann Graf Keyserling afirmaba: "El camino más corto para encontrarse uno a sí mismo da la vuelta al mundo (...) Quiero anchura, dilataciones donde mi vida tenga que transformarse por completo para subsistir, donde la comprensión requiera una radical renovación de los recursos intelectuales...". Seis años más tarde veía la luz *Diario de Viaje de un filósofo*, dos extensos tomos que daban cuenta de sus viajes por Asia, América y Europa, analizando las culturas, creencias y costumbres de los diferentes pueblos. Concluía el conde de Keyserling: "Siento en mí la beatitud de la libertad conquistada. Seguro que no hay nadie ahora más independiente que yo".

El viaje en la literatura en lengua italiana antes de la II Guerra Mundial

Aunque era bilingüe, Italo Svevo, máscara literaria de Ettore Aron Schmitz, jamás escribió una sola página en alemán. Toda su obra literaria se construyó en un italiano a veces imperfecto y dialectal, particularmente expresivo y sin efectismo alguno. Su producción está dividida en dos etapas separadas por un desierto literario de veinticinco años durante el cual se dedicó a la vida empresarial y a los viajes de negocios. Sin embargo, este "sopor inerte" desde el punto de vista literario supuso una exploración interior a través del laberinto de sus coartadas personales, cuyos hallazgos saldrían a relucir en su fructífera segunda etapa creadora. Uno de estos descubrimientos es la escisión entre verdad y representación; otro, la lucha porque el deseo no se extinga, aunque no resulte satisfecho; un tercero, es la pulsión entre la libertad y la pasión; en fin, otro es la indagación en las posibilidades del psicoanálisis.

Si en *La conciencia de Zeno*, su obra más leída y estudiada, Svevo nos plantea un viaje en forma de monólogo interior a través de la memoria, la conciencia y el inconsciente de su protagonista, en *Corto viaje sentimental* se vale de la peripecia del viaje en tren de Milán a Trieste de un hombre de negocios, ya sesentón, para mostrarnos el descubrimiento de los otros y de uno mismo. En Trieste, Italo Svevo estableció una intensa relación y complicidad con James Joyce, hasta el punto de que hay quien señala que en el fondo de Leopold Bloom está el escritor para el que solo existía Trieste, a la que logró hacer universal, como Joyce a Dublín.

Bajo el título *Viaje por Europa* se ha recopilado no hace mucho un epistolario viajero llevado a cabo entre 1925 y 1930, que recoge la interesante co-

rrespondencia de Giuseppe de Lampedusa con sus familiares y amigos, y en la que el autor de *El gatopardo* se autodenomina "El Monstruo", se refiere a sus tendencias "excesivamente vagabundas" y describe sus itinerarios por distintas ciudades y lugares del Viejo Continente, dando cuenta, entre otras muchas ciudades, de la "belleza mítica" de París, de la enigmática y "perversa fascinación" que le provoca Berlín y de la admiración que le causa Londres: "Esta ciudad es la única capaz de suscitar las mismas emociones que la naturaleza; de hecho, no es una ciudad, sino un bosque en el que junto a los tristísimos árboles han crecido cosas".

Por territorio kafkiano se mueve la obra de Dino Buzzati, aunque su ámbito viajero es mucho más amplio, debido sobre todo a que estuvo de correspondiente no solo en Praga, sino también en Jerusalén, Tokio, Nueva York y Addis Abeba, entre otras ciudades del mundo. Buzzati se consideraba un periodista (ejerció de redactor, reportero de guerra, enviado especial...) y no aceptó jamás ser calificado como escritor, aunque lo fue y, sin duda, de los buenos del siglo XX, tanto por su obra maestra *El desierto de los tártaros* (alegoría existencial del teniente Giovanni Drogo, destinado a que su existencia transcurra en una fortaleza perdida, en la inútil espera de un enemigo que no llega: un "presente perpetuo e interminable") como por su colección de relatos breves, en la que muestra su imaginario inagotable, en el que lo absurdo y lo posible se aproximan hasta casi tocarse.

Así, en *Sólo la misma cosa que queríamos*, una pareja de turistas visita una pequeña ciudad en la que se les niega por sistema los derechos humanos más básicos: sentarse, beber o descansar para reunir fuerzas; *Sombras del sur* narra el encuentro de un viajero con un extraño personaje al que encuentra allá donde va a lo largo de su periplo por África; *Algo había pasado* muestra situaciones entre hilarantes y estremecedoras, como les sucede a los viajeros del tren que avanza hacia el lugar del que las multitudes huyen; en *La humildad*, un fraile llamado Celestino, después de algún tiempo de vivir como ermitaño, decide ir a vivir en el corazón de la metrópoli, donde mayor es la soledad de los corazones y más fuerte la tentación de Dios; el protagonista de *Siete mensajeros*, un príncipe que ha salido a explorar el reino de su padre, dice sentir que "la brújula de mi geógrafo ha enloquecido y que pensando avanzar siempre hacia el meridiano, en realidad hemos andado dando vueltas alrededor de nosotros mismos, sin aumentar jamás la distancia que nos separa de la capital", si bien poco antes de finalizar el relato realiza esta declaración de principios del buen viajero: "Desde hace algún tiempo, un ansia me consume por las noches, y no porque eche de menos gozos pretéritos, como me ocurría cuando inicié el viaje, sino más bien

la impaciencia por conocer las tierras desconocidas a las que me dirijo"; *El colombre* es la equívoca relación entre Stefano, una persona de indomable pasión por la navegación desde niño, y un escualo misterioso, de grandes dimensiones, muy temido por los marineros y extrañamente ignorado por los naturalistas, que llega a ser "más astuto que el hombre", aunque "no falta quien sostenga que no existe".

El viaje de *Siete pisos* pertenece a la categoría de los desplazamientos verticales. Después de todo un día de viajar en tren, Giuseppe Corte llega una mañana de marzo a la ciudad donde estaba la casa de salud en la que iba a ingresar por un problema menor. Un tiempo después de su llegada, Corte, que había ingresado en el séptimo piso, destinado a los casos más leves, se encontraba en el primero, en el reservado para los desahuciados, por una serie de errores médico-administrativos, un descenso propio de un personaje de Franz Kafka. Y otro tanto sucede con *Viaje a los infiernos del siglo*, en el que es el propio autor el que emprende un viaje al infierno que termina por hacernos dudar si "las calderas de Pedro Botero" no serán realmente lo que vivimos a diario, una idea próxima a la de los existencialistas.

Un caso singular es el del veronés Emilio Salgari, un prolífico autor de novelas, relatos y cuentos de aventura, que situó en los más variados lugares: Ciclo de Piratas (Malasia, El Caribe, Bermudas), Ciclo de Aventuras (África, India y Asia, Oceanía, los Polos, Far West, América del Sur, Rusia, Italia, el Mar). También escribió relatos de ciencia-ficción. Salgari fue un creador de personajes que alimentaron la imaginación de millones de lectores, niños, jóvenes y mayores a lo largo de todo el siglo XX. Salgari escribió aventuras que le hubieran gustado vivir y, en cambio, vivió historias nada deseables, hasta el punto que decidió quitarse la vida al estilo de los samuráis japoneses antes de cumplir los 50 años. *Sandokán* es su personaje más popular y está inspirado en la figura del aventurero español Carlos Cuarteroni, marino, comerciante de la Carrera de Indias, pescador de perlas y carey, explorador y cartógrafo. Salgari quiso ser marino, pero no consiguió completar los estudios y nunca llegó a adquirir el rango de capitán que siempre deseó alcanzar. En toda su vida apenas hizo unas cuantas excursiones en barco y un corto crucero por el Adriático. Sin embargo, el hecho de no conocer de primera mano los exóticos escenarios donde se desarrollan sus novelas no fue un impedimento para que los pudiera recrear con maestría. Como señala Fernando Savater: "Como periodista primero y como novelista después, ya nunca dejó de navegar. En junco, en fragata, en bergantín, en galeón y en canoa, por el golfo de Bengala, el mar de la China o de las Antillas, por el río Orinoco y el padre Nilo, por el Ártico... Navegó ya toda su vida por

el azul de los atlas y las ilustraciones coloreadas de las enciclopedias ...". Y añade el filósofo español: "... no olvido los mares y las selvas de Salgari, sus peligros y travesías que me educaron, sus tigres y sus árboles gigantescos en cuyo tronco hueco podía refugiarme".

El controvertido escritor florentino Giovanni Papini es autor de *Gog*, una de las novelas más extrañas y originales del periodo de entreguerras. Aunque es más que probable que Papini no saliera de Italia, su mente sí había viajado a diversas geografías, situaciones históricas y escenarios literarios, lo que propició la creación de un personaje fuera de lo común. La novela narra a lo largo de setenta capítulos las peripecias de un excéntrico millonario de origen norteamericano, Goggins, que invierte su fortuna en incontables viajes para visitar los más diversos lugares del planeta y contactar con los personajes más afamados de su época, entre ellos el conde Saint Germain, Gandhi, Lenin, Edison, Einstein, Ford, Freud, H. G. Wells, Gómez de la Serna... Así, por ejemplo, de su encuentro con Gandhi, Gog dice haber escuchado al mahatma: "Me he convertido en el guía de los hindúes precisamente porque soy el menos hindú de todos mis hermanos".

Giuseppe Lanza del Vasto es autor de uno de los libros fundacionales del movimiento *hippy*: *El peregrinaje a las fuentes*, en el que el escritor siciliano recrea, a modo de diario, su viaje a la India, en 1936, en busca de "ese distanciamiento que propicia la agudeza de la mirada y que nos permite ver con claridad". Tras convivir con Gandhi durante 6 meses, emprendió su peregrinación al nacimiento del Ganges, después de lo cual regresó a Europa para volver a emprender un nuevo viaje espiritual, esta vez a Palestina, en 1938. A su vuelta, desprendido ya de su armazón de hombre occidental, fundó en Francia La comunidad del Arca, que pronto se extendería por otros países. En uno de sus centros, cerca de Elche de la Sierra (Albacete), falleció a principios de los años 80.

El viaje en la literatura en lengua rusa antes de la II Guerra Mundial

A caballo entre dos centurias, aunque su producción literaria se produjo fundamentalmente en el primer tercio del siglo XX, Máximo Gorki es el seudónimo de Alekséi Maksímovich Peshkov, personaje complejo y autor polifacético, cuyas obras principales se inscriben en la corriente del realismo social: *Los bajos fondos* (teatro), *La madre* (novela) y *Los vagabundos* (cuentos). Viajó por toda Rusia, vivió exiliado un tiempo en Estados Unidos y residió durante distintos períodos de su vida en el sur de Italia. De la experiencia viajera por su país nos dejaría la colección de relatos *Por Rusia*; de su estancia italiana antes de la revolución quedaría *Cuentos de Italia*.

El poeta de origen judío-polaco Ósip Mandelstam, que vivió como tantos otros sin "sentir el país a nuestros pies" y desapareció en Siberia bajo las "relumbrantes botas" del estalinismo, viajó en 1930 a Armenia, la tierra que llegó a considerarse frontera entre Oriente y Occidente. El periplo tuvo como resultado las páginas limpias y sugerentes de *Viaje a Armenia*. El poeta visita diferentes lugares, describe sus paisajes, retrata a la gente, lo observa todo y todo lo interpreta para ofrecer un caleidoscopio lleno de armonía, riqueza verbal y complejidad poética. Un libro que escapa a cualquier encasillamiento como ensayo, cuaderno de viajes o memoria, aunque presenta elementos de todos ellos. En la escritura de Mandelstam poesía y prosa constituyen un inseparable todo, porque hay fragmentos en los que la prosa tiende hacia la poesía y fragmentos en los que el verso se inclina a la prosa.

Marina Tsvietáieva y Anna Ajmátova fueron dos poetisas que, como Ósip Mandelstam, también tuvieron que vivir la bajada por las escaleras del infierno. Nacida en una familia rodeada de cultura, la infancia de Marina Tsvietáieva transcurrió entre viajes dentro y fuera de Rusia (Francia, Suiza, Italia...), pero la revolución bolchevique de 1917 lo cambió todo. A partir de 1922, vivió durante 17 años en el exilio (Berlín, Praga y París), después de los cuales volvió a su país, a pesar de que sabía que nada bueno podía esperarle en un régimen carcomido por la burocracia y el terror ("no puedo no regresar"). Murió con una soga colgada al cuello de la desesperación ("esto ya no soy yo") antes de cumplir los 50 años. Para entonces, había sido necesario "morirse muchas veces mucho", no para vivir, sino para sobrevivir cada día. En la poesía de Tsvietáieva aparece como tema primordial y recurrente la naturaleza espiritualizada: "... nada me commueve a excepción de la naturaleza, es decir, del alma, y del alma, es decir, de la naturaleza". Y, junto a los versos de sus poemas, la lírica de sus epístolas ("una forma de comunicación fuera del mundo, menos perfecta que el sueño, pero sujeta a las mismas leyes") y de sus diarios.

Anna Ajmátova, a la que Tsvietáieva llamaba Anna de todas las Rusias, también había viajado por Europa en su juventud, pero, tras la Revolución de octubre, decidió quedarse dentro de las "murallas soviéticas" para poder contar (¿?) lo que estaba pasando: "Estaba entonces entre mi pueblo/ y con él compartía su desgracia". Resistió y envejeció para poner nombre a un tiempo manchado de sangre.

Mijaíl Bulgákov nació en Kiev en la época que Ucrania pertenecía al Imperio ruso. Participó como médico voluntario en la Cruz Roja y fue herido de cierta gravedad durante la Primera Guerra Mundial. Su producción literaria

muestra a un autor especialmente dotado para el cambio de registro dependiendo de la obra que tiene por delante, sea cuento, novela o pieza teatral. Así, por ejemplo, *El judío errante* es una breve pieza maestra de humor negro en la que se narra el periplo de un enfermo que tiene que estar viajando de aquí para allá; su novela más destacada, *El maestro y Margarita*, claramente influida por el *Fausto* de Goethe, nos muestra una Moscú visitada por Satán, acompañado de un grupo de personajes extravagantes; *Morfina* es un viaje a las profundidades de la drogadicción y el consiguiente proceso de degradación moral al que se ve arrastrado ("sed de morfina"), y *La huida* es una obra de teatro que narra las peripecias de un heterogéneo grupo de rusos blancos que atraviesa Rusia huyendo de la guerra y termina dispersándose en el exilio turco y francés.

Boris Pasternak consiguió evitar el *Gulag*, pero no la gran purga llevada a cabo por el régimen soviético en la década de los años 30. Aunque su obra es eminentemente poética (*Mi hermana la vida*, *La vastedad terrestre*, *En trenes de la mañana...*), su fama internacional y su reconocimiento con el Premio Nobel de Literatura (1958) se deben fundamentalmente a la novela *El doctor Zhivago*, un largo poema en prosa que narra las tribulaciones del médico-poeta Yuri Zhivago durante el largo viaje de la degradación de la Revolución rusa hacia el totalitarismo, al tiempo que describe en páginas cargadas de lirismo su amor por Larisa Antipova (Lara), una de las relaciones amorosas más impactantes de la historia de la literatura, sobre todo a partir de la adaptación cinematográfica realizada por David Lean. La obra de Pasternak nos lleva hasta Moscú, antes y después de los episodios revolucionarios, nos traslada a las soledades de los Urales y nos envuelve en el intenso frío de Siberia a través de un relato en el que trama, paisaje y personajes parecen fundirse en un todo.

Una posición política absolutamente distinta adoptó Mijaíl Shólojov, otro de los premios Nobel soviéticos. Sus obras son el reflejo del ambiente y de las circunstancias históricas del lugar específico y presentan de forma novelada un hecho o un proceso histórico, a la manera planteada por Tolstói, con la intención de que la ficción literaria explique lo que escapa al análisis del historiador. Sin embargo, los escritos de Shólojov están marcados, de alguna manera, por la contradicción entre la fidelidad a un arte realista y la aspiración a una elevada calidad literaria desde muy temprana edad y la sumisión a los dictados de la propaganda oficialista del régimen comunista ("soy comunista antes que escritor"). En *El Don apacible*, su gran obra, Mijaíl Shólojov se encarna en Grishka Malejov para construir, a lo largo del cauce del río Don, la gran epopeya del pueblo cosaco durante la primera mitad del siglo XX.

Aunque el sentimiento de la naturaleza es común a ambos autores, la comparación entre *El Don apacible* y *El doctor Zhivago* muestra claramente la diferente intención de los dos escritores soviéticos: Pasternak centra su novela en el destino individual de un hombre, Yuri Zhivago ("el vivo"), dejando en un segundo plano el desarrollo de la revolución, mientras que lo fundamental de la novela de Shólojov es la interpretación de los acontecimientos históricos, más allá de la historia de los protagonistas.

Escritores en otras lenguas europeas

El checo Karel Čapek, a quien se debe la introducción literaria y popularización del término "robot" (R.U.R.), acuñado por su hermano Josef, es uno de los más interesantes autores de ciencia ficción del siglo XX. Tras sus narraciones fantásticas, se esconde siempre una metáfora del hombre de su época "fascinado y sobrecogido" en medio de la civilización técnica que le ha tocado vivir, una reflexión filosófica o una aguda crítica política (su palabra siempre está preparada para ser utilizada como arma para luchar contra cualquier forma de totalitarismo), social o económica. A diferencia de otros escritores del género, sus relatos no se ubican en un tiempo o espacio lejano, sino en el presente mismo. Por eso fue uno de los pocos intelectuales que alertaron acerca de los totalitarismos que se venían encima y de la más que posible derrota de la libertad (*La guerra de las salamandras*).

No obstante, su obra no se reduce a la ciencia ficción. Se trata de un escritor polifacético (periodismo, ensayo, novela, teatro), la de un intelectual comprometido, de espíritu renacentista, cuya muerte prematura nos privó de una obra todavía más prolífica. Viajero por distintos países de Europa desde muy joven, tanto por razones de estudio (Alemania, Francia) como de placer, dejó escritos varios libros de viaje, entre los que destacan: *Cartas inglesas*, humorística visión, acompañada de sus propios dibujos y bocetos, no solo de la Inglaterra de los años 20, sino también de otros territorios de Gran Bretaña, como Escocia y Gales, en los que el autor no trata de descubrir casi nada, sino hacer ver desde una óptica diferente, así como de la imposible visita a Irlanda; *Viaje a España* habla de su recorrido por tierras y ciudades españolas, probablemente durante la primavera de 1930, volviendo a acompañar el texto con sus particulares dibujos y mostrando al lector no solo su interés por el paisaje, sino también por presentar la cara humana de cada región.

El aventurero húngaro Ladislaus E. Almásy pudo expresarse en diferentes idiomas, además del suyo propio. Su viaje a la búsqueda del oasis de Zarzura, tras encontrar un antiguo manuscrito anónimo egipcio (*El libro de las*

perlas sepultadas), está narrado en *Nadadores en el desierto*, título que hace referencia a las pinturas rupestres encontradas por el conocido como "padre de la arena" en una cueva del valle de Wadi Sura. Su compatriota, Laszlo Passuth, visitó España en 1933, convirtiéndose en un apasionado de nuestra historia y de la cultura y lengua españolas. *El Dios de la lluvia llora sobre México* recrea la conquista de México a partir de las crónicas de los vencidos y de los datos arqueológicos; constituye la primera novela de la trilogía histórica sobre España que completan *Señor natural* y *El mayordomo de Diego Velázquez*.

El polaco Ferdinand Ossendowski es el autor de *Bestias. Nombres. Dioses*, relato ficcional sobre la base de un duro viaje que hizo el autor en 1921 desde las estepas siberianas a Manchuria, huyendo de los bolcheviques, cuyos métodos y políticas criticó fuertemente. Su obra, que contiene otros títulos, como *El hombre y el misterio en Asia*, *El fuego de la gente del desierto: El relato de un viaje a través de Marruecos* y *En el país de los oasis y el simum: El relato de un viaje a través de Argelia y Túnez*, ha podido ser recuperada prácticamente en su totalidad y cobrar un nuevo impulso tras la caída del régimen totalitario soviético.

Un planteamiento diferente tiene la obra de la primera mujer en conseguir el Premio Nobel de Literatura (1909): la pedagoga y escritora sueca Selma Lagerlöf. Sin duda, su obra más conocida es *El maravilloso viaje de Nils Holgersson*, un relato inspirado en los cuentos de animales de Kipling y realizado por encargo del Consejo de Educación sueco para enseñar a los escolares la geografía del país escandinavo, pero que la fantasía de la escritora convirtió en un apasionante libro de aventuras que hizo –y todavía sigue haciendo hoy– las delicias de los niños –y los adultos– de todas las nacionalidades al hacer desaparecer el límite entre sueño y realidad. Se trata de la historia de Nils, "un muchacho que no pasaría de los catorce años, alto, desmadejado, de cabellos rubios como el cáñamo (...), que no servía para maldita la cosa", el cual, debido a su carácter travieso y su conducta perversa, es hechizado por un duende que lo convierte de un cachete en un hombrecillo de tamaño no mayor de un palmo ("más pequeño que un liliputiense"). Una vez admitida su nueva condición de ser minúsculo, en la que todo se le presenta de manera bien distinta, decide huir de ese mundo hostil que él mismo había contribuido a crear con sus trapisonadas y maldades. Y lo hace subiéndose al lomo de un joven ganso blanco del corral de sus padres, que se ha dejado seducir por la invitación de una bandada de gansos grises salvajes en su migración anual al norte en busca de la primavera. Entre divertido y asustado, agarrado a las plumas del ganso para no caerse,

Nils inicia un viaje de conocimiento y transformación, que acabará por devolverle a su condición de niño después de viajar a lo largo y ancho de Suecia, contemplando desde las alturas azules del cielo la suma de cuadros de colores que forma la tierra, los bosques y lagos, las islas y montañas, los pueblos y ciudades, los castillos y granjas, las zorras y nutrias, los búhos y ratones, animales de todo tipo y hombres de toda condición, y, todo ello, sin dejar de observar la conducta de los componentes de la bandada de gansos.

Al mismo tiempo que va introduciendo datos geográficos, históricos, mitológicos, etnográficos, etc., Lagerlöf va deslizando el amor y el respeto por la naturaleza, principios éticos y solidarios, así como las enseñanzas positivas que se pueden sacar de los errores y los fracasos. Ver (a través de los ojos de sus personajes no solo se abren las puertas de los sentidos, sino que se puede bajar por las escaleras de la memoria hasta llegar a las profundidades del ser) e imaginar (para ella parecen estar escritos los versos de William Blake: "Para los ojos de la persona imaginativa, la naturaleza es imaginación misma") son dos de los verbos que mejor definen su actividad literaria. El resultado final es un libro por el que muchos escritores han mostrado su profunda admiración, desde Josep Pla ("Sus obras vinieron cuando la gente estaba harta de Zola y los naturalistas") hasta Kenzaburō Ōe, pasando por Marguerite Yourcenar o el filósofo Karl Popper, quien afirmaba que había leído y releído el libro al menos una vez al año durante toda su vida. Quizás, porque pensaba que viajar por las páginas de la autora sueca también era como "volar por encima de las penas".

Previamente a la publicación de *El maravilloso viaje de Nils Holgersson*, Selma había viajado con su amiga Sophie Elkan a Italia y Sicilia, tras lo cual publicó una novela ambientada en la isla italiana. Asimismo, después de un viaje por Egipto y Palestina, escribió *Jerusalén*, una obra basada en la historia de un grupo de campesinos suecos que a finales del siglo XIX decide abandonar su país para instalarse en Tierra Santa. Posterior a ella es el relato de *El carretero*, el peculiar viaje de un hombre que muere en la noche de Año Nuevo y debe manejar el "Carro de la Muerte" durante todo el año siguiente.

Nacido en el sur de Noruega en el seno de una familia campesina, Knut Hamsum pasó su infancia viviendo cerca del Círculo Polar Ártico y durante su juventud emigró durante unos años a Estados Unidos, desempeñando los más variados oficios. Su admiración por el mundo rural ("la llamada del terruño") y su aversión por la gran ciudad ("transformadora del hombre en

monstruo") lo llevarían a pasar grandes etapas de su vida en una cabaña del bosque, donde daría forma a algunas de sus grandes novelas, como *Pan* o *La bendición de la tierra*, que, junto a su primera e innovadora *Hambre*, le catapultaron al Nobel de Literatura en 1920. Su apoyo a la cultura germánica y, sobre todo, su desprecio a la democracia y su alineamiento con el nazismo ("los alemanes están luchando por nosotros") minó su reputación y oscureció una obra que, por el esplendor de su prosa, su frescura y sensibilidad, influyó de forma notable en algunos de los más decisivos escritores del siglo XX.

La trilogía del vagabundo son tres novelas (*Bajo las estrellas de otoño*, *Un vagabundo toca con sordina* y *La última alegría*) en las que se refleja el vagar de Knut Pedersen, nombre de pila del propio Hamsum, huyendo de los hombres y de sí mismo hasta llegar al fondo y descubrir que, quizás, no haya fondo. Solo en las huellas escogidas del pasado para construir su memoria y hacer literatura encontrará algo de consuelo. Intensa reflexión del hombre con la naturaleza, con su propia naturaleza y con la de los demás, realizada con trazos de neorromanticismo. La posterior *Vagabundos* es una alegoría sobre el desarraigo de los individuos y sobre la necesidad de buscar un sentido por el que vivir.

Políglota y de espíritu cosmopolita, el médico y filántropo Axel Munthe nació y se crió en Suecia, estudió y comenzó a ejercer la medicina en Francia y vivió la mayor parte de su vida en la isla de Capri, en la villa de San Michelle, en donde escribió su famosa novela autobiográfica *La isla de San Michelle*.

Escritores no viajeros

En todos los autores citados anteriormente encontramos un mayor o menor deseo de aventuras y, en la mayoría de ellos, una clara indisposición hacia el emergente turismo organizado, que alcanza su máxima expresión en el comentario de Stefan Zweig: "Uno ya no viaja, a uno le viajan". Qué lejos quedaban ya los días de 1867 en los que Mark Twain formó parte de la "Excursión a Tierra Santa, Egipto, Crimea, Grecia y lugares de interés intermedios" con la intención de plasmar su opinión en las crónicas que enviaría al diario *Alta California* (la edición dos años después de la *Guía para viajeros inocentes* recogía todas estas crónicas y tendría tanto éxito que, durante mucho tiempo, se empleó como guía de viaje). Sin embargo, hubo otros autores que no demostraron deseo turístico alguno, pero tampoco anhelaron ningún otro tipo de viaje, ya que, parafraseando a León Tolstói, podrían hacer suyo que: "Todos los turistas felices se parecen, pero cada turista infeliz lo es a su manera".

El espíritu viajero de Marcel Proust se limitó a los paseos por el bosque de Bolonia y sus desplazamientos infantiles a Illiers, transformado en la ficción en Combray, y, después, a sus temporadas de veraneo en el Gran Hotel de Cabourg, en Normandía, el Balbec de *En busca del tiempo perdido*, obra en la que la escritura se hace arte impresionista para recordarnos quiénes somos en realidad, para mostrarnos que, aparte de nuestros sueños, todo es finito y para hacernos ver la vida como el escenario del teatro donde caben todas las representaciones, todas las máscaras y simulacros. Para Proust, "el único viaje verdadero, el único baño de juventud, no sería ir hacia nuevos paisajes, sino tener otros ojos, ver el universo con los ojos de otro, de otros cien; ver los cien universos que cada uno de ellos ve, que cada uno de ellos es". El escritor parisino también nos dejó en el conocido pasaje de "la magdalena" (*Por el camino de Swan*) el mecanismo de cómo los sentidos, en este caso el sabor de una magdalena mojada en un té, son capaces de activar los recuerdos de forma instantánea e iniciar el viaje al pasado por muy remoto u olvidado que pueda estar. Como dejó dicho José Ortega y Gasset, "Proust es la memoria homenajeándose a sí misma".

Si Proust vivió y penetró en las entrañas del ser sin apenas salir de París, Pessoa lo hizo sin abandonar su Lisboa natal desde que, a los 17 años, regresó definitivamente de Durban (Sudáfrica), donde había pasado parte de su infancia y adolescencia y aprendido un inglés excelente, en una estancia motivada porque su madre se había casado en segundas nupcias con el cónsul de Portugal en aquella ciudad. Quizás fueron las experiencias de aquellas pesadas navegaciones entre el cabo de San Vicente y el cabo de Buena Esperanza, con escalas en Madeira, las que condicionaron su desamor por los viajes y determinaron su postura de que la navegación, como la vida, no es tan necesaria como el hecho de crear. Sin embargo, el enigmático poeta de las cien personalidades paseó la ciudad de Ulises sin perder detalle de ella, mirando cada esquina, observando con ojos de microscopista los múltiples universos que se ocultan en cada rincón. No es de extrañar si se tiene en cuenta que, además de sus propios ojos, contaba con los de Alberto Caeiro, Ricardo Reis, Bernardo Soares, Álvaro de Campos..., sus heterónimos. Su rutina preferida era acercarse cada día desde su casa al café A Brasileira, en el barrio de Chiado, desplegar sus cuartillas sobre la mesa y hacer poesía del perpetuo trajinar del mundo, incluso de todo lo que ya había visto sin haberlo visto nunca y de lo que todavía no había llegado a ver. "Lisboa no es sino el más grande heterónimo de Pessoa", como dejó sentenciado Francisco Umbral.

Pessoa consideraba que precisamente era en los viajes donde se corría el riesgo del derrumbamiento de la T que sostiene la rutina y su conversión en

ruina, pues lo que vemos no es lo que vemos, sino lo que somos: "El tedio de lo constantemente nuevo, el tedio de descubrir, bajo la falsa diferencia de las cosas y de las ideas, la perenne identidad de todo, la semejanza absoluta entre la mezquita, el templo y la iglesia, la igualdad de la cabaña y el castillo, el mismo cuerpo que es rey vestido y salvaje desnudo, la eterna concordancia de la vida consigo misma, el estancamiento de todo lo que, vivo sólo por moverse, está pasando (...) ¿Viajar? Para viajar basta con existir. Voy de día en día, como de estación en estación, en el tren de mi cuerpo, o de mi destino, asomado a las calles y a las plazas, a los gestos y a los rostros, siempre iguales y siempre diferentes como, al final, lo son todos los paisajes. Si imagino, veo. ¿Qué más hago si viajo? Sólo la debilidad extrema de la imaginación justifica que haya que desplazarse para sentir" (*Libro del desasosiego*).

Cesare Pavese no soportaba salir de Turín ("mi amante") si no era para volver a pasear por el campo piemontés de su infancia o para visitar Roma. La única temporada que el autor de *El oficio de vivir* pasó en una región alejada de Turín fueron los meses en que Mussolini lo confinó en Calabria por sus ideas antifascistas. No obstante, su obra está impregnada del mito homérico del regreso ("Se pensaba en el retorno, como después de una noche hecha toda de vigilia se piensa en el alba"), y en su receta para escribir novelas el viaje es un ingrediente principal: "Uno se va y anda por ahí. Luego vuelve y cuenta alguna cosa. No lo que ha ocurrido. Un poco menos y un poco más. Así se escriben las novelas".

Reconocido como el gran renovador de la escena (*Seis personajes en busca de autor*), el siciliano Luigi Pirandello también cultivó con gran habilidad la prosa, tanto en su forma novelística (*El difunto Matías Pascal*) como en el cuento (*Cuentos para un año*). Pirandello intenta mostrarnos en su narrativa el laberinto de personalidades que componen el interior del ser humano, así como una realidad desprovista de certezas, más allá del naturalismo. Algunos de estos cuentos tratan de viajeros que van y vienen a lugares más o menos remotos, a diferencia de su autor. *El viaje* es un relato breve, una extraña mezcla de angustia y felicidad, con claras influencias chejovianas. Adriana, la protagonista, es un personaje débil, quebradizo, pero con unas ansias de vivir y un afán de libertad que superan con creces la estrechez de miras del reducido universo, gris y monótono, de su pueblo siciliano. Para el escritor Enrique Vila-Matas, "No hay cuento más realista y al mismo tiempo más autónomo de la realidad que este de Pirandello en el que la vida es el tiempo de mirar por una ventanilla de tren que viaja hacia la nada y comprender que todo dura un instante, pero es eterno".

Tampoco mostró demasiada pasión por los viajes Gilbert Keith Chesterton, más conocido como G. K. Chesterton, quien, a pesar de ello, cultivó el libro de viajes en obras tan singulares como: *La Nueva Jerusalén*, libro de viajes de naturaleza miscelánea, a raíz de su viaje a Tierra Santa en 1920; *Mi visión de Estados Unidos*, un conjunto de 14 relatos-ensayos acerca de sus experiencias por tierras norteamericanas en 1921, e *Impresiones irlandesas*. El punto de partida de Chesterton es el asombro y agradecimiento por la existencia, pues considera que el mundo, a pesar de sus contradicciones, es esencialmente bueno y hermoso, aunque está repleto de misterios que el hombre debe desentrañar con la astucia, habilidad y sensatez de los buenos detectives, como su famoso personaje del *Padre Brown*. Chesterton pone en boca de Gabriel Syme (*El hombre que fue Jueves*) que "la aventura puede ser loca, pero el aventurero ha de ser cuerdo", una más de sus paradojas.

Las figuras del *flâneur*, el paseante y el aventurero

Jean-Jacques Rousseau, Immanuel Kant y Friedrich Nietzsche caminaban para pensar. El primero por los caminos cercanos a Ginebra, el segundo por las calles de Kaliningrado y el tercero por las montañas de los Alpes suizos. No solo los filósofos, también hubo grandes caminantes entre los novelistas y los poetas antes del siglo XX. La lista de quienes disfrutaban con los largos trayectos a pie para poder experimentar "un ser" y "un estar" en el mundo de manera diferente a lo que permite la vida social sería extensa. Seguramente, la mayoría de ellos hubieran compartido la frase de Stephen Wright: "Puedes ir caminando a todos los sitios si tienes el tiempo suficiente".

Entre los devotos del paseo surgiría en Francia, en las primeras décadas del siglo XIX, la figura del *flâneur*, el caminante urbano cuyas características principales se concretan en pasear lentamente y sin rumbo, dejar libre la imaginación, divagar y, por último, no hacer nada, sencillamente perderse y perder el tiempo entre la multitud para observarla a una cierta distancia, disfrutando y criticando al mismo tiempo del espectáculo de la ciudad (Victor Hugo) o para sumergirse en ella y obtener una imagen inmediata, instantánea, de la vida urbana a través de cada uno de los rostros de las personas y las formas de las cosas con las que se cruza (Charles Baudelaire). En sus *Bocetos de París*, Anaïs Bazin había denominado a este explorador urbano que vaga por las calles de la ciudad con ojos y oídos abiertos, sin un objetivo concreto, pero atento a todo aquello que le salga al camino, "el verdadero soberano de París", mientras que Louis Huart había explicado en *Fisiología del flâneur* algunos recorridos clásicos de estos soberanos pari-

sinos del siglo XIX: paseos desde la plaza de la Concordia al Arco del Triunfo por los Campos Elíseos, por los bulevares más céntricos de París, por las Tullerías o por los muelles del Sena.

En las primeras décadas del siglo XX, Walter Benjamin revisó el concepto de *flâneur*, sobre todo a partir de la idea de Charles Baudelaire acerca del hombre que vive sumido en medio de la multitud urbana y su capacidad para aprehender todo lo que puede captar de ella a través de instantáneas, no de una visión panorámica. Esta forma de experimentar la gran ciudad consiste en pasear por ella con total libertad y desocupación, ligero de equipaje, sin prisas ni rumbo fijo, sin destino y objetivos definidos, atraído por la multitud de imágenes que ofrece la gran urbe y siempre con la atención lo más despierta posible para apreciar las huellas del pasado, los detalles del presente, los matices y los contrastes sutiles (*Libro de los pasajes*). De alguna manera, podría decirse que para Benjamin el *flâneur* adquiere el conocimiento de su ciudad mediante una visión cuántica, estrategia que también aplica para la indagación histórica.

A la prosa resultante de sus viajes Benjamin le dio el nombre de "denkbilder", palabra que se puede traducir como "pensar las imágenes" o "imágenes que piensan", y que describiría la interacción entre sujeto y objeto, una forma directa de vincular, a través de la palabra y la metáfora, la imagen visual captada y fijada en un instante con la especulación y el imaginario. Los textos de Benjamin tratan de dar identidad a los lugares visitados, relacionándolos con acontecimientos o con sueños. Así, el lector descubre que París, ciudad a la que llegó por primera vez en 1913, es "un gran salón de biblioteca atravesado por el río" y el placer de desayunar en la ciudad del Sena: "Y junto con el café tomas quién sabe cuántas cosas: tomas toda la mañana, la mañana de ese día y a veces también la mañana perdida de la vida". Poco tiempo antes, Benjamin había realizado un viaje iniciático a Italia, junto con un grupo de amigos, del que dará testimonio en *Mi viaje a Italia*. En *Pentecostés de 1912*, un relato a manera de diario. En las notas acerca de Moscú, la capital del Imperio soviético a la que viajó en 1926, nos advierte que "el ojo está infinitamente más ocupado que el oído", afirmando que "los colores ofrecen lo máximo que pueden sobre el fondo blanco". Sus estancias en Ibiza en 1932 y 1933 fueron "un inesperado viaje a la memoria del Mediterráneo y un encuentro fértil y creativo con la naturaleza" (Vicente Valero), en donde, entre otras obras, escribió *Infancia en Berlín* y *Crónica de Berlín*. Para el filósofo alemán: "Importa poco no saber orientarse en una ciudad. Perderse, en cambio, en una ciudad como quien se pierde en el bosque, requiere aprendizaje". Creía que el conocimiento y la experiencia con

frecuencia surgen de lo inesperado y comparaba su trabajo con el de los navegantes, en el que lo fundamental es el modo de colocar las velas.

Forzado al desplazamiento permanente desde el inicio de la violenta boorrachera hitleriana, en septiembre de 1940, cuando el delirio criminal del nazismo estaba en su punto de máxima embriaguez, Benjamin cruzó los Pirineos y llegó a Port Bou como etapa final de su exilio errante y vagabundo. Allí, en un pueblo perdido de la frontera hispano-francesa, acabaría con su vida ante el temor de ser deportado a la Francia ocupada por las autoridades del régimen fascista y por la desesperación de no poder alcanzar finalmente los Estados Unidos, en donde le esperaba su amigo Theodor Adorno. Antes, había dejado escrito: "El tiempo, en el que incluso vive quien no tiene morada, se vuelve palacio para el viajero que no dejó ninguna al partir". De acuerdo con Álex Chico, en Port Bou "no solo reposa lo que queda de un hombre, sino la suma de restos y personas que alguna vez huyeron de la barbarie".

Al paseante berlínés le dedicó Franz Hessel sus *Paseos por Berlín*, una deliciosa descripción del *flâneur* baudelairiano: "Para pasear de verdad es preciso carecer de un propósito determinado", mientras que del vagabundeo del caminante parisino escribió Leon Paul Fargue las interesantes páginas de *El peatón de París*. Pero quien verdaderamente noveliza el tema del *flâneur* es el escritor autodidacta y empedernido caminante suizo Robert Walser.

En *El Paseo*, Wasler hace una crítica y reflexiona al mismo tiempo acerca de la belleza del mundo y las convenciones sociales. El vagar de Walser es su manera de vivir, su recurso ante la sorpresa de la existencia, el necesario alimento para que sus sentidos pongan a trabajar a su mente: "En un bello y dilatado paseo se me ocurren mil ideas aprovechables y útiles". Quien fuera un referente para Robert Musil, Franz Kafka y Thomas Mann, presta atención a lo banal y a lo trascendente, a lo auditivo y a lo inaudito, a lo grande y a lo pequeño, a lo más humilde y a lo más significante, pero se acerca a todo ello sin prisas ni atosigamientos; de esta manera, es capaz de encontrar en el detalle más nimio, la mayor grandeza, el regalo más hermoso: "Las cosas cotidianas son lo bastante bellas y ricas como para poder sacar de ellas chispazos poéticos". En sus textos, los árboles hablan, los ríos ríen, los lagos lloran, los vientos cantan, etc., y la naturaleza toda se humaniza. No solo en *El paseo*, sino también en otras composiciones suyas, como *Vida de poeta*: "Mientras caminaba, tenía la impresión de que el mundo entero y redondo avanzaba junto conmigo. Todo parecía viajar con el viajero:

prados, campos, bosques, sembríos, montañas y, por último, el mismo camino comarcal"; *Los hermanos Tanner*: "La luna vivía enamorada de la blancura de los árboles y arbustos en flor y de las largas curvas de los caminos, que ella misma hacía brillar"; *El ayudante*: "Las hojas de los cerezos eran de un rojo incandescente, herido, doloroso, pero a la vez bello, que reconciliaba y alegraba. Los prados y arboleadas parecían a menudo envueltos en velos y paños mojados (...). Se olían los árboles al caminar bajo ellos, se oía caer la fruta madura sobre los prados y senderos. Todo parecía doble o triplemente silencioso", o en ese exquisito taller de miniaturas acerca de la vida cotidiana, cinceladas con "el método del lápiz", que constituye *Microgramas*: "¿No has visto nunca cómo las hojas hablan, sonríen y se comportan de manera extraña, cuando por el árbol del que forman parte cruza unairecillo?". No pocas veces, los personajes de Walser huyen de la responsabilidad de "tener que ser" y prefieren el vagabundeo constante a "llevar una vida ociosa y angustiada junto a la estufa de casa", tal como anota Jakob von Gunten, el joven protagonista de la novela homónima.

Después de permanecer recluido en una clínica mental durante los últimos veintidós años de su vida, el día de Navidad de 1956 lo encontraron muerto en medio de la nieve. Había salido a dar un paseo por el bosque cercano al sanatorio psiquiátrico de Herisau donde estaba ingresado. Fue entonces cuando adquirió el carácter de premonición las palabras de Simon Tanner ante el cadáver del joven poeta Sebastian (*Los hermanos Tanner*): "Yacer y congelarse bajo unas ramas de abeto, sobre la nieve: ¡qué espléndido reposo!". En el momento del ataque al corazón, es posible que Walser, a sus 78 años de edad, se preguntara una vez más: "¿Dónde está el alma, cuyos anhelos se cumplieron sin tener que hacer descuentos con ellos?".

Tanto Benjamin, un visionario en muchas otras cosas, como Hessely Fargue, y Walser, supieron ver los estragos que el turismo podría provocar. Con su generación, toda una tradición de caminantes y viajeros quedó desplazada por la llegada del turista, que es el viajero que planea con cuidado, que sabe bien adónde ir, qué lugares visitar, dónde comer, dónde alojarse... Incluso, como demuestra *Mi viaje a Italia*, de Benjamin, en este tiempo la aventura ha quedado relegada para la mayoría de los viajeros al azaroso discurrir de la propia vida: estar a punto de perder el tren, o incluso perderlo, establecer una relación imprevista con algo o alguien, llegar a un hotel o posada de peores condiciones a las esperadas, enfrentarse a las inclemencias del tiempo, subir o bajar por un camino de montaña demasiado empinado, no encontrar el lugar geográfico o el objeto de arte buscado. Sin embargo, el riesgo de un zarpazo trágico inesperado o la falta de conocimiento de lo que

hay detrás de cada esquina que toda aventura verdadera lleva consigo ha quedado reducida al máximo o anulada. De alguna manera, en las primeras décadas del siglo XX se había perdido en buena medida ese "salto a la plenitud" del que se precisa todo buen aventurero.

Incluso hay quien va más allá. En 1920, Pierre Mac Orlan, seudónimo del polifacético escritor francés Pierre Dumarchais, escribió su *Breve manual del perfecto aventurero*, en el que llega a establecer como axioma que la aventura no existe: "La aventura está en el espíritu de quien la persigue y, al tocarla, se desvanece para reaparecer más allá, transformada, en los límites de la imaginación (...). En efecto, los aventureros pueden dividirse en dos grandes grupos con numerosas subdivisiones. El primero podría ser la clase de los aventureros activos. El segundo, la de los aventureros pasivos (...). Un aventurero pasivo es capaz de concebir de manera clara y distinta países de los que solo conoce la ubicación geográfica (...). Siempre que pueda, el aventurero pasivo debe imponer su personalidad, a despecho del tema, la veracidad de los hechos y el escenario. Los viajes, como la guerra, no valen nada cuando se realizan efectivamente. Es desaconsejable participar en esa clase de entretenimientos porque la verdadera belleza de la acción queda eclipsada por molestas realidades".

De carácter bohemio y espíritu surrealista, Mac Orlan escribe con un tono irónico, pedagógico y provocador, expresando su convicción de que el gran viaje no es el que se realiza, sino el que se sueña, y de que la aventura solo está en la imaginación del que la busca. De ahí, la inutilidad de la experiencia directa de la aventura y de los viajes, cuyas incomodidades hacen que no valga la pena realizarlos más allá del ensueño, que es la manera en que los realiza el aventurero pasivo, que no necesita alejarse demasiado de su biblioteca: "Un aventurero pasivo solo se conservará bien si se alimenta abundantemente con la sustancia maravillosa de los libros". El aventurero pasivo es un personaje sedentario, que trata de agarrarse a su sillón "como un capitán de crucero a la baranda de su puente de mando".

Pierre Mac Orlan es un narrador tan vigorosamente prolífico como divertido. Al decir del filósofo Fernando Savater, es un autor "capaz de urdir tramas en las que se combinan ingredientes tan difíciles de dosificar juntos como la intrepidez y el escepticismo, los amores fatales, la sátira, la denuncia social y la beatificación del coraje individual que nada espera y nunca desespera". Para Ramón Gómez de la Serna, "Mac Orlan tiene una cosa de gran pirata, aunque mejor dicho es el escritor que ha dejado de ser pirata, pero aún toca el acordeón de la tarde como el ángelus supremo de la pira-

tería". Entre su larga producción literaria destacan obras como *El canto de la tripulación*, anterior al *Breve manual del perfecto aventurero*, y *La bandera, El muelle de las brumas* y *El ancla de misericordia*, posteriores al mismo. En todas ellas trata de ensalzar y desmontar a un mismo tiempo la novela de aventuras, aunque se siente un gran admirador de Robert Louis Stevenson y *La isla del tesoro* está bastante presente en muchas de sus páginas.

Los viajes de exploración

Uno de los reductos en los que todavía permanece el encanto de la aventura, en su sentido más desnudo, durante la primera mitad del siglo XX es en el de los viajes de exploración. El nombre de Robert Falcon Scott está unido a dos importantes expediciones a la Antártida. La primera de ellas, la Expedición Discovery, realizada en el primer lustro de la centuria, fue organizada por la Royal Society y la Royal Geographical Society británicas y dio lugar a varios descubrimientos científicos y geográficos, así como a una publicación del propio Falcon Scott, *El Viaje del Discovery*, en el que daba cuenta de las peripecias del mismo junto a otros importantes expedicionarios del llamado "período heroico antártico", entre ellos Ernest Shackleton. La segunda, la desdichada Expedición Terra Nova (1910-1913), tenía como objetivo conquistar el Polo Sur, logro que quedaría frustrado al adelantarse el noruego Roald Amundsen, que utilizó el mismo buque que Fridtjof Nansen en sus expediciones al Polo Norte: el *Fram*. El viaje de vuelta al campamento base fue un verdadero desastre y Falcon Scott pereció con varios de sus hombres a causa del frío y del hambre.

A partir de las notas de Scott y de las propias experiencias vividas por él mismo, uno de los supervivientes de la expedición, Aspley Cherry-Garrard, reconstruyó años después aquellos días repletos de actos heroicos, decisiones equivocadas y noches de pesadilla en *El peor viaje del mundo* (1922), con algunos pasajes antológicos y reconocido como uno de los mejores libros de aventura de la historia: "La exploración polar es la forma más radical y al mismo tiempo solitaria de pasarla mal que se ha concebido". Los tres versos finales del poema *Ulises* de Alfred Tennyson fueron grabados en una cruz en medio de la Antártida para conmemorar la memoria de los expedicionarios muertos: "... Un temperamento único de los heroicos corazones,/ debilitado por el tiempo y el destino, pero fuerte en voluntad/ para luchar, buscar, encontrar y no rendirse jamás".

Ernest Shackleton participó en otras expediciones a la Antártida, además de la del *Discovery*; sin embargo, sería la conocida como Expedición Impe-

rial Transantártica a bordo del buque *Endurance* la que le permitiría "llegar hasta el alma desnuda del hombre" y lo convertiría en un personaje de leyenda, sobre todo a partir de las publicaciones de Frank A. Worsley: *La aventura antártica del Endurance*, y Alfred Lansing: *Endurance: el increíble viaje de Shackleton*. Partiendo de materiales distintos (Worsley había vivido la epopeya en primera persona y había sido determinante en la salvación final de la tripulación) y desde puntos de vista diferentes, ambos autores ponen de manifiesto la voluntad férrea de un grupo de hombres, capitaneados por Shackleton, por vencer a la desesperanza y escapar a la muerte en medio de los témpanos de hielo, de "la blancura absolutamente inmaculada e imperturbable". Shackleton, que conservó en medio del desastre los poemas de Robert Browning, escribió su propio relato titulado *Sur*.

Otro de los nombres que debe quedar en la memoria de las exploraciones polares es el del ruso Valerian Albanov, superviviente de la Expedición Brusilov (1912-1914), a bordo del buque *Santa Ana*, en un principio destinada a descubrir caladeros de ballenas en el ártico y cruzar el mítico Paso del Noroeste; el sobrecogedor relato de su trágica aventura está recogido en *El país de la muerte blanca*, publicado pocos años después a modo de diario por el propio protagonista, quien muestra con un estilo sobrio su profundo instinto de supervivencia y la inquebrantable fuerza de voluntad para no sucumbir a la desesperanza.

Una producción literaria de distinto tono presenta su compatriota Vladimir Arséniev, quien llevó a cabo numerosas expediciones a las regiones más desconocidas del llamado "Lejano Oriente Ruso". En uno de estos viajes conoció a Dersú Uzalá, un viejo cazador nanái, cuya relación de amistad, descrita en el libro del mismo nombre y llevada al cine por el maestro Akira Kurosawa, le marcaría de por vida. *Dersú Uzalá* forma parte, junto con *Por la región del Ussuri* y *En las montañas de la Sijoté-Alín*, de la trilogía dedicada por el autor a la región del Ussuri, siendo también destacables los relatos *Vida y aventuras en la taiga* y *Caminata invernal por el río Jungari*.

En territorios geográficos bien distintos se desarrollaron las aventuras de Francis Younghusband, uno de los grandes exploradores británicos de "entre siglos" que compaginaron su carrera militar con los viajes y la escritura. Descubrió los dos macizos de casi 8.000 metros de altura del monte Tagharma y su obsesión por encontrar el "espíritu del Himalaya" le llevó a realizar desde muy joven expediciones que le valieron la Medalla de Oro de la Royal Geographic Society y cuyas experiencias quedarían reflejadas bas-

tantes años después en *Por el Himalaya* (publicado inicialmente como *Wonders of Himalaya*). También es autor de otros varios libros de viaje, entre los que destacan *India y Tíbet* y *La epopeya del Everest*, basada en la expedición de 1921, la primera de las tres en la que tomó parte George Leigh Mallory, el gran viajero de las cumbres, desaparecido en el intento de conquistar la cima que tuvo lugar en 1924. En 1999, el alpinista y escritor Conrad Anker encontró su cadáver y le dedicó su relato *El explorador perdido*. No se sabe a ciencia cierta, aunque resulta poco probable, que Mallory lograra alcanzar la mítica cumbre junto a su compañero de expedición, el joven Andrew Irvine.

De ideas filonazis, el sueco Sven Hedin fue un importante explorador por Asia. Además del Tíbet y del desierto de Gobi, exploró Xinjiang, descubrió los nacimientos de los ríos Brahmaputra, Indo y Sutlej y exploró el sistema de montañas Transhimalayas. Los relatos de sus viajes se publicaron en varios volúmenes: *Resultados científicos de un viaje a Asia central*, *Trans-Himalaya* y *El Tíbet meridional*. Más novelados son *La conquista del Tíbet* y *Mi vida como explorador*.

Bronislaw Malinowsky, iniciador de la antropología social, tampoco estaba hecho para ver pasar el tiempo. Fue un auténtico trotamundos y viajó por los cinco continentes. Su obra más importante es *Los argonautas del Pacífico Occidental* (1922), un riguroso trabajo de investigación, que, además, tiene la fuerza de un relato y el atractivo de una narración en la que se cuentan hechos fabulosos, no fantásticos, sino reales. Malinowsky viajó a las islas del Pacífico para verlo todo con sus propios ojos, para vivir entre los nativos, conocer su lengua, sus costumbres, sus ritos, su manera de comunicarse, su forma de vida; en definitiva, viaja para encontrarse con lo otro, con el otro ("para poder juzgar hay que estar allí"). Como resultado de sus investigaciones, formula su tesis de que "no existen culturas superiores e inferiores, sino culturas diferentes", la cual puede resultar actualmente una obviedad, pero que no lo era, en absoluto, en su época. Después de su muerte, se editaron los diarios personales que escribió en polaco durante sus dos estancias en las Trobriand, y que aparecen con el título de *Un diario en el sentido estricto del término*.

Charles Lindbergh fue el primer piloto en cruzar el océano Atlántico, de oeste a este, en un vuelo sin escalas entre Nueva York y París. La aventura la realizó en solitario, pilotando un monoplano de un solo motor, en 1927. Sin embargo, el relato de la proeza no fue publicado hasta 1954 con el título *El espíritu de San Luis*. Si con el vuelo había ganado el premio Orteig (do-

tado con 25.000 dólares de la época), con el libro Lindbergh obtuvo el Premio Pulitzer de Literatura (poco tiempo después, Billy Wilder haría una versión cinematográfica de la obra). También fue el primero en volar desde Estados Unidos a China, pasando por Alaska, Rusia y Japón.

El viaje inverso, de este a oeste sería realizado por Jim Mollison, quien tenía planeado volar entre Dublín y Nueva York, pero se vio obligado a aterrizar en Canadá, siendo Beryl Markham la primera mujer que lo conseguiría, en un vuelo parecido al de Mollison (condado de Berkshire, sur de Inglaterra-Nueva Escocia, Canadá).

En 1935, con apenas 23 años, Herbert Tichy viajó en motocicleta desde su Viena natal hasta la India, pasando por el Tíbet, India, Birmania y Afganistán. De este viaje nació su primer libro: *Hacia el trono de los dioses*. Otra obra interesante de Tichy es *La metamorfosis de la flor de loto*, donde describió el ambiente político y social de la recién estrenada India independiente. En 1954, formó parte de la expedición austriaca que conquistó la cumbre del Cho Oyu ("la diosa turquesa"), cercana al Everest, de más de 8.000 metros de altura.

El inclasificable Richard Halliburton fue un hombre ávido de experiencias, entre las que se encuentran: cruzar los Alpes a lomos de un elefante para emular a Aníbal, volar bocabajo en un biplano sobre el Taj Mahal, escalar montañas, explorar selvas, cruzar a nado el canal de Panamá y desaparecer a bordo de un juncos chino en el Pacífico en 1939, mientras trataba de llegar a San Francisco desde Hong Kong. *Rumbo a la aventura* es la crónica de una aventura de seiscientos días, sin apenas equipaje ni dinero, que lo había llevado desde Gibraltar hasta el Fujiyama; *Nuevos mundos por conquistar* es el relato de un viaje fastuoso que comenzó en México, siguió por Guatemala, Panamá, Perú, la isla chilena de Juan Fernández y Buenos Aires, hasta poner rumbo a las cataratas del Iguazú, atravesar la selva amazónica y embarcar en Río de Janeiro hacia la Guyana francesa, porque había decidido vivir unos meses como Robinson Crusoe.

Un caso insólito son las aventuras del gallego Alfonso (Ildefonso) Graña que, partiendo de la aldea orensana de Avión, viajó por las regiones del Amazonas y convivió con los indígenas hasta llegar a convertirse en el "rey de los jíbaros".

Mujeres viajeras y escritoras

No se puede cerrar esta primera parte del siglo XX dejando en el silencio a algunas viajeras excepcionales, aparte de las ya mencionadas en aparta-

dos anteriores. En primer lugar, es necesario tener en cuenta a cuatro grandes exploradoras. Se trata de Alexandra David-Néel, quien a lo largo de más de treinta años consiguió hacer realidad su sueño de explorar el mundo, siendo la primera mujer en acceder a Lhasa, capital del Tíbet, de un Tíbet que ella pudo conocer todavía en toda su pureza; Ella Maillart, precursora en la apertura de caminos y los viajes en coche hacia el Oriente, que luego seguiría la generación *hippy*; Gertrude Bell, la polifacética "dama de Estado", que además de diplomática, fue una gran viajera, arqueóloga y escritora; y Freya Stark, quien desarrollaría un insaciable apetito de viaje y aventura por Oriente.

A la primera de ellas, Alexandra David-Néel, debemos *Diario de viaje: Cartas desde la India, China y Tíbet*, en donde deja patente su hechizo por esas tierras lejanas en las que, a pesar del frío, el hambre y los momentos de sufrimiento, decía sentirse atrapada por el cielo claro de "allá arriba" e inmersa "en un silencio donde sólo cantaba el viento, en las soledades casi desprovistas incluso de vida vegetal, los caos de rocas fantásticas, los picos vertiginosos y los horizontes de luz cegadora".

Ella Maillart narra en *Un camino cruel* el viaje realizado hasta Kabul y los confines de Afganistán, a través de Turquía y Persia, en compañía de su amiga Annemarie Schwarzenbach, aunque el viaje se desdobra en dos: uno, en el que la propia narradora describe sus encuentros con lugares y gentes, sus emociones y sensaciones, y otro, el "viaje mágico" realizado por su compañera a través de las drogas opiáceas. En *Oasis perdidos. De Pekín a Cachemira* hace su propia versión del viaje de este a oeste de la China realizado junto a Peter Fleming en 1935, un viaje en el que, según su propia confesión, "no ocurre nada, pero esa nada colmará toda mi vida". Por su parte, Schwarzenbach escribiría *Muerte en Persia*, donde describe de forma única las tierras y lugares de Irán y el "encuentro", interior y exterior, consigo misma.

A Gertrude Bell se debe en gran medida la configuración geopolítica del Oriente Próximo, varios libros (*Diarios de Arabia, Por los caminos mágicos de Oriente...*) y un amplio epistolario en el que dejaría huella de su viaje interior: "es sorprendente hasta qué punto el Oriente se ha apoderado de mí de forma que no sé qué soy yo y qué no soy".

A lo largo de sus cien años de vida, Freya Stark viajó hasta que le quedó aliento, llevó hasta el límite la afirmación de que "como fuera de casa no se está en ningún sitio", realizó interesantes descubrimientos y dejó escritos algunos libros que han hecho historia: *Apuntes de Bagdad, El valle de los*

asesinos y otros viajes persas, *Un invierno en Arabia*, *Cartas desde Siria*, *La ruta de Alejandro* y *Puertas y caravanas: un retrato de Turquía*. Probablemente en la mayoría de ellos está presente el latido acelerado de su corazón infantil mientras leía *Las mil y una noches*.

Quizás no resulte tan atractiva como la de las autoras descritas la prosa de Osa Johnson (*La aventura de mi vida*), pero los trabajos de fotografía y documentalismo, realizados junto a su marido Martin Johnson, bien merecen una atenta mirada. Asimismo, pertenecen a otro ámbito distinto los trabajos de la antropóloga Margaret Mead en diferentes islas de la Polinesia, sobre todo Samoa y Nueva Guinea. Mead fue quien introdujo el concepto de "género", sosteniendo que es la cultura y no la biología la encargada de imponer los roles entre sexos, tras comprobar que en algunas sociedades primitivas los hombres tenían un rol similar al que se consideraba femenino en la cultura occidental del momento y, por el contrario, las mujeres no tenían el papel pasivo que se les presuponía, sino el papel activo que en Occidente se había atribuido tradicionalmente a los hombres.

En segundo lugar, hay que destacar la figura de Rebecca West, seudónimo de la longeva periodista y escritora inglesa Cecily Isabel Fairfield, autora de artículos periodísticos memorables, como los realizados acerca de los juicios de Nuremberg o los del apartheid sudafricano, de la sin par novela, tan breve como intensa, *El regreso del soldado*, y del libro, a mitad de camino entre el viaje y el ensayo *Cordero negro, halcón gris: Un viaje al interior de Yugoslavia*, un recorrido cargado de inteligencia y buena literatura por los orígenes del fascismo y las raíces de los conflictos que habían asolado los Balcanes durante siglos, una obra vigorosamente descriptiva, pero brillantemente analítica, que admite distintos significados. Partidaria del gobierno del Frente Popular durante la guerra española, la West participó muy activamente en la puesta en marcha del "Comité de Ayuda a Personas sin Hogar" para mujeres y niños españoles.

En tercer lugar, es necesario sacar del silencio a la también periodista Sofía Casanova, la primera española que se convirtió en corresponsal permanente de un periódico en un país extranjero y en corresponsal de guerra. Colaboró con varias publicaciones nacionales e internacionales y, como en el caso de Rebecca West, su larga vida (había nacido en 1861 y murió, casi centenaria, en 1957) le permitió asistir a los grandes acontecimientos sociopolíticos de la terrible primera mitad del siglo XX y dejar una amplia producción literaria, que abarca todos los géneros y en la que pueden destacarse títulos como: *De la Guerra. Crónicas de Polonia y Rusia*, *Sobre el*

Volga helado (una encantadora descripción de un atrevido viaje en trineo recorriendo 100 leguas durante casi dos días por la superficie helada del río Volga), *La Revolución bolchevique* (diario de un testigo), *Viajes y aventuras de una muñeca española en Rusia* (relato del periplo de Carmela, una muñeca española, de la mano de Krysia y en compañía de su familia por Galicia, Francia, Alemania, Polonia y Rusia hasta llegar a Moscú y San Petersburgo) y *De Rusia, amores y confidencias*. Así describía en una de sus crónicas a la Revolución soviética: "Es como si hubieran soltado de las jaulas del Retiro y del jardín de aclimatación de París todas las fieras".

Otra mujer que tuvo que hacer frente al polvo de los caminos, los convencionalismos de su época y no pocas incomprendiciones fue Carmen de Burgos (*Colombine*). Aunque maestra de formación, fue la primera periodista profesional y redactora de un periódico y, además de una gran impulsora del movimiento feminista, una combativa luchadora por los derechos de las mujeres y los niños, y una opositora tan firme a la pena de muerte como defensora del divorcio y el sufragio universal. Pero aquí lo que más nos interesa resaltar de la almeriense es su faceta de escritora, ya que es autora de una extensa obra literaria, que va desde la traducción a la novela, pasando por el artículo, la crónica, el ensayo y el relato breve. Viajera apasionada, Carmen de Burgos emprendió frecuentes recorridos por Europa que no solo alimentaron su extensa labor narrativa, sino que dieron lugar a centenares de artículos en la prensa y a una serie de libros de viajes: *Por Europa* recoge, en forma de epistolario, el viaje emprendido en 1905 por Francia e Italia con el propósito de ampliar estudios, pero que se convirtió para ella en un profundo cambio personal, un verdadero recorrido hacia fuera y hacia dentro, por el pasado y por el presente; *Cartas sin destinatario*, en la misma línea del anterior, incluso algo más reflexivo e íntimo, se nutre del viaje llevado a cabo en 1909 por los Países Bajos; y en *Mis viajes por Europa* se da cuenta de la gran aventura emprendida en el verano de 1914 para llegar a Cabo Norte y ver "el sol de medianoche", pero lo que pretendía ser un viaje total, se vio interrumpido por el estallido de la Primera Guerra Mundial y convirtió el viaje de regreso en una auténtica pesadilla. Carmen de Burgos también dejó constancia de sus estancias en Portugal y de sus viajes por América, especialmente Argentina y México, tanto en artículos y crónicas de viaje como en relatos más novelados. Asimismo, puso de manifiesto su pericia como corresponsal de guerra en la llamada "Guerra de Melilla" entre las tropas españolas y las cabilas rifeñas, destacando en sus artículos –recopilados luego en el libro *En la guerra, episodios de Melilla*– el protagonismo de la mujer en el conflicto bélico: "No iban a la lucha por amor a los suyos, sino por ferocidad, por odio al enemigo".

Tampoco debe quedar en el olvido la "rompedora" obra de la escritora e intrépida viajera catalana Aurora Bertrana. Fruto de su estancia de tres años con su marido en la Polinesia francesa a finales de los años 20 sería el delicioso, evocador y transgresor al mismo tiempo, *Paraísos oceánicos*: "Somos impotentes contra el tóxico de las ciudades europeas o americanas, lo llevamos en la sangre como un microbio hereditario, y no pensamos que allí, a nuestra espalda, la selva solitaria es todo un mundo cercano, rebosante de frutos y de agua pura, de belleza y de serenidad". El libro *Marruecos sensual y fanático* recoge su experiencia viajera en solitario por el país norteafricano, a mediados de los años 30, tratando de llegar al alma de la mujer musulmana. Por su parte, *El Correo de California* constituye un elogio al género epistolar: "El correo, he aquí la palabra mágica que lo transfigura todo, y cuya sola evocación significa una infinidad de cosas: las emociones sentimentales y de negocio, las venganzas administrativas, los honores, las esperanzas, todo lo trae el correo".

Literatura de Viajes en la segunda mitad del siglo XX

Literatura viajera española durante el franquismo

Los años inmediatamente posteriores a nuestra Guerra de Troya fueron de una "pertinaz sequía" en todos los terrenos, incluido el ámbito de la literatura. Sin embargo, a pesar de ello, no resultaron completamente estériles, al menos en lo relativo a la escritura de viaje, y algunas de las más importantes creaciones de la literatura española del siglo XX llegaron a su granizaón en este período. Y es que, en una fase aún temprana y dura de la posguerra, había dado ya comienzo la renovación del género, al ensanchar sus límites hacia lo narrativo-descriptivo y, al mismo tiempo, deslizarse hacia lo ficticio, inventando personajes, objetos, hallazgos, etc., sin perder su condición factual. La narración se hace así más compleja y subjetiva, mientras que el autor adquiere la doble condición de personaje e informador.

En una primera etapa varios son los caminos que sigue la escritura viajera: el recorrido por Josep Pla, el primero en cultivar el "relato de viaje" tras la contienda bélica con su *Viaje en autobús*, (1942); el marcado por Camilo José Cela en *Viaje a la Alcarria* (1948); el elegido por Miguel Delibes, de corte más "ecologista", si se utiliza la terminología actual, y el de las diversas variantes de los "relatos de viaje sociales" escritos por los autores de la llamada "Generación de los 50" (niños en la guerra, adolescentes en la posguerra y robinsones en la isla del convencionalismo narrativo de los años 50), en sus distintas variantes del neorrealismo y del realismo social o crítico, cuyas formas literarias, siendo ficción, intentan copiar la realidad. Entre ellos se encuentran nombres tan imprescindibles como los de Ignacio Aldecoa, Juan Goytisolo, Armando López Salinas, Antonio Ferres, Alfonso Grossó y Ramón Carnicer. Sin olvidar la producción viajera de autores que desarrollaron una literatura más comercial, como es el caso de Guillermo Díaz-Plaza y José Mª Gironella, así como la de los escritores del exilio.

Josep Pla se pone al volante de su autobús, arranca y comienza a contar los pasajeros que suben y bajan, los que se quedan en cada estación y los que siguen viaje ("viajando en autobús, el vuelo es gallináceo"). Sin distraerse un instante, el escritor ampurdanés nos va narrando con clarividencia, ingenio y cierta retranca lo que encuentra en la carretera a lo largo de los casi 100 kilómetros que separan Palafrugell de Arenys de Mar, pasando por Palamós, Sant Feliu de Guíxols, Tossa de Mar, Lloret de Mar, Blanes, Malgrat y Caldetes. Durante el trayecto de su *Viaje en autobús* describe multitud de

estampas tomadas del cotidiano trajín de los pueblos de la Costa Brava en los primeros años 40, y lo hace con una prosa penetrante, cargada de humor y naturalidad, debajo de la cual existen siempre observaciones agudas o reflexiones profundas. Como muestra del rosario de sus paisajes, esta cuenta: "A levante, el cielo era morado, a poniente nacía un verde angélico; la luz tenía una suavidad mate, benigna; el mar, rizado por el viento de tierra, fresco y vivo, mantenía entre dos luces su misterio". O esta otra: "En verano, a la hora de la siesta, con una lente, se podían ver, desde la ermita, las acacias de bola del paseo, de sombra fresca y corta, y un señor, en mangas de camisa, sentado en una mecedora, con un cigarro en la boca, medio dormido, el brazo vencido por el peso abrumador del periódico. Las cigarras cantan. El cielo azul es de una insonable monotonía".

La primera edición del libro, que recopilaba los artículos que Pla había redactado para la revista *Destino*, contiene ya en el prólogo toda una declaración de principios: "Confieso sentir poca afición al exotismo. Mi heroísmo y bravura son escasos. Me gustan los países civilizados", para añadir a continuación: "En mis libros no hay mosquitos, ni leones, ni chacales, ni objeto alguno sorprendente o raro". Lo que sí hay es literatura, y de la buena, construida a partir de un oído atento a las expresiones populares, de una agudeza visual que ha ido perfeccionándose para no perder detalle y de las habilidades diagnósticas de un chamán escribano que toma el pulso a la vida de las gentes de la manera más precisa posible y luego la convierte en un delicioso relato.

Pla es un espectador del mundo paciente y original, un observador minucioso de la realidad al que le gusta más la contemplación que la acción o la invención ("contra la literatura de la imaginación, siempre he escrito literatura de observación nada más"). Sin embargo, su innata tendencia al vagabundeo ("he sido un hombre errabundo") lo convierten en un viajero nada desdeñable, sino todo lo contrario, haciendo del viaje "la novela itinerante de su vida" (Santos Sanz Villanueva). Y, antes de emprender la marcha, "cuatro palabras" que encierran todo un tratado sobre el viaje: "... Uno viaja, generalmente, para ver las llamadas cosas inútiles del mundo –que son las únicas importantes– y los negocios no dejan tiempo para nada. Lo esencial para aprovechar un viaje es tomarlo como finalidad misma. Andar por el mundo un poco al azar es muy agradable. Viajar sin tener un objeto concreto es una auténtica maravilla. Yo siento que podría curarme de todos mis vicios y de todas mis virtudes, caso de que tenga alguna; lo que no podré dejar jamás es mi recalcitrante vagabundaje. Hay que viajar para descubrir con los propios ojos que el mundo es muy pequeño y, por tanto, que es ab-

solutamente necesario hacer un esfuerzo para dignificar la visión hasta llegar a ver las cosas en grande.// Hay que viajar para darse cuenta de que una pasión, una idea, un hombre, sólo son importantes si resisten una proyección a través del tiempo y del espacio. No hay nada como alejarse un poco para curarse de la psicosis de la proximidad, de la deformación de la proximidad, de la que todos estamos atacados. Hay que viajar para aprender –a pesar de todo– a conservar, a perfeccionar, a tolerar.// En este sentido, creo, que los antiguos aconsejaban el desplazamiento. Creían que era un buen método para aprender a prescindir de pequeñeces, de difusos detalles, de torcidos cubileteos tribales, de grandiosidades escenográficas y falsas.// La pieza de caza del viajar es la aventura. La aventura es la flor, el perfume del azar y de la diversidad. A veces es una puerta que se abre ante un mundo insospechado, sobre un mundo que se sabe dónde empieza y no se sabe dónde acaba".

Camilo José Cela publicó una docena de libros de viaje ("La verdad es que el naípe de los viajes es algo que se ha venido pintando con cierta persistencia a lo largo de mi obra"), en los que trata de "ir al grano" y adoptar un procedimiento que, mostrando la realidad tal como es, acerque el relato viajero a la literatura de ficción. Cela amalgama lo aprendido en los viajeros del 98, en las "notas de andar y ver" de Ortega y en los libros de Josep Pla, creando relatos originales. *Del Miño al Bidasoa. Notas de un vagabundaje, Vagabundo por Castilla, Primer viaje andaluz...*, son títulos significativos de esta colección de narraciones viajeras entre las que sobresale *Viaje a la Alcarria*, libro del que escribió una segunda entrega casi cuarenta años después.

Morral a la espalda y cantimplora sujetada a la hebilla del cinturón, Cela narra las andanzas de un viajero sin rumbo ni propósito por una comarca reseca y gris, un microcosmos de la España desolada por la guerra y la larga, cruel y estúpida represión franquista. El escritor gallego escribe de forma escueta y natural lo que va viendo y da a conocer no solo la geografía y los paisajes, sino también los variados retratos que se va encontrando por los polvorrientos caminos por los que transita: el pastor que guarda su majada, el hortelano que se desriñona en la tierra, el cazador que le ofrece las piezas cobradas, el viejo errabundo como un nuevo Quijano derrotado, el niño listo como un ratón de sacristía que vende periódicos, el mendigo que se desploja plácidamente al sol, el hombre que sabe sacarle partido a su apodo de Rata, el pirata en tierra con pata de palo mal sujetada al muñón, el viajante de comercio convertido en la única vía de conexión entre pueblos que viven aislados uno del otro a pesar de su proximidad, el cura párroco deprimido por la pérdida del patrimonio rural, el pueblo donde todavía se habla del

"gran diluvio" de metralla que destruyó su mundo. Son imágenes construidas con sencillez, crudeza y un punto de ironía, para lo cual el de Iria Flavia se vale de refranes, dichos, coplas populares y un caudal de palabras salvadas del olvido y puestas al servicio de una orfebrería literaria que deja ver el aprendizaje del creador en la novela picaresca, la narración cervantina, el paisajismo impresionista de la Generación del 98 y las páginas de Ciro Bayo. Son estampas de paisajes y gentes que, a veces, se muestran al lector como heridas profundas en el corazón de una España malherida.

César González Ruano consideraba que Cela sabe dar "volumen y realidad a lo quieto y eterno por la movilidad de lo humano", consigue "reflejar lo permanente por lo fugitivo" y transmuta "el silencio inmenso de los pueblos por el rumor del diálogo", mientras que Manuel Leguineche afirmaba que *Viaje a la Alcarria* "es como *La Colmena* pero en el campo abierto", por lo que no es de extrañar que a Cela le tentara aceptarla como novela. Sin embargo, *Viaje a la Alcarria* es "la recuperación del libro de viajes, de mochila y borceguíes, a pinrel, del vagabundo que duerme en los puentes, en las posadas, en cuadras y graneros y hasta en la cárcel de Budía porque el alcalde le confunde con un facineroso", concluye el gran periodista vasco y alcarreño de vocación.

Cela es un escritor viajero, no un escritor de viajes, un viajero que quiere ser testigo de la realidad y dar testimonio de la misma. Así entiende el último premio Nobel español el oficio: "Hoy, como ayer, el escritor viajero es un hombre que se pone en marcha; se sorprende, lleno de honestidad, con lo que ve; lo apunta de la mejor manera que sabe y después, si puede y si le dejan, lo publica... El escritor viajero cumple con reflejar lo que ve y con no inventar. Para inventar ya están otras esquinas de la literatura". Pero, además, "el escritor, aun el que más sedentario pudiera parecer, es siempre un irredento vagabundo: ese es su mayor timbre de gloria y libertad". Y apostilla: "El camino se hizo para ser caminado, no para ir a lado alguno, sino por el mero y angélico placer de caminar...".

Para el autor de obras tan emblemáticas de la literatura del siglo XX como *La familia de Pascual Duarte*, *La colmena* o *Madera de Boj*, "Hay, según es ya sabido, tres clases de viajes... de altura, de cabotaje y de profundidad. Cada viaje tiene sus maneras propias peculiares de ser contado, y es evidente que el escritor de viajes no debe usar la misma pluma para narrar lo próximo que lo lejano, lo doméstico que lo extraordinario, lo propio que lo ajeno". Sin duda, él la utilizó de forma sencilla y cortante para dar cuenta de lo cercano y de lo cotidiano. La aparición de *Viaje a la Alcarria* provocó un alud de obras

viajeras con distintos fines y desde postulados literarios diferentes durante las dos décadas siguientes, hasta el punto de que puede afirmarse que apenas quedó un rincón de España que no tuviera su libro de viaje.

En la primavera de 1956, Miguel Delibes realizó su primer viaje a América invitado por el Círculo de Periodistas de Santiago de Chile, pero, antes de recalcar en la capital chilena, realizó paradas en Brasil, Uruguay y Argentina. La narración de este periplo y de la correspondiente escala en las islas Canarias, en la que se funden el oficio periodístico y la vocación novelesca del autor, daría lugar a una serie de reportajes para *El Norte de Castilla*, inmediatamente recopilados en *Un novelista descubre América (Chile en el ojo ajeno)* y, cinco años más tarde, refundidos en *Por esos mundos*, en la que hará explícita la siguiente declaración de principios: "En estos negocios de los viajes, nada como la primera impresión; el destello inicial que viola la conciencia virgen es lo que vale. La reflexión posterior no consigue sino deformar las cosas". Todavía en la década de los 60 alternará sus viajes europeos: *Europa: parada y fonda* y *La primavera de Praga*, con una visita a Estados Unidos, traducida en *USA y yo*. A principios de los 80, publicaría *Dos viajes en automóvil: Suecia y Países Bajos*.

Los títulos citados son los que pueden considerarse como los relatos de viaje propiamente dichos de la obra del autor vallisoletano, pero muchas de sus novelas muestran algunos rasgos del género viático, especialmente aquellas que se desarrollan en el medio rural, como *El camino*, ambientada en la Cantabria de la posguerra y con la que el autor dice haber encontrado también su propio camino literario; *Diario de un cazador*, quizás la novela más optimista del autor de *El hereje*, a través de la cual nos hace llegar lo que el bedel-cazador anota en su diario con un lenguaje muy expresivo y singular: sus andanzas cinegéticas, sus trances amorosos, su modo de vida...; *Diario de un emigrante*, crónica de una desilusión y observación de la realidad latinoamericana con la mirada de Lorenzo, el mismo protagonista de *Diario de un cazador*; *Las ratas*, texto en el que trata de hacer compatible la estética literaria con la dura denuncia de los problemas sociales; *Viejas historias de Castilla la Vieja*, una defensa del medio rural y una crítica del supuesto progreso de la emigración a la ciudad en busca de mejores condiciones de vida, en muchas ocasiones convertida en una aventura desde la nada al vacío, pero que al mismo tiempo es una llamada de atención política y social ante la inaceptable condena de los pueblos a la despoblación y el abandono, con el consiguiente desequilibrio de todo tipo que lleva consigo; *El disputado voto del señor Cayo*, en la que, valiéndose del marco político de la recién estrenada democracia, Delibes volverá a poner sobre la

mesa la problemática del abandono rural, haciendo una fuerte contraposición entre la visión y la actitud de los jóvenes políticos urbanitas frente al señor Cayo y su oculto enemigo, únicos habitantes de una aldea castellana; en fin, *Los santos inocentes*, que, publicada en 1981, está ambientada en la primera mitad de los años 60 en un cortijo de Extremadura, todo un mundo de humillaciones para la familia de Paco el Cojo y Régula, del que esperan que un día escapen sus hijos, sin que tengan que volver, como vuelve una y otra vez, "la Milana bonita" al hombro de Azarías, ni tengan que orinarse las manos para que no se les agrieten de frío y miseria.

Decir Carmen Laforet es decir *Nada*, una de las mejores novelas españolas del siglo XX y punto de partida de la renovación surgida en el género a mediados del siglo pasado. La obra arranca con la llegada de Andrea, la protagonista, a una Barcelona en la que, como en el resto de España, las brasas de la guerra todavía no se habían convertido en resollo y quemaban como queman las traiciones y denuncias en la memoria de los delatores: "Por dificultades en el último momento para adquirir billetes, llegó a Barcelona a medianoche, en un tren distinto del que había anunciado y no me esperaba nadie.// Era la primera vez que viajaba sola, pero no estaba asustada; por el contrario, me parecía una aventura agradable y excitante aquella profunda libertad en la noche. La sangre, después del viaje largo y cansado, me empezaba a circular en las piernas entumecidas y con una sonrisa de asombro miraba la gran estación de Francia y los grupos que se formaban entre las personas que estaban aguardando el expreso y los que llegábamos con tres horas de retraso.// El olor especial, el gran rumor de la gente, las luces siempre tristes, tenían para mí un gran encanto, ya que envolvía todas mis impresiones en la maravilla de haber llegado por fin a una ciudad grande, adorada en mis ensueños por desconocida.// Empecé a seguir –una gota entre la corriente– el rumbo de la masa humana que, cargada de maletas, se volcaba en la salida. Mi equipaje era un maletón muy pesado –porque estaba casi lleno de libros– y lo llevaba yo misma con toda la fuerza de mi juventud y de mi ansiosa expectación.// Un aire marino, pesado y fresco, entró en mis pulmones con la primera sensación confusa de la ciudad: una masa de casas dormidas; de establecimientos cerrados; de faroles como centinelas borrachos de soledad. Una respiración grande, dificultosa, venía con el cuchicheo de la madrugada. Muy cerca, a mi espalda, enfrente de las callejuelas misteriosas que conducen al Borne, sobre mi corazón excitado, estaba el mar".

Sin embargo, la escritora barcelonesa es la autora de otras novelas de notable calidad, aun sin llegar a la cumbre de *Nada*, así como de un buen nú-

mero de cuentos y novelas cortas (entre ellas *El viaje divertido*, donde sale a relucir cómo el desplazamiento transforma a los personajes, y *El piano*, en el que cobra protagonismo el vagabundeo urbano), de centenares de artículos periodísticos y de algunos relatos y libros de viaje, alimentados estos por su afán de salir tanto de las fronteras geográficas como de las fronteras personales, por su necesidad de "volverse mundo".

Sus travesías se iniciaron a los dos años edad, con el traslado de la familia de Barcelona a Gran Canaria, cuyos pueblos y playas –doradas y tranquilas como dunas o levantadas por un oleaje verde y luminoso– son lugares que quedaron pegados al alma de Carmen como la uña a la carne. A la isla donde, según su propia confesión, pasó los mejores años de su vida, dedicaría su primer libro de viajes: *Gran Canaria*.

Seguramente, la sensación que dice experimentar Andrea, la protagonista de la novela, al llegar a la ciudad condal fue la misma que la vivida por Carmen en el viaje de regreso a su ciudad natal a los 18 años, pocos meses después de terminada la guerra. Para Nuria Amat, una de las mejores condecoradas de la obra de Laforet, "Nada es Barcelona (...). Una ciudad mágica y literaria que la escritora va tratando de apresar mientras se esfuma entre miedos y silencios".

Durante la década de los años 50 Carmen Laforet, ya casada con Agustín Cerezales y madre de varios hijos, vivió una larga temporada en el bullicioso Tánger de la época. Al decir de Jane Bowles, Carmen Laforet tenía el encanto irreal de las hadas y la verdad real de una niña tímida, y, según Emilio Sanz de Soto, quien la introdujo en los círculos literarios y artísticos de la ciudad (puerto y puerta a la vez), Carmen era todavía más admirable como persona que como la extraordinaria autora de *Nada*. En el otoño de 1965 se le presentó la ocasión de viajar de costa a costa de Estados Unidos invitada por el Departamento de Estado norteamericano. El libro *Paralelo 35*, reeditado más tarde como *Mi primer viaje a USA*, nos muestra a la autora en un momento de aturdimiento en su vida personal, dando la impresión de buscar en el viaje más una liberación de las ataduras familiares que un auténtico deseo viajero. En palabras de la propia autora: "No hay juicio personal. Solo puro relato. (...) He tratado de relatar lo que mis ojos vieron con la sorpresa del turista. (...) Para mí, el viaje ha sido una aventura vivida con curiosidad y sin prejuicios. Y eso es lo que quiere transmitir al lector: Si se han sentido divertidos e interesados como yo me sentí al vivir mi relato, mi ambición de cronista quedaría más que satisfecha". No obstante, el viaje sirvió, entre otras cosas, para encontrarse con Ramón J. Sen-

der, con quien mantuvo una relación fluida y entrañable durante los años siguientes, y para descubrir en la isla de Delacroix, en la desembocadura del Misisipi (Luisiana), a la comunidad de pescadores descendientes de emigrantes isleños que todavía hablaban español con acento canario. Tras su separación matrimonial, Carmen realizó algunos viajes por diferentes países europeos y durante la segunda parte de la década de los años 70 fijó su residencia en Roma, de la que regresará definitivamente a Madrid en 1979.

Ignacio Aldecoa es uno de los escritores del siglo XX que muestra una pasión viajera y una exploración literaria más intensas. Su biblioteca parece que estaba bien pertrechada de atlas, mapamundis, artículos y libros de viaje y de aventuras, según contaba su mujer, Josefina Rodríguez (literariamente Josefina Aldecoa), con quien recorrió buena parte de España y medio mundo para alimentar sus sueños viajeros. Aldecoa cultivó las diversas variantes del relato de viajes, pero en ninguno de sus textos, a diferencia de Cela, hace de sus viajeros un personaje, y siempre utiliza la tercera persona. En la revista *Clavijo*, uno de los medios que trataban de renovar el panorama cultural de la época, publicó dos interesantes artículos durante la década de los años 50: uno de ellos referido a su provincia de nacimiento, Álava, *provincia en cuarto menguante*; el otro, es el relato de un viaje de descubrimiento a la provincia de Almería, en la que pasa una Semana Santa recorriendo distintos pueblos de Sierra Filabres: Albanchez, Senés, Tahal, Alcudia de Monteagud ("la maravilla de la Sierra"), Benitaglia y Benizalón, titulado *Paisajes y costumbres. Viaje a Filabres*. A finales de la década de los 50 escribirá por encargo *Paisaje de España*, un breve recorrido por la geografía nacional, en cuya descripción incorpora un buen número de citas de escritores viajeros de diferentes etapas históricas. Por último, a principios de los 60 sacará a la luz dos interesantes libros de viaje: *Cuadernos de Godó*, que el propio autor define como "las notas someras de un dejarse perder por las islas", y el *País Vasco*, en el que da cuenta de sus andanzas por su propia tierra. Además, en su vertiente más ensayística, el maestro del cuento nos dejó perlas como esta: "El corazón del viajero es un cazador de emociones, con futuro de nostalgia".

Juan Goytisolo asegura que desde el otoño de 1956 nunca ha pasado más de dos meses en España. Primero vivió en París; después, en Estados Unidos (California, Boston, Nueva York), y más tarde en Marruecos: al principio en Tánger y luego ya, con carácter definitivo durante más de veinte años, en Marrakesh, junto a la mítica plaza Xemaá-el-Fná, a la que ha dedicado un buen número de páginas, especialmente su *Lectura del espacio de Xemaá-*

El-Fná. Esta pulsión nómada es la que le lleva a desmontar el tópico de que "uno es hijo de donde nace".

Los principales libros de viaje de Juan Goytisolo coinciden con su etapa de realismo social, entran en estrecha relación con su producción novelística de dicho período y nacen de su descubrimiento del sur, de unas tierras que, estando dentro, se sitúan "fuera de España": una Almería convertida en "puerta de África". *Viaje, Campos de Níjar* y *La Chanca* son los libros más representativos de esta etapa en la que, a pesar de la subjetividad que conlleva la utilización del yo narrativo, el autor trata de buscar la mayor objetividad posible para mostrar al lector las condiciones de vida de los más desposeídos y el valor de la solidaridad, esa "fuerza inexplorada que hay en todos nosotros", para salir de la miseria. El escritor, que dice no tener otra patria que la "cervantina", desintegra con el poder explosivo de su escritura "a la llana y sin rodeos" el discurso triunfalista de la clase dirigente española de la "felicidad en la pobreza", de la "alegría andaluza" incluso en las situaciones de desgracia, un discurso que incluso había calado en los propios parias del lugar: "En España no hay el adelanto de otras naciones, pero se vive mejor que en ningún sitio (...). En Andalucía con el sol y un poquito de ná, se las arregla usté y va tirando". *Señas de identidad*, que narra otro viaje, el de un español exiliado en Francia a la Península para recuperar su pasado, supone la ruptura del autor con las propuestas realistas anteriores y el paso al período más experimentalista (cambios de punto de vista, saltos en el tiempo, utilización de la segunda o tercera persona en lugar de la primera, monólogo interior, prosa poetizada y mezcla de géneros), que caracterizará su producción literaria posterior, seguramente en su afán por romper esquemas y de regresar al inicio, a ese momento en el que todo estaba mezclado y no estaban fijados los límites entre los géneros literarios: "Las obras más significativas del siglo XX son las que se sustraen a la tiranía conceptual de los géneros: son a la vez poesía, crítica, narrativa, teatro, etc.".

Goytisolo habla de las razones de todos estos viajes al principio de *La Chanca*: "Europa había dejado de interesarme y comencé a recorrer los pueblos de la Península. Quería conocer la vida de 'los millones de hombres sin historia' de que nos habla Unamuno, de esos hombres 'que se levantan a una orden del sol y van a sus campos a proseguir la oscura y silenciosa labor cotidiana'". En su breve ensayo *Tierras del sur* explica cómo el viaje a Almería se convierte en su "camino de Damasco" particular y cómo en su "caída del caballo" queda atrapado en un dilema indisoluble, el que opone la visión estética a un enfoque exclusivamente moral, de denuncia social: "Me acuerdo que cruzando el río Segura, la belleza del paisaje me deslumbró. El

cielo azul, el color ocre y rosado de la tierra, el amarillo de los trigos no se despistará jamás de mi memoria. Luego, a medida que me aproximaba a Almería y contemplaba sus montañas lunares, sus parameras, sus alberos, el deslumbramiento se convirtió en amor. En mi vida había visto nada parecido. En Sorbas me detuve a beber un vaso de vino en un ventorro y dije: 'Es el país más hermoso del mundo'. El dueño trajinaba al otro lado del mostrador y me miró enarcando las cejas. Su voz resuena todavía en mis oídos cuando repuso: 'para nosotros, señor, es un país maldito'./ Las palabras del ventero, mejor que ningún discurso, me ayudaron a comprender la realidad del problema. Como los millones de turistas extranjeros que visitan anualmente nuestro país, le había hablado en términos de arrobo estético. Su respuesta centraba la cuestión en el terreno justo. Lo que yo juzgaba bello, él lo llamaba, simplemente pobre. Lo que me parecía pintoresco, para él era, tan solo, un anacronismo. (...) El campaneado mito de la pobreza irremediable del sur se deshizo conforme analizaba el asunto con todos sus pormenores". A partir de aquí, la obsesión por diferenciar al viajero, que es una persona o personaje, del turista, que "sólo es un tipo", será permanente en la escritura de viajes del Premio Cervantes.

Entre los libros que plantean algunos de los viajes al extranjero de Goytisolo están: *Pueblo en marcha*, fruto de su visita a una Cuba en plena euforia revolucionaria, en el que el escritor apátrida cumple un triple objetivo: el de viajar a ese lugar del mapa que cuando era niño miraba, señalaba con el dedo y soñaba con ir un día cuando fuera mayor, la búsqueda de las raíces perdidas de su bisabuelo Agustín y la toma de partido político por quienes habían puesto en marcha una nueva utopía socialista, luego también fracasada; *Estambul Otomano*, un libro en el que Goytisolo aborda el viaje a Oriente a través del laberinto físico y cultural de la capital turca y desde una doble perspectiva: conocer de primera mano lo que otros han observado y contado ("un viaje a través de los otros", en el que va contraponiendo pasado y presente) y descubrir al otro desde la propia experiencia ("un viaje hacia el otro", sin necesidad de tener que expiar los propios miedos); *Aproximaciones a Gaudí en la Capadocia*, en el que busca el rastro del gran arquitecto catalán en el insólito paisaje de esta misteriosa región turca, y *Cuaderno de Sarajevo*, publicado por entregas en *El País* y varios de los más importantes periódicos internacionales, en donde se recogen las crónicas como "corresponsal" en la guerra de los Balcanes: "Nadie puede salir indemne de un descenso al infierno de Sarajevo. La tragedia de la ciudad convierte al corazón y tal vez al cuerpo entero de quien la presencia en una bomba presta a estallar en las zonas de seguridad moral de los directa o indirectamente culpables, allí donde pueda causar mayor daño".

Armando López Salinas es coautor de tres interesantes libros de viaje de la década de los 60 encuadrados en la corriente del realismo crítico o realismo social: *Caminando por las Hurdes*, escrito conjuntamente con Antonio Ferres; *Por el río abajo*, fruto de su viaje por el delta del Guadalquivir y de su colaboración con Alfonso Grossó, y *Viaje al paisaje gallego*, un texto que también firma Javier Alfaya. Las tres obras son producto de viajes previos de los autores por las tierras que describen, están escritas en tercera persona, en un lenguaje sencillo, coloquial, espontáneo, pero no por ello pobre, sino todo lo contrario, y las tres tuvieron que bregar con los rigores de la censura franquista, lo que seguramente llevó a sus autores a aprender el arte de la astucia y aplicarlo en creaciones posteriores.

Antonio Ferres publicó en 1964 *Tierra de olivos*, que cuenta el peregrinaje por los pueblos de Jaén y Córdoba de un "chico de Sierra Morena" y familia republicana convertido en viajante de comercio, y lo hace con una prosa eficaz, en la que abundan más los sustantivos precisos que los adjetivos preciosistas, el párrafo breve que la oración subordinada, la exactitud de las descripciones que los diálogos enrevesados.

Alfonso Grossó, en aquellos tiempos un apasionado defensor de "la literatura como arma de combate", escribió otros dos libros de viajes de autoría compartida; el primero de ellos: *Hacia Morella*, escrito en colaboración con José Agustín Goytisolo, no acabaría de ver la imprenta; el segundo, *A poniente desde el Estrecho*, esta vez compartiendo autoría con Manuel Barrios, solo pudo ver la luz casi treinta años después de escrito.

Por su parte, el filólogo y escritor leonés Ramón Carnicer considera que los relatos de viaje son "la mejor escuela de narrar" y a ellos dedica cinco libros, el primero de los cuales, *Donde las Hurdes se llaman Cabrera*, es una crónica de un viaje realizado a principios de los años 60 por la comarca leonesa de La Cabrera, "un mundo sin reloj". Le siguieron en las décadas siguientes: *Nueva York. Nivel de vida, nivel de muerte*, *Gracia y desgracias de Castilla la Vieja, Las Américas peninsulares. Viaje por Extremadura* y *Viaje a los enclaves españoles*.

Frente al retrato de la España rural esbozado por los representantes del realismo crítico, Juan García Hortelano y Juan Marsé nos dejarán en sus obras narrativas, a golpe de ingenio y "palabra justa", una sugestiva visión de la España urbana, representada por las dos grandes ciudades del país: Madrid y Barcelona, respectivamente, visión que será completada con el objetivismo de las estampas de Miguel Delibes sobre distintas capitales de provincia.

Y entre ruralistas y urbanistas se sitúa Francisco García Pavón empeñado en hacer de Tomelloso una gran urbe, sin que por ello se olvide de las referencias al espacio y al transcurrir del tiempo en los parajes manchegos, factores casi tan importantes como las andanzas de sus personajes. Así, nos dejará párrafos cargados de lirismo y realidad para describir el otoño (*La guerra de los dos mil años*), el invierno (*Historias de Plinio*), la primavera (*El reinado de Witiza*) y el verano (*Las hermanas coloradas*); esta última estación abarca en su tramo final el tiempo de la vendimia, cuando "todo el pueblo olía a vinazas, a caldo que fermentaba, a orujos rezumantes...", ese tiempo en el que "las bodegas están llenas y los bolsillos fuellean de esperanza", pues nadie mejor que él sabe que la gente se nutre de la sangre de la tierra, pues, entre otras cosas, el vino "despabila la bellota", "enferia el corazón" y acaso nos hace reflexionar, como al genial cuentista, que "estamos siempre a orillas de la nada".

Otra corriente del realismo, la del realismo fantástico, tiene en el gallego Álvaro Cunqueiro uno de sus grandes precursores. En *Las Mocedades de Ulises* recrea la vida del héroe homérico en su juventud: "Cuento como a mí me parece que sería hermoso nacer, madurar y navegar, y digo las palabras que amo, aquellas con las que pueden fabricarse selvas, ciudades, vasos decorados, erguidas cabezas de despejada frente, inquietos potros y lunas nuevas. Pasan por estas páginas vagos transeúntes, diversos los acentos, variados los enigmas". Los relatos de navegantes expertos, como el viejo Foción, despiertan en Ulises el deseo de navegar, de ver nuevas tierras y mares: "La tierra, Ulises, siempre está lejos, y el mar es en demasía ancho y profundo". Ulises sueña e imagina lugares antes de ir a buscarlos en persona, tal y como le confiesa a Poliades: "He viajado mucho todas estas noches, maestro. Anochecía en Ítaca, pero en mi lecho salía el sol, y levaban anclas mis naves".

De la juventud a la vejez. *Si el viejo Simbad volviese a las Islas* es una fantasía acerca de los últimos años de Simbad el marino, en los que vuelve a su país, Bolanda, para cuidar y proteger sus huertas. Se trata de una sucesión de cuentos en los que nunca está muy claro si son historias que le sucedieron realmente a Simbad o son ensueños derivadas de su melancolía.

En *Merlín y familia* Cunqueiro enlaza las edades extremas al narrar las memorias de Felipe de Amancia, un viejo barquero que consuela su vejez recordando los días felices de su infancia como paje del famoso mago Merlín, quien durante una temporada vivió en Miranda, un pazo de Galicia, donde trataba de solucionar con sus magias los problemas de sus fantás-

ticos visitantes: princesas encantadas, sirenas doloridas, demonios enmascarados, enamorados febriles, etc.

Por su parte, *Las crónicas de Sochanter* las sitúa el polígrafo de Mondoñedo en un tiempo (el de la Revolución francesa) y en un espacio (la región de Bretaña) que, aparentemente lejanos, se sitúan muy próximos al presente, un ahora cercado por la censura franquista que hay que salvar. El hilo narrativo que une todo es la historia de un antiguo hidalgo, que emprende un viaje en carroza cuando lo contratan para tocar el bombardino en el entierro de un destacado personaje de otra ciudad diferente a la suya, y cómo durante el trayecto va conociendo a sus compañeros de viaje hasta descubrir que se trata de una hueste fantasmal de recién ajusticiados que le han secuestrado para que amenice su macabro danzar.

Bajo el título *El pasajero en Galicia*, Álvaro Cunqueiro escribió, a comienzos de los años 50, una serie de artículos para el periódico Faro de Vigo en los que, pueblo a pueblo, ciudad a ciudad, hacía la crónica turística y legendaria de su tierra. Más tarde, fueron recogidas en un libro, junto con otras crónicas de viaje del autor por las rutas de peregrinación y otros textos de distinta procedencia. Otra recopilación imprescindible es la de sus *Viajes imaginarios y reales*, en los que vuelve a viajar a la imaginación y a los recuerdos para crear o soñar memorias y nostalgias.

No pueden faltar en esta referencia a la posguerra algunos textos de los escritores exiliados, cuyo periplo personal y literario comenzó ya en los llamados "barcos de la libertad" que, desde 1939 a mediados de los años 40, trasladaron a más de 25.000 republicanos españoles a México, de acuerdo con el plan de asilo planeado por el Gobierno de Lázaro Cárdenas.

Según cuenta Fernando Serrano Migallón (*Los barcos de la libertad. Diarios de Viaje: Sinaia, Ipanema, Mexique*), a bordo de ellos se escribieron una especie de diarios de viaje en los que, entre otras cosas, se comentaban diferentes aspectos relativos a México para ir conociéndolo mejor, se planteaban proyectos que pudieran resultar útiles al país de acogida y, por supuesto, se recordaba a España, a la que un día "volverán, con el cuerpo o con el pensamiento, los desterrados de este mar, que nos parece de lágrimas" (Antonio Zozaya), o "con los brazos ondeantes y el latido del mar en la garganta" (Pedro Garfias). La convivencia de todos aquellos que veían alejarse su país de nacimiento ("España que perdimos, no nos pierdas"), mientras se aproximaban a la que sería en adelante su patria de adopción ("Con México presente en la esperanza"), la resumió Pedro Garfias cuando ya se

encontraba en la mar entre España y México y significó que muchos proyectos literarios, como el suyo, tuvieran sus primeros esbozos a bordo de barcos como el *Sinaia*, el *Ipanema* y el *Mexique*. Otros importantes destinos americanos a los que se dirigieron los "transterrados" (expresión de José Gaos) durante los años 40 y 50 serían Argentina, Venezuela, República Dominicana, Chile y Estados Unidos. No obstante, el mayor contingente se refugiaría en Francia (alrededor de 200.000 almas), con Toulouse de capitalidad oficiosa del exilio español en el país francés, siendo Gran Bretaña y la Unión Soviética otros países europeos de acogida para varios miles de refugiados españoles.

Uno de aquellos tantos viajeros del *Sinaia* fue Manuel Andújar, pero no fue uno más. Como decía Emilio Salcedo en el prólogo a la obra *Los lugares vacíos*: "Algún día, cuando se escriba completa la historia de nuestras letras en este tiempo, al hablar de Manuel Andújar, en justicia, se tendrá que decir que se fue sin odio, que tornó sin rencor y que su gran debilidad fue sentir ternura por la desmedrada criatura humana y su gran rigor el ser honrado contra viento y marea y demostrarlo escribiendo". Su prosa concentrada, serena, enriquecida por el saber que aporta lo muy trabajado, es un intento por explorar en la entraña de lo español en particular y del ser humano en general. No pudo superar el prolongado desarraigo, la tristeza del olvido, y volvió a España a mediados de los años 60. Su combate ya no estaba en demostrar quién tenía razón, sino en hacer de la cultura y de la ética herramientas transformadoras.

Entre la larga lista de escritores exiliados que dieron lugar a la "España peregrina" destaca la figura de Max Aub, el escritor de las cuatro nacionalidades (francés de nacimiento, español por libre elección, judío por origen y mexicano por adopción). A partir de 1956, año en el que obtuvo la nacionalidad mexicana, Max Aub se transformó en un viajero impenitente hasta las mismas vísperas de su muerte en 1972. Entre ambas fechas se pueden constatar al menos nueve viajes del escritor a Europa, sobre todo a Francia, Inglaterra y España, a la que visitó en dos ocasiones. A su segunda venida corresponde *La gallina ciega*, su "diario español" de 1969, en el que va superponiendo la España idealizada en el exilio y la que encuentra: un país que trataba de entrar en la modernidad agarrada de una mano al turismo y de la otra a los planes de desarrollo diseñados por los tecnócratas del *Opus Dei*, un país en la que los jóvenes no guardaban memoria de lo ocurrido treinta años antes y sus coetáneos escribidores se mueven entre el olvido voluntario y el que se ven obligados. Frente a ella se siente nuevamente "vencido, pero no convencido".

Max Aub quiso viajar, observar y opinar no solo sobre España y Europa, sino también sobre América, Israel o las revoluciones en curso. Este es el motivo de su viaje a Cuba en 1968, cuyo testimonio acerca de la realidad cubana se plasmaría en *Enero en Cuba*: "No hago juicio, doy lo que vi ofreciendo libremente mi sentimiento. Si algo suprimo no es en cuanto a la realidad sino a los respetos humanos. No pronuncio sentencia, sólo las publico. (...) Éste es mi diario de enero de 1968, en Cuba. Cuento; no miento". Asimismo, entre finales de 1966 y principios de 1967, pocos meses antes del estallido de la Guerra de los Seis Días, Aub había viajado por Israel y constatado en sus *Diarios israelíes* el fracaso del proyecto sociopolítico iniciado décadas atrás por las interferencias del nacionalismo y los fundamentalismos religiosos, que habían alejado una construcción nacional fundamentada en el ejemplo de convivencia que el autor observa en una de las cooperativas que estaban transformando zonas áridas del desierto en cultivos prósperos: "Vamos al *kibbutz* donde trabajan a unos veinte kilómetros de Jerusalén. Es uno de los más antiguos, debió de fundarse hace cincuenta años. Mil personas más mil niños. Llegamos en el momento en que iban a cenar: viernes, luna creciente, chateaubrianesca, cantan, dan gracias a Dios, todos ateos, leen un trozo de la Biblia, cantan, uno lee un poema, cantan. Impresión profunda. Imborrable. Ésta es la Jerusalén que buscaba".

El aragonés Ramón J. Sender tuvo en la crónica su mejor arma literaria y, para ello, contó con el mejor aprendizaje: el periodismo, con cuyo ejercicio durante la década de los años 20 y 30 adquirió cierto prestigio, sobre todo a partir de crónicas tan sugestivas como las relativas al famoso "crimen de Cuenca", que primero se publicó en *El Sol* y más tarde proporcionaría la trama de *El lugar del hombre*, y a la sangrienta represión policial de la rebelión campesina de Casas Viejas, que llegó a los lectores en las páginas del periódico *La Libertad* y en el relato *Viaje a la aldea del crimen* (1934). Por ese mismo tiempo emprendió un viaje a Moscú desde donde envió sus impresiones a este mismo periódico, recogiéndose posteriormente sus artículos en el libro *Madrid-Moscú. Notas de viaje*. Durante la guerra participó activamente a favor del Frente Popular y, aunque consiguió evacuar a sus dos hijos, no pudo evitar el fusilamiento de su mujer y de su hermano Manuel. Poco después de la caída de Barcelona decidió exiliarse a América y, tras un breve paso por Francia y por Estados Unidos, llegó con su maleta migrante a México, en donde fundó la editorial Quetzal. Comenzaba un largo exilio, que lo cambiaría todo, tanto su vida personal y actitud frente a los demás como su vida profesional y manera de escribir.

La distancia, la soledad y la necesidad de la memoria para reinventar el pasado le sumergieron en una escritura febril, que propició novelas tan sig-

nificativas como la serie que componen *Crónicas del alba*, *Réquiem por un campesino español* o la poderosa *La aventura equinoccial de Lope de Aguirre* en la que recrea la expedición al Amazonas organizada por Pedro de Ursúa a la búsqueda de El Dorado y la posterior rebelión organizada por Lope de Aguirre.

En estas, y en otras obras menos señaladas, Sender intenta conjurar los malos recuerdos, superponiendo los días felices que alimentaron sus retinas infantiles a los horrores que tuvieron que soportar sus ojos adultos en los años bárbaros. Por las páginas de sus libros desfilan lugares mágicos, episodios de juegos y travesuras en Chalamera de Cinca, de correrías y aventuras en Alcolea, Tauste y Alcañiz, de despertares amorosos en Zaragoza y Huesca... A veces deja de lado la historia para que no interfiera con la biografía planteada: "En Zaragoza, mi tierra, lo que no había visto, lo había soñado. Es como si nada hubiera cambiado". Al Sender de los sobresaltos, de las mudanzas no deseadas, le sigue un auténtico trotamundos, que viaja de un lado a otro del planeta, y, en ocasiones, al fondo mismo de su yo. En su regreso a España en la primavera de 1974 él mismo comenta el cambio operado: "Yo dejé hace tiempo enterrado a José Garcés en un campo de concentración francés, y el Ramón Sender que quedó fue un trotamundos".

Otro de los escritores que llevaba consigo una experiencia literaria fundamentada en una sólida carrera periodística cuando salió para el exilio es Paulino Masip, quien pronto construiría una no menos importante trayectoria narrativa a partir de la publicación de *El diario de Hamlet García*, una singular propuesta novelesca de la guerra por su enfoque original, sus ecos shakesperianos, cervantinos y machadianos, salpicados de cuando en cuando por alguna voz marxista, salida de una garganta grouchiana, y el universo turbado de su protagonista por unos acontecimientos que no acaba de entender: el estafalario Hamlet García, de profesión "metafísico ambulante", y de vocación, dietista. *El diario* estará presente en el resto de la obra de Masip, aunque su narrativa se vaya alejando de la circunstancialidad histórica para adentrarse por los caminos laberínticos del alma y las relaciones humanas, hasta que su mirada cinematográfica, que ya se deja ver en sus *Estampas riojanas* de 1930, acabe por empujarlo hacia el guion y la creación de diálogos únicos. Como el jurista y espléndido narrador Manuel Martínez de Pedroso y el filósofo José Gaos, nunca se sintió un desterrado, sino un "transterrado" en México (*Cartas a un emigrado español*).

México fue el destino principal, pero no el único, de los "emigrados", algunos de los cuales, como el científico Ignacio Bolívar, solo aspiraban ya a "morir

con dignidad". Argentina, Uruguay, Venezuela, República Dominicana, Puerto Rico, Chile, Brasil y Estados Unidos fueron también importantes puertos de acogida a quienes se vieron obligados a elegir otros cielos y otros horizontes. El viaje migratorio de Francisco Ayala lo llevó primero a Buenos Aires, luego a Puerto Rico y finalmente a Estados Unidos. Su camino literario también es de otra índole. El granadino trata de abordar el viaje como la inmarchitable metáfora de la vida humana, y a repasar sus trashumancias interiores dedica *De mis pasos en la tierra*, una colección de ensayos en la cual se combinan las características de la literatura de viajes, fundamentalmente urbana, con rasgos de la literatura autobiográfica apoyados en la memoria (recuerdos de los viajes realizados), la apología y la confesión: "La vida es un viaje muy largo, en mi caso personal con jornadas de vario signo, y es bueno a la postre pararse a contemplar el camino recorrido". Ayala abre al lector el balcón de su prosa para que contemple el siglo XX, para hacerle compartir las estaciones de su vida, para regalarle un instrumento de valoración precisa sobre los distintos tipos de viaje, catalogados de acuerdo con la motivación del mismo.

A Rafael Dieste el estallido de la guerra le pilló trabajando en las Misiones Pedagógicas, de las que fue un activo "misionero". Tras su doble estancia en Buenos Aires, antes y después de sus pasos por Cambridge y Monterrey, volvió a su Rianxo natal a principios de los años 60. Su espíritu renovador lo llevó al teatro, a la poesía, en la que busca tanto al hombre como a la magia de la naturaleza, y a la narrativa, cuya prosa aparece construida con la manera de hablar de los pescadores y de los campesinos gallegos. Aunque no trató la literatura viaria específicamente, "el estilo de su prosa emanaba una deliciosa fragancia de paisaje rústico y aldeano" al decir de Francisco Ayala. En su obra maestra *Historias e invenciones de Félix Muriel* anticipa las actitudes y modos narrativos del realismo mágico.

Si en lo personal puede afirmarse que Rosa Chacel es de los integrantes de la "España peregrina" que más kilómetros recorrió antes, durante y después del exilio, en lo literario a ella más que a ningún otro escritor se le podrían aplicar las palabras de Fernando Pessoa: "Al fin, la mejor manera de viajar es sentir. Sentirlo todo de todas las maneras. Sentirlo todo excesivamente. Porque todas las cosas son, en verdad, excesivas, y toda la realidad es un exceso...". Ella misma lo explica: "Nací en Valladolid el 3 de junio de 1898. Recuerdo los primeros nueve años de mi vida que pase allí, día por día (...) mi afición por la naturaleza era tan experimental como puede ser la de un explorador de la selva o un *globe-trotter* (...). Cumplí los 10 años en Madrid, y mi vida sufrió un cambio total: hice vida de niña, tuve amigas y conocí la ver-

dadera soledad (...). A los 17 años ingresé en la Escuela de San Fernando. Frecuenté el Casón, el Museo y, por último, el Ateneo. Mi posición espiritual estaba sólidamente asegurada. Había conseguido amigos, maestros y, sobre todo, colaboración vitalicia para mis aventuras íntimas (...). Pero entonces empecé a escribir, y puede decirse que a leer (...). A los 23 años salí de España y caí en la Academia de España en Roma, en calidad de pensionada consorte. En los cinco años siguientes, algunos viajes por Europa, una estancia larga en los Alpes de la frontera austriaca y otra en Venecia. Frecuentes vueltas a Roma. Allí logré otro gran periodo de cultivo espiritual, sin relación ninguna con la vida de Italia...". Tras el alzamiento militar de 1936, Rosa firma el manifiesto de los intelectuales antifascistas, pasa a colaborar con la prensa republicana y ayuda a su marido, Timoteo Pérez Rubio, a cumplir con la máxima paulina de "guardar el depósito que te ha sido encomendado" y que no era otro que proteger el patrimonio artístico del Museo de Prado, evacuando sus principales obras a la sede de la Sociedad de Naciones en Suiza. Tras el fin de la guerra, se traslada con su familia a Brasil, alternando breves estancias en Buenos Aires. La concesión de una beca Guggenheim en 1959 le permite trasladarse a Nueva York, tras lo cual vuelve a España y sigue viajando por el mundo. Se instala definitivamente en Madrid con una beca de la Fundación March, aunque visita frecuentemente Río de Janeiro hasta la muerte de su marido, en 1977. Es su período más productivo, en el que se manifiesta como la gran maestra de la aventura íntima, la seguidora fiel del pensamiento de Ortega y Gasset, la innovadora, que nunca escribe un libro más, sino "otro libro nuevo" (Julián Marías). *La sinrazón* es para muchos críticos su mejor novela y seguramente la más ambiciosa: escasa trama, pero larga reflexión sobre el sentido, o mejor, sin-sentido del vivir ("un hombre se habla a sí mismo, pero no se cuenta nada"). Después, *Barrio de Maravillas*, novela que revela la iniciación a una peripecia vital, la suya, que duró casi un siglo, siempre henchida de recuerdos y perspectivas.

El exilio no solo proyectó un destino errabundo para muchos escritores por tierras americanas. Hubo también quienes, ante la violenta terminación del mundo que habían conocido en España, trataron de buscar arraigo en la vieja Europa. Este fue el caso de Arturo Barea, quien llegó a Inglaterra poco antes de que la voz de Fernando Fernández de Córdoba saltara a las ondas para emitir el último parte oficial de guerra, en el que Franco proclamaba la derrota del "ejército rojo". El propio Barea nos describe la llegada: "Desembarqué sin nada. Mi vida estaba partida en dos. No tenía perspectivas, ni país, ni hogar, ni trabajo", por lo que no es de extrañar que se sintiera "aplastado espiritualmente". Sin embargo, en tierras británicas encontró más de lo que esperaba, hizo realidad su ambición de escritor, colmándola con su ala-

bada trilogía de *La forja de un rebelde* (1941-1946), en la que, aparte de todo su entramado personal y colectivo, pueden encontrarse estampas evocadoras del Madrid del primer tercio del siglo XX. Pasados los sobresaltos y angustias de la Segunda Guerra Mundial, pudo disfrutar, junto a su segunda esposa y traductora Ilse Kulcsar, de la paz de la campiña inglesa hasta su muerte, ocurrida dieciocho años después de su salida de España, a la que no tuvo la oportunidad de volver, ni siquiera para comprobar si, tras la lluvia de metralla, Madrid todavía "huele a sol por la mañana" y los pantalones inflados por el viento, como "hombres gordos sin cabeza", siguen colgados en el tendedero de la ribera del Manzanares. Más errabundo resultó el itinerario personal y literario de Jorge Semprún, pues se trata de un largo viaje a la noche insomne del exilio (Francia), la deportación (Buchenwald), la clandestinidad (bajo el pseudónimo de Federico Sánchez) y la autobiografía, que impregna la mayor parte de su obra, escrita fundamentalmente en francés.

En cuanto a los poetas, la metáfora del viaje marca el inicio (*Versos y oraciones de caminante*) y el final (el proyectado *Puesto ya el pie en el estribo*) de la obra poética de León Felipe. El boticario y poeta zamorano viajó primero por el continente africano y, luego, durante el exilio, recorrió América de norte a sur, convirtiéndose en el "viajero sin raíces", en el poeta "más próximo al viento que a la tierra", en el "romero solo que cruza siempre por caminos nuevos, sin que se acostumbre el pie a pisar el mismo suelo", el poeta al que no le interesan las patrias chicas o grandes, la tierra provincial marcada por el mismo río, el mismo cielo, el mismo campo o la misma casa, y que exhorta a los demás poetas a "que sean todos los pueblos y todos los huertos nuestros". Viajero por tierras y mares, amante del tren como medio de transporte, el sino errante del poeta parecía estar escrito en su apellido paterno: Camino. Felipe Camino Galicia de la Rosa. Y, sin embargo, le basta un libro y una ventana de una casa de la Alcarria para sentir el ritmo de la vida. León Felipe no es un viajero al modo de Ulises, sino al de un peregrino que se desplaza entre dos mundos, el terrenal y el celestial, hacia la definitiva morada eterna. Una atenta lectura a su modo de ir redactando la vida a través de los *Versos y oraciones del caminante* nos revela su singular interpretación del peregrinaje. Se despidió con la *Carta de viaje* (1968), dirigida a su pequeño amigo Benito: "La vida, nuestra vida no es más que una/ estación de llegada y de partida/ y la muerte un cambio de tren,/ un pequeño trasbordo./ Detrás de nosotros quedan muchas estaciones/ donde hemos parado ya unos minutos.../ Y delante... mira, Benito,/ mira todas esas estrellas allá arriba.../ todas nos esperan,/ todas son estaciones en espera (...). Hala, hala, hala, a caminar, a caminar/ a viajar... a viajar/ hasta que lleguemos a la Gran Ciudad".

El idioma materno no solo estuvo siempre presente en los exiliados a Hispanoamérica, sino también en los que se asentaron en países con otras lenguas diferentes. Así, Pedro Salinas, en el prefacio a *Todo más claro y otros poemas*, escribía en 1949: "Lejos de mi país, cada vez más mío en mi querer y en mi sueño, viviendo en las hospitalarias tierras de los Estados Unidos, abrazo a mi idioma como a un incomparable bien".

El poeta madrileño que, cuando niño, soñaba con meterse en una carta y recorrer el mundo, consideraba la poesía como un ahondamiento en la realidad y, al definirla, se la planteaba como "una aventura hacia lo absoluto", durante la cual "se llega más o menos cerca, se recorre más o menos camino".

Por último, una alusión al poema de Luis Cernuda titulado *Peregrino*, perteneciente a su último libro de poesía *Desolación de la quimera*, aparecido en 1962 y que, en forma póstuma, se incorporó al libro *La realidad y el deseo*, compilación de su obra poética. El poema plantea el dilema que vive un peregrino entre el regreso y la errancia, entre la realidad y el deseo. Un peregrino que es todos y cada uno de los que formaron aquella España peregrina, que es el reflejo del propio Cernuda y su vida errabunda por los caminos de España y, luego, por Gran Bretaña, Estados Unidos y, finalmente, México, en donde encontrará el calor de la casa de Manuel Altolaguirre. Esto es lo que muestra el espejo frente a la lacerante mirada del poeta (*Desnudo*): "¿Volver? Vuelva el que tenga,/ Tras largos años, tras un largo viaje,/ Cansancio del camino y la codicia/ De su tierra, su casa, sus amigos,/ Del amor que al regreso fiel le espere.// Mas ¿tú? ¿volver? Regresar no piensas,/ Sino seguir siempre adelante,/ Disponible por siempre, mozo o viejo,/ Sin hijo que te busque, como a Ulises,/ Sin Ítaca que aguarde y sin Penélope.// Sigue, sigue adelante y no regreses./ Fiel hasta el fin del camino y tu vida,/ No eches de menos un destino más fácil,/ Tus pies sobre la tierra antes no hollada,/ Tus ojos frente a lo antes nunca visto". De esa condición de "viajero perpetuo" también habla María Zambrano: "De destierro en destierro, en cada uno de ellos el exiliado va muriendo, desposeyéndose, desenraizándose". Esta desposesión de la patria, de la tierra, de las raíces sería abordada algún tiempo después por el poeta Ángel González: "Tú emprendes viaje hacia adelante, hacia/ el tiempo bien llamado porvenir./ Porque ninguna tierra/ posees,/ porque ninguna patria/ es ni será jamás la tuya,/ porque en ningún país/ puede arraigar tu corazón deshabitado".

Sin embargo, la literatura viajera de los años 40, 50 y 60 no quedaría completa si se ignorara a los autores cuya mirada patriótica hace ver una realidad bien distinta: la de una España satisfecha y orgullosa, en consonancia

con la imagen que trata de construir la propaganda del régimen franquista, que vio en el turismo una importante fuente de divisas y una de las principales salidas a la depauperada situación económica (no en balde se crearía el Ministerio de Información y Turismo en 1951 y un año después nacería el Plan Nacional de Turismo). Víctor de la Serna y Espina es el máximo exponente de esta literatura de viajes, cuyo ambicioso proyecto *Nuevo Viaje a España*, una especie de actualización del extenso *Viaje a España* de Antonio Ponz, quedaría frustrado por su muerte poco tiempo después de haber publicado el primer tomo: *Nuevo Viaje a España. La ruta de los foramontanos*, por el que obtuvo el Premio Nacional de Literatura, y escrito el segundo: *Nuevo Viaje a España. La vía del calatraveño*. Un tercer libro, editado a título póstumo, *España, compañero*, es una antología de artículos periodísticos que contiene un buen número de relatos viajeros y todo un posicionamiento frente a los escritores del tremendismo y el realismo crítico y contra la visión que habían ofrecido los escritores románticos extranjeros: "Hay que salir en busca de España, no a gozarse en su atraso y a gozarse en lo pintoresco de su incomodidad; ni hay que hurgar en su pobreza como un buscador de basuras; ni hay que recorrerla como un coleccionista de ruinas; ni salir por ahí con un taco de pan y chorizo, decididos a hacer 'tremendismo' en busca de monstruos en las fondas malas y sin gracia, para incorporarlos a una estética de esparto y 'cocos'. (...) Hay que confiar al periodismo la empresa de 'poner en valor' España". Esta posición sería a su vez duramente combatida algunos años después por el periodista y escritor Jesús Torbado en *Tierra mal bautizada*: "Solamente algún viajero imaginativo como Víctor de la Serna ha visto en Tierra de Campos jardines que no existen, maravillas geográficas irreales y glorias pasadas. Solamente los poetas optimistas han descubierto un 'paisaje literario' tan cruelmente falso que acongoja a cuantos han visto el verdadero paisaje".

Un carácter más narrativo tiene la literatura de viajes de José M^a Gironella, el inventor del best seller español. La producción literaria de Gironella está marcada por tres experiencias vitales claves: su voluntaria participación en la guerra en el bando nacional, sus episodios depresivos y su pasión viajera. Su sueño era correr mundo para conocer otras formas de vida y otros modos de pensar, y no tuvo ningún reparo en ir gastando sus ahorros en visitar y residir en diferentes países de Europa: Francia, Finlandia, Suecia, Alemania..., y en viajar por América y Asia. Seguramente compartía con Ortega la máxima de que "la vida, como la moneda, hay que saber gastarla a tiempo y con gracia". Autodidacta convencido, hombre de gran fuerza de voluntad y artista con la vanidad del gallo, el escritor gerundense es autor de una obra muy variada, en la que tuvieron cabida varios libros de viaje. Sus trabajos

más significativos los realizó durante los 60 y los 70: *Personas, ideas, mares* (un viaje por Egipto, Ceilán y China), *Japón y su duende*, *En Asia se muere bajo las estrellas*, *El Mediterráneo es un hombre vestido de mar* y *El escándalo de Tierra Santa*.

Guillermo Díaz-Plaja supo aunar su vocación literaria y una vida dedicada a la enseñanza con su inquietud viajera, lo que le llevó a recorrer, además de las distintas provincias españolas, numerosos países de Europa, América, Asia y África. Esta armonía otorga a su obra una dimensión particular, que no solo se refleja en sus libros de viajes, sino también en numerosos poemas, en sus ensayos y en sus creaciones novelescas. Díaz-Plaja planteó el viaje como una experiencia viva y utilizó las diferentes posibilidades que le ofrecía la escritura viaria (crónica, reportaje periodístico, carta, relato propiamente dicho, etc.) para conocer otras realidades, aprender de otras culturas y superar el aislacionismo nacional. Entre su primera, *Cartas de Navigar* (publicada en catalán en 1935), y sus dos últimas obras de viajes, *Mis viajes por Asia* y *Mis viajes por Europa* (aparecidas en 1984, año de su muerte), vivió medio siglo de auténtica pasión viajera y desarrolló una escritura rica y cultivada, tanto en español como en catalán, con una singular capacidad para unir paisaje e historia, paisanaje, cultura y arte.

De la década de los años 60 son los libros: *El viajero y su luz*, que contiene un interesantísimo prólogo, que es en realidad un ensayo acerca del viaje, en el que teoriza sobre la curiosidad como modo de vida y de desplazamiento ("vivir es proyectarse hacia afuera"), invita a superar el saber libreresco y los clichés preestablecidos por las guías turísticas con el conocimiento vivo, define el viajar como la manera de "confrontar realidades humanas diversas" y concluye que: "Viajar es tomar conciencia del mundo", y que: "Escribir es describir... Descubrir el arte de adjetivar"; *Con variado rumbo*, donde no solo describe, sino que también interpreta, diversos itinerarios con raíces y culturas muy diferentes, desde las rutas del Cid Campeador hasta los territorios americanos que un día fueron de España y comparten un idioma común, pasando por Italia y sus pequeñas ciudades artísticas y, en contraste con ellas, las grandes metrópolis y los vastos territorios de Estados Unidos; *África por la cintura* es el descubrimiento de nuevos horizontes físicos (paisajes inéditos, como la selva y la sabana), pero también de nuevos horizontes culturales, siendo Etiopía el que le produce un mayor deslumbramiento y fascinación entre todos los países africanos.

En las décadas siguientes verían la luz: *China en su laberinto*, en el que se aventura a dar una visión completa del gigante asiático y su milenaria cul-

tura a partir de una extensa documentación, de su insaciable curiosidad viajera y de su capacidad de observación, aunque el propio autor reconoce la dificultad de la tarea por "la dimensión del tema y la brevedad del contacto"; *El encanto de Europa*, libro que, como sugiere su subtítulo *Viajes y Meditaciones*, no es solamente una recopilación de experiencias viajeras por diversos países del Viejo Continente, sino que presenta también las reflexiones de un europeísta convencido y entusiasta, aunque no carente de temores; finalmente, los dos libros que vieron la luz poco antes de su muerte: *Mis viajes por Asia* y *Mis viajes por Europa*.

Los "años de paz franquista" trajeron otros autores, algunos de los cuales ya habían desarrollado parte de su obra literaria antes del 36. Son los "prosistas de la Falange", o la "otra Generación del 27", como los llamó Francisco Umbral. Se trata de un grupo heterogéneo, cuya evolución en su relación con el régimen franquista fue diversa, pero que presentan en común su vocación europeísta, la manera de viajar con las maletas repletas de cultura hasta sus correspondencias periodísticas o puestos diplomáticos en distintas capitales europeas y el cultivo del artículo literario, aunque también publican sus conferencias, cartas y diarios, al tiempo que parecen desdeñar los géneros largos. Eugenio d'Ors, quizás el referente de todos ellos, Eugenio Montes, Rafael Sánchez-Mazas, Ernesto Giménez Caballero, Rafael García Serrano, Agustín de Foxá, César González-Ruano, Dionisio Ridruejo, Pedro Mourlane Michelena, Agustín de Foxá, Jacinto Miquelarena, José Mª Pemán y Torcuato Luca de Tena constituyen esta pléyade de escritores. A otro ámbito distinto pertenece el filósofo Julián Marías, quien, en 1959, vio cumplido su anhelo infantil de viajar a la India, dejando escrita una serie de artículos, por encargo del diario ABC, que, luego, adquirió formato de libro en *Imagen de la India*: "El hombre que se asoma a este mundo vario, conmovedor, atroz y tierno, que se llama la India, se detiene un momento sobrecogido de respeto y de amor a la realidad, ante la puerta abierta".

Un hecho importante en la literatura de posguerra fue la creación de la editorial Destino (1942) a partir del semanario del mismo nombre que había nacido cinco años antes. Destino comenzó a publicar prácticamente desde su inicio una serie de guías de las regiones españolas de cuya elevada calidad da fe el nombre de algunos autores: Josep Pla (*La Costa Brava, Baleares y Cataluña*), Pío Baroja (*El País Vasco*), José María Pemán (*Andalucía*), Joan Fuster (*El País Valenciano*), Gaspar Gómez de la Serna (*Castilla la Nueva*), Dionisio Ridruejo (*Castilla la Vieja*). Como muestra de la prosa, con frecuencia poetizada, que los autores ponen al servicio del recreo del lector, sirva esta descripción de una de las comarcas de Burgos realizada por Dionisio Ridrue-

jo: "Desde que nos asomamos al Bajo Campoo estamos en una tierra poco pegadiza. Es la Castilla seca; aunque, a modo de transición, encontraremos al norte de Burgos pequeños paraíso, labrados por las aguas en forma de valles, donde duran las hayas, continúan los acebos, van los robles haciéndose más recogidos, comienzan a estirarse los chopos y llevan primavera en flor los árboles frutales". Como Ridruejo, otros autores de la colección recuperan la vertiente del viaje que transformaba al viajero en alguien diferente.

Por último, merece la pena señalar que el Instituto de Estudios Africanos estuvo publicando desde la posguerra a los años 70 una serie de textos que tratan diversos aspectos de los territorios españoles en la región subsahariana, escritos por africanistas expertos en distintos campos, algunos de los cuales, en líneas generales, podrían incluirse bajo el rótulo de "literatura de viajes". Entre ellos son reseñables: *Anecdotario pamue. Impresiones de Guinea*, del empresario y "escritor colonial" Juan Bravo Carbonell; *En el país de los pamues (fang)*, del botánico Emilio Guinea, que se enmarca más en el discurso de divulgación científica que en la tradición del relato de aventuras; y, sobre todo, *La selva humillada*, del prolífico escritor catalán Bartolomé Soler, un texto narrativo híbrido, a caballo entre la literatura de viajes y la novela de aventuras con elementos autobiográficos, en el que el autor deja al lector en la duda de si se trata de una ficción o de un viaje real: "Quizá lo viví... Quizá lo soñé...".

Literatura viajera española en el período democrático

La renovación del realismo crítico que supuso la obra de Luis Martín Santos (*Tiempo de silencio*), la evolución de Juan Goytisolo (también la de su hermano Luis) y la de Juan García Hortelano, la irrupción de Juan Benet, la onda expansiva del impacto de la obra de Rafael Sánchez Ferlosio y los nuevos aires traídos por el boom hispanoamericano, cuyo epicentro estuvo en Barcelona, propiciaron entre la primera mitad de los años 60 (Desarrollismo) y la segunda parte de la década de los 70 (Transición) una nueva manera de hacer literatura. Se trataba de adentrarse por los caminos de la modernidad, de desprenderse de agobios anteriores y "a no rendir otras cuentas que las reclamadas por el lector" (Santos Sanz Villanueva).

Por otra parte, en torno a los 80 aparecieron varios fenómenos interesantes: en primer lugar, fue arraigando cada vez con mayor fuerza la novela de gran público, el *best seller*, un producto más relacionado con el éxito comercial que con la calidad literaria, un tipo de narración que había existido siempre, pero sin la pretensión no ya de ser equiparada, sino de suplantar, a lo que hasta ese momento se había entendido por novela, y cuya principal

característica es su capacidad de atrapar al lector (Luis Goytisolo); en segundo lugar, emergieron con fuerza las llamadas "escrituras del yo" (auto-biografías, diarios, memorias, epistolarios) a la búsqueda de la verdad de uno mismo (Francisco Umbral); en tercer lugar, la aparición de nuevas especulaciones narrativas, como la *autoficción* –seguramente la más importante de la nueva escritura experimental–, que pone en cuestión la expresión del yo del autor y permite construir un nuevo punto de vista y una nueva forma de narrar menos sujeta a la acción, más libre (Anna Caballé).

En medio de este mar por el que navegaba la narrativa española, las velas de la literatura de viajes se vieron impulsadas por el viento favorable de la influencia del reporterismo periodístico. En este sentido, tres son los nombres que marcan el itinerario no ficcional: Manuel Leguineche, Jesús Torbado y Javier Reverte. Junto a ellos, periodistas dedicados a otros menesteres, pero con frecuentes incursiones en el reportaje o la crónica de viajes, como Luis Carandell, Joaquín Meneses y, más recientemente, Alfonso Armada, y toda una relación de novelistas o cuentistas creadores de relatos menos factuales o que se valen de ellos para inventar la realidad, como Terenci Moix, Fernando Sánchez Dragó, Rosa Regàs, José María Merino, Luis Mateo Díez, Juan Pedro Aparicio, Raúl Guerra Garrido, Manuel de Lope, Julio Llamazares, Eduardo Mendoza, Enrique Vila-Matas, Antonio Muñoz Molina, Juan José Millás, Lorenzo Silva, Rafael Argullol... Caso aparte es el de Arturo Pérez-Reverte, escritor de la estirpe de Hemingway, cuya experiencia como corresponsal de guerra añade a sus narraciones un atractivo acercamiento a la cruda realidad. También lo es, por motivos diferentes, la escritura de Alberto Vázquez-Figueroa, un auténtico generador de *best sellers*, cuyas tramas suele ubicar en territorios antes pateados por su inagotable trajinar viajero, o la prosa –a veces, cargada de lirismo– de Francisco Umbral, en cuya obra ocupa un lugar principal Madrid, como síntesis de la España toda y de la renovación de los anteriores *madriles*: los descritos por Galdós, Azorín y Gómez de la Serna. Con esta larga generación de escritores parece intensificarse la evolución de la que habla Geneviève Champeau: "Una mirada panorámica sobre más de un siglo de literatura viajera comprueba una evolución en el sentido de una mayor trabazón de las obras, de una mayor homogeneidad y depuración, de una supeditación de los componentes documentales y ensayísticos a la narración y de la casi desaparición de los rasgos de escritura propios de los discursos del saber".

En 1977, Manuel Leguineche y Jesús Torbado sacaron a la luz *Los topos*, la crónica de los muertos vivos, de ese tercer exilio (los otros dos son los "emigrados" a otros países y el maquis) sufrido por los perseguidos de la

guerra española, que tuvieron que vivir de cuerpo presente, enterrados en cuevas, conejeras, agujeros, nichos, falsos fondos de armario, trasteros abandonados..., al lado de la pasmosa tranquilidad de los "años de paz". Los dos periodistas castellanos tuvieron que recorrer España de cabo a rabo durante varios años y salvar dificultades de todo tipo para ofrecer el testimonio de una realidad poco o nada conocida, "sin alterar ni modificar el testimonio de las palabras escuchadas". El propio Jesús Torbado cuenta la gestación del proyecto para sacar del olvido a los que pudieron ser desenterrados definitivamente a partir del decreto de amnistía del año 1969: "Estábamos a punto de cumplir treinta años, nos veíamos en una taberna de la calle Carretas (...), y allí decidimos, a partir de una minúscula noticia de agencia que había encontrado yo desechar en la oficina, buscar por todo el país, a espaldas de los archivos y de los guardias civiles, a la gente que había estado escondida desde la guerra, hasta más de treinta años, por prudencia y por miedo. Los topos les dijimos. Tardamos casi un lustro en rematar la faena y en ese tiempo vivimos también nuestras propias y pequeñas aventuras (...)" Antes de ir en busca de la historia de los topos, cada uno de ellos había recorrido ya miles de kilómetros y escrito varios relatos de viaje; después, comenta Torbado, "a Manuel le gustaban las guerras y su mundo y se apuntaba a todas. Yo consideré que no había nacido para eso".

En efecto, en 1969, Jesús Torbado publicó un interesante libro de viajes, *Tierra mal bautizada. Un viaje por Tierra de Campos*, en el que da prueba, a pesar de su juventud, de su maestría en el ejercicio de la literatura viajera y en la amplitud de sus horizontes. Es el relato de un periplo de alrededor de seiscientos kilómetros, realizado en el verano de 1966, por la periferia e interior de la comarca castellana en sentido inverso a las manecillas del reloj, partiendo de San Pedro de las Dueñas para terminar en Sahagún, después de pasar por más de un centenar de pueblos, villas y ciudades. La estructura de *Tierra mal bautizada* combina el relato viajero con la información documental (histórica, geográfica, socioeconómica, artística y literaria), que Torbado coloca al frente de cada capítulo. La pretensión es ofrecer un retrato fidedigno de una comarca lastrada por su pasado glorioso, que vivía un presente de marginación y promesas incumplidas. Para ello, el periodista leonés se vale de anécdotas, descripciones, recuerdos, historias, visitas a monumentos, costumbres e impresiones personales, entre los cuales intercala diálogos con los más diversos personajes. De ese mismo año son las crónicas viajeras de *La Europa de los jóvenes*.

A finales de los 80 Jesús Torbado participó en la colección *Los Libros del tren*, editada y financiada por Renfe, con el libro titulado *Camino de plata*. En

esta ocasión el autor narra su peripecia por ciudades y pueblos de la llamada "Ruta de la Plata", desde Astorga a Mérida. Torbado se deja cautivar por la memoria, recuerda otros tiempos, busca la raíz de productos, mercancías y oficios, pasea por las calles de ciudades como Mérida, Cáceres, Zamora, Benavente o Astorga, por los caminos rurales y los distintos rincones de la orilla del Duero, como si fuera un peregrino, se interesa por la historia de unas y otros, y utiliza el visor de su mirada para encuadrar con precisión la imagen literaria que nos quiere transmitir. A lo largo de la década de los 90, Torbado también escribió otros cinco libros de viajes: *Pueblos de España*, *Ciudades de España*, *Paisajes de España*, *Ciudades de Castilla y León* y *España, patrimonio de la humanidad: un viaje por las ciudades, monumentos y lugares inscritos en la lista de la Unesco*.

En su producción más ficcional, Jesús Torbado dice preferir lo que emociona a lo que asombra, las novelas que se pegan a las paredes del corazón que las que se hacen ver en el microscopio de los doctores críticos, afirmando: "yo creo que la novela tiene una cuna muy modesta y en mi caso, prefiero lo que dice Delibes: un hombre, una pasión, un paisaje". De ello dejará numerosas pruebas, como puede comprobarse ya en su iniciática *Las corrupciones*, una invitación al peregrinaje inconformista, a la posibilidad de respirar otros aires, que se convirtió en todo un ícono de la generación de los 60, o en la última de sus novelas, *El imperio de arena*, libro con el que Torbado pretende "levantar la losa de silencio y de olvido que sepultó esa historia de melancolía, heroísmo y terror que sufrió Sidi-Ifni", un enclave colonial en África Occidental, salvajemente hermoso y hostil al mismo tiempo, que España perdió en 1969. Y en medio de ambas obras su narrativa de corte más viajero, como las que se comentan a continuación.

La ballena presenta la vida de tres hombres marginados voluntariamente de la sociedad con la intención de buscar una felicidad que esta no les pude dar. *El peregrino*, novela de picaresca y aventura, escrita con pocos adjetivos, pero con bastante humor e ironía, dividida en dos partes, la primera de las cuales relata el viaje que en torno a la segunda mitad del siglo XI emprende el joven Martin de Châtillon a través del itinerario francés del Camino de Santiago hasta Compostela y pedir al apóstol que libere a su aldea de la peste; la segunda parte cuenta el regreso de Martin a Francia en medio de una serie de aventuras de fondo histórico. Según cuenta el propio autor, *El peregrino* no es un estudio novelado de las peregrinaciones, sino una obra de ficción basada en sucesos reales, que "muestra cómo un individuo puede cambiar caminando". A otro ámbito corresponde *Viajeros intrépidos*, una crónica biográfica de viajes y aventuras de viajeros de todos

los tiempos por los cinco continentes, en la que el lector puede recrearse con anécdotas tan deliciosas como esta de Ibn Battuta (s. XIV): "En el Nilo vi un cocodrilo cerca de la orilla; parecía una barca pequeña. Un día bajé al río para satisfacer una necesidad y fijaos que llega uno de los negros y se sitúa entre el río y yo. Me sorprendió aquella falta de educación y decencia por su parte y más tarde se lo conté a alguien, que me respondió: –Su intención no era otra que protegerte del cocodrilo, colocándose entre tú y él". A finales de los años 90, Torbado convenció a otros doce autores para que publicaran sus experiencias vagabundas menos dichosas en *El peor viaje de nuestras vidas*, libro del que se puede sacar la siguiente conclusión: para un viajero auténtico, todos los viajes merecen la pena.

Manuel Leguineche tenía en su genoma el trozo de ADN que determina el deseo permanente de viajar. Llevaba siempre en su equipaje tres prendas imprescindibles: la curiosidad, el sentido del humor y la humildad. Sus referentes literarios fueron Cela, Delibes y Hemingway, y se aficionó a los viajes a través de los libros de Stevenson, Verne y Conrad. Decía que "viajar es pasear un sueño" y que "un mapa del mundo que no incluya la utopía no merece siquiera una mirada". Para Miguel Delibes se trata de "un creador original que no hacía libros de ficción, ni de guerras, sino de crónicas creativas y humanas". Casi puede decirse que inventó un género propio.

Viajero infatigable, Manu Leguineche recogió en más de 40 libros sus experiencias y reflexiones sobre los acontecimientos más sobresalientes del último tercio del siglo XX, de los que fue un observador en primera línea. El listado completo de sus obras comprende libros de viajes, ensayos, crónicas, reportajes, análisis políticos e históricos, entre los que destacan: la narración de su trepidante vuelta al mundo en todo terreno en los "felices sesenta" recogida en el mágico *El camino más corto*, que toma su título de la cita de Hermann Keyserling con la que se abre el libro: "El camino más corto para encontrarse uno a sí mismo da la vuelta al mundo"; su paseo por los hoteles y lo que ellos vieron y oyeron en *Hotel Nirvana*; su recorrido por Australia en *La tierra de Oz*; el relato de su travesía en trenes y autobuses desde Tijuana a Panamá, pasando por Guatemala, Salvador, Honduras, Nicaragua y Costa Rica, en un tiempo en el que Centroamérica era un auténtico hervidero, cuyo título no puede ser más elocuente: *Sobre el Volcán*; su intento de dar respuesta a la pregunta que el *Sunday Times* se planteaba en el año 1987: "¿Podría hoy Phileas Fogg dar la vuelta al mundo sin utilizar aviones?" es *La vuelta al mundo en 81 días*; la crónica de la denuncia de los desmanes de la familia Marcos durante los veinte años que ostentaron el poder se traduce en *Filipinas es mi jardín*, segundo libro sobre la antigua

colonia española tras *Yo te diré*, dedicado a "los últimos de Filipinas"; el resultado del viaje en el tiempo a la época de la primera Cruzada, tratando de desentrañar las claves por las cuales unos peregrinos guerreros, cargados de brutalidad y romanticismo, se lanzaron a una aventura sin sentido es *El viaje prodigioso* (realizado en compañía de María Antonia Velasco); la biografía del viajero británico Wilfred Thesiger está tratada en *El último explorador*; el transcurrir por la vida de un preso en Mauthausen queda reflejado en *El precio del paraíso*; su paseo amable por la vida termina en *La felicidad de la tierra*; sus explicaciones de la desintegración de Europa en la Segunda Guerra Mundial conforman *Los años de la infamia*; sus crónicas sobre el conflicto que marcó a toda una generación de periodistas (con frecuencia hacía referencia a la cita de su colega americano Michael Herr: "No tuvimos infancias felices, pero tuvimos Vietnam"), sirven para componer *La guerra de todos nosotros: Vietnam y Camboya (1948-1985)*; el traspaso de poder de Inglaterra a China está relatado en *Adiós Hong Kong*; la recopilación de artículos periodísticos sobre los tremendos acontecimientos de 2001 dan lugar a *Recordad Manhattan*. A todo ello hay que añadir sus crónicas sobre la guerra de Afganistán y las de otros conflictos bélicos que han marcado las últimas décadas.

Pero, sin duda, su obra mítica en la literatura de viajes es aquella trepidante vuelta al mundo en automóvil, que comenzó para Leguineche un 24 de febrero de 1965, un día de frío siberiano y cargas policiales en la Ciudad Universitaria de Madrid, un viaje que cambió su vida, el periodismo español y la escritura viajera: "un trabajo precursor de una forma de escribir que ahora está de moda, la que conjuga el reportaje, el periodismo, la actualidad, el compromiso y la literatura" (Javier Reverte). El propio autor desvela cómo se enroló en la Trans World Record Expedition: "Yo tenía poco más de veinte años y toda la vida por delante cuando en el verano de 1964 mi amigo Willy Mettler me habló por primera vez de una vuelta al mundo en coche para batir el récord mundial de distancia, sin repeticiones, con tres periodistas norteamericanos y él mismo como fotógrafo de la expedición. Estaba yo hasta más arriba del gorro de aquella atmósfera opresiva de la universidad y de las tediosas clases de filosofía y letras, especialidad de Filología Italiana. Era el momento de dejarlo todo. Una revista semanal a punto de salir se interesaba por mis reportajes alrededor del mundo. Ganaba 3.000 pesetas mensuales como redactor de una agencia de prensa y malvivía en una pensión del barrio de Argüelles. Unos años atrás había colgado la carrera de Derecho por el periodismo activo y los vagabundeo a través de Europa. Nada me unía de manera sólida a Madrid, ni siquiera una Penélope que tejiera su lienzo a la espera de mi regreso. Necesitaba oxíge-

no, una cura psicoanalítica en forma de viaje, sensaciones nuevas, abandonar mi piel y mudarla como una serpiente. O sea, una evasión rápida de aquel mundo concéntrico, más allá de las columnas de Hércules. Y qué digo, no solo la huida por la huida. Existía la tentación al vuelo metafísico, la afición al riesgo, esa curiosidad de viajar que llevamos dentro desde nuestras primeras exploraciones infantiles. Y si el viaje comporta incertidumbre, ruptura total con lo conocido, mejor que mejor. Las ciudades en que vivimos cada vez se parecen más unas a otras. Es hora de partir a la búsqueda ancestral del paraíso perdido".

Después de una noche de juerga, de porrones de vino de Valdepeñas y de pinchos de tortilla en una tasca del viejo Madrid, próxima a la Plaza Mayor, cantando *Granada y Dolores*, *Lolita*, *Lola*, los periodistas norteamericanos (Harold Stevens, el jefe, columnista del *Washington Post*, trotamundos y persona muy vitalista; Al Podell, ex redactor de *Play Boy*, director artístico de una revista de Nueva York y persona analítica, apegada al orden de las cosas; y Woodrow Stans, redactor de un periódico de Illinois y de carácter hipocondríaco) aceptaron la incorporación de Manu a la expedición. "Chócala vasco, vendrás con nosotros en la vuelta al mundo", dijo finalmente Stevens, aunque pronto le expondría el duro panorama que tenían por delante: "Ahora mismo hay guerra abierta en 35 países, lo que coloca en armas a 38 millones de hombres. Y, aún más importante, los desórdenes y disturbios se suceden en 29 de los 34 países situados en nuestro camino". Todo esto no disuadió en absoluto a Manu, sino todo lo contrario: alimentó sus ganas de aventura, abriéndole cinco sentidos al mundo; el sexto, ya lo tenía abierto de par en par al humor.

La Trans World Record Expedition salió de la Península con dirección al Norte de África un 19 de abril con los tres periodistas estadounidenses, el fotógrafo suizo Willy Mettler y el propio Manu Leguineche a bordo de un Toyota Land Cruiser. Atravesaron Libia (antes de Gaddafi), Irak (cuando Sadam Husein todavía no se había apoderado del país), Líbano (cuando era la Suiza de Oriente Próximo), Afganistán (en los años dorados del rey), después les pilló el estallido de la guerra entre India y Pakistán y, al fin, llegaron a Australia, desde donde tenían previsto regresar a Nueva York. Fueron dos largos años de viaje, más de 60.000 kilómetros recorridos, 30 países de los cinco continentes y multitud de experiencias salpicadas de incidentes, contratiempos, relaciones con personas y personajes de toda calaña que se cruzaron en su camino..., un sinfín de vivencias de todo tipo. Así lo resume el propio autor al principio del libro: "A aquella noche de porrones y tortilla estaba lejos de saber que en el espacio de más de dos años de viaje por el

mundo vendería píldoras con los mercaderes chinos en Tailandia, un mono se comería mi pasaporte en Bangkok, anunciaría el comienzo del fin de la monarquía en Libia, cazaría (es un decir) el tigre en Bengala, la gacela en el Sáhara, el canguro en Australia. Asistiría a las fiestas del agua en Luang Prabang invitado por el rey de Laos, quedaría aislado con mis compañeros en una epidemia de cólera en Afganistán, jugaría al fútbol con el príncipe Norodom Sihanuk en Camboya y con los pelotaris vascos a cesta y punta en el frontón de Manila, caminaría por los Himalayas acompañado del primer hombre que subió al Everest, el sherpa Tenzing Norgay, fumaría la *gancha* con los primeros hippies subidos a Katmandú, pasearía en elefante por la ciudad india de Jaipur en las fiestas del maharajá, tomaría el té con Indira Gandhi, asistiría a la cremación del último rey de Bali, pisaría el paralelo 38 en Corea, comería sesos de mono con unas copas de cóctel de víbora en Hong Kong, me ofrecerían en venta (para mí, para siempre), por 15.000 pesetas, a una muchacha tailandesa cerca de la frontera de Birmania, volaría en helicóptero sobre Vietnam en guerra, estaría a punto de ser fusilado en un pueblecito de la India acusado de ser espía de Pakistán". Todo es descubrimiento, aprendizaje en un libro escrito más de una década después del viaje y que termina contando cómo en agosto de 1978, aprovechando que se encontraba en Nueva York, llama por teléfono a Al Podell y repasa con él el destino de los compañeros de viaje: Willy había muerto en Camboya, Stevens (el jefe) se había perdido en Nueva Guinea y Woodrow desapareció en un monasterio de México. *El camino más corto*, además de libro de viajes único en un momento crucial de cambio social y político en el mundo, lleno de personajes, de historias, de vida, es todo un canto a la libertad.

Siguiendo la estela de Leguineche y Torbado, Javier Martínez Reverte ha sabido actualizar y renovar la literatura de viajes en España en el último cuarto de siglo. Para el periodista y escritor madrileño, que firma sus libros como Javier Reverte, existe una clara relación entre el viaje, la aventura y la escritura, que viene trabada por el ansia de conocimiento. Viajar consiste en "ser capaz de vivir como un evento extraordinario la vida cotidiana de otras gentes en parajes lejanos a tu hogar". Y escribir acerca de viajes es ser capaz de describir los parajes recorridos a la par que se narra la historia y la cultura de dichos lugares. Su afirmación acerca del viajero a África podría aplicarse por extensión a todo auténtico viaje: "Quien visita África una larga temporada ya no es el mismo a su regreso. Y se siente empujado a escribir, como si escribir fuera la única forma de descargar la intensidad de sus emociones".

Desde que se despertara su vocación viajera viendo el mar en Galicia cuando todavía era un niño: "Supe entonces que el mundo era inmenso y que

quería recorrerlo", ha viajado por los cinco continentes, aunque siempre ha tenido una especial predilección por el continente africano, la cuna del hombre. Publicada en la década de los 90, su trilogía de África (*El sueño de África*, *Vagabundo en África* y *Los caminos perdidos de África*), en la que combina sus experiencias directas y reflexiones personales con referencias históricas sobre los lugares visitados (Kenia, Tanzania, Uganda, Sudáfrica, Zimbabue, Ruanda, la República Democrática del Congo, Etiopía, Sudán y Egipto) y las vivencias de otros escritores, ha supuesto uno de los mayores impactos literarios de la escritura viajera de los últimos tiempos y permitido a su autor el despegue definitivo como escritor. Cuando en Kampala llega al final de su primer viaje, le invaden dos sensaciones contrapuestas: por un lado, la melancolía ("El horror de África borraba de mi memoria de golpe la belleza de sus paisajes"); por otro, la placentera sensación de haber cumplido su sueño, lo que le lleva a animar a viajar para "ponernos a prueba ante lo inesperado", a comprobar si aquello que hemos imaginado, escuchado o leído es real: "Creo que el ojo del hombre debe ver las cosas por sí mismo. Respirar con sus propias narices los aromas de las plantas, de los animales y de los otros hombres. Tocar con sus manos las manos de hombres de otras razas. Pisar con sus propios pies las tierras más lejanas (...). El alma del hombre tiene que recuperar la pasión de la aventura, y no esperar a que se la sirvan en la pantalla de un televisor, o en las salas del cinematógrafo". Existe un cuarto libro africano, *Colinas que arden lagos de fuego*, que aborda un viaje posterior por lugares de Kenia y Tanzania antes no visitados. Javier Reverte se siente como un *mzungu*, la palabra suajili con varios significados, entre ellos el que designa a aquel que va de sitio en sitio sin permanecer en ninguno mucho tiempo, un vagabundo que nunca vuelve a casa, un viajero constante, acaso un nómada con las connotaciones orteguianas de "andar y ver" para contarlo.

Pero Javier Reverte no solo ha escrito sobre el continente africano. Es autor también de otras obras en relación a otros continentes: *Corazón de Ulises*, un recorrido por la Grecia actual, Turquía y Egipto; *El río de la desolación*, que narra un recorrido por el río Amazonas que a punto estuvo de costarle la vida a causa de la malaria; *El río de la luz*, un viaje por Alaska y Canadá, en la que sigue la senda de la fiebre del oro y las peripecias de autores como Jack London; *En mares salvajes*, crónica de un viaje al Ártico, que describe su viaje a través del Paso del Noroeste, la ruta marítima del norte canadiense que une el océano Atlántico con el Pacífico a través de aguas árticas; *Un verano en China*, recorrido por la milenaria nación desde Pekín a Shanghai; *New York, New York...*, de la que dice sentirse fascinado ("es la capital de la modernidad") y en la que rastreó las huellas de tantos escritores que han

transitado por las calles de la gran urbe, escenarios cinematográficos, santuarios del jazz, además de "pasear, hablar con los vecinos, ir al mercado, visitar museos y escribir". *Billete de ida* es una antología de sus relatos viajeros y *La aventura de viajar: Historias de viajes extraordinarias*, un libro ecléctico donde narra su vida como viajero, desde las excursiones infantiles hasta sus viajes en solitario como mochilero por los más insólitos lugares, pasando por las crónicas periodísticas de su etapa como corresponsal en Londres, París y Lisboa y los reportajes de guerra que le llevaron por todo el mundo.

Antes de sus relatos africanos, Reverte había realizado una trilogía novelesca sobre Centroamérica, fruto de todo lo que había vivido en aquellas tierras durante la década de los años 80: *Los dioses bajo la lluvia*, centrado en Nicaragua; *El aroma del copal*, sobre Guatemala; y *El hombre de la guerra*, cuya acción transcurre en Honduras. El autor explica por qué se decantó en esta ocasión por escribir tres novelas en lugar de tres libros de viajes: "Sencillamente porque busqué acercarme a la perplejidad del alma humana más que a la crónica de un tiempo amargo. Hay algo de crónica, desde luego, en los libros; y hay viaje, por supuesto. Pero precisaba de la ficción para explicar con mayor vigor y hondura cuanto vi y cuanto viví. Un personaje literario es un ser nuevo, nunca es igual a un hombre que conoces, sino tal vez a la suma de varios hombres, si lo que intentas es retratar mejor la complejidad del alma humana". De la producción novelística de Reverte también destacan las premiadas *La noche detenida* y *Barrio Cero*. Asimismo, se ha adentrado en el género biográfico en *Dios, el diablo y la aventura*, relato de la vida del jesuita español Pedro Páez, el primero en descubrir las fuentes del Nilo, en contraposición a la versión que otorga el hecho al británico James Bruce. Incluso ha buceado en las aguas poéticas. De sus artículos viajeros nos quedamos con el recorrido literario del *Viaje al mar de la literatura*, del que extraemos el siguiente comentario: "No puede uno navegar sus aguas ni recorrer sus litorales sin cargarse el alma de literatura. O por lo menos, sin manifestar una cierta voluntad de abrir los oídos a los cantos de las sirenas en Capri; o al rumor de los pasos que Justine deja en las calles de Alejandría; o al eco de los versos de Virgilio sobre los campos romanos. El Mediterráneo tiene alma mitológica y mística. Pero, sobre todo, posee un alma poética. Muchos de los grandes caminos del mar de la literatura salen desde sus puertos o van a morir en sus orillas. Y cada ola escoge una canción".

Luis Carandell fue un periodista más de oficio que de formación, conversador inagotable, con la mirada burlona y la memoria y la ironía siempre dispuestas. Su sentido del humor lo aplicó a sus crónicas periodísticas y, así,

su *Celtiberia show*, recopilación de sus "acontecimientos reales y no inventados" aparecidos con el mismo nombre en la revista *Triunfo*, fue todo un referente para los jóvenes españoles de los años 60 y 70 ("se muestran a lo crudo y con el mínimo soporte literario posible, las hazañas, andanzas, milagros, ejemplos, decires, gracias, desgracias, ocios y negocios de los celtíberos de nuestros días"). En esa misma revista veía la luz en agosto de 1968 el primer análisis de las *Vacaciones a la española*, siendo el destino elegido para iniciar el periplo Benidorm, "un Barrio de la Concepción, edificado entre la orilla del mar y las montañas color detergente de la Costa Blanca", en el que el veraneante español, con "una ilimitada propensión a presumir de rico y una ilimitada vergüenza de ser pobre", se mezcla con los "informales" turistas extranjeros.

Prolífico escritor de libros de viaje, en su escritura está presente sus años de corresponsal en Egipto, Israel, Turquía, Tailandia, Singapur, Ceilán, India y Unión Soviética, así como su presencia en acontecimientos importantes del siglo XX como la guerra del Yom Kippur, la caída de Haile Selassie en Etiopía o la Revolución de los Claveles en Portugal. *Islandia, La reina de la península de Athos, Turquía, encrucijada entre dos mundos y Oriente medio* son algunos títulos alusivos a sus "relatos extranjeros". De su producción nacional conviene destacar: *Los españoles*, diversos libros dedicados a Madrid (*Vivir en Madrid, Un paseo por Madrid, Paisajes literarios de Madrid, Madrid. Madrid...*), *Castilla-La Mancha, El Camino de Santiago, El Transcantábrico: La magia del norte, La Vía de la Plata, La Andalucía de la sierra, España diversa. Viajes sin destino* es una recopilación de un buen número de ellos en la que se nos invita no a ver, sino a mirar; no a oír, sino a escuchar; no a pasar de largo, sino a detenerse a considerar. En definitiva, a viajar. *Mis picas en Flandes* es un conjunto de estampas neocostumbristas de su ciclo vital como reportero en países tan distintos como el Egipto que destronó a Faruk, el Portugal de la Revolución de los Claveles, el Japón de los años 50 o la URSS de los 70. Pero también sobre distintos rincones del espacio y del tiempo españoles: las míticas Hurdes, los años 60 con sus aires de esperanza, la Transición política a partir del haraquiri de las Cortes franquistas, el fenómeno de la "Movida madrileña" en los años 80... Su pasión viajera no solo le llevó a escribir libros: fundó la primera revista de viajes, *Viajar*, y dirigió la colección "Andar y ver", de la editorial Maeva.

En el momento en el que la obra de Luis Carandell tocaba a su fin, el periodista y escritor gallego Alfonso Armada iniciaba la suya. Siguiendo la línea de Leguineche y Reverte, Armada muestra la evolución del género viático en la literatura española de las dos últimas décadas en el actual contexto de un

mundo globalizado. Además de ser autor de libros de viajes, Armada ha sido corresponsal en el extranjero, enviado especial y reportero de guerra, pero también director de suplementos culturales, dramaturgo y poeta, lo que le lleva a plantear la cuestión de las relaciones entre el relato de viaje, la prensa y la literatura. *Cuadernos Africanos* es un libro duro y desgarrador, con más preguntas que respuestas, sobre el genocidio de Ruanda y otra serie de crónicas periodísticas y viajeras intercaladas, que fueron publicadas en el diario *El País* a lo largo de sus cinco años de corresponsalía en África. Según Armada, "la imagen de África es la de una sociedad que estalla, pero luego en el contacto con sus habitantes descubres cosas que hemos perdido en Occidente; te engancha el contacto humano y su naturaleza apabullante". *España, de sol a sol* contiene las fotografías de su compañera Corina Arranz como un relato complementario al suyo. Armada relega a un segundo plano la función informativa en favor de la función interpretativa, que muestra una cierta intencionalidad polémica (confrontación entre viaje y turismo, ocio y trabajo, asueto y confinamiento, verano y "estación de fugas", lo extra-ordinario y lo infra-ordinario): "Lo que importa no es el viaje en sí, sino llegar cuanto antes para disfrutar del tiempo libre en lugares que se van homologando como sucursales de una cultura global que borra diferencias y anula la posibilidad de conocer y conocerse. Playas, sol, paellas, helados, sonidos, encuentros, olvidos...". Lo que el autor gallego denuncia con una prosa bien elaborada es que hoy no se viaja tanto "en busca de", sino para "huir de", aca- so del tumultuoso vacío en el que estamos instalados. Alfonso Armada y Corina Arranz repiten como compañeros de viaje en *El rumor de la frontera*, un viaje de este a oeste a lo largo de la peligrosa frontera que marca el borde cambiante entre Estados Unidos y México, y también en *Mar Atlántico. Diario de una travesía*, libro publicado primero en lengua gallega, que recoge el viaje realizado a bordo de un carguero entre Montreal y Amberes y que sirve al autor para descubrir que el mar esclarece, ayuda a pensar, a entender mejor a los demás y a entenderse mejor uno mismo.

Nueva York el deseo y la quimera es una hermosa historia de la ciudad en la que "devienen muchos sueños e ilusiones" desde su nacimiento hasta nuestros días, enriquecida con las aportaciones de quien ha ido enriqueciendo "la trama de la ciudad" a través del tiempo y el relato de los más importantes acontecimientos vividos por el autor durante su estancia como corresponsal de *ABC* entre 1999 y 2005, entre ellos el atentado terrorista contra las Torres Gemelas el 11 de septiembre de 2011, los cuales habían ido siendo anotados de forma fragmentaria en su diario a lo largo de esos años. La visión de Armada sobre la metrópoli neoyorquina, antes y después del 11-S, se completa con *Diccionario de Nueva York*, cada una de cuyas en-

tradas puede considerarse como un relato corto o un minicuento, en los que se mezclan los más variados géneros.

Por último, *Sarajevo. Diarios de la guerra de Bosnia* es un viaje de regreso al sitio y a la memoria del gran conflicto bélico que conmocionó a Europa en los estertores del siglo XX y que el autor gallego vivió como corresponsal de guerra de *El País*: "ser enviado especial y poder contar cada día lo que ocurre, asomado a un abismo negro y brillante, te acaba convirtiendo en lo que serás". La denuncia periodística de los horrores que estaban ocurriendo en la pequeña Bosnia no cambió la política europea ni la suerte de los inocentes, pero "contamos lo que vimos como si nos fuera algo hermoso en ello, como si hubiéramos descubierto lo que era imprescindible hacer". Y tras el riesgo, la sonrisa por haber salvado el pellejo. Y, junto a la denuncia, el vivir parapetado en la trinchera más íntima situaciones como la de "sentarte, a compartir los recuerdos, la esperanza hecha pedazos, con alguien que está quemando literalmente su biblioteca para entrar en calor, o que ha convertido su terraza en un huertito, y tiene a los enemigos al otro lado del río, y amasa pan y te lo da a probar, y es el pan más tierno de tu vida, y pasas la noche en su casa de Sarajevo, y te llevas sus cartas de contrabando para echarlas en una estafeta de Madrid, y cada vez que vuelves lo haces con el corazón en un puño, temiendo que le hayan volado la cabeza, la casa, la memoria".

El madrileño Enrique Meneses fue fotógrafo ("cazador de instantes") y corresponsal de varios periódicos y revistas nacionales e internacionales en diferentes países de Asia, África y América. Algunos de sus artículos y reportajes, como el que escribió sobre la Revolución cubana, después de varios meses de convivencia en Sierra Maestra con el ejército de Fidel Castro, tuvieron una gran repercusión mundial. A mediados de los años 50 atravesó África en un viaje de ida y vuelta desde El Cairo hasta Ciudad del Cabo, travesía de la que surgiría su libro *Del Cairo al Cabo*.

Otro de los maestros del columnismo periodístico (de su trabajo diario da cuenta *Una vida articulada*), en este caso en lengua catalana, es Josep Maria Espinàs, que fue además uno de los fundadores de la *nova cançó*. Espinàs cuenta con una amplia obra escrita fundamentalmente en catalán, en la que está incluida la serie de veinte libros *A peu per* (*A pie por*), que cuenta sus caminatas por diferentes comarcas catalanas y del resto de España, como Aragón, País Vasco, Castilla, Extremadura..., y en la que refleja sus vivencias tanto en relación a los diferentes escenarios naturales como a sus gentes y muestra al lector imágenes, frases y todo cuanto va encontrando al paso: "mi vida es la observación".

En cuanto a los escritores que se sitúan en el lado de la literatura de viajes más ficcional y no tanto en el relato de viaje propiamente dicho, merecen la pena citarse algunos nombres que han poblado las estanterías de las librerías españolas durante el último medio siglo. En las páginas de sus libros el lector puede encontrar una aproximación tan variada como interesante al tema del viaje en la literatura.

La primera parada de este recorrido la podemos hacer en la posada literaria de Carmen Martín Gaite (*Entre visillos*, *El cuarto de atrás*, *Nubosidad variable*). Eslabón entre la Generación de la Posguerra y la del 68, la autora salmantina nos dejó en *Visión de Nueva York* un diario en el que cuenta e ilustra con sus dibujos, collages y opiniones más personales su estancia a principios de los años 80 en la metrópoli del arte y la modernidad para impartir una serie de conferencias sobre su obra y la literatura española. Desde una perspectiva más novelesca, ya nos había ofrecido una visión distinta de la ciudad de los "rascacielos de acero y miel" (José Hierro) cuando convirtió la gran metrópoli neoyorquina en el bosque urbano por el que pasaba una caperucita de nuestros días (*Caperucita en Manhattan*).

Madrid era su ciudad, su calle; en Madrid tenía su casa, pero Juan Benet fue un auténtico trotamundos. Dice Javier Marías que conocía España maravillosamente: "Supongo que, a lo largo de sus muchísimos años de ingeniero, la había recorrido de cabo a rabo y la había recorrido además con sabiduría e inteligencia. Ir con él en coche era extraordinario porque sabía exactamente dónde estaba todo lo que valiera la pena verse y en qué restaurante se podía comer".

Aunque había publicado a principios de los asfixiantes años 50 su interesante *Un otoño en Madrid*, su revelación se produjo con *Volverás a Región*, la novela que supuso una ruptura con el realismo que, en sus distintas variantes, predominaba en la literatura española. La acción transcurre en Región, un territorio ficticio, pero descrito con tanta precisión geográfica y detalle que es posible situarlo como un paisaje vivo en la provincia de León (el autor trabajó allí casi una década como ingeniero de caminos). Benet crea la realidad enigmática de Región, a semejanza del mítico condado de Yoknapatawpha de su admirado William Faulkner, y la convierte en motivo central de esta y de cada una de sus novelas posteriores, como *Un viaje de invierno* –tal vez la más enigmática de sus novelas–, en las que no dejará de apreciarse el interés por el desarrollo estilístico y la obsesión por la complejidad del tiempo. Desde un plano más sociológico, Región puede ser considerada como la totalidad de personajes, sucesos y temas sociales que

representan la España del siglo XX, con la guerra del 36 en primer plano, y, un poco más lejos, como un microcosmos de los problemas sociales, políticos y existenciales a los que se enfrenta el hombre moderno. En otro orden literario, Juan Benet invita al lector a recorrer el *Londres victoriano* (1837-1901), poniendo de manifiesto la personalidad de la reina Victoria, la situación social del país tras los efectos de la Revolución industrial, la sensibilidad artística de la ciudad, sus bajos fondos, el ocio y el tiempo libre de los londinenses: boxeo, caza, pubs... Un retrato que se abre con Charles Dickens y se cierra con Arthur Conan Doyle y Oscar Wilde.

Un eslabón diferente se puede encontrar en Aquilino Duque, autor de *El mito de Doñana, Guía natural de Andalucía* (según el propio autor, "más que una guía, que lo es, es un libro de viajes o una geografía pintoresca donde, además de los espacios naturales y las especies animales y vegetales, de vez en cuando asoma el bicho humano en su correspondiente nicho ecológico") y *Crónicas extravagantes*, de las que decía José Jiménez Lozano cuando se publicaron: "Nadie se va a encontrar después de la lectura de estas crónicas sin saber un poco más de bastantes cosas, sin recorrer una hermosa escritura, sin haber visto claro asuntos ordinariamente muy enturbiados y, especialmente, sin haber respirado un aire fresco y no usado. Porque esto es lo que siempre se alcanza en la escritura de Aquilino Duque...".

A Terenci Moix su pasión por Egipto le inspiró *El sueño de Alejandría*, aunque sus libros más viajeros los podemos encontrar en *Crónicas italianas*, *Terenci del Nilo* y *Tres viajes románticos* (fruto de otros tantos viajes por Grecia, Túnez y México), que muestran el apasionamiento del autor de *El peso de la paja* por la aventura viajera, así como su interés por la cultura, la historia, el arte y la arqueología de los países visitados y la "necesidad omnipresente de encontrar asociaciones míticas distanciadas en el tiempo y el espacio".

Junto a la literatura, viajar ha sido la vocación permanente de Rosa Regàs, lo que le ha llevado a recorrer América del Norte y del Sur, África de este a oeste, muchos países de Europa y gran parte de Asia. Algunos han quedado guardados en el equipaje de su memoria, mientras que otros han saltado a sus novelas y, sobre todo, a sus libros de viaje. *Ginebra*, un peculiar ensayo sobre la capital calvinista, realizado por encargo de Eugenio Trías y publicado dentro de la colección *Ciudades* (Destino). *Viaje a la luz del Cham*, basado en las experiencias vividas en un viaje a Siria en la primavera de 1993, la búsqueda por definir el pasado y el aprendizaje de la soledad: "De la claridad de sus desiertos, del rumor de las aguas milenarias, de la hospitalidad

de sus gentes, del descubrimiento de sus mundos recoletos, en una palabra, de lo que busqué, vi y encontré en Siria, trata este libro". Regàs patea desde el valle del Éufrates a los Altos del Golán y pasea por las calles de Damasco, Alepo y Palmira, buscando una nueva mirada que le permita comprender mejor la historia desde la otra cara del Mediterráneo: "Palmira en todo su esplendor se abría ante mí con la suavidad de la luz lunar y de la imaginación que no deja fisuras en el pensamiento". *Volcanes dormidos. Un viaje por Centroamérica* recoge los caminos hechos a pie, a caballo, en avión, barco o *landrover*, cuaderno en mano, compartido con Pedro Molina Temboury: "Parecía que estas tierras de volcanes nos marcaban el camino con sus poderosos montes piramidales, levantando el pico hasta un cielo rojizo del atardecer o marcando su sombra oscura cuando la noche se cernía sobre la tierra. En erupción constante algunos, quietos otros, apagados los demás; y a partir de ellos comenzamos a vislumbrar los episodios de la historia de estas comunidades sometidas a tantos descalabros desde el principio de los tiempos". *España: una nueva mirada* contiene, además de los textos de Rosa Regàs, un álbum de más de cien fotografías, realizadas por una veintena de fotógrafos experimentados, que nos muestran la diversidad de España. La escritora confiesa que el verdadero descubrimiento del mar lo hizo en Cadaqués, a finales de los años 50: "Un pueblo fantástico, divertido y al margen de todo y de todos". Luego, dedicaría al mar, ese mundo aparte, la "otra patria", su serie de relatos recogidos en *Desde el mar* y su novela *Azul*: "El que ha nacido junto al mar, el que aun sin verlo cuenta con el límite azul del horizonte y está hecho a la brisa húmeda y salina que le llega al atardecer, configura su mundo en unos límites a partir de los cuales el paisaje se allana y alcanza el infinito. Y si camina tierra adentro busca detrás de cada loma la línea azul que ha de devolverle la orientación precisa para no sentirse perdido entre montes y llanuras, entre calles y plazas".

En el caso de Manuel Vázquez Montalbán, el viaje está ligado fundamentalmente a la novela policíaca negra, aunque las raíces de su vocación literaria seguramente hay que buscarlas en la poesía y en las vivencias de su infancia en el barrio barcelonés del Raval (su poemario *El viajero que huye* es la metáfora de un largo viaje y una reflexión sobre el alejamiento de las raíces y el regreso a la primera patria, al territorio de la infancia). A partir de ellas su escritura sale a la superficie y crece como un frondoso árbol narrativo que se desparrama en ensayos, novelas (novela negra, memoria, realismo crítico...), artículos periodísticos de diversa índole y nuevas fórmulas narrativas surgidas de ramas injertadas del periodismo y el ensayo en la novela. Su célebre personaje Pepe Carvalho, el detective privado nacido ya escéptico en 1972, le convirtió en un referente de la novela negra, género del que

ha sido uno de los mayores renovadores contemporáneos. A través de las andanzas de Carvalho y su inseparable Biscuter, Vázquez Montalbán ofrece una visión completa del planeta, un mundo que antes de los años 90 se caracterizaba por la mundialización y, a partir de la caída del Muro de Berlín y el desarrollo de internet, por la globalización. A lo largo de la serie de Carvalho Montalbán transita desde los años 60, "la década de las luces", a la llegada del "tenebrismo desesperanzado" del final del milenio. Los diferentes y múltiples escenarios son descritos con muy pocos trazos, que permiten situar al lector en su pasado y en su presente, en su ambiente y en su cultura, al tiempo que hace de sus viajeros pasajeros en tránsito permanente. *Los mares del Sur*, *Asesinato en el Comité Central*, *Los pájaros de Bangkok*, *La rosa de Alejandría* o *Rumbo a Kabul* son ya títulos guardados no solo en el imaginario de los lectores españoles, sino del resto del mundo. Manuel Vázquez Montalbán murió con las maletas puestas, como un personaje de novela, en el aeropuerto de Bangkok un día de otoño cuando regresaba de un viaje a Oceanía. Hacía tiempo que sospechaba que su corazón estaba más cerca de la fragilidad del talco que de la dureza del diamante y que nada se desarrolla de la forma prevista por los libros o la historia. En el fondo, fue un sentimental, antes y después de que nos regalara desde las páginas de la incomparable *Triunfo la Crónica sentimental de España*.

Una aproximación bien distinta es la que plantea Rafael Argullol, el escritor que lleva su entusiasmo por los viajes hasta el punto que desearía para su tumba un epítafio que solo dijera: "viajó". Viajero a todos los rincones del mundo, filósofo, poeta, ensayista, novelista, narrador aforístico y continuo experimentador del lenguaje, el barcelonés plantea así la inseparable relación entre literatura y viaje: "La figura del viajero es esencial en el desarrollo de las civilizaciones. Se ha intentado definir al hombre con fórmulas variadas: *Homo faber*, *Homo ludens*, *Homo sapiens*; todas pueden ser adecuadas, dependiendo del ángulo de contemplación, aunque quizá sea la última la menos aplicable al conjunto de la humanidad si juzgamos por la escasa sabiduría de tantos comportamientos. Me atrevería, no obstante, a reivindicar que la concepción del hombre en cuanto *Homo viator* es tan universal y decisiva como las anteriormente citadas. Si atendemos a la génesis de los procesos artísticos y de las grandes creaciones ideales, no hay duda de que, sin el intercambio viajero, sin los trayectos de estilos e ideas, a menudo a través de vastas extensiones, sería imposible hablar de cultura. Toda cultura es nómada y, al menos en sus orígenes, ha sido sembrada por mentes nómadas (...). El viaje, en sus diversas formas, ha sido a lo largo de la historia una metáfora del deseo y de la libertad, y así lo atestiguan un sinfín

de expresiones antropológicas de todo tipo. No es de extrañar, en consecuencia, que todas las tradiciones literarias estén construidas sobre un fondo de viaje: el viaje de la experiencia individual y de la memoria colectiva". Esta ancestral alianza entre literatura y viaje, entendida aquella como "experiencia + experimento" y este como "nomadismo intelectual y geográfico", está presente tanto en su obra ensayística (*Territorio del nómada*, *Aventura, una filosofía nómada*) como en su obra más experimental (*Encyclopedie del crepúsculo*, *Breviario de la aurora*). Lo mucho recorrido a lo largo de su aventura viajera también alimenta su novelística, como ocurre en *Transeuropa*, obra en la que la travesía de Europa del protagonista, un ingeniero español, se convierte en el río no solo sobre el que tiene que construir un puente, sino también en el espejo de agua donde mirar de frente a su rostro reflejado y, a través de él, a su conciencia, su memoria y su identidad. En *Davalú o el dolor* es la experiencia del dolor real sufrido durante un viaje a Cuba la que le permite reflexionar sobre la naturaleza del dolor y sus efectos en la condición y conducta humanas, trasladando por momentos al lector la sensación de esa palabra inexplicablemente ausente en el diccionario: *condoliente*.

Visión desde el fondo del mar es un libro de viajes distinto, diferente a todo cuanto se ha escrito hasta ahora. Se trata de un viaje hecho de múltiples viajes o acaso una novela en la que el hilo conductor es el viaje inacabado del autor, una narración fragmentaria, escrita de múltiples maneras, durante "seis años de vida monacal", a partir de 33 cuadernos de viajes anotados previamente, que finalmente acaban siendo relatos en los que es difícil separar la realidad de la ficción y distinguir entre las preguntas y las respuestas, relatos en los que se amalgaman las experiencias vividas con la reflexión filosófica concreta y la intuición, y la descripción poética con el aforismo más atrevido. El punto de partida es la convicción de que lo oído un buen día de labios de un pescador encierra una verdad que es, al mismo tiempo, metáfora del existir humano: "Si te atrapa un remolino mientras nadas, no te resistas. Déjate engullir. Cuando llegues a su corazón, él te expulsará hacia arriba, y así te salvarás". Es necesario bajar hasta el fondo del ser humano para salir a flote, aunque solo sea para seguir practicando la respiración. La particularidad del libro llega hasta el extremo de existir una versión para navegantes en internet; se trata de un sitio web (www.visiondesdelfondodelmar.com) que diversifica la lectura del libro con una espiral temática con 24 entradas y un mapa con 24 lugares, los cuales se despliegan en 220 fragmentos del libro y varios cientos de fotografías hechas por el propio autor. Una propuesta para restablecer la unidad primera entre sensaciones e ideas, acaso para seguir dialogando con nuestro pro-

pio corazón y "avanzar por el camino del regreso", al estilo de los héroes homéricos: "Siempre avanzamos por el camino de regreso. Cuanto más nos alejamos, cuanto mayor es nuestra curiosidad por lo desconocido, cuanto más corremos el riesgo de perdernos más cerca estamos de aquel punto de partida hacia el que, quizá sin saberlo, orientábamos nuestra búsqueda" (*El hijo pródigo*).

Alberto Vázquez-Figueroa pasó su infancia en el Sáhara, la adolescencia en Tenerife, donde se enroló en el buque-escuela de Jacques Cousteau hasta conseguir hacerse un experto buceador, y los primeros años de su juventud en Madrid. Tras concluir un periplo en barco alrededor del mundo, pasó un breve período de tiempo en Marruecos, ejerciendo varios oficios, hasta que regresó a España y comenzó a trabajar como periodista: primero, como enviado especial y, más tarde, como corresponsal de guerra. Posteriormente trabajaría en Televisión Española, colaborando en el programa *A Toda Plana*, junto al mítico reportero Miguel de la Quadra Salcedo. Todo este bagaje de aventura y viaje lo puso al servicio de su gran pasión, la literatura, cuando ya había cumplido los 40 años. *Ébano* fue la primera novela con la que adquirió un cierto nombre literario. A esta novela, ubicada en el continente con forma de corazón, le siguieron más de ochenta títulos, entre ellos la exitosa trilogía *Tuareg*, en torno al ancestral pueblo nómada del desierto, la saga *Cienfuegos*, que transcurre en el continente americano, y la serie *Océano*. Conocedor de la contraposición existente entre sus millones de lectores en todo el mundo y la crítica literaria a sus obras, él mismo se reconoce más como "contador de historias" que como buen escritor y afirma que "la línea entre el éxito y el fracaso es tan sinuosa que no vale la pena plantearse los porqués", lo único que tiene que ocurrir es que la historia interese, que "te enseñe mundos que no conocías".

Viajero infatigable desde los años 60, cuando "viajar tenía un componente de descubrimiento y de novedad con el que ha acabado el espíritu globalizador", Fernando Sánchez Dragó muestra sus preferencias por Asia, especialmente India, Nepal, Tailandia y Japón; cuando no está en su refugio soriano de Castilfrío de la Sierra, le gusta perderse por Tokio, Nueva York, París y Bangkok, la ciudad en la que "uno sale de casa sabiendo a dónde va, y sólo Dios o el Diablo, preferiblemente éste último, saben dónde acabará". Según confiesa el creador de la singular *Gárgoris y Habidis. Una historia mágica de España*, "vistos al trasluz, Asia está en casi todos mis libros, pero quizás sea en *El Camino del Corazón* donde más obvia sea su presencia". En *Historia mágica del Camino de Santiago* se convierte en un guía jacobeo, que trata de compartir con lectores y peregrinos "aquellas verdades que han queda-

do escondidas entre tanta hojarasca". Quizás donde se pueda encontrar más claramente expuesta su manera de entender y abordar el viaje como experiencia y como escritura es *Con la vida en los talones*, capítulo perteneciente a *Finisterre. Sobre viajes, travesías, naufragios y navegaciones* (una reflexión sobre el tema del viaje en la que participan otros doce escritores). Dragó define el viaje como "el arte del encuentro y, en última instancia, del encuentro contigo mismo", y aconseja al viajero saltar a lo desconocido, moverse sin meta y según el esquema sin sistema del laberinto, y no viajar desde algo o hacia algo, sino a través de algo, procurando seguir un "camino de perfección".

El espacio geográfico, el territorio, está muy presente en la narrativa de los grandes maestros de la novela y del cuento leoneses, que también han realizado alguna que otra incursión por el relato de viajes. Uno de los autores que con mayor intensidad ha trabajado la relación del individuo con su terreno es Luis Mateo Díez. Con la trilogía formada por *El espíritu del páramo*, *La ruina del cielo* y *El oscurecer* creó su propio territorio imaginario al que nunca ha dejado de viajar: el reino de Celama, metáfora rural y "ventana a lo más hondo y misterioso del corazón humano". Por su parte, el lector aficionado a las rutas literarias encontrará en *Las estaciones provinciales* una clara invitación para pasear por distintos espacios de la capital leonesa, pero quizá sea en *La fuente de la edad*, el pintoresco viaje de un grupo de amigos en busca del legendario manantial de la "eterna juventud" a la montaña occidental leonesa, la que más fibras puede tocar al peregrino con vocación literaria, que se encuentra ante un texto simbólico, pero pegado a la tierra en la descripción precisa de espacios, tipos y costumbres. Y en ese caminar atento con el que ha recorrido su obra, más costumbrista al principio y más expresionista después, Mateo Díez nos va dejando la huella de la única verdad incontrovertible: el único destino cierto del "viaje" es la muerte.

José María Merino, dominador de la narrativa en cualquiera de sus extensiones: novela, cuento, relato breve o microrrelato, ubica varios de sus libros en espacios naturales. El primero de ellos es *El lugar sin culpa*, cuyo escenario es un islote de las Baleares, un parque natural protegido, hasta el que han llegado una serie de profesionales que huyen de algo –cada uno de una cosa distinta– y se afanan por dejar atrás lo que ha provocado su desdicha y desgarrón interior. Así, al referirse a uno de los personajes de la novela, comenta el narrador: "A lo largo de casi ocho meses, la isla se ha ido convirtiendo para ella en un refugio cercano, doméstico, un cobijo que tenía mucho de amniótico, en el que luces y olores, sonido y temperatura, se

ajustaban a sus sentidos como si formasen parte física de su nueva existencia". *La sima*, una reflexión sobre la tendencia a la confrontación de los españoles, la consideración del "fantasma del cainismo" y de la necesidad de su enterramiento en la imaginación colectiva, la sitúa Merino en los montes de León, en un paraje próximo al Camino de las Brañas. *El río del Edén* es el tercer título de la serie. El escritor leonés nacido en La Coruña lleva la novela con la que obtuvo el Premio Nacional de Narrativa al Alto Tajo y la laguna de Taravillas, un territorio de leyendas hasta donde viajan un padre y su hijo con síndrome de Down. El río es "como la memoria y el olvido, lo que queda y lo que pasa", mientras que la laguna tiene un color especial, acaso por los misterios y tesoros que guarda bajo sus aguas. Junto con Juan Pedro Aparicio, Merino emprendió a principios de los años 80 un viaje iniciático siguiendo el curso del río Esla (el Astura de los romanos), que acabaría tomando forma de libro: *Los caminos del Esla*. Desde su controvertido nacimiento a partir de distintos arroyuelos en las estribaciones de los Picos de Europa y su corazón de agua en Riaño hasta su entrada en el Duero cerca de Villalcampo, ambos autores ofrecen descripciones precisas y jugosas reflexiones sobre el pasado y el presente de los territorios leoneses y sus gentes, buscando siempre el testimonio de primera mano. En *El viajero perdido*, Merino plantea a través de once relatos que lo real y lo fantástico, lo cotidiano y lo enigmático, las vigilias y los sueños no son más que aspectos complementarios de una única realidad.

Juan Pedro Aparicio también se aventuró en solitario en la literatura de viajes con su ya clásico *El Transcantábrico*, obra en la que al ritmo del "chacachá del tren" nos va desvelando recuerdos y experiencias a lo largo de la línea ferroviaria hullera que une León con Bilbao (algunos años después de su publicación inspiraría la puesta en marcha del tren turístico con el mismo nombre). Otro tren, en este caso el que recorre el trayecto entre Londres y Leicester, servirá a Aparicio como marco real para una ficción misteriosa y subyugante: *El viajero de Leicester*, en la que el escritor leonés nos viene a decir que nadie muere del todo si alguien guarda memoria de él. *La mirada de la luna* es el relato de diez días entre los nietos de Mao, como indica el propio subtítulo de la obra. Aparicio también ha escrito una guía monumental y turística de León.

Raúl Guerra Garrido se declara berciano por familia y por infancia, madrileño por nacimiento y de corazón, y donostiarra por amor y por toda una vida de convivencia en la ciudad. Estos tres lugares han marcado su vida y su obra, y forjado su carácter: "La dignidad es seguir siendo uno mismo cuando ser uno mismo es lo que más puede perjudicarte" (*La estrategia del out-*

sider). Al territorio leonés le ha dedicado *El año del Wolfram*, novela inspirada en los incansables buscadores de tesoros de El Bierzo y en el codiciado mineral de los nazis. A Madrid, *La Gran Vía es New York*, libro en el que el paisaje humano de la avenida madrileña, construida en su día para unir las estaciones de Norte y de Atocha, es el gran protagonista. En relación al País Vasco, no son pocas las novelas en las que Raúl Guerra nos muestra un espejo de la sociedad vascongada desde una doble perspectiva: la fractura provocada por ETA y la búsqueda de nuevos horizontes: "No soy un ensayista y lo que tengo que decir al mundo que me rodea lo digo en forma de novela, creo que en mi trilogía vasca, *Cacereño, Lectura insólita de 'El Capital'* y *La costumbre de morir*, he dicho cuanto sabía y opinaba al respecto". En *La mar es mala mujer*, Guerra Garrido muestra las esencias duales del País Vasco: "machismo y matriarcado, fábrica y caserío, monte y mar"; es la historia de un maduro y experto capitán de pesca, con profundas raíces vascas y errante al mismo tiempo, que, tras el viaje de prueba de una nueva embarcación, regresa al puerto de Pasajes y se enfrenta a un doble conflicto que resume la crisis de su madurez: "Tengo 57 años y mi único problema son dos, no abandonar la mar y que no me abandone mi futura mujer".

Raúl Guerra es también autor de un libro de viajes propiamente dicho. Se trata de *Castilla en canal*, un ejercicio de memoria histórica y paisajística que el autor hace tras recorrer a pie, "que es como se saborean mejor los paisajes", los más de doscientos kilómetros del proyecto de ingeniería civil más ambicioso de la España del siglo XVIII: un canal que diera salida a Castilla al mar Cantábrico, "un tajo que abre las entrañas del país hacia el norte, en dirección al mar, para poner en valor estas tierras y que los trigos se pudieran comercializar", la invención de un río navegable que no existía, un camino que recorre las luces y la razón en busca del progreso y que, en Frómista, uno de los enclaves mágicos del trayecto, se cruza con el sendero de la fe del Camino de Santiago. Por último, en *El otoño siempre hiere*, Raúl Guerra formula, como buen boticario, este impagable consejo para caminantes valientes (aunque esto seguramente es un pleonasio): "Entre dos caminos, el desconocido; entre dos caminos desconocidos, el prohibido; entre dos caminos desconocidos y prohibidos, el que temas".

Próximo a ellos en lo narrativo, aunque algo más joven en edad, se encuentra el también leonés Julio Llamazares, cuya creación viajera es posterior a la publicación a finales de los años 80 de *La lluvia amarilla*, crónica novelística de una España cada vez más menguante desde la posguerra a causa de la despoblación: la España rural. El relato se construye mediante una síntesis de fantasía y paisaje a través del monólogo-evocación de Andrés

de Casa Sosas, el último habitante de una aldea perdida en el Pirineo aragonés, y una trama metafórica casi permanente. La "lluvia amarilla" envejece los recuerdos y las imágenes de otro tiempo, que únicamente perdurarán mientras viva el personaje narrador, pero toda la historia del pueblo, fantasmas incluidos, desaparecerán con él: "Los días eran largos, perezosos, y la tristeza y el silencio se abatían como aludes sobre Ainielle. Yo pasaba las horas vagando por las casas, recorría las cuadras y las habitaciones y, a veces, cuando el anochecer se prolongaba mansamente entre los árboles, encendía una hoguera con tablas y papeles y me sentaba en un portal a conversar con los fantasmas de sus antiguos habitantes".

Entre sus libros de viaje más representativos está *El río del olvido*, narración del viaje a pie que había realizado años antes por la ribera del Curueño, "el solitario y verde río que atraviesa en vertical el corazón de la montaña leonesa", para retratar el mundo de su infancia, hoy desaparecido en buena parte. El libro arranca con la siguiente afirmación: "El paisaje es memoria. Más allá de sus límites, el paisaje sostiene las huellas del pasado, reconstruye recuerdos, proyecta en la mirada las sombras de otro tiempo que sólo existe ya como reflejo de sí mismo en la memoria del viajero o del que, simplemente, sigue fiel a este paisaje". Conforme van discurriendo sus páginas a contracorriente, el libro-río va desvelando un escenario tan hermoso como su prosa, tan espectacular para la vista del viajero, que asiste maravillado al espectáculo que la naturaleza le ofrece, como sobrecogedor para el espíritu del lector. *El río del olvido* es, además, una interesante meditación sobre la experiencia del viajero, que sabe desde siempre que "el camino que recorre no lleva a ningún sitio", y el significado de la literatura de viaje: "No significa para mí más que lo que significan otras, esto es, una forma de indagar en mis ideas y un modo de contrastarla con la realidad que vivo".

Tras os Montes (un viaje portugués) trata de transmitir con el ritmo y la cadera del fado las vivencias del recorrido que el autor realizó por carreteras secundarias a través de la comarca portuguesa del mismo nombre, un territorio que "siendo una anécdota en el mapa, conquistó medio mundo". Por su parte, *Cuaderno del Duero* es la crónica de un viaje inacabado a lo largo de las provincias que recorre el río más caudaloso de la Península ibérica, especialmente la de su nacimiento, Soria. Se trata de la reducción a la mínima expresión del género viajero, un cuaderno de notas escrito con la mayor libertad imaginable. No en balde, para Llamazares "los géneros son meros instrumentos para contar algo". Otro aire tiene *Las rosas de piedra*, primer volumen de un recorrido sin precedentes por la geografía española a través de una particular visión de las catedrales.

Atlas de la España imaginaria es una recopilación de artículos periodísticos, acompañados de ilustraciones y fotografías, realizados con el espíritu del vagamundo, que, como en la canción –dice el escritor leonés–, "es el propio mundo que va girando en torno a ti, no tú porque te propongas serlo". De esta manera, viaja de una punta a otra de la geografía española para descubrirnos lo que hay de literario en ella, seleccionando para ello siete encrucijadas que forman ya parte del imaginario colectivo y que incluyen Babia, Jauja, los cerros de Úbeda, la Isla Barataria, Fuente Obejuna, Pinto y Valdemoro y Las Batuecas.

Más de cien años después de que Azorín tomara un carro en Argamasilla de Alba para recrear las salidas de don Quijote y Sancho, recorrer la geografía española y escribir *La ruta de don Quijote*, Julio Llamazares, en compañía del fotógrafo José Manuel Navia, ha viajado en coche para realizar de nuevo la ruta literaria del famoso hidalgo manchego y escribir *El viaje de Don Quijote*. El camino lo inicia en el Convento de las Trinitarias en Madrid, en cuya cripta reposan los huesos de Cervantes, atraviesa los Campos de Montiel, llega hasta Sierra Morena, se detiene en distintos lugares de La Mancha y en Zaragoza, pero, a diferencia de Azorín, concluye su periplo en la playa de Barcelona, donde el caballero andante se enfrentó al de la Blanca Luna. Llamazares recorre el particular mundo cervantino y comprueba que, junto a las huellas del pasado, aparecen las marcas del presente. Un texto en el que hoy como ayer el lector puede extraer una buena enseñanza a la hora de iniciar un viaje: "La del alba sería cuando el viajero salió de su casa... porque el que no madruga con el sol, no disfruta del día".

A la capital de España le ha dedicado Julio Llamazares dos libros a tener en cuenta: *Los viajeros de Madrid*, que recoge los artículos que había publicado en el periódico Villa de Madrid, y *El cielo de Madrid*, novela en la que el leonés trata de hacernos ver que nada es lo que parece y, así, hay momentos en que la gran ciudad puede semejarse más a una aldea abandonada, como Ainielle, de lo que uno pueda sospechar: "Desde hacia días, Madrid parecía un desierto del que hasta el viento se hubiera ido. Era como un escenario abandonado por sus actores, como un inmenso teatro lleno de polvo y de sombras que se iba convirtiendo poco a poco en un magnífico decorado. Un decorado de asfalto y de piedra, lleno de coches inmóviles, que flotaba como un barco en la calma de los días y que de noche se iluminaba bajo las luces de las tormentas".

Tampoco Manuel de Lope está lejos de esa generación leonesa que trajo en la década de los 80 un nuevo modo de narrar a la literatura española y cu-

jos antecedentes quizás haya que buscarlos en la novela hispanoamericana de los años 60 y 70 (García Márquez, Vargas Llosa, Julio Cortázar, Borges, Juan Carlos Onetti...) y, un poco más allá, en la narrativa francesa y anglosajona de finales del siglo XIX y principios del XX.

Asegura certeramente el escritor burgalés que, al final, lo único que queda de un autor "son un par de títulos y unas cuantas páginas de cada título". Pues bien, tenemos el convencimiento de que, al menos, *Bella en las tinieblas*, obra con la que Manuel de Lope alcanza su plenitud ficcional, perdurará largo tiempo en nuestra memoria literaria, tanto por la trama y descripción de los personajes como por haber elevado a la categoría de protagonista al paisaje en sus diferentes vertientes: mar, prado, montaña, el paraje de un balneario..., mediante la creación de sugestivas atmósferas ("Se alzó sobre las rompientes y desde allí contempló la noche, el mar negro en lenta retirada, el fuego súbito del faro, el cielo estrellado de otoño, lujoso cielo como cabellera de mujer") y la utilización de una prosa frecuentemente poetizada ("inaudible roce de la niebla"). No obstante, tampoco serán fáciles de olvidar los escenarios de otras novelas suyas, de los que un buen número de ellos reflejan su itinerario personal, fuera (Francia, Suiza, Gran Bretaña, Etiopía...) y dentro de España (sobre todo Madrid y la costa cantábrica).

En cuanto a los libros de viaje, Manuel de Lope primero nos advierte que "el espacio del recuerdo no es tan definido como lo desearían los viajeros" y luego se lanza a viajar por toda España con el propósito de conocer y reconocer de qué está formada hoy su materia, lejos de la vieja preocupación de la Generación del 98 por atrapar su esencia espiritual, pues consideraba el autor que revelar su verdad profunda y escondida se ha quedado antigua: "Lo que he querido, sobre todo, es hacer una descripción exacta y real de este país, no entrar en divagaciones. Mi ambición ha sido contar lo que hay. Y entonces he empezado, en primer lugar, por lo geográfico: los ríos, las cuencas, los montes... Luego he prestado atención a lo que ha ocurrido en ese escenario geográfico: la historia (y también el arte). Por último, me he acercado al componente humano, pero no lo he hecho como escritor (salvo en un par de ocasiones en que necesitaba decir que escribía un libro para que me abrieran determinadas puertas), sino como un viajero más que pregunta por lo que desconoce, y he encontrado que hay una profunda identificación de la gente con su lugar de pertenencia (...). España es un país de horizontes muy grandes, de perspectivas muy amplias". *Iberia (La puerta iluminada y La imagen múltiple)* es el registro escrito en dos partes de todo ello. Las descripciones, realizadas con una prosa eficaz, a veces minuciosa,

reflejan lo que ven los ojos del viajero, mientras que las alusiones históricas provienen de esa nueva mirada detallista y objetiva, pues "la historia se aprende interrogando el paisaje". De su otro libro de viaje, *Marsella*, dice el propio autor que: "La idea de Marsella se resume en la contemplación de la rada de noche, una visión para el recuerdo más puro (...), una ciudad donde ninguno de nosotros sanará jamás del instinto de fuga".

Para finalizar este breve recorrido por los caminos literarios del significativo grupo de escritores castellano-leoneses, algún apunte en relación a la obra de Andrés Trapiello, quien da muestra de su querencia por las tierras extremeñas en *Caprichos extremeños*. El autor de *Salón de pasos perdidos*, una "novela en marcha" fundamentada en su colección de diarios, de los que se llevan editados hasta el momento 20 volúmenes, se ha atrevido a plantear en *Al morir don Quijote* el viaje a las Indias que no pudieron realizar Miguel de Cervantes ni su caballero andante, relatando la aventura viajera a tierras americanas de Sancho Panza y el bachiller Sansón de Carrasco en compañía del ama Quiteria y de Antonia Quintana, la sobrina del hidalgo caballero. Asimismo, Trapiello ha planteado en *Días y noches* la ya referida travesía del *Sinaia*, el vapor en el que llegarían a México en 1939 más de millar y medio de exiliados españoles, entre ellos el pintor Ramón Gaya, a quien está dedicada la novela. Trapiello también es autor de dos singulares ensayos: *Viajeros y estables*, dedicado a aquellos escritores y obras de su gusto que se comportan como "viajeros transitorios" o como "huéspedes estables" conforme van viajando de una generación a otra, y *Los Vagamundos*, una invitación al lector a "vagar" por la obra de algunos escritores clásicos y de otros, incomprensiblemente para el autor, menos conocidos.

Un madrileño criado en Valladolid, cuyo nombre tiene una sonoridad literaria inversamente proporcional a la de su seudónimo (Francisco Pérez Martínez vs Paco Umbral), ha hecho del "rompeolas" de la capital resumen de una época y de la propia España, incluso de su propia crónica personal ("la escritura no es más que una forma de lectura de nosotros mismos"). Madrid está muy presente en la obra de Francisco Umbral, y lo hace tanto como una geografía real como un personaje de ficción, bien en su narrativa (*Travesía de Madrid, Madrid-650, Capital del dolor*), en su obra memorialista (*La noche que llegó al café Gijón, Madrid, tribu urbana, Trilogía de Madrid*) o en su crónica periodística (*Spleen de Madrid, Iba yo a comprar el pan, Teoría de Madrid*).

Autor de una torrencial producción articulista, tanto en diarios (*El Norte de Castilla, El País, El Mundo...*) como en revistas, hasta casi convertirla en un

género literario propio, Umbral fue uno de los cronistas que con más lucidez e ironía describió la vida social, política y cultural del país desde el inicio de la democracia hasta los dolorosos atentados del 11-M, así como el movimiento contracultural conocido como "la movida madrileña" durante los primeros años 80: "Lo pegamoide es una de las múltiples huidas de la Historia y del presente que ensaya hoy la juventud (...), supone una prolongación desesperada y sonriente de la propia infancia". Al margen de las tendencias literarias más modernas, sus crónicas resultan una creativa mezcla de calle (es destacable su uso del léxico popular) y cultura (a su prosa contundente une un original lirismo).

No obstante, probablemente sea *Trilogía de Madrid* su obra más destacada entre las dedicadas a la "capital de la gloria y del dolor". Se trata de un breviario del madrileñismo del siglo XX, desde Galdós hasta la "transición rubia", lleno de memorias, hasta el propio estilo, y de algún que otro olvido, desde la Atocha azconiana hasta el Manhattan de Cuzco, desde el Puente de los Franceses hasta la plaza de las Ventas, "una greguería infinita", como la propia "villa y corte", que, como toda población darwiniana, selecciona al más apto o al más cabrón, resume Raúl del Pozo.

Pero, ante todo y sobre todo, trascendiendo sus obras "madrileñas" y el resto de las salidas de su *olivetti*, que rebasa el centenar de libros (*Leyenda del César visionario*, *Un ser de lejanías*, *Los helechos arborescentes...*), Francisco Umbral es el creador de *Mortal y rosa*, una impresionante reflexión sobre la irracionalidad de la muerte de un niño de 6 años, escrita con una prosa poética verdaderamente admirable.

El polifacético y políticamente incorrecto escritor navarro Miguel Sánchez Ostiz es, al decir de Santos Sanz Villanueva, uno de los autores "necesarios para la salud moral de un país". Y él no parece tener más fe indecayible que en la escritura: "Escribir como revancha, escribir como venganza, escribir como sea, pero hacerlo, como ajuste de cuentas permanente, como alegato, como grito de socorro, como testimonio, crónica, cuenta tendida de la peor de las exploraciones, la de uno mismo, como invención, como divertimento y travesura, pero hacerlo". De su vena más viajera pueden entresacarse novelas, como *La calavera de Robinson*; diarios y dietarios, como *Idas y venidas y Rumbo a no sé dónde*; ensayos y crónicas, como *Peatón de Madrid*, *La isla de Juan Fernández*, *Última estación*, *Pamplona*, *Cuaderno boliviano*, *Chuquiago* (recreación del alma de una ciudad misteriosa como La Paz) y *Deriva de la ría: Paisaje sin retorno*; poemarios en busca de "escribir de una vez por todas una verdad, una sola", como *De un*

paseante solitario, *Reinos imaginarios*, *Invención de la ciudad* y *Carta de vagamundos*.

Eduardo Mendoza estaba viviendo en Nueva York y trabajando como traductor de la ONU cuando, en 1975, publicó su primera novela, *La verdad sobre el caso Savolta*; cuatro décadas después, un día de noviembre de 2016, le comunicaron la concesión del Premio Cervantes mientras paseaba por Londres. Durante este tiempo el escritor barcelonés ha compartido distintas residencias en el extranjero con su ciudad natal, al tiempo que desarrollaba una obra literaria que ha conseguido seducir a montones de lectores comunes y corrientes por su escritura llena de encanto, sutileza e ironía. En opinión del crítico José Carlos Mainer, Mendoza es un escritor puramente cervantino, "en el pesimismo tocado de piedad por sus semejantes, en el humor que roza la farsa, en la debilidad por los personajes desvalidos". Quizás esta sea la clave para haber devuelto al lector el goce por el relato y haber sido un ejemplo para un buen número de narradores que vinieron después.

La verdad sobre el caso Savolta marcó la defunción del franquismo en lo social y el cambio del realismo social, apegado al territorio, por una ficción de carácter universalista en lo literario: "Mendoza enseñó a la mayoría de los novelistas que vinieron después qué era escribir con libertad" (Javier Marías). Cuenta las peripecias de Javier Miranda, un joven vallisoletano que viaja a Barcelona a principios del XX en busca de trabajo y se ve inmerso en el panorama de las luchas sindicales, mostrando la realidad social, cultural y económica de la Barcelona de aquella época. En uno de sus últimos "trabajos", la censura franquista calificó el libro como "novelón estúpido y confuso, escrito sin pies ni cabeza", aunque muerto ya el dictador haría un segundo informe con aspiraciones de crítica literaria: "A la trama detectivesca, basada en una rica descripción de los personajes, se suma una buena dosis de humor...". La ciudad condal también ha permitido a Mendoza ambientar la serie de sus novelas policiacas, así como *Una comedia ligera*, ambientada en la Barcelona de la posguerra; *Mauricio o las elecciones primarias*, una novela de la postransición y el desengaño, cuyo marco son las calles de la ciudad condal entre las elecciones de 1984 y la designación de Barcelona como sede olímpica, y, sobre todo, *La ciudad de los prodigios*, una ingeniosa variante de la novela picaresca, soportada tanto por la realidad como por la fabulación, en la que se muestra la evolución social y urbana de Barcelona entre las dos exposiciones universales de 1888 y 1929. Por sus páginas se pasea Onofre Bouvila, que llega a la ciudad mediterránea siendo un inmigrante paupérrimo y va subiendo peldaños en la escalera social mientras se convierte en un especulador inmobiliario sin escrúpulos y llega a la cima del poder financiero y delictivo.

Son pocas las novelas de Mendoza en las que el foco no se pone en su Barcelona natal. *El año del diluvio* lo ambienta en un pueblo catalán regido por un cacique franquista; *Riña de gatos. Madrid 1936* muestra, como si se tratara de "un cuadro de Goya", el periplo de un joven inglés, especialista en pintura española, que llega a la capital de España en la primavera de 1936 para tasar un posible cuadro desconocido de Velázquez; en *La isla inaudita* es la ciudad de Venecia la que aparece como principal escenario.

Mendoza también se ha internado por los vericuetos del viaje fantástico. A principios de los 90 publicó en el diario *El País* una historia por entregas de un extraterrestre que aterriza en Cerdanyola y se pierde en la Barcelona optimista y feliz previa a los Juegos Olímpicos de 1992 disfrazado de diferentes personajes. La historia se convertiría en libro poco tiempo después bajo el título de *Sin noticias de Gurb*, una novela sobre la capacidad de adaptación, que le convirtió en un escritor de humor, "un autor leído por niños, adolescentes y otras personas de mal vivir". La fórmula de la ciencia ficción se repite en *El último trayecto de Horacio Dos*, un divertido viaje espacial y las anotaciones que en el diario de a bordo va haciendo el comandante de la nave, a cuyo cargo viaja una estrañafalaria tripulación y un pasaje de lo más variopinto. No menos irónico y extravagante resulta *El asombroso viaje de Pomponio Flato*, una parodia del género epistolar que narra las aventuras de un filósofo romano en tierras de Nazaret, donde es contratado por el niño Jesús para salvar de la pena de muerte a su padre José. El escritor Javier Cercas resume así lo que ha significado Eduardo Mendoza en sus más de cuarenta años de creación literaria: "es el escritor que hubiéramos querido ser si no hubiéramos tenido que resignarnos a ser el escritor que somos".

Sin duda, Enrique Vila-Matas es otro de los referentes de la moderna auto-ficción, en la que se trata de fundir realidad y ficción, con un carácter multi-genérico y, a veces, metaliterario: "Pensaba que iríamos hacia una literatura acorde con el espíritu del tiempo, una literatura mixta, donde los límites se confundirían y la realidad podría bailar en la frontera con la ficción, y el ritmo borraría esa frontera". Es lo que ocurre en *Doctor Pasavento*, un texto que gana en intensidad a medida que el narrador y protagonista va encarnando su laboriosa desaparición desde un viaje a Sevilla y su refugio en una calle de París hasta su ocultamiento en un hotel de Nápoles y su visita al manicomio suizo donde su admirado Robert Walser vivió años apartado del mundo, alejado del poder y la grandeza literaria que tanta repugnancia le producían, y transformándose en un consumado maestro en el arte de convertirse en nada. Todo un viaje al olvido para descubrir paradójicamente la imposible huida del propio pasado. No obstante, es *El viaje vertical* la

obra en la que Vila-Matas acaricia más la literatura viaria. El viaje aquí novelado es vertical, un viaje sin retorno, una caída hacia el fondo del infinito, hacia el fondo de uno mismo..., hacia el abismo de la nada. El libro desarrolla la última peripecia del septuagenario Federico Mayol, un empresario nacionalista catalán, que ante la derrota familiar y el fracaso del éxito empresarial conseguido emprende un "viaje vertical" en doble sentido: hacia el sur geográfico (desde Barcelona hasta Madeira) y hacia el sur de sí mismo (desde su repentina soledad hacia el vacío absoluto). Y en ese recorrido va descubriendo la inutilidad que supone la búsqueda de "un sitio en el mundo", porque todos estamos fuera de lugar y la nada anula toda ambición humana. Pero el libro tiene un segundo protagonista, Pedro, el narrador de la historia, un joven sevillano con aspiraciones de escritor, que dirige el hotel en el que se hospeda Federico en Madeira y que va surgiendo de lo que escribe "como una serpiente surge de su piel", mientras convierte en un viaje hacia la ficción el periplo de Mayol. Para Pedro, "viajar es, sobre todo, un clima, un estar a solas, un estado discretísimo de melancolía y soledad". En la última de sus narraciones, *Mac y su contratiempo*, Vila-Matas aborda varios viajes: el de la historia de la literatura escrita a partir de las variaciones de un primer relato oral; el del propio proceso de creación literaria entendido como la combinación de lecturas, experiencia y experimento, la mezcla de memoria, imaginación y repetición; el del Odiseo que todos llevamos dentro: "Uno siente que, a medida que recorremos el mundo y lo surcamos en todos los sentidos, más nos va envolviendo el fantasma de lo familiar que algún día esperamos recobrar".

Javier Marías es una referencia clave del denominado "hibridismo genérico" y uno de los novelistas más importantes de la actual narrativa tanto a nivel nacional como internacional. Autor de títulos tan reconocibles de las letras españolas como *Tu rostro mañana*, *Negra espalda del tiempo* y *Corazón tan blanco*, también ha sido traductor de escritores tan viajeros como Joseph Conrad y Robert L. Stevenson. Ha vivido en Estados Unidos, donde pasó su infancia, Francia e Inglaterra. Durante algunos años fue profesor en Oxford, lugar en el que se sitúan algunas de sus novelas. Desde hace décadas reside en Madrid y, en ocasiones dice sentirse como "un viajante de comercio", al que los viajes de trabajo le quitan el gusto por otros viajes. *Las huellas dispersas* recogen una colección de textos, en los que se pueden apreciar las huellas inglesas del escritor. Por su parte, *Travesía del horizonte* es una novela de aventuras, que plantea a su vez una parodia de los relatos de aventuras del siglo XIX, un relato dentro de otro relato, cuyo hilo conductor es la atrevida expedición del excéntrico capitán Kerrigan a la Antártida para hombres de letras y científicos. Pero a la aventura marítima de

Kerrigan se añaden otras historias de personajes tan novelescos como él en las que no faltan parodias a algunos de los maestros del género de aventuras. Una de sus últimas creaciones es *Berta Isla*, un texto que gira alrededor de un joven español que vive a caballo entre la cultura española y la inglesa, superdotado para los idiomas, que acaba siendo reclutado como espía; una historia de espionaje, entrelazada con una historia de amor, contada por quien espera no por quien actúa y en la que el lector descubre que la ficción puede llegar a ser la mejor forma de conocernos a nosotros mismos, de quitarnos todos los velos.

Desde mediados de los años 80 Antonio Muñoz Molina ha ido construyendo una sólida obra narrativa que ha evolucionado desde las influencias del cine y del género policiaco hacia la realidad y la propia memoria, siempre con una "prosa lujuriante" (Pere Gimferrer), una autoficción constante y la conciencia de ser preciso y lo más concreto posible, sin que eso obligue a olvidar lo sensorial, sino todo lo contrario, especialmente en lo que se refiere a la mirada fotográfica o artística ("el arte enseña a mirar") y al oído musical. En *El jinete polaco*, Antonio Muñoz Molina trata de evocar desde 1870 y a lo largo de cuatro generaciones la vida del pueblo de Mágina, trasunto de su Úbeda natal, a la que también llevó otras novelas, como *Beatus Ille*, *Beltenebros*, *Plenilunio* o *El viento de la luna*. El protagonista de *El jinete polaco* es un hombre atormentado que primero vive obsesionado por el ansia de irse, de romper todas las abrochaduras del corsé de su pequeño mundo rural que le impide respirar a pleno pulmón, pero, una vez lejos, vive angustiado por la pérdida de ese mundo que ha dejado atrás, por la necesidad de regresar al origen, a la vivienda infantil y juvenil, y reivindicar el patrimonio inmaterial de sus mayores. Frente a este deseo de abandono y de regreso, *Sefarad* se plantea como una novela de fronteras más humanas que geográficas y muestra el riesgo de la pérdida definitiva de la patria primera, el viaje que puede convertirte en un extranjero fuera de tu país y en un extraño para el mundo que has tenido que dejar atrás: "Eres el sentimiento del desarraigado y de la extrañeza, de no estar del todo en ninguna parte, de no compartir las certidumbres de pertenencia que en otros parecen tan naturales o tan fáciles... Eres siempre un huésped que no está seguro de haber sido invitado, un inquilino que teme que lo expulsen, un extranjero al que le falta algún papel... eres el negro o el marroquí que salta a una playa de Cádiz... el republicano español que cruza la frontera de Francia". En este contexto, escuchar el relato de los otros puede ser el camino para encontrarse y contarse a uno mismo. Otra de sus más importantes obras ficcionales, *El invierno en Lisboa*, la novela que acaparó en un mismo año el Premio Nacional de Literatura y el de la Crítica, nos ofrece un largo recorrido urbano, a través de Madrid, San Sebastián y Lisboa.

Desde las *Ventanas de Manhattan* el escritor jienense se asoma a la realidad social de Nueva York, al trasiego del día a día de gentes de todo tipo y condición por "ese gran bazar del mundo entero", a los aspectos culturales y artísticos de la ciudad y a su propio paisaje interior. Trata de sostenerle la mirada a una ciudad que se la desafía de forma incesante y ello le permite, por una parte, desvelar lo que se oculta bajo la apariencia cambiante del gran rastro neoyorquino y, por otra, ampliar su visión de España y Europa, porque "viajar sirve sobre todo para aprender sobre el país del que nos hemos marchado". Precisamente *Sostener la mirada* es el título de su colaboración con el fotógrafo Ricardo Martín sobre Las Alpujarras, mientras que la mirada aprendida del arte es la que sostiene *La Córdoba de los Omeyas*, una obra a mitad de camino entre la literatura y la guía de viajes.

Juan José Millás se adentra en los recovecos de la vida cotidiana como un "fabulador de la extrañeza", para lo que echa mano de las posibilidades que le ofrece ese terreno fronterizo entre la realidad y la ficción. En *El mundo* Millás nos entrega la novela autoficcional de su vida. Tras unas páginas dedicadas al traslado desde Valencia a Madrid, viaje que marcó un antes y un después, Millás va recreando aquellos años de penuria y grisalla en el barrio madrileño de la Prosperidad ("Valencia, desde la distancia, se convirtió entonces no sólo en un espacio luminoso, cálido y con mar, sino en el Paraíso Perdido"), su apertura entre miedos y esperanzas a las experiencias de la vida y su ejercicio de exorcismo personal para comprender cómo aquél chiquillo ha podido convertirse en el escritor que hoy es, al que invitan a dar conferencias hasta en la Universidad de Columbia. Otras novelas de Millás tienen escenarios precisos, especialmente Madrid, pero el autor suele estar más pendiente de la tela de araña de sueños y vigilias, de verdades y mentiras, de apariencias y desengaños, de imágenes especulares, con la que se va tejiendo nuestra azarosa existencia y nuestra personalidad a lo largo del tiempo, y de encontrar en los libros la materia oscura que los físicos buscan en las estrellas.

La novela no es la única forma narrativa en la que se muestra el talento de Juan José Millás, para quien la técnica del artículo periodístico y el cuento es la misma, pero a uno lo alimenta la realidad y al otro, la imaginación. Cuando ambos se mezclan y combinan sus moléculas para conseguir la disolución de géneros, surge el *articuento*, una creación personal del escritor valenciano que muestra su amplia gama de procedimientos literarios y un manejo inigualable del humor y la ironía: "crónicas del surrealismo cotidiano dosificadas en perlas". En los siguientes textos se pueden encontrar algunos ejemplos de sus digresiones viajeras: "Cuando no seas capaz de ave-

riguar quién eres, estarás en el extranjero sin haber salido de tu cuerpo" (*El viaje*); "El viaje, a menos que uno se empeñe en visitar las Montañas Rocosas o simplezas por el estilo, sirve para convertirnos en otros. De hecho, cuando llegue usted al salón de su casa no será el mismo" (*El viaje a ninguna parte*); "Yo he perdido la prisa estos días contemplando el mar; el mar tarda más rato que un valium en quitarte la prisa, pero sus efectos son más duraderos y no produce efectos secundarios. Ahora, en el lugar de la conciencia tengo un océano de sensaciones que suben y bajan con los movimientos de la luna. Por fin he perdido el miedo a llegar tarde" (*La prisa*); "De vez en cuando regresa uno al barrio de su infancia y encuentra todo tan cambiado que le cuesta reconocerse en ese mundo hasta que un olor, un rótulo, una esquina, le devuelve de golpe al lugar del que quizá no debería haber salido" (*El peligro de las esquinas*). Los artículos muestran con cierta frecuencia un particular tipo de viaje, muy característico en los escritos de Millás, el viaje al interior del cuerpo humano, cuyas partes parecen funcionar como alegorías del comportamiento individual y social: "Nuestro cuerpo es como una maqueta del universo. Cuando surge un fallo en su funcionamiento, esto indica cierta anomalía de la realidad circundante. Sumergirse en nuestro cuerpo, además, incita a un viaje infinito en las profundidades de nuestra existencia".

Sin embargo, es en sus reportajes ("un género de madurez y en el que más disfruta un escritor") donde mejor se dejan ver sus viajes físicos, aparte de sus viajes mentales. Uno de sus mejores ejemplos es su *Viaje a Japón*, que da cuenta del "viaje marciano" al país de Mishima y Murakami, de Kawabata y Ōe, en compañía del fotógrafo Jordi Socias un año después del desastre nuclear de Fukushima. Así describe el valenciano la capital nipona: "... a la luz del día, Tokio no es Tokio, sino la suma desquiciada de un sinfín de ciudades (...). En ese avispero de más de treinta millones de habitantes no verás un papel en el suelo, no digamos una mierda de perro o una monda de naranja (...). Tokio es la excepción a la fuerza de la gravedad, a los estatutos de la lógica, a la segunda ley de la termodinámica, es un caso monstruoso de entropía inversa donde hasta los retretes públicos tienden al orden...".

Si sus columnas periodísticas limitan, sin fronteras, con el reportaje por el lado más largo, por el más corto lo hacen con los artículos más breves, como los que acompañan a su sección "La imagen" (*El País semanal*), en la que nos ofrece una lectura de la fotografía tras mirarla como a través de los rayos equis y descubrir su razón de ser. Entre ellos hemos encontrado este delicioso pasaje de *Un monstruo en medio de Venecia*: "Fui una vez a

Venecia porque parece que si no has estado allí no eres nadie y yo estoy empeñado desde pequeño en ser alguien (...). Alquilé una habitación con terraza que daba al Gran Canal dispuesto a tirar la casa por la ventana si a cambio de ello entraba la personalidad por la puerta. Al día siguiente de llegar me levanté pronto y salí a la terraza para sentir las cosas que se deben sentir al contemplar el panorama, cuando me di cuenta de que durante la noche había brotado frente a mi hotel un edificio gigantesco como el que se aprecia al fondo de la foto. Luego resultó que no era un edificio, sino un crucero desde cuyos balcones cientos o miles de personas me sacaban fotos como si fuera alguien. Como fotografiaríamos un miércoles si los miércoles se pudieran fotografiar. La pena es que salí en pijama y en pijama, seas quien seas, no eres nadie".

Para el madrileño Lorenzo Silva: "La literatura es el dominio de la memoria, por un lado, y del descubrimiento y la aventura, por otro. Al primero corresponde la evocación de la tierra propia, en la distancia o la proximidad (...). En mi experiencia literaria coexisten ambos impulsos. He escrito sobre y en mi tierra propia: Madrid, donde nací, y Getafe, donde vivo. Varias novelas he situado en cada una de ellas de forma esencial, haciendo del paisaje, incluso, una pieza constitutiva de la intención de la historia. Pero también he escrito una y otra vez sobre y en tierras extrañas: Nueva York, el Rif, Escocia, Polonia, Rusia...". Este texto está incluido en el prólogo de *En tierra extraña, en tierra propia. Anotaciones de viajes*, el territorio literario en el que el autor refleja la amplia y marcada huella de los territorios vitales de los que como persona ha tenido experiencia. El libro es el fruto de viajar fundamentalmente por tierras extrañas (15 relatos de otros tantos viajes por el extranjero y un viaje a Atocha) y de contarlos para que dejen de ser algo ajeno ("contar el mundo es apropiárselo"). Marruecos es un territorio que Silva ya ha hecho suyo a través de sus frecuentes viajes y por haberlo contado en varias de sus novelas y en dos libros de viajes: *Del Rif al Yebala. Viaje al sueño y la pesadilla de Marruecos*, en el que el relato viajero (ocho jornadas al interior del país para descubrir las duras regiones del Rif y Yebala) se mezcla con el ensayo histórico sobre el Marruecos de hoy y de ayer, así como de su relación nunca resuelta con España; las ciudades a las que se refiere el título de *Siete ciudades en África. Historias del Marruecos español* son Alhucemas, Melilla, Nador, Tetuán, Xauen, Larache y Ceuta, urbes que vivieron la influencia española y sobre todo andaluza en distintas épocas históricas, en especial durante el Protectorado español de principios de siglo XX, construyeron su urbanismo a partir de la colaboración entre las dos culturas y fueron habitáculo de personajes novelescos por sus aventuras, su personalidad y sus peculiaridades.

Otros libros de Silva tienen características especiales. *16 ciudades muy, muy importantes* es un libro pensado para los viajeros más pequeños (hecho bastante raro en la literatura de viajes), que puede acceder de una manera amena (el texto de Silva se acompaña de las ilustraciones de Violeta Monreal) a los secretos, los lugares y los personajes más importantes de ciudades como Londres, Nueva Delhi, Nueva York, Madrid, Barcelona, Berlín, París, Tokio, Pekín, El Cairo, Praga, Roma, Buenos Aires, México DF, Sidney o Moscú. *Pasajes* está elaborado a partir de los textos de un blog ("ese engendro a medio camino entre el relato, la reflexión y el dietario"). Se trata, en palabras del propio autor, de "un relato fragmentario, hecho de muchas pequeñas historias, propias y ajena, y siempre al servicio de una reflexión que tiene que ver con las dudas y las incertidumbres que suscita un tiempo repleto de dogmáticos". *Viajes escritos y escritos viajeros* es un ensayo sobre la literatura de viajes, y sobre el viaje como motivo literario. Un referente en los últimos años para los amantes del género viajero. Al margen de su producción viaria, Lorenzo Silva ha sabido actualizar el género negro, conectándolo con la realidad del lector contemporáneo español. Sus libros más reconocidos son los de la saga protagonizada por la pareja de investigadores de la Guardia Civil formada por Rubén Bevilacqua y su ayudante Virginia Chamorro, cuyas maletas han viajado fundamentalmente por España, aunque algunos casos han tenido que resolverlos viajando a países extranjeros.

Viajero inasequible al desaliento es Arturo Pérez-Reverte, primero como reportero de prensa, radio y televisión para cubrir los principales conflictos africanos y centroamericanos del último cuarto del siglo XX, así como las guerras del Golfo Pérsico, las Malvinas o los Balcanes; después, como cartógrafo a la búsqueda de datos y medidas que le permitan representar de forma precisa los lugares en los que se desarrollan las escenas de sus obras literarias. Esta pasión viajera la acompaña el periodista y escritor cartagenero de su respuesta siempre presta a la llamada marinera. Y estas distintas facetas del autor las podemos encontrar buceando en la vasta obra realizada a lo largo de las tres últimas décadas. Así, por ejemplo, pueden hallarse retazos de su vida de reportero en *El pintor de batallas*, una de sus obras más complejas e interesantes, hecha con el tuétano de su memoria. Toda la cartografía geográfica, histórica y literaria de Pérez-Reverte está presente, de uno u otro modo, tanto en *La carta esférica*, una navegación por sus océanos y bibliotecas particulares, desde Homero a Melville, como en las siete novelas que componen la colección de las aventuras del *Capitán Alatriste*, las cuales ofrecen todo un mosaico de escenarios del Siglo de Oro: Nápoles, Flandes, el Madrid de los Austrias, la Sevilla de los

galeones de Indias o las plazas del Mediterráneo donde señoreaba la bandera del Turco son algunos de los lugares a los que nos lleva el intrépido Diego Alatriste. En *Los barcos se pierden en tierra* Pérez-Reverte nos ofrece una recopilación de sus textos y artículos periodísticos sobre barcos, mares y marinos realizados entre 1993 y 2001, haciendo difícil que un lector avezado pueda resistirse a realizar tan gozosa travesía, en la que se verá sorprendido por páginas de un gran lirismo junto a otras más humorísticas y desenfadadas, todo ello dependiendo del viento, el influjo de la luna o la posición de las estrellas en el momento en que las escribió el periodista de inmarchitable vocación marinera.

Dos obras de Pérez-Reverte en las que el viaje cobra protagonismo son *El tango de la vieja guardia* y *Hombres buenos*. La primera de ellas es una novela de amor y aventuras que transcurre en tres tiempos y lugares distintos: las ocasiones en las que se encuentran sus protagonistas, el guapo y canalla Max Costa y la bella y turbadora Mecha Inzunza, esposa del prestigioso compositor Armando de Troeye, quien ha apostado con Ravel a mejorar su famoso bolero con un tango. En *Hombres buenos*, Pérez-Reverte imagina el viaje de Madrid a París y de los avatares en la capital francesa de dos comisionados de la Real Academia de la Lengua (el católico moderado Hermógenes Hermosilla, un erudito traductor de Plutarco, y el anticlerical Pedro de Oñate, un marino retirado dedicado a precisar la terminología de la mar en los debates académicos) para hacerse con un ejemplar de la primera edición de *La Enciclopedia*, el faro de la Ilustración. A pesar de las múltiples dificultades surgidas, la empresa llegará a buen término, a lo que contribuye decisivamente el buen talante de los dos comisionados, a pesar de sus diferencias ideológicas y distintas personalidades.

A otro orden responde el acercamiento de Félix de Azúa a la literatura de viajes. Viaja de ciudad en ciudad (siempre que sea posible, en tren) para ofrecernos una crónica viajera intercalada de meditaciones estéticas y éticas sobre ese espacio pétreo que se ha ido configurando a lo largo de la historia como hogar del hombre desde que lo inventara Caín. Madrid, Barcelona, Sevilla, París, Londres, Berlín, Múnich, Hamburgo, Venecia, Florencia, Nápoles, Praga, Salzburgo, Nueva York... van apareciendo a los ojos del lector en *La invención de Caín* tal y como las ha vivido o imaginado el filósofo y poeta catalán. En uno de sus artículos periodísticos, ¿*En qué novela vives?*?, Azúa relaciona la ciudad con la novela, afirmando que: "Toda ciudad es una novela (lo contrario no es cierto) siempre que el novelista tenga talento espacial y sepa distribuir cada volumen edificado y sus habitantes particulares como un bloque verosímil. Luego están las *Ciudades invisibles*, título de un famoso

libro de Calvino en el que aparecen posibles ciudades según la catalogación que Borges atribuyó a un entomólogo chino: insectos que molestan al emperador, insectos que suenan como el cristal, etcétera. De la misma manera: ciudades que destruyen la memoria del viajero, ciudades que por la noche se pueblan con difuntos antiguos, etcétera. Pero si olvidamos las ciudades invisibles y en cambio nos interesamos por las ciudades imaginadas, no cabe duda de que el gran inventor de las mismas fue Charles Dickens".

Además, para Azúa, cada ciudad ha quedado indisolublemente unida a lo largo del tiempo con aquel escritor que ha sabido transmitir su latido y su respiración: "Cuando imaginamos Londres, incluso si hemos vivido allí o somos turistas habituados a sus calles y monumentos, lo hacemos con los materiales de Dickens, aunque no lo hayamos leído, porque la pintura, la fotografía y el cine han copiado minuciosamente la técnica narrativa de Dickens para distribuir espacios urbanos y distinguir a sus distintos ciudadanos. Dicho de un modo algo violento: Londres será eternamente victoriano mientras no aparezca otro escritor capaz de construir una nueva imagen". Y de la misma manera que el Londres victoriano será una ciudad dickensiana para la eternidad, el París de la gran burguesía decimonónica será proustiano, Praga será el laberinto kafkiano, Dublín el paseo joyceano de Leopold Bloom, Madrid el callejero por el Rastro de Ramón Gómez de la Serna, mientras que Lisboa se empapará de Fernando Pessoa, Buenos Aires de Jorge Luis Borges o La Habana de Guillermo Cabrera Infante. En cualquier caso, "las ciudades, como los sueños, están hechas de deseos y temores" (Italo Calvino), y en la búsqueda de esa salida que les permita colmar su vida, los hombres están condenados a errar para siempre en la ciudad (Thomas Wolfe).

Un escritor a contracorriente es Ángel Vázquez Molina, autor de la más que interesante *La vida perra de Juanita Narboni*, novela en la que presenta a través del monólogo de su protagonista la vida cotidiana del Tánger liberal, en los tiempos que gozaba de estatuto internacional, y lo hace en una lengua, la española, de la que dice en el prólogo: "La verdad es que no siempre se ha conocido y reconocido como se merece esa vital y sorprendente fuerza de adaptación de nuestra lengua. Lengua viajera. Lengua de emigrantes. Mi aportación se reduce a bien poco: tan sólo a una ciudad, a un Tánger que, como quedó dicho, no es ya lo que fue. Hoy la ciudad retorna a su pasado árabe y sería de incautos contradecir a la todopoderosa madre Historia". Vázquez Molina, un escritor "fuera de nómina", construye un testimonio impagable acerca del fin de una época: aquella cuando en la ciudad vivían, entre otros muchos pobladores, los españoles emigrados y, entre ellos, él

mismo. En ese momento, Tánger es una buena manifestación de sociedad pluricultural, con lenguas y religiones diferentes. Coincidir en un mismo espacio ciudadanos de distintas procedencias, con sus lenguas y las tres religiones. Por ello, las muchachas piden novio según sus creencias: "Mira, mi bueno, gracias a Dios hemos nacido en una ciudad donde no somos ni del todo cristianas, ni del todo judías, ni del todo moras. Somos lo que quiere el viento. Una mezcla".

En cuanto a la poesía, tras la guerra, se produce una corriente "social" (Blas de Otero, Gabriel Celaya, José Hierro, Ángel González...) y una corriente "simbolista" (Francisco Brines, José Agustín Goytisolo, Carlos Sahagún, José Ángel Valente...). Sin embargo, estas dos grandes ramas se fueron diversificando tanto con la creciente nómina de autores que se incorporaron a ellas que es la diversidad la que se impone a cualquier intento de uniformidad. Solo la concepción globalizadora de la totalidad de la composición poética, en detrimento de la métrica tradicional o los destellos parciales, puede plantearse como un elemento común. En cualquier caso, en relación al tema que aquí nos ocupa, el del paisaje, el del lugar como espacio en el que se ha acumulado el tiempo, y tiempo en el que se han ido sucediendo las diferentes expresiones de los espacios, es necesario distinguir entre el *ruralismo*, representado fundamentalmente por Claudio Rodríguez, José Antonio Muñoz Rojas, José Manuel Caballero Bonald y, en algunos momentos, por Antonio Gamoneda, y el *urbanismo*, temática predominante y practicada, entre otros, por Jaime Gil de Biedma y la "Escuela de Barcelona" y más recientemente por Eloy Sánchez Rosillo y Luis García Montero.

Claudio Rodríguez componía sus versos mientras caminaba sin prisas por la geografía castellana, sobre todo cuando se echaba a andar por los caminos y lugares de su tierra zamorana, convertida en su mundo particular y universal al mismo tiempo: "creo, aunque parezca una tontería, que el ritmo del andar ha influido en el ritmo de alguno de mis poemas". En Claudio Rodríguez el *ruralismo* aparece de dos formas distintas: una es el carácter campesino y la otra es lo provinciano, elemento característico de los pueblos y pequeñas capitales de provincia. En la primera se podrían situar estos versos dedicados a uno de los árboles más representativos de la flora mediterránea: "La encina, que conserva más un rayo/ del sol que todo un mes de primavera,/ no siente lo espontáneo de su sombra,/ la sencillez del crecimiento; apenas/ si conoce el terreno en que ha brotado". En la segunda, el siguiente pasaje referido a la ciudad de Zamora: "Solo la luz aún tierna pasea estas calles que dan al Duero, al campo, calles que son surcos de la patria. Y, mientras sube de esta tierra una gran calma a juntarse con la que

baja del cielo, no existe el adiós porque aquí todo es presente; no hay pasado, ni porvenir porque aquí todo es eternidad". Y, entre ambas, se sitúa el hombre capaz de contemplar el alma de las cosas: "Cómo veo los árboles ahora./ No con hojas caedizas, no con ramas/ sujetas a la voz del crecimiento (...). Y a los campos, al mar, a las montañas,/ muy por encima de su clara forma/ los veo ...". Por otra parte, en *Oda a la hospitalidad* muestra la necesidad de ayudar al otro: "En cualquier tiempo y en cualquier terreno/ siempre hay un hombre que/ anda tan vagabundo como el humo,/ bienhechor, malhechor,/ bautizado con la agria/ leche de nuestras leyes. Y él encuentra/ su salvación en/ la hospitalidad".

Vicente Aleixandre da algunas de las claves de la poesía del malagueño José Antonio Muñoz Rojas cuando narra sucintamente los primeros años de su vida: "Desde muy pequeño corrió con los vareadores. Vio el paso de las estaciones. Advirtió la rotación de las prosperidades y de las sequías. Subió en el carro de la barcina, trilló en la era, salió con los aceituneros en las madrugadas ciegas de invierno. Se sentó con los viejos, creció con los mozos. Se mezcló con mucho terrón craso, con mucho rocío, con algún granizo, con torrentes de sol". Las claves que faltan nos las descubre el propio poeta, utilizando el mismo lenguaje del pueblo, creando palabras nuevas, huyendo de las gastadas: "Sé algo de la tierra y sus gentes. Conozco aquella en su ternura y en su dureza, he andado sus caminos, he descansado mis ojos en su hermosura. Los cierro y la tengo ante mí. Tierras duras, alberos y polvillares, breves bugeos, largos cubriales; aquí se riza una loma, allá se quiebra una cañada, se extiende una albina, tiembla un sisón de vuelo alto. Todo el campo vuela pausadamente. Las herrizas se coronan de coscojas, aquí una encina huérfana canta una historia".

En *Las cosas del campo* el poeta de Antequera describe el paisaje del campo como solo puede hacerlo quien está en permanente comunión con él. Así, tras el verano gozoso: "La sequía lo va agostando todo. Apenas cae un hilillo de agua en la alberca. El campo comienza a recogerse. Los tordos vienen a los higos tardíos y a las uvas primeras...". Los rastrojos, cuyo incendio anticipa el otoño y deja la tierra pelada, ofrecen un espectáculo singular: "Estas hogueras de los rastrojos, se me antojan el sacrificio final al terrible dios del verano". El color se expande en numerosos poemas y textos hondamente plásticos y definitorios de unos paisajes luminosos, absolutamente impresionistas, como este violeta crepuscular: "... Vamos por el rastrojo y cruce. La sierra se avioleta y con el sol último incendia su perfil (...). La tarde bellísima (...) la sutil línea de las montañas, las maravillas del morado, del gris más encendido, más opaco, de su color". O este otro texto,

en el que el amarillo de los jaramagos impresiona como si se tratara de los amarillos de Van Gogh: "... Parece como si un inmenso pintor con una brocha anchísima se hubiera entretenido en ir pintando de amarillo las camañas de los olivos, pinteando de amarillo zanjas y lindes, cercados y senderos, dejando en claro los redondeles de los olivos....". Asimismo, el poeta hace participar al lector de su asombro ante la naturaleza, como ocurre en esta descripción de las herrizas antequeranas: "Da gloria tras tanto campo arado, tras tanto olivo compuesto, tras tanto surco ordenado, tras tanto haber sin libertad, este puro reino de la libertad y la hermosura que son las herrizas. Gracias a que Dios puso piedras sobre las lomas y a las piedras sólo Él las labra a fuerza de poder y florecen de hermosura. ¡Oh carrascas! ¡Oh acebuches! ¡Oh coscojas! ¡Oh torvisco, romerales, tomillos y lentiscos! ¡Oh toda mata áspera! ¡Oh silvestre libertad! Y donde menos se espera, en la rendija de dos piedras, en el minúsculo horadamiento de la roca, allí una tierra increíble donde crece el narciso silvestre, amarillo y aromoso, y el lirio blanco y azul, casi ángel de las flores". La palabra poética nombra a la realidad contemplada sin apenas nombrarla, simplemente sugiriéndola, dejándola entrever. *Dejado ir* es un resumen del diario de estancias y viajes de Muñoz Rojas durante más de veinte años (1963-1984), en el que relata sus viajes al extranjero y su continuo trasiego entre su domicilio de Madrid y su casa en la vega antequerana, La Casería.

El interés por el paisaje en la poesía de José Manuel Caballero Bonald deriva tanto de su sentido geográfico y biológico como del carácter cultural del territorio, que se va modulando con la constante interrelación entre la naturaleza y el hombre y ante la que la mirada del poeta no permanece quieta, sino que adquiere un aire de rebeldía ante las desmesuras y ultrajes que puedan llevarse a cabo en nombre de un supuesto progreso. Además, sus descripciones no son fotografías instantáneas, sino una forma de plasmar en imágenes sus interioridades: "este mar es mi vida y mi memoria", aunque no se trata de recordar para evocar, sino de indagar en la memoria para "convertir una experiencia vivida en una experiencia narrativa". El instante de la mirada puede "ocupar todo el tiempo" para el poeta, y ello le permite "permutar colores por nidos, intervalos/ de espacio por distancia/ de tiempo". Este modo de mirar y de mirarse en el paisaje es una constante en su obra poética y también de sus novelas y del resto de su narrativa en prosa, en particular en los textos viajeros. No en balde el viaje ha formado una parte sustancial de la vida de Caballero Bonald y, a la inversa, su propia vida le ha obligado a emprenderlos de manera frecuente. El resultado de todo ello es una interesante producción viajera en la que pueden encontrarse desde referencias a los lugares más cercanos hasta las geografías más

distantes (el trópico americano, Oriente, los desiertos del Sáhara...), los espacios vividos y los visitados, como ocurre en *Summa Vitae*: "De todo lo que amé en días inconstantes/ ya sólo van quedando/ rastros,/ marañas,/ conjeturas,/ pistas dudosas, vagas informaciones...".

Aparte de su obra poética, José Manuel Caballero Bonald es autor de una interesante narrativa de sus experiencias viajeras, que ha ido apareciendo de manera dispersa en diversas publicaciones. Lo más granado de su producción se ha incorporado a sus dos obras de memorias o bien se han juntado posteriormente en libros como *Copias del natural. De Tiempo de guerras perdidas*, hemos entresacado el siguiente texto acerca del lugar donde el autor descubre el mundo y a partir del cual construye la visión del mundo entero: "Siempre era allí verano y todo aparecía invadido por una luz cegadora, con el sol rebotando contra los paredones como un fogonazo contra unas sábanas. Apenas había tejados, solo azoteas comunicadas entre sí por pretilles a distinta altura, los mismos que yo saltaba subrepticiamente para recorrer en misiones exploratorias aquella otra ciudad luminosa y excitante, alzada sobre el prestigio arquitectónico de un Jerez todavía magnificado entre iglesias góticas, palacios barrocos y airoosas casas populares. Ése fue el reino primario donde aún están almacenadas muchas de las provisiones infantiles de mi experiencia". El escritor jamás se desprende de su memoria, aun con las ambigüedades que esta pueda presentar, ni de sus orígenes geográficos y literarios ligados al territorio de Doñana, al lugar de Argónida (ese estuario del Guadalquivir visto desde su ventana, una frontera oceánica y fluvial, confín invulnerable, "como anclado en algún extrarradio de la mitología") para comprender e interpretar el mundo: "mi propia profecía es mi memoria,/ mi esperanza de ser lo que ya he sido". En *Ágata ojo de gato*, Caballero Bonald describe este territorio con un estilo inconfundible: "En esa franja costera, al medio día, el cielo se blanquea en tal grado que se abren puntos ciegos en el horizonte, como túneles de luz que atraviesan las aves migratorias, dejando las charcas en penumbra. En tanto que de noche los esteros se cubren con una pesada negrura a ras de tierra, cual lenta marea de caparazones de artrópodos y ceniza que se enrosca en las piernas de los viandantes errabundos...".

En *Viajeros al tren*, el escritor gaditano no solo evoca el tren que recorría el trayecto de veinte kilómetros que separaban las estaciones de Jerez y Sanlúcar en tres cuartos de hora o una hora entera, sino también la imagen de un mundo, el de su infancia, cuando las prisas todavía no habían contaminado la vida, que ya se ha quedado atrás para siempre. Sin embargo, en *La costumbre de vivir*, Caballero Bonald se plantea la problemática del regre-

so: "Nada es lo mismo, nada puede ser lo mismo a la hora del regreso, y tanto más cuanto mayor haya sido el plazo de la ausencia". Aunque quizás no haya ida ni vuelta, lo mismo que "no hay final ni principio: sólo el todo y la nada equidistando", ni realidad sin ficción: "El paisaje que miro me corrige cuando cierras los ojos por cansancio o desidia". *De la sierra a la mar de Cádiz* es uno de los títulos encargados por Renfe a distintos escritores para su colección *Los libros del tren*. Se trata de un libro a mitad de camino entre la guía y el relato, que recorre los pueblos y ciudades costeras ("Desde el mar, Cádiz parece una ciudad de perfil bizantino, una ciudad un poco sumergida, espejante de cúpulas y minaretes, con un cielo superpoblado de cúpulas, gaviotas, antenas, jarcias y otros efectos navales"), y se adentra por las "trochas de la Serranía" en busca de la luz y las sombras de los pueblos blancos y de los serranos que la habitan, "hombres austeros y escépticos, enigmáticos y arrogantes".

En definitiva, el Caballero Bonald escritor se busca a sí mismo a través de la palabra y la memoria ("hacia atrás me rescato"); el viajero, a través de la experiencia del viaje; uno y otro, a través de la comunicación con los demás.

Durante los años 70 corrió de boca en boca la canción-poema *Andar*, de la malograda cantautora Cecilia (Evangelina Sobredo), cuyo eco todavía resuena en los oídos de muchos españoles: "... Andar como un vagabundo,/ Sin rumbo fijo, sin meta,/ A vueltas de veleta,/ Al soplo del viento al azar,/ El caso es andar/ El caso es andar.// (...) // Por límite el horizonte/ Y por frontera la mar/ Por no tener ni tengo norte/ Y no sé lo que es llegar/ El caso es andar/ El caso es andar.// No me pertenece el paisaje,/ Voy sin equipaje por la noche larga,/ Quiero ser peregrino por los caminos de España/ Quiero ser peregrino por los caminos de España".

En los años 90 se desarrolló un nuevo ruralismo o *neorruralismo* que, en el caso de algunos poetas, también expresa el sentir de quien vive en la gran ciudad, pero siente la nostalgia o la preocupación por su tierra de origen, por los horizontes y los campos que tuvo que abandonar.

Seguramente el último poeta del paisaje es Vicente Valero, quien en *Taller de paisajistas* lo describe así: "El secreto de todos los paisajes/ está en su movimiento oculto, en su descanso,/ y en el amor que no se ve,/ pero quiere ser visto y nos suplica/ una mirada nueva y diferente.// Un paisaje no es más que lo que vemos,/ una expresión de la naturaleza,/ no la naturaleza misma: su reposada/ manera (se diría) de estar para nosotros,/ su condición de objeto descifrable.// Debe ser visto así, primeramente,/ y

luego entrar, a solas, en su respiración/ profunda y generosa, aproximarse/ a su mejor momento:/ cuando la luz nos habla muchas veces,/ sin miedo, de sí misma.// Debe ser visto así, primeramente,/ y luego entrar, a solas, en su respiración/ profunda y generosa, aproximarse/ a su mejor momento:/ cuando la luz nos habla muchas veces,/ sin miedo, de sí misma". Por otra parte, en su libro *Viajeros contemporáneos, Ibiza siglo XX*, Vicente Valero nos aproxima a un buen número de creadores y sus viajes a la conocida isla mediterránea, haciendo de ella una metáfora de la libertad y del impulso artístico.

El referente de la poesía urbana en la segunda parte del siglo XX es Jaime Gil de Biedma, poeta nacido en Barcelona, pero de origen castellano, con una infancia inolvidable en Navas de la Asunción (Segovia) y una estancia universitaria en Salamanca. Personaje políédrico, permanentemente expuesto a los vaivenes del ánimo y a las apariciones y desapariciones de sus fantasmas interiores, fue un lector empedernido, un viajero incansable, un cosmopolita vocacional y aglutinador, sin pretenderlo, de la llamada Escuela de Barcelona (Carlos Barral, José Agustín Goytisolo, Gabriel Ferrater...). Precisamente a la ciudad condal están dedicados los siguientes versos: "Ciudad/ ya tan lejana// Lejana junto al mar: tardes de puerto/ y desamparo errante de los muelles./ Se obstinarán crecientes las mareas/ por las horas de allá.// Y serán un rumor,/ un pálpito que puja endormeciéndose:/ cuando asoman las luces de la noche/ sobre el mar.// Más, cada vez más honda/ conmigo vas, ciudad,/ como un amor hundido,/ irreparable.// A veces ola y otra vez silencio" (*Las afueras*, III). Y estos otros: "Más aún que los árboles y la naturaleza/ o que el susurro del agua corriente/ furtiva, reflejándose en las hojas/ –y eso que ya a mis años/ se empieza a agradecer la primavera–,/ yo busco en mis paseos los tristes edificios,/ las estatuas manchadas con lápiz de labios,/ los rincones del parque pasados de moda/ en donde, por la noche, se hacen el amor..." (*Barcelona ja no es bona, o mi paseo solitario en primavera*). Y en una de las calles (Pandrossou) de su bienamada Atenas dice haber amado de pronto la vida "porque la calle olía/ a cocina y a cuero de zapatos".

Aunque la influencia de Gil de Biedma se deja sentir en la mayoría de ellos, los poetas del urbanismo hablan de la ciudad desde perspectivas distintas, y si bien unos lo hacen desde el rechazo más absoluto (es el caso de José María Fonollosa, quien dice sentirse agobiado por la gran ciudad: "Es como estar rodeado de semáforos/ rojos constantemente. Sin luz verde"), otros adoptan una relativa aceptación (como le ocurre al Vázquez Montalbán del poemario *Ciudad*). Asimismo, Gil de Biedma abrió el camino a la poesía de la

experiencia, desarrollada a partir de los años 90 y muy vinculada a la ciudad. De ella dice que no consiste en escribir acerca de lo que a uno le ha ocurrido, sino que se trata de otra cosa, de un modo de concebir el poema, dándole una realidad objetiva que no está en función de lo que en él se dice, sino de lo que en él está ocurriendo: "La voz que habla en el poema no tiene otra realidad que la que pueda tener un personaje de una novela, aunque se parezca mucho, mucho a la del propio poeta". Una de las figuras más representativas de este movimiento es el granadino Luis García Montero: "No es inútil viajar,/ porque es cierto que todas las ciudades/ amanecen de un modo parecido,/ pero la noche llega en cada una/ de manera distinta (...)/ En las ciudades pueden encontrarse/ relojes que se paran en la última copa,/ la luna sobre un taxi/ y todos los poemas que te escribo". El poeta rememora su Granada natal: "Mi carácter se hizo bajo una luz hendida/ de calle estrecha, plaza, iglesia y campanada./ Esta ciudad ambigua me ha educado en el arte/ de pasar mucho tiempo bajo la misma luna". Es la misma ciudad que en los altos de la madrugada joven aparece a los ojos del poeta como: "La ciudad de las cuatro tiene pasos de alcohólica./ Desde el balcón la veo y como tú, bucólica/ geometría perfecta, se desnuda conmigo./ Agradezco su vida, me acerco, te lo digo,/ y abrazados seguimos cuando un alba rayada/ se desploma en la espalda violeta de Granada". La ciudad de la Alhambra y el Albaicín adquiere otro aspecto a la luz del día, otro color en la mirada del geógrafo, pintor y escritor almeriense José Jaime Capel, perteneciente a su poemario *Afelio*: "Cuando irrumpé julio, el Sol ha ganado al horizonte austral/ grados, minutos, segundos de luminosa circunferencia./ El solsticio viste de azul cobalto Granada,/ ciudad abierta al poniente,/ al abrazo atlántico,/ a la quietud de la calima, / al rocío, al horizonte oeste...".

Luis García Montero ha sido amigo personal y un estudioso de la obra de otro poeta contemporáneo, el asturiano Ángel González, quien nos dejó en su poema *Ilusos los Ulises* esta reflexión: "Siempre, después de un viaje,/ una mirada terca se aferra a lo que busca,/ y es un hueco sombrío, una luz pavorosa/ tan solo lo que tocan los ojos del que vuelve./ Fidelidad, afán inútil./ ¿Quién tuvo la arrogancia de intentarte?/ Nadie ha sido capaz/ –ni aun los que han muerto–/ de destejer la trama/ de los días".

Entre los temas que aparecen de forma más reiterativa en la poesía del murciano Eloy Sánchez Rosillo están la naturaleza ("los poemas, como la naturaleza, han de localizarse con los sentidos"), la fugacidad del tiempo ("principio y fin habitan en el mismo relámpago") y la ciudad, en la que no pasa nada y, sin embargo, cuánto pasa, la ciudad sentida y la presentida: "La ciudad los ungíó con las luces del alba/ y extendió ante su asombro el viejo

laberinto de sus calles./ Traspasaron el umbral de la mañana. Los ojos/ se habituaron pronto a la belleza de este día./ Porque en otro lugar y en horas menos plenas/ supieron intuir lo que ven hoy:/ ese reloj que hace vibrar la plaza/ cuando deja caer trozos de tiempo sobre el mundo,/ el rincón soleado donde un hombre muy viejo/ vende objetos inútiles y hermosos...".

Sánchez Rosillo huye de la abstracción para acercarse al mundo ("hecho de la misma materia de los sueños") y celebrar la vida de forma natural, para poder expresar sus vivencias de forma sencilla, como en este poema en el que describe su experiencia como viajero y la influencia que el viajar ha tenido en su modo de sentir, en su modo de pensar: "A veces me pregunto qué habría sido de mí/ sin los recuerdos que tan celosamente guardo:/ aquella callejuela que olía a madera y a fruta/ en un húmedo barrio de París,/ los árboles dormidos bajo el sol/ en una plaza antigua de Florencia,/ el órgano que hacía vibrar la catedral de Orvieto/ en un amanecer lejano,/ la lluvia golpeando en la ventana/ de una habitación en la que yo sufrí,/ los ojos oscuros que me miraron/ en un crepúsculo de no sé dónde.../ Cuando la inmediatez de los oficios cotidianos/ se filtra hasta mis huesos y me impide/ respirar con amor los olores espesos,/ fríos, sin luz, de la costumbre,/ cierra los ojos, regreso lentamente/ a las tierras que en otro tiempo recorrí,/ a los lugares en los que el olvido no impuso su silencio./ Acaricio los días que pasaron,/ las horas que brillan en la distancia/ como ciudades recostadas a la orilla de la noche./ Y pienso con tristeza que fue hermoso andar tantos caminos,/ aunque sepa que ya sólo podré pisarlos/ con una pobre ayuda: la memoria" (*El viajero*).

Y, junto al viaje físico, también hay un hueco para el viaje interior, hacedor de versos: "Yo me voy a mis sueños y me adentro/ por inciertas regiones en las que nunca estuve./ No admite compañía esta aventura:/ es preciso estar solo para hallar lo que importa.// Me pierdo en ocasiones, pero a veces encuentro/ extrañas maravillas que nadie ha visto antes./ Por favor, no te vayas y espera mi regreso;/ cuando vuelva quisiera compartirlas contigo" (*El viaje*).

Desde la publicación de *Áspero mundo*, la voz poética de Ángel González se fue enriqueciendo con nuevos registros, pero siempre manteniendo las coordenadas de la defensa de la dignidad humana y de la celebración de la vida, a pesar de sus sinsabores: "Para que yo me llame Ángel González,/ para que mi ser pese sobre el suelo,/ fue necesario un ancho espacio/ y un largo tiempo:/ hombres de todo el mar y toda tierra,/ fértiles vientres de mujer, y cuerpos/ y más cuerpos, fundiéndose incesantes/ en otro cuerpo

nuevo./ Solsticios y equinoccios alumbraron/ con su cambiante luz, su vario cielo,/ el viaje milenario de mi carne/ trepando por los siglos y los huesos...". *Tratado de urbanismo, Breves acotaciones para una biografía, Otoños y otras luces...* fueron otros títulos que definieron la escritura personalísima del asturiano, en la que no faltaron *Notas de un viajero* ni *Prosemas o menos* en los que expresar su deseo de plasmar instantes, de observar atentamente a la naturaleza para complementar su mirada urbana, como ocurre en *American landscapes*.

José Ángel Valente tuvo una larga vida de viajero que lo llevó de su Orense natal a Madrid y luego a Oxford, Ginebra, París y finalmente Almería, en donde recaló a mediados de los años 80, por el tiempo en el que se producía la declaración del Parque Natural del Cabo de Gata-Níjar, para descubrir la "naturaleza del silencio" y la "memoria de la luz". Para Valente, este territorio es: "Espacio donde la naturaleza parece todavía reconocerse a sí misma y donde el hombre aún puede reconocerse en ella. Espacio que invita a la quietud del ánimo, a la contemplación o al largo movimiento sumergido en que toda creación tiene su origen". He aquí su visión del Cabo de Gata: "El cabo entra en las aguas como el perfil de un muerto o de un durmiente con la cabellera anegada en el mar. El color no es color; es tan sólo la luz. Y la luz sucedía a la luz en láminas de tenue transparencia. El cabo baja hacia las aguas, dibujado perfil por las manos de un dios que aquí encontrara acabamiento, la perfección del sacrificio, delgadez de la línea que engendra un horizonte o el deseo sin fin de lo lejano. El dios y el mar. Y más allá, los dioses y los mares. Siempre. Como las aguas besan las arenas y tan sólo se alejan para volver, regreso a tu cintura, a tus labios mojados por el tiempo, a la luz de tu piel que el viento bajo de la tarde enciende. Territorio, tu cuerpo. El descenso afilado de la piedra hacia el mar, del cabo hacia las aguas. Y el vacío de todo lo creado envolvente, materno, como inmensa morada". En su casa almeriense, con vistas a la Alcazaba, escribió el ensayo *Perspectivas de la ciudad celeste*. Heredera de la poesía mística de San Juan de la Cruz, Valente se mantuvo al margen de las corrientes de la época y su escritura no parece que tuviera más compromiso que la palabra, palabra que no tiene por qué expresar un sentido, no tiene que significar, sino mostrarse, manifestarse, palabra hecha para vencer al tiempo y escribir "mañana". *Material Memoria, Al dios del lugar* y *Fragmentos de un libro futuro* son algunas de sus obras más representativas.

Literatura viajera latinoamericana en la segunda mitad del s. XX

Casi todos los miembros del llamado "boom latinoamericano", que dominó el panorama literario hispanoamericano desde los años 40 a los 80 por su

poderosa narrativa ficcional, escribieron relatos de viajes. Junto a los grandes nombres de Julio Carpentier, Julio Cortázar, Gabriel García Márquez o Mario Vargas Llosa, otros destacados novelistas, como Jorge Ibargüengoitia y Manuel Mujica Láinez, fueron quienes produjeron una obra viajera más ambiciosa. Durante las décadas finales del siglo XX se abrió paso el viaje de relatos híbrido, inaugurado por Julio Cortázar, cultivado por escritores de estilos tan distintos como Sergio Pitol y Antonio José Ponte y vigente todavía hoy junto al relato de corte tradicional.

Para no perdernos mientras caminamos entre la exuberante vegetación que ofrece la literatura latinoamericana, nos ayudaremos de los "mapas viajeros" de los distintos territorios e iremos recorriendo la geografía literaria de norte a sur, comenzando por México y acabando por Argentina y Brasil.

Las crónicas y los artículos periodísticos forman parte sustancial de la obra de Jorge Ibargüengoitia. En muchos de estos textos aparece el motivo del viaje hasta el punto de que se han podido realizar cuatro recopilaciones de sus crónicas viajeras: la primera de ellas, *Viajes a la América ignota*, es una selección llevada a cabo por él mismo y publicada en vida del autor; las otras tres fueron realizadas a título póstumo y comprenden *La casa de usted y otros viajes*, *Ideas en venta* y *¿Olvida usted su equipaje?* Las crónicas de Ibargüengoitia no dan importancia a la descripción, subordinándola siempre a la experiencia viajera y a la mirada del autor: "Las fuentes del Nilo dejaron de ser interesantes en el momento de ser descubiertas". Para ello, es necesario que durante el viaje pase algo, incluso aunque sea un desastre, grande o pequeño, y luego poderle sacar punta con mayor o menor carga de humor, ironía o sarcasmo: "Yo conocí Acapulco en 1939, lo he visitado unas veinte veces bien distribuidas entre esa fecha y ahora, y creo que siempre ha sido engañoso: ni fue paraíso, ni es ahora infierno. Más exacto sería decir que dentro de lo horrible siempre ha sido maravilloso. En las tardes pasaban los pelícanos en formación, a lo lejos se veían las colinas, en la noche, en la bocana se encendían las lucecitas de los pescadores. Pero cuando decía uno: ¡Esto es el paraíso!, se le metía a uno una piedra en un zapato, del caño salían cucarachas enormes, empezaba uno a sofocarse". El de Guanajuato, autor de novelas tan importantes en la narrativa hispanoamericana como *Los relámpagos de agosto*, *Estas ruinas que ves* y *Las muertas*, viaja por México y por el extranjero, pero cuando sale de su país, no puede desprenderse de él: "yo paso los días en París y las noches en México".

La obra de Juan Rulfo se asienta sobre dos grandes pilares: la recopilación de cuentos *El llano en llamas* y la celebrada novela *Pedro Páramo*, que ha sido

traducida a los idiomas más diversos, desde el náhuatl al coreano, convirtiéndose en objeto de los más diversos análisis desde su nacimiento hace más de sesenta años. La historia se inicia con la referencia que hace Juan Preciado sobre su viaje a Comala en busca del padre ausente: "Vine a Comala porque me dijeron que acá vivía mi padre, un tal Pedro Páramo. Mi madre me lo dijo. Y yo le prometí que vendría a verlo cuando ella muriera. Le apreté sus manos en señal de que lo haría, pues ella estaba por morirse y yo en plan de prometerlo todo". En *Pedro Páramo*, el viaje, concebido como desprendimiento del espacio familiar y un deambular permanente, desempeña un papel esencial para el desarrollo de la trama de la obra, de la que muchos piensan que Rulfo la escribe cada día mejor. El desplazamiento de Juan Preciado puede contemplarse desde tres perspectivas diferentes y acaso complementarias: en primer lugar se halla el viaje desde su lugar de nacimiento a Jalisco; en segundo lugar está el trayecto a Comala y su recorrido por el pueblo "donde no viven más que ánimas"; finalmente, hay un significado último del desplazamiento, el destino final, la muerte. Aunque no se puede decir que tuviera una vida deslumbrante, Rulfo fue un viajero incansable, un excelente fotógrafo autodidacta y, si bien no fue un gran erudito, tuvo el don de la palabra escrita. Quien hizo hablar al silencio, prefirió el silencio para sí mismo.

Octavio Paz fue poeta, ensayista, crítico de arte y uno de los intelectuales más influyentes y renovadores en la literatura hispanoamericana del siglo XX. Enciclopédico y torrencial, siempre a la búsqueda de atrapar el presente, su compatriota Alberto Ruy Sánchez lo define de la siguiente manera: "Si todos los poemas del mundo un día se convirtieran en pájaros, los de Paz serían águilas americanas que miran las cosas con más detalle desde arriba. Si se volvieran espejos, los de Paz nos darían el poder de mirarnos por dentro y a la vez vernos y sentirnos plenamente entre los demás. Y si todos los poemas y ensayos del mundo fueran piedras dentro de un río, el río agitado de la vida, los de Octavio Paz serían las más grandes e indómitas, las que salen del agua y nos ayudan a ver claramente por donde cruzar". Su andadura diplomática le llevó de Estados Unidos al París de los surrealistas y a la India, donde se acentuó su atracción por el misterio, el ascetismo y el hallazgo de nuevas formas. El profundo conocimiento que adquirió de este país y de su cultura quedan reflejados en *Vislumbres de la India*, un ensayo con tintes poéticos, un poemario a modo de viaje interior, *Ladera este*, y *El mono gramático*, obra en la que es la propia lectura la que se plantea como un viaje, aunque la ruta parte de una peregrinación real a Galta, cerca de Jaipur, en la India. En palabras de Caballero Bonald: "Paz ahonda en lo no visible de la realidad, supedita el pensamiento lógico a la fabulación intuitiva, entrelaza lo imaginario con lo fidedigno. Lo que sobrenada en la cons-

trucción verbal del poema es la extraordinaria capacidad rítmica de las palabras para romper sellos, abrir hendeduras por las que vislumbrar una realidad nueva, un mundo desconocido".

El viaje fue para Octavio Paz un ejercicio vital, una forma de conocimiento y de indagación, mientras que una buena parte de sus poemas fueron un viaje por la memoria, como muestran los versos de este *Madrid, 1937*: "En la Plaza del Ángel las mujeres/ cosían y cantaban con sus hijos,/ después sonó la alarma y hubo gritos,/ casas arrodilladas en el polvo,/ torres hendidas, frentes escupidas/ y el huracán de los motores, fijo:/ los dos se desnudaron y se amaron/ por defender nuestra porción eterna,/ nuestra ración de tiempo y paraíso,...". En sus 84 años de vida, Paz visitó numerosas ciudades ubicadas en diversos países del mundo, muchas de las cuales fueron objeto de su escritura o influyeron fuertemente en su obra. Una serie de libros, como *Las geografías de Octavio Paz*, *Octavio Paz y el Reino Unido* y *Japón en Octavio Paz*, han tratado de subrayar el carácter del Paz viajero. El primero es un recorrido por la obra del escritor a través de una geografía imaginaria dispuesta por aquellas ciudades y desplazamientos que marcaron la trayectoria del autor, siendo la mayoría de los textos elegidos fragmentos de su poesía y, en otros casos, reflexiones acerca de los lugares visitados y frases alusivas a sus viajes sacadas de su amplio epistolario. Conformado por las voces de personajes de la vida cultural de Gran Bretaña y México, *Octavio Paz y el Reino Unido* traza la historia del poeta antes (intercambios epistolares con Charles Tomlinson), durante y después de su llegada a las tierras inglesas, así como la impronta que este tránsito dejó tanto en su obra como en su persona. *Japón en Octavio Paz* es una recreación del viaje y estancia del Nobel mexicano en el país asiático.

Las visitas de Paz a España, con períodos de residencia más o menos prolongados, fueron numerosas a lo largo de su vida, y en distintas cartas a amigos confiesa su predilección por la ciudad de Barcelona. Así, en una misiva dirigida a Pere Gimferrer, escribe: "Barcelona se ha convertido en una suerte de ciudad-talismán: cada vez que nos sentimos tristes o desesperados pensamos que tal vez podríamos escapar hacia Barcelona". En algunos de los poemas que componen *La estación violenta*, Octavio Paz expresa sus experiencias frente a la ciudad, la comunidad y el paisaje, contraponiendo los conflictos de nuestra época frente a la dignidad humana. Asimismo, muestran su experiencia viajera las cartas reunidas en *Jardines errantes*, un epistolario fechado en Suiza, Estados Unidos, Japón, México y la India durante cuarenta años (1952-1992), al que el Nobel mexicano traslada su firme voluntad creadora.

El escritor, diplomático e intelectual Carlos Fuentes nació en Panamá y, debido a que su padre era diplomático, vivió su infancia en diversas capitales de América: Montevideo, Río de Janeiro, Washington, Santiago de Chile, Quito y Buenos Aires. Llegó a México, su país, a los 16 años y se graduó en leyes en la Universidad Nacional Autónoma, antes de marcharse a Europa y graduarse también en economía. En 1975 aceptó el nombramiento de embajador de México en Francia como homenaje a la memoria de su padre, convirtiéndose en una de las figuras claves del servicio exterior mexicano durante mucho tiempo. Desarrolló una intensa actividad docente en distintas universidades americanas y europeas, aparte de recorrer el planeta para participar en congresos de escritores, dar conferencias y asistir a numerosos eventos culturales. Todo ello da muestra del peso que tuvieron los viajes en la vida de Carlos Fuentes y, aunque no se trata de un escritor de viajes (su obra se fundamenta en la reflexión histórica, el análisis del ejercicio del poder y el retrato de la sociedad mexicana), no se puede negar que su visión del mundo, trasladada a su narrativa, está influida por este permanente deambular, sobre todo por Europa y América.

En su primera novela *La región más transparente* hace un inmenso fresco de la ciudad de México y pone de manifiesto su complejidad social a través de las historias de diferentes personajes que se cruzan entre sí en una suerte de versión vanguardista de la *Comedia humana*. En *Terra nostra*, seguramente su novela más ambiciosa, Fuentes pretende explicar el concepto de hispanidad en un viaje por el tiempo, que se remonta hasta la España de los Reyes Católicos, con todos los recursos que la imaginación literaria pone a disposición del autor. Mito e historia, realidad y ficción, se funden para hacer ver la historia a través de los ojos de un novelista. Entre la publicación de ambas las novedosas técnicas narrativas plasmadas en *La muerte de Artemio Cruz* y *Aura* habían situado a Fuentes en primera línea del "boom latinoamericano". Los cuentos que componen *La frontera de cristal* abordan la separación que se ha dado entre México y Estados Unidos en los últimos dos siglos y expone la problemática de la inmigración y sus brutales consecuencias para quienes han de salir de su país para ganarse mejor el sustento: racismo, violencia, discriminación...

Como él mismo cuenta, Juan José Arreola nació en Zapotlán, "un valle redondo de maíz, un circo de montañas sin más adorno que su buen temperamento, un cielo azul y una laguna que viene y se va como un delgado sueño", con una orografía rodeada de volcanes que, según los geólogos, es una bomba bajo la almohada, "que puede estallar tal vez hoy en la noche o un día cualquiera dentro de los próximos diez mil años". A los 12 años de

edad entró como aprendiz al taller de un maestro encuadernador, y luego, a una imprenta, experiencias a las que atribuye su amor a los libros en cuanto objetos manuales; el amor a los textos le había nacido algo antes, por obra y gracia de un maestro de primaria. Desde entonces hasta el hoy de su vida, en el que pudo proclamar la independencia de su escritura, ejerció más de veinte oficios diferentes. Autodidacta y dotado de una enigmática capacidad para elegir las palabras y articular frases, disponiéndolas como las ramas de un árbol, Arreola es uno de los grandes impulsores del cuento fantástico y la minificación. Sus textos tienen como principales características la brevedad, la ironía, la precisión metafórica y la habilidad para borrar las fronteras entre la realidad y la fantasía, para saltar de lo lógico a lo absurdo y viceversa, todo lo cual puede constatarse en el diálogo antológico que sostienen "un viejecillo de vago aspecto ferrocarrilero" y el forastero que "llegó sin aliento a la estación desierta" en el cuento *El guardagujas*, una metáfora de la que se sirve Arreola para mostrar al lector de que el solo hecho de abordar el tren de la vida es ya una verdadera hazaña. Si lo prefieren, también pueden observar todas las cualidades del autor de *Confabulario*, *La Feria o inventario* en el microrrelato *De un Viajero*: "En el vientre de la ballena, Jonás encuentra a un desconocido y le pregunta:// – Perdone usted, ¿por dónde está la salida?// –Eso depende... ¿A dónde va usted?// Jonás volvió a dudar entre las dos ciudades y no supo qué responder.// –Mucho me temo que ha tomado usted la ballena equivocada... Y sonriendo con dulzura, el desconocido se disipó blandamente hacia el abismo intestinal.// Vomitado poco después como un proyectil desde la costa, Jonás fue a estrellarse directamente contra los muros de Nínive. Pudo ser identificado porque entre sus papeles proféticos llevaba un pasaporte en regla para dirigirse a Tartessos". No es que Juan José Arreola fuera un gran viajero, pero su viaje a París siguiendo los pasos artísticos del director de teatro Louis Jouvet le cambió la vida, según su propia confesión.

A Juan José Arreola, el autodidacta que "sabía de todo y todo sabía contarlo con un extraordinario talento", le dedicó Fernando del Paso *Memoria y olvido. Vida contada de Juan José Arreola*. Poeta, novelista, ensayista y autor de un par de obras teatrales, Fernando del Paso es uno de los grandes estilistas e innovadores de la narrativa en castellano, lengua en la que dice no solamente hablar, leer y escribir, sino también llorar, reír y bostezar, aunque vivió un largo periodo de tiempo fuera de México: primero en Londres y luego en París. Tuvo en su trabajo como publicista para las grandes agencias internacionales con sede en México "una gimnasia diaria del lenguaje y la imaginación". Según su propio comentario, comenzó su andadura literaria con *José Trigo*, un libro reflejo de su obsesión por el lenguaje, la fascinación

por la mitología náhuatl y tantos otros propósitos, siguió después con *Palínuro de México*, "una especie de autobiografía inventada, una recreación literaria de mi vida como niño y adolescente, conjugada en varios tiempos verbales: lo que fui, lo que yo creí que era, lo que no fui, lo que hubiera sido, lo queería, etc.". Y después vino *Noticias del Imperio*, la novela sobre los emperadores Maximiliano y Carlota en la que "me propuse darle a la documentación el papel de la tortuga y a la imaginación el de Aquiles".

Fernando del Paso nos enseñó a practicar el viaje a la lectura como un vuelo. Si en *Viaje alrededor de "El Quijote"* ya se puede observar el despegue de sus alas, en este "mensaje para los lectores, presentes y futuros" la aventura de la imaginación ya ha echado a volar:

"Viaja San Brendano a la Isla de la Risa. Viaja Carlos el Gordo al averno. Viaja Escipión a los cielos. Viaja Perseo en el lomo de Pegaso para salvar a Andrómeda. Viaja Perséfone al oscuro Tártaro, y seis meses después regresa a la Tierra para darnos la primavera. Viaja Ulises a la isla de Cabria para arrancarle a Polifemo su ojo único. Viaja Orfeo a los infiernos para rescatar a Eurídice, y Hércules a Lerna para cortarle a la Medusa, de un tajo, sus siete cabezas. Viaja Amadís de Gaula a las islas paradisiacas. Viaja Quetzalcóatl al país de los muertos, el Mictlán... ¿Por qué no decirles a los niños, a los jóvenes, a los adultos, que cada libro es un viaje, y que en cada viaje encontramos un tesoro?

Es un lugar común en los escritores de mi edad, decir que, de niños, leímos a Julio Verne. No soy la excepción: viajé con Verne, y con sus personajes, al centro de la tierra, viajé veinte mil leguas bajo el mar, cinco semanas en globo, recorrió con Miguel Strogoff la ruta de Moscú a Nijni-Novgorod, y recorrió las constelaciones con Héctor Servadac en el lomo de un cometa.

Viajar, se viaja siempre: el viaje, como imagen de la vida, y el viaje como aventura de la imaginación, han sido dos constantes de nuestro pensamiento. La vida es un viaje de la luz a la oscuridad y, al mismo tiempo, de la oscuridad a la luz. La vida es, siempre, el viaje del héroe de las mil caras. Del millón de caras. Y cada día viajamos de la mañana a la noche. De noche, viajamos en nuestros sueños. De día, viajamos por los sueños que tenemos con los ojos abiertos. Y no tenemos que ir muy lejos; a la luna, como Cyrano de Bergerac, o los personajes de Luciano de Samosata: el escritor húngaro Firgyes Karinthy viajó alrededor de su cráneo, Xavier de Maistre, alrededor de su cuarto. Viajamos en nuestros recuerdos, y podemos viajar en los recuerdos de otros; en las memorias y autobiografías de Zweig, de Neruda, de Casanova, de Ce-

llini, de Steiner. Leer a Balzac, es viajar a la Francia del siglo XIX; leer a William Faulkner es viajar al sur profundo de los Estados Unidos de los años treinta. Leer a Mariano Azuela es viajar con él a las entrañas de la Revolución. ¡Vámonos con Martín Luis Guzmán y Pancho Villa a la toma de Zacatecas, vámonos con Alejo Carpentier al siglo de las luces, vámonos con Rafael F. Muñoz a Bachimba, vámonos con Borges de ida y vuelta al infinito, vámonos con Alicia al otro lado del espejo! ¿Por qué no decirles a nuestros niños que cuando abrimos los libros sus páginas se transforman en velas, y con ellas desplegadas podemos navegar a los rincones más lejanos de nuestro país, a los recovecos más misteriosos de nuestra historia, a las tierras más altas de la imaginación? Fueron viajeros Robinson Crusoe y Arthur Gordon Pym. Viajó Gulliver a la isla de Liliput y al país de los Struldbrugs. Simbad a la isla de la gigantesca ave roc. Viajó Tartarín por los Alpes. Y viajó el capitán Ahab por los siete mares y por las profundidades de la conciencia en busca de la ballena blanca Moby Dick. Viajó por los aires el Barón de Münchhausen montado en la bala de un cañón. Viajó Saint-Exupéry al planeta del Principito. ¿Por qué no decirles a nuestros niños, a nuestros jóvenes, que con los libros pueden viajar por el dolor y la alegría de los seres humanos, y por sus esperanzas, por su soledad, por su amor y sus pasiones? ¿Por qué no decirles que con los libros ellos mismos podrán viajar al centro de sí mismos, por los mares de sus conciencias, por las profundidades de sus pensamientos?

Viajó Don Quijote por la geografía de su España: La Mancha, Aragón, Cataluña. Viajó por la historia de su país y la de Europa, y viajó, se extravió, en los laberintos de la locura. Pero Don Quijote viajó también, de regreso, a la cordura –dicen aquellos que más lo quieren cuerdo que lunático. Viajó Gilgamesh al fondo del mar sin fondo, en busca de la planta de la vida eterna. Viajó el héroe de la Araucana en una caja de cristal para contemplar la batalla de Lepanto. Viajó Don Cleofás por el cielo de Madrid, de la mano del diablo Cojuelo. Viajó Dante a los infiernos. Viajó al cielo Prometeo para robarse el fuego. ¿Por qué no podemos decirle a nuestros niños y jóvenes que así como en el libro de Selma Lagerlof, y acompañado de patos salvajes, duendes y gigantes, Nils Holgersson voló por los cielos de Suecia, voló sobre sus ríos y montañas, voló sobre Escania y Laponia y aprendió así a amar a los pueblos y a las ciudades, las minas, los bosques, la música y las canciones, las danzas, las pesquerías, las leyendas y los habitantes de su país, así viajarán ellos también por nuestro México?".

La trayectoria literaria de Sergio Pitol abarca la narrativa (cuentos, novelas, memorias y ensayos, aunque se trata realmente de una narrativa sin género), la traducción (con más de un centenar de obras traducidas), la docencia

y la investigación lingüística. Su obra narrativa está caracterizada por su agilidad, carácter erudito e ironía. Se trata de una red entretejida de autobiografía, inagotables reflexiones o lecturas, experiencias e impresiones viajeras, un tramo cuyos hilos conectan el mundo interior con el exterior, la vigilia con el sueño, lo vivido con lo escrito o lo leído, la verdad y la mentira con la verosimilitud. Enrique Vila-Matas dice de él: "Leyéndole, se tiene la impresión de estar ante el mejor escritor en lengua española de nuestro tiempo". Y añade que su estilo consiste en huir de las certezas, en contar todo, sin resolver el misterio, en distorsionar lo que mira. Pero también en "viajar y perder países y en ellos perder siempre uno o dos anteojos, perderlos todos, perder los anteojos y perder los países y los días lluviosos, perderlo todo: no tener nada y ser mexicano y al mismo tiempo ser extranjero siempre".

A principios de los años 60, Pitol inició una carrera diplomática que le llevó como agregado y consejero cultural a Belgrado, Varsovia, Roma, Pekín, París, Budapest, Moscú y Barcelona, y como embajador a Praga, su ciudad favorita. También fue profesor en Bristol (Reino Unido). Esta actividad le hizo potenciar aún más su amor por los viajes, aunque él mismo confiesa que "jamás podría ser un escritor de viajes en el sentido clásico de la palabra". A mediados de los años 90, se estableció en Xalapa, en donde escribió dos libros fundamentales sobre la cultura mexicana de final de siglo, *El arte de la fuga* y *Pasión por la trama*. Antes había escrito los libros de cuentos *Un largo viaje*, *No hay tal lugar*, *El vals de Mefisto* y *Nocturno de Bujara*. Después escribiría los ensayos *El viaje* y *De la realidad a la literatura*, así como el libro de memorias *El mago de Viena*. En opinión de Rodrigo Fresán, todos ellos son, en realidad, capítulos sueltos de una misma novela vital todavía en tránsito, "escalas en un largo viaje que comenzó cuando era pequeño y huérfano". Basado en sus diarios, *El viaje* es un placentero recorrido por toda clase de paisajes literarios, históricos y geográficos, que arranca en Praga, ciudad de la que Pitol lamenta nunca haber ensayado, y luego continúa inesperadamente con las notas de un viaje a una Unión Soviética ya en deshielo: el Cáucaso, Georgia, Moscú, Leningrado..., junto a una colección de retratos extraídos de la gran galería de la literatura rusa: Dostoevski, Tolstói, Pushkin, Pasternak, Pilniak, Lermontov, Tsvietáieva, Bulgákov, Nabokov, Gógol, Chéjov...

José Emilio Pacheco, seguramente el más viático entre los poetas latinoamericanos del siglo XX, demuestra cómo se puede plasmar literariamente una experiencia de viaje sin recurrir a la narración: "A falta de una cámara, un pincel/ o habilidad para el dibujo, me llevo/ –como única constancia de haber estado–/ unas cuantas palabras". Tal y como señala Luis Antonio de

Villena, muchos poemas de José Emilio Pacheco brotan de la experiencia del viaje, como una síntesis de emociones, aunque siempre unido a su cosmovisión: el paso del tiempo, la degradación de la realidad, lo efímero de las cosas, la sorpresa repentina que trae la luz, etc. El poeta se siente extranjero en todas las tierras, pero, al mismo tiempo, trata de sentirse de todos los lugares en donde está en un determinado momento, una especie de ciudadano universal: "mi única tierra es una calle ajena /de hojas aún verdes que el otoño entrega / al hondo invierno y a su helada lumbre".

Algunos de sus poemarios pueden llegar a resultar una especie de cuaderno de viajero por lo que implican de desplazamiento temporo-espacial y de descripción de lo factual, aunque sea impregnada de lirismo. Las "postales" de *No me preguntes cómo pasa el tiempo*; el "examen de la vista" de *Irás y no volverás*, en el que el poeta subraya el papel principal de la mirada, como en este amanecer en Buenos Aires: "Rompe la luz el azul celeste./ Se hace el día en la plaza San Martín./ En cada flor hay esquirlas de cielo"; las escenas de *Islas a la deriva*: "Me asomé a la ventana y en lugar de jardín, hallé la noche constelada de nieve"; algunas de las composiciones de *Cómo la lluvia*, ya explícitas desde el propio título (*Nocturno en Viena*), y las evocaciones de *La edad de las tinieblas* son buena muestra de ello. Como señala Romuald-Achille Mahop: "Estamos, pues, ante una verdadera poética del viaje, al tiempo que una poética de la mirada, una escritura que se nutre de la extraordinaria capacidad de apertura y de absorción de Pacheco, su pasión por la cultura y su riguroso sentido de la observación (...). Viaje, poesía y meditación se enlazan para formar un eficaz trinomio en el que lo propio se descubre e ilumina en la alteridad, donde el mundo deja de ser inmensamente ancho y sus calamidades ajenas".

Elena Poniatowska nació en París en 1932, hija de padres siempre en camino ("Mi familia siempre fue de pasajeros en tren: italianos que terminan en Polonia, mexicanos que viven en Francia, norteamericanas que se mudan a Europa..."). Llegó a México en 1942 en un barco de refugiados y descubrió el español, el idioma que empleó para contar, su verbo favorito, utilizando para ello distintos géneros y, sobre todo, la crónica periodística, ese género híbrido, fronterizo, en donde lo esencial no es la información, sino el juicio, el comentario que aporta el periodista. Elena Poniatowska ha utilizado como nadie la crónica periodística y, con ella, ha dado cuenta de los grandes acontecimientos de su país, como la matanza estudiantil del 2 de octubre de 1968 (*La noche de Tlatelolco*), el terremoto de 1985 en Ciudad de México (*Nada, nadie*) o el conflicto de Chiapas en 1994. Las crónicas urbanas sobre los más desfavorecidos que escribió pateándose los barrios y las

calles de Ciudad de México, las cárceles y las fábricas, están compiladas en *Todo empezó el domingo*. Con sus otros dos verbos preferidos, preguntar y escuchar, la "metiche implacable" compuso entrevistas singulares que forman ya parte imprescindible de la historia del periodismo moderno. La "polaquita preguntona", como la llamó el pintor Diego Rivera, se define a sí misma como "una cronista impulsiva que retiene lo que le cuentan (...) para escribir la vida todos los días", incluso aunque se esté de viaje, una de sus pasiones.

Otro de los referentes intelectuales del México contemporáneo ha sido Carlos Monsiváis, cuyo oficio periodístico y arte de escribir quedó plasmado en numerosas publicaciones en las que supo amalgamar la cultura popular con la académica, el habla de la gente con el "sonido literario". Su último gran ensayo fue *Las esencias viajeras*, que representa la suma de sus trabajos y reflexiones para comprender la realidad latinoamericana. Su tema: las semejanzas culturales que nos permiten hablar de Latinoamérica como una idea compartida; su conclusión: no se puede entender a América Latina sin su autonomía, pero tampoco sin su contacto con el mundo, máxime en esta etapa de globalización en la que vivimos actualmente. De ahí que se propicien siempre las esencias viajeras, es decir, los rasgos que señalan el nomadismo de las creencias, las tradiciones, las convicciones. Porque si lo esencial de las sociedades no viaja, desaparece; si las sociedades no luchan por su independencia, se inmovilizan y se envenenan, como las aguas estancadas. La literatura, la historia, el cine, la Iglesia y el laicismo, el Estado, la revolución, las costumbres, las ciudades de América Latina pasan bajo la mirada polisémica de Monsiváis y se hacen crónica urbana en sus manos.

Nacido en Tegucigalpa, la capital de Honduras, y nacionalizado guatemalteco por vocación, Augusto Monterroso desarrolló su obra literaria fundamentalmente en México y se sintió durante toda su vida plenamente centroamericano, "con todas las connotaciones que ello implica" y las tres herencias: la indígena, la latina y la española. Considerado como uno de los grandes maestros del relato breve y la minificación, es autor del célebre microrrelato *El dinosaurio* ("Cuando despertó, el dinosaurio ya no estaba allí"). Una sola línea que ha dado lugar a tantas interpretaciones como el universo mismo, a múltiples "dinosaurios anotados" y a cientos de páginas de crítica y ensayo desde que se publicó en 1959 en su primer libro, *Obras completas (y otros cuentos)*. Después vendría la construcción de una sólida obra en la que destacan títulos como *La oveja negra* (y demás fábulas), *Movimiento perpetuo*, *Viaje al centro de la fábula*, *La palabra mágica*, *Fragmentos de un diario* y *Literatura y vida*. En todas ellas, trátense de cuentos,

más o menos expandidos, biografías o ensayos, Monterroso demuestra un talento literario tan solo comparable a su excepcional modestia, sencillez y sentido del humor. Después de Cervantes, ha sido uno de los principales autores que ha hecho del humorismo "el estilo literario en que se hermanan la gracia con la ironía y lo alegre con lo triste", tal como lo define el Diccionario de la Real Academia de la Lengua, o, en sus propias palabras, "el realismo llevado a sus últimas consecuencias". Quizás tan solo sea "un mecanismo de defensa para no sucumbir ante un mundo irracional y deshumanizado, en el que la noción de verdad ha perdido su valor absoluto" (Francisca Noguerol), ese mundo nonato todavía para Monterroso: "Dios todavía no ha creado el mundo; solo está imaginándolo, como entre sueños. Por eso el mundo es perfecto, pero confuso" (*El mundo*).

Tampoco falta el tema del viaje en la amplia obra de Ernesto Cardenal, poeta, sacerdote y uno de los más grandes defensores de la teología de la liberación ("el cura guerrillero"). *Pasajero de tránsito* es una recopilación de sus poemas de viajes de diferentes épocas, que conforman un recorrido por el mundo y en donde ocupan un lugar destacado sus experiencias viajeras por Europa a mediados del siglo XX y de sus estancias en Estados Unidos y México. Se trata en muchos casos de impresiones, de notas instantáneas, que, a veces, se despliegan dando lugar a una extensa crónica. Cardenal ha vivido parte de su vida retirado en una isla del archipiélago de Solentiname. Allí impulsó una especie de comuna a imagen de las primitivas comunidades cristianas, en cuyo desarrollo resultó clave tanto la conciencia social de los campesinos aborígenes como el fomento del arte primitivista como forma espiritual de acercamiento a Dios (*El evangelio en Solentiname*). Para Cardenal, todo lo que se puede decir en una novela, un cuento, un artículo o un ensayo también puede decirse en un poema. Se trata de una poesía próxima a la poesía impura o a los "antipoemas" de Nicanor Parra, "una poesía objetiva: narrativa y anecdótica, hecha con los elementos de la vida real y con cosas concretas, con nombres propios y detalles precisos y datos exactos y cifras y hechos y dichos". Esta forma de escritura se conoce como "exteriorismo" y su esencia consiste en priorizar lo concreto frente a la abstracción de la metáfora.

Seguramente, es Cuba quien más ha aportado a la literatura entre los países isleños americanos. La primera figura a señalar es Alejo Carpentier, un verdadero "mestizo cultural". Nacido en Suiza, de padre francés y madre de origen ruso, pasó su infancia y juventud en Cuba, país del que tuvo que huir a los 23 años, una vez iniciada ya su carrera periodística, para instalarse en el París del boom surrealista. Tras la Segunda Guerra Mundial, vivió en Ve-

nezuela, descubriendo "lo real maravilloso" del mundo americano en el que, a diferencia de Europa, lo fantástico se encuentra en la realidad misma. Publica *Viaje a la semilla*, un viaje en el tiempo desde la muerte hasta la juventud y la infancia, cuyo recorrido culmina con el retorno al vientre materno, y *Guerra del tiempo*, en el que incluye el interesante cuento *El camino de Santiago*. Carpentier utiliza al personaje protagonista del relato, Juan de Amberes, para criticar la crisis social y política de la sociedad española del siglo XVII y plantear el descubrimiento y colonización de América como una extensión de la peregrinación jacobea en la que el mundo espiritual queda subordinado al mundo material. Si bien la posibilidad de la peregrinación anuncia la posibilidad de cambio a través de la búsqueda interior, Juan de Amberes, un soldado de Flandes que recorre el camino de Santiago como el peregrino Juan Romero, nunca llegará a la capital compostelana, pues en Burgos, persuadido por todos los pecados capitales y el efecto del vino que guarda su calabaza, decide desviar su camino hacia la utopía del Nuevo Mundo y, abandonando el camino de Santiago, se dirige a la ciudad de Sevilla, convencido de que América le puede ofrecer un mundo de maravillas: "Hay en cada casa un huerto/ De oro y plata fabricado/ Que es prodigo lo que abunda/ de riquezas y regalos (...) / Diez navíos salen juntos/ de Sevilla este año...", oye cantar a un ciego. Juan de Amberes, después de convertirse en Juan el Romero, acaba por reconvertirse en Juan el Indiano, un personaje tan corrupto o más que la propia sociedad española de la que pretendía escapar.

Después del triunfo de la Revolución cubana, Carpentier regresó a La Habana y desempeñó distintos cargos políticos y diplomáticos al servicio del régimen castrista. *El amor a la ciudad* recoge ensayos, artículos, conferencias y escritos varios sobre esta ciudad. Se trata de un paseo intimista y muy personal por una Habana ya desaparecida, impregnada por el amor que el autor de *El siglo de las luces* sentía hacia ella. Carpentier viajó mucho y sus viajes se reflejan de una u otra manera en sus obras. Si el paisaje, los edificios y la historia de Haití le proporcionaron la inspiración y los datos básicos para la redacción de *El reino de este mundo*, los viajes por el interior de Venezuela, en los que sobrevoló la Gran Sabana, se adentró por la región de la Guayana y el Alto Orinoco y volvió en sentido contrario hacia Colombia hasta vislumbrar Los Andes, quedaron reflejados en *El libro de la Gran Sabana*, un relato de viajes que nunca llegó a publicar, y también en *Los pasos perdidos*, una obra que, en palabras del propio autor, "es el resultado de un viaje que anhelaba hacer desde la niñez (...), penetrar la selva amazónica". Mezcla de autobiografía y relato de viajes, esta obra narra el viaje que, en busca del paraíso perdido, hace a la selva un compositor y musicólogo que

aspira a corroborar sus teorías sobre el origen de la música observando a los indígenas, y a reanimar su propia creatividad en contacto con la naturaleza: "La marcha por los caminos excepcionales se emprende inconscientemente, sin tener la sensación de lo maravilloso en el momento de vivirlo". Por su parte, *El siglo de las luces* comenzó a fraguarse tras una estancia de Carpentier en las Antillas francesas, en las que descubrió al personaje de Victor Hugues. De acuerdo con José Manuel Caballero Bonald, Alejo Carpentier es uno de los más notables herederos contemporáneos de los cronistas de Indias, aunque él aseguraba que solo trató de contribuir a hacer realidad el vaticinio de Miguel de Unamuno: "Hallar lo universal en las entrañas de lo local, y en lo circunscrito y limitado, lo eterno". Un cronista capaz de convertir, como ocurre en *Visión de América*, una memoria de viajes en una seductora y reflexiva obra literaria sobre las culturas del Nuevo Mundo.

José Lezama Lima es el paradigma de escritor no viajero, un fiel seguidor de la máxima de Montaigne: "Cuando se viaja, lo mejor es estar en casa". El viaje más apasionante lo realiza por el pasillo de su propia vivienda, entre cuyas paredes cabía el mundo entero. En cambio, traspasó todas las fronteras del lenguaje para crear un estilo personal, una singularidad de manifestaciones múltiples, así en la Tierra como en el *Paradiso*. Sus creaciones, en cualquiera de los géneros literarios en los que se manifiestan, vienen a ser como una gran metáfora que actúa a modo de una neurona con infinitas conexiones o significantes para dar gozo a todos los sentidos. Fundador de la revista literaria *Orígenes*, núcleo de un importante movimiento cultural antes de la llegada del régimen castrista, contó con la colaboración de Cintio Vitier, el poeta para quien la naturaleza es un hecho que se da en nuestra circunstancia inmediata, mientras que el paisaje es una cierta entidad estética y sentimental creada por nuestro espíritu.

Londres y La Habana son las dos ciudades que vertebran la obra literaria de Guillermo Cabrera Infante. Exiliado en 1965, después de un breve paso por Madrid y Barcelona, recaló en la capital británica, que es la protagonista de *El libro de las ciudades*, y el lugar en donde viviría cerca de cuarenta años. Sin embargo, la larga estancia londinense siempre estuvo acompañada por la nostalgia habanera y la búsqueda del "esplendor que fue La Habana", ciudad en la que transcurren sus novelas más celebradas, en especial *Tres tristes tigres* y *La Habana para un Infante Difunto*. Así establece en *Continuum de Londres* el puente de unión entre las dos ciudades: "Hay dos preguntas contiguas que se hacen continuas. ¿Por qué escogió Londres? ¿Por qué abandonó Cuba? Para la primera pregunta boba hay una respuesta beoda: yo no escogí Londres, Londres me escogió a mí. Para la segunda

pregunta hay una respuesta que hace agua. Cuando la encuesta judicial que siguió al desastre del *Titanic*, para establecer culpas por el naufragio del buque que no se podía hundir, el juez interrogó en Londres al único miembro de la tripulación que se salvó de ahogarse. 'Teniente Lightoller', inquirió adusto el juez, '¿por qué abandonó usted el buque?'. Lightoller, en cuyo nombre brillaba la luz de la verdad, declaró la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad. 'Señoría, yo no abandoné mi barco. Mi barco me abandonó a mí'. Ésta es la única respuesta posible a cómo dejé yo una isla que se hundía: la isla me dejó a mí. Londres entonces era ese puerto de escala en el que el naufrago se queda para toda la vida o para siempre. Lo que venga primero". La mirada de Cabrera Infante, más descriptiva de Londres y más ficcional de La Habana, se extiende a otras ciudades del mundo, como París, Bruselas, Madrid, Nueva York o Miami.

Virgilio Piñera fue un vagamundo distinto: primero vivió como un buscón a lo largo y ancho de la isla; después fue un marginado en Argentina; finalmente, anduvo "fantasmado" por las calles de La Habana. También fue un escritor diferente: escribió varios cuentos extensos, otros más cortos y un manojo de narraciones breves, verdaderas ficciones súbitas, microrrelatos en el lenguaje de hoy, en los que maneja de forma vertiginosa el tiempo y plantea finales inesperados: cuentos que casi son actos. Muchas de las fábulas de Piñera parecen reproducir la idea implícita en el arte de viajar por el mero placer de hacerlo, el viaje a ninguna parte; otras, acometen el viaje a los orígenes, y algunas el viaje al absurdo. El protagonista de *El viaje* es uno de esos individuos que protagonizan sus cuentos breves: personajes que, tras abandonar sus actividades y relaciones sociales, se dedican a aquella tarea que es capaz de librarlos del azar y la angustia de vivir: "Tengo cuarenta años. A esta edad, cualquier resolución que se tome es válida. He decidido viajar sin descanso hasta que la muerte me llame. No saldré del país, esto no tendría objeto. Tenemos una buena carretera con varios cientos de kilómetros. El paisaje, a uno y otro lado del camino, es encantador. Como las distancias entre ciudades y pueblos son relativamente cortas, no me veré precisado a pernoctar en el camino. Quiero aclarar esto: el mío no va a ser un viaje precipitado. Yo quiero disponer todo de manera que pueda bajar en cierto punto del camino para comer y hacer las demás necesidades naturales. Como tengo mucho dinero, todo marchará sobre ruedas... A propósito de ruedas, voy a hacer este viaje en un coche de niños (...). Este viaje me ha demostrado cuán equivocado estaba yo al esperar algo de la vida...".

Herberto Padilla fue otro de los "intelectuales caídos" del régimen castrista. Antes anduvo por la URSS y los países soviétizados; después vivió exiliado

en Estados Unidos y España. En *Fuera del juego* dejó sin disfraz a los salvadores patrios, los cuales le obligarían a vestirse del fantasma de Galileo. A este poemario corresponde *Cada vez que regreso de algún viaje*: "Cada vez que regreso de algún viaje/ me advierten mis amigos que a mi lado se oye un gran estruendo./ Y no es porque declare con aire soñador/ lo hermoso que es el mundo/ o gesticule como si anduviera/ aún bajo el acueducto romano de Segovia./ Puede ocurrir que llegue/ sin agujero en los zapatos,/ que mi corbata tenga otro color,/ que mi pelo encanezca,/ que todas las muchachas recostadas en mi hombro/ dejen en mi pecho su temblor,/ que esté pegando gritos o se hayan vuelto/ definitivamente sordos mis amigos". Y la confesión de que *Siempre he vivido en Cuba*: "Yo vivo en Cuba. Siempre/ he vivido en Cuba. Esos años de vagar/ por el mundo de que tanto han hablado,/ son mis mentiras, mis falsificaciones.// Porque yo siempre he estado en Cuba".

Viaje a La Habana cierra el ciclo literario y vital de otro de los más importantes disidentes cubanos: Reinaldo –o Reynaldo, como él prefería llamarse– Arenas. La novela se plantea a través de tres viajes narrativos, escritos en tres momentos diferentes: huida de La Habana (*Que trine Eva*), escritura delirante, en la línea de *El mundo alucinante*, elaborada cuando todavía estaba en La Habana a principios de los años 70; inadaptación en el exilio estadounidense (*Mona*), escrito en Miami a mediados de los 80, que responde a una mezcla de elementos ficticios y reales, y el imaginario viaje de vuelta a la semilla (*Viaje a La Habana*), terminado de redactar poco después del anterior en Nueva York: "... regreso, que no puede existir, por lo menos en tanto que no se haya abolido el tiempo". *Viaje a La Habana* fue publicado poco tiempo antes del suicidio del escritor, a los 47 años de edad, y representa el desplazamiento hacia el pasado, a la memoria, el camino de vuelta a la vida y al amor, el reconocimiento explícito del riesgo de vivir, pero regresar a esa Ítaca particular suponía también "comprender definitivamente todo aquello".

De vuelta a la América continental nos encontramos con la figura de Arturo Uslar Pietri, el escritor más célebre de la literatura venezolana del siglo XX junto a Rómulo Gallegos. Considerado como un precursor del "realismo mágico" (*Las lanzas coloradas*), su obra abarca desde la poesía al teatro, pasando por la novela, el ensayo y la literatura de viajes. En este último género se pueden encuadrar *Las visiones del camino*, narración de los periplos en su primera estancia europea; *La ciudad de nadie*, una interpretación antropológica y cultural de la ciudad de Nueva York; *Tierra venezolana*, recopilación de los viajes realizados por su país en compañía del fotógrafo Alfredo Boulton, y *La vuelta al mundo en diez trancos*, tras la cual recogió todas sus crónicas y las publicó en el libro *El globo de colores*, definido por

el propio autor como "el testimonio reiterado de una notable curiosidad por la tierra y la gente". Tan intensa como su actividad literaria fue su actividad política, aunque su verdadera pasión fueron los viajes, como él mismo afirmó: "nada me ha atraído más, ni siquiera los libros, que entrar por un camino nuevo y llegar a una ciudad desconocida". Entre los textos que ahondan en el Descubrimiento está *El Camino de El Dorado*, narración histórica de la jornada de Omagua del cronista Francisco Vázquez. Pietri siempre consideró que, si América representaba el "Nuevo Mundo", lo era por las posibilidades que abría su inmenso mestizaje cultural.

De Venezuela a Colombia. Y nada más tocar tierra colombiana nos sale al encuentro Gabriel García Márquez, el inventor de un territorio eterno y fantástico llamado Macondo y el creador de un buen puñado de obras que, a día de hoy, pueden considerarse clásicos de la literatura universal, como *Cien años de soledad*, *El amor en los tiempos del cólera*, *El coronel no tiene quien le escriba*, *El otoño del patriarca* y *Crónica de una muerte anunciada*. Todo o casi todo se ha dicho ya de su obra, aunque nos resistimos a pasar por alto la reflexión de Leopoldo Padura, que sostiene que se trata de fábulas, relatos alucinados, construcciones novelescas, o mejor, Novelas, "así, sin apellidos y con mayúsculas", en las que las mentiras dan como producto literario grandes verdades, "más creíbles y creídas que muchas historias que pretendieron lograrlo por la vía de la exactitud y el realismo". Sin embargo, Ryszard Kapuściński aseguraba que las novelas de García Márquez provienen de sus textos periodísticos, demostrando que el gran reportaje es también gran literatura.

Quizás, García Márquez haya sido el periodista que describe Jorge F. Hernández: "... con el oficio de detective y la pluma del poeta, que no precisa poner en versos lo que le cabe en un párrafo urgente". Y es que, al fondo de sus obras maestras, asoma esa prosa que está ya en sus crónicas periodísticas, como *Relato de un naufrago*, un reportaje novelado, que relata la historia de Luis Alejandro Velasco, un tripulante del buque militar A. R. C. Caldas, que logró sobrevivir durante diez días en alta mar, tras caer del barco. La perspicacia periodística de Gabo puso de manifiesto que la causa del naufragio se debió a los fardos de un cargamento de contrabando que se soltaron en la cubierta y no a la supuesta tormenta a la que había recurrido para explicar el suceso la Armada colombiana. Por su parte, *De viaje por Europa del Este* es la crónica testimonial del viaje que realizó Gabo por los países socialistas en 1957, acompañado de Plinio Apuleyo Mendoza y su hermana Soledad (convertidos en Franco, "un italiano errante", y Jacqueline, "una francesa de origen indochino"), meses después de la invasión de Hungría por los tanques sovié-

ticos. Su viaje por el enclave comunista arranca en la Alemania Oriental y prosigue por Checoslovaquia, Polonia, Hungría y la antigua Unión Soviética. Allí intentará desvelar la verdadera cara del comunismo-leninismo: un régimen kafkiano apenas cuestionado por un pueblo asustado que parece resignarse a su destino. A su regreso a París escribió una serie de reportajes sobre los países visitados bajo el título genérico de *90 días en la Cortina de Hierro*, que más tarde, en la década de los 70, se convertiría en el citado libro. En estas crónicas se pueden vislumbrar claramente dos narraciones: por un lado, la de un periodista curioso, con ojos de lince, que se patea las calles de las ciudades que visita, conversa con la gente de a pie para tener un testimonio de primera mano del día a día y no duda de escabullirse de los "intérpretes-espías" asignados por las autoridades de la URSS; por otro, la del escritor comprometido con los ideales del socialismo que, sin embargo, es capaz de criticar la decepcionante realidad de un sistema frío, burocrático y asépticamente cruel, cuya preocupación por la masa no le deja ver al individuo y en el que "los trabajadores viven amontonados en un cuarto y sólo tienen derecho a comprar dos vestidos al año, mientras engordan con la satisfacción de saber que un proyectil soviético ha llegado a la Luna". Un análisis perspicaz y no exento de ironía, que contiene la predicción de la caída del muro que, en aquel momento, todavía no era de cemento: "Dentro de cincuenta, cien años, cuando uno de los dos sistemas haya prevalecido sobre el otro, las dos Berlines serán una sola ciudad. Una monstruosa feria comercial hecha con las muestras gratis de los dos sistemas".

Gabriel García Márquez recibió la noticia de la concesión del Premio Nobel de Literatura (1982) en Ciudad de México, donde pasó la mayor parte de su vida: "Cuánta vida mía y de los míos se ha quedado en esta ciudad luciferina (...). Aquí he escrito mis libros, aquí he criado a mis hijos, aquí he sembrado mis árboles", reconocía el propio escritor colombiano. Otros lugares de residencia fueron Cartagena de Indias y Barranquilla, Caracas y Bogotá, Barcelona y París, La Habana, ciudades desde las que viajó al mundo entero para, luego, regresar: "Viajar es marcharse de casa/ es dejar los amigos/ es intentar volar./ Volar conociendo otras ramas/ recorriendo caminos/ es intentar cambiar. / (...) / Viajar es volverse mundano/ es conocer otra gente/ es volver a empezar./ Empezar extendiendo la mano/ aprendiendo del fuerte/ es sentir soledad./ (...) / Viajar es marcharse de casa/ es vestirse de loco/ diciendo todo y nada/ con una postal./ Es dormir en otra cama/ sentir que el tiempo es corto/ viajar es regresar". En *Doce cuentos peregrinos* aborda el viaje entendido como peregrinación, haciendo recaer la fabulación más sobre el viajero –el profundo insatisfecho que sueña con lo desconocido de su destino– que sobre el lugar. Son doce relatos magistrales acerca de las vi-

das de otros tantos latinoamericanos en Europa, con el trasfondo de su experiencia de emigrante y de su peregrinar a lo largo y ancho de la geografía europea sin dejar de sentirse extranjero, pero llevando siempre en su mochila un buen equipaje de idealismo. Son doce cuentos planteados para ser leídos de una vez, para que el lector no perciba el inmenso esfuerzo que hay detrás de ellos, porque el cuento, a diferencia de la novela, "no tiene principio ni fin: fragua o no fragua". Y si no fragua, "es más saludable empezarlo de nuevo por otro camino, o tirarlo a la basura". Y es que el creador de Macondo entendía el relato de viaje como "un cuento que es verdad".

En definitiva, como señala su compatriota William Ospina, Gabriel García Márquez es: "La literatura como alquimia, la prosa como alta poesía, el ritmo que pasma a la gramática, la elocuencia chamánica (...), una fusión de las magias verbales de Rubén Darío con embrujos indios y diabluras de África". Su lengua "cuenta siglos de razas confundidas, mares oliendo a pólvora, incestos de boleros y guerras civiles".

Quien no parece compartir la visión de Ospina y se muestra bastante crítico con Gabo es Fernando Vallejo, cuya desestabilizadora carga literaria (pura dinamita que apenas deja en pie el amor por los animales) resulta inconfundible. *El río del tiempo* es una larga autobiografía en cinco volúmenes, a lo largo de los cuales el escritor y cineasta colombiano, nacionalizado mexicano, va desarrollando su infancia y adolescencia en Medellín y Bogotá, sus viajes a Roma y Nueva York y su estancia en Ciudad de México.

Álvaro Mutis es el creador de un mundo poético particular, con su centro de atención en el trópico y sus paisajes, por una parte, y la desesperanza de nuestro tiempo, por otra (*Los trabajos perdidos*, *Los elementos del desastre*...). Y también creó el personaje de Maqroll, el Gaviero, como muestrario de su prosa brillante y de su actitud ante la vida y la muerte: "Que te acoja la muerte/ con todos tus sueños intactos", dice en uno de sus poemas. *Empresas y tribulaciones de Maqroll, el Gaviero* reúne las siete novelas que componen el universo de este testigo errante del tiempo, que, instalado en lo alto de la gavia, o vela mayor, tiene posibilidad de ver más lejos que los demás. A través del vagabundeo del personaje por puertos, mares y lugares recónditos, Mutis revela el mundo del hombre contemporáneo. El origen del personaje quizás haya que buscarlo en los viajes entre las brumas de Flandes (Bruselas fue durante casi una década el destino diplomático de su padre) y los cafetales familiares de Colombia realizados durante su infancia, en los que descubrió su fascinación por el mar y el territorio de Coello, ese trozo de tierra caliente situada a los pies de los Andes colombianos, los

viajes en barco, el sentimiento del errabundo y la noción de ultramar. En palabras del propio autor, el Gaviero es "un tipo que ya sabe que el mundo se parece todo, que Singapur tiene calles absolutamente exactas a las de Guayaquil, y por eso no va buscando experiencias nuevas: lo que de verdad le impulsa es el placer del desplazamiento, el desplazamiento como experiencia profunda e íntima". *Diario de Lecumberri* supone la travesía interior del propio autor, mientras que el poema *El viaje* es el itinerario por el interior de Colombia de un tren que tardaba nueve meses en recorrer 122 kilómetros entre el páramo y una pequeña estación de veraneo situada en tierra caliente: "Constaba el tren de cuatro vagones y un furgón, pintados todos de color amarillo canario. No había diferencia alguna de clases entre un vagón y otro, pero cada uno era invariablemente ocupado por determinadas gentes. En el primero iban los ancianos y los ciegos; en el segundo los gitanos, los jóvenes de dudosas costumbres y, de vez en cuando, una viuda de furiosa y postrera adolescencia; en el tercero viajaban los matrimonios burgueses, los sacerdotes y los tratantes de caballos; el cuarto y último había sido escogido por las parejas de enamorados, ya fueran recién casados o se tratara de alocados muchachos que habían huido de sus hogares".

Seguramente, muy pocos escritores como Mario Vargas Llosa han marcado la evolución de la historia de la literatura en el último medio siglo, con novelas tan emblemáticas como *La ciudad y los perros*, *Conversación en la Catedral* o *La fiesta del Chivo*. Sus innovaciones técnicas, su amplio espectro como escribidor y su manera de entender la "verdad de las mentiras" –y, a través de ella, las posibilidades de la ficción– han tenido un papel determinante en el rumbo de la narrativa contemporánea. Así explicaba el escritor peruano su planteamiento literario en el acto de recepción del Premio Cervantes: "Una ficción es, primero, un acto de rebeldía contra la vida real y, en segundo, un desagravio a quienes desasosiega el vivir en la prisión de un único destino (...). La ficción es testimonio y fuente de inconformidad, desacato del mundo tal como es, prueba irrefutable de que la realidad real, la vida vivida, están hechas apenas a la medida de lo que somos, no de lo que quisiéramos ser, y por eso debemos inventar unas distintas", propuesta que puede extenderse del escribidor al viajero, la otra gran vocación del escritor peruano: "Yo crecí soñando con París", la ciudad liberada y liberadora donde "habían sido derrotados todos los prejuicios, donde había creatividad en las calles", la ciudad de la modernidad en la que se relacionó con la mayoría de los autores del boom y descubrió que él mismo era un "escritor latinoamericano". Y esta querencia se amplió más tarde a Madrid (cuando llegó en 1958 era "una ciudad en la que todavía era posible seguir por las calles las trayectorias de las novelas de Pío Baroja e incluso de Pérez Galdós"; hoy, "es el

mejor símbolo de la transformación de España (...), la transformación histórica más extraordinaria que me ha tocado vivir") y Nueva York ("la ciudad de todos y de nadie, una ciudad sin identidad propia porque las tiene todas", una ciudad de vida vertiginosa e inabarcable, una vida que "sólo es futuro en trance de hacerse"), ciudades en las que, junto a la capital parisina, ha pasado la mayor parte de su vida. De su extensa producción narrativa, quizás sean *El hablador*, *El paraíso en la otra esquina* y *El sueño del celta* las obras más cercanas a la literatura viajera, las que encierran con más frecuencia auténticos relatos de viaje en el desarrollo de sus respectivas tramas.

El hablador es una novela de dos voces: una, la del narrador, que vive en Florencia y se identifica con el propio novelista; la otra, la del "hablador", un cuentacuentos de la tribu amazónica de los machiguengas, cuyas narraciones tienen el trasfondo de los mitos, leyendas y costumbres de una selva todavía no contaminada por el "hombre civilizado". El tema del viaje aparece constantemente en las páginas del libro, tanto en uno como en otro discurso. Así, el del "hablador" comienza con esta frase: "Después, los hombres de la tierra echaron a andar, derecho hacia el sol que caía"; el narrador, por su parte, comienza hablando de su viaje a Florencia para centrarse a continuación en el viaje que lo llevará a la selva amazónica. Pero, quizás, el viaje más importante del libro es el que realiza un tercer personaje, Saúl "el Mascarita", al fondo del alma machiguenga. La novela se cierra con el relato de una ardiente noche en Florencia, en la que el narrador confiesa que "dondequiero que me refugie tratando de aplacar el calor, los mosquitos, la exaltación de mi espíritu, seguiré oyendo cercano, sin pausa, inmemorial, a ese hablador machiguenga".

En *El paraíso en la otra esquina*, Vargas Llosa escribe dos novelas en una sola. Se trata de la narración de dos vidas, en principio, totalmente opuestas, la de Flora Tristán, una de las primeras feministas de la historia, y la de su nieto, el pintor Paul Gauguin, pero que coinciden en la lucha por un mismo objetivo: la búsqueda de un ideal perfecto, de un paraíso perdido. La utopía de Flora Tristán es la justicia social y la igualdad de derechos entre hombres y mujeres; el sueño de Gauguin es el descubrimiento del misterio de la creación artística, el hallazgo de esa verdad primitiva que la civilización y la cultura le han arrebatado.

El sueño del celta cuenta la peripecia vital del diplomático británico Roger Casement, un personaje múltiple y complejo, que se hizo famoso por sus denuncias contra las arbitrariedades del colonialismo europeo en África y América. En su primer viaje al continente africano, cuando solo contaba 19

años de edad, pudo comprobar los abusos cometidos por el muy católico e insaciable rey de los belgas, Leopoldo II, que convirtió el Estado Libre del Congo en una especie de gran presidio en el que se practicaban todo tipo de atrocidades. Además de trabajar y denunciar la realidad social del Congo belga, durante su estancia africana Casement participó en algunas de las expediciones del explorador Sir Henry Morton Stanley y conoció personalmente a Joseph Conrad. Después de varios destinos en África, pero fuera del Congo, fue enviado a Perú, comisionado por la Foreign Office para investigar las denuncias recibidas por las barbaridades cometidas contra distintas tribus de la región del Putamayo, en la frontera entre Colombia y Perú, por una compañía explotadora del caucho. De este viaje, como del anterior, quedó un informe que conmocionó a la sociedad de su tiempo, pues revelaba que no era la barbarie africana ni amazónica la que volvía bárbaros a los civilizados europeos; eran ellos, en nombre del comercio, la civilización y el cristianismo, quienes cometían los actos más salvajes. También viajaría Casement por otros "continentes" distintos a los anteriores: los de la política, la cárcel y el sexo: partidario de la independencia de Irlanda (había nacido en Dublín), intentó conseguir la ayuda alemana para esta causa mientras se desarrollaba la Primera Guerra Mundial, por lo que fue detenido por las autoridades del Reino Unido, que le acusaron de traición y también de homosexualidad, aireando unas escabrosas aventuras para tratar de conseguir su desprecio social.

Recientemente se ha publicado en Perú el cómic *Mario. Cuadernos de un viajero*, con guion de Carlos Enrique Freyre, que da cuenta de la historia del viajero Vargas Llosa, ese hombre que transitó por los paisajes costeros, las selvas y las montañas de Perú, cruzó océanos y continentes y se hizo ciudadano del mundo porque, a fin de cuentas, "el país de uno se reduce a unos cuantos amigos y unos cuantos paisajes".

Alfredo Bryce Echenique es uno de los principales autores del post-boom latinoamericano, uno de los que llevaron el "realismo mágico" a la "magia de la realidad". Dos de sus novelas pueden considerarse ya auténticos clásicos. Se trata de *Un mundo para Julius* y de *La vida exagerada de Martín Romaña*. Esta última narra las vivencias, amores y descubrimientos de Martín Romaña tras su viaje de Lima a París con la intención de convertirse en escritor. Junto a *El hombre que hablaba de Octavia de Cádiz* conforma el díptico *Cuadernos de navegación en un sillón Voltaire*. Desde mediados de los años 60 del pasado siglo hasta bien entrado el siglo actual, Bryce Echenique ha vivido en Europa ("del país de uno hay que alejarse siempre un rato para curarse de la ingratitud de la patria"), fundamentalmente en París,

Madrid y Barcelona. Hace unos pocos años volvió al Perú "de mis amores y mis dolores" y, aunque de vez en cuando viaje, ya no lo hace a ningún país concreto o a un destino incierto, sino que solo "viajo a los amigos".

Bryce Echenique considera al viajero como un diablo y el viajar como uno de los placeres más tristes, aunque "viajar y escribir son dos lujos que sabe apreciar un hombre a quien no se le ha asignado ningún lugar especial en este mundo". Quizás por ello tituló uno de sus libros de cuentos más interesantes como *Guía triste de París*, una serie de relatos en los que el autor, a partir de un punto real, permite a la fantasía "entrar y circular libremente por donde le dé su real gana, en cualquier circunstancia o momento", siguiendo el principio de Graham Greene de que el momento más delicioso de la narración es aquel en el que "los personajes empiezan a decir y hacer lo que les da la gana". Otro tanto había sucedido en el anterior *Huerto cerrado*, que se abre con *Dos indios*, primer texto que tiene como telón de fondo la experiencia europea en la narrativa de Bryce y que comienza así: "Hacía cuatro años que Manolo había salido de Lima, su ciudad natal. Pasó primero un año en Roma, luego, otro en Madrid, un tercero en París y finalmente había regresado a Roma. ¿Por qué? (...). No sabía explicarlo, no hubiera podido explicarlo...". Y vuelve a repetirse en el posterior *La esposa del rey de las curvas*, entre los cuales el lector puede hallar *Un viaje corto y final*, un relato que habla de un viaje a La Habana con ironía y humor. Más de medio siglo después de haber iniciado su aventura narrativa, Echenique encuentra una poderosa razón para seguir haciéndolo: "De alguna forma, la literatura siempre encuentra un destinatario, como si fuera una botella lanzada al mar". Como el viajero siempre dispuesto a encontrar un destino, aunque muchas veces sea la vuelta a su Ítaca particular.

No obstante, el gran cuentista de la literatura peruana es Julio Román Ribeyro, quien, como Vargas Llosa y Bryce Echenique, también hizo el viaje europeo, residiendo durante largos períodos de tiempo en Madrid y París, desde donde construyó su imagen de la ciudad de Lima y sus habitantes, presente en una buena parte de sus escritos. El propio autor nos da cuenta de su obra: "Cuentos, espejo de mi vida, pero también reflejo del mundo que me tocó vivir, en especial el de mi infancia y juventud (...), pero también Europa y mis pensiones y viajes y algunas historias salidas solamente de mi fantasía, a eso se reducen mis cuentos, al menos por sus ternas o personajes. Que ellos –mis cuentos– tan variados y dispares, fragmentos de mi vida y del mundo como lo vi, puedan sumados adquirir cierta unidad y proponer una visión orgánica, coherente, personal de la realidad, es algo que no podría afirmar".

Al cruzar la frontera literaria de Chile, el país longilíneo, lo primero que salta a la vista es el paisaje de la obra de Pablo Neruda. Nacido Ricardo Eliécer Neftalí Reyes Basoalto, a los 23 años comenzó su larga carrera diplomática y, con ella, su primer periplo viajero que lo llevaría durante los finales años 20 y los primeros 30 a los consulados de Chile en Rangún, Birmania, Sri Lanka, Java, Singapur, Buenos Aires, Barcelona y Madrid. Tras la Guerra civil española, nuevos destinos diplomáticos lo condujeron a París y México. Regresó a Chile con casi 40 años, pero poco tiempo después emprendió su segundo peregrinaje europeo (fundamentalmente París, Nápoles y Capri) a causa del exilio. La tercera escapada fue como embajador del gobierno de Salvador Allende en Francia pocos años antes de su muerte, ocurrida pocos días después del golpe militar de Augusto Pinochet.

La obra de Neruda sintetiza estos viajes de ida y vuelta, que le permiten sumergirse en el gran océano ("de tierra a tierra un solo mar soñado/ de mar a mar un solo sueño verde") de la cultura occidental y, desde las "llanuras levantadas por olas", buscar los orígenes ("Amazonas, eternidad secreta de las fecundaciones") y las alturas del mundo americano, como ocurre en la epopeya del *Canto general*, al que pertenece este fragmento de las *Alturas de Macchu Picchu*: "Entonces en la escala de la tierra he subido/ entre la atroz maraña de las selvas perdidas/ hasta ti, Macchu Picchu./ Alta ciudad de piedras escalares,/ por fin morada del que lo terrestre/ no escondió en las dormidas vestiduras./ En ti, como dos líneas paralelas,/ la cuna del relámpago y del hombre/ se mecían en un viento de espinas.// Madre de piedra, espuma de los cóndores.// Alto arrecife de la aurora humana". El *Canto general* también recoge en el poema titulado *El Viajero* una versión del primer viaje a Rangún: "Y salí por los mares a los puertos./ (...) / Países/ recostados, resecos, en la arena,/ trajes talares, mantos fulgurantes/ salían del desierto, armados/ como escorpiones, guardando el agujero/ del petróleo, en la polvorienta/ red de los calcinados poderíos".

Además de las mostradas en el *Canto general* y en el anterior poemario *Residencia en la tierra*, sus experiencias viajeras ("... el alma del hombre es de sombra, por eso se mueve"), están contenidas fundamentalmente en el redescubrimiento jubiloso del mundo que constituye la poesía sin pureza de *Estravagario*: "En tantas ciudades estuve/ que ya la memoria me falta/ y no sé ni cómo ni cuándo"; las "posibilidades sensoriales del recuerdo" expuestas en *Memorial de Isla Negra* y *Confieso que he vivido* (obra en prosa, editada tras su muerte); el ir y venir (el destino más importante en la vida del viajero es la tierra) de *Navegaciones y regreso*: "... mi poesía se hizo paso a paso, trotando por el mundo"; la recopilación de cartas del *Epistola-*

rio viajero, en donde se puede ver a Neruda casi enteramente como era, y *Geografía infructuosa*, una serie de estampas poéticas acerca de los desplazamientos del poeta por los caminos de Chile, "atrapando el paisaje sucesivo", y la Normandía francesa.

Así termina el escritor uruguayo Emir Rodríguez Monegal su estudio *El viajero inmóvil* sobre el poeta chileno: "Este viajero de todas las latitudes del orbe (es fácil advertirlo) ha viajado realmente poco, y la parte más importante de su viaje ha sido la que se realiza hacia adentro: el viaje hacia la única residencia verdadera. Para este niño perdido y encontrado esa única residencia ha sido el sur de Chile, mundo humedecido por la lluvia, pautado incesantemente por las goteras, iluminado por la llama de los incendios súbitos, impregnado fuertemente por el olor de la madera (otra materia materna). Esa madre totalmente perdida que el poeta ahora recuerda es la fuente inagotable de una poesía que ha cubierto el mundo entero....".

Para Nicanor Parra, la poesía es "un artículo de primera necesidad", pero su poesía se fundamenta en la subversión del lenguaje, en una profunda rebelión, la *antipoesía*, generadora de una nueva forma de decir: "Nosotros condenamos/ y esto sí que lo digo con respeto/ la poesía de pequeño dios/ la poesía de vaca sagrada/ la poesía de toro furioso". En *Poemas y Antipoemas* se hallan estas *Notas de viaje*: "Yo me mantuve alejado de mi puesto durante años/ Me dediqué a viajar, a cambiar impresiones con mis interlocutores/ Me dediqué a dormir;/ Pero las escenas vividas en épocas anteriores se hacían presentes en mi memoria/ (...) / Entretanto el barco ya había entrado al río/ Se abría paso a través de un banco de medusas./ Aquellas escenas fotográficas afectaban mi espíritu,/ Me obligaban a encerrarme en mi camarote;/ Comía a la fuerza, me rebelaba contra mí mismo,/ Constituía un peligro permanente a bordo/ Puesto que en cualquier momento podía salir con un contrasentido". Y en *Sensaciones*: Viajero por todo el mundo, caminó por avenidas y llanos y dejó sus "recuerdos guardados/ en los charcos de bronce".

Aunque Nueva York le deslumbró, Parra asegura que la ciudad más bella que ha conocido es Praga, cuyas calles recorrió siguiendo las huellas de su admirado Kafka. En una entrevista con el escritor uruguayo Mario Benedetti, el poeta confesaba que alrededor de 1950 se propuso llevar una especie de diario donde anotaba "cualquier cosa que me dice algo". En este "revoltijo" hay notas de viaje, cuadernos sobre los viajes a Cuba, libretas sobre las giras por la Unión Soviética, por China, por los Estados Unidos... "Quien sea valiente que lo deje todo y siga a Nicanor Parra", dijo pasando entre los pescadores de palabras que faenaban en las orillas de la literatura Roberto Bolaño.

Si la poesía de Parra está basada en los hechos, la de Gonzalo Rojas encuentra su fundamento en la palabra sobre la palabra ("nombrar es vivir"). En su discurso de recepción del Premio Cervantes diría: "respiramos y vivimos el lenguaje a cada instante, lo mismo en la península que en las cumbres andinas o en la vastedad oceánica, o en las grandes ciudades, de los trópicos a los hielos". Este "poeta del asombro" ante el prodigo de vivir tuvo una vida nómada y apasionada, que le permitió recorrer desde el golfo de Arauco, donde nació, y las cumbres de Atacama, donde los mineros del cobre le enseñaron a "descifrar el portento del lenguaje inagotable del murmullo, el centelleo y el parpadeo de las estrellas", hasta el Oriente asiático, pasando por Europa y casi toda América. Este movimiento continuo, junto a sus orígenes y la "patria perdida" de su infancia, tuvo una gran influencia en su extensa producción literaria, la cual "no está fundada en un proyecto de invención, sino de rescate", siendo capaz de reflejar la vida porque "el ángel de la memoria me acompaña, además lo cultivo con aceite". *Todavía* es un libro recopilatorio que recoge la variada prosa resultante de sus reflexiones y experiencias e incluye diarios y notas de sus viajes a China e Israel. Cuando apareció, hacía más de medio siglo que se había publicado *La miseria del hombre*, un viaje en la noche, un descenso hasta los últimos rincones del ser.

Jorge Edwards es un escritor, periodista y diplomático, a quien, además de por su interesante obra narrativa o ensayística (*El origen del mundo*, *El sueño de la historia*, *El anfitrión*, *El inútil de la familia* y *La muerte de Montaigne*), también se le puede reconocer como el "viajero tranquilo". Salvo sus tres meses de estancia en Cuba a principios de los años 70, enviado por el gobierno de Salvador Allende, y sus tensas relaciones con el castrismo (esa "expresión atrasada de realismo mágico"), cuyo tiempo detenido y régimen de amordazamiento puso al descubierto en *Persona non grata*. Las experiencias viajeras de Edwards comprenden tres etapas: sus destinos como miembro del servicio diplomático exterior chileno (París, Lima, La Habana), su exilio en Barcelona durante la dictadura del general Pinochet y sus continuos desplazamientos a los más diversos lugares del mundo tras su vuelta a Chile, una vez restaurada la democracia. De todas estas experiencias, Edwards no construye relatos de viaje, sino que hace memoria y, con ella, toma conciencia o extrae materiales para reconstruir la historia como un sueño de múltiples posibilidades. En eso consiste la tarea de escribir: inventar, soñar, recordar, aunque hay que tener cierto cuidado porque el pasado, como el universo, tiende a la expansión y no deja de ocupar espacio.

Roberto Bolaño vivió su infancia en Chile, su juventud en México y su madurez entre el país azteca, clave en su obra literaria, y España. En medio de

todo ello, el recorrido de ida y vuelta de México a Chile para apoyar a Salvador Allende, apresamiento incluido. En la última etapa de su vida encontró su hogar en Blanes, un pueblo de Gerona bañado por la luz y las olas del Mediterráneo. Bolaño se presenta a sí mismo como un viajero romántico y elabora una especie de autoficción, fundiendo las figuras del autor, narrador y personaje principal en una sola entidad que se desdobra (Belano-Bolaño) de manera continuada. Jorge Herralde asocia el *alter ego* literario del escritor chileno y el nombre del poeta francés que viajó a África escapando de su vida de escritor: "Arturo Belano, Arthur Rimbaud".

Bolaño recorre primero los caminos a la busca de experiencias nuevas y luego escribe acerca de los cambios que en su percepción del mundo han provocado dichas experiencias, a sabiendas de que "el viaje de la literatura es un peligro y no tiene retorno", y de que es necesario encontrar otro camino de narrar la experiencia penetrando en las entrañas más profundas de la realidad. Se trata, en definitiva, de una nueva forma de creación que pasa por transgredir los valores, romper las barreras impuestas por el canon y la técnica, subvertir la cotidianidad, matar a los padres, enterrar a los mitos y volver a empezar a partir de cero, despojados de todo ("déjenlo todo, nuevamente, láncense a los caminos"), aun cuando el riesgo de fracaso sea muy elevado y la posibilidad de encontrar el abismo en lo nuevo sea más que alta: "El viaje comenzó un feliz día de noviembre/ pero de alguna manera el viaje ya había terminado/ cuando lo empezamos...".

De todas sus obras, *Los detectives salvajes* es el texto que contiene más elementos biográficos ficcionales: sus vivencias en México, sus amistades, sus andanzas poéticas por el camino del "infrarrealismo" y sus viajes por distintos países. Se trata del viaje de un grupo de soñadores que caminan por el mundo creyendo que sobrepasarán los límites de la poesía y terminan atrapados en las coordenadas culturales de las que tratan de huir, un viaje que comienza con la búsqueda de los maestros y acaba con la desaparición tanto de los maestros buscados como de los jóvenes buscadores, quedando únicamente la obra literaria. También en su obra póstuma *2666*, es la temática del viaje la que une las cinco novelas que conforman su contenido.

No obstante, el texto que explicita la relación tan estrecha entre el tema del viaje y su obra es el comentario de texto-conferencia-relato autobiográfico *Literatura + enfermedad = enfermedad*, contenido en *El gaucho insufrible*, en donde Bolaño, que intuye la cercanía de su muerte, habla del viaje como el lugar donde lo imaginario puede transformar el espacio y el tiempo reales, y de la narración como la condición connatural al viaje. Partiendo de

Mallarmé y Baudelaire, Bolaño plantea que para viajar de verdad los viajeros no deben tener nada que perder, sino perderse en territorios desconocidos. Sin embargo, viajar enferma: "Realmente, es más sano no viajar, es más sano no moverse, no salir nunca de casa, estar bien abrigado en invierno y sólo quitarse la bufanda en verano, es más sano no abrir la boca ni pestañear, es más sano no respirar. Pero lo cierto es que uno respira y viaja. Yo, sin ir más lejos, comencé a viajar desde muy joven, desde los siete u ocho años, aproximadamente. Primero en el camión de mi padre, por carreteras chilenas solitarias que parecían carreteras posnucleares y que me ponían los pelos de punta, luego en trenes y en autobuses, hasta que a los quince años tomé mi primer avión y me fui a vivir a México. A partir de ese momento los viajes fueron constantes. Resultado: enfermedades múltiples (...). Era pobre, vivía en la intemperie y me consideraba un tipo con suerte porque, a fin de cuentas, no había enfermado de nada grave. Abusé del sexo, pero nunca contraje una enfermedad venérea. Abusé de la lectura, pero nunca quise ser un autor de éxito (...). Pero todo llega. Los hijos llegan. Los libros llegan. La enfermedad llega. El fin del viaje llega". A pesar de todo, merece la pena volver a empezar, aun a sabiendas de que "el viaje y los viajeros están condenados".

La nómina de escritores chilenos tiene en Francisco Coloane un novelista y cuentista de aventuras con un estilo muy personal, sencillo, ameno y alejado de intelectualismos, al que, sin embargo, muchos han querido comparar al de London, Melville o Conrad. Como él mismo reconoce en sus memorias *Los pasos del hombre*, ha escrito sobre "lo que conoce y ama: las aventuras en el mar y en las extensiones patagónicas". Nació en la mágica región de Chiloé, cuyas islas conoció desde niño como las palmas de sus manos, en las que las "líneas de vida" quedarían marcadas desde entonces por el espíritu de aventura: "Creo que, al nacer en Chiloé del vientre de mi madre, ese 19 de julio, empecé ya a navegar o más bien a sentir el rumor del mar". Ese rumor del mar que "se parece a los pasos de alguien que nunca llega", ese rumor del mar que le acompañará permanentemente toda su vida, como el eco de la voz de su padre moribundo (él tenía 9 años) que le decía: "Volvamos al mar".

Coloane es un explorador de las regiones del "fin del mundo", siempre a la búsqueda de algo por descubrir para luego entregarlo a los lectores, lo mismo que hace con su profunda y abarcadora mirada del mar. Acérrimo defensor de la naturaleza, sus *Cuentos completos* recogen sus anteriores recopilaciones cuentísticas, como *Cabo de Hornos*, *Tierra del Fuego*, *Golfo de penas*, *El témpano de Kasansaka y otros cuentos*, *El chilote Otey y otros relatos*, etc. La lectura de los mismos hace decir al crítico Michel Polac: "Si

yo tuviera 20 años, enfilaría hacia allá para seguir las huellas de los héroes de estas historias, poder encontrar las enseñadas, las islas mágicas, los pequeños puertos descritos con una precisión alucinante, sin que jamás caiga en el realismo descriptivo del viaje, donde se crea un universo fantástico al fin del mundo".

En su obra también se incluyen novelas como *El último grumete de Baquedano*, novela de iniciación, donde el viaje marino es también el de un niño que se convierte en hombre; *El camino de la ballena*, una épica del misterioso oficio de ballenero, en la que se pueden leer párrafos como este: "Había oído decir que los machos viejos, con su piel recubierta de colpas y madréporas, se quedaban merodeando por las cercanías del Polo, como nacarados fantasmas ya aislados de los de su especie", y *El rastro del guanaco blanco*, cuya trama es la colonización de las tierras australes de Chile, combinando magistralmente la descripción del paisaje con la cultura y las formas ancestrales de vida, el choque de culturas contradictorias y el inevitable mestizaje. De los recuerdos de sus estancias en la URSS y en la India dejaría testimonio en *Viaje al Este* y *Crónicas de la India*, de carácter más memorístico y viajero, aunque nunca turístico.

Entre los amigos de Coloane se encuentra José Miguel Varas, periodista y escritor reconocido tanto por sus crónicas periodísticas, a veces al servicio de la ficción, como por sus novelas y cuentos. Tras volver de Moscú, tras el largo exilio impuesto por la dictadura militar del general Augusto Pinochet, escribió *Las Pantuflas de Stalin*, una recopilación de tres narraciones en las que cuenta la evolución del régimen soviético desde la Revolución hasta la llegada de la *perestroika*. El primero de ellos, que da nombre a la serie, es un relato tragicómico en el que Varas desentraña el régimen estalinista, dueño de la voluntad y de la vida de millones de personas. A partir de la anécdota de unas gastadas pantuflas del dictador arrojadas a la basura por una vieja empleada, el escritor chileno despliega páginas cargadas de un humor de fina sonrisa, debajo de las cuales se manifiesta la brutalidad del totalitarismo creado por Vladimir Lenin, corregido y aumentado más tarde por José Stalin: "Yo necesito mis pantuflas. Usted debe encontrarlas". Y, automáticamente, la KGB, el ejército y cuantos recursos sean necesarios se ponen en marcha para realizar una alucinante búsqueda por todos los basureros de Moscú. *Cuentos de ciudad* es una colección de relatos que se abre con el disparatado viaje narrado en *Año nuevo en Gander*.

Para el periodista y escritor Luis Sepúlveda, Coloane fue una revelación porque "era la primera vez que me enfrentaba a historias en las que el vien-

to soplaba de verdad, y porque me enseñaba que Chile era algo más que el aburrido Santiago, que existía el profundo sur donde la épica era el pan de cada día". Como su maestro, él también sabe conferir a sus personajes una identidad inédita en la literatura escrita en español, como deja claro *Un viejo que leía novelas de amor*, novela inspirada por su convivencia con los indios *shuar*, en cuyas comunidades recaló tras un periplo por varios países sudamericanos a finales de los años 70. Después, participaría en la Revolución sandinista como miembro de la Brigada Internacional Simón Bolívar, navegó con Greenpeace por distintos mares, vivió en Alemania durante más de una década y se instaló definitivamente en el norte de España en los últimos años del siglo XX. Viajar por el mundo, observar a la gente y escuchar historias que luego alimentan su imaginación parecer ser su pasión manifiesta, acaso porque "mi abuela paterna era una viajera vasca, mi abuelo paterno un prófugo andaluz que se convirtió en emigrante, mi abuela materna una emigrante italiana, y mi abuelo paterno era hijo del último gran cacique mapuche".

Autor de novelas y relatos cortos, en las limitadas páginas de *Un viejo que leía novelas de amor* muestra su ilimitada capacidad de fabulación para enriquecer la realidad, en este caso a través de la peculiar historia de Antonio José Bolívar, cuya vida entre los indios *shuar* de la región amazónica ecuatoriana le permitió conocer la selva, sus secretos y sus leyes..., hasta que un buen día alguien le proporcionó una novela de amor que desató en su interior un deseo irreprimible de seguir leyendo este tipo de historias. Sepúlveda ya se había mostrado antes como un maestro de la descripción de viajes y paisajes en la colección de cuentos *Cuaderno de Viaje* y en la obra *Mundo del fin del mundo*, la historia de un adolescente, enardecido por la lectura de Moby Dick, que aprovecha las vacaciones de verano para embarcarse en un ballenero que le llevará por esos mares donde navegaron tantos héroes legendarios, mares a los que vuelve muchos años después, convertido en miembro activo del movimiento Greenpeace.

En *Patagonia Express* ("un gran animal verde con una cicatriz amarilla en el vientre, y arrastraba el convoy bufando como un viejo dragón"), Sepúlveda nos invita a acompañarle a algunos de sus periplos por las solitarias tierras de Patagonia y Tierra del Fuego y a conocer a algunos personajes de lo más peculiar. El libro se abre y se cierra con dos encuentros extraordinarios del autor con Bruce Chatwin y con Francisco Coloane, su maestro: "Nunca más estaría solo. Coloane me había traspasado sus fantasmas, sus personajes, los indios y emigrantes de todas las latitudes que habitan La Patagonia y la Tierra del Fuego, sus marinos y sus vagabundos del mar. Todos ellos van

conmigo y me permiten decir en voz alta que vivir es un magnífico ejercicio". En realidad, lo que plantea Sepúlveda es una invitación al viaje por partida doble: un recorrido espacial por el extremo sur del continente americano y un itinerario literario por las leyendas, la intertextualidad y otros materiales elaborados por el autor a partir de fragmentos textuales de la memoria popular.

La crítica de la destrucción de la naturaleza y la defensa del medio ambiente se hace bien patente en *Historia de una gaviota y del gato que le enseñó a volar*, libro que trata de una gaviota llamada Kengah que, en su intento de buscar alimento, ha quedado atrapada por una mancha de petróleo, la "peste negra del mar"; después de varios intentos, consigue elevarse y llegar a la terraza donde vive Zorbas, un gato negro, al que le pide que cuide el huevo que pone antes de morir y que cuando nazca el polluelo le enseñe a volar. La denuncia de *La frontera extraviada* es la de la vida fugitiva a la que se vieron forzados muchos exiliados durante "los tiempos del miedo" en América Latina, esa época en la que la violencia y la intolerancia de la represión militar en distintos países los dejó sin patria, sin fronteras que los protegieran, vagando por el mundo porque lo verdaderamente importante era mantenerse vivo, tratando de superar el miedo que todo lo arrebata. Entre sus últimos trabajos destacan: *Historias de aquí y de allá*, que trasladada al lector a diversos escenarios y situaciones en países de aquí y de allá, y *Últimas noticias del Sur*, que da cuenta del viaje emprendido al extremo del mundo, ese espacio de resonancias míticas que constituye la Patagonia, por Luis Sepúlveda y su amigo, el fotógrafo Daniel Mordzinski.

Para cruzar de Chile a Argentina podemos utilizar un globo similar al que Jorge Luis Borges tomó para sobrevolar parajes californianos y luego describió en *Atlas*, el libro de viajes de su vasta producción literaria: "Como lo demuestran los sueños, como lo demuestran los ángeles, volar es una de las ansiedades elementales del hombre (...). El espacio era abierto, el ocioso viento que nos llevaba como si fuera un lento río nos acariciaba la frente, la nuca o las mejillas. Todos sentimos, creo, una felicidad casi física. Escribo casi porque no hay felicidad o dolor que sean sólo físicos, siempre intervienen el pasado, las circunstancias, el asombro y otros hechos de la conciencia. El paseo, que duraría una hora y media, era también un viaje por aquel paraíso perdido que constituye el siglo diecinueve. Viajar en el globo imaginado por Montgolfier era también volver a las páginas de Poe, de Julio Verne y de Wells. Se recordará que sus selenitas, que habitan el interior de la luna, viajaban de una a otra galería en globos semejantes al nuestro y desconocían el vértigo".

Aunque su pasión por conocer nuevos lugares se le despertó siendo todavía un niño cuando viajó por primera vez a Europa con sus padres, el Jorge Luis Borges verdaderamente viajero aparece en sus últimos años de vida, visitando en compañía de María Kodama los más diversos lugares del mundo. Según cuenta su propia mujer: "Antes de un viaje, cerrados los ojos, juntas las manos, abríamos al azar el atlas y dejábamos que las yemas de nuestras manos descubrieran lo imposible: la aspereza de las montañas, la tersura del mar, la mágica protección de las islas".

Atlas es una publicación de todos los viajes en los últimos años de su vida. En él encuentra refugio el Borges más humano. Se trata de un libro de fotos y notas de viaje, en donde Borges demuestra no solo una sensibilidad única para la literatura, sino también una memoria extraordinaria para los detalles de los viajes y un afán extraordinario por conocer la historia, literatura y arte de los lugares a los que viajaba. Es un libro de lugares, pero también de momentos, de instantes de transitoria felicidad. Un libro hecho de imágenes por la mirada de un Borges privado de visión, pero capaz de ver las cosas con la memoria y la imaginación, de las cuales el libro no es más que una extensión. Y también atesora los destellos de genialidad habituales en el creador de obras como *El Aleph* y *Ficciones*: "A unos trescientos o cuatrocientos metros de la Pirámide me incliné, tomé un puñado de arena, lo dejé caer silenciosamente un poco más lejos y dije en voz baja: Estoy modificando el Sáhara". Las notas son breves, precisas e inteligentes, plagadas de citas y referencias literarias, en las cuales hay "sabiduría, ironía y una cultura tan vasta como la geografía de tres o cuatro continentes que el autor y la fotógrafa visitan en ese periodo" (Mario Vargas Llosa). La pareja de enamorados salta de Irlanda a Venecia, de Atenas a Ginebra, de Chile a Alemania, de Estambul a Nara, de Reikiavik a Deyá, y llega a Creta, donde se pierde en el laberinto del tiempo. Borges fue un lector apasionado y un escritor apasionante, para el que "cualquier destino, por largo y complicado que sea, consta en realidad de un solo momento: el momento en que el hombre sabe para siempre quién es".

Si hay una figura estrechamente unida a la del poeta ciego, esa es la de Adolfo Bioy Casares, con quien escribió el insólito *Cuentos breves y extraordinarios*. Para Bioy, "el mundo es inacabable, está hecho de infinitos mundos, a la manera de las muñecas rusas". Su libro *En viaje* está compuesto por una serie de cartas que el escritor argentino envió a su esposa –la también escritora Silvina Ocampo– y a su hija Marta a Buenos Aires en el transcurso de un viaje por Europa en el año 1967, y que fueron publicadas treinta años después merced a la labor de recopilación de Daniel Martino.

Pero el género epistolar no es el único en el que Bioy Casares expresa sus experiencias viajeras, sino que el relato de viajes es el eje de no pocos de sus cuentos o novelas, como sucede en *La aventura de un fotógrafo en La Plata* o en *La invención de Morel*, mientras que en su vertiente más factual inunda sus memorias y diarios (*Descanso de caminantes* es otra recopilación de este tipo de textos). En todos ellos, serán el humor, la sencillez y la capacidad de aparición repentina de lo fantástico los rasgos más característicos de su escritura.

Un personaje singular de la cultura argentina fue Victoria Ocampo, hermana de Silvina, fundadora de la revista *Sur*, vehículo literario en el que hizo viajar la literatura europea a Hispanoamérica y desde el que invitó a viajar a los escritores patrios. Ocampo pasó parte de su vida en el extranjero y, sin duda, su faceta viajera condicionó en buena medida su vida y su obra literaria, como puede verse en la recopilación de sus textos llevada a cabo por Sylvia Molloy, *La viajera y sus sombras. Crónica de un aprendizaje*. De acuerdo con la propia Molloy: "Podría decirse que el viaje toca todo lo que escribe". Y, según Ocampo, "todos mis recuerdos de viaje son por el estilo: irremediablemente personales, escandalosamente privados, reprensiblemente subjetivos", recuerdos que jamás los apuntó en un cuaderno de notas, ya que "en cuanto no me dirijo a alguien (como en las cartas), en cuanto no tengo mentalmente un interlocutor para contarle lo que veo, siento, observo, pienso, las palabras se me marchitan; pierden su color, ya casi no las distingo unas de otras".

Manuel Mujica Láinez recorrió medio mundo, antes, durante y después de la Segunda Guerra Mundial, para escribir lo que veía con un punto de nostalgia e ironía. A lo largo de cuarenta años (1935-1977) dejó una dilatada obra viajera junto a sus novelas, cuentos, ensayos y trabajos periodísticos (fue durante mucho tiempo corresponsal del periódico *La Nación*). Sus crónicas, que rezuman una cierta preferencia por el pasado frente a la actualidad, están recopiladas en dos obras principales: *Placeres y fatigas de los viajes*, cosecha realizada por el propio autor, y *El arte de viajar, Antología de crónicas periodísticas (1935-1977)*, edición a cargo de Alejandra Laera, que contiene algunos trabajos inéditos. La obra se abre con *El viaje en Zeppelin ejerce la atracción de lo maravilloso*, una narración sobre el viaje en zepelín que lo llevó de Río de Janeiro a Alemania, y se cierra con *El Pompidou*, relato dedicado al famoso museo de arte parisino. En medio, crónicas como esta de *Visión del Antiguo Oriente en Constantinopla*: "El andariego desearía poseer mis ojos, como Argos, para mirar y que nada se le perdiera (...), el andariego va cosechando imágenes, aprendiendo prodigios, soñando que

éles, en cierto modo, como los visires de los cuentos, incógnitos y hurgadores, que recorrían embozados los bazares y a quienes Estambul entregaba, como flores misteriosas, sus secretos".

Mujica Láinez también se sirvió de sus viajes para dar vida a sus textos de ficción: *El laberinto* (Toledo), *El novelista en el Museo del Prado* (Madrid), *El Unicornio* (Francia), *Bomarzo* (Parque de los Monstruos, en Viterbo, región del Lazio), *Misteriosa Buenos Aires*, etc. En *Los viajeros* dejará patente la necesidad de una parte de la sociedad argentina de completar la formación con el viaje al Viejo Mundo, a los orígenes: los hermanos de una rica familia porteña en decadencia languidecen en un enfermizo deseo de retornar a Europa y sueñan despiertos ante las guías *Baedeker*, imaginando recorridos por las ciudades, visitas a los museos, asistencia a las representaciones teatrales, etc.

Julio Cortázar es considerado uno de los autores hispanoamericanos más innovadores y originales de la pasada centuria, aunque en ocasiones el lector pueda encontrar en sus textos una tendencia excesiva al artificio. Perteneciente a la corriente del "realismo mágico", Cortázar fue un auténtico maestro de la narración breve en general y consiguió romper los moldes literarios clásicos mediante relatos que escapan de la linealidad temporal. La mayor parte de su vida adulta la pasó en Europa, residiendo en Italia, España, Suiza y, fundamentalmente, Francia, país donde se estableció en 1951 y en el que tres décadas más tarde pediría la nacionalidad como gesto de rechazo a la barbarie de la dictadura militar argentina. Dos años después de su llegada a territorio francés, Cortázar se fue de vacaciones a Italia con su primera esposa, Aurora Bermúdez, para traducir los cuentos y ensayos de Edgar Allan Poe, un encargo que le había realizado Francisco Ayala para la Universidad de Puerto Rico; al cabo de nueve meses de viaje, que incluyeron una larga estancia en Roma y un recorrido por distintas ciudades (Florencia, Pisa, Luca, Bolonia, Venecia, Padua, Verona...), regresó a París con casi dos mil páginas de traducción, prólogos y notas al pie, que aparecerían publicadas en dos tomos, lo que supuso un antes y un después en la traducción literaria.

Tras su vuelta a París, Cortázar retomó la escritura, viajó a Argentina, Uruguay, la India..., y siguió traduciendo a otros escritores. De esa época es *Las babas del diablo*, un cuento ambientado en París, en el que Cortázar vuelve a sacar a la luz la figura del *flâneur* en el personaje del fotógrafo y traductor Roberto Michell: "... cuando se anda con la cámara hay como el deber de estar atento, de no perder ese brusco y delicioso rebote de un rayo de sol en

una vieja piedra, o la carrera trenzas al aire de una chiquilla que vuelve con un pan o una botella de leche".

La década de los 60 fue la época de su consagración, la etapa en la que vieron la luz las singulares *Rayuela*, *Historia de cronopios y de famas* y *La vuelta al día en 80 mundos*; también un retrato de la capital argentina, *Buenos Aires, Buenos Aires*, y *El último round*, libro en el que está contenido el relato *Turismo aconsejable*, nacido de su viaje a la India y planteado como un descenso a los infiernos, "donde los condenados no han pecado ni saben siquiera que están en el infierno".

A mediados de los 70, Cortázar viajó a Costa Rica donde se encontró con Sergio Ramírez y Ernesto Cardenal, emprendiendo un viaje clandestino a Nicaragua que lo marcaría para siempre y sería el comienzo de una serie de visitas al "país de los nicas", cuyas experiencias están recopiladas en el libro *Nicaragua, tan violentamente dulce*. Con su segunda esposa, la escritora y fotógrafa canadiense Carol Dunlop, realizó distintos viajes, entre ellos el "plan completamente loco", que consistía en "embarcarnos en nuestra Volkswagen, que es como una casita con cama, cocina y todo lo necesario, y efectuar el viaje París-Marsella deteniéndonos cada día en dos parkings", y que quedó reflejado en el conmovedor *Los astronautas de la cosmopista*, que es, en realidad, "una carta de amor" de Julio (68 años) a Carol (34 años) recorrida por poemas, pensamientos, divertimentos y fotografías, escrita pocos meses antes de la muerte de esta: "salimos tan colmados que nada, después, incluso viajes admirables y horas de perfecta armonía, pudo superar ese mes fuera del tiempo, ese mes interior donde supimos por primera y última vez lo que era la felicidad absoluta". Un relato de viajes que rebasa por cualquiera de los arcenes de la autopista el relato de viajes.

Ernesto Sábato, conocido como el padre del existencialismo latinoamericano, construyó una narrativa tan sólida como escueta: *El túnel*, *Sobre héroes y tumbas*, *Abaddón el exterminador*. No más. Y es que, como escribió José Donoso, tenía "demasiadas cosas que ser y pensar y representar para conformarse con ser sólo un novelista". De formación científica, Sábato pronto abrazó la literatura como una forma más completa y profunda de examinar la condición humana, pero siempre se consideró más un "francotirador" que un escritor profesional. No le bastaron sus casi cien años de existencia ("la vida es tan corta y el oficio de vivir tan difícil, que cuando uno empieza a aprenderlo, hay que morirse") a quien se podría describir del modo más certero posible con las mismas palabras que él utilizó para definir al quijotesco Miguel de Cervantes: "Tierno, desamparado, andariego, valiente (...),

el hombre que alguna vez dijo que, por la libertad, así como por la honra, se puede y se debe aventurar la vida".

En *El túnel*, la primera de su trilogía novelesca, Ernesto Sábato describe entre líneas la ciudad de Buenos Aires, a través de las andanzas por sus calles, plazas y parques de Juan Pablo Castel y María Iribarne, los personajes protagonistas de la novela. Sábato transforma sutilmente la ciudad de Buenos Aires en un símbolo de la representación del mundo a través de la literatura, pero valiéndose de valores identitarios, no de simbolismos abstractos. Por otra parte, la evocación del paisaje pampeano de Rojas, su lugar de origen, está presente en sus escritos, quizás porque "la patria no es sino la infancia, algunos rostros; algunos recuerdos de la adolescencia, un árbol o un barrio, una insignificante calle, un viejo tango en un organito, el silbato de una locomotora de manisero en una tarde de invierno, el olor (el recuerdo del olor) de nuestro viejo motor en el molino, un juego de rescate".

Uno de sus últimos libros, *España en los diarios de mi vejez*, es como un cuaderno de bitácora, en donde el escritor deja ir y venir la memoria junto a los apuntes de hechos y anécdotas que van sucediendo durante el viaje emprendido a nuestro país en el año 2002. También incluye "algo de lo que siente un hombre al inminente borde de la muerte", así como reflexiones sobre la naturaleza del hombre, la vejez, la literatura, la creación, y los problemas de la globalización, las migraciones y la injusticia social, siempre con ese convencimiento de que "la preocupación del ser humano ha estado siempre sometida a un ritmo: del Universo al Yo, del Yo al Universo", tal y como sostiene en el ensayo *El escritor y sus fantasmas*, obra en la que también se pueden encontrar algunos apuntes de su frustrado viaje a Rusia.

En las páginas preliminares de *El escritor y sus fantasmas*, Sábato dedica algunas reflexiones al escritor y los viajes, destacando sobre todo aquellas que se refieren al autor expatriado: "Para bien y para mal, el escritor verdadero escribe sobre la realidad que ha sufrido y mamado, es decir, sobre la patria; aunque a veces parezca hacerlo sobre historias lejanas en el tiempo y en el espacio. Creo que Baudelaire dijo que la patria es la infancia. Y me parece difícil escribir algo profundo que no esté unido de una manera abierta o enmarañada a la infancia. Por eso, aun los grandes expatriados, como Ibsen o Joyce, siguieron tejiendo y destejiendo esa misma y misteriosa trama". Y para reforzar la argumentación nos recuerda que, según Ibsen, "para los pies del hombre, la tierra natal es como la profunda raíz para el árbol". Sábato afirma que viajar es siempre un poco superficial y señala que el viaje debe servir al escritor para ahondar en la realidad y, paradójicamente, en

el lugar y en los seres de su propio rincón: "Viajar, sí: pero para ver con perspectiva su propio mundo, y para ahondar en él; pues, así como el conocimiento de uno mismo pasa por los demás, solo podemos indagar y conocer a fondo nuestra patria conociendo las que no nos pertenecen. Quizá por aquello que ya genialmente había dicho Aristóteles: que las cosas se diferencian en lo que se parecen".

Juan José Saer es autor de una más que interesante obra, con reminiscencias borgeanas y faulknerianas, que hasta en su parte más narrativa tiene aires poéticos. Al haber vivido la mayor parte de su vida fuera de Argentina (en 1968 viajó a Francia con una beca del Gobierno de este país y lo iba a ser una estancia de seis meses se prolongó por el resto de su vida), se trata de una escritura creada "desde los bordes", pero siempre con el pensamiento puesto en la reconstrucción de un paisaje y de una forma de vida vinculada a su lugar de origen, como queda mostrado en *Lugar*. Todo su proyecto literario, desde *En la zona hasta La grande*, puede decirse que asume la figura de un viaje y sus ficciones permiten encontrar una amplia variedad de viajeros y de viajes. Así, en *El Entenado*, Saer narra las experiencias de un adolescente español que es apresado a principios del siglo XVI por una tribu de antropófagos (los indios colastiné) en el Río de la Plata; en *Las nubes*, relata el viaje de un mes y medio a través de la Pampa que un joven psiquiatra realiza en 1804 para conducir a un grupo de cinco locos a una clínica en Buenos Aires; en *La ocasión*, aborda el viaje utilitario; en *Glosa*, cuenta la lenta caminata nocturna de dos amigos por una calle del centro de la ciudad mientras dialogan, en el sentido platónico de la palabra, e intentan descifrar lo que sucedió en una fiesta de cumpleaños a la que ninguno de los dos asistió, pero de la que tienen diversas versiones, y en *El río*, afronta el ejercicio del regreso como una especie de eterno retorno: "Desde 1982, o sea, después de la Guerra de las Malvinas y de la declinación del poder militar en la Argentina, vengo sometiéndome, una o dos veces por año, a esa gimnasia. (...) El mito de reencontrar los afectos y los lugares de mi infancia y de mi juventud me incitó a efectuar esos viajes repetidos que se han transformado, después de casi una década, en una costumbre". Durante muchos años Saer viajó acompañado de unas pequeñas libretas en las que mezclaba anotaciones sobre el paisaje, instrucciones acerca de la escritura, citas, bocetos del natural y reflexiones en las que explora el exilio y la emigración-inmigración, compone su propia versión de "la patria" e indaga sobre la noción de extranjero.

César Aira es uno de los escritores argentinos contemporáneos más originales y su escritura parece regirse por la degeneración o escape de los gé-

neros literarios (como mucho, sus libros son "ensayos disfrazados de novelas", como él mismo ha comentado en alguna ocasión). En *Un episodio en la vida del pintor viajero* Aira relata la travesía de Chile a Argentina y su paso por la pampa del naturalista decimonónico alemán Johan Moritz Rugendas, más conocido por Mauricio Rugendas, que registró en miles de óleos, acuarelas y dibujos los paisajes y las gentes de una buena parte de Latinoamérica; mientras recorría la llanura que separa Mendoza de Buenos Aires, Rugendas fue abatido de su caballo por un rayo que le desfiguró el rostro y le marcó para el resto de su vida. El periplo de otro naturalista del siglo XIX, en este caso el inglés Clarke, por "el descampado interminable", "laberinto sin laberinto", de la pampa en busca de la exótica liebre legibreriana, el más elusivo de los animales, centra el relato de *La liebre*, que es, en realidad, un viaje hacia el reencuentro con la identidad. *En la Habana* es la crónica del viaje por los museos de la capital cubana partiendo en su recorrido de la casa-museo de José Lezama lima. Otros relatos de aire viajero y cierta dosis de magia son: *Fragmentos de un diario en los Alpes*, *Una novela china* y *El náufrago*.

Abel Posse desarrolló su carrera diplomática en distintas ciudades de Europa, América e Israel, pero alcanzó su notoriedad como escritor y se consagró como uno de los maestros de la nueva novela histórica con su tetralogía del Descubrimiento: *Daimón*, *Los perros del paraíso*, *El largo atardecer del caminante* y *Los Heraldos Negros*, obras en las que los hechos y los personajes históricos se confunden con otros fantásticos. *El viajero de Agartha* cuenta la historia de un oficial del ejército alemán durante la Segunda Guerra Mundial que debe iniciar un viaje solitario a través de Asia Central con el objetivo de descubrir, en algún lugar oculto de la India o del Tíbet, la mítica Agartha, la "Ciudad de los Poderes"; en *Los cuadernos de Praga*, relata el viaje secreto del Che Guevara en busca del "renacimiento revolucionario del hombre nuevo".

Poeta, traductor, periodista y guerrillero, a partir de mediados de los años 70 el verdadero viaje de Juan Gelman consistió en la búsqueda de su nieta, desaparecida tras los asesinatos de su hija, su hijo y su nuera ("se quedaron en los 20 años para siempre") por los secuaces del general Jorge Videla: "Para reparar de algún modo ese corte brutal o silencio que en la carne de la familia perpetró la dictadura militar. Para darte tu historia". Pasó catorce años en el exilio, residiendo alternativamente en Roma, Madrid, Managua, París, Nueva York y México, país en el que se quedó a vivir definitivamente, acaso porque ya no sabía vivir *desexiliado*: "Salí con la idea de que iba para largo. Traté de aprovechar al máximo esas diferencias culturales y de en-

tenderlas. Uno llega a la conclusión de que lo mejor es *mundar*. Hay frases fáciles, como 'soy ciudadano del mundo' y otras tonterías. Eso no es verdad". Este verbalizar el mundo significa, en opinión de Luis García Montero, "caminar sobre esa alegoría infinita que conforman el yo y la realidad".

Hace unos diez años, Gelman publicó un poemario que tituló precisamente *Mundar*, el poderoso verbo de su invención, relacionado con viajar por el mundo o, mejor, "vivir el mundo, o hacer del mundo un mundo". Entre los 121 poemas del libro se encuentra *Baires*: "La barriada/ al crepúsculo/ finge// recuerdos que// se detienen en un momento de oro/ tango que fue en los pies de la// muchacha más linda del salón/ la de pechos que hablaban....". Antes, nos había ofrecido la poesía desgarrada de un escritor "esperanzado sin remedio", que trataba de "hacer volver al pasado cuando desaparece" y "obligar al futuro a volver otra vez", la poesía desgarradora, sostenida en adjetivos sustantivados y sustantivos hechos verbos, de quien consideraba que la utopía jamás se cumple, pero "deja una renovación y la idea imperiosa de retomarla". Como este *Mi Buenos Aires querido*, contenido en *Gotán*: "Sentado al borde de una silla desfondada,/ mareado, enfermo, casi vivo,/ escribo versos previamente llorados/ por la ciudad donde nací.// Hay que atraparlos, también aquí/ nacieron hijos dulces míos/ que entre tanto castigo te endulzan bellamente./ Hay que aprender a resistir.// Ni a irse ni a quedarse,/ a resistir,/ aunque es seguro/ que habrá más penas y olvido".

Al otro lado del mar del Plata nos encontramos con uno de los más interesantes aventureros pasivos de los que hablaba Pierre Mac Orlan en su *Manual del perfecto aventurero*. Pocos escritores como Juan Carlos Onetti han impuesto su imaginación al escenario, su personalidad a la veracidad de los hechos y han concebido lugares de los que solo se conoce su ubicación en el mapa, incluso algunos de ellos dotados de geografía, pero carentes de mapa. En 1950 publicó *La vida breve*, en la que Onetti funda la ciudad ficticia de Santa María, donde situaría la mayoría de sus novelas y cuentos. Junto con *El astillero* y *Juntacadáveres* forma la gran trilogía de su obra, uno de los proyectos más originales y personales de la literatura latinoamericana. El siguiente párrafo de *Juntacadáveres*, referido a Santa María, da una idea de los caminos por los que transcurre la narrativa de Onetti: "Es fácil dibujar un mapa del lugar y un plano de Santa María, además de darle nombre; pero hay que poner una luz especial en cada casa de negocio, en cada zaguán y en cada esquina. Hay que dar una forma a las nubes bajas que derivan sobre el campanario de la iglesia y las azoteas con balaustradas cremas y rosas; hay que repartir mobiliarios disgustantes, hay que aceptar lo que se odia; hay que acarrear gente, de no se sabe dónde, para que habiten,

ensucien, convuelvan, sean felices y malgasten. Y, en el juego, tengo que darles cuerpos, necesidades de amor y dinero, ambiciones disímiles y coincidentes, una fe nunca examinada en la inmortalidad y en el merecimiento de la inmortalidad; tengo que darles capacidad de olvido, entrañas y rostros inconfundibles".

Onetti pasó la mayor parte de su vida entre Buenos Aires, Montevideo y Madrid, ciudad en la que murió, después de varios años prácticamente encerrado en su piso de la avenida de América, casi sin salir de la cama, fumando, apurando tragos sin emborracharse, leyendo novelas policíacas, huyendo de la vanagloria que conlleva el éxito literario ("una vanidad amañada"), desvistiendo la solemnidad hasta quedarse en las rayas del pijama y ejerciendo un humor, a lo Buster Keaton, con el que contrapesaba las sombrías reflexiones de una escritura sin gota de cursilería: "A mí me basta y me sobra una habitación. Graham Greene habla de una cierta repugnancia por las descripciones de paisajes, son inútiles. Lo que me interesa verdaderamente son las personas". Su dormitorio era su mundo; su viaje, el tumbao. Juan Tallón cuenta la siguiente anécdota, que da una idea bastante precisa de la actitud del escritor uruguayo ante el mundo y los viajes: "Fueron recordadas aquellas Navidades que su hijo y su mujer aparecieron en casa con un globo terráqueo. Se trataba de un regalo largamente deseado. Onetti suspiraba por hacerlo girar y viajar a su manera doméstica, sin desplazamientos que lo agotasen, en una especie de aventura estática. Fue una decepción enorme para él 'cuando vio que el globo no cabía en la mesilla de noche y tuvimos que depositarlo encima de un armario, lejos de la cama'. Dolly (su mujer) recuerda que Juan perdió inmediatamente todo el interés por el globo terráqueo. Lo quería a su alcance y no pudo ser".

A diferencia de Onetti, Mario Benedetti sí regresó a Uruguay ("al sur, al sur/ está quieta esperando/ Montevideo"). Tras diez años de un exilio que lo llevó a Argentina, Perú, Cuba y España, y lo convirtió en "nómada y testigo y mirasol". No obstante, tras el exilio, vino el desexilio ("todos estuvimos amputados: ellos –los de dentro–, de la libertad; nosotros –los de fuera–, del contexto) y compartió una buena parte del tiempo entre Montevideo, que ya no era el de su infancia, "absolutamente verde y con tranvías", y Madrid, que ya era la capital de una España con geografía democrática. Y desde uno y otro destino recorrió, solo o en compañía de su mujer, la mayoría de países de Europa y América. Tras hacer un recuento de todos los rincones del mundo visitados, Benedetti reconoce su rincón preferido, su sitio personal, su "noción de patria": "Quizá mi única noción de patria/ sea esta urgencia de decir Nosotros/ quizás mi única noción de patria/ sea este regreso al propio desconcierto".

Sus padres le dieron nada menos que cinco nombres: Mario, Orlando, Hardy, Hamlet, Brenno, y él nos regaló a todos durante medio siglo de creación ininterrumpida una variada y casi inabarcable obra, unificada por la sencillez del lenguaje y el "estilo Benedetti" (ante los que le aconsejaban escribir distinto, respondía irónicamente que seguiría escribiendo "igual a mí" y diciendo "eso tal vez ocurra porque no sé ser otro/ que ese otro que soy para los otros"), que transita desde la poesía al ensayo, pasando por la novela, el cuento, el teatro, la crónica periodística y hasta las letras de canciones, aunque, con la discreción y el humor que le caracterizaban, hizo a sus lectores-prójimos la siguiente recomendación: "No vayas a creer lo que te cuentan del mundo, ni siquiera esto que te estoy contando, ya te dije que el mundo es incontable".

En cualquier caso, fue la poesía la aventura literaria preferida por Benedetti, si bien dejó claro su rechazo a los "puentes levadizos" entre los diferentes géneros literarios. Como reflejan estos versos de *Botella al mar*, descartó cualquier afán de trascendencia con este deseo de futuro: "... en esta botella navegante/ sólo pondré mis versos en desorden/ en la espera confiada de que un día/ llegue a una playa cándida y salobre// y un niño la descubra y la destape/ y en lugar de estos versos halle flores/ y alertas y corales y baladas/ y piedritas de mar y caracoles". Porque el poeta "es un peregrino cordial (...), también es un orfebre de palabras, pero ésta no es su prioridad primera". Acaso porque el poeta es un peregrino que camina con su mochila de preguntas sin respuestas escrutables.

Desistimos de enumerar la prolífica relación de los títulos de su obra; a cambio, ofrecemos al lector estos tres textos. El primero corresponde a *Viajo*, poema contenido en *Preguntas al azar*: "Viajo como los nómadas/ pero con una diferencia/ carezco totalmente/ de vocación viajera// sé que el mundo es espléndido/ y brutal// viajo como las naves migratorias/ pero con una diferencia/ nunca puedo arrancarme/ del invierno// sé que el mundo es benévolo/ y feroz// viajo como las dóciles cometas/ pero con una diferencia/ nunca llego a encontrarme/ con el cielo// sé que el mundo es eterno/ y agoniza".

El segundo se titula *Paisaje* y está contenido en *Viento del exilio*: "Durante muchos años/ y tantísimos versos// el paisaje/ no estuvo en mis poemas// vaya a saber/ por qué// mejor dicho/ el paisaje/ eran hombres/ mujeres/ amores// pero de pronto/ casi sin yo advertirlo/ mi poesía empezó/ a tener ramas/ dunas/ colinas/ farallones// vaya a saber/ por qué/ dejó de ser/ poesía en blanco y negro/ y se llenó de verdes/ tantos como follajes/ de flamboyanes rojos/ oros suaves del alba/ y memorias de pinos/ con sus

siluetas sobre/ horizonte y candela// ¿será que este paisaje/ no quiere que sigamos/ sin decirnos las claves?// ¿o será que el paisaje/ no quiere que me vaya?". Para Benedetti, el paisaje añade vida a la naturaleza y establece el catalizador transformador: la naturaleza se convierte en paisaje cuando el artista o el simple observador eligen un fragmento o un instante de la naturaleza y lo incorpora a su estado de ánimo, a su nostalgia o a su hedonismo.

El tercero está contenido en el mismo poemario y contiene los versos finales de *Elegir mi paisaje*: "Ah si pudiera elegir mi paisaje/ elegiría, robaría esta calle,/ esta calle recién atardecida/ en la que encarnizadamente revivo/ y de la que sé con estricta nostalgia/ el número y el nombre de sus setenta árboles".

Por último, señalar las distintas descripciones de Montevideo que se encuentran en su obra narrativa, sobre todo las que muestran Montevideanos, *La tregua y Geografías*.

Montevideo también es la ciudad de Eduardo Galeano, autor de *Las venas abiertas de América Latina* y la trilogía *La memoria del fuego*, en las que revisa la historia del continente americano. Galeano, que con el paso del tiempo quiso "ser cada vez más breve y volandero", desarrolló un estilo propio reconocible tanto por su compromiso político como por su carácter híbrido entre lo poético, lo ensayístico y lo ficcional. Se consideraba un caminante gustoso, consciente de que la utopía está en el horizonte: "Camino dos pasos, ella se aleja dos pasos y el horizonte se corre diez pasos más allá. ¿Entonces para qué sirve la utopía? Para eso, sirve para caminar".

Galeano se refiere al viaje por antonomasia, el de la vida del hombre, en estos términos (*El Viaje*): "Oriol Vall, que se ocupa de los recién nacidos en un hospital de Barcelona, dice que el primer gesto humano es el abrazo. Después de salir al mundo, al principio de sus días, los bebés manotean, como buscando a alguien. Otros médicos, que se ocupan de los ya vividos, dicen que los viejos, al fin de sus días, mueren queriendo alzar los brazos. Y así es la cosa, por muchas vueltas que le demos al asunto, y por muchas palabras que le pongamos. A eso, así de simple, se reduce todo: entre dos aleteos, sin más explicación, transcurre el viaje". Y en medio de estos dos aleteos, nos dice el autor montevideano, siempre hay una mirada a la mar, que siempre resulta breve (*La mar*): "Rafael Alberti ya llevaba casi un siglo en el mundo, pero estaba contemplando la bahía de Cádiz como si fuera la primera vez. Desde una terraza, echado al sol, perseguía el vuelo sin apuro de las gaviotas y de los veleros, la brisa azul, el ir y venir de la espuma en el agua y en el aire. Y se volvió

hacia Marcos Ana, que callaba a su lado, y apretándole el brazo dijo, como si nunca lo hubiera sabido, como si recién se enterara: –Qué corta es la vida”.

Otro de los “viajes” en los que Galeano nos muestra su manera de ver el mundo y describirlo es el de la emigración (*Los emigrantes, ahora*): “Desde siempre, las mariposas y las golondrinas y los flamencos vuelan huyendo del frío, año tras año, y nadan las ballenas en busca de otra mar y los salmones y las truchas en busca de sus ríos. Ellos viajan miles de leguas, por los libres caminos del aire y del agua. No son libres, en cambio, los caminos del éxodo humano. En inmensas caravanas, marchan los fugitivos de la vida imposible. Viajan desde el sur hacia el norte y desde el sol naciente hacia el poniente. Les han robado su lugar en el mundo. Han sido despojados de sus trabajos y sus tierras. Muchos huyen de las guerras, pero muchos más huyen de los salarios exterminados y de los suelos arrasados. Los naufragos de la globalización peregrinan inventando caminos, queriendo casa, golpeando puertas: las puertas que se abren, mágicamente, al paso del dinero, se cierran en sus narices. Algunos consiguen colarse. Otros son cadáveres que la mar entrega a las orillas prohibidas, o cuerpos sin nombre que yacen bajo tierra en el otro mundo adonde querían llegar”.

Otro modo de viajar, el del vagabundo, es el que nos muestra en el relato *Andando soles*: “... Sin documentos, y sin más ropa que la que llevaba puesta, había andado de país en país, de pueblo en pueblo, todo a lo largo del siglo y todo a lo ancho del mundo (...). En ese lugar, como en todos los lugares, estaba de paso. Él siempre llegaba para partir. Venía de cien países y de doscientos relojes de sol, y se iba cuando se enamoraba, fugitivo del peligro de echar raíz en una cama o en una casa. Para irse, prefería el amanecer. Cuando el sol estaba viniendo, se iba. No bien se abrían las puertas de la estación de trenes o autobuses, don Félix echaba al mostrador los pocos billetes que había juntado, y mandaba: –Hasta donde llegue”.

Para terminar el “muestrario viajero” del autor de *Los abrazos* nos referiremos a *El geógrafo*, el relato contenido en *Bocas del tiempo*, que cuenta cómo el lago Titicaca se trasladó tiempo atrás desde el desierto de Tamarrugal a su emplazamiento actual: “... En un largo y crudo invierno, el lago se había congelado. Se había hecho hielo de pronto, sin aviso, y las garzas habían quedado atrapadas por las patas. Al cabo de muchos días y muchas noches de batir alas con todas sus fuerzas, las garzas prisioneras habían conseguido, por fin, alzar vuelo, pero con lago y todo. Se llevaron el lago helado y con él anduvieron por los cielos. Cuando el lago se derritió, cayó. Y allá lejos quedó”.

Escritor polifacético (poeta, cuentista, novelista, dramaturgo), periodista y guionista de cine, la obra de Augusto Roa Bastos gira en torno a la realidad del pueblo paraguayo y a la reflexión acerca del poder, esa "terrible mandrágora", en todas sus manifestaciones: "Desde que era niño sentí la necesidad de oponerme al poder, al bárbaro castigo por cosas sin importancia, cuyas razones nunca se manifiestan". Yo el Supremo está considerada como su obra maestra. *Vigilia del Almirante* es una intensa narración novelada acerca de las aventuras y el deseo imperturbable de Cristóbal Colón, el viajero que buscando algo conocido, encuentra el camino de un continente que no está en los mapas, porque los sitios de verdad a los que el viajero ansía llegar no lo están nunca.

Roa Bastos pasó casi medio siglo exiliado en Argentina y Francia, aunque aseguraba: "Nunca podré quejarme de mi exilio, porque fue para mí una gran escuela". Según sus propias palabras, el exilio le permitió descubrir al "hombre universal", que es el que verdaderamente le interesaba. Buenos Aires fue su ciudad preferida: "Buenos Aires siempre fue para mí y lo seguirá siendo hasta el fin de mis días la ciudad más hermosa del mundo, intemporal, cosmopolita y mágica. Un puro espejismo sobre el vértigo horizontal de la llanura pampeana". Entre las maletas literarias de Roa Bastos encontramos este *Camino*: "Donde acaba la raíz comienza el viento,/ comienza el caminante su ostracismo,/ rompe el terrón su tenue paroxismo/ y se apaga en las manos, ceniciente.// Con labios, no con pies, ando un violento/ paisaje como sombra de mí mismo/ dejando un silencioso cataclismo/ en cada piedra, en cada pensamiento.// Pie de jaguar y corazón de garza,/ cielo enterrado a golpes de raíces/ en el ala de arena que lo engarza.// Voy caminando y siento en las matrices/ del tiempo arder mi ida como zarza,/ y hasta en mi aliento encuentro cicatrices".

Para completar este viaje a la literatura latinoamericana de la segunda parte del siglo XX haremos una parada final en Brasil. La primera figura a destacar es Clarice Lispector. De origen ucraniano y judío, jamás se sintió una extranjera en su país de adopción. Huyendo de los ejércitos bolcheviques, la familia Lispector vagó dos años por Europa esperando unos visados para emigrar a Estados Unidos que nunca llegaron. Sin embargo, el país carioca les abrió sus puertas. Su hermana Elisa cuenta en un estremecedor relato el viaje de la familia desde las praderas heladas de Ucrania hasta las áridas tierras de Maceló (Alagoas), ciudad en la que la familia Lispector se instaló inicialmente. Poco antes de publicar su primera novela, *Cerca del corazón salvaje*, se casó con el diplomático Maury Gurgel Valente, a quien acompañaría en numerosos viajes desde sus sucesivos destinos en

Italia, Inglaterra, Suiza y Estados Unidos. Sin embargo, como confesaría en su primer viaje a Nápoles, en 1944: "En realidad no sé escribir cartas de viajes, en realidad ni siquiera sé viajar". Tras la ruptura de su matrimonio, volvió a Río y publicó *Lazos de familia*, *La manzana en la oscuridad* y su obra maestra, *La pasión según G.H.*

Aunque nació en el campo, el mundo de Jorge Amado es la ciudad de San Salvador de Bahía, en la que se desarrollan muchas de sus novelas (*Capitanes de la arena*, *Bahía de todos los santos*, *Gabriela, clavo y canela...*): "En la vida de este pueblo, en su sabiduría, en su dura lucha, en su obstinada decisión de vivir aprendí cuanto sé. Si algo realicé, se lo debo al pueblo de Bahía, a Bahía". Y también forman parte de ese mundo el amor por la cultura popular y el mestizaje: "Somos un país con un rostro que es el resultado de muchos rostros". Estudió Derecho, pero nunca ejerció la abogacía. Militó en el partido comunista desde muy joven y tuvo que vivir exiliado por razones políticas en más de una ocasión, evolucionando en su madurez hacia un socialismo de corte humanista. Casado con la escritora y fotógrafa Zelia Gattai, que dedicó a su vida en común el libro *Un sombrero para viajar*, su trayectoria vital aparece narrada en sus memorias, *Navegación de cabotaje*. Según Mario Vargas Llosa, el poder de seducción de Amado estriba en su hechizo como escribidor y en la convicción con la que fantasea sus historias; en la literatura de Amado el lector puede encontrar el disfrute de los pequeños placeres, esa "alegría de vivir" al alcance de cualquier ser anónimo que, independientemente de sus circunstancias vitales, siempre puede encontrar "un resquicio para la diversión y otro para la esperanza", como pone de manifiesto *Los viejos marineros*, que cuenta las historias de amor y aventura, fantásticas o reales, ¡qué más da!, del comandante Vasco Moscoso de Aragón, y constituye un canto a la imaginación y la sensualidad, a todo aquello que permite romper la desesperación o la desesperanza.

La escritora y periodista de origen gallego Nélida Piñón narra en *La república de los sueños* las peripecias de la emigración de sus abuelos y padres desde Cotobade (Pontevedra) a Brasil, así como la construcción de este país durante los últimos siglos. Viajera impenitente desde la infancia, considera que es preciso atravesar todos los siglos para aproximarnos a la historia presente ("mi inconsciente es muy antiguo"), llamar a las puertas de Homero para conocer nuestra realidad y tener el conocimiento del otro ("apetito de almas") para poder escribir. Es lo que le lleva a afirmar en *Aprendiz de Homero*, un autorretrato literario cuyo título es con el que quizás más a gusto se sentiría para definirse a sí misma, que el hecho de ser

brasileña y galaica conlleva la herencia de un mestizaje de culturas: celta, grecorromana, egipcia, hebreaica y africana.

De acuerdo con sus propias palabras: "Viajo por el mundo y por el interior de la casa. Mi imaginación siempre ha sido muy peregrina. Es más veloz que mis piernas. He vivido en diferentes países, pero siempre he vuelto a casa. Brasil es mi morada, así como la lengua portuguesa". La imaginación y la memoria ("la imaginación es una máquina que necesita el combustible de la memoria") también son los materiales con los que están hechos libros como: *El pan de cada día* ("el pan nuestro de cada día era la fantasía"); *Voces del desierto*, a la vez una recreación de *Las mil y una noches* y una reflexión sobre el arte de narrar y la capacidad de fabular el mundo, en la que caben desde la alquimia de los druidas a los sueños de los poetas árabes, pasando por el *mythos* y el *logos* griegos (su objeto es construir "una edificación verbal más poderosa que cualquier mezquita o palacio erigidos con piedra, cal y sudor"), y *Corazón andariego*, una fiesta de la memoria que evita en todo momento caer en el narcisismo, una especie de diario fragmentado, hecho de instantáneas sin cronología, de una viajera entre dos mundos, España y Brasil, Europa y América, que se siente "carioca, griega, cosmopolita, campesina" y confiesa su admiración tanto por personajes míticos o fantásticos, como Hermes y Simbad, como por personajes reales, como sus familiares más directos, algunos de sus escritores favoritos y su amiga y agente literaria, Carmen Balcells. "Este corazón andariego soy yo; mi vida entre dos culturas –la gallega de mi familia y la brasileña– es el fundamento. Soy una mujer con un doble imaginario y dos visiones del mundo", concluirá la propia autora.

Literatura de viajes extranjera desde la II Guerra Mundial

Fuera de las fronteras de la lengua española, desde la Segunda Guerra Mundial se ha producido un inusitado interés hacia la literatura de viajes con un objetivo puramente literario, quizás como consecuencia de la cada vez mayor facilidad para viajar y conocer lugares y personas, pero también como alternativa lúdica a una literatura más convencional. La nómina de autores es tan amplia que se hace necesaria una selección de los mismos, teniendo en cuenta, por una parte, a quienes han dado al género viario alguna obra maestra y, por otra, a aquellos escritores que, habiendo destacado por la calidad de su prosa, la han nutrido de sus viajes.

Literatura de viajes propiamente dicha

El primer nombre que uno se encuentra en este recorrido es el de Paul Bowles, autor de cinco novelas, más de 60 relatos y numerosos escritos de

viajes, recientemente recopilados en *Desafíos a la identidad*, una verdadera joya de la literatura viajera, entendida como el encuentro entre el viajero escritor y el lugar. De acuerdo con César Antonio Molina, los relatos viajeros de Bowles son piezas maestras: "Paisajes deslumbrantes, relatos increíbles de héroes anónimos, reflexiones metafísicas y existenciales, opiniones políticas sin tabúes, diarios y páginas memorialísticas, poemas en prosa, aco-pio de material para otros relatos...". Paul Bowles fue un viajero inquieto, que no paró desde que antes de los 20 años abandonara su Nueva York natal con destino a París. A pesar de su posterior anclaje en Tánger, Bowles viajó por todo el mundo (él mismo se autocalificaba como "nómada"), aunque siempre mostró sus preferencias por el Sáhara, Marruecos, Francia y España, "el país más dramático de Europa occidental" y por el que siempre se sintió atraído, sobre todo por Andalucía, a la que visitó con frecuencia: "Casi cada aspecto de España debe su carácter a una contradicción. El elemento más importante del paisaje es que en medio de la aridez da la impresión de fertilidad, la arquitectura es al mismo tiempo un acuerdo y un choque entre conceptos occidentales y orientales de proporción y de formas, la gente acostumbra a ser o bien muy rica o bien muy pobre...". Mira con cierta nostalgia el edén de la Costa del Sol anterior al desarrollo urbanístico y lamenta su destrucción por la voracidad constructora ligada al turismo.

La prosa y el ritmo de Bowles invitan a abrir los ojos, aguzar los oídos y afinar el olfato ante la desbordante naturaleza africana, como sucede con el Sáhara, que es donde se sitúa su novela más célebre, *El cielo protector*. "Nadie que haya pasado un tiempo en el Sáhara es el mismo que cuando llegó (...). Aquí, en este paisaje enteramente mineral iluminado por estrellas como llamaradas, hasta la memoria desaparece; no queda más que la propia respiración y el sonido del corazón latiendo. Se inicia en el interior de uno un extraño proceso de reintegración, en ningún modo agradable, y se puede elegir entre luchar con él e insistir en continuar siendo la persona que uno siempre fue, o permitir que siga su curso", asegura el escritor, dispuesto a transformarse en cada viaje.

Cabezas verdes, manos azules es una recopilación de cuentos, crónicas de viajes y artículos elaborada poco después de la independencia de Marruecos: "En el Norte de África la tierra deja de ser un elemento tan importante del paisaje porque te descubres a ti mismo levantando constantemente la vista para mirar al cielo (...), comparado con el cual todos los demás cielos parecen intentos fallidos". Un carácter autobiográfico tiene *Sin parar. Memorias de un nómada*, en la que narra sus encuentros con autores de la literatura del siglo XX tan notables como Djuna Barnes, Truman Capote o

William S. Burroughs, obra que fue duramente criticada por Mohamed Chukri.

Además de Paul Bowles, son muchos los nombres propios de la gran literatura afectada por los viajes, pero antes de salir a su encuentro, dejémosnos llevar por quienes recorrieron el mundo y nos dejaron su testimonio viajero.

El escritor y explorador noruego Thor Heyerdahl es considerado como uno de los escritores viajeros más imaginativos del último siglo y uno de los últimos aventureros de espíritu romántico. En el año 1936 decidió huir del mundanal ruido civilizado y acercarse a la naturaleza, para lo cual emprendió un viaje con su mujer que los llevaría hasta Fatu-Hiva, una isla del archipiélago de las Marquesas (Oceanía), en donde permanecerían año y medio, experiencia que daría lugar a *Fatu-Hiva*, el primero de su larga veintena de libros, escritos la mayoría de las veces para dejar testimonio de sus expediciones viajeras. Pero a Heyerdahl se le recuerda sobre todo por viajar a mediados del siglo pasado en una balsa de troncos desde Perú hasta las Islas Tuamotu para demostrar su teoría de que pobladores procedentes de Sudamérica podrían haber cruzado el océano Pacífico llegando hasta la Polinesia ya en tiempos precolombinos. *La expedición de la Kon-Tiki* es el interesante relato de dicha experiencia; tras ciento y un días de aventura, cuenta Heyerdahl lo que oyó decir a uno de sus cinco acompañantes: "El purgatorio estaba un poco húmedo –dijo Bengt–, pero el cielo es más o menos como yo me lo había imaginado". Otro de sus libros más conocidos, *Aku-Aku. El secreto de la isla de Pascua*, describe su investigación de las grandes estatuas de piedra monolíticas (moais) y de la cultura que las creó en la Isla de Pascua, el lugar del mundo donde más cerca se vive de las estrellas, mientras que *El misterio de las Malvinas* es el relato de sus investigaciones históricas y arqueológicas de las islas que provocaron el famoso conflicto bélico entre británicos y argentinos a principios de los años 80. Heyerdahl completó otros viajes destinados a demostrar la posibilidad de contacto entre pueblos antiguos muy distantes, caso de la expedición Ra II en 1970, que le llevó a navegar desde la costa occidental de África hasta Barbados sobre una balsa de juncos de papiro. Referencias a otros relatos y expediciones, que corrieron desigual suerte, se pueden encontrar en *Tras los pasos de Adán*, su libro autobiográfico, del que extraemos esta reflexión final: "Todo lo que he visto y leído me ha enseñado que, en este planeta, el infierno y el paraíso no están en lugares distintos, sino siempre en el mismo. No se puede elegir uno u otro simplemente mudándose. Los dos aparecen como amigos inseparables por muy lejos que se viaje", aunque su espíritu viajero puede resu-

mirse en esta sencilla frase: "¿Fronteras? Nunca he visto una. Pero he oído que existen en las mentes de algunas personas".

Tras varias travesías y naufragios por los océanos Índico y Atlántico, en 1968, el aventurero y escritor francés, nacido en Vietnam, Bernard Moitessier, dio la vuelta al mundo en su velero *Joshua*. Mientras marchaba en cabeza de la *Golden Globe Race*, la primera vuelta al mundo en solitario y sin escalas (organizada por el periódico británico *Sunday Times*), dio media vuelta poco antes de llegar a Inglaterra, punto final de la competición, y puso rumbo a Tahití, lanzando el siguiente mensaje al puente de un carguero con el que se cruzó: "Sigo, sin hacer escalas, hacia las islas del Pacífico, porque soy feliz en el mar y quizás para salvar mi alma". Virtuoso del sexante y referente para toda una generación de navegantes a vela, es autor de *La larga ruta*: "Los que no saben que un velero es un ser vivo no comprenderán jamás nada de los barcos ni de la mar".

"Un viaje al Tíbet no es como unas vacaciones cualesquiera; representa una 'experiencia': algo que no se olvida jamás". Quien dice esto es Alec Le Sueur, autor de *El mejor hotel del Himalaya*, una perspicaz, amena e irónica visión del Tíbet ancestral y de su capital, la antigua ciudad prohibida de Lhasa, un mundo que se desvanece bajo el poder del gigante chino. Escritura desternillante, literatura a ras de papel, sin más pretensiones que la de informar y entretenir.

Al fotógrafo, escritor y viajero suizo Nicolas Bouvier se debe una de las frases más rotundas de la literatura viajera: "Uno cree que va a hacer un viaje, pero enseguida es el viaje el que lo hace a él". Con su imaginario repleto de ensoñaciones por las lecturas infantiles de Julio Verne, Robert L. Stevenson y Jack London, comenzó a viajar muy joven: Laponia, el Sáhara argelino, España..., pero fue al terminar sus estudios universitarios cuando se le despertó definitivamente su espíritu nómada.

En 1951 Bouvier viajó a Estambul, en 1953, acompañado del dibujante Thie-rry Vernet, partió de Ginebra en un viaje por carretera a bordo de un Fiat Topolino, al que pegaron estos versos de Hafez, poeta persa del siglo XIV: "No te aflijas si el viaje es amargo y la meta invisible./ No hay camino que no conduzca a ella". Recorrieron los Balcanes, Turquía, Irán y Pakistán hasta llegar a Kabul; la experiencia, en la que "rehusábamos todos los lujos menos el más preciado: la lentitud", la cuenta en *Los caminos del mundo*, va-rias veces escrita y revisada para encontrar la palabra exacta, la descripción precisa, el ritmo adecuado, un estilo propio, limpio y afinado hasta no

poder más, por encima de la firme voluntad testimonial. Luego, prosiguió camino en solitario y, en 1955, tras dos años en ruta por el subcontinente indio, pasó siete meses en Ceilán a la espera de unos permisos que le permitieran continuar su periplo. Alojado en un hotel de mala muerte, enfermo, sacudido por ataques de fiebre periódicos, casi sin dinero y con un manual de entomología como único compañero de viaje, su estancia en la isla de la canela, "la residencia de los magos, de los encantadores, de los demonios", se convirtió en una experiencia alucinada, un verdadero descenso a los infiernos, que solo pudo contar por escrito décadas después en *El pez escorpión*, un libro con infinitos matices, reflexiones y líneas argumentales, escrito con una limpieza, precisión y riqueza verbal fuera de lo común. Finalmente, pudo llegar a Japón, en donde viviría un año escribiendo artículos periodísticos. En las décadas siguientes volvería varias veces a Asia, sobre todo a China, Corea y Japón, país este último al que dedicó *Crónica japonesa*, una visión del país del sol naciente con el "corazón abierto", llena de sensibilidad y sembrada de referencias históricas y mitológicas.

Otro tipo de connotaciones tiene la obra del alpinista y político francés Maurice Herzog. En *Annapurna. Primer 8.000* cuenta la heroica ascensión a la mítica cumbre, situada en la cordillera del Himalaya, junto a su compañero de escalada Louis Lachenal, en 1950. El libro ha sido una fuente en la que numerosas personas de todo el mundo encontraron el alimento de su pasión por el alpinismo durante más de medio siglo.

También fue alpinista, además de geógrafo y escritor, el austriaco Heinrich Harrer, conocido en el ámbito literario por su libro *Siete años en el Tíbet*, traducido a medio centenar de idiomas, en el que narra su periplo hasta llegar a la ciudad prohibida de Lhasa, en donde descubrió el budismo, aprendió tibetano y llegó a ser amigo y consejero del Dalái Lama. A principios de los años 50, Harrer volvió a Europa y siguió participando en numerosas exploraciones: el Amazonas, Groenlandia, Alaska, El Congo, Guinea...

Quien ya había atravesado Groenlandia antes de cumplir los 30 años de edad fue Paul-Émile Victor, un explorador polar francés, nacido en Ginebra. Victor describió de modo preciso a los habitantes de las tierras árticas y antárticas, así como el carácter de los perros de trineo. Es autor de *Los pueblos y sus secretos*. Los últimos 20 años de su vida los pasó en la Polinesia francesa (Bora-Bora).

A mediados del siglo pasado, el polifacético artista canadiense James A. Houston decidió visitar el Ártico. Una vez allí, compartió doce años con los

inuit, aprendiendo su lengua y compartiendo su estilo de vida. *Memorias del Ártico. Mi vida con los inuit* es un retrato inolvidable de una cultura en vías de desaparición.

La exploradora y fotógrafa francesa, de origen armenio, Anita Conti (Anita Caracotchian, de nacimiento) pasó su infancia y adolescencia viajando con sus padres por Europa. Conocida como "la dama del mar" por su pasión marinera ("la vida está aquí", en el fondo del mar, donde la aventura se torna "ebria de riesgo") y su arrolladora personalidad, fue una defensora de los océanos y de la biodiversidad, trabajó durante muchos años en las costas africanas ("habiéndose seguido milla tras milla, en chalupas, piraguas, hidroaviones, canoas, camellos, hamacas, a caballo y a pie"), descubriendo caladeros y nuevas especies en los mares cálidos, denunciando los estragos de la pesca industrial masiva y alertando de que el mar no es inagotable ("El mar es un espejo que nos devuelve a nuestra propia ignorancia"). También tuvieron una gran influencia en su activismo ecologista los viajes que hizo al mar de Barents, al norte de Noruega, y a Terranova, Groenlandia y Labrador.

Conti publicó numerosos artículos en revistas generales y especializadas. Entre sus libros destaca especialmente la trilogía: *Surcadores de mares*: "Seres privados de sus familias, cuerpos envueltos en prendas, con nada visible de ellos más que las manos y la cara, y en sus rostros, cuando hace mucho frío, no viven más que sus ojos. Hombres, pues, que no son más que gestos y miradas"); *Gigantes de los mares cálidos*, narración de los primeros tiempos de su aventura africana, y *El océano, los animales y los hombres o la embriaguez del riesgo*: "El tiempo carecía ya de medida (...). La mar inmensa y fría, liberada de un cielo de tormenta que durante largo rato había ennegrecido el horizonte, salía de ese espesor bajo y pesado (...). El deseo de este calor (el del motor) obsesionaba mis sentidos, la embriaguez del frío quebraba mis fuerzas, y las luces del mástil trazaban arcos en las estrellas".

Otros intereses y otro destino fueron los del historiador suizo-alemán Titus Burckhardt, quien pasó años enteros en la ciudad de Fez, a la que llegó a conocer como nadie. Su viaje no solo fue físico, sino también espiritual, ya que traspasó la frontera cultural europea para penetrar profundamente en la del Islam, cuyas claves trató de desentrañar con la ayuda de los mejores maestros. Además, por encargo de la UNESCO, a principios de los años 70, dirigió la conservación de la antigua medina de la ciudad y su conversión en Patrimonio de la Humanidad. Fruto de todas las experiencias vividas es *Fez, la ciudad del Islam*, un libro sensible y profundo, aunque su método historiográfico ha sido bastante cuestionado.

Fundador de la organización benéfica *Survival International*, Robin Hanbury-Tenison viajó en jeep de Londres a Ceilán (Sri Lanka) a finales de los años 50. En los 60 recorrió América del Norte y América del Sur, desde el Orinoco hasta Buenos Aires, visitando también numerosas tribus brasileñas. A finales de los años 70 dirigió la expedición Gunung Mulu de la Royal Geographical Society a Sarawak (Malasia). A partir de los años 80 se intensificó su labor literaria, sucediéndose desde entonces títulos como: *Mundos aparte: la vida de un explorador*; *Caballos blancos sobre Francia: de la Camarga a Cornwall*; *Edén frágil: un paseo por Nueva Zelanda*; *Peregrinación española: un galope a Santiago*; *Aventura china: un paseo por la Gran Muralla*; *Mundos internos: reflexiones en la arena*; *Los setenta grandes viajes en la historia*, y *Los grandes exploradores*.

El periodista australiano Alan Moorehead vivió en Inglaterra e Italia y fue corresponsal de guerra y autor de libros de viajes, biografías y crónicas históricas y de actualidad, entre los que destacan dos libros centrados en la época dorada de la exploración del Nilo durante el siglo XIX, *El Nilo Blanco* y *El Nilo Azul*. Escritos de forma muy personal, el autor mezcla el rigor de la crónica histórica, la seducción del relato de aventuras y la descripción del libro de viajes, poniéndolo todo al servicio de una narración que sigue el pulso del misterioso río. Lo que más le asombraba del continente africano era lo que llamó "el aire azul", un efecto parecido al espejismo provocado por una combinación de la distancia y la luminosidad. Su *Trilogía africana* contiene el diario de sus experiencias durante la Segunda Guerra Mundial en el norte de África y se considera, junto con su recreación de la batalla de Gallipoli (Primera Guerra Mundial), una obra clave entre las crónicas de guerra.

Quien participó no como reportero sino como combatiente en la Segunda Guerra Mundial fue el británico, nacido en Addis Abeba, Wilfred Thesiger. Puede ser considerado como el último gran explorador, tal y como asegura Manuel Leguineche al escribir su biografía (*El último explorador: la vida del legendario Wilfred Thesiger*). Decía sentir "el impulso de ir donde otros no han estado" y ello le permitió contemplar algunos de los paisajes más hermosos del mundo y vivir entre tribus interesantes y poco conocidas. *Arenas de Arabia* recoge sus viajes al "Territorio vacío" del Desierto de Arabia entre 1945 y 1950, donde describe el mundo de los beduinos: "Viajé al sur de Arabia justo a tiempo. Otros irán allí a estudiar geología y arqueología, los pájaros, plantas y animales. Volverán con resultados más interesantes que los míos, pero nunca llegarán a conocer el espíritu de la tierra ni la grandeza de los árabes". Sus viajes también le llevaron a Irak, Persia (Irán), Kurdis-

tán, Pakistán, Abisinia (Etiopía), Sudán, África Occidental y Kenia, países de los cuales ofreció una mirada distinta.

Thesiger fue amigo del naturalista y aventurero Gavin Maxwell, célebre por sus apasionados libros sobre las nutrias y sobre la vida salvaje en Escocia (*Trilogía del círculo del agua clara*). Con él llevaría a cabo, a mediados de los años 50, un viaje de dos meses por las marismas de Chatt el Arab, al sur de Irak, en la confluencia del Tigris y el Éufrates. Años después, Teshiger volvería allí, a convivir con los pueblos de las marismas, describiendo su modo de vida en *Los árabes de las marismas*.

Durante su estancia en el sur de Irak con los árabes de los pantanos del Tigris, que llevaban todavía una forma de vida con una fuerte impronta bíblica, Thesiger recibió a otro Gavin. En este caso, se trataba de Gavin Young, que correspondió a su hospitalidad llevándole en un velero tras los pasos de Joseph Conrad por Java y las islas Célebes, peripecia explicada años más tarde en el libro *En busca de Conrad*. Pero Young, como Thesiger, era un personaje singular. Escribió un clásico de la literatura de viajes, *Una lenta travesía: De Grecia a China por mar*, que es el resultado de su empeño en realizar una travesía al estilo de los viejos marinos desde El Pireo hasta Cantón, periplo en el que empleó 23 embarcaciones de los más diversos tipos y siete meses de viaje. Young consigue trasladar al lector la atmósfera de los lugares, los barcos y las conversaciones con personajes de lo más diverso que va encontrando en su recorrido. Además, su experiencia por tierras mesopotámicas las plasmaría en *Regreso a los pantanos e Irak, tierra entre dos ríos*, siendo también de interés sus crónicas como corresponsal de guerra en numerosos conflictos de la segunda mitad del siglo XX.

Antes de cumplir 20 años, Eric Newby se enroló como aprendiz en un barco de grano finlandés con destino a Australia. Sus experiencias fueron narradas bastante tiempo después en el libro *La última carrera del grano*. Durante la gran guerra europea sirvió en el ejército aliado y fue capturado por los alemanes en una operación llevada a cabo en las costas de Sicilia. Consiguió escapar junto con otros soldados británicos y, ayudado por quien más tarde se convertiría en su esposa, Wanda Skof, se ocultó en la región de los Apeninos, pero nuevamente fue hecho prisionero y trasladado a campos de concentración de Checoslovaquia y Alemania. Las vicisitudes de todos estos años fueron relatadas en *Amor y guerra en los Apeninos*.

En 1956, Newby emprendió con su amigo Hugh Carless, tan inexperto montañero como él, la aventura de ascender al pico Mir Samir, en la inhóspita

región de Nuristán, al noroeste de Afganistán, "allí donde las montañas parecían los huesos del mundo sobresaliendo de su carne". Durante el viaje conocieron a Wilfred Thesiger, algo que le dio a Newby la oportunidad de "vislumbrar atentamente el contenido del equipaje de un auténtico explorador". El encuentro entre ambos aventureros, como el resto del viaje, está contado, con prólogo de Evelyn Waugh, en el ameno *Una vuelta por el Hindukush*, su libro más popular, en el que incluso los episodios de alojamientos insalubres, el hecho de tener que beber agua contaminada o padecer la inevitable disentería son animados y divertidos.

Tras un periodo en el mundo de la moda, Newby trabajó en distintas editoriales, incluida una prolongada etapa como editor de viajes de *The Observer*. En 1963 viajó con su esposa de Hardwar a Calcuta y sus notas de viaje le permitieron redactar tres años más tarde *Bajando lentamente por el Ganges*. En 1977 consiguió hacer realidad su viejo sueño de viajar con Wanda en el Transiberiano y lo plasmó en *El gran viaje del tren rojo*. En 1983, el destino de la pareja fueron los países mediterráneos, viaje que se convirtió en *A orillas del Mediterráneo*. Poco tiempo después, recorrieron Irlanda en bicicleta "para divertirnos", lo que se tradujo en el relato *Vuelta a Irlanda en marcha corta*. Mientras tanto había publicado *La vida de un viajero y Cuentos viajeros*. De sus últimas producciones cabe destacar la colección de ensayos *Salidas y llegadas* y *La vuelta al mundo en ochenta años*, repaso a toda una vida viajera.

Norman Lewis fue otro de los escritores que participó en la Segunda Guerra Mundial, en este caso como agente del servicio de espionaje británico. Presenció la liberación de Nápoles por las tropas aliadas y dio cuenta de ello en *Nápoles 1944*, libro en el que ofrece además un retrato de la caótica y picaresca sociedad napolitana. Otros libros suyos, tenidos ya por clásicos de la literatura viajera, están dedicados a Asia, continente cuyas culturas siempre habían atraído su atención: *Un imperio de Oriente*, que trata de Indonesia; *Donde las piedras son dioses*, que narra viajes por zonas prohibidas de la India; *Tierra dorada. Viaje por Birmania*, y *Un dragón aparente. Viajes por Camboya, Laos y Vietnam*.

Criado en Gales por tres tías medio locas, Lewis sostenía que su opción por los viajes había sido una forma de huída y que su capacidad para salir bien parado de aventuras ciertamente peligrosas estaba en "la determinación de sobrevivir". Su mirada, impregnada de humildad, comprensión hacia los demás, conciencia social y sutiles observaciones personales, aparece en sus crónicas de viajes, textos cortos no exentos de fino humor, que escribió

para diversos periódicos y revistas: *Crónicas de Viaje I: El Expreso de Rangún, Genocidio y otros relatos; Crónicas de Viaje II: Misión en La Habana, Sevilla y otros relatos, y Crónicas de Viaje III: Un viaje en Dhow, la tribu que crucificó a Jesucristo y otros relatos.* A España dedicó *Una tumba en Sevilla* y *Voces del viejo mar*, narración de la vida en un pueblo de pescadores de la Costa Brava en los años 40.

Lewis levantó su voz contra la destrucción ecológica del planeta, fue uno de los primeros en abordar con rigor histórico el complejo entramado social del "refugio" de la mafia siciliana (*La honorable sociedad*) y mantuvo una actitud muy crítica con las actividades de algunos grupos de misioneros, como pone de manifiesto su obra *Los misioneros. Dios frente a los indios*. En 1968, su artículo *Genocidio en Brasil*, publicado en el *Sunday Times*, en el que denunciaba la violenta evangelización de los indios amazónicos, impactó de tal modo en la opinión pública que culminó con la fundación de una organización internacional dedicada a la protección de los pueblos tradicionales del mundo, un hecho que Norman Lewis consideró como el mayor logro de su vida.

El 29 de mayo de 1953, Edmund Hillary llegaba a la cima del Everest, considerada como "el techo del mundo" (8.848 metros de altura), acompañado del sherpa Tenzing Norgay. Después de fotografiarse y congratularse por la misión cumplida bajaron a reunirse de nuevo con el resto de la expedición británica dirigida por John Hunt. Allí estaba Jan Morris, enviada por *The Times* para cubrir el acontecimiento y ofrecer a sus lectores una de las grandes exclusivas del siglo XX. La crónica periodística, convertida luego en el relato *Coronación del Everest*, fue el principio de su carrera literaria. Por entonces, Jan estaba ya casada con Elizabeth Tuckniss, pero todavía se encontraba atrapada en el "cuerpo equivocado" de James Humphrey, con el que había nacido.

Tras este éxito periodístico, Morris entró a trabajar en *The Guardian* como corresponsal en el extranjero, lo que le permitió viajar por todo el mundo y conocer a algunos de los más interesantes personajes del siglo pasado. Muchos de sus trabajos periodísticos en esta y en otras publicaciones, como *Rolling Stone* o *The New Yorker*, se recopilarían más tarde como ensayos o libros de viaje, como es el caso de *Ciudades*, que recoge sus artículos sobre las ciudades más importantes del mundo.

A principios de los años 60, Jan publicó *Venecia*, un largo paseo por la ciudad (la laguna y sus canales y palacios, sus iglesias y museos, sus plazas y

barrios), por su historia y sus historias, por sus gondoleros, sus gentes y sus costumbres, un melancólico caminar lleno de miradas, de paradas y detalles, "con miles de imágenes que cristalizar". Tras el éxito de *Venecia*, abandonó la carrera periodística y se dedicó a escribir libros.

A mediados de esa misma década, publicó *Presencia de España*, tras haber recorrido todo el país con su pareja y uno de sus hijos en una furgoneta. Morris no escatima elogios para sitios como Santiago de Compostela, cuya plaza del Obradoiro le parece "construida con granito dorado" y "tiene algo de veneciana", su catedral considera que es "incuestionablemente, una de las grandes construcciones del mundo", asegurando no conocer otra edificación "con mayor ímpetu"; el Hostal de los Reyes Católicos, "posiblemente el hotel más hermoso de Europa", y la iglesia del Sar, con sus pilares inclinados en ángulos imposibles, da la impresión de que la estás contemplando "en un espejo distorsionante". Sin embargo, reprocha la actitud histórica de los españoles: "España no hace como la ostra, que convierte en perlas la arenisca: simplemente, las vomita. Judíos, moros y gitanos han sido expulsados de este reino en aras de la pureza, y el mundo está lleno de exiliados españoles. Unas trescientas mil personas salieron de España a causa de la Guerra Civil: Picasso, Balenciaga, Casals, Salvador de Madariaga, son todos ellos piedrecillas de la arenisca". Para Gerald Brenan, *Presencia de España* es, tal vez, el mejor libro de viajes escrito sobre España.

Durante los años 70 y 80, al tiempo que decidía realizar el cambio de sexo y vivir la vida definitivamente como mujer (*El enigma –Conundrum* en su versión original– da cuenta de su personal metamorfosis), Morris siguió con sus relatos sobre viajes, entre los que destacan: *Lugares*, una compilación de ensayos sobre diferentes lugares del planeta; *El Imperio veneciano*, un repaso al pasado de la ciudad italiana; *Manhattan 45*, un paseo sin igual por la ciudad neoyorquina, convertida en el paradigma de la esperanza al finalizar la Segunda Guerra Mundial, y dos libros dedicados a su Gales natal, a la postre hogar y destino, como quedaría claramente explícito en la posterior *La casa de una escritora en Gales*. De su posterior salto a la novela merece la pena destacar *Últimas cartas desde Hav*, en donde recrea una ciudad imaginaria que reunía características de los diversos lugares que había visitado a lo largo de su vida y por la que desfilaban los más variados personajes históricos, completada años más tarde por una secuela: *Hav*. Al ensayo histórico dedica Morris la trilogía *Pax Britannica*, una radiografía del auge y la decadencia del Imperio británico, mientras que en *Destinos y Hong Kong* mezcla de forma bastante acertada el género viajero y el histórico, y en *Un mundo escrito*, publicado ya en el siglo actual, combina la autobiografía

grafía con sus viajes por el mundo. A pesar de su búsqueda constante, Morris llega a la conclusión de que la esencia última de los lugares es inasible porque cambian, y también cambiamos nosotros.

La época dorada del libro de viajes

Durante las décadas de los años 70 y 80 del pasado siglo se produjo una inesperada coincidencia de talentos literarios que removieron los cimientos del relato de viajes y produjeron un auténtico renacimiento, un momento de esplendor de la escritura viajera.

Patrick Leigh Fermor se hizo escritor a base de viajes y libros. Con apenas 18 años se cargó la mochila de Byron a la espalda, depositó en sus bolsillos cuatro libras esterlinas y, con la mente abierta de par en par a lo que pudiera encontrar, emprendió un viaje iniciático que le llevaría desde su Londres natal hasta Holanda y, desde aquí, a Constantinopla, cruzando a pie el corazón de una Europa crepuscular por la que empezaba a extenderse la larga noche del nazismo, al que luego combatió con todas sus fuerzas desde la Resistencia griega hasta convertirse en un auténtico héroe de guerra (entre otras hazañas, fue el principal protagonista del audaz secuestro del general alemán Kreipe en Creta en abril 1944, hecho clave en la liberación de la isla).

Más de cuarenta años después, Fermor quiso plasmar por escrito las diferentes etapas de aquella experiencia única, y fruto de ese deseo es la trilogía: *El tiempo de los regalos*, *Entre los bosques y el agua* y *El último tramo* (inacabado y editado a título póstumo), tres magníficos libros escritos a lo largo de treinta años, en los que Paddy muestra su pasión por la palabra precisa, una notable capacidad para las descripciones y una prosa atrapante que hace que el lector esté deseando que el viaje no termine nunca (para él tampoco llegar era lo más importante, sino el placer de viajar de manera pausada y profunda y la insaciable curiosidad por cuanto le iba saliendo al paso). Para entonces ya había escrito el relato-ensayo *Roumeli: Viaje por el norte de Grecia* y, antes, también con rasgos ensayísticos, *Mani. Viajes por el sur del Peloponeso*, un libro que Robert D. Kaplan considera "la más alta cima de la literatura de viajes en inglés".

A diferencia de Paul Bowles, Leigh Fermor pensaba que el viaje es mejor sazonarlo a base de memoria y de los saberes y experiencias adquiridos con la madurez; por eso, no tiene prisa alguna en su escritura. Según el crítico Jacinto Antón, lo que se puede encontrar en el relato del viaje en el que Fermor descubrió la vida y el amor y, con ellos, a sí mismo, es lo siguiente:

"El paisaje posee la fuerza de las mejores pinturas de Cranach o Holbein, la arquitectura se adorna con una fascinación romántica, la historia rezuma sin cesar como una bebida embriagante y la gente..., la gente es lo mejor: se abre al joven viajero, mostrándole lo más recóndito de su alma, entregada, frente al inofensivo y joven testigo, a un monólogo en el que laten, prístinas, directas, las vidas, las esperanzas y los sueños de un tiempo perdido".

De sus viajes americanos dejó testimonio, entre otros escritos, en *El árbol del viajero: un viaje por las Antillas*, en el que da cuenta del viaje realizado en los años 40 por la larga cadena de islas antillanas utilizando todo tipo de transporte, y *Tres cartas desde los Andes*, crónica del periplo realizado junto a un grupo de amigos por las cumbres andinas de Perú y Bolivia a comienzos de los años 70, en la que pone de manifiesto el distinto sentido del viaje para cada uno de los miembros del grupo. *Un tiempo para callar* es el recorrido por una serie de monasterios y abadías de Europa y la Capadocia en los que el autor descubrirá otra dimensión del espacio y del tiempo. También de la escritura: "En la reclusión de una celda las turbulentas aguas de la mente se apaciguan y clarifican, las ocultas impurezas que la oscurecen flotan hasta la superficie donde pueden ser retiradas; y después de un tiempo se alcanza un estado de paz inconcebible en el mundo ordinario (...). Estos hombres (los monjes) vivían realmente como si cada día fuera el último, en paz con el mundo, confesos, fortificados por los sacramentos, siempre preparados para dejar de existir cualquier medianoche sin dolor alguno. La muerte, cuando llegara, sería el más fácil de los tránsitos. Tenían ya la apariencia, el silencio, el aspecto y los andares de los espíritus; el último paso sería tan sólo una cuestión de detalle".

Colin Thubron fue amigo y albacea de Paddy Leigh Fermor. Como él, nació en Londres y se planteó el hecho de viajar como una necesidad: "Viajar te da la oportunidad de conocer, de descubrir al otro. Viajar es entender. Viajando dejas de creer que eres el centro del mundo; experimentas cosas nuevas, extrañas algunas, muchas inolvidables. Nunca dejaré de viajar, ni de escribir (...). No viajo por viajar, por el viaje en sí. Para mí, el destino es lo importante. Y ahí, la gente. Aunque es cierto que también siento la excitación física del viaje; para mí, lo principal es la experiencia del otro, el elemento personal, el contexto humano". La prosa de Thubron es limpia como el aire del Himalaya que tan bien conoce, cargada de resonancias líricas, acaso para dar rienda suelta al poeta que lleva dentro. Sus libros de viajes son una mezcla de experiencias personales y apuntes históricos, geográficos, arquitectónicos o antropológicos, a los que añade en sus últimos trabajos técnicas del relato de ficción. Se confiesa influenciado por la intrépida Freya

Stark, cuyo viaje literario conoce palmo a palmo, y dice alternar sus libros de viajes con sus novelas para no sentirse cansado.

Desde que en 1967 diera a la imprenta *Espejo de Damasco*, Thubron ha publicado 15 libros de viajes, entre los que caben mencionar de forma especial los dedicados al continente asiático, como: *Detrás del muro: Viaje por China*; *El corazón perdido de Asia*, un fabuloso viaje histórico, cultural y literario por las antiguas repúblicas soviéticas de Asia Central; *En Siberia*, narración del largo viaje que llevó a cabo a través de los territorios más inaccesibles del extinto imperio soviético, desde los Urales hasta el mar de Ojotsk, desde la ciudad de Rasputín hasta los confines más orientales del continente asiático, y desde el Círculo Polar Ártico hasta la frontera con Mongolia; *La sombra de la ruta de la seda*, crónica de su regreso a la aventura por la antigua senda comercial a la que ya había dedicado otro libro anterior, que se inicia en Xi'an, la ciudad de los guerreros de terracota, en China, y termina en la ciudad turca de Antioquía, recorriendo más de once mil accidentados kilómetros por distintos países, visitando algunos de los parajes más hermosos y misteriosos del planeta, descubriendo rostros inolvidables y buscando el encuentro con personas que le cuentan sus sueños, sus anhelos y vicisitudes, en definitiva, viajando "para descubrir al otro"; *Hacia una montaña en el Tíbet*, es el camino escrito de ese espacio en donde "todo lo que no es esencial se ha consumido", en el que "la claridad del aire, la pureza de la luz, te permiten ver a mucha distancia, un mundo que sobrecoge por "su soledad y vacío".

En este último caso, el viaje es "una meditación sobre mí mismo". No obstante, Thubron guía al lector, como si se tratara de un peregrino más, hasta el Kailash, la montaña sagrada de la que brotan los cuatro grandes ríos indios, el Indo, el Ganges, el Sutlej y el Brahmaputra, y a cuya kora o circunvalación se le atribuyen efectos regeneradores. Pero Thubron es consciente de que "en el camino todo es transitorio (...), viajar es hacer amigos para perderlos de forma inmediata". Si en sus últimos relatos de viaje incorpora la ficción, también en su narrativa ficcional combina elementos de sus viajes, como ocurre en su novela *Hacia la última ciudad*, en la que narra la historia de un grupo de europeos que viaja a explorar las ruinas de la ciudad inca de Vilcabamba, que lleva perdida cuatrocientos años en la selva peruana.

La literatura de viajes se ha escrito fundamentalmente durante el último medio siglo con tinta inglesa y, entre los que la ejercieron con singular maestría, está Bruce Chatwin, muerto prematuramente a finales de los 80, cuan-

do los estragos del sida se dejaban sentir con enorme virulencia y antes de que su mochila adquiriera definitivamente "el lustre más hermoso". Chatwin tuvo una relación particular con los viajes: primero los realizó por puro placer y para tomar distancia de lo que suponía su trabajo profesional como asesor artístico de Sotheby's, la conocida empresa de subastas de arte londinense; luego, viajó con el propósito de colmar su interés por la arqueología; más tarde se aventuró por medio mundo como reportero intrépido del *Sunday Times Magazine*; finalmente, se convirtió en un nómada, eso sí, sin desprenderse ni en las más insólitas situaciones de las onzas del "ser inglés" que siempre llevó consigo, en busca de documentación (personajes, mitos, hechos históricos, fábulas y temas de interés) no solo para sus libros de viajes, sino también para sus obras de ficción. Y en ese vagabundear por los cinco continentes, "siempre se las arregló para detectar lo extraordinario y lo exótico con infalible certeza", tal y como señala Mario Vargas Llosa.

Chatwin solía decir que la curiosidad era el motivo inicial de cada viaje y, una vez iniciado este, había que tener los sentidos alerta, saber escuchar el silencio y disfrutar de la soledad, dejarse guiar por la intuición a la hora de ir tomando decisiones sobre la marcha y no tener prevista fecha alguna de retorno. Y en la mochila, poco equipaje, pero sin faltar las libretas Moleskine. En *Bajo el sol*, la selección de más de un centenar de cartas y postales enviadas desde los más diversos lugares, Chatwin confiesa: "Tengo la compulsión de vagabundear y la de volver, como un ave migratoria", quizás porque, si bien "el cambio es la única cosa por la que merece la pena vivir", seguramente existe dentro de todo viajero "un anacoreta (que) está deseando quedarse".

Sus tres principales libros viajeros: *En la Patagonia*, *Los trazos de la canción* y *El virrey de Ouidah* son, en cierto modo, una caja mágica donde se mezcla el relato de viajes con la fantasía, la investigación antropológica con la historia, la razón con los sueños, el apunte con la sentencia, la máxima o el refrán, la remembranza y la observación presente, pero todos y cada uno de ellos muestran una prosa fluida, precisa, seca y elegante al mismo tiempo. Se podría decir que es un estilo casi fotográfico, muy parecido al de las más de cuatrocientas fotografías que también nos dejó el escritor londinense, el estilo Chatwin.

El primero de los mencionados es "un libro de las maravillas moderno", iniciado por el autor ya en su niñez cuando sintió la imperiosa necesidad de viajar algún día a la "tierra de los brontosaurios", que, en su imaginación infantil, campaban a sus anchas y se refugiaban en las cuevas patagónicas; este deseo infantil se hará realidad treinta años después: Chatwin recorre

una de las zonas más deshabitadas del planeta desde las bocas del río de la Plata hasta la Tierra de Fuego, anotando en su cuaderno para luego contárselo a los lectores cuanto de extraordinario le sale al paso de su capacidad de observación, de su memoria y de su poder de imaginación, haciendo revivir a muchos personajes del pasado y mostrando la clara determinación de no dejar que la verdad le arruine una buena historia. Algunos años después escribiría *Retorno a la Patagonia* a medias con Paul Theroux, otro de los maestros del género.

El segundo es un libro sobre Australia y sus últimos aborígenes, que es, al mismo tiempo, un apasionado elogio de la vida nómada, cuyos límites, en el caso del territorio central australiano, venían delimitados por líneas sonoras, ritmos musicales, trazos invisibles pero escuchables, cuyo conocimiento se transmitía de generación en generación a través de complicados ritos. Según Vargas Llosa: "En esta mitología fundacional, al principio no fue el verbo sino la melodía y el ritmo: la música precede a las palabras y a la existencia de los animales, las plantas y las cosas. Todo lo que existe fue 'cantado' por los primeros ancestros, escapó de la nada hacia el ser gracias a una canción". El texto, como el propio paisaje australiano, está recorrido por múltiples historias que se entrecruzan.

El virrey de Ouidah es una reconstrucción ficcional del viaje de Francisco Manuel de Silva, un traficante de esclavos brasileño del siglo XIX, hasta las costas de Dahomey (actual Benín). A lo largo del relato, Chatwin vuelve a mostrar su capacidad para la interrelación de géneros y la superposición de planos narrativos.

Paradójicamente, en sus dos novelas más interesantes, *Colina negra* y *Utz*, Chatwin nos muestra a personajes poco viajeros, a protagonistas que se mueven en un territorio reducido. En el primer caso se trata de un rincón de Gales, que se convierte en el universo entero para los gemelos Lewis y Benjamin Jones; en el segundo se trata de la Praga comunista por la que se mueve un obsesivo coleccionista de origen judío, Kaspar Utz, a la búsqueda de figurillas y otros objetos de porcelana de Meissen. En ¿Qué hago yo aquí? toma prestado el título de una carta de Rimbaud para dejar en su último y más íntimo libro una selección personal de relatos, semblanzas y crónicas de viajes, que nos muestran a Chatwin en estado puro, yendo y viniendo de un rincón a otro del planeta, y utilizando toda la gama de sus recursos literarios, en la que no falta la descripción impresionista, el diálogo, la ironía y la utilización de lo subjetivo junto a lo objetivo, fórmula que ha sido luego empleada profusamente en el género viajero.

Jonathan Raban es otro de los autores que han renovado la escritura de viajes y redefinido las fronteras del género. Con frecuencia, los relatos de Raban entrelazan la historia de un viaje con una interesante discusión sobre la historia de la zona por la cual se viaja, la crítica cargada de cierta acidez sobre las personas con las que se cruza, acontecimientos que tienen lugar en el tiempo del viaje o sus propias agitaciones personales, tanto a nivel emocional como intelectual. En la recopilación de sus ensayos, titulada *Por amor y dinero*, cuenta que se tropezó con el mar por accidente, cuando trataba de realizar un trabajo periodístico y, desde ese momento, se convirtió en su gran obsesión: el mar podía impedir que cualquiera de sus viajes se volviera rutinario. De ahí que cruzara infinidad de veces entre una y otra orilla del Atlántico y que sostuviera que lo que convirtió el paso atlántico en la gran aventura europea no fue tanto la naturaleza del país que esperaba a los emigrantes como el carácter del océano, "un espacio demasiado grande para que te puedas imaginar al otro lado".

Uno de sus libros más apreciados es *El paso a Juneau. Un mar y sus significados*. Aparentemente se trata del relato de un viaje que Raban hizo en solitario desde Seattle a la capital de Alaska a través de esa ruta marítima laberíntica conocida como "Paso Interior", en el que el autor nos muestra todos los estados de ánimo del mar, algunos ciertamente terroríficos; pero, en realidad, es un libro sobre la naturaleza de la pérdida, una exploración interna reveladora del propio autor escrita con un humor mordaz.

Soft City es un ejemplo de la llamada "literatura de ciudad", aunque hay quien lo ha definido como "un manual psicológico para la supervivencia urbana". Se trata de una indagación precisa acerca de las posibilidades que ofrece la vida urbana actual, enfrentando la libertad de vivir, inventándonos a nosotros mismos y echando la imaginación a volar para trazar viajes soñados, con el miedo a la soledad y la manera de agarrarnos a la rutina cotidiana como una forma de protegernos del caos que nos rodea. De alguna manera, asomarse a la ventana significa también mirar nuestras propias reflexiones.

Otros títulos destacados, que preferimos mantener en su original inglés, son: *Coasting*, narración de un viaje alrededor de Gran Bretaña a bordo de una pequeña embarcación a vela, justo en el momento de la guerra de las Malvinas, pero el libro es a la vez una metáfora de su propia vida; *Old Glory*, relato de un viaje por el Misisipi que se desarrolla durante la carrera hacia la victoria de Ronald Reagan, y *Hunting Mister Heartbreak*, en el que Raban, siguiendo los pasos de los primeros emigrantes británicos a América, parte

del puerto de Liverpool para llegar a Nueva York y luego proseguir viaje hasta Alabama, Seattle y los Cayos de Florida.

Al modo de los naturalistas de antaño, el intrépido Redmond O'Hanlon se ha dedicado durante años a recorrer las selvas más remotas del mundo en busca de "criaturas increíblemente exóticas". Sus pasos lo han llevado desde Indonesia hasta el África subsahariana, pasando por Latinoamérica y las remotas islas del Pacífico sur. A Borneo se marchó en compañía del periodista y poeta James Fenton (*Lugares no recomendables*) en busca del rincón ceronte enano, antes de que la isla sufriera la sobreexplotación forestal de finales del siglo XX, y de esa experiencia nació: *En el corazón de Borneo*; a la cuenca del Amazonas se aventuró acompañado de un fotógrafo (*Entre el Orinoco y el Amazonas: de nuevo en apuros*), y más tarde se abrió paso por las profundas selvas del Congo norte en busca de gorilas y otros animales salvajes (*Un viaje al corazón del Congo*). También se enroló en un barco arrastrero para navegar por aguas del Atlántico norte y escribir un desgarrador relato (*Arrastrero*), en el que llega a la conclusión de que el mar profundo es todavía más desconocido que las selvas tropicales. Sus observaciones de algunas especies animales y, sobre todo, de ciertas variedades humanas son agudas y cargadas del sarcástico humor inglés.

O'Hanlon es un escritor que asume, no sin miedo, el desafío de llevar a cabo experiencias extremas, sobrevive a las mismas y da cumplida cuenta de ellas. Junto a su afán de aventura, muestra una fascinación por los estados de conciencia alterados, incluida la locura, así como por las creencias y supersticiones religiosas. No obstante, en los momentos más difíciles, regresa habitualmente al Gloucestershire de su infancia. Influído por Darwin y Conrad, sus textos de viaje suelen estar estructurados como novelas negras cargadas de cierta comicidad, en las que se combinan la experiencia de la vida real, la observación científica, la descripción de lugares salvajes y sus equivalentes de la conciencia humana, argamasado todo ello por el humor y la ironía.

El polifacético Douglas Adams es conocido fundamentalmente por su saga de ciencia ficción satírica: *Guía del autoestopista galáctico*, que comprende cinco títulos, en los que el humor inteligente que impregna sus páginas lleva de forma incontrolable a la carcajada. Pero Adams también es el creador de Dirk Gently, un peculiar detective, especializado en investigaciones holísticas, y autor, en colaboración con el zoólogo Mark Carwadine, de otro notable libro, *Última oportunidad para ver*, que narra diferentes aventuras en parajes remotos con la intención de ver algunos de los animales más

amenazados de desaparición: desde las aguas turbias del río Amarillo, en China, en busca del baiji (delfín de agua dulce desgraciadamente desaparecido en la actualidad) hasta las cumbres de Nueva Zelanda en busca del kakapo (perico nocturno de gran tamaño del cual apenas sobreviven unas cuantas decenas de ejemplares). También cuenta las visitas a Zaire (hoy, República Democrática del Congo) para ver al rinoceronte blanco, Komodo para conocer a los famosos dragones y las islas Mauricio. En suma, uno de los manuscritos más entretenidos que se hayan elaborado sobre el mundo salvaje.

A esta pléyade de escritores británicos hay que sumar los nombres de tres destacados autores de viajes norteamericanos: David Kidd, Peter Matthiessen y Paul Theroux. Y también a algunos otros.

Tres años antes de que Mao Zedong instaurara la República Popular China, llegaba a Pekín un joven de Kentucky llamado David Kidd para ampliar sus estudios en "Cultura China". Difícilmente podía imaginar que acabaría casado poco tiempo después con una joven de la aristocracia china y lo que desde la casa familiar de los Yu contemplarían sus ojos: la acelerada desaparición de la China milenaria y, con ella, de las antiguas tradiciones y las viejas formas de vida, arrasadas por el impulso cegador de la revolución. *Historias de Pekín* contiene las memorias de esos años decisivos (1946-1950) que Kidd vivió en la ciudad de Pekín. Un retrato memorable y conmovedor porque el mundo que en él se describe iba a ser implacablemente destruido. En la década de los años 80 Kidd volvió dos veces a Pekín: "Todo era exagerado y brutalmente real. Y los contrastes que veía no eran tan sólo entre riqueza y pobreza, sabiduría e ignorancia, belleza y fealdad o cordura y locura; en el fondo eran contrastes entre la vida y la muerte. Aquí, en Pekín, me parecía percibir la vida y la muerte con más claridad...". Las experiencias de todo ello se incorporaron como capítulos finales del libro en las nuevas ediciones. Para entonces ya se había divorciado de su mujer, sufrido la persecución del *mcCarthyismo* e instalado en Japón a la búsqueda del modo de vida oriental que tanto anhelaba. Para Alberto Manguel, "El relato de Kidd oscila entre la ficción y la realidad. Parece demasiado bonito para ser real, como las perfectas tramas de las sagas familiares de las grandes novelas chinas y victorianas. Su clímax, sin embargo, el inexistente capítulo final del libro, está escrito por los hechos: el desmoronamiento de un imperio de más de cuatro mil años. Conseguir esto en apenas doscientas páginas es asombroso", mientras que para John Updike las historias de Kidd son "miniaturas –sencillas, deliciosas, cómicas o melancólicas– que ilustran una catástrofe irreparable: la desaparición de una civilización milenaria y única".

El neoyorquino Peter Matthiessen es el único autor norteamericano que ha recibido tanto el *National Book Award* de ficción como el de no ficción. Durante los años 60 y 70 Matthiessen realizó una serie de viajes que, aparte de reflejarse en sus libros, le hicieron emprender una "travesía interior" por las corrientes de la contracultura de esos años, como la defensa de los indígenas americanos, la espiritualidad oriental (abrazó la cultura zen y acabó como monje budista), la experimentación con el LSD y las protestas contra la guerra de Vietnam; en la última parte de su vida fue un gran activista en defensa del ecologismo y de la imperiosa necesidad de vivir y crecer con menos desarrollo comercial e industrial y más respeto por la naturaleza.

Entre su producción ficcional no pueden olvidarse títulos como *Jugando en los campos del Señor*, *Far tortuga*, la colección de cuentos *En la laguna Estigia y otros relatos* y, sobre todo, *País de sombras*, novela dedicada a la leyenda del controvertido Edgard J. Watson, y cuya escritura le llevó más de treinta años hasta ofrecer a sus lectores la versión final deseada. Entre sus obras no ficcionales merece la pena destacar: *En el espíritu de Caballo loco*, en defensa de los amerindios americanos; *Blue Meridian*, un libro a mitad de camino entre la investigación oceanográfica acerca del tiburón blanco y la aventura de viajes; dos libros sobre el continente africano: *Los silencios de África*, fruto de sendos viajes por las selvas y la sabana africana en busca de animales en peligro de extinción, y *El árbol en que nació el hombre*, un recorrido por el África oriental con visitas al Ngorongoro, Serengeti, Masái Mara..., y, muy especialmente, la premiada *El leopardo de las nieves*, obra en la que relata el desplazamiento hasta los confines del Himalaya para observar en libertad al misterioso felino, aunque en realidad se trata de un viaje de purificación espiritual, un "seguir adelante" en busca de la luz que emana de Buda: "El secreto de las montañas es que existen, igual que yo, pero se limitan a existir, cosa que yo no hago. Las montañas no tienen significado, son significado; las montañas son. El sol es redondo. Yo vibro con la vida y las montañas vibran y, si soy capaz de oírlas, hay una vibración que compartimos. Entiendo todo esto, no con la cabeza sino con el corazón, sabiendo cuán absurdo es tratar de captar lo que no se puede expresar, sabiendo que otro día, cuando vuelva a leer esto, sólo quedarán las palabras".

Paul Theroux ha engendrado una literatura sencilla, transparente y amena, sin apenas referencias autobiográficas: "Cuando eres un escritor de viajes, tienes que crear o recrear un paisaje o a la gente de un lugar, no puedes poner nada gratuitamente, no puedes envolver al lector en caminos enredados. Esto no es ficción experimental en la que desafiar a quien te lee.

Lo que quiero es mostrarlo de la forma más sencilla posible, que vean de forma diáfana lo que yo veo". Para dejar claras sus intenciones añade el escritor de Massachusetts: "Quiero ver las cosas tal como son, verme a mí mismo tal como soy. Mi viajero ideal es el que se adentra a la manera tradicional en lo desconocido".

La primera propuesta viajera que Paul Theroux se hizo a sí mismo fue tomar todos los trenes que encontrara desde la estación Victoria de Londres hasta la estación Central de Tokio, lo que dio pie a un apasionante periplo de cuatro meses en los que recorrió, casi siempre en ferrocarril, parte de Europa, Turquía, Irán, Pakistán, la India, Birmania, Tailandia y Camboya, para pasar al Japón y regresar luego a Londres en el tren transiberiano... Una aventura colosal, convertida en una de las obras clave de la literatura de viajes del siglo XX: *El gran bazar del ferrocarril*. El escritor estadounidense regresaría más de treinta años después a estos mismos escenarios con *Tren fantasma a la Estrella de Oriente*: "El pasado al que no se retorna forma siempre un bucle en los sueños que uno tenga. La memoria también es un tren fantasma. Muchos años después uno sigue meditando sobre aquel rostro tan bello que entrevió un instante en un país lejano (...), o bien sobre el ruido de un tren en la noche, con esa nota precisa y musical que dan los silbatos de los trenes, una tercera que mengua en la oscuridad mientras uno va tumbado en el tren, desplazándose por el mundo como lo hacen los viajeros, en el vientre de la ballena".

Los textos sobre los viajes en tren se completarían con *El viejo expreso de la Patagonia. Un viaje en tren por las Américas* y *En el Gallo de Hierro. Viajes en tren por China*, cuyos títulos son bastante explícitos de lo que el lector puede encontrar entre sus páginas. *El último tren a la zona verde* tiene un cierto sabor a despedida del continente africano, donde trabajó varios años como maestro, navegó por sus grandes ríos y lagos, recorrió sus desiertos, atravesó sus montañas, cruzó fronteras desde El Cairo a Ciudad del Cabo, gozó con la infinita diversidad de sus paisajes, conoció a las tribus más diversas y sintió en varias ocasiones la fría boca de una pistola en su sien, un continente al que no idealiza, sino al que, junto a sus maravillas naturales, describe en sus miserias y desigualdades, en su drama, el continente más verde del planeta en el que, como ya dejara constancia en *El safari de la estrella negra*, se ha ido descoloriendo el color de la esperanza. Para Theroux, el placer de viajar en tren radica en su simplicidad: "en un tren de larga distancia puedes vivir la vida, tener muchas experiencias". En cambio, los aeropuertos y los aviones son lugares cargados de ansiedad y temporalidad: "siempre estás deseando escapar de ellos". Sin embargo, el automóvil

ha tenido un gran poder liberador, ya que, a diferencia de los medios de transporte colectivo, no condena al escritor viajero a un horario determinado: "El coche es puro romanticismo, te permite ir a cualquier sitio a cualquier hora, por eso ha jugado un papel clave en los últimos cien años".

En un escritor cosmopolita como Theroux no podía faltar su viaje por el Mediterráneo, cosa que hace en el desigual *Las columnas de Hércules*. Más aventurero resulta *Las islas felices de Oceanía*, libro en el que relata su viaje por medio centenar de islas del Pacífico cargado con un kayak desmontable y sus características referencias históricas y literarias. Theroux también es autor de importantes novelas, como la cinematográfica *La costa de los mosquitos*, *La calle de la Media Luna* y *En Lower River*, un nuevo choque con la realidad africana actual.

Y, además de todo ello, para celebrar sus 50 años con la mochila y el cuaderno de notas a cuestas, Theroux reunió en un solo libro, *El tao del viajero*, una antología de extractos escogidos de sus obras junto a pasajes de aquellos autores trotamundos que él más ha disfrutado como lector: Henry James, Graham Greene, Andersen, Evelyn Waugh, Dickens, D. H. Lawrence, Mark Twain, Nabokov... El resultado de todo ello es una escueta y directa "guía filosófica" y un adictivo libro de viajes a la vez, que aúna la experiencia lectora y la experiencia viajera del autor. He aquí algunos ejemplos: "Deja tu casa. Ve solo. Viaja ligero. Lleva un mapa. Ve por tierra. Cruza a pie la frontera. Escribe un diario. Lee una novela sin relación con el lugar en el que estés. Evita usar el móvil. Haz algún amigo". Consejos a tener en cuenta de quien confiesa que: "La lectura y la inquietud –la insatisfacción en casa, la amargura de estar encerrado y cierta idea de que el mundo real estaba en otro sitio– me hicieron viajero".

El periodista americano Peter Forbath fue corresponsal en diversos países de África, Asia y Europa para las revistas *Time* y *Life*. Entre sus obras destaca *Río Congo*, historia del descubrimiento, exploración y explotación del río más dramático de la tierra ("río que se traga a los demás ríos"), narrada a través de la serie de aventuras que han permitido delimitar el espacio que hoy ocupa en la imaginación de los países occidentales: "Congo. Dos sílabas cortas golpean la imaginación como un tambor de la selva, evocando pesadillas de oscuridad primigenia, misterios insondables y espantoso salvajismo. Ninguna palabra lleva en sí tanto poder". También vivió de primera mano los acontecimientos de la "Primavera de Praga" (1968), que plasmó, junto a la evocación del paisaje checoslovaco y la belleza de la capital checa, en *Siete estaciones*.

Peter Mayne pasó su infancia y juventud entre la India e Inglaterra. En la década de los años 50, escribió varios libros en los que relataba sus estancias en regiones tan diferentes como el norte de África, el subcontinente indio, y las islas griegas. Así, después de pasar un año viviendo en el laberinto de la medina de Marrakesh no como un turista, sino como uno más de los habitantes de sus callejuelas, alumbró las páginas de *Un año en Marrakesh*; en *La sonrisa estrecha: Un viaje de regreso a la frontera noroeste*, Mayne abordó su estancia en las tierras tribales de Paktun, fronterizas entre Afganistán y Pakistán, en los momentos inmediatamente posteriores a la independencia pakistaní, y en *Mar privado* narró de manera más desenfadada una visita de unas pocas semanas a la isla griega de Poros.

Completan este recorrido en lengua inglesa el sudafricano Lauren Van der Post, el escritor británico, nacido en Alemania y residente en California, Ted Simon y la irlandesa Dervla Murphy. El primero fue héroe de guerra, consejero político del gobierno británico, periodista y, sobre todo, explorador, escritor crítico con la arrogancia de Occidente hacia África y un gran defensor de los derechos humanos en Sudáfrica. A la *Aventura en el corazón de África*, de principios de la década de los 50, le siguieron *El mundo perdido del Kalahari* y *El corazón del cazador*, que se pueden leer como dos partes de un mismo texto o como libros separados. Ambas obras están centradas en los territorios de los pueblos bosquimanos, los últimos cazadores-recolectores de África, abocados a su desaparición. Otros libros tuyos igualmente interesantes son: *Un viaje por Rusia*, *Un retrato de Japón*, *Feliz Navidad Mr. Lawrence* y *La pluma del flamenco*.

Por su parte, Ted Simon es un ícono de los viajes en moto y autor de la mítica obra *Los viajes de Júpiter*, que ha cambiado la vida de muchos hombres y mujeres que se echaron a la carretera tras su lectura. En ella narra la insólita vuelta al mundo a lomos de una Triumph Tiger durante cuatro años (1973-1977) en los que recorrió casi cien mil kilómetros y 45 países distintos: toda África, desde Túnez a Ciudad del Cabo, y después toda la América Latina que cruza la cordillera de los Andes, desde Chile hasta Colombia, para seguir luego la "huella de los gringos" hasta California, recorrer Australia y finalmente atravesar el continente asiático para llegar de nuevo a Europa. A lo largo del texto, Ted mezcla literatura, periodismo, política, diálogos audaces, humor y, por supuesto, la historia de un gran viaje iniciático, consiguiendo un alto grado de conexión con los lectores. Poco más tarde trató de completar sus experiencias y reflexiones del viaje en *Sobre Ruedas* y *Más allá de Los Viajes de Júpiter*. Un cuarto de siglo después, al inicio del nuevo milenio, intentó seguir el mismo camino de aquel primer viaje para

encontrase con viejos amigos y observar cómo había cambiado el mundo, esta vez con 70 años a la espalda y subido sobre una BMW R80. Los sueños de Júpiter recogerían esta nueva experiencia.

La irlandesa Dervla Murphy es, ante todo, una intrépida aventurera que lleva medio siglo recorriendo el mundo entero en los medios más diversos. Con una mirada particular para ver el mundo y siempre atenta a todo lo que decimos, con palabras o sin palabras, ha escrito una treintena de libros de viaje. Su singladura viajera comenzó a los 30 años con un largo recorrido en bicicleta desde Irlanda a la India a través de Europa, Irán, Afganistán y Pakistán, lo que dio origen a su primera narración: *A toda máquina: de Irlanda a la India en bicicleta*. Más tarde, viajó hasta Nepal para ayudar a los refugiados tibetanos y, poco más tarde, se dispuso a explorar los caminos de Etiopía a lomos de una mula (*En Etiopía con una mula*). Algun tiempo después, acompañada de su pequeña hija Rachel, viajó por países de distintos continentes: India, Pakistán, Sudamérica, Madagascar y Camerún, experiencias recogidas en varios libros, como *Ocho pies en los Andes*, *Embrollo en Madagascar*, *Camerún con Egbert*, etc. Más tarde volvió a sus aventuras en solitario: África (Zimbabue, Kenia, Malawi, Ruanda...), Laos (*Un pie en Laos*), Rumanía y los estados de la ex-Yugoslavia (*A través de las brasas de Caos*) y Siberia (*A través de Siberia por accidente*). De sus viajes a Cuba dio testimonio en *La isla que se atrevió*, y de su experiencia en Palestina sacó las páginas de *Un mes junto al mar*. Entre sus muchos consejos a los viajeros nos quedamos con el siguiente: "Elige un país, maneja guías para identificar las áreas más frecuentadas por los extranjeros... y ve en la dirección contraria".

Otra de las cumbres de la literatura de viajes del último medio siglo es Cees Nooteboom, el holandés errante que tiene su casa en Ámsterdam y su refugio en Menorca. Gran parte de su obra la forman los libros de viajes y, de alguna manera, comparte el azoriniano "vivir es ver volver" cuando afirma que: "La esencia de mi nomadismo es que tengo una casa a la que vuelvo". Y es que, después de que la Segunda Guerra Mundial le arrebatara la infancia y a su padre, Nooteboom ha viajado mucho. Desde que a los 17 años saliera de su casa siempre ha ido a la búsqueda de sitios nuevos, no tanto como viajero de paso que como explorador de lugares en los que quedarse por largo tiempo. Confiesa que *Philip y los otros*, fruto de un viaje por Europa en autostop y sin dinero, fue su "verdadera escuela de vida, como escritor y como europeo". Tras un periplo de más de sesenta años, su obra no resulta fácil de definir, pero tampoco necesita etiquetas. En todo caso, podría decirse que ha hecho del viaje, tanto del geográfico como del interior, su principal seña de identidad.

Nooteboom vivió en Berlín durante un año y medio después de la caída del Muro y allí fue testigo del giro histórico de la ciudad, que, además, resultó de gran trascendencia para todo Occidente: "La gente llora o mira asombrada como si lo que ve no fuese real". En *Noticias de Berlín* el autor nos traslada en esta crónica a un lado y otro del Muro durante aquellos días históricos: "Nadie sabía qué era el tiempo, y aunque a todos los relojes del mundo se les diera forma circular, el tiempo seguía avanzando en línea recta, y el hombre no podía evitar un vértigo mortal al pensar que esa línea pudiera tener un final".

Nooteboom mira el mundo presente a través del filtro de su memoria, de la observación de los detalles y de la manera tan singular que tiene de relacionarse con las gentes con las que se va encontrando, y tiene una rara habilidad para convertir a personas comunes en personajes singulares de sus narraciones. Si embargo, es consciente de la invisibilidad de la historia, que a veces estalla como un fogonazo. Por otra parte, dice ser un europeo de todas partes: su novela *Mokusei* se sitúa en el Japón; *El Buda tras la empalizada* en Bangkok, una ciudad en la que "el dolor del mundo es curado a base de masajes y fluye como un infinito y viscoso klong de esperma por las alcantarillas"; *El desvío a Santiago* en España; *Lluvia roja* nos habla de un viajero profesional, acaso él mismo, que se retira a Menorca para escribir, y *Perdido el Paraíso* se ambienta en São Paulo, en las comarcas desérticas de Australia y en diferentes galerías de arte de Europa.

Hotel Nómada (*Hotel Nooteboom* en su edición original) es "ese inexistente edificio que sólo existe en mi cabeza, el hotel del mundo próximo y lejano, de la ciudad y del silencio, del frío y del calor". A lo largo del texto se puede leer: "Quien huye de la realidad es el que se queda en casa sometido a la rutina de la vida diaria porque no puede soportar la amarga sabiduría que proporciona el viaje". Pero lo que cuenta no es el destino, sino el camino y, a lo largo del mismo, la mirada, la disposición para conocer al otro, la capacidad de asombro por el mundo que está fuera. El viaje es una experiencia que no tiene fin, pero a viajar se aprende, como se aprende a leer, a amar, a morir..., a conocerse a uno mismo.

Uno de los escritores que mayor empeño ha puesto en elevar el reportaje a la categoría de literatura es el polaco Ryszard Kapuściński, audaz viajero y uno de los más reconocidos maestros del género periodístico. Kapuściński comenzó estudiando Historia en la Universidad de Varsovia, aunque desde los 18 años se dedicó al periodismo, desde la perspectiva de la investigación, lo que le permitió describir la historia en su desarrollo: "Ser historiador

es mi trabajo (...) estudiar la historia en el momento mismo de su desarrollo, lo que es el periodismo (...) Todo periodista es un historiador".

A partir de la década de los 50 del pasado siglo Kapuściński colaboró con varios de los medios periodísticos más destacados a nivel internacional, como el británico *Time*, el norteamericano *The New York Times*, el alemán *Frankfurter Allgemeine* y el mexicano *La Jornada*, actividad que le llevó a viajar por todo el mundo y a cubrir algunos de los más importantes acontecimientos en Europa, América, Asia y África. A principios de la década de los sesenta empezó a compaginar su labor periodística con su faceta literaria y su actividad como profesor en varias universidades y en diversas instituciones a nivel internacional. Todo ello le convirtió en un viajero infatigable y, con el transcurrir del tiempo, en uno de los grandes referentes de la literatura de viajes. En este sentido, Kapuściński considera como acontecimiento fundamental "el encuentro con el Otro", del que afirma que ha constituido desde siempre la experiencia básica y universal de nuestra especie. Se trata de la experiencia más importante, del más amplio de los horizontes: "Cuando me paro a reflexionar sobre mis viajes por el mundo, viajes que se han prolongado durante muchos, muchos años, a veces tengo la impresión de que las fronteras y los frentes, los peligros y las penalidades propios de esos viajes, me han producido menos inquietud que la incógnita, siempre presente y renovada a cada momento, de cómo transcurriría cada nuevo encuentro con los Otros, con esas personas extrañas con las que me toparía mientras seguía mi camino. Pues siempre supe que de ese encuentro dependería mucho, muchísimo, si no todo. Cada uno de ellos fue una incógnita: ¿cómo empezaría? ¿cómo transcurriría? ¿en qué acabaría?".

Entre sus obras cabe destacar: *Imperio*, en el que aborda la situación de la desaparecida Unión Soviética desde que esta invadió Polonia hasta que la visitó como corresponsal; *Ébano*, uno de los mejores retratos que se han escrito sobre el continente africano a través de una serie de relatos breves acerca de sus vivencias como corresponsal a lo largo de más de treinta años y de los distintos escenarios y personajes que conoció en el periodo de la descolonización africana: "África tiene su propia personalidad, a veces es una personalidad triste, a veces impenetrable, pero siempre irrepetible"; *El Emperador*, en el que analiza la figura del monarca etíope Haile Selassie, considerado como el último descendiente del Rey Salomón y último emperador de Etiopía; *Un día más con vida*, en el que analiza la descolonización portuguesa de Angola; *La Guerra del Fútbol*, cuyo eje central es el conflicto que tuvo lugar entre El Salvador y Honduras a raíz de la disputa de un encuentro futbolístico entre ambas selecciones en 1969, y *Viajes con Herodoto*, quizás su libro más

famoso, junto con *Ébano*, y en el cual el escritor polaco establece un paralelismo entre sus viajes como reportero internacional y la *Historia* de Herodoto de Halicarnaso, libro convertido en su compañero inseparable de viajes desde su primera correspondencia en la India. Según Darío Villanueva: "Kapuściński aprende en Herodoto algo que también está en un autor español al que frecuentemente cita, Ortega y Gasset: que cada ser humano tiene una misión de verdad, pues su pupila ve de la realidad lo que no ve otra, de modo que todos y cada uno de nosotros somos insustituibles, somos necesarios".

Su prolífica labor, le llevó a obtener diversos galardones. Quizás los más destacados sean el Premio Goethe (el "Cervantes alemán") y el Premio Príncipe de Asturias de Comunicación y Humanidades (2003), en cuyo acta reza que Kapuściński no se ha limitado a describir externamente los hechos, sino que ha indagado sus causas y analizado las repercusiones: "Sus trabajos son valiosos reportajes, agudas reflexiones sobre la realidad circundante y, al mismo tiempo, ejemplos de ética personal y profesional, en un mundo en que la información libre y no manipulada se hace más necesaria que nunca". No obstante, algunos críticos han señalado una cierta tendencia a la fabulación con objeto de engrandecer su narración y, a partir de la biografía escrita por su discípulo Artur Domosllawski después de su muerte, se han cuestionado algunas de sus afirmaciones y actitudes, especialmente las contenidas acerca del despertar de América Latina en *Cristo con un fusil al hombro*.

Algunos de los postulados de Kapuściński no son compartidos por su compatriota Mariusz Wilk, un renovador del reportaje literario, quien considera que el buen reportero debe huir de la "colección de postales" y asentarse, vivir y asimilar el lugar sobre el que investiga. Con este propósito, a principios de los años 90, Wilk se instaló en las islas Solovki, en los confines septentrionales de Rusia, cerca del Polo Norte, un territorio de condiciones de vida extrema que aparecía a los ojos del periodista como un auténtico microcosmos del universo ruso.

Diario de un lobo. Pasajes del Mar Blanco recoge sus observaciones y reflexiones acerca de la vida cotidiana en este lugar indómito del mar Blanco en la Rusia postsoviética, una tierra de exilio y campo de pruebas del gulag "en el límite de todo". Las ruinas del monasterio, el abandono de las instalaciones del campo de trabajo, el deterioro ecológico y el social que se advierte en las Solovki reproducen la Rusia actual. Son la herencia de una historia confusa y accidentada. Son el reflejo de un mundo duro cuyo porvenir se sitúa tras las densas nieblas invernales: "Algunos de (los) caminos conducen hacia el interior de la isla; otros al interior de tiempo; algunos serpentean a lo

largo de la costa, ribeteados por las olas como los encajes rusos; otros, en cambio, cruzan a través del lodo o de la memoria". Wilk advierte que Rusia es otra cosa que la del *Imperio* de Kapuściński ("Está claro que es un escritor excelente y las imágenes que nos ofrece son espléndidas, solo que... ¿para qué? ¿Para hacer un cómic sobre el imperio?") y que Occidente no ha sabido ver de ella más allá de su piel. Del mismo modo, Wilk confiesa haber vivido, entre otros lugares, en la Quinta Avenida de Nueva York, junto al Muro de Berlín cuando lo derribaban, en Moscú durante el golpe de Estado, en la playa desierta de Sujumi durante la guerra entre los abjazos y los georgianos, además de asistir a los movimientos del sindicato Solidaridad durante el cambio de régimen político en su propio país. Otra manera de ver y contar.

El viaje en la literatura en lengua inglesa desde la II Guerra Mundial

En 1952 apareció firmado en el magazine del *New York Times* un artículo sobre nuevas voces literarias que estaba firmado por John Clellon Holmes y se titulaba: "La Generación Beat", expresión que decía haber tomado de Jack Kerouac, que, a su vez, la refería a Herbert Huncke. Su significado estaba en relación con esa sensación de cansancio y hartazgo de la juventud con la sociedad que se estaba formando, una vez dejado atrás el final de la Segunda Guerra Mundial, tras el fogonazo cegador de Hiroshima.

Muchos jóvenes norteamericanos de principios de los años 50 se echaron a la carretera con la clara intención de pisar el acelerador. Entre ellos estaba Jack Kerouac y los protagonistas de su mítica novela *On the road* (sorprendentemente traducida al español más por *En el camino* que por *En la carretera*), que se publicó en 1957, pero que llevaba escrita desde hacía varios años. Autor y personajes atravesaron Estados Unidos de costa a costa, de Nueva York a San Francisco, bebiéndose el paisaje a tragos, como las botellas de whisky y las noches de jazz, sexo y marihuana. Kerouac narra a borbotones, siguiendo el principio de espontaneidad, las andanzas a lo ancho de América de Dean Moriarty y Sal Paradise, trasuntos de Neal Cassady y él mismo, convirtiendo lo *beat* en "beat-itud": una nueva forma de vivir, fundamentada en la intensa convicción de que era preferible el fuego del infierno al calor de la calefacción central, el barro de las botas de caminar al polvo de las confortables pantuflas.

La vigorosa prosa de Kerouac sigue empujando hoy a muchos jóvenes a recorrer carreteras con la llegada de la primavera. En efecto, medio siglo después del encuentro entre Dean Moriarty y Sal Paradise, *En el camino* es una invitación a viajar hacia el oeste de cada uno por primera vez en la vida, a poner en marcha el motor y sortear curvas y cambios de rasante, subir y bajar cuestas

empinadas, elegir en los cruces el camino desconocido, el prohibido, el temido...: "Y así fue como realmente se inició toda mi experiencia en la carretera, y las cosas que pasaron son demasiado fantásticas para no contarlas".

Si el viaje de Kerouac con Cassady desde la orilla del Atlántico a la del Pacífico había dado lugar a *On the road*, otro viaje suyo con Bill Burroughs a México cristalizaría en el largo poema *Mexico City blues*, que finaliza con esta confesión: "Qué dulce se vuelve la historia/ cuando sabes que Charley Parker/ la cuenta". Y es que a lo que realmente aspiraba Kerouac era a ser considerado como "un poeta del jazz que interpreta un largo blues una tarde de domingo en una sesión jazzística".

Poco antes, una pequeña editorial de San Francisco había publicado *Aullido*, de Allen Ginsberg, cuyo primer verso ha sido repetido hasta la saciedad durante décadas por críticos literarios, articulistas y sociólogos: "Yo he visto a las mejores mentes de mi generación destruidas por la locura". Con sus metáforas como relámpagos, *Aullido* es una bala dirigida al corazón de un sistema "que tose toda la noche y no nos deja dormir", el *american way of life*. Los poemas de Ginsberg cambiaron América y fue un anticipo de lo que luego se vivió en otros países occidentales. El héroe secreto de los mismos también fue Neal Cassady, el inspirador de Kerouac, un tipo al que siempre se le dio mejor vivir que escribir.

Poco después, William S. Burroughs hizo su carta de presentación literaria con la caótica *El almuerzo desnudo* ("un instante helado en el que todos ven lo que hay en la punta de sus tenedores"), que cuenta la huida exterior e interior de un drogadicto que viaja de Estados Unidos a México y Marruecos en busca de otros mundos que no dejan de estar en este. Se trata de un "manual de bricolaje" –definición de su propio autor–, en cuya prosa uno encuentra "auténtica poesía" (Allen Ginsberg) y un "salvaje sentido del humor" (Norman Mailer) bajo la rebelión contra la sociedad actual y un mundo que "deriva al azar hacia un destino de insecto".

El poeta y ensayista contracultural Gary Snyder había recorrido ya medio mundo cuando a principios de los años 60 realizó un periplo por la India en compañía de su esposa, la poetisa Joanne Kyger, y de sus amigos Allen Ginsberg y Peter Orlovsky, del que dio cumplida cuenta en *Viaje por la India*. Considerado a sí mismo como "amigo, pero no miembro" de la Generación Beat, Snyder fue el inspirador de Jack Kerouac para su personaje de Japhy Ryder en *Los vagabundos del Dharma*: "Tengo la visión de una gran revolución monchilera, miles y miles, incluso millones de americanos yendo de aquí para

allá, vagabundeando ...". En las últimas décadas ha sido uno de los mayores impulsores del "ecologismo profundo", influenciado por el pensamiento de David Thoreau, el budismo zen y el indigenismo americano.

Si hay alguna palabra que sirva para definir la narrativa de Truman Capote, esa es la palabra innovación. A lo largo de su vida publicó artículos periodísticos, reportajes, retratos y varios guiones cinematográficos, además de sus cuentos, novelas y libros de viajes, aunque no solo en estos últimos se encuentran espléndidas páginas viajeras. El cultivo simultáneo de géneros tan diversos respondía a su necesidad de encontrar una forma nueva de escritura que le permitiera captar el alma oculta de las cosas: "El periodismo siempre se desenvuelve contando una historia en un plano horizontal, en tanto que la ficción sigue un desarrollo vertical, de modo que cada vez te lleva a un nivel más profundo, penetrando en los personajes y acontecimientos. Se trata de aplicar a los hechos las técnicas de la ficción, logrando así una síntesis". La escritura resultante debía mostrar "la credibilidad de lo fáctico, la inmediatez del cine, la profundidad y libertad de la prosa, y la precisión de la poesía".

A sangre fría y *Música para camaleones* fueron sus dos grandes logros en este sentido. *A sangre fría*, compuesta en buena parte durante su larga estancia en la Costa Brava a principios de los años 60, supone tanto la consagración de la llamada "novela de no-ficción" como la del "nuevo periodismo", caminos que habían comenzado a desbrozar el español Manuel Chaves Nogales y el argentino Rodolfo Walsh, y por los que, una vez despejados por Capote, habrían de transitar autores como Norman Mailer, Tom Wolfe, Hunter S. Thompson, Gay Talese, Joan Didion... La influencia de esta realidad reflejada en la escritura como "la verdad más verdadera" llega hasta nuestros días, como confirman el éxito editorial de Emmanuel Carrère y el reciente Premio Nobel de Literatura otorgado a Svetlana Alexiévich. Por su parte, *Música para camaleones*, que, desde el punto de vista técnico, plantea diferentes registros a la búsqueda de "un estilo simple y cristalino como un arroyo de campo", representa un viaje hacia los adentros, que lleva al autor norteamericano a reconocerse así: "Soy alcohólico. Soy drogadicto. Soy homosexual. Soy un genio". Un genio, sí, dominado por sus propios demonios, a los que nunca llegó a exorcizar.

Entre uno y otro libro, como si se situara a mitad de camino entre ellos, Capote publicó *Los perros ladran*, "un mapa en prosa, una geografía en palabras de las tres últimas décadas de mi vida", etapa que le había llevado a recorrer una buena parte del mundo (Grecia, Italia, España, Tánger, Haití...) movido por el afán de sacar a la luz el espíritu oculto del lugar visitado y

hacerlo dialogar con los personajes que lo habitan. Este hecho se pone especialmente de manifiesto en la sección titulada *Color local*. De acuerdo con Eduardo Lago: "En muchas de estas estampas Capote se revela como un maestro inigualable del arte de la narración mínima, logrando, por medio de un delicado proceso de condensación poética, transmutar lo anecdótico en sustancia literaria". Como muestra este texto dedicado al otoño en Sicilia: "Y llegó el otoño, y en él estamos: un viento que suena como una pandereta, un fantasma de humo que se mueve entre los árboles amarillos. Ha sido un buen año para la uva; flota dulce en el aire el aroma de la uva caída en el mantillo de las hojas, vino nuevo. Las estrellas aparecen a las seis; sin embargo, no hace demasiado frío, y podemos tomar un cóctel en la terraza y contemplar, a la viva luz de las estrellas, las ovejas, con su cara de Buster Keaton".

Antes de los tres libros mencionados, Capote ya había dado muestras de su precocidad narrativa y mostrado algunos sueños de su prosa posterior en *Un crucero de verano*, *Otras voces, otros ámbitos*, *El arpa de hierba* y *Se oyen las musas*, un relato que es, al mismo tiempo, una narración de su periplo y el de una compañía de cantantes negros por Rusia en la década de los años 50 y una penetrante y satírica radiografía de la sociedad soviética, obtenida mediante la aplicación de las técnicas propias de la memoria fotográfica y la ficción a la descripción de acontecimientos y hechos reales.

Truman Capote había nacido en Nueva Orleans y siendo un adolescente se trasladó a Nueva York con su madre y el segundo marido de esta, Joe García Capote, de quien tomó su segundo apellido. Por tanto, no es de extrañar que el universo literario de Capote sea fundamentalmente el de su infancia: el sur de los Estados Unidos, pero tampoco que algunos de sus textos más conocidos, como el impagable *Desayuno en Tiffany's* (referencia directa a la famosa joyería de Nueva York), transcurran en la Gran Manzana.

Tom Wolfe, que escribió las crónicas de los hechos más relevantes de los años 60 en Estados Unidos utilizando recursos de la novela, se sitúa en la cumbre del nuevo periodismo, al que dedicó un libro del mismo título: "Para escribir hace falta el mismo esfuerzo que para informar: el esfuerzo de tener la boca cerrada y escuchar exactamente cómo habla la gente y qué es lo que dice".

Reivindicador de Balzac, Tom Wolfe deslumbra por su agudeza y el estilo literario de su afilada prosa. Si en *La hoguera de las vanidades* retrata al Nue-

va York de los años 80 desde sus cloacas, atravesando a toda velocidad la distancia que separa el dinero y la fama del infierno social, en *Todo un hombre* disecciona la ciudad de Atlanta, capital del estado de Georgia, en donde el conflicto racial reaparece una y otra vez. *Ponche de ácido lisérgico* es un relato de sus viajes como reportero con Ken Kesey y sus Merry Pranksters ("alegres bromistas") mientras difundían el evangelio del LSD en California.

En la corriente de encontrar palabras que, con la claridad del agua o la del cristal, sirvan para describir el cotidiano vivir se sitúa la obra de Joan Didion, quien define su manera de escribir las crónicas que le sirven para hablar de sí misma, sus viajes y reflexiones de esta manera tan directa: "Fui a tal sitio, esto es lo que vi". Nacida en California, ha vivido en Nueva York y trabajado en publicaciones tan célebres como *Vogue*, *Life*, *Esquire*, *The New York Times* o *The New Yorker*. No obstante, ha seguido regresando al edén californiano de su infancia periódicamente, aun cuando cada vez le cuesta más "encontrar" su tierra de nacimiento: "Resulta inquietante preguntarse cuánto de ella fue pura imaginación e improvisación; produce melancolía darse cuenta de que gran parte de los recuerdos que circulan entre la gente no son ciertos, sino meros reflejos de recuerdos ajenos, historias que han circulado por las redes familiares".

Los que sueñan el sueño dorado es una recopilación de sus artículos periodísticos, entre los que se encuentran *Adiós a todo esto*, *Viaje sentimental* o *Caminando hacia Belén*; este último describe su visita en 1967 a San Francisco, centro del movimiento *hippy*, del cual hace el siguiente diagnóstico: "Lo que veíamos era el intento desesperado de un puñado de chicos patéticamente mal preparados de crear una comunidad dentro de un vacío social". *Sur y Oeste. Notas de un cuaderno* recoge el viaje en coche realizado en 1970 por el sur de Estados Unidos junto con su marido, el también escritor John Gregory Dunne, a cuya muerte dedicaría *El año del pensamiento mágico*, un relato sobrecogedor.

Aunque a Gay Talese no le hacía mucha gracia que lo etiquetaran dentro del nuevo periodismo, compartía con los escritores del periodismo narrativo el empleo de la subjetividad en aras de conseguir no una mayor, sino una mejor objetividad, así como la utilización de la ficción para reflejar de forma más precisa la realidad y proporcionar una lectura más gratificante. Según su propia confesión: "Sin falsificar los hechos, mi enfoque periodístico se acercaría al de la ficción y abundaría en detalles íntimos, descripciones del entorno y diálogos, al mismo tiempo que estaría marcado por una íntima identificación con mis personajes y sus conflictos".

Entre su variada producción literaria aquí nos interesa resaltar *Los hijos*, la épica historia de una familia italiana, de origen calabrés, que abarca tres generaciones, dos continentes y dos guerras mundiales. Pero, a través de ella, también se vislumbra la historia de los millones de emigrantes italianos que llegaron a los Estados Unidos en el despertar del siglo XX. La saga se abre con la imagen del mar, metáfora de la emigración al Nuevo Mundo, y aúna el naufragio de un mundo que se desvanece y la esperanza en un futuro lleno de promesas. Talese fue haciendo el libro del mismo modo con el que su padre cosía los trajes: puntada a puntada, siguiendo la costura con precisión.

New York: A serendipiter's journey (cuyo título en español sería algo así como "Paseos de un afortunado") es un recorrido errante a través de los callejones y bulevares de la gran manzana en la década de los años 50. El texto de Galese se acompaña de la fotografía de Marvin Lichtner para ofrecer una imagen distinta de Gotham y mostrar historias tan insólitas como la de los independientes y autosuficientes gatos callejeros, cuya vida diaria nada tiene que ver con la que llevan los gatos de los apartamentos.

Hunter S. Thompson fue el creador de la corriente del nuevo periodismo conocida como "periodismo gonzo", que planteaba eliminar la división entre realidad y ficción, entre objetividad y subjetividad, y en el que el propio reportero se convierte en protagonista y catalizador de la acción: "Me gusta meterme en medio de lo que esté escribiendo, implicarme personalmente lo máximo posible". No es fácil borrar la huella de su provocadora escritura en la retina y en la conciencia del lector: "Lejos de mí la idea de recomendar al lector drogas, alcohol, violencia y demencia. Pero debo confesar que, sin todo esto, yo no sería nada". Hagan la prueba: lean y traten de olvidar *Miedo y Asco en Las Vegas*, el alucinante viaje de Raoul Duke y su abogado Dr. Gonzo a "la ciudad del pecado", o *Los ángeles del infierno*, la sobrecededora experiencia de su convivencia con ese enjambre de "hunos a dos ruedas", los motoristas de calaveras aladas y cazadoras de cuero negro que sembraban el terror por donde quiera que pasaban. Será difícil eliminar su poso, incluso mucho tiempo después.

Elwin Brooks White fue uno de los reporteros de la época dorada de la revista *New Yorker*, en la que comenzó a trabajar a finales de los años 20 del pasado siglo. Sin embargo, sería por encargo de otra revista, *Holidays*, cuando escribiría a mediados de siglo *Esto es Nueva York*, uno de los textos más interesantes escritos sobre la gran metrópoli de nuestro tiempo. En ella explica los rapidísimos cambios que se estaban produciendo en una ciudad inquieta por naturaleza, pero en la que parecía existir un permanente rumor de fondo: "La ciudad es como la poesía: comprime toda la vida, todas las razas y castas, en

una pequeña isla y les añade música y un acompañamiento de motores subterráneos". Y no deja de provocar un escalofrío en el lector su asombrosa premonición del fatídico 11-S: "El cambio más sutil que ha experimentado Nueva York es algo de lo que la gente no habla demasiado pero que está en la imaginación de todos. La ciudad, por vez primera en su larga historia, se ha vuelto vulnerable. Una escuadrilla de aviones poco mayor que una bandada de gansos podría poner fin rápidamente a esta isla de fantasía y quemar las torres, derribar los puentes, convertir los túneles del metro en recintos mortales e incinerar a millones de personas". Dotado de un profundo sentido del humor, Brooks White escribió con un estilo diáfano y preciso una buena gavilla de artículos periodísticos, prosa (no ficción), poesía y ensayo con un firme propósito: "Lo único que espero decir en mis libros es que amo el mundo".

El neoyorquino Paul Zweig exploró la Francia de la década de los años 50 para luego asentarse definitivamente en Estados Unidos como profesor y escritor. Zweig se veía a sí mismo como un judío errante contemporáneo y consideraba que "el arte narrativo surgió de la necesidad de contar una aventura". En *El aventurero* se adentra en historias sobre héroes humanos que, desde la antigüedad, se atrevieron a viajar a tierras míticas, arriesgando sus vidas y trayendo a su regreso relatos del mundo más allá de los hombres, pero también es una reflexión acerca de cómo, a lo largo del tiempo, el aventurero heroico se ha ido "domesticando" y cómo su relato ya no es lo que ha hecho, sino la narración de un "montón de secretos", la mayoría de las veces inservibles. En *Tres viajes* da cuenta de otras tantas partidas: la primera hacia el Sáhara, una experiencia real por desiertos y oasis "más allá de las palabras"; la segunda es un viaje en el tiempo para explorar las fuentes de su "Sáhara interior", y en la tercera va al encuentro con el swami indio Muktananda, en cuya enseñanza creyó haber encontrado el puente para unir pensamiento y experiencia. *Las salidas* es una celebración de la vida y del amor, un relato memorístico conmovedor escrito durante sus años de lucha contra el cáncer ("la vida de los moribundos").

Anne Tyler ha hecho de Baltimore, la ciudad donde reside desde hace medio siglo, su territorio de ficción. Su universo literario es el de la cotidianidad, la aparente insignificancia del diario vivir, plagado de "cosas de la vida" y de alguna que otra rareza que rompen el aparente confort de las gentes, entre las cuales siempre encuentra algún personaje al que convierte en una valiosa perla literaria. Uno de los ejemplos más representativos de su prosa es *El turista accidental*, cuya trama se desarrolla de la siguiente manera: Macon Leary trabaja escribiendo guías de viaje para personas que van de un lado para otro por asuntos de negocios. Para evitar cualquier sorpresa,

Macon necesita escribir con detalle y minuciosidad los diferentes apartados de la guía, lo que le obliga a tener que viajar antes de ponerse a redactar. Tras la pérdida de su hijo adolescente, se sumerge en una crisis de tristeza y melancolía que desemboca en la ruptura con Sarah, su mujer... Pero, justo en ese momento, cuando está a punto de derrumbarse la viga maestra de su rutina, conoce a Muriel, una adiestradora de perros extravagante y jovial con la que entabla una relación que le llevará a recuperar el optimismo y las ganas de vivir. Se trata de una intensa historia de personajes y emociones, que dio origen a la película del mismo título dirigida por Lawrence Kasdan. Para Ignacio Martínez de Pisón, Anne Tyler "consigue obrar el mayor prodigo de la literatura, que no es otro que crear precisamente vida donde en apariencia sólo hay palabras".

Si Baltimore es el territorio literario de Anne Tyler, el sur es el de un grupo de excelentes escritoras. La primera de ellas es Katherine Anne Porter, una maestra del relato corto. Nacida en Texas, viajó mucho por Europa y México, país al que dedicaría una colección de artículos y en los que situaría un buen número de relatos contenidos en sus tres grandes colecciones: *Judas en flor*, *Pálido caballo, pálido jinete* y *La torre inclinada*. Curiosamente, la atención sobre la interesante obra cuentística de Porter se centró fundamentalmente a partir de la publicación de su única novela: *La nave de los locos*, que fue llevada al cine por Stanley Kramer. Se trata de la travesía desde el puerto mexicano de Veracruz hasta la costa de Alemania de un buque trasatlántico en el que viajan una serie de curiosos personajes, entre los que se incluyen un pintor americano y su amante, una compañía de danza española, una pareja de ancianos alemanes acompañados de su bulldog y un bullicioso grupo de estudiantes de medicina cubanos. Basado en el diario que la autora llevó durante un viaje marítimo similar a principios de los años 30, *La nave de los locos* es un retrato de la condición humana en toda su complejidad y, a la vez, la instantánea de un mundo que se dirige al desastre.

A mediados del siglo pasado, Eudora Welty abandonó la fotografía, que había sido su primera profesión (recorrió hasta el último rincón del estado de Misisipi para atrapar los rostros y paisajes de la Gran Depresión en esa zona de los Estados Unidos), y se dedicó por entero a la escritura, aunque su ojo de fotógrafa para enfocar el lugar y el instante preciso en el que está latiendo la historia la acompañó siempre. De sus "revelados" narrativos han salido auténticos clásicos de la moderna literatura americana, como *Boda en el Delta*, *El corazón de los Ponder*, *Las batallas perdidas* o *La hija del optimista*, y un relato autobiográfico: *La palabra heredada*. Muchos de sus cuentos también aparecieron en prestigiosas revistas.

Antes de cumplir los 30 años de edad, Carson McCullers (Lula Carson Smith) ya había escrito tres de sus obras principales: *El corazón es un cazador solitario*, un viaje a las profundidades del alma humana, que se ambienta en una pequeña ciudad sureña; *Reflejos en un ojo dorado*, que transcurre en el microcosmos que proporciona el ambiente enclaustrado de una base militar, y *Frankie y la boda*, en la que sigue abundando en su gusto por los personajes *freaks* y las situaciones supuestamente "torcidas". Doblada la primera mitad del siglo, añadiría la colección de relatos *La balada del café triste*, entre los que se encuentra *El transeúnte*, que comienza así: "Esa mañana, la frontera crepuscular entre el sueño y la vigilia era romana: fuentes salpicando y calles estrechas con arcos. La dorada y pródiga ciudad de flores y piedra pulida por los años. A veces, en su semiinconsciencia estaba otra vez en París, o entre escombros de guerra alemanes, o esquiando en Suiza y en un hotel en la nieve. Algunas veces también era un barbero de Georgia en una madrugada de caza. Era Roma esta mañana, en la región sin tiempo de los sueños./ John Ferris se despertaba en una habitación de un hotel en Nueva York. Tenía la sensación de que algo desagradable le esperaba; qué podría ser, no sabía...". Poco antes de morir, escribiría la autobiografía *Iluminación y fulgor nocturno*, una invitación a visitar su "cuarto interior", y *Reloj sin manecillas*, su última novela.

La literatura sureña tiene en Flannery O'Connor otra de sus mejores representantes. El equilibrio entre la ironía y su acusada dimensión católica, por una parte, y el enorme poder narrativo puesto al servicio de una capacidad de fabulación fuera de lo común, por otra, son las claves principales de una escritura perturbadora e inclasificable, aunque algunos críticos se empeñen en denominarla "realismo grotesco". Aquejada desde muy joven de lupus eritematoso, a los 33 años realizó un viaje por Europa, en el que incluyó una peregrinación a Lourdes, con inmersión en las "aguas milagrosas" de su manantial, aunque más tarde confesaría que, mientras la capuzaban, había rezado por la novela que estaba escribiendo y no por sus huesos, que le importaban menos. Ella siempre mostró una paciencia equiparable a la de Job, todo lo contrario que sus personajes, buscadores permanentes de un sentido que se les escapa por los caminos inescrutables de la divinidad. Como muestra, el cuento *Un hombre bueno es difícil de encontrar*, que da nombre a una de sus colecciones, en el que narra los avatares del siniestro viaje en coche a Florida de una sencilla familia, con una abuela senil, a la que el Desequilibrado, su asesino (un personaje que parece sacado de un guion de los hermanos Coen), define así: "Habría sido una buena mujer, si hubiera tenido a alguien cerca que le disparara cada minuto de su vida".

Joyce Carol Oates es autora de una prolífica y ecléctica obra que, en ocasiones, también firma con los seudónimos de Rosamond Smith o Lauren Kelly. En sus libros, unas veces aparecen recreados lugares ficticios, como el de Eden County, situado en el oeste del estado de Nueva York, mientras que otras veces se ambientan directamente en lugares reales, que van desde los bajos fondos de Detroit y las calles de Búfalo a los apartados bosques de Pensilvania o las Cataratas del Niágara. No obstante, lo que predomina en ella es su personal mirada desde esa ventana indiscreta a la que se asoma para ver un mundo real que supera con creces cualquier ficción. Como la propia Oates trata de defender cuando la entrevistan, o desde las propias páginas de sus libros, puede que social, política y culturalmente sea una escritora realista, pero utiliza técnicas del gótico y del surrealismo para explorar en el interior de la imaginación, porque "la complejidad de una sociedad no es nada comparado con la complejidad del alma humana". Entre sus títulos para recordar: *Carthage*, *Blonde*, *Mujer de barro*, *La hija del sepulturero*, *Ave del paraíso* o *Mágicos, sombríos, impenetrables*.

La irlandesa Maeve Brennan llegó a Estados Unidos siendo todavía adolescente y allí fijó su residencia, aunque dedicó una colección de cuentos a Dublín (*Cuentos dublineses*), su ciudad de nacimiento. Trabajó durante años como cronista del *New Yorker* y escribió, bajo el seudónimo de The Long-Winded Lady ("la señora prolíja") medio centenar de crónicas urbanas sobre Nueva York, "la más confusa, cómica, triste, fría y humana de las ciudades", luego recopiladas en formato de libro: *Crónicas de Nueva York*.

Chloe Ardelia Wofford, conocida en el universo literario como Toni Morrison, no solo ha desempeñado un papel fundamental en la difusión de la literatura afroamericana, sino que ella misma se ha convertido en uno de sus mayores referentes a través de libros como *Sula*, *Paraíso*, *Jazz* o de sus obras más conseguidas: *Beloved*, una buena ocasión para ser o volverse el Otro; *La canción de Salomón*, cuyas páginas nos llevan a un diálogo constante entre la búsqueda de las raíces y el deseo de sobrevivir de la mejor manera posible con las circunstancias que la sociedad impone en cada momento, y *Volver*, en el que un excombatiente de la guerra de Corea vaga a tientas con la carga de no haber podido salvar a dos amigos muertos en combate por un país hostil, pero no dejará caer a su hermana, que se encuentra en graves dificultades y cuyo rescate será también el suyo propio. Según la propia autora, lo que plantean muchos de sus libros es "ese hambre de recordar, de regresar, de buscar a donde uno pertenece".

Cynthia Ozick creció en el Bronx, donde los insultos de los niños le descubrieron su identidad judía. Se siente más cómoda en el territorio de la imaginación ("la ficción es la alegría de poder mentir con entera libertad, sin tener que recibir castigo alguno por ello") que en el de la memoria (aun reconociendo la parte inevitable de esta), como señala en su ensayo *Metáfora y memoria*. Sus cuentos y novelas cuentan la relación (a veces, choque) entre la vieja cultura europea, con su influencia judía, y el pragmático nuevo mundo americano, en busca de una hibridación que pueda ser fructífera. Algunos de sus principales títulos son *Levitación*, *Cuerpos extraños* (particular homenaje al Henry James de *Los embajadores*), *Virilidad*, *La galaxia caníbal* y sus *Cuentos completos*, entre los cuales conviene significar *El chal* y *La rosa*, algunas de las mejores páginas que se hayan escrito sobre la *sohah* y la "adopción indeseada del Otro".

A otro registro, el del movimiento "nature writing", pertenecen la obra de otras dos interesantes autoras: Annie Dillard y Sue Hubbell. En la literatura anglosajona el "nature writing", que hunde sus raíces en David Henry Thoreau (s. XIX) y, un poco más lejos en Gilbert White y William Bertram (s. XVIII), se ha planteado como un ¿género?, caracterizado por una prosa ajena a la ficción y nutrida tanto por información científica y descripciones del mundo natural como por reflexiones personales e incluso autobiográficas, que aspira a vincular emocionalmente al lector con los paisajes y ecosistemas que trata, incidiendo además en la necesidad de su conservación (Antonio Sandoval).

Desde que redactó su tesis doctoral sobre la figura de Thoreau, Annie Dillard ha cultivado casi todos los géneros y simultaneado su labor como escritora con la tarea docente y con la realización de innumerables viajes a los más diversos lugares del mundo. *Una temporada en Tinker Creek* es una especie de diario a lo largo de las distintas estaciones del año que recoge las meditaciones de la autora acerca de nuestra capacidad de observación y de las posibilidades de abrirse a nuevas formas de ver y mirar; lo que Dillard ve lo mezcla con lo que piensa y con lo que siente, con anécdotas que se le presentan en el valle de Roanoke (Virginia) o le vienen a la memoria, y el resultado de todo ello es una exploración de la cotidianidad de la naturaleza, marcada por su silenciosa y constante mutación, así como una lúcida reflexión sobre su esencia ("no puedes separar la belleza de la naturaleza de su残酷和 su violencia") y el azar que rige en última instancia todo lo vivo. *Enseñarle a hablar a una piedra* es una colección de 14 ensayos y relatos de viaje de distinto calado, que van desde expediciones a las regiones polares o la selva ecuatoriana a la simple observación de un ciervo junto a

la casa, pasando por viajes interiores ("regiones del espíritu a las que muy pocos viajeros han llegado") o por misiones tan aparentemente imposibles como enseñar a hablar a una piedra: "El planeta en sí es un peregrino en un espacio sin aire, una bola húmeda arrojada a través de la nada", seguramente un "territorio de exilio austero donde todos estamos de paso".

Influenciada también por las lecturas de Thoreau, la bióloga de formación y bibliotecaria de profesión Sue Hubbell decidió abandonar la sociedad de consumo e instalarse con su marido en una solitaria granja en los bosques de las montañas del Medio Oeste americano. Allí, lejos del mundanal ruido, trata de recomponer su vida (su marido volvió al poco tiempo a la ciudad), contemplando el paisaje que le rodea, su flora y su fauna, viviendo al ritmo de las estaciones y de los descubrimientos que estas le van proporcionando. Fruto de todo ello es *Un año en los bosques*, el libro en el que, al decir del premio Nobel francés J. M. G. Le Clézio, cabe toda la naturaleza: "Durante los últimos doce años he aprendido que los árboles necesitan espacio para crecer, que los coyotes cantan junto al arroyo en enero, que en el roble sólo se puede clavar un clavo cuando está verde, que las abejas saben más que yo sobre la fabricación de miel, que el amor puede convertirse en tristeza y que hay más preguntas que respuestas". En la misma línea de buscar un hogar en la naturaleza se inscribe *Desde la colina*, una recopilación de artículos periodísticos escritos a mitad de los años 70.

En las mismas coordenadas se enmarca la obra de Edward Abbey, guardabosques, ambientalista, filósofo, ícono de la contracultura y pionero de la resistencia activa. Conocido como "el Thoreau del Oeste", hizo suyo el lema del poeta Walt Whitman "resistir mucho, obedecer poco" y desarrolló una obra literaria tan interesante como su personaje, en la que salen a la luz su carácter provocador y su peculiar sentido del humor. Entre sus títulos destaca el ensayo *El solitario del desierto*, lleno de historias y reflexiones, denuncia de los daños causados a la naturaleza por el desarrollo de la tierra o el turismo de masas, y la novela *La banda de la tenaza*, basada en la defensa de la Tierra ("La Tierra primero") y contra la intrusión del desarrollismo industrial y la cultura consumista en el entorno natural.

Uno de los personajes de la novela de Abbey está basado en la figura de Doug Peacock. A su regreso de Vietnam, donde estuvo como "Boina Verde", no logró insertarse en la sociedad civil, por lo que se retiró a una de las zonas más apartadas de los Estados Unidos, allí donde aún habitan los osos grizzly, seguramente los mayores depredadores del continente americano. Con ellos como única compañía en la inmensa soledad de las montañas del

Oeste, Peacock logró abandonar el alcohol y las pesadillas de la guerra, y escribir *Mis años grizzly*.

El árbol es una de las pocas obras de carácter ensayístico del novelista John Fowles (*El coleccionista* y *La mujer del teniente francés...*). Sus páginas exploran las relaciones entre la naturaleza y la creatividad humana y suponen un alegato a favor de la belleza de la naturaleza no modificada por el hombre y, por tanto, de la conservación de la misma. A través de un relato autobiográfico, el autor relaciona con el mundo salvaje asuntos como la ciencia y el arte, las fuentes de inspiración y las claves de la escritura: "Encuentro una clara analogía entre los árboles, los bosques y la prosa de ficción. Todas las novelas son también, de alguna manera, un ejercicio consciente de búsqueda de la libertad".

La combativa en defensa del medio ambiente y de los derechos de las mujeres Terry Tempest Williams ha llevado su activismo desde Alaska a Ruanda, pasando por Nevada, el Lago Salado y la Casa Blanca. Afirma que "la llamada de la naturaleza no es lo que oyes sino lo que sigues", y apostilla que "si perdemos lo salvaje, entonces seremos menos humanos, porque cuando estamos en la naturaleza somos capaces de tocar nuestra humanidad y sentirnos humildes ante su magnificencia". Es autora de *Refugio*, su libro más conocido, un cruce de memorias e historia natural escrito con una prosa que parece influenciada por la aridez del paisaje de Utah, que lleva impregnado en su retina. También ha publicado, entre otros, los libros ilustrados *Piezas de concha blanca: un viaje a la tierra de los Navajos*, *Cañón del Coyote* y *Cuarteto del desierto: un paisaje erótico*, así como la colección de ensayos *La hora de la tierra: una topografía personal de los parques nacionales de Estados Unidos*, a los cuales define como "espacios donde respirar para una sociedad que cada vez contiene más el aliento". Como ejemplo de su prosa, valga esta descripción acerca del Parque Nacional Big Bend: "El barro agrietado es la violencia de las olas de calor que se hacen visibles", o esta otra sobre Alcatraz, la isla atormentada por una oscura historia, que "puedes escuchar en los implacables gritos de las gaviotas".

Hijo de inmigrantes escandinavos, Wallace Stegner dice en su autobiografía, *Wolf Willow*, que vivió en veinte sitios distintos de ocho estados norteamericanos y Canadá. Apasionado del oeste y de la vida al aire libre, Stegner compaginó la docencia y su actividad literaria con su activismo en defensa de la naturaleza. Aunque su fama la alcanzó como novelista, también es autor de una amplia obra que abarca títulos de ficción, historia, biografía y ensayo. Sus obras más importantes son: *Ángulo de reposo*, un viaje sin

rumbo hacia el lejano oeste que encuentra su final en ese punto en el que "un hombre y una mujer, finalmente, se rinden" (en realidad, es una novela sobre la historia del oeste americano basada en la correspondencia de la autora e ilustradora Mary Hallock Foote); *El pájaro espectador* es la narración de la vuelta a los diarios que Joe Allston, un antiguo agente literario, escribió veinte años atrás, durante los meses que pasó en Dinamarca para conocer el país de donde procedía su familia (la vuelta a los diarios se produce cuando Ruth, su mujer, le pide que cada noche lea un fragmento), y *En lugar seguro*, una profunda reflexión acerca del amor y la amistad al tiempo que un canto a la naturaleza y la vida.

La obra de Barry López abarca tanto la ficción como la no ficción, donde trata cómo el paisaje puede moldear nuestra imaginación, nuestros sueños y nuestros deseos, y la manera de relacionarse cultura y paisaje. Sus títulos más representativos son *Sueños árticos*, una apasionada y apasionante visión del paisaje de hielo que es hogar de millones de animales y personas, escenario de migraciones masivas por tierra, mar y aire y lugar de llegada de épicos viajes exploratorios; *De lobos y hombres* donde muestra la difícil relación entre el lobo y el hombre supuestamente civilizado a lo largo de los siglos, así como el lugar protagonista de este animal en nuestro imaginario, mediante una abundante selección de textos literarios, historia, ciencia, mitología y de su propia experiencia personal que le lleva a afirmar: "La mirada del lobo lee en tu alma", y *Acerca de esta vida: viajes en el umbral de la memoria*. En su última publicación, *Horizontes*, Barry sumerge al lector en sus viajes a distintas regiones del mundo: desde el oeste de Oregón hasta el Ártico, desde las Galápagos hasta el desierto de Kenia, desde Botany Bay, en Australia, hasta las plataformas de hielo de la Antártida, y mientras lo hace va contando las exploraciones y viajes de búsqueda de la humanidad desde la prehistoria a nuestros días.

A arrojar luz sobre la realidad del lobo a través de la observación de campo y no desde el prejuicio, la fábula o la leyenda se encarga Farley Mowat, naturalista de sólida formación científica, defensor de la naturaleza al margen de las trampas de la burocracia y narrador nada desdeñable. Autor de más de 40 libros, alcanzó la fama tras la publicación en los años 60 de *Never Cry Wolf*, editada en español como *Los lobos también lloran*, donde cuenta la historia de un biólogo, la suya propia, que es enviado a vivir entre los lobos en el norte de Canadá con la misión de averiguar la verdad sobre la supuesta responsabilidad de dichos animales en la alarmante disminución de la caza mayor. Mowat observa a los lobos, escucha y aprende de los nativos americanos que conviven con ellos y saca sus propias conclusiones.

La bióloga, escritora y divulgadora científica Rachel Carson es una de esas excepcionales científicas-escritoras capaces de unir la imaginación de la ciencia con la precisión de la poesía. Sin duda, en su manera de escribir habían influido sus lecturas juveniles de Herman Melville, Jack London, Joseph Conrad y Charles Darwin. Carson es la autora de la impactante *La primavera silenciosa*, aparecida a principios de los años 60, donde denunciaba, por una parte, el uso irresponsable de los pesticidas químicos, en especial de ese "elixir de la muerte" que resultaba ser el DDT: "Se los ha hallado en peces de remotos lagos de montaña, en lombrices de tierra que excavan en el suelo, en los huevos de aves (...) y en el propio hombre"; por otra, el ineludible compromiso que la sociedad tenía respecto a las generaciones posteriores: "La amenaza es infinitamente mayor para las próximas generaciones, aquellas que no tienen voz en las decisiones de hoy, y ese hecho por sí solo hace que tengamos una pesada responsabilidad" (¡que actual nos resulta todo ello con tan solo sustituir la palabra "pesticidas" o "plaguicidas" por "microplásticos"!). Para entonces ya había publicado *El mar que nos rodea* y *El sentido del asombro*, dando muestras de su capacidad para escribir de temas científicos con rigor y amenidad.

La lucha por la supervivencia de un escritor judío y otro afroamericano en los Estados Unidos de la década de 1950 es el hilo conductor de *Los inquilinos*, el retrato de la sociedad de su país que hace uno de los principales exponentes de la literatura judía en Norteamérica: Bernard Malamud, nacido en el neoyorkino barrio de Brooklyn, mientras que *Una nueva vida*, que narra las dificultades de un neoyorquino para adaptarse a vivir en Cascadia, un ficticio estado del Oeste de los Estados Unidos, es la más autobiográfica de sus novelas. No obstante, su obra más reconocida es *El reparador* (*El hombre de Kiev*, en su título original en inglés), un intenso relato sobre cómo la idea de libertad crece en la conciencia de un judío sometido a una terrible injusticia en la época de la Rusia zarista: "Uno no puede permanecer sentado, presenciando su propia destrucción".

Autor de obras tan emblemáticas como *La canción del verdugo*, *Los tipos duros nunca bailan* y *El Evangelio según el hijo*, Norman Mailer también nació y creció en las calles de Brooklyn y ha sido, además de novelista, marine en la Segunda Guerra Mundial (formó parte del contingente de tropas que tomó Japón), guionista de Hollywood, periodista, ensayista y activista político, especialmente contra la política belicista de Estados Unidos. Mailer se convirtió en un clásico ya a los 26 años cuando publicó *Los desnudos y los muertos*, su gran novela sobre la última Guerra Mundial, que cuenta la historia de una patrulla de jóvenes soldados (un microcosmos de la sociedad americana),

destacados en un pequeño islote del Pacífico, que viven permanentemente abocados a un heroísmo sin sentido y desnudos ante la muerte por las misiones tan peligrosas que se ven obligados a realizar, al tiempo que cuestionan las verdades del pasado y la vigencia de los ideales americanos. En 1973 viajó hasta Kinshasa (El Congo) para presenciar el fenomenal combate de boxeo entre Mohamed Ali y George Foreman, y la crónica que escribió del mismo ha quedado como una de las leyendas del periodismo deportivo, mientras que en *Las noches de la antigüedad* Mailer viaja imaginariamente al antiguo Egipto a través de las "cuatro vidas" y el vagabundeo de Menenhetep.

Muchas de las obras de Philip Roth reflejan los problemas de asimilación e identidad de los judíos de Estados Unidos, como ya se ponen de manifiesto en las tempranas *Goodbye, Columbus* y *El mal de Portnoy*, aunque su legado literario va mucho más lejos. Su trilogía americana está compuesta por las novelas *Pastoral americana*, la antítesis del "sueño americano", *Me casé con un comunista* y *La mancha humana*. A partir de la creación del personaje del mismo nombre, Roth se manifestó en no pocas ocasiones a través de su *alter ego* Nathan Zuckerman, a quien hace viajar a la Checoslovaquia de los años 70 en busca de un manuscrito yidis en *La orgía de Praga* y a Israel e Inglaterra en *La contravida*. En *Operación Shylock* es el propio Philip Roth quien viaja a Israel, en donde asiste al juicio de un miembro de las SS, se ve involucrado en una operación del Mosad y descubre a un hombre que se hace pasar por él para promover el "diasporismo", ideología contraria al sionismo. *El teatro del Sabbath* muestra las andanzas de un titiritero sexagenario en permanente indignación contra el mundo.

Próximo a Philip Roth se sitúa Saul Bellow, escritor nacido en Canadá en el seno de una familia judía de origen ruso, pero criado en Chicago, ciudad que se sitúa como un claro referente en su producción literaria ("Soy un hombre de la ciudad"). Durante la Segunda Guerra Mundial, Bellow sirvió en la marina mercante y, tras la guerra, fue profesor en las universidades de Minnesota, Nueva York, Princeton y Puerto Rico. En los años 50, Bellow vivió durante un tiempo en Europa como becado de la Fundación Guggenheim y fue en París donde compuso *Las aventuras de Augie March*, relato libremente estructurado sobre un pícaro de carácter débil que se mueve entre los desheredados de la América posterior a la Depresión de 1929. A principios de los 70 escribiría *El planeta de Mr. Sammler*, cuyo protagonista es un intelectual educado en la filosofía y la literatura occidentales, superviviente del Holocausto, que pasea por las calles del West Side neoyorquino, prestando la misma atención a los carteristas de autobús que a las teorías más o menos utópicas o apocalípticas generadas por la llegada del hombre a la Luna. Y en sus interminables

bles paseos por la ciudad, caótica y siempre cambiante, Sammler recuerda los horrores de un pasado no tan lejano, reflexiona sobre la locura del presente y se pregunta sobre un futuro incierto. Poco tiempo después, pero antes de que le concedieran el Premio Nobel, vendrían sus dos grandes creaciones, en las que despliega una prosa enérgica, conjugando con destreza lo sublime con lo absurdo: *Herzog*, crónica de un auténtico superviviente tanto de sus desastres domésticos como del paso de los años, o *El legado de Humboldt*, una crítica cargada de inventiva de la literatura actual. En *Ida y vuelta a Jerusalén*, se sumerge en la cultura y los paisajes de este pequeño estado "en crisis permanente", mientras que muchos de sus apuntes de viaje están recogidos en *Todo cuenta. Del pasado remoto al futuro incierto*.

Bellow saca a relucir su humor hilarante en la insólita *Henderson, el rey de la lluvia*: un millonario norteamericano, de mediana edad y fuerza descomunal, decide aventurarse en el África profunda, con la ayuda de un guía, y buscar una nueva vida en medio de alguna tribu primitiva. Sus hazañas nada corrientes, su empática ingenuidad y su pasión por la vida le granjearán la admiración de los indígenas, pero será su don para hacer llover, incluso de forma involuntaria, lo que lo convertirá en un auténtico chamán. Una historia contada de forma desternillante, que mueve frecuentemente a la sonrisa y, de vez en cuando, a la carcajada.

El inicio de la carrera literaria de Paul Auster está marcado por su primer viaje a Europa, cuando solo tenía 18 años. El dinero que había ido ahorrando desde niño le permitió comprar un billete de barco y pasarse dos meses y medio viajando por Francia, Italia, España e Irlanda: "Era la época de Europa por cinco dólares diarios y si uno vigilaba bien sus fondos, esa cantidad alcanzaba perfectamente". A pesar de tener "encuentros extraordinarios", la mayor parte del tiempo la pasó solo, "a veces excesivamente solo, solo hasta el punto de oír voces dentro de mi cabeza", recorriendo en caminatas incansables las calles de las ciudades, que se llegaron a convertir "en un mapa de mi territorio interior". Una vez acabados sus estudios universitarios, logró enrolarse en el *Esso Florence*, un viejo petrolero, que cargaba y descargaba petróleo por el golfo de México, lo que le permitió conocer un buen catálogo de locales sórdidos, tascas sombrías y personajes rufianescos, recordados en algunos de sus textos: "No podría explicar lo que logré en esos meses, pero al mismo tiempo estoy seguro de que no fracasé". Después de su experiencia marinera, se instaló en París durante varios años, viviendo de las traducciones, las clases de inglés y de algún trabajo como negro literario. A mediados de los años 70, se instaló definitivamente en Estados Unidos, haciendo de Nueva York el referente principal de sus

obras. En este sentido, son especialmente significativas: *Trilogía de Nueva York*, una reinvención del género policíaco donde la trama detectivesca y las sorpresas del azar sirven para plantear al lector un fascinante juego de espejos y hacerle sentir la extraña sensación de estar vivo sobre el escenario de fondo de la gran ciudad; *Brooklyn Follies*, un emotivo homenaje al Brooklyn de antes del 11-S y a sus habitantes, y *Sunset Park*, el barrio de mayoría hispana y china, donde calles y plazas son un auténtico hervidero.

En el universo de Paul Auster el azar y las casualidades o contingencias gobiernan el mundo ("algo acontece y desde ese momento ya nada vuelve a ser lo mismo"). También aparecen otros temas recurrentes del autor: las dificultades que plantea la existencia, con la muerte, el amor y las circunstancias económicas, la soledad del individuo en las grandes ciudades, la mezcla entre realidad y ficción, el continuo entre vida y literatura... El hilo argumental es lo de menos, lo importante es la sucesión de los hechos ("una cosa lleva a otra"). El autor de obras como *Leviatán*, *El libro de las ilusiones* y *El palacio de la luna* ha aprendido de Kafka la naturalidad para romper el límite entre la realidad y la ficción, y de Beckett el escepticismo del escritor ante la imposibilidad de reflejar la verdad y la otredad de los personajes. Es lo que acontece con *La música del azar*, cuya primera parte transcurre por el territorio de la "novela de carretera" (narrá el vagabundeo por América de Jim Nashe a bordo de su Saab rojo), y la segunda, por el inquietante dominio de la "novela gótica" (el texto se construye sobre una singular partida de póquer en la que ha de participar Nashe).

En *Tombuctú*, Paul Auster sumerge al lector en la relación de Willy Christmas, un poeta errante, excéntrico superviviente de las revoluciones de los años 60 convertido en vagamundo, y Míster Bones, un perro callejero que ha convivido desde que era un cachorro con Willy. Juntos han recorrido América, han sobrevivido a duros inviernos en Brooklyn y han vuelto a salir a la carretera con la llegada del buen tiempo. Y ahora están en Baltimore, viviendo la que quizá sea su última aventura en común. Desde hace días Willy presiente que está llegando al final del camino, y antes de dirigirse a ese otro mundo (*Tombuctú*) quiere encontrar a la profesora del instituto que le abrió las puertas de la poesía, para confiarle lo único que le importa en la vida: sus setenta y cuatro cuadernos de poemas y al leal Míster Bones.

Entre los escritores nacidos fuera de los Estados Unidos y nacionalizados norteamericanos la figura de Vladimir Nabokov adquiere un valor singular: "Soy tan americano como el otoño en Arizona". Llegó al país que recorrería de punta (este) a cabo (oeste) persiguiendo mariposas en 1940, procedente de

Francia y huyendo de los horrores de la Segunda Guerra Mundial, "en medio de la bruma color lila de una mañana de mayo". Previamente había huido de la Rusia comunista y había vivido en Alemania e Inglaterra. Aunque había escrito sus primeras obras literarias en ruso, el grueso de su producción literaria lo escribió en inglés. Su novela más conocida, *Lolita*, es un retrato de la sociedad estadounidense de posguerra a través de la metáfora del viaje ("cultura del motel"), cuya trama descubre la atracción perversa y obsesiva de un hombre maduro, Humbert Humbert, por la adolescente Lolita.

No obstante, el tema viajero también está presente en muchos de sus relatos: *Regreso de Chorb*, donde Nabokov muestra al lector el recorrido inverso de un viaje de bodas; *Nube, castillo, lago*, historia de un empleado que, en el transcurso de un viaje con el que ha sido premiado, descubre el "paraíso terrenal" en el que quiere vivir para siempre, aunque se lo impedirán sus "simpáticos" compañeros de viaje; *Una carta que nunca llegó a Rusia*, que finaliza así: "Mientras deambulo por las calles y plazas y por los caminos junto al canal, sintiendo distraído los labios de la humedad a través de mis suelas gastadas, llevo orgulloso sobre los hombros mi inefable felicidad (...), todo pasará, pero mi felicidad, mi amor, mi felicidad permanecerá, en el reflejo húmedo de una farola, en la curva precavida de los escalones de piedra que descienden hasta las aguas negras del canal, en la sonrisa de una pareja que baila, en todo aquello con lo que Dios tan generosamente circunda la soledad humana"); *La primavera en Fialta*: "La primavera en Fialta es brumosa y apagada. Todo está húmedo: los troncos descoloridos de los plátanos, los enebros, las vallas, la arena (...). El aire es plácido y tibio, con un ligero olor a quemado. El mar, con su sal sumergida en una solución de lluvia, es más gris que glauco y con las olas demasiado perezosas para romperse en espuma"; *Una belleza rusa* da título a una colección de cuentos en su mayoría referidos a los exiliados rusos en el Berlín entre guerras, entre ellos Olga, una pálida belleza, que arrastra su melancolía por las calles de la ciudad. El viaje y las impresiones sensoriales llenas de plasticidad también están presentes en las obras de tono autobiográfico: *Las otras orillas* y *Habla memoria*. Nabokov que, además de escritor fue un apreciable entomólogo, pasó los últimos años de su vida en Suiza, junto a Vera, su mujer.

Robert M. Pirsig alcanzó cierta notoriedad a mediados de los años 70 con su obra *Zen y el arte del mantenimiento de la motocicleta: Una indagación sobre los valores*, donde esboza su "metafísica de la calidad". En forma de historia autobiográfica, relata el viaje en motocicleta a través de América del Norte con su hijo. A principios de los 90, escribiría su continuación, *Lila*:

Una indagación sobre la moral, que parece más un tratado de filosofía con un engarce novelesco: la navegación que realiza río Hudson abajo, Fedro, un *alter ego* del autor, y su encuentro con una serie de personajes de lo más diverso, entre los que destaca la singular Lila.

En este breve repaso al viaje en la literatura norteamericana de posguerra no puede faltar la texana Patricia Highsmith (Mary Patricia Plangman), una viajera impenitente durante toda su vida. No solamente residió en Estados Unidos, México, Inglaterra, Francia y Suiza, sino que se desplazó a cada uno de los lugares en los que se desarrollan sus libros. Y fueron muchos, aunque a veces son reflejo de sus propias mudanzas. Está considerada como una de las más importantes autoras de novela negra y misterio del siglo XX desde que escribiera *Extraños en un tren*, llevada al cine por Alfred Hitchcock con guion adaptado de Raymond Chandler. Fue la creadora del famoso personaje de Míster Ripley, al que dedicó varias novelas, algunas de las cuales acabaron también en las pantallas cinematográficas.

Por su parte, la cuentista Alice Munro, nacida como Alice Anne Laidlaw en la región de Ontario (Canadá), en la que se sitúan muchas de sus historias literarias, solo necesita el horizonte de este rincón familiar para analizar y describir de la manera más completa posible la condición humana, los trajes del vivir cotidiano y sus paradojas. Los relatos de Munro se caracterizan por su verosimilitud, por su estilo chejoviano, aunque matizado por otras diversas influencias, por los detalles reveladores que iluminan o dan sentido a un acontecimiento y por sus continuas variaciones. A Munro hay que leerla despacio y con mucha atención, porque todo cuenta en el fluir de sus historias, en las que, al descubrir a los otros, nos descubrimos a nosotros mismos.

La vista desde Castle Rock es una colección de relatos en los que Alice Munro reconstruye la historia ficcional de su familia. Un niño es llevado a Castle Rock en Edimburgo, donde su padre le asegura que en un día de buena visibilidad se ve América, y él alcanza a ver el sueño de su padre. El cuento *Demasiada felicidad* trata de Sophia Kovalevsky, una matemática rusa que vivió a finales del siglo XIX, en su largo peregrinaje en busca de una universidad que admitiera a mujeres como profesoras, al tiempo que va desgranando su decepcionante relación amorosa.

En la otra orilla del Atlántico destaca la figura de Robert Graves, a quien Javier Reverte describe como "un poeta británico al que se le antojó rebautizarse mediterráneo en las soledades de Mallorca", pues no en vano se pasó

la mayor parte de su vida en Deià, un pequeño pueblo de la sierra mallorquina. Sin embargo, la escritura de Graves abarca también otras varias facetas, además de la de poeta, destacando sus ensayos sobre la mitología griega y hebrea y sus novelas históricas, algunas de ellas ampliamente conocidas, como es el caso de *Yo, Claudio, Rey Jesús* y *El vellocino de oro*. Esta última es una auténtica joya para todos aquellos aficionados a la mitología griega que quieran ahondar en la comprensión del género del que bebe directa o indirectamente toda la literatura moderna. Aunque para el lector actual el relato mitológico entra en el género ficcional, para los antiguos griegos y romanos la expedición de los Argonautas era una historia verdadera, de la que se conocía hasta la fecha en la que se había realizado el viaje: 1225 a. C.

Según confesión propia, Graham Greene tenía una cierta necesidad de huída de forma permanente, lo que le llevaba tanto a viajar como a escribir y, a veces, a viajar para escribir. El escritor granadino Justo Navarro considera que "Greene usó el viaje como mesa de trabajo. Compartió con sus personajes una especie de soledad invencible, de incomodidad vital, moral, que lo impulsaba a moverse, a cambiar de postura". Buen conocedor de los recovecos de la condición humana, sus textos muestran una engañosa simplicidad, detrás de la cual se esconden el dominio de la técnica narrativa y un laborioso trabajo de creación. Situó las historias de sus novelas en escenarios de las más diversas latitudes: *El factor humano* (Sudáfrica), *El tercer hombre* (Viena), *El americano impasible* (Vietnam), *El poder y la gloria* (Chiapas), *Nuestro hombre en La Habana* (la Cuba de Batista), *El cónsul honorario* (norte de Argentina), *Monseñor Quijote* (España), etc.

Su primera gran exploración viajera la emprendió en Sierra Leona y Liberia en 1934. A la vuelta escribió *Viaje sin mapas* y, a partir de ese momento, no dejó de recibir encargos de editoriales y periódicos, como el de las crónicas periodísticas que dieron vida a *Caminos sin ley*, retrato de un México zaran-deado por la explotación petrolera. Luego volvería a África (Kenia, El Congo...), recorrería Malasia, Indochina, China y Hong Kong, viajaría a Centroamérica y atravesaría América del Sur. De sus días trabajando para el Servicio Secreto británico durante la Segunda Guerra Mundial le quedó la obsesión por el espionaje: "Todo novelista tiene algo en común con un espía: vigila, escucha, busca motivaciones, analiza a los individuos y, en su afán por servir a la literatura, carece de escrúpulos", aunque en sus tramas suele aparecer, en mayor o menor dosis, una fina ironía y un humor un tanto socarrón, como puede comprobarse en *Viajes con mi tía* o en este pequeño autorretrato contenido en *Un caso acabado*: "El pasajero escribió en su diario una parodia de Descartes: estoy incómodo, luego existo".

Con las novelas de espionaje del galés Gordon Thomas se puede recorrer el mundo. *El viaje de los malditos*, escrito con la colaboración de Max Morgan-Witts, da cuenta de la terrible odisea del buque *St Louis*, que zarpó de Hamburgo en mayo del 1939, llevando 937 judíos que creían haber comprado visados de entrada en Cuba, cuyo gobierno les anuncia que no los piensa acoger, como tampoco lo hacen los gobiernos de Estados Unidos y Canadá. El barco debe de volver entonces a las costas de Europa, pero el capitán recibe una carta firmada por 200 pasajeros que dicen que están dispuestos a suicidarse en caso de regresar a la Alemania nazi.

Si con Thomas se puede recorrer el mundo, con Patrick O'Brian, especializado en novela histórica, se pueden surcar los mares, aunque el tiempo en el que nos invita a hacerlo es el de la época del almirante Nelson, siguiendo las aventuras navales del capitán Jack Aubrey y del espía y cirujano Stephen Maturin. Al margen de una veintena de novelas dedicadas a ambos protagonistas, O'Brian también es autor de *Hussein, el nahut*, donde plantea un apasionante recorrido por la India y un inolvidable viaje interior a lo más delicado del corazón humano de la mano de un joven guía de elefantes. Por su parte, Cecil Scott Forester, además de *La reina de África*, es el creador de otro personaje de los tiempos de las guerras napoleónicas, el de Hornblower, "el hidalgo de los mares" (fue llevado al cine por Raoul Walsh), protagonista de una serie de doce novelas.

Buena parte de la obra de Lawrence Durrell está ambientada en el Mediterráneo, un espacio geográfico que el autor del *Cuarteto de Alejandría*, su novela más conocida, reinventa hasta hacerlo suyo. En su huida constante de Inglaterra, Corfú fue el primer destino (mediados de los años 30). Después vendrían Atenas, El Cairo, Alejandría, Rodas, Córdoba (Argentina), Belgrado y vuelta al Mediterráneo, tras pasar por Chipre y recalcar definitivamente a finales de los años 50 en Sommières, un pequeño pueblo del antiguo Languedoc, al sur de Francia.

En los años previos a la Gran Guerra, Lawrence vivió con su familia en la isla griega de Corfú. Allí, arropado por la bondad del mar y del paisaje, descubre *Trópico de Cáncer* y comienza una interesante relación epistolar con Henry Miller, escribe *El libro negro*, la novela que lo consagraría como escritor, y *La celda de Próspero*, un evocador diario repleto de imágenes y reflexiones sobre la isla, sus habitantes y los amigos que le acompañan. La obra pertenece a la trilogía mediterránea que el autor británico dedicó a las islas del Mediterráneo, y que completan *Limones amargos*, sobre el convulso Chipre de los años 50, y *Reflexiones sobre una venus marina*, que trata de Rodas.

También es autor de *Las islas griegas*, *Carrusel siciliano* y *Visión de Provenza*, su último libro, en el que describe su intensa relación durante las últimas décadas de su vida con esta región por la que asegura que todavía planea el fantasma de César: "Zigzagueando por esas largas y polvorrientas carreteras, entre bosquecillos de olivos, bajo túneles temblorosos de hojas verdes, llegué, sumergiéndome de penumbra en penumbra, sintiendo ese helado contraste entre el sol resplandeciente y la oscuridad bajo los plátanos agitados, saltando como trucha en los rápidos de un estanque de sombras al siguiente (...). Provenza es una bella metáfora nacida de la impaciencia de César con un corredor geográfico en el que se amontonaban ruinas de un centenar de culturas".

Lawrence fue el mayor y Gerald el menor –pero el más grande, según su madre– de los cuatro hermanos Durrell. Cuando su familia se instaló en Corfú, después de residir en distintos lugares de Europa, Lawrence tenía 23 años y Gerald apenas contaba 10 años de edad. Allí, el pequeño Gerald desarrolló su pasión por los animales, que le llevaría a escribir historias llenas de naturaleza, ternura y el más puro humor británico; también a contemplar la vida y a observar a los seres humanos con la mirada del buen zoólogo. *Mi familia y otros animales*, *Bichos y demás parientes* y *El jardín de los dioses* componen la divertida trilogía en la que Gerald Durrell rememora su estancia en la isla de Corfú durante los años anteriores a la Segunda Guerra Mundial. La atenta observación de la fauna del territorio, la colorista descripción de los paisajes, la singular semblanza de personajes estrañafarios y el humorístico relato de anécdotas tienen como telón de fondo el emocionado recuerdo de una infancia y adolescencia libérrimas en un lugar paradisíaco, con el campo y el mar como escuela, y en la que vivir significaba estar abierto cada día a lo inesperado.

Laurence Edward Alan, Laurie Lee, fue un escritor neorromántico británico, fascinado desde su juventud por España. Su más famoso trabajo fue una autobiografía publicada como trilogía: *Sidra con Rosie*, *Una mañana de verano* y *Un instante en la Guerra*. El primer volumen relata su infancia en la campiña inglesa, cuya lectura sería incorporada al programa escolar de los niños británicos; el segundo recorre su estancia en Londres, la ciudad de "misterio, promesa y oportunidad", y su viaje a nuestro país, al que llegó en el verano de 1935 cargado con su violín y con los bolsillos vacíos, atravesándolo desde Vigo hasta Almuñécar, pueblo en el que decidió instalarse finalmente y donde vivió la victoria del Frente Popular en las elecciones de febrero del 36 y el estallido de la guerra unos meses después; el tercero cuenta el regreso a España para combatir con las Brigadas Internacionales

en la Guerra incivil ese trágico episodio de la vida española, en el que parecía adquirir rango de precepto el "mata a tu prójimo como a ti mismo". Años más tarde, el escritor no pudo resistir su amor por España, especialmente a Granada ("un paraíso africano bajo las sierras como una rosa resguardada en la nieve") y su costa tropical, y decidió volver en 1952. El resultado fue el libro *Una rosa para el invierno*.

Una de las propuestas más interesantes del último medio siglo es la del grupo de novelistas británicos que, nacidos en los años siguientes a la Segunda Guerra Mundial, comenzaron a alumbrar durante las décadas de los 70 y 80 una obra literaria que llega hasta nuestros días como referente de la ficción contemporánea, alterando y mezclando los modelos narrativos tradicionales. Entre ellos se encuentran los conocidos como "Generación Granta", ya que fueron seleccionados en la famosa primera lista de renovadores literarios en lengua inglesa realizada por dicha revista: Julian Barnes, Martin Amis, Ian McEwan, Graham Swift, William Boyd, Kazuo Ishiguro, Salman Rusdhie... A ellos se unieron poco después otros escritores, como Hanif Kureishi, Iain Banks, Tibor Fisher... Todos ellos están muy viajados, aunque no puede decirse que hayan prestado demasiada atención al género viajero para construir sus ficciones acerca de las verdades más profundas: "todo escritor sabe que la verdad está en la ficción", sentencia Martin Amis.

En la literatura de Amis uno puede sentir el jadeante respirar del enrarecido mundo de nuestros días. Un buen ejemplo de ello es el satírico *Dinero*, novela que cuenta el proceso autodestructivo de John Self, un publicista tan exitoso como neurótico, cuya vida se mueve como un péndulo entre Londres y Nueva York, las dos ciudades centrales de la cultura económica occidental del fin de siglo. Ambas ciudades vuelven a ser lugares principales en *Mar gruesa*, una colección de nueve relatos que distorsionan hasta volver del revés la realidad. Por su parte, *Experiencia* es un recorrido autobiográfico con continuas idas y venidas temáticas, entre ellas sus viajes a España (Mallorca, Ronda), cuyas descripciones caen por momentos en el tópico de lo español.

Julian Barnes se vale de un estilo híbrido de no ficción, fabulación y memorias al uso para contar las más dispares y emocionantes historias. Así, en *Una historia del mundo contada en diez capítulos y medio*, la mezcla de narraciones ficticias e históricas le brinda a Barnes la oportunidad de cuestionar nuestras ideas de la historia, nuestra interpretación de los hechos y nuestra búsqueda de respuestas: "La historia no es lo que pasó. La historia

es justo lo que nos dicen los historiadores". La que aquí nos cuenta Julian Barnes comienza con el arca de Noé y termina en el Paraíso. En medio: la balsa de la Medusa; el *Saint Louis*, con el casi millar de judíos expulsados de Alemania y sin un puerto en el que atracar; la barquita en la que se hace a la mar una australiana convencida de que el mundo ha sido arrasado por la guerra atómica, y hasta la nave espacial de un astronauta que encuentra a Dios en los espacios.

Además de *Una historia del mundo...*, otras dos obras de Barnes merecen la pena ser reseñadas con mirada viajera. Convencido de que en la actualidad Inglaterra no es más que una cáscara vacía de sí misma, Jack Pitman, un magnate mezcla de Rupert Murdoch, Robert Maxwell y Mohamed Al Fayed, está dispuesto a recrear la vieja Inglaterra con sus valores tradicionales ("las cincuenta quintaesencias de la britanidad") y emprende en la isla de Wight la construcción de una especie de parque temático que recrea una "Inglaterra Inglaterra", el concentrado que contenga todos los lugares, todos los mitos, todas las esencias, incluso todos los tópicos de lo inglés; en definitiva, una Inglaterra mucho más eficaz y rentable. *Inglaterra, Inglaterra* no es solo una divertida sátira sobre la vieja Albión, sino también una exploración de cómo vivimos de, en y por la ilusión en un mundo cada vez más irreal.

Otro libro a considerar es *Niveles de vida*. El autor de *El loto de Flaubert* medita sobre los altibajos de la vida y la memoria del dolor, utilizando la experiencia de algunos pioneros de los viajes en globo ("globonoicos" o "nuevos argonautas"), el primero de los cuales fue el físico Jacques Charles a finales de 1783: "Cuando sentí que me alejaba de la tierra, mi reacción no fue de placer, sino de felicidad. Fue un sentimiento moral. Me oía vivir, por así decirlo". En la primera parte Barnes relata el viaje llevado a cabo por el aventurero coronel Fred Burnaby (autor de *Un viaje a Khiva*), que sentía ensanchársele el ánimo, la legendaria actriz Sarah Bernhardt, que encuentra que por encima de las nubes "no hay silencio, sino la sombra del silencio", y el célebre fotógrafo Félix Tournachon –Nadar–, quien dice sentirse en las alturas "como si viviese por primera vez", sintiendo "con qué facilidad se disipan la indiferencia, el desprecio, la desmemoria... y surge el perdón", y aspirando a ser con sus fotografías aéreas "el ojo de Dios". En la segunda parte aborda el imaginario romance entre la actriz y el coronel, un militar y viajero infatigable que acabó sus días camino de Jartum: "... el amor es el punto de encuentro entre la verdad y la magia. La verdad, como en la fotografía; la magia, como en los globos aerostáticos". En la tercera parte, verdaderamente autobiográfica, se centra en el sentimiento de aflicción del

autor por la pérdida de un ser querido, su esposa: "Los afligidos no están deprimidos, sino sólo debida, adecuada, matemáticamente tristes". Y estas historias, aparentemente inconexas, acaban mostrando una interesante correlación, como ya se adelanta al comienzo de la novela: "Juntas dos cosas que no se habían juntado antes. Y el mundo cambia".

Para Graham Swift, autor de la interesante *El país del agua*: "Todos tenemos un día que nos marca, que irá ligado a nuestra vida, ese que es la semilla de nuestro futuro (...). Hay días que contienen toda una vida". En *Fuera de este mundo*, Swift, a través de un fotógrafo de guerra que ha recorrido el planeta entero, pone al lector ante el dilema de cómo plantearse la visión del mundo, si como un mero espectador o como una de las víctimas de un conflicto bélico, con toda la carga de dolor que eso conlleva. El escritor londinense cuenta en *Últimos tragos* el día en el que cuatro amigos se reúnen en Londres para viajar juntos hasta Margate, una localidad situada a unos 100 kilómetros, para cumplir la última voluntad de otro compañero y esparcir sus cenizas en el mar; durante el viaje la historia de cada uno de ellos se entrelaza con la de los demás e irá componiendo una narración llena de goces y desdichas, de amores y rencores, que no es otra cosa que el difuso sentido de la vida, con sus momentos de felicidad e infelicidad.

Otra muerte, la de la seductora Molly Lane, amante de cuatro personas muy diferentes (un músico, un periodista, un político y su multimillonario marido) que asisten a su entierro en Londres un día extraordinariamente frío, es el desencadenante de *Ámsterdam*, una irónica fábula de la sociedad europea de los años 60, de título algo equívoco y que los críticos consideran como la obra de plena madurez de Ian Mc Ewan. Pero mucho antes, el también autor de *Expiación* y *Chesil Beach*, había escrito la novela *El placer del viajero*, situándola en una innombrada Venecia, donde una pareja de amantes ingleses hace turismo para romper la cotidianidad de su relación en el más absoluto de los anonimatos y sintiendo una cierta distancia con esta ciudad romántica, pero que les resulta algo lúgubre y ajena, aun cuando el goce de todo viajero sea mimetizarse con el destino al que llega. Sin embargo, un buen día conocen a una misteriosa pareja y son arrastrados hacia algo desconocido, más allá de su control.

A mediados de la década de los 50, antes de cumplir los treinta años de edad, el prolífico John Berger decidió dejar de pintar para dedicarse completamente a la escritura, buscando un nuevo medio de expresión y de lucha política. Con su novela *G.* le llegaría su primer gran reconocimiento. En su obra está muy presente el tema migratorio; por una parte, la emigración

a un país extranjero ("la emigración es la experiencia que mejor define nuestro tiempo") en sus distintas modalidades: voluntaria (él mismo decidió dejar Londres e instalarse en un pueblo de los Alpes franceses), forzada por razones de trabajo o el exilio por cuestiones políticas o religiosas; por otra parte, el éxodo del campo a la ciudad, el paso de la vida rural a la vida urbana (el camino inverso al que él tomó), un cambio social de extraordinarias consecuencias que todavía seguimos experimentando hoy y que él puso de manifiesto en su trilogía *De sus fatigas*, compuesta por los libros *Puerca tierra*, *Una vez en Europa* y *Lila y Flag*.

Antes de su aventura literaria, iniciada en 1970, Jonh Banville pasó varios años de su vida viajando alrededor del mundo mientras trabajaba en una aerolínea irlandesa. También han recorrido los más variados lugares los personajes de sus novelas negras, que firma como Benjamin Black desde 2006. Una de las ciudades más presentes en su imaginario es Praga, a la que ha dedicado varias de sus obras firmadas con su nombre o con su seudónimo (*Kepler*, *Imágenes de Praga*, *Los lobos de Praga*), pero también se vale de Dublín como un escenario perfecto para escribir la mejor literatura negra. En *El libro de las pruebas* Banville muestra la errancia de un científico venido a menos por las islas del Mediterráneo, antes de que el destino le depare en su Irlanda natal una desagradable sorpresa. Por su parte, *El mar*, quizás su obra clave, es una commovedora meditación acerca de la perdida y el poder redentor de la memoria, que acerca al lector a Max Morden, un historiador del arte que, tras la muerte de su esposa, se retira a escribir al pueblo costero en el que de niño veraneaba junto a sus padres.

Hanif Kureishi, nacido en el barrio londinense de Bromley, de padre paquistaní y madre inglesa, se adentró por los caminos de la inmigración, los conflictos de identidad cultural de los pakos y la ficción poscolonial con *Mi hermosa lavandería*, surgida inicialmente como guion cinematográfico, y con *El Buda de los suburbios*, relato de la "vida verdadera" a la que se lanza un adolescente "inglés de los pies a la cabeza, casi", en ese caldero mágico de promiscuidad sexual, teatro, drogas y *rock and roll* que era el Londres multirracial y fascinante de los 70, durante el fin de la era *hippy* y los albores del punk. Otro adolescente "casi inglés", originario de Kent y fan de Prince, es el protagonista de *El álbum negro*, que narra su deambular por las calles del Londres de los 80, atrapado en el laberinto de dos ideologías contrapuestas: un liberalismo cada día más permisivo y un fundamentalismo cada vez más exaltante. Amigo de David Bowie, Kureishi confiesa sentirse encantando viviendo y escribiendo de Londres: "por su energía, por su mezcla de clases y de razas, por su locura... y porque la ciudad está llena de historias".

Otro grupo de escritores británicos, el de los nacidos fuera de las Islas Británicas, completan una generación nacida de una Europa devastada por los totalitarismos. Sus principales representantes son Salman Rushdie, William Boyd y Kazuo Ishiguro.

Salman Rushdie nació en Bombay poco antes de la independencia de la India, a cuyo hecho dedicaría una de sus obras más importantes: *Hijos de la medianoche* (junto con *Vergüenza* y *Los versos satánicos* forma parte de la trilogía dedicada a los tres grandes lugares que han tenido más protagonismo en su vida). Desde niño aprendió a expresarse indistintamente en inglés y urdú. Su estilo literario ha sido comparado con el del realismo mágico latinoamericano por la mezcla de ficción-no ficción y magia en sus relatos: "Lo fantástico enriquece nuestra realidad, no nos hace escapar de ella. Nos lleva a un mundo mucho más rico. Lo fabuloso se inyecta en lo real para hacerlo más vivo y, extrañamente, más verdadero". Rushdie trata de oponer la cultura de Sherezade frente al fanatismo y la brutalidad: "Nunca me consideré un escritor preocupado por la religión, hasta que una religión empezó a perseguirme", afirmaba tras la polémica desatada por la publicación de *Los versos satánicos* y la fatua contra su persona emitida por el ayatolá Jomeini. *La sonrisa del jaguar* es una crónica de viajes sobre la Nicaragua en plena Revolución sandinista, país que había atraído su atención por distintos motivos. Otro tipo de viaje y otra finalidad ("para qué sirven las historias que ni siquiera son verdad") tiene *Harún y el mar de las historias*, una fábula llena de magia acerca del poder de la imaginación: Rashid Khalifa, el mejor cuentacuentos del mundo, ha perdido el don de inventar y contar las historias fantásticas con las que alegra a las gentes del país de Alifbay, pero logrará recuperarlo viajando, junto a su hijo Harún, a lomos de una abubilla, al Gran Mar de las Historias, un lugar maravilloso donde se originan los cuentos. En el libro de relatos *Este, oeste* el autor anglo-indio trata de argumentar su negación a tener que elegir entre Oriente y Occidente, "no elijo a ninguno de los dos, y elijo a los dos".

William Boyd nació en Ghana y creció en este país y en Nigeria, lugares en los que su padre ejerció como especialista en medicina tropical. Abrió fuego literario con *Un buen hombre en África*, donde analiza la vida de un diplomático británico, propenso a los desastres, destinado en África Occidental. A este primer libro seguiría *Barras y estrellas*, una novela de acción e intriga, en la que se narra el rocambolesco viaje de un tasador de arte inglés desde Nueva York, en donde vive, a Luxora Beach, un pueblecito situado entre Georgia y Alabama. En las arenas de una playa tranquila de África Occidental (*Playa de Brazzaville*), una mujer rememora los dramáticos su-

cesos que la llevaron allí, saliendo a relucir el contraste entre la supuesta civilización metropolitana y la sensualidad y fuerza de África, la eterna lucha entre instinto y razón. *Las aventuras de un hombre cualquiera* es un libro escrito como el diario de un escritor ficticio del siglo XX, lleno de contradicciones, que decide viajar por todo el mundo, buceando en el París de los años 30, paseando por Londres, compartiendo experiencias únicas con personajes como Virginia Woolf o Pablo Picasso, e introduciéndose en los ambientes artísticos neoyorquinos. En esta misma línea, Boyd publicó *Nat Tate: un artista americano*, que nos presenta las pinturas y la biografía trágica de un supuesto pintor expresionista abstracto de Nueva York de los años 50 llamado Nat Tate (derivado de los nombres de dos de los más importantes museos británicos: la National Gallery y la Tate Gallery), que de hecho nunca existió y era, junto con sus pinturas, una creación de Boyd. *Suave caricia* cuenta la historia de Amory, una fotógrafa valiente y decidida que se echa a andar por el mundo, cámara al hombro, en un periplo que cubre el Berlín de los años 20, la Nueva York de los 30, el Londres de los primeros 40 y el París del final de la Segunda Guerra Mundial. Luego, convertida en corresponsal de guerra, acude a Vietnam, en el que será su último trabajo periodístico, antes de retirarse a una isla al norte de Escocia, de donde solo saldrá para viajar a Estados Unidos y rescatar a su hija, atrapada en una especie de secta. Por último, en *El afinador de pianos*, Boyd recrea el viaje stevensoniano.

El escritor británico de origen japonés Kazuo Ishiguro (nació en Nagasaki, pero se trasladó a Londres a los 6 años) ha sido el primero de la "Generación Granta" en acceder al Premio Nobel de Literatura. La trama de *Lo que queda del día*, ambientada en la Inglaterra de mitad de los años 50, gira alrededor del viaje que emprende por primera vez en su vida el que ha sido mayordomo de una gran mansión que acaba de cambiar de propietario. Ishiguro desplegará ante el lector páginas como máscaras, tras las cuales se vislumbra una realidad más oscura que los amables paisajes que el protagonista va dejando atrás. Según comenta el propio autor: "Me propuse escribir una obra genuinamente inglesa, apta para que se pudiera hacer una idea del país quien nunca había viajado a él". *Cuando fuimos huérfanos* plantea la inmersión que un detective británico realiza en Shanghai, la ciudad en la que desaparecieron sus padres durante su infancia y que ahora, en el preludio de la Segunda Guerra Mundial, se enfrenta a la encarnizada guerra entre los chinos comunistas y los invasores japoneses. *El gigante enterrado* nos traslada al mundo de la Inglaterra medieval: una pareja de ancianos parte de su aldea en busca de su hijo, al que no han visto en años. El viaje a través del paisaje inglés es la excusa perfecta para que el autor

explore el misterioso mundo que los rodea y reflexione acerca de la memoria y el olvido, entre la historia y el presente, entre la fantasía y la realidad. Ishiguro escribe en inglés, pero sigue teniendo la mirada de los narradores y cuentacuentos japoneses, por lo que su prosa es sencilla, minimalista.

Junto a ellos destaca la figura de uno de los más singulares escritores angloindios: Vikram Seth, nacido en Calcuta, criado en Oxford (Inglaterra) y en Stanford (California), aunque reconoce que "volver a mi país fue la manera de unir los sentimientos con la literatura". Seth es escritor de distintos registros, aparte de la monumental *Un buen partido*, un friso de la India de los años cincuenta a través de distintas familias, y de *Dos vidas*, la reconstrucción del siglo XX a través del periplo vital de unos tíos suyos, Shanti, un indio emigrado a Europa, y la mujer de éste, Henny, una judía alemana que perdió a casi toda su familia bajo el nazismo. Su libro de viajes *Desde el lago del cielo. Viajes por Sinkiang, Tíbet y Nepal*, escrito a principios de los años 80, es el resultado de un viaje desde Nankín (la antigua "ciudad del cielo", hoy "capital de la educación, la cultura, y el turismo"), donde estaba estudiando acerca de la demografía de la China rural, hasta Nueva Delhi. El relato contiene una prosa tan vigorosa como cargada de detalles... y sorpresas.

Otros dos escritores en inglés nacidos fuera del Reino Unido han recibido el Premio Nobel de Literatura: son Vidiadhar Surajprasad Naipaul, más conocido como V. S. Naipaul, y el sudafricano John Maxwell Coetzee, J. M. Coetzee.

Nacido en Trinidad-Tobago, de origen hindú y pasaporte británico, la obra de V. S. Naipaul abarca la novela, el ensayo y los libros de viaje, aunque, a veces, aparecen mezclados todos ellos, dando lugar a un estilo propio, perfeccionado con los años, en el que "el reportaje histórico y el análisis social se entremezclan con la ficción autobiográfica y las memorias de viajes" (J. M. Coetzee). En cualquier caso, da igual el género cuando la escritura se pone al servicio de la precisión para dejar constancia de una mirada aguda y un oído fino.

En sus textos ficcionales y no ficcionales deja entrever su herencia multicultural, completada con sus múltiples experiencias viajeras. A menudo saca a relucir su particular visión de los desgarros producidos por los procesos de colonialismo, así como la paulatina desaparición de las culturas indígenas, engullidas por la voracidad del mundo moderno y por el desgobierno de los propios gobiernos locales que llegaron al poder, tras la descolonización, en los países del "tercer mundo". Tanto su carácter complica-

do como sus opiniones políticamente incorrectas le acarrearon en más de una ocasión polémicas importantes más allá de lo literario.

Entre sus novelas merecen destacarse: *Un sanador místico*, la primera de ellas; *Una casa para el señor Biswas*, en la que toma como referente la vida de su propio padre para relatar la dificultad de los inmigrantes para integrarse en una cultura colonial y seguir manteniendo las raíces, y *Un recodo en el río*, una metáfora sobre la descolonización del Congo, cuya frase inicial es una de las más referenciadas de la literatura contemporánea: "El mundo es lo que es: los hombres que no son nada, que se permiten llegar a no ser nada, no tienen lugar en él", y en este llegar a ser alguien juegan un papel imprescindible los ideales, sin los cuales es imposible lograr la voluntad necesaria para dejar huella en el mundo, ya sea a nivel colectivo, como sociedad, o a nivel individual. *En un estado libre* es una narración, con historias y diarios de viaje entrelazados, acerca de los inmigrantes indios y las antiguas naciones coloniales en África, pero también es una impresionante descripción de la carga que supone vivir libre sin patria ni pertenencia.

Por su parte, *El escritor y el mundo* recoge los mejores ensayos breves del escritor trinitario a lo largo de cuatro décadas de escritura; *Al límite de la fe*, concebido como un relato de viajes por cuatro países musulmanes no árabes, es una indagación en el fenómeno del islamismo y lo que supone abrazar el Islam para los pueblos no árabes, que "tienen que repudiar todo lo que históricamente les pertenece", y en *La máscara de África*, V. S. Naipaul analiza las creencias del continente africano, de Uganda a Sudáfrica, llegando a la conclusión: "Yo esperaba que las prácticas mágicas variaran significativamente en la gran extensión de África. Pero no era así".

Como él mismo afirmaría, la ficción, la exploración de sus circunstancias inmediatas, le había hecho avanzar un buen trecho de camino. Sin embargo, los viajes le llevarían más lejos aún. *The Middle Passage* (así llamaban los ingleses y holandeses a "la travesía intermedia" en la época del tráfico de esclavos de África a América) es el primer libro de viajes a su tierra natal, Trinidad, completada la travesía con sus desplazamientos a Guyana, Surinam, Martinica y Jamaica. Naipaul describe cómo estos territorios estaban poblados por gente privada de su cultura original, "que no fue reemplazada por una nueva, sino sustituida por una copia de modelos foráneos, por la voluntad de sustituir la del colonizador mediante la reivindicación de una lengua propia, ya fuera el patois, el creóle, o el papamiento, o, también, pretendiendo una utópica e inviable vuelta a África, como propugnaba el rastafarismo jamaicano" (Fernando Cordobés). Contra los que planteaban una

imagen complaciente de las sociedades caribeñas a la búsqueda de la liberación colonial, Naipaul levantó su voz para desmitificar dicha imagen y mostrar a sus lectores un Caribe sin perspectiva de sí mismo, como una gran sombra cubierta de desesperanza, sin rastro de ningún Dorado.

Una zona de oscuridad es el primer libro del premio Nobel sobre la tierra de sus antepasados, la crónica de un viaje de más de un año por la India, iniciado en 1962. Primero de una trilogía que se completa con *India, tras un millón de motines* e *India: una civilización herida*, narra el intento de Naipaul de "abrir la oscuridad" que le separaba de su pasado ancestral: "Mi India no era como la de los ingleses o los británicos. Mi India estaba llena de dolor. Unos sesenta años antes mis antepasados habían hecho el larguísimo viaje desde India hasta el Caribe, de al menos seis semanas, y aunque apenas se hablaba de ello cuando yo era pequeño, a medida que fui haciéndome mayor empecé a preocuparme cada vez más. De modo que, a pesar de ser escritor, yo no iba a la India de Forster o de Kipling. Iba a una India que solamente existía en mi cabeza..." La India que Naipaul nos presenta es un país empobrecido y gobernado por un injusto sistema de castas, que trata de imitar superficialmente a los colonizadores, mientras se recrea contemplándose en el espejo del pasado, sin intentar dar forma a su propia identidad actual.

J. M. Coetzee ha residido en Sudáfrica, donde nació y vivió el desgarro del *apartheid*, Estados Unidos, en donde aprendió y enseñó literatura, y Australia, donde se nacionalizó hace unos años. Sus obras, marcadas por un estilo simbólico y una prosa transparente y dura como un diamante al servicio de un relato filosófico, metafísico o moral, se inscriben en la llamada "novela del Yo". Coetzee reivindica el derecho a fantasear con la propia vida ("Yo o ese a quien llamo Yo"), pues se trata de ejercer "la misma libertad que tenemos en los sueños, donde imponemos sobre los elementos de una realidad recordada una forma narrativa que es nuestra". Coetzee no es, en absoluto, un escritor de viajes, pero en algunas de sus novelas (también en sus ensayos) ha abordado el tema del colonialismo y los procesos de descolonización, el exilio o la emigración.

Foe es una de las adaptaciones más libres del mito de Robinson Crusoe. Escrita con un cierto tono irónico, funciona como un texto metaliterario que reescribe, desde una visión distinta, el clásico de Daniel Defoe. La narradora es Susan Barton, una mujer de origen inglés que tras sobrevivir a un naufragio y convivir en una isla desierta con Crusoe y Viernes, regresa a Londres con la firme intención de que el eminentе escritor Daniel Foe no vele lo acon-

tecido en la isla: "Al lector aficionado a los relatos de viajes, el término isla desierta le sugerirá, sin duda, un lugar de blandas arenas y de frondosos árboles, donde los arroyos corren a apagar la sed del naufrago y donde las manos se le llenan de fruta madura con sólo extenderlas, donde todo lo que se le pide es que pase los días seseando hasta que recale algún barco y le devuelva a su patria. Pero la isla a la que yo fui arrojada era un lugar bien distinto: una gran mole rocosa, plana por arriba, que se elevaba bruscamente sobre el mar por todos los lados excepto por uno, y salpicada por arbustos grisáceos que nunca florecían ni nunca daban hojas". Sin embargo, una vez explorado el territorio, la sensación de infierno va diluyéndose, la vida diaria se humaniza y el lugar llega a convertirse en un refugio relativamente confortable, aunque en el trasfondo de la novela, la tierra prometida, el sueño utópico, sea el continente africano: "Luego dibujé un barco con las velas desplegadas y le hice escribir barco, y luego empecé a enseñarle África. (...) escribí Á-f-r-i-c-a y fui guiándole la mano para que formara las letras".

Coetzee repite el diseño intertextual en *El maestro de Petersburgo*, novela que narra el retorno a la ciudad rusa de San Petersburgo de un escritor ruso exiliado, trasunto de Fiodor Dostoievski, para conocer las circunstancias que rodean la muerte de su hijastro Pavel y, de repente, se ve inmerso en la violencia revolucionaria de 1869.

En *La infancia de Jesús* y *Los días de Jesús en la escuela*, Coetzee aborda el asunto de la emigración. Después de cruzar océanos, un hombre, Simón, y un chico listo y soñador, David, llegan a una nueva tierra, en la que las autoridades les asignan un nombre y una edad y les permiten vivir en un campamento en el desierto mientras aprenden español, la lengua de su nuevo país. De allí, parten rumbo al centro de reubicación de la ciudad de Novilla, donde esperan encontrar un lugar donde alojarse y buscar a la madre del chico. Un día, mientras caminan por la campiña, Simón advierte la presencia de una mujer, Inés, que podría ser la madre del chico, y la convence para que asuma ese rol. Los tres parten hacia una nueva ciudad, Estrella, en la que David ingresará en una escuela de danza y demostrará su inteligencia: "Cuando cruzas el océano en barco, todos los recuerdos se te borran y empiezas una vida completamente nueva. Así es la cosa. No hay nada antes. No hay Historia. El barco amarra en el puerto, bajamos por la pasarela y nos zambullimos en el presente. El tiempo empieza entonces".

Con el personaje de Elizabeth Costello, protagonista de la obra del mismo título, Coetzee ha dado rienda suelta a su *alter ego* a través de esta indómita escritora australiana, que, a pesar de su edad avanzada, viaja a lo largo del

mundo dando conferencias sobre distintos asuntos, principalmente de crítica literaria y la injusta vida de los animales, y arremetiendo, a la manera quijotesca, contra ciertos "molinos de viento" ideológicos, políticos o morales.

Un caso singular es el del alemán Winfried Georg Maximilian Sebald, Max para los amigos y W. G. Sebald para los lectores, cuya obra se ha editado fundamentalmente en inglés. Nacido en Baviera, vivió y ejerció como profesor de literatura alemana en Inglaterra desde joven. Llegó al mundo literario rebasados ya los 40 años y desapareció de él, a causa de un accidente automovilístico, en plena madurez creativa. Su obra se caracteriza por su carácter híbrido, en el que se mezclan historia, ensayo, narrativa, crónica de viajes, memoria y sus reflexiones acerca de la escritura y de la propia condición humana. Por otra parte, es uno de los mayores impulsores de una nueva forma de ficción-no ficción en la que lo autobiográfico se funde con lo biográfico y se entrelaza con fotografías en blanco y negro, con el objetivo de intimar con el lector.

El narrador de las obras de Sebald, al que el propio autor presta su nombre, es un sólido continuador del *flâneur*, como puede comprobarse no solo en *El paseante solitario*, libro en el que nos hace caminar al lado de Robert Walser y mirar el mundo casi con sus propios ojos, sino también en *Vértigo*, *Los emigrantes* y *Los anillos de Saturno*. Un paseante solitario cuyo viaje es una indagación, aun cuando la naturaleza de esa indagación no se manifiesta enseguida: "Salía temprano cada mañana y caminaba sin rumbo ni objetivo por las calles de la ciudad antigua", puede leerse al inicio de uno de los capítulos de *Vértigo*, quizás para sentir esa misma sensación de la que habla el escritor español Juan José Millás: "Cuando camino, se me pone la cabeza a cien. No te diría que pienso con los pies, pero sí gracias a ellos". Las cuatro narraciones que componen este texto del "sentimiento del mal de altura" bosquejan todos los temas principales de Sebald: los viajes, las vidas de escritores viajeros, el sentirse obsesionado y el estar libre de lastres. En *Los emigrantes*, Sebald emplea la misma estructura de los movimientos musicales. Los cuatro relatos que componen el libro son una evocación del exilio y de la pérdida de la patria: personas que abandonaron su tierra natal y vuelven a ella tratando de hallar algún residuo del pasado idílico de su infancia, pero solo encuentran el "instinto insaciable de la destrucción". Y es que, como afirmaba el propio autor, hay regiones en las que "no existe ya el paisaje sino como un vacío reconstruido por el hombre".

A diferencia de los anteriores, *Los anillos de Saturno* (divisa de la melancolía) no se divide en narraciones distintas, sino que consiste en una cadena

o progresión de historias en la que cada una conduce a la otra. Entre ellas se encuentra una que especula si acaso Sir Thomas Browne, al visitar Holanda, asistió a la lección de anatomía pintada por Rembrandt; otra recuerda un interludio romántico en la vida de Chateaubriand durante su exilio en Inglaterra; otra evoca los nobles esfuerzos de Roger Casement por divulgar las infamias del régimen del rey Leopoldo en el Congo belga; otra cuenta las primeras aventuras en el mar de Joseph Conrad, en otra, en fin, le da la palabra a Borges... Su última novela, *Austerlitz*, está salpicada de estaciones de tren en las que todo el mundo está de paso y en donde se producen los encuentros entre el protagonista, un desarraigado Jacques Austerlitz en busca de su pasado y de su identidad (acaso "un yo satisfactorio"), que, sin embargo, parece condenado a llevar la patria en su mochila, y el narrador, otro extraño transeúnte por el viejo continente europeo demolido por el cáncer del nazismo.

El viaje en la literatura en lengua francesa desde la II Guerra Mundial

La literatura en lengua francesa de la segunda mitad del siglo XX encuentra su primer nombre de referencia en Albert Camus, el "filósofo de la existencia", el hombre rebelde y solidario, que conoció y amó el mar en las playas argelinas de su infancia y juventud, como recuerda en *El revés y el derecho*: "Viví, hace mucho, durante ocho días colmado con los bienes de este mundo; dormíamos al raso en una playa, me alimentaba con fruta y me pasaba la mitad del día en unas aguas desiertas...". En una carta a una amiga escribe: "Sobre estas playas de Oranía, todas las mañanas de estío parecen ser las primeras del mundo" y en *Carnets*, al hablar de la playa de Bouïseville, en las afueras de Orán, dice: "Dulzura del mundo sobre la bahía al atardecer. Hay días en que el mundo miente, hay días en que dice la verdad. Esta tarde dice la verdad. Y con cuanta insistencia y triste belleza". Dulzura y armonía que se rompen en la escena de la novela *El Extranjero* en la que Mersault perpetra su asesinato: "Comprendí entonces que había roto la armonía del día, el silencio excepcional de una playa en la que había sido feliz...".

El revés y el derecho es una serie de ensayos sobre su vida en Argelia y algunos viajes que realizó en su juventud, algunos de ellos a España. Camus considera que esta obra de juventud es el germen del pensamiento que desarrollaría a lo largo de su vida: "En cuanto a mí, sé que mi manantial está en *El revés y el derecho*, en ese mundo de pobreza y de luz en el que viví tanto tiempo y cuyo recuerdo me ampara aún en los dos peligros contrarios que amenazan a todo artista, el resentimiento y el contento. (...) El sol que brilló sobre mi infancia me privó de todo resentimiento". A lo largo del texto, el autor de *La peste* enfrenta al hombre consigo mismo y lo desafía a

que sea feliz. En cuanto al viaje, considera que este le quita al hombre su refugio interior: "Destruye en nuestro fuero interno algo así como un decorado interior. (...) Lejos de los nuestros, de nuestra lengua, arrebatados de cuanto nos sirve de apoyo, despojados de nuestras máscaras, (...) nos llamamos por completo en la superficie de nuestras personas".

En *Diarios de viajes* se encuentran las huellas de los dos viajes que hizo Camus a América: uno, a Estados Unidos (marzo-mayo de 1946), y el otro, a Sudamérica, recorriendo Río de Janeiro, Montevideo, Buenos Aires y Santiago de Chile (junio-agosto de 1949), si bien algunos pasajes de *Viaje a Estados Unidos* se encuentran de nuevo en *Las lluvias de Nueva York* e importantes fragmentos del *Viaje en América del Sur* fueron retomados en *El mar lo más cerca* y en *La piedra que empuja*. La impresión que saca Camus de la metrópoli neoyorquina (una trampa de cemento) dista mucho de la de ciudades europeas, como Florencia y Atenas, las cuales, según el escritor francés, "calman el hambre del alma cuyo alimento es el recuerdo". De alguna manera, Camus se sentía un viajero de la "soledad poblada" de la ciudad.

Menuda, extraña, apasionada, de una personalidad arrolladora y en permanente rebeldía, la propia vida de Marguerite Duras es un gran viaje de aventuras, y ella no desaprovechó la ocasión para convertirlo en material literario. Había nacido como Marguerite Donnadieu en las afueras de Saigón, la capital de la antigua Indochina francesa, y pasó su infancia y adolescencia en el espectacular delta del río Mekong, ramificado en un laberinto de arterias fluviales antes de llegar al mar: "Quién contará jamás el olor de la tierra caliente que humeaba junto al río después de la lluvia. El de ciertas flores. El de un jazmín en un jardín... Mi país natal es una patria de aguas (...). Siempre estábamos en el agua, nos bañábamos en el río, nos duchábamos con el agua de las jarras mañana y noche, íbamos descalzos por todas partes (...). No puedo pensar en mi infancia sin pensar en el agua". Estos parajes y sus vivencias en ellos son los que nutrirían su primeriza obra *Un dique contra el Pacífico*, así como una buena parte de las cuarenta novelas, una docena de piezas de teatro y varios guiones cinematográficos que vendrían después, siendo su texto más celebrado *El amante*: "Muy pronto en mi vida fue demasiado tarde. A los 18 años ya era demasiado tarde". Antes de esa edad ya se había trasladado a Francia para realizar sus estudios universitarios, y allí se quedaría hasta convertirse en una de las autoras en lengua francesa más interesantes del siglo XX.

En el cuento *El tren de Burdeos* nos deja un retazo de su llegada al país galo a principios de los años 30: "Una vez tuve dieciséis años. A esa edad todavía

tenía aspecto de niña. Era al volver de Saigón, después del amante chino, en un tren nocturno, el tren de Burdeos, hacia 1930. Yo estaba allí con mi familia, mis dos hermanos y mi madre. Creo que había dos o tres personas más en el vagón de tercera clase con ocho asientos, y también había un hombre joven enfrente mío que me miraba. Debía de tener treinta años. Debía de ser verano. Yo siempre llevaba estos vestidos claros de las colonias y los pies desnudos en unas sandalias. No tenía sueño. Este hombre me hacía preguntas sobre mi familia, y yo le contaba cómo se vivía en las colonias, las lluvias, el calor, las verandas, la diferencia con Francia, las caminatas por los bosques, y el bachillerato que iba a pasar aquel año, cosas así, de conversación habitual en un tren, cuando uno desembucha toda su historia y la de su familia (...). En París, cuando abrí los ojos, su asiento estaba vacío. Alrededor de la mano, el ruido del tren. Alrededor del tren, la noche. El silencio de los pasillos en el ruido del tren".

Quizás uno de sus textos más viajeros sea la novela *El marinero de Gibraltar*, en la que cuenta la historia de un hombre que, durante unas vacaciones con su prometida en Italia, decide cambiar la hasta entonces previsible trayectoria de su vida, determinación que se acelera cuando conoce a una rica y misteriosa joven americana que recorre el mundo en un lujoso barco en busca de un amor perdido, al que buscarán de puerto en puerto, a pesar del amor surgido entre ellos. Entre sus páginas el lector puede encontrar esta descripción del pueblo gaditano de Tarifa, una vez dejada atrás la roca repleta de casas blancas, apretadas en "una promiscuidad agobiante", sobre la que duerme Inglaterra: "Entramos en el estrecho. Llegó Tarifa, minúscula, incendiada de sol, coronada de humo. A sus pies inocentes, se tramó el más maravilloso cambio de aguas de la Tierra. El viento saltó. Apareció el Atlántico".

Sin tratar de penetrar en la literatura de viajes, Marguerite Yourcenar muestra con bastante agudeza en *Memorias de Adriano* un aspecto particularmente interesante del relato viajero: la ambigüedad del que verdaderamente quiere asimilar la diferencia y aquel que tan solo la describe. Yourcenar revela al lector la imagen de un emperador viajero, dueño de los parajes que recorre, el gobernante de un amplio imperio que ha entendido que Roma poco o nada le sirve si no es como residencia compartida con otras muchas itinerantes: "Pocos hombres aman durante mucho tiempo los viajes, esa ruptura perpetua de los hábitos, esa continua commoción de todos los prejuicios. Pero yo tendía a no tener ningún prejuicio y el mínimo de hábitos (...). Las provincias, esas grandes unidades oficiales cuyos emblemas yo mismo había elegido, la Britania en su territorio rocoso o Dacia y su cimitarra, se disociaban en bosques, donde había buscado yo la sombra,

en pozos donde había bebido, en individuos hallados al azar en un alto, en rostros elegidos y a veces amados (...). Algunos hombres habían recorrido la tierra antes que yo. Pitágoras, Platón, una docena de sabios y no pocos aventureros. Por primera vez el viajero era al mismo tiempo el amo, capaz de ver, reformar y crear al mismo tiempo. Allí estaba mi oportunidad, y me daba cuenta de que tal vez pasarían siglos antes de que volviera a producirse el feliz acorde de una función, un temperamento y un mundo". La novela fue publicada a principios de los años 50 a modo de una larga carta del emperador a su nieto adoptivo y futuro sucesor, Marco Aurelio.

Para entonces, Yourcenar había recorrido medio mundo y había hecho de Grecia su patria espiritual. Había vivido dos guerras mundiales y llevaba más de una década instalada en Estados Unidos y nacionalizada norteamericana. A partir del éxito de *Memorias de Adriano* (representa un verdadero hito en el desarrollo de la narrativa histórica de nuestro tiempo), vuelve a Francia y emprende una serie de viajes por Europa (Suiza, Italia, España, Portugal, Países Bajos, Escandinavia, Rusia...) junto con Grace Frick, su pareja y colaboradora hasta la muerte de esta en 1979.

Este trasiego viajero no le impediría publicar en 1965 otra de sus grandes obras, *Opus nigrum*, un cántico a la libertad y a la vida ambientado en la Europa del Renacimiento y que tiene como protagonista al médico, filósofo y alquimista Zenón, un "hombre que hace tabla rasa de las ideas y prejuicios de su siglo para ver después adónde le llevará su pensamiento libremente", un sabio con "la rabia del saber". Si Adriano era "la libre recreación de un personaje histórico que dejó su huella en la historia", Zenón es "la invención de un personaje histórico ficticio". De acuerdo con el crítico Rafael Conte, "Yourcenar no llegó a la historia desde fuera, sino que nació en su interior, en ella y desde ella aportó al género su tradición clásica, su sentido de la trascendencia de la naturaleza (ecologismo radical hasta su panteísmo final, el orientalismo y el budismo), sus experiencias personales (familiares y amorosas hasta su homosexualidad) y su sentimiento pudoroso, elegante, discreto y congelado de las pasiones humanas".

Durante los últimos quince años de su vida, Marguerite Yourcenar se dedicó a escribir una nueva novela histórica, una trilogía que tenía por protagonista a Marguerite de Crayencour, es decir, a ella misma, tratada como si fuera "un personaje histórico que hubiera intentado recrear". El primero de los libros de *El laberinto del mundo* se abre con esta frase, que ha quedado para siempre al pie del monumento a la literatura: "El ser que llamo 'yo' vino al mundo un lunes 8 de junio de 1903, hacia las ocho de la mañana, en Bruse-

las...". Ya ella sigue esta otra no menos reveladora: "Que esa niña sea yo, no puedo dudarlo sin dudar de todo".

Mientras escribía la trilogía inconclusa, viajó durante los primeros años 80, ahora acompañada por el joven fotógrafo Jerry Wilson. Aparte de recorrer nuevamente Europa, fueron al norte de África, Japón y la India. De estos viajes, especialmente de las estancias en Japón y la India, salieron los dos últimos libros de la escritora, publicados póstumamente: *Peregrina y extranjera* (colección de ensayos) y *Una vuelta por mi cárcel* (una recopilación inacabada de textos de viaje realizada por la propia autora).

Uno de los padres del nuevo periodismo en lengua francesa fue Joseph Kessel. Nacido en Argentina en el seno de una familia de origen ruso, Kessel fue un resistente en las dos guerras mundiales, viajero permanente y aventurero donde lo haya, periodista en mil frentes y autor de un puñado de clásicos de la literatura francesa, sobre todo *El león*, relato de la amistad entre una niña y un león en África, y *Los jinetes*, novela ambientada en el Afganistán antes de la guerra, en la época del rey. *Viento de arena* y *Mermoz* son dos clásicos de la literatura de aventuras dedicada a la aviación, mientras que *En Siria* es un relato de 1927 sobre este país en plena guerra civil, alguno de cuyos pasajes, como el de "la espantosa complejidad que reina en Siria", parecen escritos hoy mismo. Sus crónicas fueron reunidas en Francia en un solo volumen: *Reportages, Romans*. Hace algunos años se pudieron rescatar sus reportajes del final de la Guerra Civil española, acompañados de fotos de Jean Moral.

A través de los reportajes y novelas de Kessel se dibuja el gran fresco del corto, pero sumamente complejo y violento, siglo XX. Sin embargo, el "nómada eterno" opinaba que no se debería jamás tratar de contar un viaje. El viaje es en esencia un asunto solitario, y así lo han entendido siempre los buenos viajeros (no hay mejor forma de encontrarse en el trayecto con el otro, lo otro y con uno mismo). Su biógrafo Olivier Weber hizo esta definición de Kessel: "Era el amigo de los piratas, defensor de los esclavos, confesor de los ladrones. Soñó muchas veces con ser un bandido. Hoy sigue siendo el hermano de los hombres, un rebelde y un viajero permanente. Hablar de él es narrar el siglo XX desde muchos puntos de vista. A través de sus novelas y crónicas se dibuja un fresco de la humanidad inmersa en un siglo violento" (*Kessel, el nómada eterno*).

Capaz de crear un universo narrativo tan sencillo como universal, el belga Georges Simenon nos ofrece a la manera de Balzac una disección de la na-

turaleza humana del siglo XX a lo largo de su medio millar de libros en los que nada hay inútil, "donde ningún episodio, por fortuito que pueda parecer al principio, ningún diálogo, ni una sola descripción de paisaje, nada deja de jugar su papel y de ser, o de llegar a ser, elemento indispensable para el establecimiento del acorde (o desacorde) final" (André Gide). Dada la sobriedad de sus descripciones, el gusto por el detalle expresivo, nunca recargado, el realismo con el que expresa la realidad de la calle, los silencios que dicen y las miradas que guardan secretos, no es de extrañar que un autor como Somerset Maugham afirmara: "No conozco mejor manera de pasar el tiempo divirtiéndome e instruyéndome en un avión entre Niza y Atenas, Rangún y Singapur, que leer una novela de Simenon". No es que la creación de su inigualable personaje del comisario Maigret le convirtiera en un maestro de la novela policíaca, se trata de que su prolífica obra desbordea los límites de la literatura propiamente dicha.

Él mismo fue un personaje excesivo, de una biografía casi imposible. Tan infatigable viajero como escritor, a principios de los años 30 realizó una serie de viajes y de reportajes sobre África, Europa oriental, la Unión Soviética y Turquía y, después de una larga travesía por el Mediterráneo, se embarcó en un viaje alrededor del mundo (1934-1935). Al finalizar la Segunda Guerra Mundial se trasladó a Estados Unidos y durante diez años se dedicó a recorrer intensamente ese vasto territorio, a través de miles de moteles, de rutas y de paisajes grandiosos. Después de un período en su propio país y en la Costa Azul, terminó por instalarse en Lausana (Suiza), donde acabaría sus libros y sus días. Sus novelas hacen referencia a unos 1.800 lugares del mundo entero, de los que una buena parte había conocido de forma directa. Una de sus ciudades preferidas fue La Rochelle, en la costa atlántica francesa.

El espíritu aventurero de Dominique Lapierre ya se puso de manifiesto cuando solo era un niño y acompañaba en algunos de sus viajes diplomáticos a su padre. Sin embargo, su primera gran aventura de verdad la emprendió con tan solo 18 años, tras finalizar sus estudios secundarios. Durante varios meses recorrió toda Norteamérica (Estados Unidos, México y Canadá) y, al regresar a Francia, publicó el diario de esta singular experiencia: *Un dólar cada mil kilómetros*, título que hacía alusión a los treinta y dos mil kilómetros recorridos, con tan solo treinta y dos dólares en el bolsillo.

Érase una vez la URSS es la narración de la fantástica aventura de dos jóvenes parejas occidentales (la del escritor y su mujer y la del fotógrafo Jean-Pierre Pedrazzini y la suya) por las carreteras prohibidas de la Unión

Soviética durante los tres meses del verano de 1956. Los viajeros partieron de París en un Simca, con el que cruzaron Alemania, Polonia y Moscú y circularon por carreteras desiertas hacia el Mar Negro y Georgia. Una vez en territorio soviético, recorrieron más de 10.000 kilómetros en compañía del periodista Stanislav Ivánovich, sancionado y deportado por el régimen comunista nada más haberse publicado el libro. En la memoria de Lapierre quedó grabada para siempre cuando una mujer de un pueblo perdido se les acercó y les pidió que desinflaran una rueda del coche, porque "me gustaría respirar el aire de París".

Enamorado de la India, Lapierre ha dedicado a este país asiático varios de sus libros más conocidos, entre ellos el superventas *La ciudad de la alegría*, que cuenta la historia de los habitantes de un miserable barrio de chabolas de Calcuta; *Esta noche la libertad*, descripción del ocaso del Imperio Británico y el nacimiento de la India y Pakistán; *India, mon amour*, escrito en colaboración con Larry Collins, con quien también compartiría, entre otras obras, el texto de *¿Arde París?*, descripción detallada de los días y las horas que precedieron a la liberación de París en el principio del fin de la Segunda Guerra Mundial, y *Oh, Jerusalén*, narración del nacimiento del Estado de Israel en 1948.

A mediados del siglo pasado apareció en las librerías francesas *Tristes Trópicos*, de Claude Lévi-Strauss, una obra difícilmente clasificable en género alguno, ya que es, a un tiempo, crónica de viajes, aproximación filosófica a la naturaleza humana y el desarrollo cultural, tratado de etnología y autobiografía, además de un claro alegato contra la invasión turística: "odio a los viajeros". Narra la historia de formación del antropólogo francés, que viajó a Brasil para estudiar las tribus de las selvas amazónicas que todavía en los años 30 del siglo pasado tenían las mismas condiciones de vida que las del hombre del Neolítico. Y también una crítica a una buena parte de los escritores de viajes: "Amazonia, El Tíbet y África invaden las librerías en la forma de relatos de viajes, informes de expediciones y álbumes de fotografías, donde la preocupación por el efecto domina demasiado como para que el lector pueda apreciar el valor del testimonio que se da". En definitiva, una obra tan ambiciosa como original, que constituye un auténtico "festín literario", en palabras de Octavio Paz.

Por los mismos años que *Tristes Trópicos* se editó el interesante *París insólito*, narración literaria del reverso de la ciudad del Sena. Se trata de un texto "aleatorio" en el que Jean-Paul Clébert, escritor y vagabundo por vocación, convierte sus paseos erráticos ("itinerarios que serpentean hasta el infini-

to") en un puzzle de viajes épicos y conmovedores en los que muestra una cierta inclinación por los tipos extravagantes y pintorescos, así como por una curiosidad casi morbosa: "Para no morirse de hambre en París se requiere cierta conjunción de cualidades, mente abierta, ojo husmeador, oído avizor, nariz alerta, pierna ligera y cierto desprecio a la propiedad personal".

Clébert se cuela en el interior de las casas, sube a los tejados, desciende a los sótanos y comprueba que el espectáculo de la ciudad nunca se agota: "Cada rostro, cada diálogo, cada calle estrecha, cada rincón oscuro, cada bar luminoso merecería un libro entero y atestado como una cantina, de informaciones, soplos, detalles, anécdotas, comentarios...". El texto primitivo apareció en su segunda edición acompañado por un centenar largo de fotografías tomadas por Patrice Molinard, que tratan de captar la poética de los paisajes urbanos. Cuando su experimento acabó, Clébert vivió algunos años más en París y transitó los círculos literarios de la capital francesa hasta que, cansado de la vida urbanita, se refugió en la Provenza, región a la que dedicó varios libros.

En lo que llevamos de siglo XXI, tres autores franceses han sido galardonados con el Premio Nobel de Literatura. El primero de ellos es Claude Simon. Participante en la Guerra Civil española (*El Palacio*) y la Segunda Guerra Mundial (*La ruta de Flandes*), tras los avatares bélicos se retiró a pintar y cultivar viñedos a Perpiñán, que había sido el territorio de su infancia y al que dedicaría el autobiográfico *El tranvía*. También resulta fuertemente autobiográfica *La acacia*, obra de espíritu antibélico en la que describe el viaje con su madre y su tía a través de la devastada Francia de 1918 en busca de la tumba de su padre, muerto durante la primera Gran Guerra. Representante de la "nueva novela", Simon se considera "más sensorial que intelectual", un escritor siempre a la busca de la materia de las cosas. Uno de los mejores ejemplos de su enorme capacidad para la descripción, heredera de la de Marcel Proust, es *Geórgicas*.

En segundo lugar, destaca la obra de Jean-Marie Gustave Le Clézio. Su novela más conocida sigue siendo *Desierto* (1980), una soberbia metáfora de las relaciones entre el sur y el norte a través del destino de una niña del sur de Marruecos que acaba convirtiéndose en modelo de portada en Francia, pero que nunca olvida sus orígenes. Este planteamiento se repite en el cuento *El pez dorado*, en el que una joven del Sáhara Occidental llega, a través de Melilla, a Europa y a América con la ilusión de conseguir una vida mejor, después de sortear por el camino a cuantos quieren atraparla en sus redes.

Residente en Nuevo México (Estados Unidos), Mauricio, la isla de sus antepasados, y Niza, su ciudad natal, Le Clézio es un trotamundos poco dado a la aventura que reconoce que "la lengua francesa es el único país en el que vive", y que la clave es "ser de aquí y de allá, pertenecer a varias historias". Junto a Jémia, su mujer de origen marroquí, escribió un libro más que interesante sobre el sur de Marruecos bajo el título *Gente de las nubes*, ilustrado con fotos de Bruno Barbey. *El buscador de oro*, *Viaje a Rodrigues* y *La cuarentena* recrean su visión de la Isla Mauricio. *El africano* es un relato autobiográfico que narra la experiencia juvenil del escritor en Nigeria, donde la familia se trasladó a vivir por el trabajo del padre como médico. *Urania* es un homenaje a la cultura latinoamericana, con guiños a Rulfo y al realismo mágico, cuyo protagonista es un geógrafo francés que llega a Michoacán (Méjico) para presentar un proyecto cartográfico y se obsesiona con esta tierra mítica, una especie de nueva Utopía.

En tercer lugar, Patrick Modiano es autor de una obra ampliamente autobiográfica, en la que la época de la ocupación alemana de Francia constituye su "prehistoria personal". Modiano es un auténtico "detective de la memoria", del que se ha dicho que sus libros son siempre el mismo, aunque, en realidad, cada uno de ellos es un fragmento, un trozo, de una única obra. El propio autor considera que su verdadera identidad está en la huida hacia adelante, la eterna fuga de sí mismo: "Me gustaría entender por qué la fuga era, como quien dice, mi forma de vida". Modiano es un escritor urbano que conoce el "alma de los sitios" y sabe que las ciudades viven dando vida a sus habitantes, pero que también destruyen y se destruyen con sus rutinas fatigosas. Y, entre todas las ciudades, es París, un París de sueños con bulevares y calles reales, la que ocupa un lugar determinante en su obra.

Otro de los referentes de la generación de escritores franceses que pasó su infancia entre las ruinas de la guerra es Pascal Quignard, musicólogo, además de escritor. Alejado tiempo atrás del mundanal ruido, Quignard parece obsesionado por los silencios misteriosos y por la necesidad del pasado, en alguno de cuyos caminos se encuentra el viaje que conduce a la gestación del individuo, el "jadis", lo anterior al nacimiento. Según el crítico Rafael Conte, "Quignard encuentra la fuente de sus epifanías en quienes luchan contra la muerte, que son el sexo y la naturaleza, verdaderos orígenes del arte y de la lectura: la verdadera fuente de su escritura". El escritor normando se siente un rebelde radical que está en contra de las formas establecidas de la novela, contra lo unitario y a favor de lo fragmentario, como puede comprobarse en *Vida secreta*, considerada por algunos como su obra maestra, aunque tampoco es aconsejable dejar de leerse *Terraza en Roma*, una

suerte de fábula histórica que narra la vida trágica y transhumante de Meaume, un excepcional grabador francés del siglo XVII, o *Todas las mañanas del mundo*, llevada al cine por Alan Corneau. La última parte de su obra está recogida en la serie *El último reino*.

El filósofo, semiólogo y ensayista Roland Barthes recorrió en su juventud diversos sanatorios europeos a causa de una tuberculosis. Luego, por razones profesionales, tuvo que vivir en Bucarest, Alejandría y París (ha quedado para la historia su definición de la Torre Eiffel como "el grado cero del monumento" o "la metáfora sin freno"). En 1970 viajó a Japón, el país de la escritura, y como resultado de esta visita escribió *El imperio de los signos*, un viaje no por el Japón real, sino por el de sus signos. En sus páginas Barthes se muestra no como el turista que pasea por las calles de las ciudades niponas, visita sus monumentos o asiste a espectáculos culturales, sino como el semiólogo que se afana por interpretar el significado y el significante.

Belga de nacimiento y australiano de adopción, Simon Leys (Pierre Ryckmans) descubrió durante un viaje de juventud a China la "alteridad absoluta", aquella que estaba en el polo opuesto del hombre occidental. Luego recaló en Australia y pudo "observar el mundo desde las antípodas", desarrollando una interesante obra, escrita tanto en francés como en inglés. Experto en la cultura china, denunció en la década de los años 70 el atropello de la Revolución Cultural a través de una serie de ensayos bien documentados. Más tarde, expondría sus *Ideas ajenas* ("recopiladas para el divertimento de lectores ociosos") y haría una travesía de *La mar en la literatura francesa*. A principios del presente siglo recogió el siniestro viaje de uno de los buques insignias de la Compañía Holandesa de las Indias Orientales, el Batavia, que naufragó frente a las costas australianas en 1629: *Los náufragos del Batavia*.

Entre los capítulos que no pueden pasar desapercibidos está el de los autores en lengua francesa del mundo árabe. El primero de ellos es Amin Maalouf, que nació en Beirut en el seno de una familia cristiana de orígenes múltiples y pasó los primeros años de su infancia en Egipto, lo que contribuyó desde muy temprana edad a la creación de esa "cultura nómada" que rezuma su escritura. En todo lo que ha escrito Maalouf persiste una figura permanente, la del viajero que se siente extranjero en todas partes. Crítico contra la intolerancia y a favor del diálogo entre opuestos, del respeto al otro mejor que la tolerancia y del abordaje de la historia sin prejuicios, pocos escritores han logrado plasmar como él la realidad del exilio: "Siento que tengo la obsesión del extraviado, de alguien que siempre está aleján-

dose del centro. Vagabundo, doméstico, me olvido de mí mismo, me imagino yendo a lugares que desconozco, sin saber adónde voy".

Tras recorrer diversas partes del mundo como corresponsal de guerra (entre otros acontecimientos relevantes, asistió a la caída de Saigón, al final de la guerra de Vietnam), Amin Maalouf se exilió en Francia a mediados de los años 70 y, a principios de los 80, publicó la primera de sus obras que tuvo una cierta resonancia, el ensayo *Las Cruzadas vistas por los Árabes*, aunque su primer gran éxito tuvo lugar poco tiempo después con la novela *León el Africano*, lo que le permitió dejar el periodismo y dedicarse por entero a la literatura: "No procedo de ningún país, de ninguna ciudad, de ninguna tribu. Soy hijo del camino, caravana es mi patria y mi vida la más inesperada travesía". Le siguieron *Samarcanda* (centrada en el poeta y sabio persa Omar Khayyam) y otras varias novelas, en las que vuelve a utilizar la estrategia de la búsqueda de un libro para envolver la trama, que lo consagraron como una figura importante dentro del ámbito de la novela histórica. *Las Escalas de Levante*, publicada a mediados de los años 90, aborda por primera vez la guerra del Líbano, tema que será recurrente en la posterior obra de Maalouf.

En *El viaje de Baldassare*, el protagonista es un comerciante de objetos de arte y libros raros, que deberá emprender un viaje en busca de un libro maldito en el que se profetiza el final de los tiempos. En su periplo, que transcurre en el año 1666 (año del Anticristo), Baldassare atraviesa el Mediterráneo y conoce el odio, la xenofobia y los desequilibrios norte-sur. Tras *El viaje de Baldassare*, Maalouf recorre en *Orígenes* la saga de su familia a lo largo de un siglo, invocando a sus antepasados cosmopolitas y a sus fantasmas, explorando en las leyendas que han corrido de la boca de sus abuelos a la de sus padres. Al escritor libanés le gusta hablar de orígenes porque "olvidar sería injusto", pero no de raíces: "La palabra 'raíces' no me gusta, y la imagen todavía menos. Las raíces se hunden en la tierra, se retuercen en el fango, se propagan entre tinieblas; mantienen cautivo el árbol desde que nace y lo alimentan a cambio de un chantaje: si te liberas, morirás".

Tahar Ben Jelloun ha hecho de su Marruecos natal, sobre todo de las ciudades (Fez, Tánger, Tetuán, Casablanca, Rabat) en donde transcurrió su vida hasta su definitivo establecimiento en París hace casi medio siglo, el personaje principal de su obra, en la que destaca *La noche sagrada*, una fábula en torno a la identidad iniciada con *El niño de arena*: "En todo su esplendor, en sus contradicciones, sus cualidades, sus defectos, lo que me interesa es un país que intento descubrir y captar. Ya sea el Marruecos de la corrupción, el de la belleza física, de los paisajes, de la generosidad o la pobreza". Afir-

ma sentirse influido por los escritores del "boom latinoamericano" y se considera "como en casa" en los países sudamericanos y en los de la ribera mediterránea europea. Desde los atentados de las torres gemelas de Nueva York ha tratado de explicar en diferentes ensayos pedagógicos qué es el Islam, qué significa ser musulmán, así como los movimientos sociales que dieron lugar a la llamada "primavera árabe", tratando de contribuir con sus alegatos a favor de la convivencia intercultural.

El libro *Oración por el ausente* da cuenta del periplo de un grupo de vagabundos que se hacen cargo de un niño recién nacido en el cementerio de Fez y decide atravesar Marruecos de norte a sur, peregrinando por ciudades y pueblos, viajando de cuento en cuento hasta la tumba del jeque Ma El Ainin, héroe de la resistencia marroquí. Pero, en realidad, se trata de un itinerario sin descanso, tierra adentro, al interior de sí mismo.

Dos de sus últimos libros, *Partir* y *El retorno*, siguen las reflexiones expuestas en muchos de sus artículos en diarios y revistas acerca de la emigración, el exilio y la errancia. Con *Partir*, Ben Jelloun quiere ir más allá de lo que significa emigrar, tanto si se trata de forma ¿legal? como de forma ¿illegal?: la posibilidad de no retorno, lo que supone el abandono de los valores y de la cultura en los que alguien como Azel, el personaje central de la novela, se ha criado, y eso puede llevar a la autodestrucción. *El retorno* es el viaje inverso. La ruptura con el día a día habitual en su trabajo lleva a Mohamed, un inmigrante marroquí en Francia, a tomar la decisión de volver a su Marruecos natal y construir una casa en la que espera recibir cada año a sus hijos, pero puede que eso no ocurra.

Pocos artistas como la argelina Assia Djebar (Fatima-Zohra Imalhayène), escritora, historiadora y cineasta, han sabido plasmar lo que existe más allá del silencio de la mujer árabe y expresar de una manera tan profunda el grito por su libertad. Dotada de la magia de los cuentistas orientales para contar historias, Djebar utiliza la lengua francesa de una manera exquisita, tejiendo las frases con distintos hilos: memoria, evocación histórica o literaria, referencias sociales, experiencias o sentimientos personales, pero siempre con sencillez y claridad, a veces incluso de un modo intimista. Dice reconocer solo una regla: "no practicar más que una escritura de necesidad", y confiesa que no habría iniciado con ardor su carrera literaria si no hubiera podido recorrer anónimamente las calles de las ciudades, como una transeúnte curiosa. Ha sido profesora en universidades europeas y americanas y ha vivido largo tiempo en Francia, pero se trataba de un "alejamiento próximo" a su Argelia natal para poder disponer de una perspecti-

va más amplia con la que plasmar la historia de su país y su propia historia, para sentir "la necesidad imperiosa de no olvidar". *El amor, la fantasía, Sombra Sultana, Grande es la prisión y El blanco de Argelia* componen su célebre Cuarteto argelino.

Nacido en Tremecén, en la frontera entre Argelia y Marruecos, Mohamed Dib es un autor prolífico, de espíritu combativo, cuyos libros abarcan poesía, novela, cuento, ensayo y teatro. Además, Dib fue un viajero infatigable, desde una orilla del Mediterráneo a la otra, pero también a las de otros mares (aparte de Francia, en donde residió desde su exilio hasta su muerte, vivió largas temporadas en Estados Unidos y Finlandia), lugares que aparecen reflejados en su vasta obra, que alcanza su punto álgido a partir de su Trilogía *Argelia*, conforme va rompiendo los moldes narrativos hasta crear una escritura propia, convergente de diversos géneros, en la que expresar sus inquietudes sobre la identidad, la alteridad, la memoria, el exilio y los conflictos humanos y sociopolíticos de la segunda mitad del siglo XX.

Algo más complejo, pero no por ello menos interesante, resulta el estilo del también argelino Rachid Boudjedra, autor de un buen racimo de poemas, novelas y ensayos, en los que la urdimbre literaria sirve de soporte para luchar contra la hipocresía de la sociedad árabe-musulmana y criticar la situación sociopolítica de su país, del que tuvo que exiliarse durante años. Defensor de los derechos humanos y del diálogo entre las diversas culturas del Mediterráneo, trata de poner a su pueblo "en el avenir del tiempo" y afirma estar obsesionado por la libertad del ser humano, sus verdades, su cobardía: "lo que yo llamo el *magma humano*".

Tampoco deben caer en el olvido aquellos escritores promotores de la criollización como "un mestizaje consciente de sí mismo". El primero de ellos es Edouard Glissant, poeta, novelista y ensayista nacido en Martinica, quien considera el mestizaje como el único futuro posible para la humanidad. Pero este intercambio enriquecedor y permanente entre gente de distinta cultura ("puedo cambiar intercambiando con el otro, sin perderme ni desnaturalizarme") ha de tener lugar en lo que él llamó la *mundualidad*, concepto opuesto a la mundialización, "el reglamento universal" que lo ahoga todo. La *mundualidad* es la posibilidad de cada cultura para reafirmarse en las otras, una manera de pensar la historia no como algo cerrado (un continente), sino como algo abierto (un archipiélago). Para Glissant, la *mundualidad* "es la aventura de vivir sin precedente que nos es dada a todos hoy, en un mundo que, por primera vez, de manera real e inmediata, fulminante, se concibe a la vez como múltiple y único e inextricable. También es

la necesidad para cada persona de tener que cambiar sus modos de concebir, de vivir y de reaccionar en este mundo".

En sus últimas obras, y notablemente en la novela *Todo-Mundo* y el ensayo *Tratado del Todo-Mundo*, Glissant propuso el concepto que les da título y que abarca el espacio global donde se procesan los intercambios surgidos de la relación; se define como "el universo que cambia y perdura intercambiándose y la visión que tenemos de este universo". Glissant trata de superar el concepto de "negritud" (una reivindicación del origen africano y su cultura como rasgo identitario caribeño, impulsado por el también martiniqués Aimé Césaire, el guyanés Gontran Damas y el senegalés Léopold Séedar Senghor), al que considera un elemento necesario en el pasado para rebelarse contra la colonización, pero insuficiente en el momento presente, en el que la realidad antillana está compuesta por una serie de relaciones más complejas, a veces cargadas de elementos divergentes. Por eso, propone una nueva vía, acaso una visión poética del mundo, que trata de preservar su diversidad, superando las culturas atávicas, producto del mito fundacional y de la "raíz de la tierra", a través de las culturas compuestas, basadas en un "rizoma de interrelaciones". Ya no hay necesidad de la "posesión del territorio", porque la "huella" no está anclada en el territorio, sino que se transita en el camino y en el tiempo como "el errabundo y violento derrotero del pensamiento compartido".

Otro de los grandes escritores martiniqueños es Patrick Chamoiseau, colaborador de Glissant en distintos trabajos de reivindicación de la identidad y el imaginario antillanos y autor de una decena de obras, en las que crea un lenguaje mestizo, el "francés chamoisizado" (Milan Kundera), en el que el lenguaje creole y la oralidad quedan integrados con naturalidad en la lengua francesa. Entre ellas destacan la trilogía autobiográfica *Una infancia criolla* y las novelas *Crónica de las siete miserias* y *Texaco*, ganadora del Premio Goncourt, en donde el autor indaga con realismo, pero también con trazos de humor rabelaisiano, los dos últimos siglos de Martinica a través del hilo narrador de Marie-Sophie, una mujer anciana que le relata su vida y la de los suyos al "escribidor de palabras", conforme va desgranándole fábulas, leyendas, mitos, lugares, sueños y recuerdos. Junto con otros dos importantes intelectuales de su país, Jean Bernabé y Raphael Confiant, es autor del manifiesto *Elogio a la creolidad*.

Fuera de Martinica es necesario destacar a dos narradores y ensayistas, pero sobre todo poetas. Se trata del guadalupense Ernest Pepin ("La isla es un corazón que toca/ un tambor sobre la mar") y del haitiano René Depes-

tre, quien a pesar de su largo exilio en Francia y en Cuba, a causa de la dictadura de François Duvalier (el siniestro "Papá Doc"), siempre tuvo presente en el recuerdo a su isla caribeña: "El porvenir pereció en la frente del viajero./ El horizonte se fue, quedó solo en el mundo:/ ¿qué tiempo de esperanza hará en el país natal?". El "alegre nómada antillano" insiste en la necesidad de superar la negritud en su ensayo *Buenos días y adiós a la negritud*.

De origen sefardita bosnio, Clarisse Nicoïdsky escribió su obra narrativa en francés, pero su obra poética en ladino: "nuestro español", "la lengua de los escondidos". Y es en este contexto donde aborda el problema de las migraciones como un mar en el que todo se dispersa y la necesidad de tender la mano al otro: "Una mano tomó la otra/ le dijo que no se escondiera/ le dijo que no se angustiara/ le dijo que no se asustara/ una mano tomó la otra/ puso un anillo en el dedo/ puso un beso en la palma/ y un puñado de amor/ las dos manos se juntaron/ lograron una fuerza/ capaz de derribar los muros/ y de abrir los caminos".

El viaje en la literatura en lengua italiana desde la II Guerra Mundial

Nacido en Cuba, Italo Calvino fue uno de los intelectuales más interesantes del siglo XX. Lector empedernido desde niño, su escritura pasó por distintas fases creativas: desde el neorrealismo de los primeros años (la mayoría de los cuentos de *Los amores difíciles*, entre los que se encuentra *La aventura de un viajero*, que cuenta la historia del viaje nocturno desde una ciudad de la Italia septentrional hasta Roma de un hombre en busca de su amada) al arte combinatorio de su producción literaria de los años más maduros, bien apreciable en *Las ciudades invisibles*, quizás su libro más poético: "Creo haber escrito algo como un último poema de amor a las ciudades, cuando es cada vez más difícil vivirlas como ciudades". En medio, el periodo fantástico de *El barón rampante* y otras narraciones fabulosas y el mucho tiempo dedicado a escribir acerca de los otros. *Palomar* es su viaje interior, la gran reflexión final sobre la vida y la muerte, el hombre y el universo: "Un hombre se pone en marcha para alcanzar, paso a paso, la sabiduría. Todavía no ha llegado".

Centrándonos en *Las ciudades invisibles*, hay que decir que se trata de un texto planteado como una discusión, unas veces implícita y otras explícita, sobre la ciudad moderna y sobre las razones secretas que han llevado a los hombres a vivir en las ciudades: "Las ciudades son un conjunto de muchas cosas: memorias, deseos, signos de un lenguaje; son lugares de trueque, como explican todos los libros de historia de la economía, pero estos trueques no lo son sólo de mercancías, son también trueques de palabras, de deseos, de recuerdos". Como ejemplo, la descripción de una de estas ciuda-

des imposibles: "Una descripción de Zaira tal como es hoy debería contener todo el pasado de Zaira. Pero la ciudad no cuenta su pasado, lo contiene como las líneas de una mano, escrito en las esquinas de las calles, en las rejas de las ventanas, en los pasamanos de las escaleras, en las antenas de los pararrayos, en las astas de las banderas, cada segmento surcado a su vez por araños, muescas, incisiones, comas".

En realidad, se trata de una especie de reescritura del *Libro de las maravillas de Marco Polo*, en el que el mercader veneciano cuenta a Kublai Khan, el emperador de los tártaros descendiente del Gengis Khan, una serie de relatos de viaje acerca de ciudades que solo son en su mundo imaginario. Y, entre todo ello, el aventajado discípulo de Borges nos deja esta perla: "Pero ahí está la grandeza de la literatura: Es un viaje que nos permite llegar a cualquier parte, pero que debemos emprender solos ya que, por largo que sea el camino, al final el viajero siempre retorna al origen de todo, a sí mismo".

Otras "crónicas viajeras" dignas de mención son: *Ermitaño en París*, una delicada dedicatoria llena de amor a París, ciudad de la que se iría apropiando a través de su propia experiencia y también mientras recorre el camino de los otros: la lectura de muchos libros inolvidables: Victor Hugo, Dumas, Baudelaire, Balzac, Proust..., y *Diario norteamericano*, aparentemente una serie de cartas enviadas a un amigo sobre las impresiones y experiencias de su viaje a los Estados Unidos, pero, en el fondo, un análisis lúcido, ilustrado y divertido de la compleja sociedad norteamericana. También resulta curiosa *Si una noche de invierno un pasajero*, la novela sobre las dificultades y el placer de leer novelas, que comienza en una estación de ferrocarril, entre un vaivén de pistones y una nube de humo, y que más adelante contiene esta reflexión sobre los viajes en avión: "Volar es lo contrario del viaje: atraviesas una discontinuidad del espacio, desapareces en el vacío, aceptas no estar en ningún lugar durante un tiempo que es también una especie de vacío en el tiempo; luego reapareces, en un lugar y en un momento sin relación con el dónde y el cuándo en que habías desaparecido".

El romano Alberto Moravia (Alberto Pincherle) fue, además de un candidato repetido al Premio Nobel de Literatura, un amante del cine, eurodiputado por el partido comunista italiano y un apasionado de los viajes hasta el final de sus días (quizás para compensar que había sido "joven muy tarde"). Su destino preferido fue África, un continente del que decía que era donde la naturaleza tenía más fuerza. Dejó escritos un par de buenos libros sobre sus viajes por tierras africanas: *Paseos africanos, ¿Tú de qué tribu eres?* y *Cartas desde el Sáhara*. Ante la visión de determinados paisajes, como el

del famoso cráter del Ngorongoro, Moravia dice sentir una extraña y contradictoria sensación: lo real parece artificial, y lo artificial, real. Podría decirse que, en buena medida, son fruto del arte y la imaginación y no de los fenómenos físicos de la naturaleza. El escritor romano también nos dejó las huellas de sus zapatos y de su escritura en otros continentes, aparte de dedicarle a su ciudad algún título, como *El viaje a Roma*, en el que relata la historia de un joven estudiante, con aspiraciones de poeta, que viaja a Roma para conocer a su padre. Moravia consideraba que viajar es buscar en otras partes lo que se cree que no se puede encontrar en casa, una prueba que, aunque a veces puede no resultar agradable, siempre viene bien para la salud. Hizo de la literatura su razón y su pasión: "en la literatura está Dios, el diablo, el futuro, el pasado, el resto, todo".

En el año 1961, poco antes de acabar la tormentosa relación con su primera esposa, la también escritora Elsa Morante, emprendió en su compañía y en la del cineasta Pier Paolo Pasolini un largo viaje a la India que tuvo un magnífico resultado literario: los dos amigos escribieron sus impresiones, breves y, en gran medida, contradictorias en sendos libros: *Una idea de la India* (Moravia) y *El olor de la India* (Pasolini), dos textos que van más allá de la literatura de viajes y entran en el terreno de la espiritualidad.

Además de narrar las peripecias de su viaje, la idea de la India que ofrece Moravia es una penetrante visión no solo sensorial, sino también religiosa, del subcontinente asiático, a través de sus gentes y de sus animales sagrados, pero también de sus colores y de sus olores, de sus montañas y llanuras, selvas y desiertos, ciudades amuralladas y pueblos perdidos, puertas de sus templos y las ventanas de sus paisajes: Amanta, Benarés, Calcuta, el río Ganges, Chattarpur, Tanyore, el Taj Mahal, Khajuraho... Para presentar su texto, Moravia escoge la forma del diálogo socrático. Una voz le pregunta a la otra, a la vuelta del viaje, si se ha divertido en la India. A partir de aquí se desarrolla una interesante charla que resume todo el libro y ahonda en una explicación imposible de un país único.

La India de Pasolini es más lírica, menos pragmática. El artista boloñés deja trazos de su habilidad para la descripción y de su compleja personalidad mostrando, por una parte, la fascinación de lo desconocido y, por otra, el horror de unas condiciones de vida que, a veces, llegan a hacerse insoportables: "Aunque la India sea un enfermo de miseria, vivir en ella es maravilloso porque carece casi totalmente de vulgaridad". Sobre el carácter de los hindúes, afirma Pasolini: "Los indios nunca están alegres: sonríen a menudo, es cierto, pero se trata de sonrisas de dulzura, no de alegría".

Leonardo Sciascia interpretó el mundo a través de su Sicilia natal y de los sicilianos, protagonistas de la mayoría de sus obras, incluso de las que no transcurren en la isla del silencio y de los mitos: "Sicilia ofrece la representación de muchos problemas, de muchas contradicciones, no sólo italianos sino también europeos, hasta el punto de constituirse en la metáfora del mundo moderno". Su producción literaria, que abarca el ensayo, el relato corto y la novela, da muestra de una capacidad de exploración inagotable de ese espacio donde la verdad puede alcanzar su plenitud. Se trata de la obra de un verdadero "hombre de letras", que consideraba que "la estructura de las novelas policiacas es la mejor para contar historias" y procuraba ser "ensayista en el cuento, narrador en el ensayo". Aparte de su prolífica labor literaria, el de Ramalcuto fue maestro, periodista y "conciencia crítica de Italia" en lo moral y en lo político.

En *El largo viaje* Sciascia recrea el frustrado viaje a América de un grupo de sicilianos engañados tanto por un pirata desaprensivo que ha saqueado sus bolsillos como por el espejismo de sus ensueños. Una escena desgraciadamente repetida a diario en nuestros días en las rutas marítimas de la emigración africana hacia Europa: "Era una noche que parecía hecha adrede, un coágulo de oscuridad que pesaba en cada movimiento, como la respiración de esa bestia que es el mundo, el sonido del mar daba miedo: un resuello que iba a apagarse a los pies de ellos.// Allí estaban, con sus maletas de cartón y sus líos de ropa, de pie sobre la playa pedregosa, resguardada por las colinas (...), algunos de ellos veían el mar por primera vez y se espantaban ante la idea de tener que atravesarlo entero, desde aquella desierta playa de Sicilia, de noche, hasta llegar a otra playa desierta de América, también de noche. Porque el trato había sido éste".

El mar color de vino, cuento que da título a una colección de ellos, refleja la tensión entre lo universal y lo local, entre un mundo continental cambiante, abierto y lleno de impurezas y otro, el insular, de carácter cerrado y tradicional. Y, en medio de ambos mundos, el mar que parece vino, que no embriaga, pero que se apodera de los pensamientos.

Sciascia decía "tener a España en el corazón", se interesó vivamente por los siglos de historia compartida entre España y Sicilia y se reconocía un gran admirador de la literatura española, especialmente en lo referente a las dos grandes generaciones poéticas: la del 98 y la del 27, a José Ortega y Gasset y, sobre todo, a Cervantes y *El Quijote*, obra en busca de un lector ocioso que sepa "leer con gozo", a la que se refiere como llena de verdades variables que, al cambiar, dejan algo que contribuye a la verdad, siempre

por alcanzar. Tras la llegada del régimen democrático, viajó en numerosas ocasiones a nuestro país. Poco antes de su muerte, publicó *Horas de España*, una recopilación de artículos, en los que Sciascia reflexiona acerca de la cultura española y repasa nuestra historia y literatura, con el impagable complemento de las bellas fotografías de Ferdinando Scianna.

Durante sus años universitarios, el toscano Antonio Tabucchi realizó numerosos viajes por Europa, siguiendo las huellas de sus autores preferidos. En uno de ellos descubrió Lisboa, ciudad a la que dedicaría muchas de sus páginas y por la que mostraría verdadera pasión a lo largo de toda su vida. El amor por Lisboa y por la lengua y literatura portuguesas le había llegado por su amor a la obra de Fernando Pessoa, su gran referente.

Antonio Tabucchi viajó mucho. Y, aparte de sus grandes obras narrativas, como *Sostiene Pereira*, su conocida novela acerca de ese tiempo en que Europa estuvo recorrida por los fantasmas de los totalitarismos y la necesidad del compromiso en la lucha contra sus devastadores efectos, escribió sobre sus viajes, si bien deja claro que: "Soy un viajero que nunca ha hecho viajes para escribir sobre ellos, algo que siempre me ha parecido una estupidez. Sería como si uno quisiera enamorarse para poder escribir un libro sobre el amor".

303

Viajes y otros viajes no es un libro de viajes común, es una obra singular. En cada uno de sus destinos Tabucchi va descubriendo la diversidad del mundo, pero lo hace mirando y disfrutando no solo de la belleza que le ofrece cada uno de los múltiples lugares que visita, sino también rememorando las lecturas en las que los había descubierto o aquellas otras que le habían despertado el ansia de conocerlos. Porque "un lugar nunca es solo 'ese' lugar: ese lugar somos en cierto modo nosotros también". Además, el libro se abre a lugares visitados por persona interpuesta: las ciudades fantásticas de los escritores, las geografías imaginarias, las historias literarias. En uno y otro caso, Tabucchi nos invita a movernos y a regresar, para descubrirnos a nosotros mismos a través de los demás.

Tiziano Terzani vivió en diferentes países del mundo: Sudáfrica, Japón, China, Estados Unidos..., bien por motivos de trabajo en la empresa Olivetti, bien por razones de estudio o como reportero, en la paz y en la guerra, de distintos periódicos europeos, labor que ejerció de manera tan brillante como independiente: "Me fascinó la profesión de periodista, que para mí se convirtió en una forma de vida, porque me dio la oportunidad de estar siempre en primera línea, hacer las preguntas más impertinentes, vigilar a los

poderosos, y luego contar lo todo". Terzani supo mirar como pocos la mayoría de los hechos determinantes del convulso siglo XX: el apartheid sudafricano, la sociedad americana, la soviética y la guerra fría entre ambos países, la China maoísta, la guerra de Vietnam, la guerra de los Balcanes o el derrumbamiento de las Torres Gemelas, siempre con una mirada comprometida y una actitud sin arrogancia, tratando de comprender las razones del otro y de romper el círculo vicioso de la venganza (*Cartas contra la guerra*). De todo su periplo, seguramente fue su experiencia asiática en ciudades como Pekín, Tokio, Singapur, Nueva Delhi, Bangkok, Hong Kong, Saigón... la que influyó más decisivamente en su vida y en su obra.

Entre sus principales textos literarios conviene señalar: *Piel de leopardo*, relato de la experiencia de un corresponsal en la guerra de Vietnam; *La puerta prohibida*, donde da cuenta de sus andanzas en China; *Buenas noches, señor Lenin*, un itinerario por las 15 repúblicas que componían la URSS en el momento de su disolución; *Un adivino me dijo*, un viaje al corazón mágico de Oriente y los intrincados caminos que conducen al conocimiento y la espiritualidad, y *En Asia*, una recopilación de los artículos realizados durante veinticinco años acerca del continente asiático y en los que deja patente su idea del viaje como "escuela de vida". En el caso de *Otra vuelta del tiovivo*, se trata de un viaje a la búsqueda de una cura para el cáncer entre la medicina científica occidental y la medicina alternativa asiática: "...Viajar ha sido siempre para mí una manera de vivir, y ahora había tomado la enfermedad como otro viaje: un viaje involuntario, no previsto, para el que no tenía mapas geográficos, para el que no me había preparado de ninguna manera, pero era el que requería más compromiso, el más intenso de todos los viajes hechos hasta el momento". Viendo acercarse el final de sus días, en 2008 Terzani decidió poner por escrito el gran viaje de su vida, y lo hizo en forma de las valiosas conversaciones que mantiene con su hijo Folco en *El fin es mi principio*. Sin duda, el florentino fue fiel a su lema: "Vive una vida en la que te reconozcas".

Nacido en Trieste, Claudio Magris ha vivido la mayor parte del tiempo en su ciudad natal, una de las capitales más cargadas de literatura de la vieja Europa, a la que él también ha dedicado muchas de las páginas nacidas de su pluma en su vagar y divagar en una de las mesas de hierro colado del café San Marcos, su pequeño mundo convertido en el Mundo. Desde hace tiempo compagina su labor docente y literaria con la traducción, las colaboraciones periodísticas y sus viajes. Su obra es una especie de rica mixtura entre lo narrativo, el ensayo y el relato de viajes, transcendida por el mito de la frontera ("entiendo la frontera como puente, no como barrera o barri-

cada"), su anhelo de una Europa unida y diversa, su experiencia vital hecha de "vivir, viajar y escribir" y su personal mirada del mundo.

El profesor, como se le conoce en Trieste, sostiene que la literatura es un viaje de lo conocido a lo desconocido, "un viaje a través del desierto y hacia una Tierra Prometida que sabemos que no alcanzaremos, porque la verdad de la escritura es el exilio, el estar fuera de la verdadera vida". Pero también ve en ella una mezcla de utopía y desencanto, como el título de uno de sus ensayos, en el que analiza la crisis de identidad de nuestro tiempo: "La utopía que se ve a sí misma como solución final es falsa, lo mismo en el terreno social que en el individual. Y el desencanto no es una razón para no querer cambiar el mundo, sino al contrario".

Entre sus numerosos y variados trabajos sobresalen algunos de sus relatos más viajeros. *Ítaca y más allá* es un libro hecho a base de artículos-ensayos publicados en la prensa diaria, en el que plantea los "fuera" y los "dentro", revela a Trieste como "una promesa no mantenida" y, acaso por ello, "lugar de escritura", y plantea que la patria por la que se siente nostalgia no existe realmente en ningún lugar, porque ningún lugar ofrece una identificación completa. Como más tarde expondrá en *Lejos de dónde*, el buen viajero no refiere su vida a una centralidad espacial concreta y, aunque se encuentre lejos de todo, en realidad nunca está alejado de nada, porque de alguna forma lleva consigo su propio centro de referencia.

El Danubio, considerada su obra maestra, es un fascinante viaje en el tiempo y en el espacio, un relato en el que el narrador recorre el viejo río desde sus fuentes nativas hasta el mar Negro, atravesando el laberinto de una decena de países centroeuropeos, a uno y otro lado del "telón de acero", mientras se va desplazando al mismo tiempo por la propia vida del autor y las estaciones de la cultura contemporánea a la búsqueda del sentido de la vida y de la historia. Se trata de una especie de "novela sumergida" en las aguas del ensayo y la narrativa, el diario y la autobiografía, la historia cultural y el libro de viajes. En definitiva, una metáfora de la existencia y de la aventura contemporánea, una odisea de la identidad desarrollada sobre el atlas de la vieja Europa y la crisis de nuestro presente, que es, a un mismo tiempo, inicio y cumbre de una nueva forma de hacer literatura.

Microcosmos, contrapunto de la geografía inmensa de *El Danubio* y tejida con diversos hilos conductores, es una auténtica guía para el descubrimiento de lugares cada vez más reducidos, territorios minúsculos en los que todo tiene su protagonismo. Contada con detalle y exquisito sentido del

ritmo, esto no le impide pasar en un momento determinado de la localización microscópica al plano panorámico.

El infinito viajar reúne cerca de cuarenta crónicas de viaje publicadas en el *Corriere della Sera*, cuyos textos abarcan un amplio espectro geográfico, debidamente ordenado, desde España hasta China y Vietnam, incluyendo un prefacio donde Magris contrapone dos formas de entender el viaje en nuestra cultura: la concepción clásica del viaje circular, de Homero a Joyce, que implica el retorno final del viajero con una identidad reafirmada, y la moderna, en la que el desplazamiento es rectilíneo y sin regreso, una odisea hacia la muerte en cuyo recorrido el viajero va cambiando su identidad, como los personajes de Robert Musil. Paisajes, personajes, anécdotas, hechos históricos, objetos cotidianos, evocaciones del pasado y del presente, que llevan acompañados los nombres de los grandes escritores que han escrito sobre ello, desde Cervantes a Günter Grass, pasando por Dostoievski, quizás en la idea de que la clave que permite salvar al viaje del mero consumismo turístico es la literatura.

Otro cariz completamente diferente tiene la obra del químico y escritor Primo Levi, uno de los pocos sobrevivientes del exterminio nazi de los judíos (*Si esto es un hombre*). El también autor de *El Sistema Periódico* dedicó su obra *La tregua* a la odisea de nueve meses que le llevó de Polonia a Italia, de Auschwitz a Turín, su ciudad natal, tras ser liberado por el Ejército Rojo una mañana fría y gris del invierno de 1945: "Cuando llegaron a las alambradas se pararon a mirar, intercambiando palabras breves y tímidas, y lanzando miradas llenas de extraño embarazo a los cadáveres descompuestos, a los barracones destruidos y a los pocos vivos que allí estábamos". Levi cierra el libro contando el modo y el tiempo que tardó en perder la costumbre de andar mirando al suelo "como buscando algo que comer", pero que lo que no consiguió fue sacudirse este sueño: "Oigo sonar una voz muy conocida; una sola palabra que no es imperiosa, sino breve y dicha en voz baja. Es la orden del amanecer en Auschwitz, una palabra extranjera, temida y esperada: a levantarse, Wstawać". Quizás fue durante esta larga caminata, en la que sus zapatos ya tenían cordones y no resultaban el tormento insopportable de sus días de caminar por los barrizales del campo de concentración, cuando reflexionó acerca de lo ocioso que resulta "demorarse en compadecer la condición humana, y es obligatorio dedicarse a mejorarla".

En *Si ahora no, ¿cuándo?*, el turinés construye la no menos impresionante historia de una banda de partisanos judíos que emprende una extenuante

marcha por el este de Europa en las postrimerías de la Segunda Guerra Mundial con la firme voluntad de salvar la vida. Haciendo frente a la incertidumbre de cada instante, sobreponiéndose al hambre, al frío y a la enfermedad, unidos en ocasiones a otros resistentes, participando en sabotajes y con la muerte pisándoles sus cada vez más delgadas sombras, los protagonistas de esta novela épica atraviesan de norte a sur el desolado continente europeo hasta llegar a Italia, con la esperanza de asentarse en una nueva tierra prometida.

El conocido ensayista y semiólogo Umberto Eco se consagró como narrador con la novela *El nombre de la rosa*, pero es en su *Historia de las tierras y los lugares legendarios* donde da cuenta de cómo desde tiempos muy remotos la humanidad ha fantaseado con lugares que se han considerado reales, como la Atlántida, el país de las Hespérides, la última Thule, el reino de Saba y el del Preste Juan, las Islas Afortunadas, El Dorado, los caminos para llegar al santo Grial, el país de Jauja, las islas de la utopía, la Tierra austral y el misterioso reino subterráneo de Agartha. El libro, acompañado de una amena redacción, de espléndidas ilustraciones y de una selección de textos clásicos al cierre de cada capítulo, recorre estos territorios, la mayoría de ellos inspiradores de fascinantes leyendas y representaciones artísticas y estimulantes de viajeros y exploradores en busca de una ilusión. En *Baudolino*, Eco se vuelve a situar en ese mundo de la Baja Edad Media donde verdad y fantasía se amalgaman en una sola realidad para narrar, a través de la voz del protagonista del mismo nombre (Baudolino parece haber recibido el don de la palabra y el arte de la mentira), el viaje emprendido por el emperador Federico Barbarroja a finales del siglo XII con el pretexto de hacer una cruzada para restituir al Preste Juan la más preciosa reliquia de la cristiandad, el Santo Grial. A pesar de su mostrada capacidad para hacer realidad sus invenciones, el piamontés Baudolino no debe olvidar que "el mundo condena a los mentirosos que no hacen más que mentir sobre lo ínfimo y premia a los Poetas, que mienten sólo sobre lo excelso". Entre el relato histórico y la novela picaresca, se trata de una auténtica parábola de la literatura.

La pasión por el mundo árabe de Angelo Arioli se ha concretado en obras como: *Islario maravilloso*, itinerario inventado de lugares fantásticos vistos o imaginados en el Océano Índico y contados por autores musulmanes de diversos orígenes (Irak, Persia, Marruecos, España) y condición (comerciantes, geógrafos, viajeros y compiladores) desde mediados del siglo IX hasta el siglo XV; *La periferia árabe medieval*, y *Las ciudades maravillosas. Labyrintho árabe medieval*.

Otras lenguas europeas, otros viajes

Miguel Torga es el seudónimo "de alma ibérica" del médico y escritor portugués Adolfo Correia da Rocha. Viajero por España y emigrado a Brasil en su adolescencia, es autor de un buen racimo de obras pertenecientes a distintos géneros literarios, entre ellas *Diarios*, *Portugal*, *La creación del mundo* y la antología poética *El espíritu de la tierra*.

Aunque en *El equipaje del viajero*, una recopilación de las crónicas publicadas en diarios portugueses, pueden encontrarse algunos relatos viajeros, el auténtico libro de viajes de José Saramago es *Viaje a Portugal*. El premio Nobel portugués, autor de obras tan significativas en la literatura del último cuarto del siglo XX como *El año de la muerte de Ricardo Reiss*, *El evangelio según Jesucristo* y *Ensayo sobre la ceguera*, recorre su país desde Trás-os-Montes hasta el Algarve y desde Lisboa al Alentejo, para observar y rememorar, detenerse en los lugares y en los detalles, desentrañar su pasado y descubrirnos un país que no viene en las guías; pero también para saber dónde está la realidad presente y poder encontrarse reflejado en ella. Como afirma el periodista y escritor Juan José Millás, "es la historia de un viajero dentro del viaje", algo así como si un viajero recorriese un territorio guiándose por un mapa y, poco a poco, va creando un nuevo mapa, que acaba convirtiéndose en el territorio.

Dice Pilar del Río, su compañera y traductora, que decía Saramago que a Portugal se entra por Camões..., por Eça de Queiroz..., por Fernando Pessoa..., y que él salió de su país para entrar con ojos nuevos: "Lo recorrió de Norte a Sur y de Este a Oeste. Utilizó carreteras secundarias, caminos vecinales y todos los desvíos que le llevaban al interior de las cosas. Eligió describir piedras en vez de paisajes, aldeas en vez de palacios, un cuadro de una esquina frente al gran retablo mil veces reproducido por su innegable belleza (...). *Viaje a Portugal* no es una guía, es un testamento, una manera de mirar y ver. De descubrir la huella de la mano que levantó el monumento, la respiración de las piedras, el latido extremo de una civilización que se acaba y nadie puede decir si para bien". Y entre las huellas que va dejando el escritor se encuentran frases como estas: "La felicidad tiene muchos rostros. Viajar es uno de ellos (...). El viaje no acaba nunca. Sólo los viajeros acaban. E incluso éstos pueden prolongarse en memoria, en recuerdo, en relatos (...). El fin de un viaje es sólo el inicio de otro. Hay que ver lo que no se ha visto, ver otra vez lo que ya se vio, ver en primavera lo que se había visto en verano, ver de día lo que se vio de noche, con el sol lo que antes se vio bajo la lluvia, ver la siembra verdeante, el fruto maduro, la piedra que ha cambiado de lugar, la sombra que aquí no estaba. Hay que volver a los pa-

sos ya dados, para repetirlos y para trazar caminos nuevos a su lado. Hay que comenzar de nuevo el viaje. Siempre. El viajero vuelve al camino".

En *El viaje del elefante*, Saramago rememora, mezclando hechos reales e inventados, el regalo con el que el rey Juan III de Portugal agasajó, a mediados del siglo XVI, al archiduque Maximiliano de Austria: un elefante asiático llamado Salomón, cuya entrega requirió un viaje épico desde Belem hasta Viena, previo paso por Valladolid. Valiéndose de tan insólito viaje, el autor hace una reflexión sobre el sentido de la vida y la permanencia de las flaquezas humanas a lo largo de la historia. En una de las páginas de este libro que el autor prefiere llamar cuento mejor que novela, dice: "El pasado es un inmenso pedregal que a muchos les gustaría recorrer como si de una autopista se tratara, mientras otros, pacientemente, van de piedra en piedra, y las levantan, porque necesitan saber qué hay debajo de ellas. A veces les salen alacranes y escolopendras (...), pero no es imposible que, al menos una vez, aparezca un elefante", para asegurar, ya en el epílogo, que "siempre acabamos llegando a donde nos esperan".

El rumano Mircea Eliade, además de filósofo y destacado historiador de las religiones (*Historia de las creencias y de las ideas religiosas*, *El mito del eterno retorno*), fue un excelente narrador, que tuvo la virtud de hacerlo en varias lenguas, sobre todo en rumano, francés e inglés, pero cuyo antisemitismo y defensa del ideario nazi, en su singular versión del fascismo rumano, le impidió alcanzar la altura moral que intelectualmente sí alcanzó con sus libros. Eliade fue al mismo tiempo que un hombre de pensamiento, un hombre de acción y un auténtico trotamundos: primero recorrió su país natal, luego se marchó a la India, al inicio de la Segunda Guerra Mundial se instaló en Portugal como agregado cultural en la embajada de su país, durante la posguerra vivió en Francia, y, a finales de los años 50, se trasladó a Estados Unidos para trabajar en la Universidad de Chicago. Sus textos de viaje forman parte de su escritura autobiográfica, siempre realizada a partir de sus diarios. En *Las promesas del equinoccio* y *Las cosechas del solsticio*, el lector ya puede encontrar algunas de las claves de su trajinar viajero. También en los dispersos volúmenes anteriores: *Diario íntimo de la India*, *Fragmentos de un diario*, *Diario portugués*, *Diario. 1945-1969*.

El intelectual y humanista Sándor Márai abandonó Hungría en 1948, huyendo del comunismo y su programa de uniformización colectivizada, para refugiarse en Italia y, tras unos años de vida errante junto a su familia, instalarse definitivamente en Estados Unidos (Nueva York y San Diego), donde se suicidó poco antes de la caída del Muro de Berlín. El exilio fue el precio

que tuvo que pagar Márai por su libertad (unos años antes también lo había hecho por su oposición al régimen del almirante Miklos Horthy). En la tercera y última parte de *¡Tierra, tierra!*, el autor de *El último encuentro* hace de su viaje por Suiza, Italia y Francia después de la guerra y su vuelta a Hungría una de las descripciones más desgarradoras y frías de la indiferencia europea ante lo que está pasando en su país y la apacible aceptación del desmoronamiento moral con el que se va asumiendo el totalitarismo soviético, cuyo implacable aparato es capaz de aniquilar el amor propio y la dignidad de los individuos, con la consiguiente pérdida de identidad de las sociedades sometidas por el poder del régimen comunista. Para el escritor, es el final de la cultura occidental y se pregunta: "¿dónde está mi sitio?". En una Europa que se ha vuelto invisible solo encuentra una respuesta: en la lengua húngara. Márai nos deja un impresionante retrato de la Europa salida de Yalta, junto a profundas reflexiones filosóficas, entre ellas una precisa descripción del comportamiento humano en situaciones límite.

A diferencia de Sandor Márai, a Imre Kertész le tocó vivir en "el desierto sin expectativas de la cotidianidad que aquí se llamaba socialismo", porque "sabía perfectamente que, si me iba de aquí, donde la gente hablaba mi lengua, nunca más volvería a escribir". El narrador y ensayista sobrevivió a los campos de concentración de Auschwitz, Buchenwald y Zeitz, adonde fue deportado siendo adolescente y tratado como uno de otros tantos miles de "no-hombres". Él, que no hablaba hebreo ni practicaba el judaísmo, la persecución lo hizo irremediablemente judío. Tras su liberación, volvió a Hungría, su país natal, con el que mantuvo desde entonces una difícil relación, viviendo como un exiliado bajo la dictadura comunista y usando la escritura para sobrevivir al estalinismo y al kadarismo ("comunismo gulash"), también para ayudarnos a los demás a seguir siendo humanos: "Sólo poseo una identidad, la identidad del escribir". A partir de su primer libro, *Sin destino*, su obra, de marcado carácter filosófico (el pensamiento domina la narración), ha estado definida por una profunda interrogación ética sobre la que planea la sombra de los totalitarismos del siglo XX. Para Kertész, "todos mis libros son parte de una gran novela, es decir, de una sola novela extensa, alargada", quizás porque pensaba que: "De Auschwitz solo se puede escribir una novela negra, o con todo el respeto, un folletín en el que la acción comience en Auschwitz y se extienda hasta nuestros días". Considera que el Holocausto no es un asunto interno entre judíos y alemanes, sino el punto final de la crisis moral y espiritual de Occidente.

El trasfondo sociopolítico de la transición al capitalismo de los regímenes comunistas tras la caída del Muro de Berlín es analizado en *Yo, otro. Cróni-*

ca del cambio desde la perspectiva personal de alguien a quien la dictadura comunista había hecho invisible. Escrito a la manera de un diario sin fechas, a lo largo de un viaje por las grandes capitales europeas (Viena, Hamburgo, Berlín, Múnich, Basilea, París, Budapest...) y por Tel Aviv, Kertész reflexiona sobre los cambios en la forma de vida y los fenómenos sociales que siguieron a la transformación de los países del bloque soviético, aunque en realidad lo que más le interesa al autor es el proceso de evolución de su propia identidad, el viaje existencial de ese "yo extraño arraigado en mí", preguntándose continuamente si el yo es algo inamovible o está sujeto al cambio, como el río que fluye de manera constante.

"El gulag y los campos de concentración son la misma cosa. Ambos regímenes son la realización de un nuevo totalitarismo político que la humanidad creó en el siglo XX, y que obligó a la gente a ser víctima o verdugo. Hitler decidía quién era judío y el Partido Comunista quién era un burgués (...). He vivido tanto en el sistema nazi como después en el comunista, y he observado que, en ambos casos, el poder transforma profundamente los cimientos del ser humano. Describir ese proceso es el núcleo de mi obra", apostilla el primero de los escritores húngaros en conseguir el Premio Nobel de Literatura.

Especialmente crítico con el socialismo soviético fue el premio Nobel Aleksandr Solzhenitsyn, quien a través de su obra (*Un día en la vida de Iván Denísovich, Archipiélago Gulag, Trópico de Cáncer*) contribuyó a dar a conocer el gulag, el sistema de campos de trabajos forzados de la Unión Soviética en el que él estuvo preso durante más de una década, y el tumoroso régimen estalinista, poniendo ante los ojos de Occidente "el infierno de la verdad" (Raúl del Pozo). Después de su experiencia carcelaria, primero tuvo que soportar un largo exilio interior, llevando una vida de escritor clandestino, y luego sufrió un destierro (vivió en Alemania, Suiza y, sobre todo, en Vermont, Estados Unidos), cuya perpetuidad fue interrumpida por la disolución de la URSS, lo que le permitió volver a Rusia (todos los días soñaba con ello) en 1994, veinte años después de su salida.

Otro premio Nobel ruso, Joseph Brodsky, dedicó a Venecia una obra en prosa, *La marca del agua*, en la que resume sus reflexiones de diecisiete viajes realizados a lo largo de otros tantos inviernos a la ciudad de las góndolas. Termina con la siguiente afirmación: "El agua es igual al tiempo y proporciona a la belleza su doble. Constituidos en parte por agua, servimos a la belleza del mismo modo. Al rozar el agua, esta ciudad mejora la apariencia del tiempo, embellece al futuro. Ése es el papel de esta ciudad en el universo".

Si Eliade, Márai, Kertész y Solzhenitsyn se confiesan profundamente anticomunistas desde distintas posiciones, el controvertido escritor sueco Jan Myrdal se reconoce como su acérximo defensor, sobre todo en su versión maoísta. En su juventud recorrió parte de Europa y Asia "a su aire". Su primer gran viaje fue, a finales de los años 50, por la famosa Ruta de la Seda, tratando de emular a Marco Polo, pero a lomos de un Citroën 2 caballos (*La ruta de la seda. Viaje a las provincias chinas del noroeste, Sinkiang y Kansú*). Posteriormente completaría su odisea con otros desplazamientos por el interior de China que dieron como resultado nuevos libros de contenido más sociopolítico que viajero (*China: la revolución continúa; Una aldea en la China popular*). No obstante, en medio de sus soflamas políticas, pueden encontrarse pasajes literarios de interés, como el siguiente: "Pues existe una tercera dimensión en el viaje. Esa nostalgia extraña y dolorosa de algo que estaría más allá. Las partidas al amanecer. La dulce sensación de agotamiento después del paso de una montaña. El sabor a mar en la boca antes de ver el mar. El olor a agua y a cultivos cuando aún se está en el desierto. Llegar a una ciudad en medio de la noche, permanecer inmóvil en la oscuridad y escuchar los ruidos nuevos. Viajar no es solamente ver cosas nuevas: es también abandonar. No sólo abrir puertas, sino cerrarlas tras de sí; no volver nunca más. Sin embargo, el lugar que se ha dejado para no regresar jamás a él está siempre presente cuando se cierran los ojos".

El austriaco Peter Handke, último premio Nobel de Literatura, ha practicado distintos géneros literarios y en su variada obra parece haber influido decisivamente tanto los orígenes eslovenos de su familia (*Repetición*) como sus estancias en París (*El año en que pasé en la bahía de nadie*) y Estados Unidos (*Lento regreso*) durante los años 70, sin olvidar ese período de su vida sin un lugar fijo de residencia, a finales de los años 80, durante los cuales realizó una serie de viajes, cuyo resultado es *Ayer, de camino*, en el que España ocupa un destacado capítulo. La posterior *La noche del Morava* es el relato inclasificable de un viaje circular, entre real e imaginario, por los Balcanes, España, sur de Alemania, Austria y de nuevo los Balcanes, donde el autor da salida a todas sus obsesiones. Aunque él mismo afirme lo difícil que es saber mirar y que no hay escuela que enseñe a hacerlo, la verdad es que Handke nos hace aprender a mirar y comprender que para ello también se necesitan "los ojos de la palabra justa", porque "sin lenguaje, la mirada no hace más que errar". Esa mirada, como pone de manifiesto en *La ladrona de fruta* o *Viaje de ida al interior del país*, puede ser al interior de una región o de uno mismo.

El viaje en la literatura en lengua árabe desde la II Guerra Mundial

Fatima Mernissi ha tratado de dar la palabra a las mujeres del silencio, "las que se deslizan por la vida sin que nadie las vea o las oiga" (*Marruecos a*

través de sus mujeres). Nacida en Fez, y criada durante su infancia y adolescencia en el harén de su abuelo paterno (*Sueños en el umbral: memorias de una niña del harén*), Mernissi ha podido expresarse tanto en la lengua árabe con la que se educó como en las aprendidas lenguas francesa e inglesa para acercar al lector occidental a una visión nueva de la cultura islámica y confrontarla con algunos presupuestos de su propia cultura. Mernissi ha recorrido los amplios caminos de la tierra "a modo de alfombra" ("si tienes un problema, ¡alza la cabeza, mira las estrellas y muévete!"), aunque, según confesaba, lo que más le gustaba era dar largos paseos por los barrios más populares de las ciudades marroquíes para escuchar a la gente y aprender de la cultura oral (de ella proceden los personajes de Sherezade y Simbad, los dos héroes literarios del mundo árabe), por la que sentía tanta fascinación como con cada puesta de sol sobre el mar.

Nacido en un pequeño pueblo del Rif, cercano a Melilla y analfabeto hasta los 20 años de edad, Mohamed Chukri obtuvo el reconocimiento de su obra con la trilogía sobre su vida: *El pan a secas*, *Tiempo de errores* y *Rostros, amores y maldiciones*. Chukri parece haber seguido el consejo de un amigo que recomendaba llegar a Tánger para aprender a soñar, e hizo de la mítica ciudad portuaria el telón de fondo de sus historias: "En Tánger se cruzan historias y leyendas sobre su pasado, pero es una ciudad que nunca dará a conocer su eterno secreto, porque guarda su ilimitada memoria con un silencio enigmático, con un silencio embriagador y lleno de sabiduría". Vivió allí la mayor parte de su vida y en sus plazas y cafés conoció a escritores consagrados como Paul Bowles, Jean Genet y Tennessee Williams, a los que dedicó distintos libros de memorias. A Tánger le dedicó también *Zoco Chico*, una crónica y multidimensional de la ciudad que, a finales de los 60, comenzó a perder su alma cosmopolita, abierta y tolerante para transformarse en un espacio del Marruecos tradicional. A la manera de un zoco, el texto se muestra abigarrado de diálogos, personajes y espacios, detrás de los cuales siempre late el pálpitó lírico, el trasfondo existencialista, el estilo oral y la narrativa picaresca del autor.

Naguib Mahfuz no necesitó escribir en otra lengua distinta al árabe para recibir el Premio Nobel de Literatura (1988). Una buena parte de su obra está centrada en retratar con extraordinario realismo social la vida de los cairotas. De finales de 1947 es la conocida *El callejón de los milagros* y de la década siguiente la *Trilogía de El Cairo*. A etapas posteriores responden novelas en las que el plano onírico va superponiéndose cada vez más al plano real, como *Hijos de nuestro barrio*, *Veladas del Nilo*, *Las noches de las mil y una noches*, *El ladrón y los perros*, *El café de Qushtumar*, *El sende-*

ro e *Historias de nuestro barrio*. En la mayoría de ellas se reproduce el ritmo, el bullicio y las vidas cruzadas de la ciudad de El Cairo, que en *Miramar*, traslada a Alejandría, y en las memorias *Ecos de Egipto. Pasajes de una vida* a todo el país del Nilo. Mahfuz es el escritor de aliento universal comprometido al mismo tiempo con el "pequeño contexto" del que habla Milan Kundera, en su caso, los barrios, las calles y los cafés de El Cairo. Para Mahfuz: "El sentido de la vida no es independiente de la vida misma. Vivir quiere decir comer, beber, dormir, amar, trabajar, pensar. Tal es el sentido de la vida".

Junto a Mahfuz, otro de los grandes renovadores de la literatura egipcia es Yúsuf Idrís, médico, periodista y escritor polifacético. Aunque en sus textos mantiene una posición crítica frente al tradicionalismo de la sociedad árabe, siempre saca a relucir su comprensión por un mundo que, a pesar de todo, siente propio. En las siete historias que componen *Una cuestión de honor*, Idrís narra la manera de vivir en las ciudades y aldeas de su región natal en el delta del Nilo.

La otra gran M de la narrativa árabe es la de Abderramán Munif. Nacido en Amán (Arabia Saudí), vivió como apátrida por diferentes países de Asia, África, Europa y América la mayor parte de su vida al serle retirada la nacionalidad de su país cuando tenía 30 años de edad. De su producción destacan libros como *Ciudades de sal* (efecto de la irrupción de la industria petrolera en los desiertos de Arabia y en la vida de la sociedad beduina), *Un mundo sin mapas* (fresco de una ciudad indescifrable que es a un tiempo vientre materno y laberinto prisionero), *Carrera de fondo* (escrito sobre la base del estereotipado relato occidental de viajes a Oriente) o *Memoria de una ciudad* (relato autobiográfico de su infancia en la ciudad de Amán).

El escritor Rashid Daíf ha vivido en sus propias carnes la durísima experiencia de la guerra de su país, el Líbano, fuente inagotable de dolor no solo físico, sino también moral desde los años 70: "¿Quién de nosotros no mató con sus manos, quién no mató con su lengua?". A pesar de todo, confiesa: "Lo único es que me gusta haber nacido árabe. Me gusta la luz de mi país y detesto el frío. Yo soy un maronita al que le gusta el yogur de cabra. Y ya está (...). Aunque amo el mar y me fascina su enigma. Y amo el desierto y me fascina su enigma".

El sudanés Tayeb Saleh es autor de la elogiada *Época de emigración hacia el norte* (1966), una de las más interesantes aproximaciones al hecho de vivir y buscar una identidad propia entre dos culturas diferentes. El prota-

gonista, Mustafá Said, un inmigrante sudanés que pasa siete años en el Reino Unido, adquiere la condición de *alter ego* de Saleh: "Tras una larga ausencia, señores, volví junto a mi gente. Fueron exactamente siete años los que pasé estudiando en Europa. Aprendí muchas cosas y otras muchas me quedaron por aprender, pero esa es otra cuestión. Lo importante es que volví con un ardiente deseo de encontrarme con los míos en ese pueblecito de la curva del Nilo. ¡Siete años echándolos de menos y soñando con ellos y, al volver, fue maravilloso encontrarme de nuevo realmente allí! Se alegraron mucho al verme y armaron un gran alboroto a mi alrededor cuando llegué y en seguida sentí que empezaba a derretirse el hielo de mi corazón, como si hubiera pasado mucho frío y de repente el sol me calentara".

El viaje en la literatura oriental desde la II Guerra Mundial

Estambul está presente a lo largo de la obra del escritor turco Orhan Pamuk. Sin embargo, *Estambul. Ciudad y recuerdos* es probablemente su libro más célebre. El premio Nobel nació en la otrora Bizancio o Constantinopla, creció en las bulliciosas calles de la ciudad, rodeado de mansiones de madera, mansiones con un aire de decadencia veneciana, convertidas durante la república en colegios, hospitales, oficinas de gobierno, y vivió en una casa con vistas al Bósforo. *Estambul. Ciudad y recuerdos* es un retrato de la metrópoli asentada sobre las ruinas de un imperio perdido, un retrato refractado por el *hüzün*, la "melancolía colectiva turca", y por su propia memoria. De acuerdo con Pamuk, la obra tiene dos caras: "Se trata de mi autobiografía hasta la edad de 22 años y a la vez es un ensayo sobre el espíritu del lugar basado en sus espacios urbanos". Como el Dublín de Joyce y el Buenos Aires de Borges, el Estambul de Pamuk es un conmovedor encuentro entre un lugar y la sensibilidad de un gran autor de nuestro tiempo: "Lo que siento ahora es lo contrario de lo que sentí cuando niño y cuando joven: para mí, el centro del universo es Estambul, no sólo porque he vivido allí toda mi vida, sino porque, a lo largo de los últimos treinta y tres años, he venido narrando sus calles, sus puentes, su gente, sus perros, sus casas, sus mezquitas, sus fuentes, sus héroes extraordinarios, sus almacenes, sus personajes famosos relatando sus calles, hablando de sus calles, sus lugares oscuros, sus días y sus noches, haciéndolos parte de mí, abrazándolos a todos. Llegó un punto en el que ese mundo que yo había construido con mis propias manos, ese mundo que existía sólo en mi cabeza, fue más real que la ciudad en la que yo vivía en realidad. Esto sucedió cuando toda esa gente y esas calles, esos objetos y esos edificios parecieron empezar a hablar entre ellos, y empezaron a interactuar de maneras que yo no había previsto, como si ellos no existieran sólo en mi imaginación y en mis libros sino

como si tuviesen vida propia. Ese mundo que yo había creado como un hombre que cava un manantial con una aguja parecía entonces más verdadero que todo lo demás".

En el relato *La maleta de mi padre*, fundamentado en su discurso de aceptación del Nobel, Pamuk aborda el viaje interior que todo escritor emprende a través de la escritura propia, aunque lo primero es viajar a través de los relatos y de los libros de otros: "Cuando miraba desde lejos la biblioteca de mi padre, me parecía una imagen pequeña del mundo real. (...) Mi mundo es una mezcla de lo local, lo nacional con Occidente. (...) Escribir, leer, era como abandonar un mundo para encontrar consuelo en la otredad, en lo ajeno y lo maravilloso del otro mundo. Sentí que mi padre había leído novelas para huir de su vida y fugarse hacia Occidente, tal como lo haría yo años después". Y añade el autor de obras como *El museo de la inocencia*, *La casa del silencio* y *Me llamo Rojo*: "Como la tierra que gradualmente comienza a tomar forma, elevándose lentamente de la bruma, con todos sus matices como una isla después de un largo viaje por mar, ese otro mundo nos hechiza. Estamos tan ilusionados como los viajeros occidentales que viajaban desde el sur para contemplar Estambul surgiendo de la niebla. Al término del viaje, emprendido con esperanza y curiosidad, se despliega ante ellos una ciudad de mezquitas y minaretes, un collage de casas, calles, montañas, puentes y declives, un universo entero. Al verlo, queremos entrar en ese universo y perdernos en él, tal como lo haríamos con un libro. Después de sentarnos a la mesa porque nos sentíamos provincianos, excluidos, marginales, furiosos o profundamente melancólicos, hemos encontrado un mundo entero más allá de esos sentimientos".

Amos Oz es uno de los autores más reconocidos en lengua hebrea y durante toda su vida fue uno de los más activos luchadores a favor del proceso de paz en Oriente Próximo. Junto con Abraham B. Yehoshúa y David Grossman, ha dado vida a la llamada "Generación del Estado", muy comprometida con su país, pero también con la reconciliación y el rechazo a los territorios ocupados y la creación de dos estados: el israelí y el palestino. Pero no solo eso: se trata también de renovadores estilísticos, que reinterpretan de forma permanente los géneros literarios clásicos. De ahí que su interés no se reduzca a su propia literatura, sino que logre alcanzar un ámbito internacional.

La primera obra de Amos Oz fue *Tierra de chacales*, colección de cuentos ambientados o inspirados por su vida en el kibutz, que también hablan de Jerusalén, la "extraña ciudad" donde nació, y de toda la historia de Israel,

que, como la propia Jerusalén está cargada con demasiado pasado, demasiada religión, demasiada crispación. Posteriormente, volvería a narrar su infancia y adolescencia en la novela *Una historia de amor y oscuridad*, su obra más personal, y en los relatos que componen *Entre amigos*. Después de sus años en el kibutz de Hulda, vivió una buena parte de su vida en Arad, una pequeña ciudad enclavada en el desierto del Néguev, cuyo "silencio absoluto" tendría una gran influencia tanto en su vida como en su obra. Entre sus narraciones también merecen señalarse: *Tocar el agua, tocar el aire*, cuya acción transcurre en 1939 cuando los nazis se adentran en Polonia y el matemático y relojero judío Elisha Pomeranz se ve forzado a huir por los bosques y dejar a su esposa Stefa, aunque ambos logran sobrevivir y, terminada la guerra, tratan de buscar el ansiado reencuentro: el viaje de ella la ha conducido hasta la Unión Soviética; el de él, a Israel; *Una pantera en el sótano*, situada en el Jerusalén de finales del mandato británico en Palestina, un momento que el autor aprovecha para hablar de la amistad que surge entre un niño judío y un sargento de la policía británica muy interesado por los textos bíblicos y la lengua hebrea, y *El mismo mar*, una historia, mezcla de prosa y poesía, contada por diferentes personajes en lugares distintos, pero constantemente interrelacionados, bien por la realidad o bien por los sueños y obsesiones de cada uno de ellos. Por su parte, *Judas* es una novedosa interpretación de la figura de Judas Iscariote en el contexto de una historia de amor.

Abraham Yehoshúa ha afrontado la "judeidad" en todas sus novelas ("Israel es mi piel, no mi chaqueta"), desde *El amante* hasta *Una mujer en Jerusalén*, pasando por *El señor Maní* y *La novia liberada*. Por su parte, *Viaje al fin del milenio* es un fascinante viaje por mar y por tierra a través de la Europa de finales del siglo X, una Europa atormentada por la proximidad del fatídico año 1000, de Ben Atar, un comerciante judío de Tánger. La novela trata también de la defensa de la cultura andalusí, el conflicto tanto jurídico como personal planteado por la bigamia, la lucha entre el Norte y el Sur y las avenencias y desavenencias entre las tres grandes religiones monoteístas: judaica, cristiana y musulmana. *Viaje al fin del milenio* es, además una, parábola sobre la sociedad judía actual: "La cuestión sigue siendo cómo negocian los judíos sus códigos para mantener la unidad y a la vez adaptarse a las culturas con las que conviven sin crear guetos".

Para David Grossman, "el gran milagro del regreso del pueblo judío a su tierra es la recuperación del hebreo, una bella durmiente durante dos mil años". A pesar de haber perdido un hijo en la guerra del Líbano, Grossman vive en la esperanza de que un día los árabes opuestos a Israel puedan in-

teriorizar el regreso de los judíos al lugar "donde fuimos creados como pueblo, cultura, idioma y religión" y los israelitas interioricen la auténtica tragedia palestina y el derecho de su población a quedarse "donde ya estaban", aunque quizás la paz, como la verdad, sea un anhelo sin respuesta. Su actitud queda ya esbozada en *El viento amarillo*, escrito después de un recorrido de varias semanas por Cisjordania: "...la persona que busca justicia infinita está evadiendo las decisiones prácticas, yo no busco justicia pura, ni tampoco saldar cuentas históricas, sino más bien una vida factible, no más que imperfecta y tolerable, causando la menor injusticia posible". Una de los puntos fuertes de la escritura de Grossman es la creación de personajes: en *La vida entera* se trata de Ora, una mujer madura que decide dejar su hogar y andar sin rumbo por los campos que rodean Jerusalén, tratando de ahuyentar la noticia de la muerte de su hijo, enrolado como soldado en el ejército de Israel; a través del cómico Dóvaleh plantea desde el escenario de *Gran Cabaret* el humor como el mejor antídoto contra la intransigencia y repasa la situación actual, lo insólito que resulta el diario vivir; mediante la visión de un niño, Momik, invita a realizar una lectura insólita del Holocausto en *Véase: amor*, un libro de estructura compleja. Como descanso literario del conflicto entre Israel y Palestina, Grossman invita al lector a subirse a un Volvo y viajar de noche por las solitarias carreteras israelitas, escuchando la alucinante conversación entre un marido celoso en busca de su esposa y su cuñada: *Delirio* es el nombre de tan particular viaje.

La diversidad y mezcla provocada en Estados Unidos a principios del siglo XX por los más de veinte millones de inmigrantes, entre ellos alrededor de cuatro millones de judíos, es observada en la obra de Isaac Bashevis Singer, escritor de origen polaco, quien pone a través de los ojos de uno de sus personajes cómo convivían los inmigrantes en uno de los barrios de Nueva York: "El tren volvió a salir del túnel y pasó por encima de los patios interiores de Brooklyn: casitas, jardincillos nevados y farolas que resaltaban la oscuridad de la noche. Allí vivían y criaban a sus hijos personas de los más diversos grupos étnicos: judíos, italianos, polacos e irlandeses; negros y orientales. En esas viviendas, las culturas daban sus últimos coletazos y morían. Allí los niños crecían sin ningún patrimonio cultural". Sin embargo, el proceso de inmigración judía que se produce durante el periodo de entreguerras y tras la Segunda Guerra, lleva consigo un elemento distinto al de la generación anterior: son los supervivientes de la persecución nazi y los últimos representantes de la cultura y de la vida judía europea.

El recuerdo, es uno de los principales pilares de la obra de Isaac Bashevis Singer, criado en las tradiciones y costumbres judías, pero también influen-

ciado por los pensamientos liberales que circulaban en Europa Oriental a principios del siglo XX. Su creación literaria, escrita en yidis, o yiddish, mezcla entre el alemán antiguo y el hebreo, que se fue enriqueciendo a través del paso de los siglos, representa el punto culminante de la literatura judía del exilio. Para Singer, el yidis es "el idioma de la gente simple y las mujeres, el lenguaje de las madres que preservaron cuentos y anécdotas, leyendas y recuerdos por cientos de años, a través de lo cual se expresaban las agonías, pasiones, aberraciones, cruelezas y bestialidades, pero también heroísmo, amor y sacrificio", un lenguaje de exilio, que no está ligado a un país, "una lengua sin fronteras".

A través de sus obras, especialmente *Sombras sobre el Hudson*, *Meshugah* y *Amor y exilio*, Bashevis Singer realiza una importante evaluación sobre los inmigrantes judíos en Estados Unidos, su capacidad de asimilación, y también las dificultades que viven en la nueva patria, las dudas, temores, esperanzas, alegrías y experiencias que los convierten en un elemento añadido a la complejidad social norteamericana. Y es que el inmigrante judío vive entre la sensación de dolor por haber dejado atrás toda su historia familiar y cultural y la alegría de encontrarse ante la puerta abierta a un mundo de posibilidades: "¡Esto es América, no Europa! –refexionaba Anna–. Aquí hay que espabilarse y actuar, no quedarse inmóvil ni llenarse la cabeza de especulaciones vanas". El país incitaba a los inmigrantes a dejar sus miedos y a acercarse a la cultura del *self made man* con el que cimentar el éxito: "¡Qué bella es la vida, a pesar de las dificultades, Estados Unidos es un país bendito. Aquí no se interponen tantos obstáculos para conseguir lo que uno se propone!" (*Sombras sobre el Hudson*).

El hermano mayor de Isaac Bashevis Singer, Israel Yehoshúa, es el autor de *La familia Karnowsky*, un gran fresco de la primera mitad del siglo XX, a través de tres protagonistas pertenecientes a tres generaciones distintas de una misma familia judía, hombres obstinados pero cultivados ("mentes de hierro"), que comienza en Berlín y termina en Nueva York, con un final sobrecogedor.

Perteneciente a la generación japonesa de posguerra, interesada en el entrecruzamiento de la cultura y el arte de Oriente y Occidente (Junichiro Tanizaki, Yasunari Kawabata, Yukio Mishima, Kobo Abe...), la obra del japonés Kenzaburō Ōe se distingue por haberse centrado en la historia ficcional de su hijo Hikari, aquejado de una grave hidrocefalia (gracias a la perseverancia de sus padres y a su insólita capacidad de concentración, la secuela de su discapacidad intelectual no le ha impedido ser un reconocido composi-

tor musical), la notable influencia en sus páginas de la literatura occidental (se considera devoto, entre otros, de Miguel de Cervantes y Dante Alighieri, de William Faulkner y T. S. Eliot, de Alfonso Reyes y Fidor Dostoevski), las secuelas de la Segunda Guerra Mundial en la sociedad japonesa (el retrato del país nipón que aparece en sus páginas está muy alejado de los estereotipos convencionales), el compromiso moral y su propia presencia como personaje clave en la mayoría de sus libros ("literatura *watashi*").

Así, en *Una cuestión personal*, novela en la que funde de manera inseparable obra y vida, Óe se sumerge en el mundo silencioso de Hikari y le da voz a través de la figura de Bird, un Robinson a la deriva en una isla de alcohol, que, en el momento del nacimiento de su "monstruoso" hijo, se encuentra en una librería para comprar un mapa que le permita planificar su huida a África: "Mientras miraba el mapa de África, desplegado en el escaparate como un ciervo altivo y elegante, Bird apenas consiguió reprimir un suspiro. (...) Estremecido, Bird miró con atención los detalles del mapa. El océano en torno de África estaba coloreado con el azul desgarrado de un amanecer invernal. Los paralelos y meridianos no eran líneas mecánicas trazadas a compás, sino gruesos trazos negros, que evocaban, en su irregularidad y soltura, la sensibilidad del dibujante. El continente parecía el cráneo distorsionado de un hombre gigantesco que, con ojos melancólicos y entrecerrados, mirase hacia Australia, el país del koala, el ornitorrinco y el canguro. El África en miniatura que, en una esquina del mapa, mostraba la densidad de población, parecía una cabeza muerta en proceso de descomposición; la otra, que mostraba las vías de comunicación, parecía una cabeza despellejada con las venas y arterias al descubierto. Ambas Áfricas diminutas sugerían la idea de una muerte brutal, violenta". Un viaje no realizado que se diluye en distintos viajes interiores.

La simplicidad, la intriga narrativa y las referencias a la cultura pop occidental (pasó una larga temporada viviendo en Estados Unidos) caracterizan la obra de quien ha protagonizado uno de los fenómenos literarios de nuestro tiempo: Haruki Murakami, amante de la música de jazz y de los Beatles y autor de obras tan conocidas como *Tokio blues*, *Crónica del pájaro que da cuerda al mundo*, *Al sur de la frontera, al oeste del sol* y *Kafka en la orilla*. Esta última novela entrelaza dos historias: por un lado, la de la fuga meditada de Kafka Tamura, un adolescente que se va de casa el día de su decimoquinto cumpleaños porque ya no soporta más que su destino esté unido al de su siniestro padre, emprendiendo un viaje que, espera, termine en su madre, que desapareció cuando él tenía 4 años; por otro, la del viaje de un vagabundo sesentón que sufrió un extraño accidente durante su niñez, que le hizo perder la capacidad de leer y la inteligencia en general,

pero, a cambio, le proporcionó el misterioso don de hablar y de relacionarse de un modo especial con los gatos. Las dos historias, sin punto de conexión aparente, se van entrelazando a medida que avanza la novela y Murakami va mezclando el relato fantástico con la narración realista.

Gao Xingjian es, además de novelista, poeta y dramaturgo, crítico literario y pintor, así como un inquieto curioso por las más variadas cuestiones científicas, aunque él confiesa humildemente "no comprender nada". Exiliado en Francia desde hace más de treinta años, su obra *La Montaña del Alma* es, más que una novela, una especie de cuento de cuentos, un experimento narrativo nuevo, con dos personajes principales, conocidos como "Tú" y "Yo" y que resultan ser el *alter ego* de la misma persona, el propio autor: "Tú" es un turista de mochila y zapatillas deportivas que se dirige a Lingshan, la montaña sagrada, donde todo se conserva en estado de pureza original; "Yo" es un escritor y académico que viaja a Sichuan en busca de una nueva y "auténtica vida", después de haber sido diagnosticado de un cáncer de pulmón, pero que tras el azaroso encuentro con "Tú" decide dedicar su vida a encontrar la Montaña del Alma y desvelar sus secretos. El libro, que se inicia con los dos personajes principales (también aparecen un "Ella", un "Él" y un "Usted") sentados en un tren, le da pie al autor para intercalar historias de la China actual con mitos y fábulas del pasado, reflexiones filosóficas, religiosas, históricas y políticas, fantasías poéticas, descripciones del paisaje y muchos otros materiales procedentes de los sueños y los recuerdos, de la autobiografía y la cultura popular, del relato de viajes y la crónica histórica, todo ello con el objetivo de descifrar el sentido de nuestra identidad, algo que a uno se le antoja tan sublime como inalcanzable.

Mediante la fragmentación que permite el uso de los diferentes pronombres/personajes, la novela de Xingjian expresa una conciencia dividida que, paradójicamente, dota a la narración de una cierta entidad de conjunto con el fin de superar la soledad del narrador y completar su existencia-viaje: "Tú sabes que no hago nada más que hablarme a mí mismo para distraer mi soledad. Sabes que mi soledad es irremediable, nadie puede controlarme, no puedo recurrir a otro que a mí como interlocutor de mis discusiones. (...) Estoy en un viaje: la vida. La vida, buena o mala, es un viaje, un deleite en mi imaginación. Viajo a mi interior contigo, tú eres mi reflejo. (...) yo estoy cautivado en mi viaje, tú estás en tu viaje espiritual".

Guías de Viaje

Si el último cuarto del siglo XX resultó ser una época dorada para los libros de viajes, otro tanto puede afirmarse de las guías de viaje, si bien hay que

decir que, en este período de tiempo, se acentuaron las diferencias entre ellos: los libros ahondaron en la subjetividad hasta llegar, en no pocos casos, a la ficción; las guías, ateniéndose cada vez más a los datos objetivos –lo verificable en relación a los sitios, a las distancias, a los mapas, a los servicios de todo tipo–, se convirtieron en una especie de brújula no tanto para no perderse uno como para encontrar más rápidamente aquello que se necesita. En las últimas décadas del siglo pasado, las guías se transformaron y, a cambio de dar una información textual más escueta, añadieron más información visual: fotografías, gráficos, mapas, callejeros, etc. No obstante, conviene huir de falsos debates: libro y guía de viajes son complementarios, y tanto el uno como el otro son de gran utilidad a la hora de preparar y emprender un viaje enriquecedor, ya que la persona que viaja necesita tanto de los sueños como de los datos objetivos.

Paralelamente a la completa diferenciación entre libro y guía de viajes, durante la última parte de la centuria también se intensificó el debate entre la figura del turista, la persona que viaja por placer a un lugar distinto a su entorno habitual, y la del viajero, aquel que añade un cierto deseo de aventura, la esperanza de encontrarse con lo inesperado, a la experiencia viajera. Si Paul Bowles había dejado claro en *El cielo protector* que la diferencia fundamental entre el turista y el viajero reside en el tiempo ("Mientras el turista se apresura por lo general a regresar a su casa al cabo de algunos meses o semanas, el viajero, que no pertenece más a un lugar que al siguiente, se desplaza con lentitud durante años de un punto a otro de la tierra"), Paul Theroux lo ratifica medio siglo después ("Un turista tiene un tiempo limitado, 2 o 3 semanas, para ir a algún sitio, y un viajero tiene todo el tiempo del mundo, pero no sabe hacia dónde se dirige"), planteando la cuestión en los términos de que "un turista no tiene ni idea de donde ha estado y el viajero no tiene ni idea de adónde va". Y apostilla: "un viajero es una persona que se descubre a sí misma en cada viaje, mientras que el turista apenas lo hace".

Durante la segunda mitad del siglo XX surgieron, tanto a nivel internacional como nacional, varios sellos editoriales que trataron de canalizar el mercado de las guías de viaje. Sin embargo, el gran fenómeno literario fue la aparición de las famosas guías *Lonely Planet*, impulsadas por el joven matrimonio británico Maureen y Tony Wheeler, que, en 1973, se propusieron cruzar el continente europeo, seguir la ruta asiática de los *hippies* y acabar en Australia. Cansados de contar el viaje y aconsejar a los amigos que pretendían realizar un viaje similar por Asia, plasmaron su experiencia en *A través de Asia con poco dinero* (cuando aterrizaron en Sidney, no tenían ni

medio dólar en los bolsillos), una guía llena de consejos prácticos, muy diferente a las guías convencionales. Poco tiempo después, emprendieron una nueva expedición y publicaron *El Sudeste asiático para presupuestos reducidos*, guía de la cual se llegaron a vender casi un millón de ejemplares y fue bautizada como la "Biblia amarilla". Este fue el comienzo de la singular aventura editorial que revolucionó el mundo de las guías de viaje, ya que planteaban un nuevo concepto basado en la experiencia real del viajero sobre los lugares.

Hoy, existen diferentes tipos de guía, dependiendo del destinatario al que esté dirigida: para la gran colectividad (las guías convencionales o propiamente turísticas) o para un reducido sector de la sociedad que obedece a un espíritu más puramente viajero (aun siendo guías, no obedecen al patrón establecido). Unas y otras se pueden disponer de distintas maneras: países, comarcas, regiones, rutas que obedecen a una temática concreta, lugares organizados en torno al "encanto", a la historia, el arte, el "genio", etc. En cuanto al texto, siguen existiendo las guías simplemente mostrativas, pero cada vez es más frecuente encontrarse con guías turísticas que también se nutren de la hibridación, aportando a lo meramente descriptivo, datos extraídos de la realidad empírica, mores y otros motivos de la cultura popular, formas de la tradición literaria, fragmentos de obras literarias, comentarios de escritores y artistas, e incluso en ciertos casos indicios de la propia visión del autor. En cualquier caso, se trata de buscar un lenguaje sugestivo que incite al lector al viaje y lo mueva a sentir determinadas emociones.

Aparte de las guías *Lonely Planet*, cuyas publicaciones no solo se centran en destinos turísticos sino en todo lo que rodea al viajero, muchos viajeros aprecian las *Travel Guide* (*Footprint*), los libros de *National Geographic* y de *Moon Handbooks*, las guías *Rough Guides*, *Time Out* y las *Guías Verdes* de Michelín. Los jóvenes han tenido durante las últimas décadas un referente en las famosas guías del *Trotamundos*. En nuestro país, las guías de *El País-Aguilar* y *Anaya Toruring*, así como las *Guías azules*, han tenido un considerable éxito. En la actualidad, la mayoría de ellas disponen de ediciones digitales en diversos formatos y las editoriales cuentan con los llamados "blogs" o "foros del viajero". Casi dos siglos después de que John Murray y Karl Baedeker pusieran en marcha un sector editorial que no ha dejado de crecer desde entonces, en Internet está disponible, por una u otra vía, prácticamente toda la información necesaria acerca de casi todos los destinos del mundo.

Literatura de viajes, hoy

Consideraciones generales

Los hábitos, las costumbres y las necesidades de viajar han variado a lo largo del tiempo según los avatares históricos y culturales. Los motivos de hoy ya no son los de antes y los destinos viajeros han quedado despojados de su misterio. En la aldea global de nuestros días se ha perdido en buena parte el carácter aventurero y la emoción del viaje, que ha quedado diluido en el viaje de turismo, aunque paradójicamente nadie quiere ser turista, al menos no un turista más. La mayoría de los viajeros de nuestros días se empeñan en demostrar su condición de "no turista". De ahí que, en la amplia oferta turística, aparezca "el viaje no turístico", tarea imposible en la práctica.

A pesar de ello, como señala Manuel Rivas, la literatura es capaz de encontrar las más insospechadas aventuras incluso tras el aparente sosiego de una apacible jornada en la vida de un turista de nuestro tiempo; al lector todavía le interesa enfrentarse a realidades diferentes, y el viaje le permite todavía la ensoñación, situarse frente a lo desconocido y hacerle vivir nuevas experiencias, encarando lo que está "por venir": la curiosidad sin límites, asistir a instantes que no vuelven a suceder, saborear momentos de gloria o de extravío, aprender a mirar con ojos vivos paisajes todavía por hollar o gentes aún por conocer.

También ha variado el relato del viaje. En un momento de clara tendencia hacia la hibridación en la literatura general, los libros de viaje aparecen como un claro precursor de dicho fenómeno. En las últimas décadas la literatura de viajes se ha convertido en el género híbrido por excelencia, uno de los géneros en los que la mixtura es más enriquecedora y quizás en el de mayor y más continua experimentación entre los límites que marcan el "criterio de ficcionalidad" y el "criterio de veracidad". Cuando la experiencia del viaje ha perdido excepcionalidad y ganado cotidianidad, el viaje y su narración se deconstruyen, se fragmentan, se multiplican sin límite (María Rubio). Según Jorge CarrIÓN, uno de los más importantes estudiosos actuales: "La literatura de viajes, para mí, no conoce límites formales. La novela de ficción o de no ficción, la poesía, el dietario, la crónica: todo puede ser literatura de viajes. O mejor aún: arte de viaje. (...) El arte del viaje integra Internet, cine, escritura, artes visuales: que cada artista dibuje las fronteras de su poética en el interior de su obra".

En la actualidad, el género de viajes ha desarrollado tal variedad de perspectivas, enfoques y estilos que bien podría representarse como un dragón

de múltiples cabezas. A ello hay que añadir la mayor importancia adquirida por el regreso y el recurso masivo al uso de la primera persona, en detrimento de la tercera persona, por parte del autor (aunque prestigiosos autores como Vicente Verdú reivindican su uso como la forma que más puede ajustarse a los nuevos tiempos, su mala utilización puede llevar al cansino "yoísmo" o "egodismo" no solo en el texto, sino incluso en el " prólogo" o el "epílogo"). Por su parte, el viajero se desplaza con tal información previa acumulada que, en su experiencia, muchas veces hay más reconocimiento que descubrimiento. Finalmente, el lector ha ampliado las maneras de aproximarse a los textos viajeros con el objetivo de cambiar de vida –aunque solo sea de forma momentánea–, la mayoría de las veces en busca de una mirada comprometida en lo literario del escritor y que resulte no solamente descriptiva, sino también documental.

La literatura viajera de hoy se está produciendo en medio de los rasgos característicos de este comienzo de siglo vinculado a la posmodernidad y al mundo globalizado, caracterizado a nivel político y social por los efectos de la caída del muro de Berlín, los atentados del 11-S (cambiaron para siempre nuestra manera de viajar), las consecuencias de la guerra de Irak, la crisis económica del 2008, el avance de las tecnologías digitales, la proliferación de ideologías populistas y el renacimiento de nacionalismos tribales, acontecimientos que han marcado también la cultura y provocado cambios en la construcción tanto de la identidad colectiva como de la individual (relativismo y subjetivismo).

En cuanto al aspecto viajero, este se halla condicionado por las posibilidades que han traído consigo el mapeo y la geolocalización (apenas quedan lugares que escapen a Google Earth), el poder de las redes sociales (si no se comparten el viaje y los lugares visitados, es como si no se hubiera hecho, como si no se hubiera estado allí), la facilidad para los desplazamientos (cielos saturados de vuelos "low cost"), la masificación turística (en España, por ejemplo, en los últimos 50 años se ha pasado del lamento del turista 1.999.999 por bajar tan deprisa del avión y perder las atenciones que por suerte le brindaron al turista 2.000.000 a los más de 80 millones de turistas actuales) y su rechazo por los habitantes de ciudades como Venecia, Ámsterdam o Barcelona ("turismofobia") o por autores como Leo Hickman (*El turista contaminante*). A todo ello, se añade la consideración del viajar como "un cuasi derecho social, como la salud o la educación, o en un bien público, como el agua o la electricidad, del que nadie debiera ser privado", según afirma el sociólogo francés Georges Amar, autor de *Homo mobilis: la nueva era de la movilidad*.

Sin embargo, el reciente premio Nobel Kazuo Ishiguro es optimista y piensa que la literatura seguirá ayudándonos a cruzar el terreno que se nos avecina, mientras que el aventurero y escritor de viajes Colin Thubron subraya el interés de los viajes y de la literatura viajera no ya como cura, sino como impulsores de la ilusión de cambio, y el propio Amar afirma que aún hay mucho por descubrir, por inventar, pues la cultura del movimiento como fuente de enriquecimiento personal, de creación de relaciones fecundas, de experiencias sólidas –no líquidas, ni gaseosas–, de nuevos descubrimientos y hasta de descanso placentero está todavía en pañales. Si el británico Alastair Bonnett plantea en su libro *Fuera de mapa* que hay que inventar nuevas vías para la exploración geográfica: mirar lo que nos rodea, pues "la calles normales y corrientes, los sitios donde vivimos, están llenos de secretos", la periodista y escritora española Anna Caballé considera que la creciente complejidad del mundo es un desafío para encontrar respuestas o brechas por las que seguir creciendo como individuos. Incluso, como advirtió el experto en turismo y patrimonio cultural Rachid Amirou, el viaje encierra la promesa de cambiar literariamente el mundo, de volver a nacer.

A los planteamientos anteriores, Javier Reverte añade lo que él considera el aspecto clave para el viajero en la actualidad: "Los seres humanos viajamos, en buena parte, con la imaginación y el sueño, pero sobre todo lo hacemos con nuestros sentidos. Viajar es un acto de vigorosa sensualidad, o, si se quiere, la expresión sensual de la sed de aventura. ¿De dónde, si no, la pasión viajera, cuando hoy tenemos el viaje servido y a la carta sin movernos de nuestro sofá? En sus canales temáticos, las televisiones nos ofrecen a diario la visión de la barriga de un hormiguero o de la superficie de Marte, de la cueva que habita el jaguar amazónico o del nido acuático de la anaconda, del lecho nupcial del cóndor o del vuelo transoceánico del alcatraz, del tren que transita junto a las alturas del Himalaya o del barco que navega el río Yangt-sé. ¿Para qué necesitamos viajar?". Y él mismo trata de responder a dicha pregunta: "No se me ocurre razón mejor que la sensualidad. Precisamos ver el mundo en su realidad, contrastar nuestra imaginación con lo que vive y respira, y, al tiempo, precisamos ver, oír, tocar, olfatear y saborear". Y acaba asegurando que: "Esa fiesta de los sentidos que aguarda en todo viaje a quien se echa la mochila al hombro es particularmente poderosa en África".

Literatura de viajes española actual

La actual literatura viajera española se nutre de las obras de autores de generaciones anteriores que siguen publicando libros de viaje, así como de nuevos valores, entre los que destacan autores que no solo se ciñen al relato, sino también a teorizar sobre el viaje y su literatura.

Jorge Carrión es probablemente el ejemplo principal del autor que ha abordado el tema del viaje tanto desde la perspectiva literaria como desde la investigadora, planteamiento que le permite pensar cada uno de sus libros como teoría (representación del mundo) y práctica del viaje (incluido su valor como medio de autoconocimiento). Para Carrión, cada viaje es, a un tiempo, descripción y ensayo de una obra en movimiento. Sus textos constituyen un claro ejemplo de las tendencias más actuales en la literatura viajera; también, de la necesidad de reivindicar la tradición viajera de la literatura en español. En 2002, realizó un viaje por Oceanía del cual resultaría *Australia. Un viaje*, publicado varios años después; el libro es una amalgama de memoria (personal, familiar, colectiva), crónica y reportaje, bajo la forma de un diario, donde el autor rastrea la emigración española a Australia desde el siglo XIX a partir de las huellas de su propia familia: "El viaje es la lenta traducción de uno mismo". Poco tiempo después, comenzó una serie de viajes, iniciados con la idea de dar la vuelta al mundo, que conformarían *La brújula*, colección de crónicas de viaje con componentes de relato breve y ensayo crítico. Posteriormente vería la luz el proyecto *Crónica de viaje*, un periplo que tiene como eje la herramienta de búsqueda de Google: "Se trataba de apropiarme de Google, de quitarle sus colores de parque temático, de violentarlo, de ficcionalizarlo: para que sus estructuras narraran, mediante datos y documentos, varias historias convergentes sin un gramo de ficción". Más tarde, *Norte es Sur* recogería sus crónicas sobre América Latina y *La piel de La Boca* daría cuenta de diversas estancias en el barrio bonaerense para un frustrado proyecto documental, utilizando no solo su memoria y sus apuntes, sino también las entrevistas con los lugarezos y otros materiales audiovisuales: "Dónde está la memoria; cómo se hace presente. Qué disfraces utiliza para ser vista como objetividad". *Viaje contra Espacio. Juan Goytisolo y W. G. Sebald* es un estudio del relato de viajes posmoderno y de las posibles alternativas de superación del meta-viaje. *Barcelona. Libro de los pasajes* le sirve para reafirmar su idea de que: "Los pasajes no son la escala de los mapas urbanos. Ni las calles, ni las plazas, ni los centros comerciales ni los edificios icónicos. La escala del mapa de una ciudad es cada uno de sus ciudadanos. Sus dioses somos nosotros y, por suerte, vamos emigrando e inmigrando, naciendo, muriendo, y no parece que ese ciclo tenga fin". Su novela, *Los turistas*, con la que se cierra la trilogía a la que pertenecen *Los muertos* y *Los huérfanos*, es una muestra de su narrativa experimental, al tiempo que un escrutinio de los diferentes tipos de viajeros: "Viajamos más que nunca, pero no sé si vamos más lejos ni más hondo". No obstante, Carrión invita a suprimir la etiqueta de banalidad que se ha colgado al turismo y a superar tanto la dialéctica turismo-viaje como la de turista-viajero.

El barcelonés Jordi Esteva ha dedicado la mayor parte de sus trabajos periodísticos y fotográficos a mostrarnos los pueblos africanos ("Cuando muere un anciano en África, es como si se quemara una biblioteca entera") y orientales. En *Viaje al país de las almas* ilustra a través de sus textos y fotografías su experiencia con los *akan* animistas en Costa de Marfil y el acceso a su mundo oculto y secreto. En *Los árabes del mar* recorre los puertos de Arabia y de África Oriental en busca de la memoria de los antiguos mercaderes que surcaban el Índico en sus veleros árabes impulsados por los monzones. En *Socotra. La isla de los genios* describe el viaje a una mítica isla del océano Índico, anclada en el tiempo, a la que ha regresado en varias ocasiones. Recientemente ha reeditado con textos añadidos y fotografías recuperadas el impresionante *Los oasis de Egipto*, un libro publicado hace 25 años, que da cuenta de lugares hoy desgraciadamente perdidos, pero cuyo espíritu quedó atrapado entre sus páginas.

Durante cinco años Javier Brandoli ha estado viviendo en África como corresponsal, guía de viajes, director de un hotel ... y, sobre todo, como un viajero atento que no ha parado de mirar para ver otra realidad a la del imaginario colectivo y escribir un libro de viajes distinto: *El Macondo africano*, un lugar donde lo inverosímil y lo inexplicable se convierten en hechos cotidianos.

Otro periodista al que África le ha cambiado las preguntas y las respuestas es Xavier Aldekoa (Javier Morales Medina), autor de obras como *Océano África, Hijos del Nilo* e *Indestructibles*: "De la migración, hemos preguntado demasiado sobre la muerte. Cuando preguntas por la vida, las respuestas cambian totalmente. Te das cuenta de que es gente que migra por amor. No sale la economía, no sale ese futuro brillante en Europa, sino 'yo estoy arriesgando mi vida, porque, es que, mi hermana, porque, es que, mi madre, porque, es que, mis hijos...'. Todo el mundo quiere volver a casa si tiene futuro".

Una obra más narrativa es la del malagueño Sergio Barce, que vivió su infancia en Larache. La presencia de dicha ciudad, y en general de Marruecos, en su obra es una constante: *En el jardín de las Hespérides, Una sirena se ahogó en Larache*. También ha escrito una trilogía de Tánger y *Sombras en sepia*, un viaje a ese Marruecos que muchos españoles tuvieron que abandonar después de haber dejado allí lo mejor de sus vidas.

El madrileño José Ovejero ha pasado una buena parte de su vida en el extranjero y cultivado modalidades literarias diferentes: poesía, novela, rela-

to breve, ensayo y literatura de viajes. A sus obras escritas en la última década del siglo XX, como el ensayo *Bruselas*, el libro de viajes *China para hipocondríacos* y el poemario *Biografía del explorador*, ha añadido en lo que llevamos de siglo XXI: *Mujeres que viajan solas*, un libro de viajes construido con once cuentos ficcionales ("Viajar es como probarse varias vidas para ver cuál te queda bien"), situados en los más variados lugares del mundo, que nos presenta una mirada a la mujer viajera de nuestro tiempo en sus distintas variantes: la que se desplaza por motivos profesionales, la que emigra o huye, la que el viaje de turismo le permite descubrir otras cosas por el camino, la que busca aventura o la que viaja para encontrarse o reinventarse; las novelas *Vidas ajenas* y *Nunca pasa nada*, ambas con el trasfondo de la inmigración, y la colección de cuentos *Mundo extraño*. Según Juan Antonio Masoliver, la escritura de Ovejero parece surgir del realismo para encontrar su verdadero fermento en la imaginación.

Gabi Martínez dice que viajar le ha concedido sustantivos, paciencia y fantasía, y desarrolla una literatura de viajes renovada, en la que el protagonismo del autor es un elemento indispensable, como muestran los siguientes libros, cada uno de los cuales ha requerido ser contado con un estilo diferente: *Sudd*, una odisea por el África profunda, que es resultado de un viaje por el Nilo; *Los mares de Wang*, donde el autor narra el viaje que hizo por la costa china con su traductor, ofreciendo una visión del país asiático convertido en motor de la economía mundial; *Solo para gigantes* cuenta la aventura de Martínez tras las huellas del zoólogo Jordi Magraner en las montañas salvajes de la frontera entre Pakistán y Afganistán, a la búsqueda del misterioso Yeti, "el abominable hombre de las nieves", en medio de la pesadilla de los conflictos religiosos y tribales; *En la Barrera*, crónica de su periplo por la Gran Barrera de Coral australiana, que a veces parece inventada, y *Voy*, una obra caleidoscópica que profundiza en el descubrimiento del yo a través de los otros, en la identidad como juego de espejos y en la desmitificación del escritor viajero. *Animales invisibles* es el fruto de quince años de exploraciones junto al arqueólogo Jordi Serrallonga siguiendo el rastro de animales legendarios, extinguidos o muy difíciles de ver, pero que forman parte del imaginario colectivo de las sociedades a las que pertenecen.

Un buen día de finales del siglo pasado Suso Mourelo decidió dejar su trabajo de periodista, coger una mochila ligera de equipaje, hacerse nómada para ir a la búsqueda del tiempo y recorrer aquellos lugares que escrutaba con mirada de niño en los mapas que caían en sus manos. Desde entonces ha vivido en un puñado de ciudades, ha ejercido los más variados oficios y ha

mirado a los ojos y escuchado a gente de todo tipo y condición. Entre sus libros de viaje se encuentran los dedicados al continente asiático: *Adiós a China*, *Donde mueren los dioses*, *Las cinco tumbas de Gengis Khan*, *Tiempo de Hiroshima*, un testimonio de la inutilidad del rencor y el odio y de la fecundidad del amor y el perdón, y *El Barco de Ise*, una verdadera memoria literaria del país nipón, pero también *Donde mueren los Dioses: Viaje por el alma y por la piel de México* y *La frontera Oeste: Abecedario de un inmigrante*.

Las novelas de Javier Moro están ambientadas en parajes exóticos y sus contenidos son elaborados con las fibras de la historia, la política y la defensa de la naturaleza. Entre los títulos más significativos de su trayectoria literaria destacan: *Senderos de libertad* (situada en la selva del Amazonas), *El imperio eras tú* (ambientada en América del Sur), *Era medianoche en Bhopal* y *Las montañas de Buda*, historia de un mundo que se resiste a desaparecer al otro lado del Himalaya.

En la obra reciente de Jesús del Campo destacan títulos como *Castilla y otras islas*, *Berlín y el barco de ocho velas* y *Tristán Benson Blues*.

Xuan Bello escribe sus libros en bable (es uno de los principales impulsores del uso y recuperación de la lengua asturiana) y luego los traduce al castellano. Su obra es un intento de dar noticia de un mundo y de una forma de vida que se pierden: *Historia universal de Paniceiros*, un viaje a sus orígenes para hacer del lugar de uno el centro del universo, *Los cuarteles de la memoria*, *Al dios de la tierra*, recorrido por Oviedo, guiado por las vivencias del autor, que se convierte en una invocación del espíritu de la ciudad, son algunos de sus títulos más representativos, aparte de los poemas recogidos en *Los caminos secretos* y otros libros poéticos.

Autores que han escrito fundamentalmente su obra en catalán son: Gabriel Pernau, que, además de publicar artículos y reportajes de viaje en diversos medios, ha escrito diferentes libros que rezuman su pasión por la bicicleta: *A China en bicicleta*, *Cuba en bicicleta*, *Cataluña a piñón fijo*, *Por tierras de Alá, viaje a la otra orilla del Mediterráneo*, y Jaume Benavente, que vivió su primera infancia en Brasil y es autor de una variada obra, en la que se incluye una narrativa de viajes en la que destacan *Viaje de invierno a Madeira*, *Dietario de Oporto*, *Una mirada interrogativa y otros textos errantes* y varias novelas negras que tienen por escenario principal las ciudades de Amsterdam y de Lisboa, junto al paisaje europeo. Por su parte, el poeta, novelista y ensayista valenciano Josep Piera encuentra la inspiración para su obra, de corte intimista, en sus frecuentes viajes por el Mediterráneo y en

los paisajes de la comarca del Safor. Entre su narrativa viajera destacan: *Un bellísimo cadáver barroco*, dedicado a recrear la historia de la ciudad de Nápoles, que cuenta con dos ediciones separadas por un lapso de 30 años.

Otro de los rasgos fundamentales de la actual literatura viajera es la irrupción de un más que interesante grupo de escritoras procedentes de los más variados campos profesionales. Así, la antropóloga María Belmonte nos invita a realizar una travesía por la costa vasca, explorando los viejos caminos costeros, observando la naturaleza, mirando donde antes no habías mirado y sintiendo el hondo latido de la tierra, acompañados de un buen número de escritores, artistas, caminantes y aventureros, en *Los senderos del mar. Un viaje a pie*. El excelente *Peregrinos de la belleza. Viajeros por Italia y Grecia* cuenta la historia de los escritores-viajeros que, desde finales del siglo XVIII, convirtieron Italia y Grecia en lugar de obligada peregrinación estética; mezcla entre libro de viajes y biografía de personajes ilustres, se lee con ese deseo de no parar de leer al que incitan las buenas narraciones, un libro que es camino para otros libros.

El trabajo de la profesora de literatura comparada Patricia Almarcegui es muy variado, abarcando desde el ensayo (temáticas sociales relacionadas con el viaje, acercamiento y asimilación de la otredad, el sentido del viaje) hasta el libro de viajes propiamente dicho, pasando por la biografía de destacados viajeros a lo largo de la historia. Entre sus libros merecen destacarse: *Ali Bey y los viajeros europeos a Oriente*, *El pintor y la viajera*, *El sentido del viaje*, *Escuchar Irán* y *Una viajera por Asia Central*. Para Almarcegui, el viajero contemporáneo tiende a identificarse, no ya con el otro, sino con el lugar o el espacio que recorre.

El reciente *Los mitos del viaje* ofrece sólidas razones para viajar y analiza las experiencias de la alteridad, además de estudiar la estética y la cultura viajeras y desgranar el mito del viaje a partir de las aventuras de grandes viajeros. Antes, Almarcegui había coordinado, junto a Leonardo Romero Tobar, *Los libros de viaje: realidad vivida y género literario*, en el que distintos autores estudiaron las relaciones entre la vivencia del viaje y el proceso de escritura que lo fija en un texto.

La periodista, fotógrafa y escritora Cristina Morató recorrió una buena parte del mundo durante la década de los años 80 y 90 del pasado siglo con diferentes cometidos periodísticos, realizando numerosos reportajes en América Latina, Asia, África y Oriente Próximo, tanto para la prensa escrita como para radio y televisión. Desde el año 2000 viaja con el objetivo de es-

cribir libros de viaje y para recrear la vida de las grandes viajeras y exploradoras de la historia. Hasta el momento ha llamado la atención de la crítica y de los lectores con libros como: *Viajeras intrépidas y aventureras*, *Las Reinas de África*, *Las Damas de Oriente*, *grandes viajeras por los países árabes* y *Cautiva en Arabia*, una apasionante biografía sobre la condesa Marga d'Andurain, espía y aventurera en Oriente Medio.

La física y experta en literatura persa Ana Briongos ha escrito distintos libros basados en sus viajes y experiencias personales en distintos países asiáticos: Afganistán (*Un invierno en Kandahar*), Irán (*La cueva de Alí Babá y Negro sobre Negro*) y la India (*;Esto es Calcuta!*). En *Geografías íntimas* rememora su casi medio siglo de vida viajera en un libro escrito a modo de notas de viaje, con apuntes personales e impresiones al calor de la memoria.

Emparentado con la generación de Manu Leguineche y Jesús Torbado, el periodista burgalés Luis Pancorbo ha escrito una buena parte de su obra a partir del año 2000. Antes, había sido corresponsal de RTVE en Roma y Estocolmo, enviado especial de programas como *Los Reporteros* y *En portada* y director de los programas *Objetivo* y de la exitosa *Otros Pueblos*. A finales de los años 60 del pasado siglo, fue el primer viajero español en pisar el Polo Sur, en el curso de un viaje a la Antártida. Tres décadas después dio la vuelta al mundo, que recogió en el libro: *La última vuelta al mundo en 80 días del milenio*. Como escritor, ha cultivado la faceta viajera y de divulgación antropológica y ha publicado una treintena de libros, entre los que destacan *Mapamundi de lugares insólitos, míticos y verídicos*, un atlas personal tras cinco décadas de leguas y libros, y los más recientes: *Avatares. Viajes por la India de los dioses, Auroras de medianoche: Viaje a las cuatro Laponias, Del Mar Negro al Báltico. Caminos y Letras, Año nuevo en Sudán, Al sur del Mar Rojo. Viajes y azares por Yibuti, Somalilandia y Eritrea y Caviar, dioses y petróleo. Una vuelta al Mar Caspio*.

Jesús González Green ha compartido con Pancorbo ser uno de los reporteros de televisión y corresponsal de guerra más intrépidos. Además, ha sido un pionero del vuelo aerostático, convirtiéndose en el primero en cruzar el Atlántico en globo.

El explorador polar Ramón Larramendi ha sido el protagonista de distintas travesías polares, como la Expedición Circumpolar 1990-93 y la Expedición Transantártica 2005-2006, que han dado lugar a distintas publicaciones, en las que uno puede encontrar el espíritu que mueve sus aventuras: "Explorar los polos es vivir en el mundo de la sencillez extrema, de la auténtica

esencia de viajar como los primeros humanos, desprovisto de toda superficialidad".

Durante los años 60 y 70 del pasado siglo Jordi Sierra viajó por todo el mundo acompañando a los grandes del rock y la música pop. Después, ha sido un prolífico escritor, sobre todo de literatura infantil y juvenil. Su libro *Kafka y la muñeca viajera* está basado en la experiencia vivida por Franz Kafka al encontrar mientras paseaba por el parque Steglitz, en Berlín, a una niña llorando desconsolada porque había perdido su muñeca. Para calmar a la pequeña, el escritor se inventó la peculiar historia de que la muñeca se había ido de viaje, y, para certificarla, le fue llevando cada mañana las cartas que él iba recibiendo como cartero, en las que se narraban las peripecias de la muñeca desde todos los rincones del mundo.

El grueso de la obra de Antonio Muñoz Molina ya ha sido descrito en un capítulo anterior. Sin embargo, de sus creaciones de los últimos años es necesario señalar la nueva edición de *El Robinson urbano*, libro publicado originalmente en 1884 como recopilación de los artículos escritos en el periódico *El Ideal*. Se trata de una crónica de la cotidianidad ciudadana que el propio Antonio Muñoz Molina sitúa y define en su texto inicial: "La mejor literatura de la modernidad la han escrito los grandes robinsones urbanos. Para escribir sus *Confesiones*, De Quincey tuvo primero que morirse de hambre y desolación en las aceras de Oxford Street, maderastra del corazón de piedra. En una América que ya prefiguraba la locura de Metrópolis, Edgar Allan Poe vio en medio de las calles a su criatura más temible: el hombre de la multitud. En París, hacia la mitad del siglo pasado, Baudelaire reunió las voces de Allan Poe y De Quincey y supo reconocer la tiranía del rostro humano infatigablemente repetido en las multitudes y en los espejos de las calles, pero también descubrió el territorio de un vasto paraíso artificial: el placer, absolutamente inédito hasta entonces, de recorrer la ciudad sin ir a parte alguna y sin tener otra compañía que la propia voz en la conciencia".

No obstante, lo más sobresaliente entre sus nuevos textos viajeros es el atrevido *Un andar solitario entre la gente*. Se trata de un libro experimental, una novela-ensayo sobre una manera literaria de ver la ciudad (Madrid, Nueva York, Lisboa, París ...), o acaso una especie de collage que incorpora elementos muy dispares. El autor nos habla de un narrador que sigue a un caminante anónimo por la ciudad, que va tomando notas, memoriza toda clase de estímulos audiovisuales, husmea en todo lo que se le pone a la vista y al oído, recoge papeles y cartones por la calle, recorta y pega cosas y parece sentirse al tiempo como un artista y como uno de los grandes pa-

seantes-escritores urbanos, un caminante sin nombre que pasea en medio de "la mezcla de la extrema soledad y la sobreabundancia de voces escuchadas o imaginadas o leídas".

El filósofo y prolífico autor Fernando Savater es autor de *Lugares con genio. Los escritores y sus ciudades*, una mezcla de diario de viaje y biografía en la que se conjugan dos grandes pasiones del autor: la literatura y los viajes. Recorriendo las principales ciudades del mundo, Savater nos lleva de la mano por los lugares que frecuentaron los grandes escritores y hace el ejercicio de unir a un autor con su ciudad de origen: Florencia y Dante Alighieri, Edimburgo y Robert L. Stevenson, Lisboa y Fernando Pessoa, Praga y Franz Kafka, Londres y Virginia Woolf, México y Octavio Paz, Santiago de Chile y Pablo Neruda, Buenos Aires y Jorge Luis Borges... En definitiva, Savater se sumerge en la cultura de cada país y en la idiosincrasia de cada ciudad, recuerda sus hitos históricos y explora su vida cotidiana, rastrea en sus rincones célebres y secretos y trata de hallar la influencia que ejerció cada lugar en la vida de los escritores y el impulso ejercido sobre su obra. En esta misma línea, *Aquí viven leones* recoge ocho viajes a las "guardias" de otros tantos protagonistas de la historia de la literatura que, previamente a la escritura del libro, recorrió con su mujer, Sara Torres: "Nadie pone en duda que el paisaje urbano o natural donde ha vivido un escritor maraca necesariamente su obra, aunque a menudo no sea explícito. Pero igual de indudable es que para quien ha leído al autor, también el paisaje donde transcurrió su vida y creó su obra está sellado por esa sombra tutelar". En *La aventura africana*, un ensayo sobre África y la literatura de algunos que, como él, quedaron hechizados por sus misterios, Savater invita al lector a considerar la aventura no como una alternativa exótica, sino como una manera de afrontar el maravilloso riesgo de trascender lo cotidiano, y vuelve sobre su noción ética de la aventura, o aventura de la ética: "Lo que nos interesa de África es su vinculación con la aventura; lo que más interesa de la aventura es su privilegiada condición de motivo literario y de iniciativa ética".

El viaje que hace Martín Casariego en *Con las suelas al viento* es a través de cincuenta historias de viajeros, eruditos y aventureros, hombres y mujeres singulares y entusiastas que se embarcaron en distintos tipos de odiseas, unas mayores y otras menores: de Hannón y Egeria a Ernst Shackleton y Ella Maillart.

Desde que visitó la Antártida por vez primera en 1986, formando parte de la primera expedición científica española, el escritor, físico y divulgador científico Javier Cacho ha publicado una serie de libros biográficos acerca de los

grandes nombres de la historia de la exploración polar, como Roald Amundsen, Robert Falcon Scott, Ernest Shackleton y Fridtjof Nansen. También es autor de *Yo, el Fram* sobre el famoso buque, y *Las aventuras de Piti en la Antártida*, de carácter más ficcional. Recientemente ha visto la luz *Héroes de la Antártida*, que recoge los viajes previos a la edad heroica.

Por su parte, el periodista y profesor universitario Antonio Checa Godoy trata de dar respuesta a través de las páginas de *El Viaje (y los libros de viaje)* de dos preguntas clave: ¿por qué viajamos? y ¿por qué con tanta frecuencia sentimos la necesidad de contar lo que hemos visto o vivido? Y, para ello, utiliza tanto sus propias observaciones y reflexiones como las de decenas de viajeros de todo tiempo y lugar. Un viaje a través de sí mismo y de los viajeros, con toda una mochila cargada de referencias bibliográficas.

Una de las características más interesantes que se pueden encontrar en el panorama literario español de los últimos veinticinco años es el crecimiento de la presencia de los fenómenos migratorios, tanto en su vertiente inmigratoria –entrada– como emigratoria –salida–, en los textos literarios y del interés por el análisis de los mismos, como demuestran publicaciones tan significativas como la obra colectiva *Inmenso estrecho. Cuentos sobre inmigración* (entre otras aportaciones, cuenta con relatos de Manuel Hidalgo, Gustavo Martín Garzo, Gabi Martínez, Luis Mateo Díez, José María Merino, Ernesto Pérez Zúñiga, Elena Pita, Manuel Rivas y Eugenio Suárez-Galbán), o el ensayo *La inmigración en la literatura española contemporánea* (Irene Andrés-Suárez, Marco Kunz, Inés D'Ors). Por su parte Juan Goytisolo y el sociólogo francés de origen argelino Sami Naïr abordaron a principios de siglo los problemas de los inmigrantes en España en *El peaje de la vida. Inmigración o rechazo de la emigración en España*. Si para el escritor español "Occidente derribó el muro de Berlín para levantar otro muro en el Estrecho de Gibraltar", Naïr considera que "emigrar es desaparecer para después renacer. Inmigrar es renacer para no desaparecer nunca más".

A nivel individual, los autores, como testigos cualificados de lo que está pasando (episodios como la ola de refugiados de Siria o la intensificación de la llegada de subsaharianos se han venido a añadir a la inmigración de finales del siglo XX procedente de Latinoamérica, los países del Este y Marruecos), se han hecho eco de la realidad poliédrica de la migración, acompañándola a veces de mitos reelaborados y de recursos ficcionales y/o metaliterarios que permiten enriquecer el texto. El tema se ha tocado desde diversas perspectiva: el hecho físico del viaje, incluyendo el medio –patera o yola–, el trayecto, el naufragio; los motivos: políticos, económicos, béli-

cos, religiosos; las consecuencias inmediatas: idioma, vivienda, educación, costumbres; las consecuencias a largo plazo: adaptación/desarraigo, falta de integración, problemas de racismo o xenofobia, bilingüismo, etc. Y se ha hecho con diferentes tonos: tragedia, ironía, humor, crítica o reivindicación.

Los inmigrantes han pasado de un papel secundario a ser protagonistas en los textos literarios. Así, *Cosmofobia*, de Lucía Etxebarria, novela la vida de una serie de habitantes del madrileño barrio de Lavapiés, paradigma de la convivencia, que no de la integración, y de la creciente heterogeneidad de nuestra sociedad; *Contra el viento*, de Ángeles Caso, gira sobre la amistad entre una española y una brasileña en una Europa que, paradójicamente al espíritu de la Unión Europea, tiene cada vez crea más fronteras; *Nunca pasa nada*, de José Ovejero, es una reflexión acerca de las complejas relaciones de pareja a partir de la historia de Olivia, una inmigrante ecuatoriana encargada de las tareas del hogar en una familia española aparentemente normal, que puede llegar a desmontar la "buena conciencia", mientras que la anterior *Vidas ajenas* nos muestra el contraste entre los estratos sociales más favorecidos, que puede disfrutar de la "sociedad del bienestar", y la multitud de desheredados, fundamentalmente procedentes de la inmigración africana, que habitan los barrios pobres de Bruselas, esa "capital europea" que tan bien conoce Ovejero y a la que presenta desnuda de cualquier tinte turístico.

En cuanto a los "relatos africanos", antes de acabar el siglo XX Rafael Torres había abordado, no sin cierta carga de humor, el problema del racismo y la xenofobia en *Yo, Mohamed. Historias de inmigrantes en un país de emigrantes*; Lourdes Ortiz había compuesto una colección de relatos al que daba título el de *Fátima de los naufragios*, donde el mar cobra toda su fuerza destructiva, y Nieves García Benito había escrito *Por la vía de Tarifa*, un libro compuesto de diez relatos sobre el drama que se desarrolla en el Estrecho de Gibraltar casi a diario: "Las autoridades españolas no les dejan entrar; pero ellos, después de haber llegado hasta un lugar tan remoto no piensan retroceder. Todas las madres africanas enseñan a sus hijos que con paciencia todo se alcanza".

Con la llegada del nuevo siglo, el segoviano Andrés Sorel se remonta al mito bíblico de la tierra de promisión, (la tierra-madre nutricia: "Irás a una tierra buena y espaciosa/la tierra que mana leche y miel./ Si de por vida amáis al que es,/ triunfaréis", se dice en el libro del Éxodo) y saca a relucir la tragedia de las pateras con *Las voces del estrecho*, una novela que transcurre en Zahara de los Atunes, mientras que Miguel Náveros se ocupaba en *Al calor del día* de la problemática de la inmigración africana en un territorio tan

significado como El Ejido (Almería), ese "Edén de puertas afuera e infierno dentro" al que se refiere Juan Goytisolo.

Desde que hace 30 años recibiera el Premio Nacional de Narrativa por *Obabakoak*, un libro compuesto por una serie de cuentos situados en su mayoría en Obaba, una población vasca en la que realidad y fantasía se confunden, Bernardo Atxaga (Joseba Irazu Garmendia) no ha dejado de escribir en euskera. A partir de los verdes prados de Euskadi, Atxaga nos transporta a otros lugares, algunos tan lejanos como la selva amazónica, para rescatarnos de la soledad, mientras que en el poema-cuento *Ezekiel Masis Dembele* tematiza el encuentro entre un africano y el yo lírico en un bar de Bilbao.

Por otra parte, Lorenzo Silva (*Algún día, cuando pueda llevarte a Varsovia*) y Eduardo Mendicutti (*Los novios búlgaros*) se ocuparon en los 90 de la inmigración procedente de los países del este de Europa.

Finalmente, una mirada a la *Liternatura*, es decir, aquellos libros que responden a la llamada de la naturaleza con auténtica literatura, cuyo inicio en nuestro país quizás haya que buscarlo en los textos del naturalista José Antonio Valverde, el "padre de Doñana", autor de *Memorias de un biólogo heterodoxo* y *Los lobos de Morla*, escrito en colaboración con el pastor Salvador Teruelo, que constituye una de las mejores obras publicadas sobre el animal para quien parece haber sido hecha la hora del lubricán y la noche que le sigue. No obstante, hay quien considera que los precedentes de la literatura de naturaleza hay que buscarlos en la novela pastoril, género de esencias virgilianas que surgió en España en el siglo XVI con *Los siete libros de Diana*, de Jorge de Montemayor, y tuvo su continuación en autores como Gaspar Gil Polo, Miguel de Cervantes y Lope de Vega.

El prolífico Joaquín Araújo es probablemente el máximo referente de la literatura de naturaleza y de la defensa medioambiental en España. Colaborador del extraordinario divulgador Félix Rodríguez de la Fuente en la *Encyclopédia Salvat de la Fauna* y en el mítico programa televisivo *El hombre y la tierra*, vive desde hace décadas en la comarca cacereña de Las Villuercas como un campesino más, dedicado en su soledad buscada ("La soledad que uno busca/ no se llama soledad;/ soledad es el vacío/ que a uno le hacen los demás", dicen los versos de Pedro Garfias) a desarrollar la agricultura ecológica y a defender la cultura rural del peligro de extinción. Escritor del paisaje y el paisanaje con una importante carga lírica, Araújo se define a sí mismo como un "emboscado", una persona que vive en el bosque, y sus historias siempre conllevan un mensaje reivindicativo, tratando

de que la sensatez arraigue en el ser humano y de que la inteligencia no se use para distanciarnos de la vida y seguir siendo esclavos de la prisa, la codicia y la ambición, sino para lograr que nuestro mundo pueda ser sostenible, más vivible, aunque ya no pueda ser recuperable una buena parte del legado de la naturaleza: "El objetivo de la especie humana es ser compatible con la vida. No necesitamos 5G, sino que la gente tenga un huerto, haga grandes caminatas y lea mucho".

Aparte del ingente número de documentales, programas radiofónicos, artículos y charlas que ha realizado durante más de 50 años, es autor de un centenar de libros, entre ellos: *Viaje de un naturalista por España*, *La naturaleza, nuestro lujo*, *Paisajes de España*, *La España rural*, *La sonata del bosque*, *Horizontes*, *Parques emocionales* y *Ladautio Natura (Elogio de la Naturaleza)*: "La Natura solo utiliza el tiempo verbal gerundio. Es lo siendo, así sin pronombre personales ni otros tiempos verbales. Es lo siendo por lo que ya ha sido. Lo siendo para que puedan seguir siendo los futuros (...). La Natura es una escuela de otredad, de comprender a lo otro, de convivir con las diferencias". Para Antonio Muñoz Molina, la prosa de Araújo "tiene una claridad de cristal limpio, de lupa con la que observar lo más de cerca posible las maravillas de la vida", y esa prosa la pone "al servicio no solo del conocimiento, sino también del activismo a favor (...) de la preservación del mundo natural".

El naturalista navarro Juan Gioñi hace diez años que dejó su profesión de informático y se dedicó a guiar grupos por los bosques y paisajes de su tierra, contagiándose de las sensaciones que el bosque transmite en cada estación y contagiando el amor ("conocer para amar, amar para defender") por lo que es seguramente "la invención más afortunada de la historia de la vida en la Tierra, un lugar lleno de vida por todos los lados". *Los bosques que llevo dentro* es un retrato muy personal de los bosques de Navarra: "En ese útero llamado bosque además de nosotros nació nuestra música, nuestra filosofía, la ética, nuestra poesía, nuestra inteligencia... ahí, los seres humanos nos hicimos lo que hoy en día somos". Afirma el autor que el bosque es casi la única herramienta que tenemos para defendernos del cambio climático, que es la mayor amenaza de la historia de la humanidad, asegura que es un claro ejemplo de cooperación al servicio de la supervivencia y recomienda a la sociedad aprender de él: "La cooperación ha mostrado, desde el principio, ser más efectiva que la competencia". Y aconseja al visitante: "Lo primero que deberíamos hacer cuando vayamos a un bosque es dejar las prisas fuera, porque en un bosque hay que pasear tomándose su tiempo, como quien va a un museo, para poder ver, disfrutar, oler, tocar, sentir, todo aquello que un bosque nos ofrece". Si los bosques navarros son su hogar

más cercano, los bosques que lleva dentro Goñi son todos los bosques del planeta, que, en definitiva, es uno: el Bosque, del que todos somos hijos.

El gallego Antonio Sandoval Rey viaja por la costa de La Coruña en busca de respuestas a la pregunta que da título a su libro: *¿Para qué sirven las aves?* Por el camino encuentra misterios del pasado, leyendas de naufragios, historias de espías, crónicas bélicas, mareas negras, retratos de asesinos en serie y rarezas varias. También conversa con otros que, como él, esperan atentos y pacientes el vuelo de las aves, y siembra con sus propios recuerdos, sentimientos y reflexiones la descripción de los paisajes que atraviesa, mostrando una capacidad de enganchar al lector como solo lo consiguen los buenos escritores de novela policíaca.

El maestro y experto en educación medioambiental Jaime Rodríguez Laguía, un enamorado de la serranía de Cuenca, recoge en *Caminaturando* los hallazgos de su largo peregrinar por los caminos de la naturaleza e invita al lector a renovarse, disfrutando de su espontaneidad y de las cosas tan sencillas como maravillosas que nos ofrece si nos tomamos la molestia de saber mirar en ella. La reciente obra *Días de bosque, agua y piedra* insiste en el planteamiento del autor de que caminar es formar parte del paisaje, experimentar una progresiva sensibilización hacia el territorio, aprender cómo mirar, cómo vivir y cómo pensar la tierra y la Tierra, ser y sentirse naturaleza.

El castellonense Victor J. Hernández, gran impulsor de la literatura de naturaleza desde la editorial Tundra, es autor de más de 50 libros, entre ellos: *12 naturalezas mediterráneas*, *Viaje a las rapaces*, *Tras las huellas de la fauna ibérica* y el cuento ilustrado *Dulce canto de un pájaro en el jardín*.

El polifacético Ramón Grande del Brío ha escrito un número considerable de obras, que muestran su pasión por la naturaleza: *Por Tierras de Salamanca*, *Viaje en burro por la Sierra de Francia*, *Entresierras y Las Bardas*, *Paseos por Las Hurdes*, *Andanzas de un naturalista por las sierras extremeñas*, *Rutas de un naturalista por los Cárpatos y los Balcanes*, *Tras la senda del lobo* y *La tregua*.

Otros autores a tener en cuenta en esta línea son: Pancho Purroy (*El leopardo del Atlas. 'Salsero' y otras andanzas*, dedicado a la historia de la localización del leopardo del Atlas, que se creía extinguido, al primer oso pardo marcado con un radioemisor en España y al año sabático del autor por Sudamérica); Álvaro Luna (*Un leopardo en el jardín. La ciudad: un nuevo ecosistema*) y Ramón Folch i Guillén (*El vicio de mirar*).

La publicación en 2016 de *La España vacía*, del periodista y escritor Sergio del Molino, ha supuesto un verdadero fenómeno tanto a nivel literario como social. Se trata de un ensayo histórico, pero también de un relato de viajes, escrito con buena prosa, y un testimonio personal desde el hoy (si utiliza la primera persona, es para contar lo que encuentra, lo que hace, lo que piensa, lo que le emociona). El libro pone de manifiesto que España es un país en gran parte deshabitado, uno de los territorios europeos en los que más bruscamente se pasa de la superpoblación de las periferias costeras y de las grandes metrópolis al puro desierto poblacional de algunas provincias del interior.

En esta España vacía o vaciada se sitúan varias interesantes novelas de trama diversa aparecidas en los últimos años en las librerías españolas, como: *Intemperie*, de Jesús Carrasco, *Los asquerosos*, de Santiago Lorenzo, *La España desnuda*, de Rafael Navarro de Castro; *Ordesa*, de Manuel Vilas, y *Las ventajas de vivir en el campo*, de Pilar Fraile, así como el poemario *Cuaderno de campo*, de María Sánchez, y los ensayos acerca de la cultura rural: *Donde viven los caracoles* (allí donde el tiempo lo marcan los acontecimientos y no el reloj), de Emilio Barco, y *Vidas a la intemperie (nostalgias y prejuicios sobre el mundo campesino)*, de Marc Badal: "Somos los descendientes del campesinado. En sentido figurado y literal. (...) Vivimos en el mundo que crearon. No podemos dar un solo paso sin pisar el resultado de su trabajo. Tampoco abrir los ojos sin ver el trazo de su huella. (...) El movimiento de las nubes, el color de la hierba, el vuelo de los pájaros, la rama quebrada del cerezo. Su ojo no descansaba. Su memoria tampoco....". Esa perdida de la identidad cultural en el medio rural ya había sido denunciada en décadas anteriores en obras como *Un millón de vacas*, libro de cuentos escrito originalmente en gallego por Manuel Rivas, *La lluvia amarilla*, de Julio Llamazares, o los libros de Miguel Delibes ya comentados.

Literatura de viajes latinoamericana actual

El novelista y poeta mexicano Jordi Soler reivindica el salir de casa no para buscar algo, sino para encontrar y, en esa aventura, uno ha de estar preparado para toparse con gigantes donde los ilusos piensan que solo hay molinos de viento: "El gran observador, el que aplica el orden orgánico, encuentra lo que no está buscando". En el ensayo *Mapa secreto del bosque* Soler se vale de la metáfora del bosque (los árboles de un bosque parecen estar conectados a través de una gran red de microhongos, que funcionan como la fibra óptica) para plantear la búsqueda de la otredad en el mundo de todos los días y regresar a esa criatura cósmica que, a pesar de la revolución tecnológica que ha transformado nuestras costumbres, no hemos

dejado de ser. Tras vivir en Irlanda, Canadá y España, Soler dice sentirse como "un nómada que ya no tiene lugar al que regresar" y solo encuentra en la memoria el único camino seguro de vuelta a casa.

Su compatriota Juan Villoro se confiesa discípulo de Augusto Monterroso ("Monterroso nos demostró que la vida existe para volverse cuento"). De padre catalán, Juan Villoro no solo ha escrito cuentos, sino también novela, ensayo y crónica: el viaje es una de las experiencias más ricas en este sentido, ya que "las cosas ocurren dos veces: en los hechos y en la representación de los hechos que nosotros hacemos como cronistas". En *Palmeras de la brisa rápida: un viaje a Yucatán* Villoro anda por tierras yucatecas tras las huellas de los mayas y el gran patrimonio arqueológico descubierto al mundo por John Lloyd Stephens, pero al mismo tiempo revisando su propio pasado, pues no en balde se trata del territorio de sus antepasados maternos. Por su parte, *El vértigo horizontal. Una ciudad llamada México* es un fresco de la inabarcable, múltiple y caótica capital mexicana, de sus luces y sombras, realizado con los materiales de la propia experiencia o a través de las realidades ajenas, de la vida diaria de otros *chilangos*. *El disparo de argón* gira en torno a dos temas fundamentales: la mirada, como ensanchadora de los límites del sentido, y la realidad dispersa de la ciudad, que vuelve a ser su México natal, espacio que también volverá en las novelas *El testigo* y *Llamadas de Ámsterdam*. Villoro se refiere así a su libro *Arenas de Japón*: "En marzo de 2009 viajé al país que Roland Barthes describió como 'el imperio de los signos', un territorio de mensajes elaboradamente ajenos. Mientras tanto, en mi país, un japonés hacía la operación contraria: vivía en el aeropuerto, la tierra de nadie donde todo se comprende (...). La naturaleza domina la vida de Japón con poderío simbólico. Incluso los desastres naturales han beneficiado su historia (...). También la cultura es un desprendimiento del paisaje. El haiku sigue un principio botánico: la poesía como instantánea floración (...). Los signos de Japón proponen algo más profundo que el entendimiento".

Por su parte, en *Las tierras arrasadas* Emiliano Monge aborda, entre otros aspectos de la violencia y del crimen organizado, el secuestro de migrantes centroamericanos que atraviesan México para entrar a los Estados Unidos en busca de una mejor vida. En este caso, el autor mexicano se vale de la ficción para contar una historia aterradora, al borde mismo de lo inimaginable. En cambio, en *No contar todo* se vale de la no ficción para presentar de tres maneras distintas su propia saga familiar, al mismo tiempo que narra la historia del país que habitaron sus antepasados y ahonda en el eterno conflicto de la construcción personal del individuo frente a su herencia:

"Nada importaba tanto como haber, de pronto, descubierto que uno puede renegar de su pasado y comenzar, de golpe, a ser distinto".

Tras el ensayo (en 40 preguntas) *Los niños perdidos*, la interesante escritora mexicana Valeria Luiselli ha abordado en *El desierto sonoro* la problemática de la migración hispana en Estados Unidos y sus efectos en los niños a través del relato de una familia de emigrantes mexicanos. Se trata de una novela en la que la autora explica un fenómeno global en nuestros días desde lo particular, describiendo la manera en la que cada generación rearticula la historia de la anterior y abordando el diálogo intergeneracional, al tiempo que ha posibilitado que "estuviera presente el archivo de su propia construcción" en la narración.

El cubano Leonardo Padura, además de *El hombre que amaba a los perros*, su novela más leída, es autor de *El viaje más largo*, libro que recrea y revive ambientes, tipos, leyendas y costumbres que forman parte de la crónica íntima de Cuba, hecha de pequeñas historias y de secretos. Asimismo, a través de Mario Conde, el protagonista de sus novelas, ha venido contando en las últimas décadas la historia de la Cuba reciente, y en particular de La Habana, de quien dice estar impregnada de Alejo Carpentier, José Lezama Lima y Guillermo Cabrera Infante.

Escritora cubana en el exilio, Zoé Valdés es la autora de *Café Nostalgia*, novela en la que cuenta la vida de algunos cubanos en París. En *Milagro en Miami* retrata con un tono irónico y humorístico la vida de la ciudad en la que, por proximidad geográfica, se refugian tantos exiliados cubanos: "Miami es una ciudad rebosante de exaltaciones, excesiva en pasiones, y de tan temperamental se ha vuelto lindísima, preciosa. Así la hicieron los inmigrantes: después de los anglosajones y los africanos siguieron los cubanos, quienes nunca han sido exiliados del todo, sino que cada cual pretende pertenecer a ambas orillas, la de la isla y la de Miami". Pero el tono cambia radicalmente cuando trata la llegada de los balseros: "–Es terrible... Cuántas noches he estado sentado en esta terraza y he escuchado los alaridos de los balseros intentando tocar la otra orilla para ganarse el derecho a quedarse en este país, huyendo de los guardacostas... –musitó el Lince–. Nadie nos entiende, o no quieren entendernos, es como una gran burla en torno a todo lo que tenga que ver con Cayo Cruz".

El venezolano afincado en España Juan Carlos Méndez Guédez aborda los diversos modos de la migración en algunas de sus novelas. Y lo hace en un doble sentido: la gente que fue a vivir a Venezuela para buscar una mejor vida y

la que gente que ha debido escapar de ella. En *Una tarde con campanas* Méndez Guédez narra los contrastes del encuentro cultural desde la perspectiva de un niño que, al llegar a España, "piensa que el otoño es una enfermedad que afecta a los árboles y a las personas, pero que luego también reconoce aquí la amistad y el esplendor de la infancia". En *La ola detenida* la protagonista vive el vértigo de sentirse atada a dos lugares: España y Venezuela, una suerte de "extranjeridad eterna", esa que hace que vayas donde vayas, siempre serás extranjero, sin que sea posible el regreso. En *Y recuerda que te espero* propone una novela enmascarada de libro de viajes o, quizás, un viaje con tonos de novela o crónica: Fermín, el protagonista, emprende un viaje en busca de las huellas de dos fotografías de su niñez, que remiten a Barquisimeto, en Venezuela, lugar de nacimiento del propio escritor, y a Madrid, su lugar de residencia. Sin embargo, lo que busca el autor son huellas que lo guíen en el viaje: "Huellas de otros. Huellas leídas, porque el hilo de lo que he leído es el hilo de lo que soy (...). El que está al final de cada viaje es uno. Igual y distinto". De ahí que, de alguna manera, el libro sea un homenaje a los escritores. También el lector puede encontrar que se viaja por amor en la novela *El libro de Esther*, por amor y necesidad en *Retrato de Abel con isla volcánica al fondo* y para cerrar viejas cuentas, en *Nueve mil kilómetros y tu abrazo*.

El boliviano Ramón Rocha Monroy es famoso por sus crónicas de Cochabamba, sus críticas gastronómicas, pero sobre todo por *Potosí 1600*, recreación ficcional de la villa imperial de Potosí, que fue uno de los centros económicos más importantes, si no el que más, del Nuevo Mundo a principios del siglo XVII, y lo hace a partir de los textos de los cronistas de la época, especialmente los de Bartolomé Arzáns.

Para la colombiana Juliana González-Rivera, "el viaje es la metáfora de todo" y "quienes cuentan el mundo son los viajeros". Ellos son quienes nos han hecho imaginar nuevos mundos, tierras prometidas, unas veces diciendo la verdad y otras, recurriendo a la ficción. En *La invención del viaje*, una síntesis de su extensa tesis doctoral, afronta la historia de los relatos que cuentan el mundo y del viajero: "El viaje empieza en la imaginación, mucho antes de la partida, ya con el anhelo de viajar comienza el viaje". González-Rivera considera que el viajero tiene que tener un espíritu motivador, inspirar a otras personas a viajar, y que, si bien su realidad está condicionada por su verdad, con frecuencia alcanza a ver cosas que el nativo no ve o no se da cuenta por la fuerza de la costumbre.

Nacido en el seno de una familia con múltiples raíces, el historiador y polifacético escritor peruano Fernando Iwasaki lleva bastantes años residien-

do en España. Creador de un universo literario teñido de historia, en sus obras casi siempre aparece una fina ironía, cuando no una "declaración de humor", porque "mientras hay risa, hay esperanza". *Inquisiciones Peruanas* es un buen ejemplo de cómo Iwasaki ha sabido convertir en literatura desbordante de géneros sus investigaciones históricas, en este caso las de la sociedad peruana de los siglos XVI-XVIII. También lo son: *Neguijón*, el relato picaresco de un sacamuelas en el Perú virreinal y en la España del Siglo de Oro que va tras el supuesto bicho que primero carcomía los dientes y luego precipitaba la corrupción del cuerpo; *El descubrimiento de España*, un relato a caballo entre la narrativa, las memorias y el ensayo, que supone una lúcida reflexión sobre nuestro país desde el punto de vista de un latinoamericano; *Sevilla, sin mapa*, una radiografía literaria de la ciudad surcada de personajes célebres o viajeros anónimos ("sevillanos apócrifos"), que dan cuenta de su paso por la ciudad, y *Nueva Corónica del Extremo Occidente*, libro en el que Iwasaki reivindica desde el título al cronista Felipe Guzmán Poma de Ayala y el estatus occidental que Borges, Octavio Paz y Uslar Pietri reclamaron para la literatura latinoamericana, pues "sólo un occidental es capaz de preguntarse a sí mismo si pertenece a Occidente, aunque sea por accidente".

El periodista chileno Juan Pablo Meneses, ha escrito numerosas crónicas de viaje para la revista dominical de *El Mercurio* y es el creador de libros de viaje como *Equipaje de mano*, *Crónicas Argentinas*, *Hotel España* y *Una vuelta al Tercer Mundo*, un recorrido planetario a caballo entre la literatura de viajes y la crónica. Su manera de trabajar, siempre en movimiento, ha dado lugar al llamado "periodismo portátil".

Argentino de origen y chileno de adopción, Ariel Dorfman es descendiente de los judíos que desde la Europa del Este emigraron a Argentina. *Rumbo al Sur, deseando el Norte* es un libro autobiográfico en el que narra el modo en el que se salvó de una muerte segura durante el golpe de estado contra Salvador Allende, y la narración le sirve para saldar las cuentas pendientes con su pasado, sus orígenes y las lenguas que marcan su vida: el español y el inglés.

Hebe Urhart, la escritora de los "pequeños detalles", es autora de diferentes crónicas de viaje: *Viajera crónica*, *Visto y oído*, *De México a la Patagonia*, *De aquí para allá* y *Turistas*. Según ella misma: "Escribo dos clases de crónicas de viajes, dos tipos de impresiones. Una más libre, subjetiva, donde aparezco más yo, que son las que se parecen más a un cuento. Y las que están más documentadas, con información relevante, unida a mis impresiones perso-

nales. Los géneros están muy mezclados. Hay cuentos que pueden ser leídos como crónicas y crónicas que son cuentitos".

El periodista, historiador y escritor Martín Caparrós comenzó a publicar sus relatos de viajes en revistas a partir de los años 90 del pasado siglo. Para entonces, ya había vivido en París, Madrid, Nueva York y viajado por medio mundo. Desde entonces, ha seguido viajando, ha residido en Barcelona, ha colaborado con distintos medios periodísticos y también ha publicado en forma de libros sus crónicas de viaje: *Larga distancia*, recopilación de crónicas ya publicadas; *¡Dios mío! Un viaje por la India en busca de Sai Baba*, un retrato descarnado de la religiosidad de la India; *Palipali. Impresiones coreanas*, libro en el que al texto se une la fotografía; *El Interior*, inusual crónica de viaje por las provincias argentinas a bordo de un coche llamado Erre, con el que "llega a los pueblos y entra en las ciudades", y *Una luna*, diario de un enloquecido viaje a saltos entre distintos continentes. Dotado de un estilo singular que le permite huir de la palabrería para acercarse a lo experimental, el autor de obras como *La Historia* o *Los Living*, se muestra como un viajero dotado de un saber enciclopédico y de una fina ironía que a veces utiliza para derribar lo políticamente correcto.

"Somos animales migratorios: estamos condenados a explorar. Algo (la promesa de un edén perdido, de un reino justo y apacible) nos atrae del otro lado del jardín, de la calle, del río, de la montaña, como si nuestro aquí fuese solamente la causa (o consecuencia) del allá, o del más allá. Los lugares imaginarios existen para satisfacer nuestro deseo de encontrar la felicidad más allá de las fronteras. También su reverso: imaginamos lugares temibles, espejos de los infiernos terrestres". Quien dice esto es Alberto Manguel, escritor, editor y estudioso de la lectura (*Una historia de la lectura*), que publicó a finales del siglo pasado, junto con Gianni Guadalupi, una *Breve guía de lugares imaginarios*, un viaje por lugares de ficción de la literatura mundial. Según Manguel: "La mayor parte de los lugares imaginarios inventados a partir del siglo XVIII deben su identidad a la isla de Robinson Crusoe, las islas visitadas por Gulliver, y la isla de Utopía de Tomás Moro. En estas tres están todas las otras".

Alberto Manguel nació en Buenos Aires, creció en Tel-Aviv, donde su padre era embajador de Argentina, y ha vivido en Francia, Inglaterra, Italia, Tahití y Canadá, cuya nacionalidad adoptó. Ha escrito su obra en inglés y en español. Entre sus títulos más recientes está *El viajero, la torre y la larva: el lector como metáfora*, un texto dividido en tres partes en el que nos presenta al lector como un viajero dentro del libro, que, a su vez, se presenta como un

mundo abierto al descubrimiento y la transformación: "Todo lector es un Crusoe de sillón". En *Historia natural de la curiosidad* parte de una declaración de intenciones: "Tengo curiosidad por la curiosidad"; prosigue planteando las posibilidades que ofrece la lectura: "Una exploración de uno mismo y del mundo, que parecer ser inagotable", y concluye que "la mayor aproximación a una versión veraz de la realidad sólo puede encontrarse en los relatos que nos inventamos, porque "la mejor manera que tenemos de decir la verdad es mentir", aunque muchas veces "los acontecimientos que experimentamos sobrepasan los límites del lenguaje".

La obra de Sergio Chejfec se ha ido consolidando durante las últimas tres décadas como una de las propuestas literarias más peculiares de la narrativa argentina, dando lugar a una obra en la que los temas del viaje y la metáfora del camino, el vagabundeo y la memoria van entretejiendo un particular sistema de voces y ecos, que se acompaña de bifurcaciones del texto, saltos en el tiempo, fragmentaciones de historias y acontecimientos que tienen lugar en el espacio urbano o en un determinado territorio. El resultado de todo ello es un "fresco del presente", un relato discontinuo y vanguardista, construido como un ensamblaje de materiales diferentes, sobre el que siempre gravita un cierto aire de extranjería, derivado de su condición de hijo de extranjeros, la atmósfera Chejfec: "... (sentía) que mi naturaleza era ajena a cualquiera de las construcciones ideológicas y discursivas de la argentinidad, pero que sin embargo pertenecía a esta comunidad". Residente en Venezuela y Estados Unidos, además de Argentina, es autor de obras como: *Baroni: un viaje*, un homenaje a la artista venezolana Rafaela Baroni, construido como una arriesgada mezcla de ensayo, crítica de arte y diario de viaje; *Mis dos mundos*, metáfora de otros muchos desplazamientos, donde cuenta el viaje interior de un caminante de una ciudad del sur de Brasil que sale en busca de "un parque del que no tenía casi ninguna referencia, salvo su nombre medianamente musical, y por lo tanto promisorio", y en cuyo recorrido va descubriendo que son sus propias disquisiciones y reflexiones las que personalizan el paisaje y sus habitantes; *Hacia la ciudad eléctrica*, obra situada en Nueva York: "El viaje en subterráneo es una travesía encapsulada que no pasa por ningún lugar verdadero, va de origen a destino, como si se tratara de un ascensor horizontal", y de *La experiencia dramática*, texto en el que el pensamiento narrado de Chejfec aborda la caminata como un acto introspectivo: el caminante sale a la calle no para encontrarse con el mundo, sino para perderse dentro en sus pensamientos.

Del hispano-argentino Andrés Neuman decía Roberto Bolaño "estar tocado por la gracia". Gran estudioso e impulsor del relato breve, ha escrito poesía

y novela y se ha interesado por el género viajero, bien en forma de ensayo, que es lo que sucede en *Cómo viajar sin ver*, o bien incrustando el viaje en sus novelas, que es los que ocurre en *El viajero del siglo*. Estas dos obras están enlazadas, ya que el primero nació del viaje que llevó a Neuman a 19 países de América latina para presentar la novela: "Cuando nos resulta imposible una mirada exhaustiva sobre un lugar, sólo nos queda mirarlo con el asombro radical de la primera vez. Si viajaba volando, así debía escribir. Si iba a pasarme meses en aeropuertos y hoteles, lo verdaderamente estético sería aceptar ese punto de partida, y tratar de buscarle su literatura. Viajar se compone sobre todo de no ver. Nos lo jugamos todo, nuestro pobre conocimiento del mundo, en un parpadeo".

La periodista Leila Guerriero reside en Buenos Aires, pero su firma aparece en publicaciones de distintos países europeos y americanos. He aquí una de sus varias declaraciones como mujer viajera: "cuando uno llega a un país quiere desembarcar en una orilla real y no en sus márgenes desinfectadas". Paralelamente a su labor periodística, ha ido construyendo una interesante obra literaria, de la que forma parte *Filipinas: un viaje al otro lado del mundo*: "Esto no parece un lugar al otro lado del mundo del mismo modo en que Tailandia o Indonesia o Malasia parecen lugares al otro lado del mundo".

Banco a la sombra, de la periodista María Moreno, plantea un recorrido ficcional ("no se trata de describir, sino de escribir") por diez plazas de nueve ciudades del mundo (a Buenos Aires le dedica dos). El libro muestra un carácter pendular entre la apuesta personal del dejarse llevar por la experiencia viajera y el viaje a los lugares comunes propuesto por el turismo ilustrado. Y como elemento central la autora elige la plaza, ese lugar de cruce entre la caminata callejera y la mirada sosegada que proporciona el descanso de una sentada a la sombra. Y ella misma aclara que no es una crónica de viajes al uso y lo deja en el terreno de lo inclasificable para ver cuál es la vivencia que queda cuando ha desaparecido la experiencia: "Escribí lo que se me pasaba por la cabeza".

El fenómeno migratorio está presente en la obra poética del hondureño José Antonio Funes. Especialmente en el poemario *Agua del tiempo* Funes aborda la migración –y, con ella, la soledad, el anonimato y la supervivencia–, pero también la necesidad de reconocimiento humanitario del migrante, explorando en las complejidades culturales, las barreras lingüísticas y los códigos que debe ir superando para sobrevivir como ser periférico en el corazón de la civilización, porque el migrante, como subraya Salvador Madrid, no es un hombre de mundo, sino de mundos negados: "Yo también

soy Nadie, hermano Ulises./ Cada día, o más bien, cada noche/ un Cíclope me interroga, y yo contesto: soy Nadie./ Nadie por mi color, por ser portador de indocumentados sueños..." (*Habla el inmigrante*). Al tiempo, Funes refleja sus propias vivencias de extranjero en Europa, el desarraigado, la soledad y el amor de paso: "Estás en una calle de Berlín/ y de nada sirve que arrastres tus nostalgias,/ animal de cansadas patas./ Lejos quedó tu país,/ abandonado al vaivén de los recuerdos/ como un zapato atrapado en la arena" (*El extranjero*).

Literatura de viajes extranjera actual

Lengua inglesa

Uno de los escritores más divertidos del panorama literario actual es el norteamericano Bill Bryson. Durante años trabajó como periodista para distintos medios (*The Times*, *The Independent*, *National Geographic*...) hasta que el éxito de sus libros le permitió dedicarse solo a la literatura. En su producción ocupa una parte importante la literatura viajera, reflejo de su deseo de ver el mundo y apreciar lo diferente desde una edad temprana: "La parte más excitante de viajar, ya sea para escribir o por placer, es el sentimiento de que estás descubriendo algo, cuando te topas con algo increíble a la vuelta de la esquina de cuya existencia no tenías ninguna noticia". De su primer viaje largo a Europa en la década de los 70 nació el libro *Ni aquí ni allí: Viajes por Europa*, publicado a finales del siglo pasado. Desde entonces, no ha dejado de viajar y de publicar libros caracterizados por su capacidad de observación, abundante información y humor desenfadado, como ponen de manifiesto: *En las antípodas*, seguramente el libro de viajes más divertido que se haya escrito sobre Australia; *Notas desde una pequeña isla*, donde prueba su capacidad para diseccionar el lugar visitado; *El continente perdido*, que describe una ruta por carreteras secundarias de Estados Unidos, y *Un paseo por el bosque*, un relato de su viaje a pie por el sendero más largo del mundo, el que recorre los Apalaches en la costa Este de los Estados Unidos. En uno de sus viajes, mientras sobrevolaba el Pacífico, se percató de su ignorancia sobre los procesos que permitieron la formación de los océanos; después de tres años de preguntarse sobre esta y otras muchas cuestiones acerca del mundo, surgió su ameno libro de divulgación científica *Una breve historia de casi todo*. Aunque reconoce que hoy el mundo es menos exótico y misterioso, donde cada vez es más difícil encontrar las diferencias, Bryson no parece dispuesto a dejar de viajar ni de incitar al lector a que lo haga.

Quien también ha dado muestras sobradas de humor y fina ironía, a veces como cobertores de un sentimiento de intensa tristeza, es David Foster Wallace, autor de la conocida *La broma infinita*. Su libro *Algo supuesta-*

mente divertido que nunca volveré a hacer es una mezcla de reportaje periodístico y ensayo con fondo de postal, basada en la experiencia de su autor durante un crucero por el Caribe; pero, al mismo tiempo, es una radiografía de la supuesta "felicidad americana", una aproximación crítica al turista estadounidense y una reflexión sobre el horror en que puede convertirse una sociedad diseñada para que todo sea perfecto y todos los deseos se realicen con la ayuda de la "industria de la hospitalidad y el servicio". Publicado originalmente en *Harper's Magazine*, el libro describe con una buena carga de humor lo que a primera vista parece ser un viaje relajante y divertido y acaba convirtiéndose en una profunda desesperanza personal, quizás como la propia desesperanza vital que impregnaba la compleja personalidad de quien en el terreno literario nunca ocultó un gran deseo: "Quiero que las cabezas palpitén como lo hace un corazón".

Wallace mantuvo una intensa amistad con Jonathan Franzen, probablemente el escritor que a través de *Las correcciones* y *Libertad* ha sabido retratar mejor a la sociedad norteamericana de nuestro tiempo. *El fin del fin de la tierra* contiene punzantes crónicas de viajes por los cinco continentes y mantiene una referencia constante a la naturaleza y a la pasión del autor por los pájaros, mientras que *Más afuera* es una colección de ensayos de tono aforístico en el que Franzen muestra sus principales preocupaciones personales; aquí, el tema viajero se centra en el título, que toma su nombre del islote más apartado de los tres que componen el archipiélago Juan Fernández, un apartado lugar en el Pacífico, poblado sólo por aves, osos marinos y unas pocas familias de pescadores, a donde se retiró el autor con la intención de descansar de una agotadora gira promocional, releer *Robinson Crusoe* y depositar una pequeña cantidad de las cenizas –la que cabía en una caja de cerillas– de su amigo David Foster Wallace.

Cormac McCarthy ganó el Premio Pulitzer de ficción por *La carretera*, acaso su obra más personal. La trama se basa en el viaje emprendido por un padre y un hijo a través de un paisaje desolado a causa de lo que parece haber sido un holocausto nuclear; amenazados por bandas de caníbales y empujando un carrito de la compra donde guardan sus escasas pertenencias, recorren los lugares donde el padre pasó una infancia recordada a veces en forma de breves bocetos del paraíso perdido y se dirigen hacia el sur, avanzando hacia el mar y huyendo de un frío capaz de romper las rocas. En los años 90 McCarthy había publicado su *Trilogía de la Frontera*, una descripción de la evolución del territorio fronterizo entre EEUU y México desde que era todavía un territorio salvaje hasta la irrupción del capitalismo y la tecnología moderna.

Michael Crichton, célebre por ser el autor de *Parque Jurásico* y su adaptación cinematográfica, plantea en *Viajes y experiencias* un relato autobiográfico en el que el lector se encuentra con un hombre inquieto, curioso y apasionado por los viajes insólitos: los realizó desde el desierto americano al Kilimanjaro.

El neoyorquino Robert D. Kaplan conjuga su tarea de periodista y analista geopolítico con las de escritor y viajero. Desde que publicó *Fantasmas balcánicos*, una de las obras más influyentes en la década de los 90, ha publicado un puñado de obras, mezcla de literatura de viajes y análisis político, que se han convertido en clásicos del periodismo, como *Rumbo a Tartaria: Viaje por los Balcanes, Oriente Medio y el Cáucaso*, *Viaje al futuro del Imperio, Invierno mediterráneo: un recorrido por Túnez, Sicilia, Dalmacia y Grecia* y *A la sombra de Europa. Rumanía y el futuro del continente*.

El montañero, periodista y escritor John Krakauer es autor de obras viajeras muy leídas, como *Hacia rutas salvajes*, narración de la historia real de Christopher McCandless, un joven estadounidense que se embarcó en un viaje por el oeste americano con un nombre supuesto y dos años después fue encontrado muerto en la desolación de Alaska, y *Mal de Altura*, un relato novelado en primera persona de la tragedia sucedida en mayo de 1996 en el descenso del Everest a un grupo de montañeros que habían coronado el "techo del mundo".

En el Everest también se centra uno de los clásicos de la "literatura de montaña": *El explorador perdido*, del montañero y escritor Conrad Anker, líder del equipo de escalada The North Face durante un cuarto de siglo. Un día de 1999 Anker se encontró con el cuerpo de George Mallory, el gran alpinista que halló la muerte al despeñarse durante el primer intento de conquista de la cima más alta del mundo en 1924. Algunos años después Anker haría del encuentro/hallazgo una crónica de la aventura viajera en la montaña.

Cheryl Strayed es la autora del superventas *Salvaje*, libro que recoge el relato de un viaje interior y, al mismo tiempo, físico: el recorrido de miles de kilómetros que, antes de cumplir los 30 años, la autora realizó a pie y en solitario, con el único equipaje de su mochila y un par de zapatos, por el Sendero del Macizo del Pacífico, una ruta extenuante que bordea el Oeste de Estados Unidos, desde México a Canadá, para huir de sus propios demonios y encontrar un nuevo rumbo. Sin duda, un libro diferente, como la propia experiencia de la autora: "El camino fue mucho más duro de lo que esperaba, pero me alegro. Las lecciones más duras son las que más nos enseñan".

El controvertido periodista Michael Finkel se ha metido en la piel del "último ermitaño" para escribir *El extraño del bosque*, basada en la historia real de Christopher Knight, quien en 1986 abandonó su casa de Massachusetts para internarse en un bosque, en la zona de North Pond (Maine). Durante casi treinta años vivió aislado, sin interactuar con ningún otro ser humano, sobreviviendo gracias a su ingenio y determinación, hasta que lo arrestaron por robar en las casas más próximas.

De origen nigeriano y residente en Nueva York, el fotógrafo, historiador y escritor Teju Cole es responsable del texto de *Ciudad abierta*, una excursión por las calles de Nueva York contada por un narrador-caminante que, entre las muchas cosas que va encontrando (realidades distintas a las que un principio imagina o percibe), se topa con un edificio negro al fondo de un angosto callejón hacia el que avanza hasta descubrir que es una torre cubierta de una densa malla negra y que ahí están las ruinas del World Trade Center. De alguna manera, el libro aborda el "sentido oculto más allá de la apariencia" y "el caminar como desvelamiento de lo que no se dice", de acuerdo con la propia filosofía del autor: "Caminar te permite indagar en aquello que se esconde tras lo obvio, tras esa apariencia que nosotros asumimos con real. Caminando, la vida se hace más lenta, adopta el ritmo de la respiración y, sobre todo, de la frase escrita. Cuando caminas, respiras, observas y formulas tus propias frases, que pueden ser escritas o en forma de fotografía, porque, en cierta manera, el caminar tiene la misma velocidad de la fotografía". *Cada día es para el ladrón* se trata de un retrato de la Nigeria actual, pero también una fábula moral y política de nuestro tiempo y una descripción de lo frustrante que puede ser la vuelta al hogar: un joven médico regresa a su Lagos natal tras vivir quince años en Nueva York, pero la Nigeria de su infancia ya no existe; en su lugar encuentra una ciudad ganada por el consumismo, el desdén y la globalización.

Un capítulo interesante es el tema de la inmigración visto por escritores de origen hispanoamericano arraigados en EEUU. Junot Díaz, ganador del Pulitzer, sabe combinar humor con drama para obsequiar al lector en *La maravillosa vida breve de Óscar Wao* con un análisis diferente sobre la diáspora caribeña, en particular dominicana, en New Jersey (EEUU). Por su parte, la también dominicana Julia Álvarez, que dejó su país a los diez años para trasladarse a Estados Unidos, narra en *De cómo las chicas García perdieron su acento*, el proceso de asentamiento de la familia García en Estados Unidos, país al que se ha trasladado desde la isla caribeña por motivos políticos; otras novelas suyas que abordan el tema de la inmigración son: *¡Yo!*,

donde la ficción trata de escapar del creador para revelarse sobre la realidad, y *Cuando Tía Lola vino de visita a quedarse* (en este caso, cuenta la historia de una familia dominicana instalada en Vermont). *El libro de los americanos sin nombre*, de la norteamericana de origen panameño Cristina Henríquez, relata la historia entrelazada de dos familias, una de México y otra de Panamá, con sus deseos por alcanzar una tierra prometida, en la que se acaba por descubrir que no es oro todo lo que reluce.

La escritora haitiana emigrada a Estados Unidos Edwidge Danticat recoge en *¿Krik? ¡Krak!* una serie de nueve relatos breves, en los que aborda el drama de la salida de los haitianos de su isla y su partida hacia los Estados Unidos (su propia familia tuvo que exiliarse de su país huyendo de la dictadura de Duvalier): "Al día siguiente, llegó mi pasaporte por correo. Iba dirigi-do a Gracina Azile, mi nombre real (...). Por primera vez en mi vida, me sen-tía segura viviendo en Estados Unidos. (...). Habíamos pagado con creces el precio de aquel trozo de papel, la prueba definitiva de que pertenecía al club. Había costado el matrimonio de mis padres, el alma de mi madre, el brazo de mi hermana. Me sentía como un criado al que finalmente permi-tieran unirse a la familia" (*La boda de Carolina*). El mar que separa Haití del continente americano se visualiza como la puerta de la libertad, por donde entra la luz de la esperanza, pero también como una amenaza, un lugar sin piedad, "como los tiburones que allí viven"; esa vasta extensión de agua es el elemento que despierta lo mejor y lo peor de todos los que huyen de una realidad hostil en busca de una vida mejor.

El periodista de información política William Finnegan es un experto en los problemas de inmigración en la frontera mexicana y en la "maquinaria de deportación" norteamericana ("Si eres latino o pareces latino, tus posibili-dades de ser detenido por la policía, tus posibilidades de ser arrestado, au-mentan considerablemente en muchas jurisdicciones"), además de en los conflictos bélicos y raciales africanos (*Dateline Soweto: Viajes con reporte-ros negros sudafricanos*). Sin embargo, Finnegan tiene una identidad se-creta: es un surfista empedernido y viaja alrededor del mundo a la búsque-da de la ola perfecta: la más grande, la más rápida, la más peligrosa, la que lleva buscando apasionadamente desde que era un niño. *Años salvajes. Mi vida y el surf* se lee como una novela de aventuras autobiográfica, que se desarolla a través de los más variados escenarios remotos (islas Fiyi, Sa-moa, Indonesia, Java, Tailandia, Australia, Madeira, Sudáfrica, California...), en la que el surf no es más que un diálogo consigo mismo y las múltiples maneras de describir una ola no son más que la excusa para hablarnos de sus sensaciones, observaciones y relaciones.

Por su parte, el indio Suketu Mehta ofrece su propia visión del fenómeno migratorio en *Esta tierra es nuestra tierra: el manifiesto de un inmigrante* que, como su propio título induce a pensar, es un claro alegato del derecho de las personas a emigrar, pero también un elogio del multiculturalismo y una fuerte crítica de las políticas de los países occidentales hacia los inmigrantes y refugiados, centrándose principalmente en los Estados Unidos. *La vida secreta de las ciudades* es un espléndido retrato sobre las ciudades del mundo a través de los inmigrantes que han logrado convertirlas en su hogar, a pesar de sus inconvenientes, pues la ciudad, y con ella sus habitantes de dentro y de fuera, muestra una gran capacidad para sobrevivir, adaptarse y evolucionar, como cualquier organismo vivo. Pero Mehta es reconocido a nivel literario sobre todo por *Ciudad total: Bombay perdida y encontrada*, una narración que es, a un tiempo, memoria fascinada, búsqueda minuciosa, crónica detallista y testimonio feroz, y que le permite desentrañar el alma de una de las ciudades más pobladas y desiguales del mundo, tras el reencuentro que siguió a más de veinte años de ausencia.

Jhumpa Lahiri es una escritora nacida en Reino Unido, de ascendencia bengalí y nacionalidad norteamericana. Irrumpió en el mundo literario con el sorprendente *El intérprete de emociones*, cuyos nueve relatos, ambientados tanto en la India como en Estados Unidos, revelan un conjunto de personajes que, en su búsqueda del amor y a pesar de sus conflictos emocionales –nostalgia por la tierra donde se criaron, sentimiento de extranjería en la tierra a la que llegan–, son capaces de traspasar fronteras físicas, culturales y generacionales. *El buen nombre* muestra la voz inconfundible de Lahiri al plantear un balance entre lo que se gana y lo que se pierde en la vida de una familia de Calcuta inmigrante en Boston. Los relatos de *Tierra desacostumbrada* conforman un tapiz de las historias del día a día de los inmigrantes hindúes en Norteamérica, muchos de los cuales, como la propia autora, necesitan levantar barreras para construirse a sí mismos. *Donde me encuentro*, libro escrito originalmente en italiano (actualmente vive parte del tiempo en Roma) y estructurado en capítulos muy cortos, casi escenas, cuenta la historia de una mujer adulta, que "conversa con los otros, consigo misma y con los lugares".

Además del feminismo (*Todos deberíamos ser feministas*), el problema migratorio africano es un tema clave en la obra de la nigeriana Chimamanda Ngozi Achidie. En *Americanah* sigue los pasos de una pareja del Lagos de los años 90 cuyo sueño es emigrar a América y lograr una mejor educación y una vida más próspera. Tejida mediante escenas alternativas entre pasado y presente, la novela explora las relaciones interpersonales, intenta in-

terpretar las señas de identidad y denuncia el modo cómo Estados Unidos trata a los inmigrantes. *Algo alrededor de tu cuello* es un conjunto de relatos que cuentan historias de mujeres emigrantes que buscan salir adelante y encontrarse a sí mismos, no sin sufrimiento, lejos de su país de origen, en la tierra prometida. *Medio sol amarillo* se centra en la historia del efímero Estado de Biafra (territorio en el que vive la tribu *igbo* a la que pertenece la autora y en el que se encuentra su aldea natal, *Abba*), subrayando las transformaciones personales y sociales que la guerra trae consigo.

Alex Kerr quedó ya desde niño tan fascinado por la cultura japonesa que lleva más de medio siglo viviendo en el país nipón, desarrollando desde hace años proyectos de rehabilitación de áreas rurales y un modelo de economía sostenible y compatible con la globalización. Escrito originalmente en japonés, su *Japón perdido* muestra ese país envuelto en la bruma misteriosa de sus valles y de sus islas que no suele aparecer en los mapas: un país antiguo, rural, hipnótico y, por momentos, incluso fantasmal. El libro es una mezcla entre la memoria personal, el ensayo, la guía de viajes y la exploración acerca de muchos aspectos mágicos y ocultos de la cultura japonesa. Su trabajo posterior, *Perros y Demonios*, ahondó en los problemas de degradación y pérdida de la cultura nativa a raíz de la modernización y la occidentalización. En el *Otro Kioto*, escrito junto con Kathy Arlyn Sokol, nos ofrece una visión testimonial de la milenaria ciudad y sus tradiciones, invitando al lector a descubrir maravillas alejadas de los circuitos de la industria turística. Fuera de los libros relativos al archipiélago japonés, ha escrito *Bangkok encontrado: Reflexiones sobre la ciudad*, que contiene una serie de meditaciones sobre la ciudad-encrucijada que es la capital de Tailandia, salpicadas de ingeniosos comentarios y numerosas anécdotas que permiten al lector no perderse entre lo fantástico y la realidad de la vida en sus calles.

Viajero y residente en China y Egipto durante años, Peter Hessler colabora con las revistas *New Yorker* y *National Geographic* y ha escrito diversos libros muy bien acogidos, sobre todo sus cuatro textos sobre China, aún no traducidos al español: *Oracle Bones; Country Driving; Strange Stones, y River Town. The Buried* detalla sus experiencias en Egipto durante la Primavera Árabe.

Instalada en la escritura de la naturaleza con vocación literaria (*Literatura*), no cabe duda de que Sy Montgomery, a quien los críticos consideran un cruce entre Indiana Jones, Gerald Durrell y Emily Dickinson, ha vivido cosas excepcionales a lo largo de sus numerosos viajes, lo que le permite concluir que: "Los animales nos enseñan que no hay una sola manera de ser, hay

muy diferentes formas de sentir, de comportarse, de crear familias, de tener sexo (...). Es alucinante ver cuántas opciones de vida hay". Es autora de una veintena de libros, entre ellos *El embrujo del tigre* y *El alma de los pulpos*.

Tipos de agua. El Camino de Santiago es un diario del viaje a Compostela que la poetisa y helenista canadiense Anne Carson realizó durante cinco semanas un verano de los años 90. Dividido en 40 capítulos breves, en los que anota la población en la que se encuentra, la fecha y una cita literaria (en su mayoría de autores japoneses), el diario trenza el relato del viaje con precisas descripciones del paisaje y los principales hitos del camino a lo largo de la historia. Durante el camino Carson viaja junto a una especie de doble, al que llama "Mi Cid".

Los viajes de la escritora Faye a los festivales literarios más importantes del mundo es el hilo del que se vale Rachel Cusk, nacida en Canadá y residente en Inglaterra desde que era una niña, en una trilogía hecha con los materiales de una autoficción original en la que el personaje habla desde su silencio y a través de los otros, en los cuales delega el protagonismo: *A contraluz*, *Tránsito* y *Prestigio* son sus títulos.

Otro buen puente de unión entre ambos lados del Atlántico es el inclasificable Geoff Dyer, nacido en el condado británico de Gloucestershire y residente en Los Ángeles, viajero errante en la línea de los antiguos viajeros ingleses que llevaban en su mochila una buena carga de humor satírico ("es posible ser 100% sinceros y 100% irónicos al mismo tiempo"). Dyer parece haber hecho del viaje, de los desplazamientos, del "fuera de lugar", la piedra angular de su literatura, como señala el editor Claudio López de la Madrid. Su pasión viajera la plasma con una prosa mordaz y una estructura narrativa particular en *Yoga para los que pasan del yoga*, un diario de viaje no solo geográfico, sino también psicológico, con el que trasladarse de Ámsterdam a Camboya, de Roma a Indonesia, de Nueva Orleans a Libia...: "Todo en este libro realmente sucedió, pero algunas de las cosas que sucedieron solo ocurrieron en mi cabeza". Asimismo, Dyer es autor de la novela *Amor en Venecia, muerte en Benarés*, un viaje a la búsqueda de la felicidad; de *Otro gran día en el mar: la vida a bordo del USS George HW Bush*, narración a la manera de una comedia de la vida a bordo de un portaaviones estadounidense (un laberinto de pasarelas, escotillas y escaleras, en donde las relaciones se van construyendo con un lenguaje impregnado de acrónimos y de protocolos que cumplir, y entre las expectativas y perspectivas personales), y de *Arenas blancas. Experiencias del mundo exterior*, un viaje a esos lugares que han quedado marcados por la huella

de lo que allí ha sucedido, por lo que nosotros hemos vivido o por las personas que los han habitado, como, por ejemplo, la isla polinésica donde Gauguin fue a reencontrarse con su lado más primitivo. El lector de Dyer sabe que en su compañía podrá viajar a través de la vida de una forma más errante, intensa y alegre, y seguramente aprenderá a mirar para ver más y mejor.

Uno de los libros de viajes más divertidos publicados en el Reino Unido en los últimos años es *El antropólogo inocente*, de Nigel Barley, quien describe los dos años que pasó conviviendo con los dowayos, una tribu de Camerún. La experiencia dio para multitud de equívocos y situaciones graciosas que Barley narra con un refinado sentido del humor. A su regreso cuenta Barley que: "Una extraña sensación de distanciamiento se apodera de uno, no porque las cosas hayan cambiado sino porque uno ya no las ve naturales o normales. Ser inglés le parece a uno igual de ficticio que ser dowayo". Una secuela igual de entretenida es *Una plaga de orugas: El antropólogo inocente regresa a la aldea africana*.

A África, en este caso a la República Democrática del Congo, también viajó el periodista Tim Butcher (trabajó durante casi veinte años para *The Daily Telegraph*), quien dejó plasmado su viaje por tierra desde el lago Tanganica y río abajo del Congo, siguiendo la ruta de la expedición transafricana de Henry Morton Stanley, en *Un viaje al corazón roto de África*. El segundo trabajo importante de Butcher, *Persiguiendo al demonio: La búsqueda del espíritu de lucha de África*, describe una caminata de 350 millas a través de Sierra Leona y Liberia siguiendo el rastro trazado por Graham Greene y relatado en *Viaje sin mapas*.

Antropólogo de profesión es Philip Marsden, autor de un buen puñado de libros de viajes, entre ellos: *Un país lejano: viajes en Etiopía*; *Un lugar de paso: un viaje entre los armenios*; *Los luchadores de espíritus: un viaje ruso*, y *Terreno ascendente: a la búsqueda del espíritu del lugar*.

No conviene desestimar la invitación de Neal Ascherson a recorrer *El mar Negro*, ese cruce entre Oriente y Occidente que ha sido cuna de civilizaciones y también de la barbarie.

David Attenborough es un naturalista, divulgador científico y defensor del medio ambiente que se ha pasado medio siglo recorriendo los parajes más diversos del mundo y defendiendo desde distintos medios de comunicación la necesidad de evitar la destrucción de la vida en la tierra. Es autor de

Aventuras de un joven naturalista, obra recopiladora de los viajes realizados cuando comenzaba a dar sus primeros pasos en el terreno de la zoología y de los documentales.

Para Robert Macfarlane, uno de los más importantes representantes de la creciente marea verde literaria de la *nature writing*, el planeta es algo vivo, el paisaje es algo en formación. Y al paisaje, a la naturaleza y al corazón humano ha dedicado una trilogía, ampliamente reconocida, compuesta por: *Las montañas de la mente*, historia de la fascinación humana por las montañas en la que documenta las ideas y personajes que contribuyeron a forjar en el imaginario colectivo la idea actual de las montañas, desde la ilustración y los románticos hasta los primeros turistas alpinos y los más arriesgados escaladores, un elenco que culmina con la figura de George Mallory; *Lugares salvajes (Naturaleza virgen)*, una búsqueda de lo más indómito entre los paisajes de Gran Bretaña, al mismo tiempo que una exploración en los recovecos de la mente del autor ("la mente es en sí misma ya un paisaje, y caminar un modo de cruzarla"), y *Las viejas sendas* en cuyas páginas, esencialmente dedicadas al arte de caminar, el escritor recorre rutas ancestrales (caminos de peregrinación, senderos budistas, veredas montañosas, cañadas reales, derechos de paso antiguos, pero también rutas marítimas como las que unen las islas Hébridas con Noruega o Islandia) por Inglaterra, Escocia, Palestina, China, el Himalaya y la sierra de Guadarrama, porque "caminar es crear sendas", dejar huellas sobre los campos o estelas sobre los océanos. Otros libros que han requerido el desplazamiento del autor por distintas partes del mundo, sobre todo Gran Bretaña, son: *Puntos de referencia*, *Las palabras perdidas* y *Bajo tierra: un viaje en el tiempo profundo*.

El inquieto autor británico dice sentirse influido por la figura de John Alec Baker (*El peregrino*, *La colina del verano*) y su escritura es un innovador ejercicio de "jardinería verbal" al servicio de una prosa fundamentalmente ajena a la ficción y nutrida tanto por la documentación científica y la descripción del mundo natural como por las reflexiones personales e incluso anotaciones autobiográficas. Su gran objetivo, en la línea de la "literatura de la naturaleza", es vincular al lector con los paisajes y lugares que trata, llegando incluso a implicarlo en la necesidad de su conservación.

Robert Macfarlane se confiesa amigo y admirador del escritor y documentalista Roger Deakin. Tras leer *El nadador*, de John Cheever, Deakin decidió lanzarse a recorrer las Islas Británicas a nado. Las aventuras vividas en este inolvidable y audaz viaje se transformarían en el libro *Diarios del agua*,

publicado a finales del siglo pasado. Según sus editores, "Deakin recorrió su país contemplando la vida desde la perspectiva de las ranas". El libro es también una aproximación al agua como elemento simbólico, como "hogar líquido" cuyo flujo vital navega paralelamente a nuestras propias vidas: "Nadar y soñar se estaba convirtiendo en algo indistinguible. Me fui convenciendo de que seguir el agua, fluir con ella, sería una buena forma de trascender la superficie y comprender mejor las cosas, de aprender algo nuevo. Puede que hasta aprendiese algo sobre mí". Después de su muerte ha aparecido *Wildwood: Un viaje a través de los árboles*.

Inspirado por el reencuentro con una lectura de la infancia sobre la migración de los gansos de las nieves, William Fiennes comenzó a sentir las señales que le indicaban que era la hora de irse del castillo familiar de Broughton, donde había crecido, de echar a volar. Y decidió unirse al formidable viaje anual de los gansos nivales. Viajó desde la campiña inglesa hasta Estados Unidos y, una vez allí, acompañó a una inmensa bandada desde sus áreas de invernada en Texas y el Golfo de México hasta sus zonas de reproducción en el Círculo Polar Ártico. Su experiencia la plasmó en un libro de viajes, *Los gansos de las nieves*, donde el relato de su periplo y el descubrimiento de una América en cierto modo salvaje se entremezcla con las historias de los grandes ornitólogos y con las de las propias aves, sus costumbres y sus hazañas.

El ecólogo y ornitólogo británico Tim Birkhead nos invita en *Los sentidos de las aves*. Qué se siente al ser un pájaro a ver el mundo desde los ojos de un pájaro y a tratar de saber qué se siente al volar a más de cien kilómetros por hora, cómo se avanza entre la maleza en la oscuridad de la noche, como lo hace un kiwi neozelandés, de qué manera improvisa el ruiseñor al cantar, en qué consiste la habilidad de las aves del desierto para detectar la lluvia a cientos de kilómetros de distancia, cuál es la capacidad de las pájaros para detectar el campo magnético de la Tierra, qué experimenta un pingüino al zambullirse en la negrísima oscuridad de los mares antárticos o qué sensación da copular más de cien veces al día, como los acentores, esos pequeños aventureros de las cumbres alpinas...

Sara Wheeler ha viajado a los rincones más recónditos y publicado diversos libros con sus experiencias en las regiones polares, como *Terra Incognita: Viajes en la Antártida* y *El Norte Magnético: Viajes en el Ártico*, que ha sido descrito como "una tormenta de nieve de hechos históricos, geográficos y antropológicos". *Viajes en un país delgado* describe su recorrido de cabo (desierto de Atacama) a rabo (Antártida) durante seis meses por Chile. Ade-

más, ha realizado distintas biografías de exploradores intrépidos y de mujeres aventureras.

Tras el éxito de *Fuera del mapa*, en el que muestra un sorprendente viaje a 48 lugares inexplorados (islas artificiales, ciudades inhabitadas, cementerios habitados, Estados insólitos...), el geógrafo Alastair Bonnett recupera el sentido de lo oculto en las páginas de *Lugares sin mapa* para contar historias alucinantes de diferentes lugares ignotos.

A mediados de los años 90 el historiador y escritor escocés William Dalrymple emprendió un viaje tras las huellas de Juan Mosco, monje bizantino del siglo VI que realizó un peregrinaje por el Mediterráneo oriental para recoger la sabiduría de los padres del desierto y de los estilitas. Acompañado de un volumen encuadrado de las cuatro novelas del *Cuarteto de Alejandría* (Lawrence Durrell), como agradable contrapunto de la espiritualidad a veces sombría de los monasterios visitados, Dalrymple viaja desde el sagrado monte Athos, en el noreste de Grecia, al desierto de Egipto, pasando por Turquía, Líbano, Siria y Palestina. *Desde el Monte Santo. Viaje a la sombra de Bizancio* es la narración de sus múltiples peripecias personales entrelazadas con la rememoración de las sufridas siglos atrás por el autor de *El prado espiritual*, las situaciones de conflicto bélico de la zona y el testimonio de la dramática situación actual de los cristianos en Oriente Medio. El libro había sido precedido por *En Xanadu*, escrito con tan solo 22 años, en el que Dalrymple sigue el camino tomado por Marco Polo desde la Iglesia del Santo Sepulcro en Jerusalén hasta el sitio de Shangdu (Xanadu en la literatura inglesa), en la Mongolia interior, y lo recorre durante cuatro meses en distintos de tipos de transporte, y *Ciudad de Djinns: Un año en Delhi*, que acaso sea una novela disfrazada de diario de viajes sobre la capital histórica de la India, donde se mezclan las digresiones históricas con los acontecimientos actuales y numerosas anécdotas ocurridas durante la estancia de seis años del autor en Nueva Delhi, la ciudad con "un sinfín de historias". Dalrymple, como Sara Wheeler, Tim Butcher y otros autores actuales, también ha contribuido con un capítulo en *Ox Travels: Meetings with Remarkable Travel Writers*, una interesante compilación realizada por la organización Oxfam.

Cuando decidió dedicarse a la escritura, fundamentalmente novela negra y libros de viajes, Lawrence Osborne había recorrido el mundo en varias ocasiones, vivido una vida nómada con los claroscuros que esta lleva aparejada y afilado su verbo con numerosos artículos periodísticos. *El turista desnudo* narra un viaje demencial y alucinante por Dubái, Calcuta, las islas Andamán, Tailandia y Bali hasta los parajes más agrestes de Papúa, Nueva

Guinea, allí donde " puedes llevar una vida solitaria sin ahogarte ni sentir que te pierdes algo de la vida, porque la vida te rodea todo el tiempo"; el libro ofrece una reflexión indispensable, a la vez dramática y divertidísima, plena de escepticismo, estupefacción y mordacidad, acerca del (sin)sentido actual del viaje, la perversión del turismo de masas (según el autor, la industria turística ha vaciado de aventura y sorpresa la experiencia viajera) y el viajero escritor condenado a ir cada vez más lejos en busca de su descubrimiento personal. También ha dedicado un libro a su lugar habitual de residencia durante los últimos años: *Bangkok* ("Hedenópolis"); otro a recorrer la visión acerca del vino, y el alcohol en general, de las principales culturas del mundo, pero sobre todo del Islam: *Lo húmedo y lo seco*, y un tercero a explorar en los entresijos de la amistad y en el problema de la migración siria: *Animales hermosos*, ambientada en la isla griega de Hydra. Antes había publicado *Paris Dreambook*, una guía nada convencional acerca de la capital francesa y las posibilidades de "vida golfa" que encierra.

De origen indio, Pico Iyer nació en Gran Bretaña, creció en Estados Unidos y ahora reside en Japón, por lo que no es de extrañar su afirmación: "Creo que no estoy arraigado en un lugar, sino en ciertos valores, afiliaciones y amistades que llevo a todas partes; mi casa es invisible y portátil (...), el hogar realmente tiene menos que ver con un pedazo de tierra que con un pedazo de alma". Sintió el virus del viaje en su torrente sanguíneo muy precozmente, ha escrito artículos para distintas revistas internacionales y, desde que a mediados de los años 80 del siglo pasado tomara un avión con destino a Nepal y se embarcara en la redacción del novedoso *Noche de vídeo en Katmandú*, no ha parado de escribir libros de viaje, en algunos de los cuales tematiza el aeropuerto internacional, ese lugar de tránsito, mestizaje y desfase horario. Para Iyer: "El atractivo de la escritura de viajes para muchas personas es que pueden incluir ficción y no ficción y todo lo demás en sus narraciones (...), es bastante emocionante que los propios escritores de viajes trabajen para estirar los márgenes (...). En el tiempo de Discovery Channel o Google Earth, el escritor de viajes tiene que extender el formulario y actualizarlo, para escribir un tipo de viaje más interno". Sus libros muestran su empeño en el encuentro cultural y en traspasar fronteras. Entre ellos se encuentran: *El arte de la quietud*, una reflexión sobre los beneficios de la contemplación silenciosa y la aventura de viajar a "ninguna parte"; *Caída del mapa: algunos lugares solitarios del mundo*, libro en el que Pico se muestra como guía de lugares remotos difícilmente superable; *El hombre dentro de mi cabeza* en cuyas páginas, moviéndose a la manera de Graham Greene, recorre medio mundo desde Cuba a Bután, experimentando múltiples sensaciones, unas más visuales y otras más interiores; los dos

libros sobre el país en el que vive desde varias décadas: *Una guía para principiantes a Japón y Luz de otoño*; *Sol después de la sombra (vuelos al extranjero)*; *Alma global*, y *El camino abierto: el viaje global del decimocuarto Dalai Lama*. Junto a su debilidad por el Tíbet, uno de sus lugares preferidos, por las sensaciones contrapuestas que se puede experimentar al visitarlo, es Cuba, país al que dedicó la novela *Cuba y la noche*.

En 1992 el escritor indio Pankaj Mishra, muy crítico con los tiempos actuales, definidos por "la pérdida de la esperanza en un futuro mejor, que es la que ha dado sentido a nuestras vidas desde el amanecer de la era moderna" (*La edad de la ira*), se trasladó a un pueblo del Himalaya para proseguir su educación: *Para no sufrir más. El Buda en el mundo* nos cuenta esta historia personal. En *Pollo a la mantequilla en Ludhiana. Viaje por la India provinciana* Mishra ironiza con los responsables del constante deterioro de la sociedad india, confrontando la realidad de la ciudad con la del medio rural: "Los dos mundos parecían cada vez más incompatibles: atrás, la ciudad, con sus casas a medio terminar y sus antenas parabólicas, sus políticos y empresarios arribistas; allí, en las lindes como si dijéramos, aquellos pastores que seguían practicando su milenario estilo de subsistencia y personificaban una forma de vida satisfecha, ya casi olvidada de tan antigua". *De las ruinas de los imperios* pone ante el lector la metamorfosis sufrida por Asia durante los dos últimos siglos y su rebelión ante Occidente. *Tentaciones de Occidente: cómo ser moderno en India, Pakistán, Tíbet y más allá* comienza con un relato autobiográfico de la etapa de Mishra como estudiante, continúa con sus aventuras viajeras por la India, Cachemira, Pakistán y el Tíbet y acaba con la exposición de cómo los países asiáticos tratan de modernizarse en sus propios términos, aun cuando emulan los logros más dudosos de la sociedad occidental, y con su visión tan esperanzadora del Tíbet como escéptica de Occidente.

Nacido en Hong Kong, el político y escritor británico Rory Stewart conoce muy bien el continente asiático. A principios del presente siglo realizó un viaje a pie, caminando de 30 a 40 kilómetros diarios y sobreviviendo gracias a su ingenio y la amabilidad de las gentes, a través de Irán, Pakistán, Afganistán, India y Nepal, fruto del cual nacería su libro *La huella de Babur: a pie por Afganistán*, que narra sus experiencias en el país afgano: "No soy nada bueno explicando por qué caminé a través de Afganistán. Quizás lo hice porque se trataba de una aventura. Pero era la parte más interesante de todo mi viaje por Asia. Los talibanes habían prohibido los carteles y las películas; llegué seis semanas después de la salida de los talibanes y contemplé los soportales de Herat repletos de afiches de la estrella del cine indio

Hrithik Roshan, de pie sobre un precipicio contra la puesta de sol, con el cabello cardado ondulado por la brisa del atardecer".

El artista australiano Shaun Tan utiliza como principal medio de expresión el álbum ilustrado. *Emigrantes*, una novela donde la imagen sustituye la palabra, nos hace viajar por un mundo en donde los motivos futuristas y surrealistas sirven como escenario o metáfora para contar la historia personal, y al mismo tiempo universal, de un padre que decide dejar atrás a su familia para cruzar el océano y buscar una vida mejor en otro lugar.

El ensayista suizo afincado en Londres Alain de Botton analiza en *El arte de viajar* la búsqueda de la felicidad que encierra el viaje y las trampas de la escapada, partiendo del revelador *Viaje alrededor de mi habitación*, de Xavier de Maistre (s. XVIII). Para Botton: "Viajar encierra siempre un gran problema: nos tenemos que llevar a nosotros mismos", aunque asegura que "el viaje encierra una comprensión de la esencia de la vida, con todas sus limitaciones". El libro, que recomienda seguir más al instinto que a la guía turística y enfatiza más en la mente y disposición del viajero que en el propio destino, concluye con una frase de Blaise Pascal: "...toda desgracia de los hombres procede de una sola cosa, que no sabe permanecer en reposo en una habitación". *Una semana en el aeropuerto* es una especie de diario del escritor, elaborado tras pasar una semana en la Terminal 5 del aeropuerto de Heathrow como "escritor residente". Una de las conclusiones del autor es que si uno quisiera llevar a un marciano al lugar que mejor resume todo lo que caracteriza a la civilización moderna, "ese lugar sería sin duda un aeropuerto".

El primer libro de Rory MacLean, *La nariz de Stalin*, cuenta la historia de un viaje de Berlín a Moscú en un Trabant, el coche de la Alemania comunista. La publicación llamó rápidamente la atención de los entendidos, como Colin Thubron, quien lo consideró "una obra maestra surrealista". Más tarde contó la historia de Birmania en *Bajo el dragón* y se subió a *Bus mágico* para seguir a los *hippies* que, en los años sesenta y setenta, abrieron el camino desde Estambul a la India. *Berlín, imagen de una ciudad* es una historia de no ficción de la capital alemana.

A la búsqueda del entendimiento del alma rusa también viaja Oliver Bullough en su particular recorrido *El último hombre en Rusia*. El autor toma el tren en la multitudinaria Moscú y se baja en Inta, una desolada y vacía aldea distante 2.000 kilómetros de la capital moscovita, siguiendo los pasos del padre Dmitry Dudko, un disidente ortodoxo de los años 70; en medio del pesimis-

mo general que impregna la obra, Bullough siembra pequeñas semillas de esperanza para la sociedad rusa. Cruce de libro de viaje y relato histórico, *Dejemos que nuestra fama sea grandiosa: Viajes entre los pueblos desafiantes del Cáucaso* es la historia no contada de esa región donde se encuentran la Europa oriental, Asia central, Turquía y el Oriente Medio y del espíritu inquebrantable de sus gentes.

De origen búlgaro, Kapka Kassabova escribe en inglés tanto su obra narrativa como poética. Nació y creció en Sofía, estudió y vivió en Nueva Zelanda durante doce años y luego se trasladó a vivir a Edimburgo y a las Tierras Altas escocesas. Su obra *Frontera: un viaje al borde de Europa* explora la "última frontera de Europa", una tierra de paso entre Bulgaria, Grecia y Turquía, cuyo paisaje ha quedado configurado por sus montañas escarpadas, sus bosques y sus ríos serpenteantes y moldeado históricamente por el Imperio otomano y por un antiguo legado de mitos y leyendas. Un territorio que en el último siglo ha sufrido la ocupación nazi, los regímenes comunistas, las consecuencias de la Guerra Fría y las crisis migratorias entre Oriente y Occidente, y que hoy se encuentra habitada por búlgaros, turcos, griegos, gitanos, antiguos huidos de Polonia, Checoslovaquia y Hungría, musulmanes de los Balcanes, la ola de refugiados procedentes de Siria e Irak y por aquellos náufragos de todo tipo y condición que han quedado varados en sus pueblos y aldeas. Kassabova explora en esta enigmática región al borde de todo, acaso un corazón alambrado donde laten conflictos todavía sin resolver, y relata su exploración como un diario de viaje, salpicado de historia política, de historias de encuentro y desencuentro, de poesía: "La gente muere cruzando fronteras y, a veces, simplemente estando cerca de ellas. Los afortunados renacen al otro lado". Autora de los poemarios *Todos los caminos conducen al mar* y *Geografía para los perdidos*, Kassabova también ha escrito numerosos artículos y ensayos de viaje y la autobiográfica *Calle sin nombre*, donde cuenta su infancia y mocedad en un mundo ya inexistente, la Bulgaria anterior a la caída del Muro de Berlín: "Todo lo que te quedaba era la educación. Te daba un lugar habitable para vivir. Y la posibilidad de emigrar interiormente". *Doce minutos de amor* es una mezcla bien elaborada de diario de viaje, memorias y reflexiones sobre la condición humana.

Lengua francesa

Michel Le Bris es un filósofo, novelista, especialista en la obra literaria de Robert L. Stevenson y editor. A principios de los años 90, creó el festival *Étonnans voyageurs* (*Viajeros asombrosos*), que ya se vislumbraba tras la publicación de *El hombre de las suelas de viento*, que hacía alusión al poe-

mario africano de Rimbaud. El festival, luego repetido en otros lugares, dio pie a un libro del mismo título, en donde se recogía una antología de la literatura viajera de los escritores de la revista *Gulliver*, presentados por Le Bris, para quien es en el viaje donde quizás "se juegue el retorno a una verdad ya demasiado olvidada por la literatura: escribir es siempre irse". Entre sus obras principales están: *La fiebre del oro*, que plantea la fascinación misteriosa, más allá de la simple apetencia de riqueza, que sintieron millones de personas de todo tipo y condición por el oro californiano, lo que provocó un desplazamiento masivo a la carrera de la costa este a la costa oeste de Estados Unidos a finales del siglo XIX; *Oro, sangre y sueños*, narración de la historia del filibusterismo, apoyándose en diversas aventuras, y *Un invierno en Bretaña*, una obra acerca de la tierra que lo vio nacer y a la que ha permanecido unido durante toda su vida: "Aquí comenzó, hace muchísimo tiempo, un diálogo inmenso entre tierra y oleaje, donde se forjaron los hombres".

Le Bris también ha sido uno de los más firmes impulsores del movimiento "literatura-mundo", creado a partir del manifiesto *Por una literatura-mundo* firmado por un grupo de 44 escritores en marzo de 2007, convertido luego en un libro, cuyo objetivo es romper las fronteras entre los escritores en lengua francesa y, un poco más allá, entre los escritores de las diferentes lenguas. Literatura-mundo para volver a una idea más fuerte de la literatura, esa que "reencuentra su ambición de decir el mundo, de dar un sentido a la existencia, de interrogar la condición humana, de reconducir a cada uno a lo más oculto de sí mismo". Literatura-mundo por el alumbramiento de un mundo nuevo, para describir un "mundo polifónico". El concepto ha evolucionado luego hacia el de "identidad-mundo", expuesto en un nuevo trabajo colectivo bajo la dirección de Michel Le Bris y Jean Rouaud: *Yo soy el otro*. Se trata de dar forma a una literatura que rompa con los límites geográficos de la misma forma que se había roto con los tradicionales géneros literarios: abrir fronteras para dar a conocer pueblos y escritores.

Si Le Bris acuñó el concepto "literatura-mundo", Marc Augé lo hizo con el de "no-lugar" (*Los no lugares. Espacios del anonimato*), con el que quería referirse a los espacios de tránsito, de flujo, aquellos que, como una habitación de hotel, un aeropuerto, una estación de tren, un intercambiador de metro, una carretera, los hipermercados de los extrarradios etc., no tienen suficiente entidad para ser considerados como "lugares vitales" o "lugares antropológicos" (característicos de la estabilidad y de la identidad tradicionales), pero cuya expansión amenaza la hegemonía de estos, como también la amenazan los aparatos tecnológicos (televisión, móvil, tableta digital, aur-

culares...) que nos están colocando permanentemente en un "no lugar". Se trata de espacios circunstanciales, casi exclusivamente definidos por una situación de paso, sin que apenas permitan que el viajero pueda interiorizarse. *El viaje imposible*, publicada a finales del siglo pasado, se basa en una narración en primera persona hecha por el escritor bajo el perfil de una especie de personaje de él mismo en donde cuenta sus travesías y puntos de vista críticos respecto al turismo y los viajes que debe realizar por su oficio. El libro consta de tres grandes partes que se encuentran subdivididas cada una en otras tres: *Los Reportajes*, *Clisés* y *Paseos por la ciudad*.

Autor de un centenar de libros y declarado seguidor de Nietzsche, el filósofo Michel Onfray se plantea la posibilidad de reconstruir el Jardín de Epicuro para "enseñar a los individuos a ser soberanos de sí mismos y decir no a todo lo que nos cosifica". En su *Teoría del viaje, poética de la geografía* reflexiona acerca del viajar y se muestra un acérrimo partidario del nomadismo: "No se hace uno un nómada impenitente si no es instruido en propia carne, en las horas en las que el vientre materno es redondo como un globo, un mapamundi. El resto es el desarrollo de un pergamino ya escrito. (...) Saberse nómada una vez basta para persuadirse de que volveremos a irnos, de que el último viaje no será el final". Y añade: "El viajero concentra esos tropismos milenarios: el gusto por el movimiento, la pasión por el cambio, el deseo ferviente de movilidad, la incapacidad visceral de la comunidad gregaria, la furia de la independencia, el culto de la libertad y la pasión por la improvisación (...). Viajar supone por tanto rechazar el empleo del tiempo laborioso de la civilización en beneficio del ocio inventivo y feliz (...). Cuando se pone en marcha, (el viajero) obedece a una fuerza que, surgida de su vientre y de las profundidades de su subconsciente, le coloca en el camino, le da el impulso y le abre el mundo como un fruto exótico, raro y dispendioso. Desde los primeros pasos, hace realidad su destino. Por las pistas y los senderos, en las estepas y los desiertos, en las calles de las megalópolis o la desolación de las pampas, sobre la ola profunda o en el aire atravesado por invisibles corrientes, sabe que es inevitable la cita con su sombra; no tiene elección". Todo camino –dice el proverbio chino– comienza con el primer paso, pero, según Onfray, el primer paso del viaje nos instala en un espacio en el que ya no es el lugar que se ha dejado y todavía no es el lugar pretendido. Thoreau, *el salvaje* es un ensayo acerca del "filósofo de la naturaleza", en el que Onfray ve al auténtico filósofo, no al profesor de filosofía, y con el cual comparte: "Cómo libar la miel de la flor del mundo. Ese es mi trabajo diario". Para Onfray, el *Walden* es bastante más que la biblia del regreso a la naturaleza y el canto a la vida, es, sobre todo, la posibilidad de una verdadera revolución, "la única que vale la pena y que

no derrama sangre: esa que permite cambiar el orden del mundo, cambiando uno e invitando a los demás a cambiar".

Gilles Lapouge es un joven nonagenario, periodista, escritor y viajero sin guía, nacido en Argelia y residente durante varios años en Brasil, país al que ha seguido vinculado mediante sus colaboraciones en el periódico *O Estado de São Paulo*. El libro *La tinta del viajero* es una invitación a pasear para estimular la imaginación, alentar los sueños, provocar la reflexión y recordar que, en un mundo que camina sin saber dónde, nunca se pierde el tiempo perdiendo el tiempo. Y, de entrada, esta confesión: "Un viaje es solo tinta. Cualquier exploración es el recuerdo de un manuscrito antiguo. Colón descubre una América que había explorado en las historias de Marco Polo". En *El flâneur en el otro lado*, Lapouge analiza la figura de Nicolas Bouvier y dialoga con sus propios recuerdos viajeros a lo largo de una buena gavilla de capítulos memorísticos que se pueden leer de forma independiente. En *La leyenda de la geografía* Lapouge afirma: "Mi geografía nunca ha pasado la era de la razón. Se estanca en el de las maravillas"; no obstante, el autor trata de relacionar su pequeña geografía con la gran geografía y enriquecer ambas con la literatura y la historia. *Atlas de paraísos perdidos* es un inventario de los "eldorados" soñados o imaginados por el hombre a lo largo de la historia, al tiempo que una invitación del autor a viajar con él a los pedazos del Edén que conforman su atlas de paraísos perdidos: los jardines (en el antiguo persa la misma palabra sirve para nombrar jardín y paraíso), las utopías, el mar y los paraísos artificiales, como Disneyland. *Noches tranquilas en Belem* es un viaje de reappropriación de uno mismo. La autobiografía adquiere el tono de un cuaderno íntimo en una de sus últimas publicaciones *En total libertad*, que va desde la anécdota a la reflexión, desde la cita hasta la definición, transitando por los caminos de sus paraísos terrenales, desde Islandia a la Polinesia, pasando por la Amazonia.

Pionera de la "autobiografía impersonal" y maestra en la primera persona para "escribir la vida con un cuchillo en la mano", Annie Ernaux reflexiona en *Diario del afuera* acerca de la búsqueda de uno mismo a partir de lo que es el otro, de reconocer eso que forma parte de nuestro yo y no está en nosotros, sino en esas personas con las que nos cruzamos a diario, en la calle, en el parque, en el supermercado, en el metro, en el tren de cercanías... La autora camina durante años por todo París y sus suburbios, observa a las gentes, escucha las conversaciones, anota; luego revisa todo, reflexiona, cuestiona su propia vida y va estructurando las páginas del libro como una sucesión de pequeñas crónicas cotidianas, donde se mezclan con un estilo casi fotográfico la memoria, las experiencias personales y el pensamiento

íntimo con el retrato social: "Son los otros (...) los que despiertan nuestra memoria y nos revelan a nosotros mismos". Una muestra más del interés sociológico de la literatura de Ernaux.

Pura vida es el primer libro de un ciclo en el que Patrick Deville trata la historia colonial de un modo peculiar. Narra la vida y muerte de un personaje inverosímil, pero real, el filibustero norteamericano William Walker que llegó a gobernar Nicaragua, mientras van desfilando por sus páginas figuras legendarias de las guerras y guerrillas que han sacudido Centroamérica durante casi dos siglos. La trilogía (para el autor, se trata de un solo libro que fue ampliándose) se completa con *Ecuatoria*, un viaje sin brújula tras las huellas de Pierre Savorgnan de Brazza, fundador de la capital del Congo en África, y de aquellos otros aventureros que "fueron capaces de soñar que eran más grandes que ellos mismos", y con *Kampuchéa*, libro que trata sobre el explorador francés Henri Mouhot, famoso por haber dado a conocer los templos de Angkor. Otros de sus viajes narrativos por el mundo son: *Viva*, novela-río con las experiencias mexicanas de León Trotsky y Malcolm Lowry como ejes; *Peste&Cólera*, una novela de invención sin ficción o de ficción atravesada por lo real, en la que cuenta la aventura científica y humana del microbiólogo y gran viajero Alexander Yersin, el descubridor del bacilo de la peste, y *Amazonia*, donde la exploración de las relaciones personales padre-hijo se va entremezclando con las referencias a las numerosas expediciones europeas al territorio amazónico.

Jean Echenoz es un virtuoso de la novela de aventuras y de la trama policiaca con despliegue geográfico, como pone de manifiesto en: *Me voy*, *La aventura malaya*, *El meridiano de Greenwich* y *Enviada especial*, entre otros libros. Confiesa su pasión por salir a caminar por las calles y plazas a la caza de escenas que luego vuelca en sus libros: "Paseo por barrios que no conozco en busca de conversaciones, de escenarios; salgo en busca de personas que puedan convertirse en personajes, y, a la vuelta, escribo, o voy dejando que se forme en mi cabeza una idea que luego llevará a otra, y, al final, todas juntas, como piezas de un puzzle, darán forma a la novela".

Nacido en la isla de Reunión y agrónomo especialista en desarrollo del entorno natural y ecología, el polifacético Michel Houellebecq es todo menos un escritor indiferente desde que publicara *Las partículas elementales* ("ya nadie sabe cómo vivir"). Tampoco lo es en *Lanzarote*, relato ácido y desencantado con la modernidad en el que ironiza sobre lo que son las vacaciones "*prêt à porter*" en esta isla de paisaje lunar del Atlántico sur entre jubilados y turistas del norte de Europa. Su novela *Serotonina* narra el viaje a

ninguna parte de un patético Ulises de nuestros días; arranca con el protagonista en una gasolinera próxima a El Alquián (Almería), una zona que Houellebecq conoce muy bien (hace unos años se refugió en San José para huir de entrevistas, depresiones y amenazas, a solas con sus recuerdos acumulados), y, entre otros párrafos controvertidos, contiene esta afirmación: "Francisco Franco, independientemente de otros aspectos a veces objetables de su acción política, podía ser considerado el verdadero inventor a escala mundial del turismo de *lugares con encanto* pero su obra no se detenía ahí, ese espíritu universal sentaría más adelante las bases de un auténtico turismo de masas...". El arte contemporáneo, el capitalismo moderno y otros materiales del cimiento de la sociedad actual, las relaciones humanas, el amor y el sexo, también los mapas de carreteras Michelín, el turismo en Francia y cómo las líneas aéreas han convertido el viaje en una "experiencia puerilizante y totalizadora", son algunos de los muchos palos que se tratan en la corrosiva, laberíntica e irreductible *El mapa y el territorio*.

Tras abandonar Francia a los 20 años, Catherine Poulain viajó por todo el mundo, desde Islandia a Hog Kong, desarrollando los más diversos trabajos hasta que, siete años después, decidió instalarse en Quebec y más tarde en Alaska, donde trabajó enrolada en un pesquero. *Allí, donde se acaba el mundo* cuenta la aventura de su lucha contra un mar tan frío como bravío y contra los elementos: la dureza del clima, los recelos de sus compañeros de tripulación, el duro trabajo en cubierta, las noches de mal dormir y los días de mal comer... Su segundo trabajo, *El corazón blanco*, aborda el tema de los temporeros de frutas y verduras, los "hijos del camino", un trabajo que ella conoce bien por sus temporadas en la campiña francesa y en Canadá.

El matemático, pintor y escritor marroquí Mahi Binebine nos cuenta en *La patera* (cuyo original fue publicado en francés bajo el título *Cannibales*) la experiencia de un pequeño grupo de personas que espera en Tánger la salida de una patera para cruzar el Estrecho de Gibraltar. El relato narra con detenimiento los motivos que llevan a cada uno de los personajes a emprender el viaje y arrancarle al destino una segunda oportunidad en España, una nueva vida con la que sueñan desde la otra orilla: "Un atracón de tapas regado con sangría, en pleno centro de Algeciras. ¡Así es como festejaréis vuestro renacer!". La idea que tienen del "paradisíaco mundo europeo" les viene a través de emigrantes anteriores a ellos ("el efecto llamada"), que presentan la vida en el país de acogida como una realidad fantástica y no como la existencia miserable que muchas veces es, aunque siempre pueda ser considerada mejor que la que pueden esperar en su tierra (Ma-

rruecos, Argelia, Mali...), marcada por la miseria, la corrupción, la violencia o la falta de oportunidades.

Lengua italiana

El italiano Tiziano Scarpa, que ha escrito novela, teatro y poesía, se acerca a la literatura viajera con su *Venecia es un pez. Una guía*. A partir del parecido de su ciudad natal con un lenguado, el libro propone un paseo insólito por la ciudad-pez en etapas ordenadas de acuerdo con los órganos y sentidos del visitante durante las cuales va desgranando múltiples detalles sobre su geografía, su historia y su literatura. Scarpa sorteá los lugares comunes acerca de la ciudad de los canales y hace revelaciones singulares, presentándola de la siguiente manera: "Venecia es un pez. Compruébalo en un mapa. Parece un lenguado colosal tendido en el fondo. ¿Cómo es posible que este animal prodigioso haya remontado el Adriático para venir a guardarse justo aquí?". Y se apresura a contestar: "Venecia existió siempre tal como la ves, o casi. Navega desde la noche de los tiempos; ha tocado todos los puertos, se ha restregado contra todas las costas, todos los embarcaderos, los amarres. En las escamas le han quedado adheridas madreperlas de Oriente Medio, transparentes arenas fenicias, moluscos griegos, algas bizantinas. Un buen día notó todo el peso de esas escamas, de esos granitos y astillas acumulados poco a poco en su piel; se dio cuenta de las incrustaciones que llevaba encima. Sus aletas se hicieron demasiado pesadas para deslizarse por las corrientes. Decidió remontar de una vez y para siempre una de las ensenadas situadas más al norte del Mediterráneo, la más tranquila, la más protegida, y descansar aquí". Scarpa también es autor del poemario *Discurso de un guía turístico frente al atardecer*, una especie de guía poética de la ciudad de Zara (Zadar, Croacia).

En *Algo, ahí fuera*, libro que el propio autor califica como "realismo extremo", Bruno Arpaia cuenta la migración masiva de los habitantes del sur al norte en una Europa devastada por el cambio climático en un futuro, que cada vez se acerca más al presente: "Eran sombras lúgubres que huían del presente y del pasado, eran hombres, mujeres y niños más o menos como ellos, los más afortunados de la escoria de la Tierra, porque no habían muerto en la carretera o en el mar, eran fugitivos de todas las naciones que los países nórdicos rechazaban más que si fueran apestados y que antes o después acababan en el Báltico, en la terminal de una huida en masa que los conducía a una trampa inmensa, acosados por la policía, a merced de los traficantes, a la espera con pocas esperanzas de un barco, una balsa, una lancha neumática que los condujera a Escandinavia, vivos a ser posible". El protagonista es un joven profesor italiano que ve como pierde su es-

tatus y acaba huyendo, buscando un sitio donde poder vivir: un trasunto de muchos sirios actuales que tocan a las puertas de Europa.

Según Paolo Cognetti, "la montaña reduce la vida a la esencia y permite cultivar la amistad". Eso es lo que trato de reflejar en la novela *Las ocho montañas*. Dividida en dos partes, infancia y edad adulta, cuenta la historia de la relación entre Pietro, un niño que vive en la ciudad y veranea en un pequeño pueblo, en el que descubre, por una parte, las largas caminatas por la montaña que hace en compañía de su padre y, por otra, la amistad de Bruno, un niño que vive todo el año en el pueblo; la segunda parte narra el reencuentro entre Pietro, convertido en un urbanita, y Bruno, que no ha salido del pueblo todavía, ha aprendido a aprender fuera de la escuela y se permite reprochar la actitud de los falsos amantes de la naturaleza: "Nosotros no hablamos de naturaleza. Nosotros decimos 'bosque, prado, torrente', cosas que pueden tocarse con un dedo". Cognetti lo mismo se pierde en las cumbres alpinas donde el tiempo ha desaparecido o en las montañas de Nepal y su silencio que en las ruidosas calles de Milán o Nueva York. Pero él no lo vive como dilema, sino que encuentra estos espacios como complementarios: por un lado, la ciudad es el lugar del encuentro y de la diversidad; por otro lado, la montaña es el sitio donde encuentra la soledad buscada, o mejor, la solitud. Tanto en el despacho de la ciudad como en la cabaña de las altas cumbres encuentra el refugio necesario para escribir con una escritura sencilla y directa obras como la mencionada o como *El muchacho silvestre* y *Nueva York es una ventana sin cortinas*.

Piero Boitani ha rastreado la presencia constante de la figura de Ulises desde el regreso a Ítaca del héroe homérico hasta la errancia mundana del Leopoldo Bloom de James Joyce, pasando por Dante Alighieri, Francesco Petrarca, Samuel Taylor Coleridge, Alfred Tennyson y T. S. Eliot, en *La sombra de Ulises. Imágenes de un mito en la literatura occidental*. Para el poeta y crítico literario Jaime Siles: "Ulises se identifica hoy no con el viajero que, sustituido por el turista, ya no existe, sino con el lector, en la medida en que cada texto 'contiene un misterio' (...), el Ulises de Boitani descubre 'el ser del haber sido'....". Y se adentra en "los distintos espejismos del yo".

Otras lenguas

El portugués, nacido en Luanda, Gonçalo M. Tavares es dueño de una voz tan original como multigenérica dentro de la literatura portuguesa actual. *Un viaje a la India* constituye una epopeya de nuestro tiempo, pero heredera de la tradición clásica. Escrita en verso, la novela está llena de fantasía y humor, y utiliza la misma división en diez Cantos que *Os lusíadas* de Luis de

Camões, cada uno de los cuales agrupa relatos breves sobre distintos temas que van completando el epítome del hombre moderno. El protagonista es un nuevo Bloom, un Ulises contemporáneo, que huye de su Lisboa natal después de cometer un terrible crimen. Su destino es la India, donde espera encontrar la sabiduría y reconciliarse consigo mismo, pero antes de llegar ha de emprender un periplo que lo lleva a Londres, París, Viena y Praga. El lector, que ha acompañado a Bloom durante el viaje, acaba por descubrir que "el otro lado es igual a éste", porque, según el autor: "Tenemos la idea de que en Oriente las personas son tan espirituales que no andan, sino que levitan. El sentimiento religioso que admiramos en Oriente no es tan verdadero como parece, sino que ha partido de la ausencia de las condiciones materiales (...), una consecuencia de la pobreza".

Con el novelista Alexandre Solzhenitsyn y el poeta Varlam Salhámov como guías morales, el periodista polaco Jacek Hugo-Bader recoge en *Diarios de Kolimá* su viaje de más de un mes en autostop por la "autopista" que atraviesa el extremo oriental de Rusia, la tierra inhóspita que albergó lo más atroz del *Gulag* soviético, para unir las ciudades de Magadán y Yakutsk, distantes más de 2.000 kilómetros. Hugo-Bader, que ya se atrevió a cruzar Rusia, desde Moscú hasta Vladivostok, en un viejo 4x4 para escribir *El delirio blanco*, da cuenta de los personajes tan peculiares que va encontrando en el camino mientras trata de explorar al "homo sovieticus", ese misterioso tipo de persona que "no aúlla cuando le duele el alma, sino que susurra su dolor a algún desconocido compañero de viaje", si es que antes no lo ha anestesiado con una larga borrachera a base de vodka: "Hay en la Rusia oriental una carretera mítica, una especie de Ruta 66 donde la Historia del comunismo más sanguinario se cruza con el carácter extremo de la temperatura siberiana y su inherente despoblación. Los mapas la denominan Autopista M56. Los locales la conocen, simplemente, como 'Trassa' ('La Ruta'). Sin embargo, su nombre más legendario es el de 'Carretera de los Huesos', porque bajo ese pavimento maltrecho por el que apenas circula nadie están enterrados, para darle firmeza al suelo, miles de los prisioneros del *Gulag* que la construyeron por orden de Stalin". Otros viajes insólitos de Hugo-Bader incluyen una travesía en bicicleta por Asia Central (el desierto de Gobi y China) y la navegación en canoa por el lago Baikal.

Además de poeta, en la estela de Czesław Milosz, Zbigniew Herbert y Wisława Szymborska, Adam Zagajewski es un excelente prosista, autor de ensayos y diarios. Si como poeta había dedicado a los refugiados el poema de dicho nombre ("... Arrastrando las piernas/ van despacio, muy despacio/ al país de Ningún Sitio,/ a la ciudad Nadie/ en la orilla del río Nunca") y a los

emigrados, *La canción del emigrado* ("En ciudades ajenas venimos al mundo/ y las llamamos patria (...) / ...En ciudades ajenas/ permaneceremos, como los árboles, como las piedras"), como prosista se ocupa de los desterrados, ese "mundo al margen", de cuya comunidad dice ser parte: "Todos formábamos parte de la comunidad de desterrados; desterrados con una mirada fija en el pasado" (*Una leve exageración*). El libro *Dos ciudades* cuenta el periplo de su familia, cuando él contaba cuatro meses de edad, que le llevaría de la fascinante ciudad polaca de Lvov (actualmente Ucrania), incorporada por la URSS su territorio, a la antigua población alemana de Gliwice, que Polonia acababa de anexionarse y a la que su familia había sido obligada a mudarse, convirtiéndose en "inmigrantes que, no obstante, nunca habían abandonado su país". Sin embargo, para él, que ha vivido en distintos países y distintas ciudades, Cracovia es "la ciudad total", pesada como el plomo y ligera como el renacimiento, y considera que el "Señor ten piedad de mí" de la *Pasión según San Mateo*, de Johann Sebastian Bach, es la esencia de una Europa que sólo se reconoce a sí misma en las obras del espíritu (*En la belleza ajena*).

La literatura de Olga Tokarczuk, galardonada recientemente con el Premio Nobel de Literatura, se nutre en la imaginación y en los recuerdos, muchas veces oníricos, sin dejar de estar inmersa en la realidad presente y la necesidad de lucha por la construcción de un mundo mejor: defensa del medio ambiente, feminismo, oposición a los nuevos totalitarismos, etc. En su obra se sienten aires macondianos y chejovianos, y están muy presentes los rasgos de la literatura de no ficción de Ryszard Kapuściński. Aunque ya fue premiada por su primera novela *El viaje de los hombres del Libro*, la popularidad le llegaría con *Un lugar llamado antaño*, historia de tres generaciones de campesinos desde la primera guerra mundial hasta finales del siglo XX en el pueblecito de Prawiek, convertido en el centro de su universo, aunque el verdadero protagonista es el tiempo en sí mismo: las páginas, como las personas pasan, pero Antaño siempre permanece, como la Galitzia eterna, pese a sus múltiples vaivenes, que tan bien retrata Andrzej Stasiuk.

El propio viaje y su significado es el tema central de *Los errantes*, un texto fragmentario donde abunda la ironía y la intertextualidad y en el que el libro de viajes se combina con la autobiografía, el cuento y el ensayo filosófico. La autora, psicoterapeuta de formación, plantea que para saber algo más de nosotros mismos es necesario traspasar fronteras, para viajar interiormente es preciso salir de la propia vida, ponerse en contacto con los otros. Al principio de la novela Tozarczuk confiesa: "A todas luces yo carecía de ese

gen que hace que en cuanto se detiene uno en un lugar por un tiempo más o menos largo, enseguida eche raíces". Por tanto, no reconoce más patria que el desplazamiento: "Mi energía es generada por el movimiento: el vai-vén de los autobuses, el traqueteo de los trenes, el rugido de los motores de avión, el balanceo de los ferrys". Por su parte, *Los corredores* es una novela que describe el mundo de los viajeros modernos, siempre preparados para el próximo viaje, aunque, según la propia autora, trata de "ir más allá de lo que significa viajar, moverse, desplazarse".

El sueco Henning Mankell es reconocido internacionalmente por el personaje del inspector de policía Kurt Wallander, el "Pepe Carvalho nórdico", protagonista de su serie de novelas negras iniciada con *Asesinos sin rostro* y finalizada con *El hombre inquieto*. Sin embargo, Mankell también es autor de novelas en las que el tema viajero, con predominio del continente africano (vivió la última etapa de su vida en Mozambique), está muy presente: *El ojo del leopardo*; *El hijo del viento*; *Profundidades*; *El cerebro de Kennedy*; *Zapatos italianos*, y *Un ángel impuro*. Asimismo, Mankell escribió una serie de cuatro libros sobre Joel Gustafsson, un muchacho que vive con su padre en un pueblo del norte de Suecia, sueña con países lejanos y un día emprenderá "un viaje al fin del mundo" en busca del paradero de su madre, que lo abandonó siendo un niño. Por su parte, *Tea-Bag* es una novela donde Mankell cuenta cómo un renombrado poeta sueco, Jesper Humlin, entra en contacto de forma azarosa con un grupo de jóvenes inmigrantes ilegales: una chica africana, cuyo nombre da título al libro, una turca y una rusa, que acercan al poeta a una Suecia oscura y desconocida, alejada del país pujante y perfecto en el que él parece vivir instalado en su rutina. Además de sacar a la luz las vejaciones que los inmigrantes sufren en su país, Mankell aprovecha para criticar duramente los CIE españoles, da voz a los silenciados y denuncia el cinismo del "viejo Estado del bienestar".

El alemán Friedrich Wolfzettel ha analizado la relación entre la literatura de viaje y el mito, proponiendo analizar el relato de viajes en cuanto obra literaria basada en una estructura mítica o iniciática. Así, lejos de considerarlo como género amorfo, resalta su "literaturización" y ve en él una de las formas más interesantes del paso de la normalidad de la vida cotidiana al ámbito de lo otro, del Otro.

Pasear en el siglo XXI: el *flâneur* y la *flâneuse*

Al mismo tiempo que la *Literatura* ha propiciado la llamada de la vida salvaje e indómita como expresión de libertad, en el sentido ya propuesto por Thoreau en *Caminar y la naturaleza salvaje*, se ha producido un resurgir de

la literatura que reivindica el caminar urbano, motivado tanto por razones políticas: restricciones al tráfico en áreas centrales de las ciudades, disponibilidad de un mayor número de espacios naturales, como por medidas sanitarias que promueven una vida más saludable, en las que el ejercicio juega un papel fundamental (el fenómeno de los llamados "paseo del colesterol" son un buen ejemplo de ello). De acuerdo con el escritor Isaac Rosa, "caminar, tiene un efecto euforizante, nos resitúa en la tierra, libera el cerebro y recupera el cuerpo frente a la incorporeidad creciente de nuestras vidas, nos vincula a quienes andan a nuestro lado, nos hace libres al buscar espacios libres y tiempo libre para recorrerlos".

Una serie de libros de autores procedentes de distintos campos, unidos por el arte de la escritura, revisitán la práctica de caminar y apuestan por su recuperación: *A pie: una historia del paseo*, del historiador norteamericano Joseph Amato; *El arte perdido de caminar*, un resumen de la historia, la ciencia y la literatura del andar a pie, del escritor británico Geoff Nicholson; *El arte de la errancia: el escritor como caminante*, de Merlin Coverley, que relata la cultura del andar desde sus orígenes; *Mirar: una guía de paseantes para el arte de la observación*, de la experta en conocimiento científico Alexandra Horowitz, cuyo propósito no es solo abrir nuestros ojos, sino también nuestros corazones y nuestras mentes; *London orbital: un paseo por la M-25* y otras obras del también cineasta galés Ian Sinclair, que echa mano de la "psicogeografía" para unir los lugares con sus historias y leyendas, pero también con las emociones y sentimientos de sus habitantes; *Andar, una filosofía*, del filósofo francés Frédéric Gros, toda una apología del deambular, incluso por los espacios anodinos de las grandes urbes, y una llamada a la calma: "Para ir más despacio no se ha encontrado nada mejor que andar (...). Caminando, solo una hazaña importa: la intensidad del cielo, la belleza de los paisajes"; *Caminos al viento* y *El arte de la lentitud*, del filósofo y sociólogo francés Pierre Sansot, quien desde su *Poética de la ciudad* estuvo luchando contra el paisaje urbanístico esencialmente funcional que impera en las ciudades y por la necesidad de recuperar espacios y trayectos que den sentido a la vida de la gente corriente; *Caminantes*, del psicoanalista, editor y escritor argentino afincado en Francia Edgardo Scott, cuyo subtítulo lo aclara todo: *flâneurs, paseantes, walkmans, vagabundos, peregrinos*, es decir, un libro que se ocupa de todos aquellos que, de una manera y otra, han practicado ese "delirio amable" de caminar sin propósito, del "arte de vagabundear"; *El dilema de Proust o el paseo de los sabios*, un ensayo sobre el paseo en la historia y la literatura universales del pintor y escritor navarro Javier Mina (también es autor de *Tras las huellas de san Francisco Javier en Asia, un viaje al Extremo Oriente*, en el que recorre con mirada actual las huellas que el santo dejó en

Asia), y *La Errabunda*, volumen colectivo (reúne trabajos firmados por Daniel Monedero, Sabina Urraca, Miguel Barrero, Jordi Corominas, Txani Rodríguez y Sergio del Molino), que ha sido definido como "primer tratado ibérico de deambulología heterodoxa" y una de cuyas conclusiones principales es la de considerar que las caminatas no son un mero pasatiempo, sino también una actividad intelectual tan enriquecedora como necesaria: un modo de comprender aquello que nos rodea y, quizás, adivinar lo que aún está por venir. No obstante, los dos libros que mejor pueden situar el caminar en el tiempo presente son *Wanderlust (La pasión de viajar)*, de la escritora estadounidense Rebecca Solnit, y *Elogio del caminar*, del francés David Le Breton.

Colaboradora habitual de la revista Harper, Rebecca Solnit ha escrito artículos y libros sobre medio ambiente, feminismo y política, siendo la inspiradora del concepto de *mansplaining*: "Los hombres (algunos hombres) me explican cosas, a mí y a otras mujeres, independientemente de que sepan o no de qué están hablando". En su obra *La pasión de viajar. Una historia del caminar* analiza las posibilidades del caminar a pie, al que atribuye un importante significado social ("se acerca a la religión, la filosofía, el paisaje, las políticas urbanas..."), incluso un gesto revolucionario. Para la autora, hay una clara relación entre el caminar y el pensamiento: "Caminar es el estado en el que la mente, el cuerpo y el mundo están alineados", pensamiento que parece estar en línea con los que expresan W. G. Sebald, Juan José Millás o Isaac Rosa: "El paisaje tira del hilo de la memoria".

Con el ritmo narrativo de un buen paseo, como los golpes de un armónico tambor, Solnit hace un repaso de la evolución en el "hacer camino" desde la más remota antigüedad ("la historia corporal del caminar es la historia de la evolución bípeda") y repasa los diferentes tipos de caminos y caminantes. Dice la autora en la introducción del libro: "Como respirar o comer, caminar puede ser revestido de significados culturales extremadamente diferentes, desde lo erótico hasta lo espiritual, desde lo revolucionario hasta lo artístico. (...) Porque la imaginación ha moldeado, y a su vez ha sido moldeada, por los espacios que atraviesa sobre dos pies. El caminar ha creado senderos, caminos, rutas comerciales; ha generado sentimiento de pertenencia a una región y a todo un continente; ha configurado ciudades, parques; ha generado mapas, guías, equipos y, todavía más, una vasta biblioteca de relatos y poemas sobre el caminar, sobre peregrinaciones, rutas de senderismo y montaña, callejos y meriendas campestres veraniegas. Los paisajes, urbanos y rurales, originan relatos y los relatos nos llevan de vuelta a los lugares de esta historia". La lectura de este libro, como el propio caminar, tiene un efecto euforizante.

Por su parte, el sociólogo francés señala al inicio de *Elogio del caminar* que: "Caminar es una apertura al mundo. Restituye en el hombre el feliz sentimiento de su existencia. Lo sumerge en una forma activa de meditación que requiere una sensorialidad plena. A veces, uno vuelve de la caminata transformado, más inclinado a disfrutar del tiempo que a someterse a la urgencia que prevalece en nuestras existencias contemporáneas. Caminar es vivir el cuerpo, provisional o indefinidamente". Y señala tres grandes ventajas del que se decide a mover los pies y a no permanecer inmóvil, a saber: aguzar los sentidos, renovar la curiosidad y reencontrarse con uno mismo. Por otra parte, subraya el contraste actual en el que la manera en que se denigra masivamente el caminar en su uso cotidiano parece enfrentarse a su revalorización paralela como instrumento de ocio: "Si bien caminar ya no es considerado por la práctica totalidad de nuestros contemporáneos (en las sociedades occidentales) como un medio de transporte, incluso para los trayectos más elementales que se puedan concebir, triunfa, pese a todo, como actividad de recreo, afirmación de uno mismo, en busca de la tranquilidad, del silencio, del contacto con la naturaleza: rutas, trekkings, popularidad de los clubes de senderismo, de los antiguos caminos de peregrinación, especialmente el de Santiago, recuperación del paseo, etc.". Y es que, el vagar, incluido el deambular urbano, es una evasión de la modernidad, una forma de burlarse del mundo de las prisas, "un atajo en el ritmo desenfrenado de nuestra vida y un modo de distanciarse, de aguzar los sentidos".

Aparte de sus reflexiones acerca de la realidad del camino y sus significados, Le Breton, a quien muchos califican como "antropólogo del cuerpo", ha hecho un recorrido literario por los caminos ya abiertos por otros y define el libro como: "Un paseo simple y en buena compañía, en el que el autor quiere también mostrar su disfrute no sólo del caminar en general, sino también de sus múltiples lecturas, así como el sentir permanente de que toda escritura se nutre de la de los otros y es de ley en todo texto reconocer esta deuda jubilosa que alimenta a menudo la pluma del escritor. Por lo demás, son los recuerdos los que van a desfilar por aquí: impresiones, encuentros, conversaciones a la vez esenciales e insignificantes; en una palabra, el sabor del mundo".

En la línea de devolver a la actualidad a grandes figuras del pasado, es conveniente reseñar las biografías dedicadas a dos caminantes infatigables, amantes de la libertad y de la naturaleza: *Henry David Thoreau. Una vida*, escrita por Laura Dasson Walls, un recorrido por la vida y obra del filósofo y naturalista de "infinita curiosidad" para quien "en la naturaleza salvaje está

la salvación del mundo"; *La invención de la naturaleza. El Nuevo Mundo de Alexander von Humboldt*, el texto que Andrea Wulf ha dedicado al científico que hizo del mundo su patria, el primero en considerar la naturaleza en su conjunto, la biología como un todo.

Nuestra perspectiva sobre la relación entre caminar y habitar el mundo está cambiando y a ella está contribuyendo, sin duda, los libros que en los últimos tiempos reivindican la figura de la mujer *flâneur* (*flâneuse*) en la relación histórica entre el individuo y la ciudad y tratan de plantear formas más enriquecedoras de pensar y leer el espacio habitable a partir de ella. No son pocos, y lo hacen a partir de algunos estudios aparecidos en la década de los años 90, como el importante ensayo de Janet Wolff *The Invisible Flâneuse. Women and the Literature of Modernity*, en el que la autora denunciaba que mientras los hombres durante siglos han gozado de libertad para recorrer y socializarse en las esferas públicas, las mujeres han visto limitado su espacio a lo privado, sin posibilidad de un acceso libre y sin cortapisas al espacio exterior, y, como ejemplo, citaba la frustración de la pintora Marie Bashkirtseff por no poder pintar en escenarios abiertos sin suscitar comentarios críticos, en la misma época en la que Charles Baudelaire hacía del *flâneur* (el paseante y observador urbano) la figura emblemática de la experiencia urbana de París: "Añoro la libertad de deambular por la calle sola, de entrar y salir a mi aire, de poder sentarme en Las Tullerías y en los jardines de Luxemburgo, de pararme ante los escaparates de las tiendas artísticas, de entrar en iglesias y museos, de callejear por la noche por la parte antigua; eso es lo que añoro, y sin esa libertad es imposible convertirse en una auténtica artista". Para conseguir esa libertad George Sand tuvo que disfrazarse de hombre, de *flâneur*, y calzarse unas botas con las que volaba de un extremo a otro de París: "Me sentía capaz de dar la vuelta al mundo. Y con mi vestimenta nada podía temer. Salía a la calle hiciera el tiempo que hiciera, volvía a cualquier hora, me sentaba en el gallinero de los teatros. Nadie reparó jamás en mí y nadie se dio cuenta de mi disfraz (...). Nadie me reconoció, nadie me miró ni puso objeciones a mi proceder; yo era como una molécula perdida en la inmensa multitud".

Aparte del ya comentado de Rebecca Solnit, merecen la pena destacarse otros libros, como *Flâneuse: Una paseante en París, Nueva York, Tokio, Venecia y Londres*, de la urbanita norteamericana Lauren Elkin, que, con sus pasos, actualiza el concepto de "*flâneur*", lo feminiza e incluso introduce el verbo "*flâneusear*". Y, mientras pasea por ese mapa sentimental y emocional de las ciudades que han marcado su historia personal, se hace acompañar para ir cartografiando la evolución de esta mirada femenina de perso-

najes como: Virginia Woolf ("Entre el té y la cena, caminar y caminar, reavivar mis fuegos, en la ciudad, en esos barrios desdichados donde me asomo para mirar por las puertas de las casas públicas"); de la escritora anglo-antillana Jean Rhys (una de las escritoras que mejor ha descrito la experiencia del sentimiento de desplazamiento); de la gran renovadora del urbanismo Jane Jacobs (autora de la influyente *La muerte y la vida de las grandes ciudades americanas* y acuñadora del concepto "los ojos en la calle"), y de la polifacética artista francesa Sophie Calle (la necesidad de saber del otro, de conocer "qué miran los otros cuando me miran mirar"). No obstante, Elkin asegura que aún queda mucho por hacer: "Estamos tan acostumbrados que apenas notamos los valores que hay detrás de ciertas líneas divisorias. Puede que sean invisibles, pero determinan el modo en que nos movemos dentro de la ciudad (...). De Teherán a Nueva York, de Melbourne a Bombay, una mujer todavía no puede caminar por la calle de la misma forma que lo hace un hombre". Otros libros a tener en cuenta son los de dos mujeres que pasean solitarias por Nueva York: el intimista *La ciudad solitaria: aventuras en el arte de estar solo*, de Olivia Laing, y *La mujer singular y la ciudad*, de Vivian Gornick: "En ningún lugar me sentía menos sola que cuando estaba sola en una calle llena de gente".

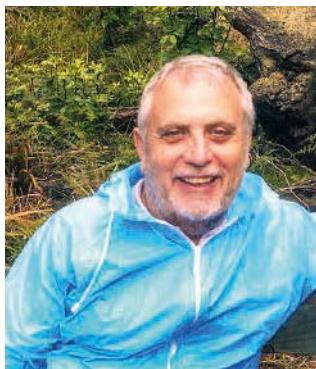
A pesar de los comentarios vertidos en sentido contrario, las páginas anteriores muestran que la influencia de la autoficción en el libro de viajes propiamente dicho, el abordaje de los movimientos migratorios, el auge de la literatura de naturaleza y la reivindicación de la mirada femenina en "el paseante que lo observa todo" muestran la vitalidad de la literatura de viajes, así como su capacidad de reinventarse en cada generación, aunque a veces haya que echar mano de ropajes viejos, bien arreglados para lucir en los tiempos actuales, y recuperar a grandes figuras viajeras del pasado. *Mundar para hacerse uno y para hacerse otro* seguirá siendo el reto.

A la tarea de tejer las páginas que anteceden he consagrado los ocios que me han ido dejando mis quehaceres diarios de los dos últimos años, procurando hacerlo con la voluntad y el rigor con el que los gorrones tejen sus nidos o las arañas sus telas. No obstante, lo que he logrado hacer no pasa de un bosquejo imperfecto que, a lo más, podrá servir de guía meramente orientativa a los que transitén por los caminos viajeros, ya que carezco de la maestría de los pajarillos para entrelazar las ramas acumuladas y de la sutileza técnica de los insectos para enmallar los hilos.

En cualquier caso, he tratado de buscar en las mejores páginas de viaje escritas a lo largo de la historia la pasión por el descubrimiento, la emoción que llega donde llega el conocimiento, la identificación afectiva con un paisaje, el pensamiento inteligente surgido de un paseo, el placer de una historia bien narrada, el conocimiento preciso acerca de determinados aspectos del arte o de la naturaleza, los mejores alegatos en defensa del medio ambiente.

Como señala Javier Mina, "un buen viaje es un concentrado de vida", ya que durante un período de tiempo corto se ve uno inmerso en un sinfín de experiencias e impresiones novedosas. Eso, precisamente eso, ha sido para mí la tarea de escribir *Las sandalias aladas de Hermes* y, como suele suceder en la tarea esribidora, lo maravilloso inesperado se ha hecho presente con cierta frecuencia en su elaboración. En mi caso, quizás se trate del golpe de serendipia, suerte o chiripa que acompaña a un rudimentario explorador de ignorancia algo atrevida. En este tiempo probablemente he dejado de ser el que acostumbro, como cualquier viajero alejado de su casa, pero es mi familia quien mejor puede testimoniarlo.

Espero haber dado con las palabras exactas y, a la hora de rendir cuentas y cuentos que cuenten lo que cuenta, me atrevo a recoger las palabras del boxeador Joe Louis al analizar su carrera, como ya lo hiciera Philip Roth al hacer balance de la suya: "Hice lo mejor que pude con lo que tenía", y con lo que me fue saliendo al paso, añadiría yo.



José González Núñez es Doctor en Farmacia por la UCM y colaborador de la revista digital *hoyesarte.com*. Autor de un buen número de obras científicas y humanísticas, entre ellas *La historia oculta de la humanidad*, *La farmacia en la historia*, *la historia de la farmacia* y *El médico, día a día*.

En el ámbito narrativo ha publicado *Ajuste de Cuentos*, *Viaje al Levante almeriense. La Axarquía, otras posibilidades*, así como relatos de diferente tipo en distintos medios, entre los que se encuentra *Aventuras de Diniás el Apista*, *El otro Paraíso* y *Cuando el corazón es un ciervo fatigado*.

Decía el poeta argentino Juan Gelman que "uno llega a la conclusión de que lo mejor es mundar". Pero ¿qué es mundar? Lo primero que se puede decir es que mundar es una palabra limpia, de seis letras que no se repiten, una palabra que lleva en sus entrañas el sustantivo donde cabe el mundo todo. Lo segundo es aclarar que mundar es un verbo que permite el objeto, el complemento, pero no lo exige; de ahí, que el poeta dejara en el aire su carácter transitivo o intransitivo y, al crearlo, pusiera su belleza y sonoridad por delante de un significado que solo se intuye, pero del que no se tiene certeza porque está abierto al azar de cada día y a la imaginación de cada uno. Por último, mundar tiene el carácter de mudanza, de desplazamiento, y supone una manera de ser y de estar en el mundo, acaso de viajar por el mundo, procurando que "el camino sea largo, rico en experiencias, en conocimiento", tal y como recomendaba Constantino Cavafis.

Las sandalias aladas de Hermes (libros para viajar, lecturas para mundar) ofrece un recorrido por la literatura viajera desde los orígenes de la escritura hasta nuestros días, incluyendo en cada parte cientos de referencias a viajeros, a escritores y a sus obras.

Las sandalias aladas de Hermes (libros para viajar, lecturas para mundar) trata de ser una botella lanzada al mar en busca de un destinatario al que llevar un doble mensaje: una invitación a mundar, a viajar por el mundo y los libros que han tratado de hacerlo más ancho y habitable, y otra, a mudar, para ser y más ser, para ver lo otro, para vernos en el Otro.

Las sandalias aladas de Hermes (libros para viajar, lecturas para mundar) se puede tener a mano de la butaca que hay junto a la ventana y dejarse mecer por el ir y venir de sus páginas, se puede dejar encima de la mesilla de noche para leerlo un rato antes de que el sueño nos arrastre a sus propias aventuras y también puede meterse en la mochila al iniciar un viaje, cualquiera que sea el destino.

Edita:

**hoy
esarte.com**

ARRÁEZ EDITORES